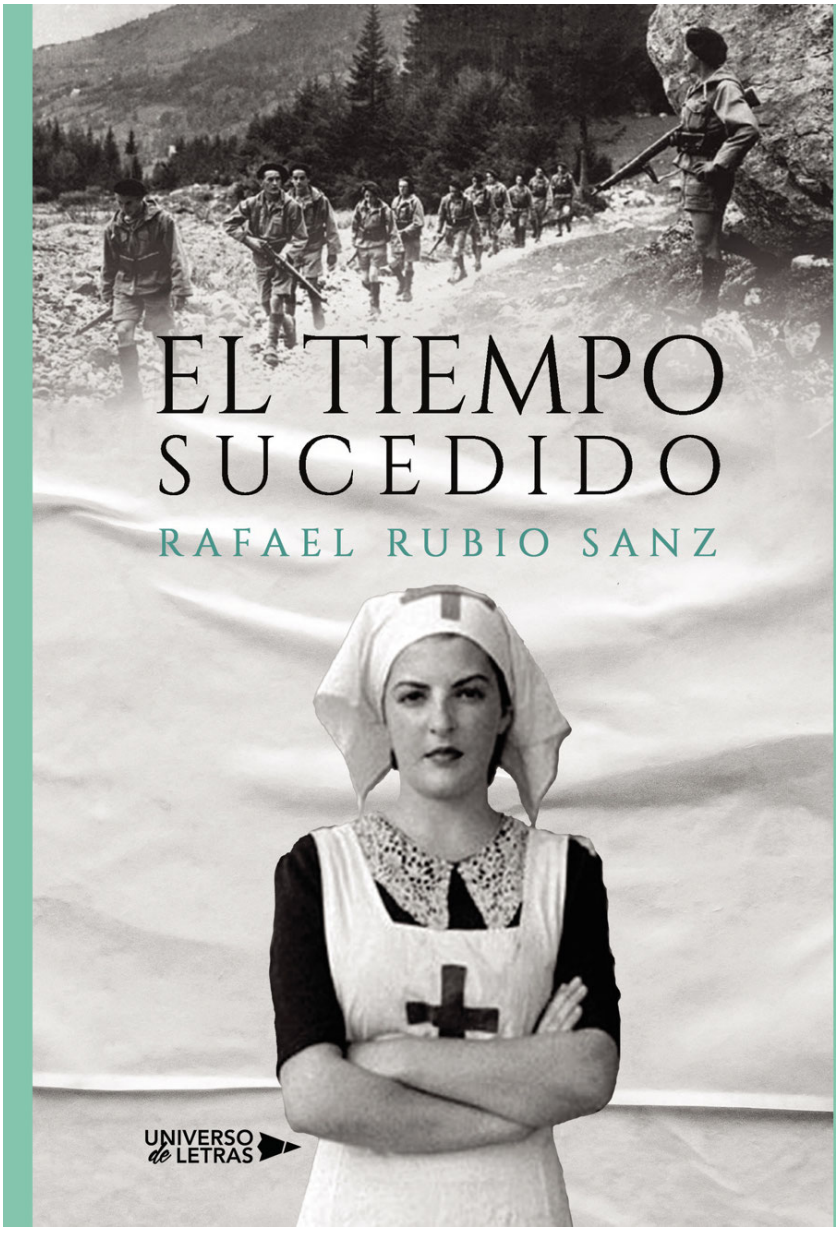
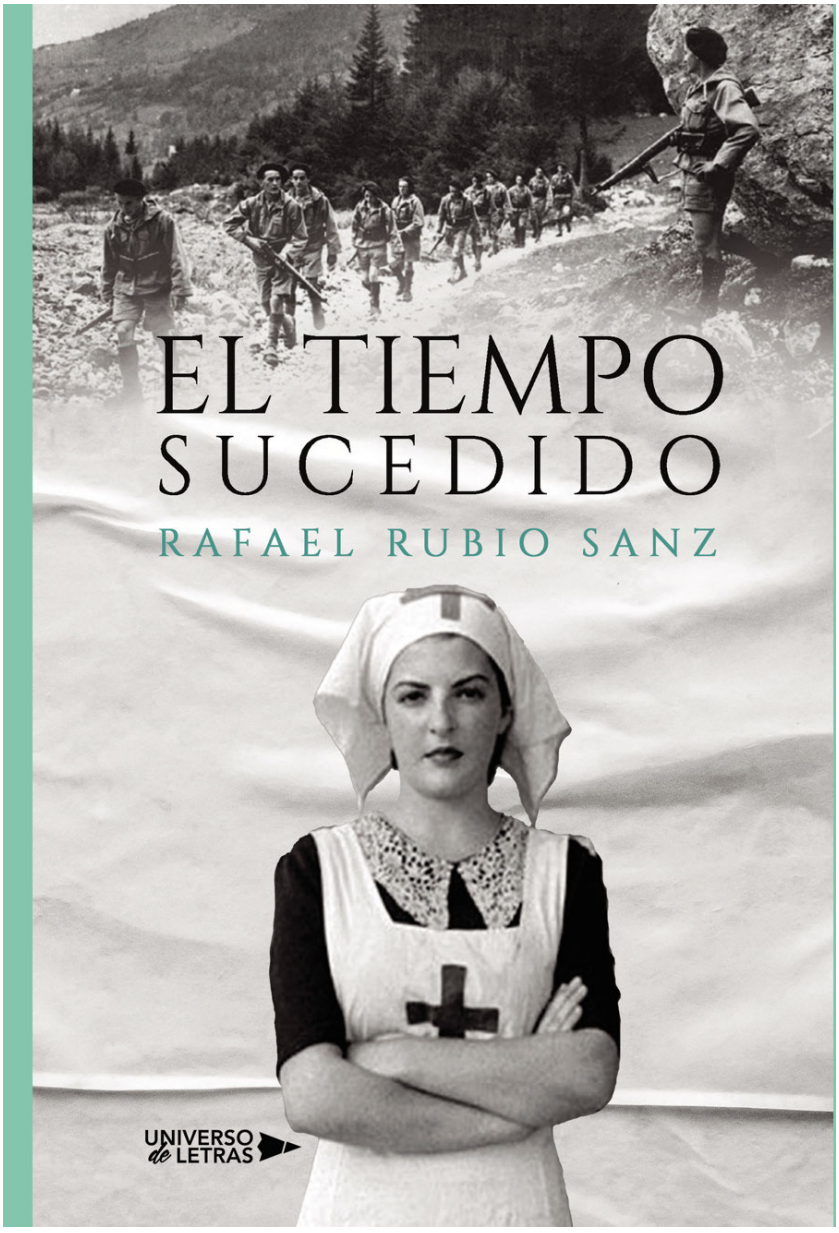

EL TIEMPO
SUCEDIDO
RAFAEL RUBIO SANZ
UNIVERSO de LETRAS


EL TIEMPO
SUCEDIDO
RAFAEL RUBIO SANZ
UNIVERSO de LETRAS

El Tiempo Sucedido

Rafael Rubio Sanz

El Tiempo Sucedido

Rafael Rubio Sanz

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Rafael Rubio Sanz, 2022

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras

Imagen de cubierta: Columna de maquis y enfermera del Hospital de Sangre en Buitrago (Madrid). Archivo Histórico del PCE.

www.universodeletras.com

Primera edición: 2022

ISBN: 9788419138835

ISBN eBook: 9788419139726

A Laura, mi dulce y bella Coco, el primer gorrión que abandona el nido.

El autor quiere hacer una especial referencia a la Asociación La Gavilla Verde y al Grupo Paleolab por sus trabajos en el esclarecimiento y exhumación de las víctimas de la fosa de Monroyo (1650/2010 TERU), a la hemeroteca de ABC y a José Manuel Montorio Gonzalvo «Chaval» y su libro Cordillera Ibérica (recuerdos y olvidos de un guerrillero), por resultar fundamentales a la hora de elaborar este relato.

Prólogo

Conocí a Rafael Rubio, médico de profesión, vocal vecino en el Distrito Retiro de Madrid, y hombre muy preocupado por nuestro reciente pasado, como se refleja en el tema que de su novela “El Tiempo Sucedido”, una historia de exilio, memoria, república, maquis, cunetas y reparación, recuperando a nuestros olvidados, en ese viaje por el túnel del tiempo. Ese silencio que se forma en la fosa, al descubrir el primer hueso o los primeros objetos. En la mente de todos está la foto de El País, del sonajero de colores de bebé, recuperado por Martín a los 83 años, y desposeído de él a los 9 meses, cuando sacaron a su madre de 37 años de la casa mientras jugaba con su bebé. Ella se guardó el sonajero en el bolsillo del mandil, y aquí se convirtió en las huellas de un crimen, en el único testigo de un cuerpo desaparecido en una fosa, anónima para todos, excepto para la memoria reprimida de sus hijos.

Lo que pretendía el franquismo era eliminar el título de españoles a aquellos que no eran franquistas. Algunos eran republicanos, pero otros lo que hoy conocemos como simples demócratas, y eso se hizo por dos vías: el asesinato y el exilio. Hay tantos exilios como exiliados, y hemos aprendido mucho de estos último, o como dicen en el sur de Francia, la retirada. Recuerdo una reunión en el consulado de Toulouse, con alcaldes y concejales de la zona, la mayoría eran descendientes de españoles, apellidos sobre todo vascos. Y pasó algo curioso, por la mañana teníamos esta reunión, que se celebró en el consulado en francés, y por la tarde un encuentro con asociaciones del exilio en el Instituto Cervantes de Toulouse, se celebró en español, porque así lo quisieron los asistentes. Ellos hablaban de la retirada, en vez del exilio, y de la guerra de España en vez de la civil. Como digo, aprendimos mucho de los exiliados, por ejemplo, que el recuerdo suaviza la distancia y desde sentirse republicanos, a convertirse en demócratas, con la finalidad de instaurar la democracia en España y convivir con todas las ideologías.

Hoy y aquí, el autor se afirma en el derecho de todos los españoles a conocer la verdad de las víctimas, su identificación, exhumación y entrega de sus restos a sus familiares y finalmente a la reparación de tal injusticia.

Franco ganó la guerra, pero no a todos, a esos maquis que resistieron en la montaña, el ejército franquista nunca les ganó la guerra, y para sobrevivir, fue fundamental el ejemplo de todas ellas, que hicieron de enlaces pasando información, y abasteciendo de víveres y medicinas al monte de los guerrilleros. Esos maquis lograron sobrevivir a la Guardia Civil, un cuerpo que Francisco Franco casi disuelve, y finalmente terminó apropiándose hasta de su lema: "todo por la Patria", según BOE de 1937, puesto que la legalidad española, aún era republicana.

La idea de patria política es, en realidad, un sentir revolucionario y progresista, una expresión popular contra el ejército napoleónico. En 1808 ya existía una primerísima idea de fuerzas armadas, la milicia nacional que era el brazo armado del progresismo, disuelto por Fernando VII y sustituido en 1844 por la actual Guardia Civil.

Esa primavera republicana de 1931, nos trajo un abril en el que el pueblo salió a la calle a elegir a sus representantes municipales. Aquel 14 de abril, nos trajo la democracia, el voto femenino, la reforma agraria, la separación iglesia-estado, o nuestras maestras, las maestras de la república. Lo que vino después, ya lo conocemos, y no fue bueno. Por desgracia todavía hay mucha gente que sufre a través de una herida que lleva ochenta años sangrando, que sangra y sangra, pero no se desangra. Familias que solo buscan poder enterrar a sus olvidados, en paz.

Y el año 2022 es importante, porque coinciden la publicación de “El Tiempo Sucedido” de Rafael, con la reforma de la Ley de Memoria histórica, y como dice el presidente Zapatero: la democracia española con las leyes de 2007 y la de ahora, se perfeccionan, ¿por qué?, porque reconocen a nuestros olvidados. No tenemos que tener miedo a mirar a nuestro pasado más reciente, o más remoto.

Todavía hay quienes sostienen que estamos reabriendo heridas, o que ahora no es el momento, esas manifestaciones significan no tener el menor dictado de conciencia. La memoria, al igual que la sanidad o la educación, no es un problema de una parte de la sociedad, sino de la sociedad en su conjunto, y como nos cuenta Rafael En su libro, “aunque los hechos hayan prescrito penalmente, no lo ha hecho la responsabilidad moral”. Si no puede ser la vía penal, será la vía moral, y que un hijo pueda cerrar una herida, de quien se vio privado de su padre siendo niño, y ahora sujetando su cráneo, pueda despedirse de él, hablándole y dándole un beso.

En 2016 tuve el honor de defender a quienes ya no se podían defender, y lograr la primera sentencia que autoriza u ordena a exhumar, la conocida como “hermanos Lapeña”, víctimas republicanas del Valle de Cuelgamuros. Hoy, Rafael, te doy las gracias por tu libro, y por haberme concedido el honor de escribir su prólogo.

Y el mejor final para un prólogo, es la cita del propio autor: si cantara el gallo rojo, otro gallo cantaría…

Disfrutemos todos, del camino de “El Tiempo Sucedido”,

Madrid, 8 de julio de 2022

Eduardo Ranz, abogado de la memoria, y doctor.

I

Cuando canta el gallo negro es que ya se acaba el día. Si cantara el gallo rojo otro gallo cantaría... Se encontraron en la arena los dos gallos frente a frente…

(Chicho Sánchez Ferlosio)

1

La Fosa de Monroyo

Serían las doce de la mañana de un día de finales de septiembre de 2007 cuando Ramón Celada llegó a las afueras de Santa Cruz de Moya y, a pesar de que iba con el tiempo justo, se paró delante de un risco sobre el que se alza una escultura de cemento, que simboliza dos manos unidas en un «nunca más» y, retando a sus 90 años a los desprendimientos de grava de un suelo de aluvión, subió hasta la base del monumento y aquí, con la mirada en el horizonte y la respiración contenida, se dejó atrapar por un paisaje montaraz de colores verdes y rocas rojas talladas por el hielo.

Enfrente, Cerro Moreno 1948, la acción que acabó moralmente con los maquis. Abajo, la Hoz del Turia labrando tajos a la tierra y por cualquier sitio la dureza de la sierra turolense.

Y ahora un minuto para el recuerdo, para el AGLA, la Agrupación Guerrillera de Levante Aragón, y de forma muy especial para José Manuel Montorio Gonzalvo, el Chaval que, rememorando a Machado, le dijo un día a Felipe González: Españolito, una de las dos Españas te hará llorar. Las dos me hacen llorar a mí. Después ya pudo seguir hasta el pueblo.

A la entrada se encontró con un anciano que mataba horas al día sentado sobre un banco de piedra, al que le preguntó por la sede de la Asociación Sociocultural La Gavilla Verde.

—¿Los de los maquis? —respondió.

Tentado estuvo de rectificarle y decirle que se refería a los que cada año celebran unas jornadas dedicadas al rescate de la memoria de los que lucharon por la libertad durante la dictadura de Franco, pero le pareció que era arriesgarse a que le replicase «qué me va a contar usted a mí de todo eso» y se limitó a asentir.

—Sí, de esos mismos.

Pero el otro no estaba por dejarle marchar sin hacerle su comentario.

—Pues, por su aspecto, no parece que usted sea muy ajeno a todo eso.

¡Noventa años!, sí, canoso y chupado también, pero ahí estaba, sin dolores, enhiesto como una lanza, ágil de mente, mirada penetrante y cara marcada con el recuerdo que le dejó el acné en la adolescencia, a lo que añadió después, en homenaje a su ortodoxia política, un bigotazo a lo Stalin tapándole los labios, y nada más que reseñar, salvo los dedos manchados de nicotina.

En la sede de la Gavilla le esperaba Antonio Herrero, miembro destacado de la asociación, con el que había acordado esta reunión, a la que ya se le habían adelantado dos personas que se apresuró a presentarle.

—El Sr. Quesada, abogado, representa a la persona que va a financiar el proyecto que nos ha reunido aquí, cuyo nombre, de momento, permanecerá anónimo.

El segundo era un hombre de unos sesenta años, cabello gris cortado a media altura, con puntas onduladas y vestir desenfadado, que revelaba un aspecto deliberadamente atemporal.

—Don Ernesto Martín, profesor de Paleopatología, experto en el estudio de las enfermedades a través de los vestigios hallados en huesos, restos orgánicos y medio donde se encuentran.

—No tenía el gusto de conocerle, profesor, pero sé que es usted especialista en la identificación de personas por el método de ADN[1] —respondió Ramón, estrechando su mano—. Tengo entendido que ahora está trabajando con esta asociación en la investigación de cuatro fosas anónimas en el cementerio de Benagéber. ¿Es así?

—Bueno, en ello estamos. De momento inmersos en la fase uno, recopilando la documentación histórica y la biografía de las posibles víctimas.

—Una vez que ya nos hemos conocido, podríamos entrar en el tema. —Propuso el representante de La Gavilla Verde—. Como ustedes saben, nuestra asociación, con el apoyo del grupo Paleolab, especialistas en investigación forense, va a proceder a la apertura de la denominada Fosa de Monroyo, donde el 7 de noviembre de 1947 fueron inhumados los cadáveres de nueve personas, ejecutadas por el general Pizarro en el contexto de una amplia operación represiva emprendida en los pueblos de Aguaviva, la Fresneda, Mas del Labrador y la Ginebrosa, acusados de colaboración con el AGLA. Tras su ingreso en la cárcel de Albarracín aparecieron al día siguiente en una cuneta, muertos violentamente, de donde la Guardia Civil ordenó retirar los cadáveres y trasladarlos en un carro al cementerio de Monroyo.

Y continuó:

—Con el antecedente de que, como era habitual en estas operaciones, no hay documentación escrita, orden de detención o atestados, la exhumación de los restos se emprende al amparo de la ley de Memoria Histórica, tras denuncia presentada por María Boj Bayod, hija de una de las víctimas[2]. Estos son los hechos, señores. Ahora, si gustan, pueden aclararnos el motivo de su interés por este tema.

—En esa fosa yacen nueve personas, dos de ellas anónimas —respondió el abogado Quesada—. El interés de mi cliente se centra en estas últimas, por lo que ha contratado los servicios del profesor Ernesto Martín.

—Quiero aclararle, señor Celada —intervino ahora este—, que el peso de la investigación científica recae sobre el grupo Paleolab, y que mi intervención es a título particular, centrada en la identificación de estas dos, de las que tomaré muestras de ADN para poder cotejarlas con las de los posibles familiares que surjan a lo largo de la investigación.

—Me ha quedado claro, profesor, y creo que le voy a facilitar su trabajo, ya que mi interés en este tema radica en que puedo afirmar que esos restos en los que ustedes dos están interesados pertenecen a Mercedes Sierra, una mujer de unos veinticinco años, y a Andrés Favard, el Francés, de treinta y dos, excombatiente de las Brigadas

Internacionales y de las tropas de élite comunistas en nuestra guerra, ambos foráneos, a los que mandó ejecutar un tercero, un comandante de la Guardia Civil que, aprovechándose de su cargo, pudo incluirlos entre los fusilados.

—Grave acusación —respondió Herrero, el hombre de La Gavilla—. Y me temo que, sensu stricto, estos hechos no pueden ser objeto de la Memoria Histórica.

—Los nueve obedecen al mismo patrón, una acción realizada al socaire de la declaración de zona de guerra de esta provincia y limítrofes, sin orden escrita ni asiento documental, con la diferencia de que en estos dos casos alguien se aprovechó de la situación para actuar en beneficio propio, un hecho anecdótico que ilustra lo que fue la represión guerrillera. —Y continuó—. A tenor de la ley de Memoria Histórica, una propuesta de exhumación puede ser presentada por familiares o por cualquier entidad o persona que aporte datos históricos, biográficos o antropológicos que ayuden a la identificación de las víctimas, y yo dispongo de documentación al respecto.

—Permítanme una aclaración —terció el profesor Ernesto Martín—. Antes partíamos de la base de que había dos víctimas anónimas y eso no impedía el proceso de exhumación. Lo que acaba de aportar el Sr. Celada son, en todo caso, datos sobre personas a identificar, el resto es una mera hipótesis que podría tener un tratamiento ulterior por las autoridades judiciales.

—Seamos pragmáticos —añadió el abogado—. Legalmente tenemos permiso para proceder a la exhumación de todos los restos contenidos en la fosa. Pues atengámonos a ello.

Todavía insistió el de La Gavilla:

—¿En qué se basan sus afirmaciones, Sr. Celada?, ¿y cómo puede avalarlas?

Ramón se recostó sobre su sillón y respondió de forma tajante.

—Yo fui testigo del caso.

Tras tan rotunda aportación, pasó a exponer:

—En la documentación que les voy a entregar explico que conocí a estas dos personas al final de la guerra civil, en Alicante, donde tuvieron una historia de amor que se vio truncada por los avatares del momento, aunque los hechos arrancan después, de 1947. Entonces Mercedes era la amante de un comandante de la Guardia Civil de Teruel. Permítanme que de momento pase por alto su nombre. Ese año se reencontró con Andrés, ahora ingeniero de minas en la cuenca de Ojos Negros, con el que reanudó sus relaciones, yéndose a vivir juntos. Mal momento eligieron, ¿verdad? Coincidió con la llegada a la zona del general Pizarro y su represión sobre la población civil sospechosa de dar soporte a los maquis, familiares, amigos y gentes con antecedentes políticos como los de Andrés, por lo que la pareja, temerosa de que su historial pudiese ser utilizado como excusa por ese comandante, entonces muy cercano al general, para vengarse de ellos, decidieron marcharse de España.

Ahora, haciendo un inciso destinado a enfatizar lo que a continuación iba a exponer.

—Fíjense si temían a ese hombre que tomaron tal decisión a pesar de que ella estaba con un embarazo a término.

Y siguió:

—Yo, por entonces, trabajaba como viajante de perfumes. Era la tapadera que le permitía al PCE utilizarme como correo por toda la zona aragonesa levantina. Pero como iba contando, al poco de iniciar el viaje, ella empezó a tener los dolores del parto, por lo que, a pesar de su oposición, Andrés decidió parar y recurrir a un médico. Una vez que dio a luz, la mujer insistió en reanudar la marcha, lo que llamó la atención del facultativo que, con la sospecha de que se tratase de una pareja con cuentas pendientes con la justicia, los denunció a la Guardia Civil, que procedió a detenerlos para interrogarlos. Era el atardecer del 7 de noviembre de 1947. Mala fecha. ¿verdad?

—Mala —convino Ernesto Martín—. Es la de la saca de Monroyo.

—A ella me voy a referir. —Insistiendo de nuevo en la razón que tenía Mercedes en temer cualquier acción de su antiguo amante—. Esa misma noche se presentó en el cuartel un agente con una orden firmada por el comandante en cuestión, para hacerse cargo de los detenidos y, alegando que se trataba de un asunto muy confidencial, mandó destruir cualquier documento que pudiese dar cuenta de los hechos. De todo ello fui testigo desde el calabozo donde estaba retenido. No éramos los únicos que estábamos ahí esa noche del 7 de noviembre, había otros, gentes detenidas en Aguaviva, la Ginebrosa, etc. ¿Han oído bien el nombre de los pueblos y la fecha de los hechos?

Terminada su intervención, les mostró unas fotografías de las víctimas, que incluía en el dossier del caso que iba a entregarles.

—Una hermosa mujer —comentó Ernesto, fijándose en una de ellas, donde aparecían los dos jóvenes abrazados por la cintura, sentados a la puerta de un establecimiento sanitario, a juzgar por la cruz roja que aparecía sobre la entrada.

—La tomé en marzo del 39, en la enfermería del puerto de Alicante.

—¿Y una mujer tan guapa, con esa espléndida cabellera caoba, no llamó la atención de los testigos del caso?

—Recuerde que trajeron los cadáveres en un carro, tapados con mantas. — Respondió el representante de La Gavilla Verde—. Y en lo que estaban centrados los locales era en vislumbrar si entre ellos había algún conocido, cosa que descubrieron cuando vieron unas botas rojas que sobresalían debajo de las mantas, reconociendo las que vestía uno de los vecinos, el tío de la denunciante.

—Por mi parte, don Ramón, decirle que faltan por demostrar los hechos más importantes, constatar la ejecución de ellos dos y que sus cadáveres fuesen enterrados en Monroyo. Por no mencionar la intervención de ese alto mando de la Guardia Civil. — concluyó el profesor, perdiendo el brillo que la narración había despertado en sus ojos.

—Seamos pragmáticos —insistió el abogado Quesada—. En todo caso, la tumba va a ser excavada y los restos exhumados. En lo que

a mi cliente respecta, la identificación de esas dos personas, de momento anónimas, le sigue correspondiendo a usted, profesor, que es quien tendrá que valorar si los datos que aporta el Sr. Celada son válidos para su investigación.

Dos días después comenzaron los trabajos en el viejo cementerio de Monroyo, hoy ya clausurado. La expectativa había atraído a los vecinos, e incluso a la Guardia Civil, ausente respetuosamente en estos casos y hoy presta a colaborar.

En un punto alejado, Ramón Celada, enhiesto, silencioso y serio. Junto a él, Ernesto, que había declinado la invitación de los colegas del grupo Paleolab, prefiriendo mantenerse a distancia. Poco después llegó el abogado Quesada, que se bajó de un coche negro en cuyo interior, a pesar de tener los cristales ahumados, se adivinaba la presencia de alguien sentado en el sillón trasero.

Siguiendo las indicaciones que en su momento dieron los pocos testigos que se atrevieron a serlo, empezaron a excavar una fosa de 3.05 x 4.90 m junto al muro norte, que lamentablemente resultó ineficaz. Cuando ya se comentaba con sorna si se iba a llenar de agujeros el cementerio, salió entre los curiosos un hombre de unos 93 años que se acercó al grupo forense y les señaló, sin la menor vacilación, un lugar situado a unos 6 m de donde se habían iniciado los trabajos. Era el viejo con el que se encontró Ramón al entrar en el pueblo, que en su momento fue el carretero que trasportó los cadáveres.

Exactamente en el punto que les indicó abrieron una segunda fosa de 2,5 x 3,5 m y… ¡Estaba vacía!, aunque había restos de un lecho de cal que denunciaba la exhumación de los cadáveres. No se pudo constatar cómo ni cuándo y si se debía a obras de conservación o, como ocurre en otros muchos cementerios, se había abierto la sepultura y trasladado los restos a una fosa común.

Por lo que respecta a nosotros, la investigación ha concluido, les dijeron a Ramón y a Ernesto los de La Gavilla Verde y los del grupo Paleolab. Cuando ya iban a marcharse se acercó a ellos el abogado Quesada y les dijo:

—Mi cliente insiste en que siga con ella. Ahora tenemos un nuevo

objetivo, ese recién nacido que hasta ahora desconocíamos. Búsquelo. Su ADN podría cotejarse con el de algún posible familiar.

—No es fácil su encargo, Sr. Quesada. Un supuesto neonato del que no sabemos ni el sexo ni en la institución en la que pudo depositarle la Guardia Civil, encontrar algún familiar de sus padres con el que podamos testar su ADN y todo ello sin datos que permitan establecer fehacientemente que esas dos personas anónimas que cita D. Ramón existieron y son las que buscamos.

Aquí el aludido le interrumpió para hacerle un ruego:

—Entiendo sus argumentos, profesor, pero antes de tomar una decisión, lea mi informe. Quizás encuentre datos que, de haberlos conocido, le hubiesen podido servir en la identificación de las víctimas de otra tumba.

—Lo intentaré, pero no se lo prometo —contestó escéptico—. Pero antes, una pregunta, ¿cuál es su interés en este caso?

—Autentificar sus restos y hacer conocer el final de esta historia al que dio la orden de matarlos. Aunque los hechos hayan prescrito penalmente, no lo ha hecho la responsabilidad moral, y espero que esta sea implacable y le persiga los pocos días que les queden por vivir.

—Impresionante concepto de la justicia —respondió con sinceridad.

Esa misma noche Ernesto comenzó a leer los papeles de Celada. Era la historia de dos amantes que comenzó en marzo del 39, coincidiendo con la muerte de la República y el temor a las represalias del triunfador, que llenó el puerto de Alicante de exilados; la del comandante Ángel Melero, el causante de su muerte, y la de una extraña operación con nombre en clave, «Socorro Extremo», una fortuna depositada por el Gobierno de la República en un banco de Suiza que, tras su caída, no parecía tener dueño, insinuándose como un punto clave a analizar. Pero lo que no esperaba encontrar eran datos correspondientes a otro maqui, al parecer coprotagonista en esta historia, el Practicante, sobre el que estaba recogiendo datos en la investigación que estaba realizando sobre las fosas de Benagéber, de momento interrumpida por falta de

datos.

---

[1] La huella genética o prueba de ADN se empleó por primera vez en España en 1999 para identificar el cadáver del Manuel Irurita, obispo de Barcelona, fusilado por el bando republicano en 1939, y posteriormente, en el año 2000, por la Asociación para el Estudio de la Memoria Histórica en la identificación de las víctimas de la fosa de Priaranza, León, ejecutados por Franco.

[2] En el monolito erigido por los familiares de las víctimas en el cementerio de Monroyo figuran siete nombres: Josefa Bayod Ribas, madre de la denunciante y de Joaquín, y esposa de Alfonso Boj Guasch, antiguo presidente del Centro Republicano de su pueblo y, como su hijo, miembro del AGLA; Aurelio Boj Guasch, el hombre de las «botas rojas», hermano del anterior; Rogelio Cuartilla, Genaro Fuster, Eleuterio Simó, Aurora Piñara Clemente (esposa de José Mir Pastor «Cona», miembro del AGLA y hermana de otro maqui apodado «Cuñado») y Bárbara García Lapardina. Las otras dos víctimas son figuradas y forman parte de este relato.

II

Adiós, mi España querida, dentro de mi alma te llevo metida.

Aunque soy un emigrante, jamás en la vida podré olvidarte.

(Juanito Valderrama)

2

Mercedes y Ángel Melero

Madrid, finales de febrero de 1939. Qué lejos aquellos tiempos del «¡No Pasarán!» para los madrileños, ciudadanos de una capital sin Gobierno, con las Cortes y el presidente de la República exilados en París, y el del Consejo de Ministros, el Dr. don Juan Negrín, instalado provisionalmente en Elda. Lo que tocaba ahora era cantar el Cara al Sol o seguir la senda de las más de trescientas mil personas que desde la caída de Cataluña habían abandonado España, cuya precariedad intentaba paliar el recién creado Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles, el SERE, y a las que previsiblemente podrían añadirse las que optasen a última hora por el exilio, contando para ello con los barcos de la flota leal anclados en la base Naval de Cartagena, aunque ¡vaya usted a saber!

Mercedes Sierra, una joven enfermera del Hospital General de Madrid, oteaba cada mañana el horizonte quebrado de la sierra, donde las tropas nacionales preparaban el asalto final a la capital, angustiada por la suerte de su padre, su única familia desde la muerte de su madre, un viejo comunista inmerso de pleno en la Ley de Responsabilidades Civiles dictada por Franco a principios de febrero, donde se contenía el catálogo de las sanciones que pudiesen recaer sobre aquel que hubiese ejercido responsabilidades políticas o militares en el Gobierno de la República, por lo que ahora intentaba hacerse olvidar por uno de esos pueblos de la carretera de Valencia, después de dejarla, hacía más o menos un mes, al recaudo del Dr. Morales, otro comunista histórico que a estas alturas de la guerra ya se habría exiliado si la tuberculosis no le tuviese amarrado a una botella de oxígeno.

Hacía unos días que su jefe y tutor la había destinado a la sala de cirugía urológica, confiándole el cuidado del capitán don Ángel

Melero, por supuesto con carácter voluntario, debido a las circunstancias que le rodeaban, dando por hecho que las conocía.

Claro que sabía quién era ese capitán falangista, que ya llevaba tres meses ingresado en la sala para oficiales prisioneros, tras haberse dejado la virilidad, o buena parte de ella, al saltar las alambradas de una trinchera en el frente del Ebro; también sabía, como todo el mundo en este hospital, que era miembro de una familia muy conocida y muy cercana a Franco y que cuando, en razón a sus heridas, le internaron aquí en lugar de hacerlo en un campo de prisioneros, los oportunistas de siempre y los que buscaban congraciarse con los vencedores se apresuraron a formar a su alrededor una corte que terminó convirtiendo su habitación en una especie de célula falangista consentida.

¿Cómo iba a desaprovechar la oportunidad de conseguir del capitán Melero un carné de Falange que limpiase los antecedentes de su padre?

Mercedes se empleó a fondo, con profesionalidad, cercanía y con ese «quantum» que en un mundo de hombres significa ser una mujer atractiva, y ella era una hermosa joven de 18 años, grandes ojos violetas, boca deseable, una cascada de pelo ondulado y rojizo que las normas obligaban a llevar recogido bajo una cofia, y una brillante anatomía que apenas lograba disimular su antilujurioso uniforme y su delantalito blanco almidonado.

Y quién podía esperarse sorpresas de la blandura de ese miembro, ni del remedo de unos testículos que apenas daban para conservar su voz recia y algún que otro atributo de masculinidad que solo la sapiencia del Dr. Morales podía explicar.

Pero sucedió que un día, cuando se estaba esmerando en el cuidado de esta zona, el capitán don Ángel Melero notó una descarga nerviosa bajándole por la médula hasta incidir en la flacidez de su sexo, donde creyó intuir un destello de humedad y dureza. Convencido de que Mercedes era la panacea que necesitaba para rehabilitar su masculinidad, deslizó sus manos debajo sus faldas, tratando de apoderarse de la piel tersa y marmórea que tapizaba sus muslos que, por alguna extraña razón, se le antojaba tatuada de cabrillas por el calor del brasero.

Como ni era la primera vez que una enfermera sufría una agresión, ni tampoco estaba muy segura de que alguien pudiera calificarla como tal en un lugar lleno de heridos jóvenes, solo acertó a murmurar «por favor», delatando su incapacidad para defenderse.

¡Demasiado para Ángel!

Mientras abandonaba la sala reculando y protegiendo con las manos el vuelo de las faldas, pudo verlo alto, delgado, elegante y hasta guapetón, si no fuese porque esa sonrisa burlona bajo su despreciable bigotillo fascista le anunciaba que esta no iba a ser la última vez, porque nadie en este hospital, ni en ningún otro lugar, estaba en condiciones de impedírselo.

Pasado el momento de estupor y tras excluir un posible descuido en la botonadura de su blusa, en la longitud de su falda, o en que la mala calidad de la tela de su uniforme hubiese permitido su trasparencia al trasluz, comprendió que Ángel había expuesto las condiciones que debía cumplir para conseguir ese carné tan necesario para su padre, aunque antes de precipitarse decidió contar el caso al Dr. Morales.

—Pero ¿cómo es posible? —le preguntó, más extrañada que escandalizada.

—Porque necesita afirmarse psíquicamente que sigue siendo un hombre y que puede superar las dificultades de su órgano copulador.

—¿Y por qué a mí, si conozco su realidad?

—¿A quién mejor?, si encima eres una mujer agraciada. —Para continuar con acento conciliador—. Trata de entenderlo.

—¿Qué me está pidiendo? —preguntó escamada.

El médico, tras una pausa destinada a administrarse unas bocanadas de oxígeno de esa botella que perennemente tenía a su vera, una maniobra más dirigida a buscar una cierta consideración que a paliar su asfixia, empezó a hablar de los tiempos de ayer, «de cuando tu padre y yo», y cuando ella comenzaba a sospechar si la

falta de oxígeno le estaba pasando factura a sus neuronas, despachó su siguiente argumento:

—¡Qué te voy a contar que no sepas! Ambos participamos en las jornadas del 18 de julio del 36, cuando el pueblo de Madrid asaltó el Cuartel de la Montaña, donde los militares golpistas se habían refugiado, acabando con todos ellos. Nuestra exaltación no nos previno de que las cámaras de los reporteros eran testigos de la historia, y de que sus fotos con nuestras pistolas humeantes nos condenaban a muerte.

Tras lo cual, dando por finalizada la entrevista, la llevó paternalmente del hombro hasta la puerta y aquí se paró un momento para puntualizar:

—Él lo sabe todo en este hospital. Somos muchos los que, como tu padre o yo, esperamos nuestra salvación con uno de esos condenados carnés, ¿entiendes?

Claro que lo comprendió todo, incluyendo sus manejos para intentar conseguir el suyo, desde prolongar la hospitalización de Ángel sine die, evitando su traslado a un campo de prisioneros, hasta ponerla a ella al borde de su cama, ya no sabría decir si como cebo o a petición del propio capitán.

Esa noche, al llegar a la pensión de la calle Antón Martín, donde vivía desde que su padre se autoexilió de Madrid, hubiese deseado encontrarse con el consuelo de un abrazo, pero en su lugar se topó con su patrona, esperándola a la puerta de su habitación con la cara sonriente y un voluminoso paquete que, malévolamente, colocó encima de su cama y, tras un guiño de complicidad, le soltó:

—Lo ha mandado el capitán don Ángel Melero.

—¿Y cómo sabe dónde vivo?

(Qué pregunta tan absurda)

Cuando lo abrió, había de todo. Latas de carne argentina, legumbres, ¡pan blanco!, ¡¡¡azúcar!!! e incluso café (café, café y no malta).

En ese Madrid de la escasez, donde la dieta se reducía a «las píldoras del Dr. Negrín», unas humildes lentejas —y gracias a Dios si las había—, que debían comerse con la luz apagada para evitar ver la «compañía» que las contaminaba, su dignidad ofendida apostó por la vigilia.

—¡Repártalo entre los huéspedes!

Durante el resto de la semana se negó a entrar en la habitación de Ángel y también durante toda ella se encontró cada noche una inocente flor blanca sobre su almohada y un sobrecito con una nota: «Volvamos a ser amigos», y aunque ambas terminaban en la papelera, era consciente de que lo único que estaba haciendo era salvaguardar su autoestima retrasando lo inevitable.

La noche del sábado se produjo un vuelco notable en la situación y en lugar de la flor blanca se encontró un hermoso ramo de rosas rojas, que solo Dios y Ángel sabrían cómo conseguirlo, junto con una nota que ni se molestó en leer, para qué, si ya se había decidido, aunque le sirvió para adivinar que en el juego del ajedrez de su virtud ella tenía ahora la iniciativa.

Al día siguiente, domingo 5 de marzo, tenía turno de veinticuatro horas, y antes de ir a trabajar exigió a su patrona que le sirviese un buen desayuno con ese rico, humeante y oloroso café con leche imposible de encontrar en todo Madrid; después se retocó el pelo, se colocó coquetamente su almidonada toca remarcada con la cruz roja, se plisó el blanco delantal de su uniforme y se fue al hospital.

Al llegar se enteró de que el Dr. Morales, a pesar de ser festivo, había llegado muy temprano y se había encerrado en su despacho, colgado al teléfono y asfixiándose, un poco más, con el humo de sus apestosos puros.

No se molestó en preguntarle si necesitaba algo, su prioridad era otra, aunque su estrategia y el resto de su autoestima exigían que antes de entrar en la habitación de Ángel esperase a que fuese la hora en la que habitualmente le hacía las curas. En esas estaba, revestida de paciencia, retocándose de vez en cuando el colorete que disimulaba el rubor de sus mejillas y pendiente del trajín que habitualmente se producía alrededor de esa habitación.

Corrían el reloj, sus escrúpulos, sus dudas y también la alarma, porque ni Ángel ni su corte daban señales de existencia y empezaba a temerse que, precisamente hoy, al maldito capitán se le hubiese ocurrido perderse por no sé qué parte del maldito hospital, o por el también maldito Madrid, e incluso que el «castrado» hubiese perdido su interés sexual o, todavía peor, que ella hubiese valorado en exceso el significado de su ramo de rosas y de esa nota que, lamentablemente, no había leído.

Finalizando la mañana, el Dr. Morales la mandó llamar y lo encontró enganchado al oxígeno, señal inequívoca de que iba a pedirle algo y no se equivocó.

—¿Pero no has oído las noticias? ¡Escucha! —Fue su saludo.

En ese momento la emisora Flota Republicana, la radio de la Base Naval de Cartagena, volvía a lanzar el escueto mensaje que llevaba emitiendo desde la madrugada:

«La ciudad está a las órdenes de Franco», seguido por un desafiante «arriba España» y a continuación, música militar.

La pérdida de la flota, con ser una noticia grave, adquiría un significado especial para las gentes que, como su padre, habían depositado sus esperanzas en ella para, llegado el momento, poder salir de España.

Ahora entendió la causa de la ausencia de Ángel, al que supuso en contacto con la quinta columna falangista en algún lugar de Madrid.

El Dr. Morales resumió, agorero:

—Es el final. Ha llegado el momento de que cada uno mire por sus intereses.

A Mercedes la angustia y la frustración le impedían hablar. Tragó saliva, respiró hondo y finalmente explotó:

—¿Y ahora qué? —o lo que era lo mismo—: Y ahora que he decido prestarme a sus manejos, ¿qué hago?

Morales, tras cerciorarse de que la puerta del despacho estaba

cerrada, le dijo sigilosamente:

—Yo ya he podido solucionar mi problema, ¡mira! —Y le mostró un carné de Falange, una cartulina blanca estampada con el símbolo del yugo y las flechas que, con intenciones aviesas, le entregó para que lo ojease—. Pero no me he olvidado de ti — continuó—, y sé cómo puedes solucionar el tuyo sin «prestarte a manejos».

—¿Qué me va a proponer ahora? —contestó desafiante, pero mirando con envidia esa cartulina sellada y firmada por Ángel, donde advirtió que, posiblemente por las prisas, estaba pendiente de rellenarse con los datos del titular.

—Céntrate en lo que te voy a decir —recuperando la cartulina y agitándola ante sus ojos—. Desde determinadas instancias se me ha pedido que esconda en el hospital a alguien hasta que venga a recogerlo una escolta que, simulando un traslado, lo sacará de Madrid en una ambulancia para llevarlo a la sede del Gobierno en Elda. Te propongo que me ayudes, confundiéndole entre los pacientes y, después, para hacer más creíble el plan, que lo acompañes hasta su destino.

Pero lo vivido en estos días le había hecho perder la generosidad de la juventud y había aprendido que todas las cosas tienen su precio, si hay un comprador dispuesto a pagarlo, así que se expresó con descaro:

—No sé para quién me está pidiendo que colabore, si para Ángel y los suyos, o para el Gobierno de la República, pero me da igual, yo no estoy en guerra, dígame qué es lo que yo gano en todo esto.

—Podrás incluir entre los viajeros a tu padre, al que, una vez en Elda, el Gobierno le facilitará el exilio. Piénsatelo y cuando tomes una decisión, me avisas.

No necesitó hacerlo, la solución que le presentaba no exigía someterse a nadie, así que aceptó sin hacer más preguntas.

3

Valentín Méndez

Aunque Valentín Méndez andaba por la treintena, hacía mucho que había dejado de ser joven. Fue cuando entró de botones en el Banco de España y decidió sacrificarlo todo a cambio de ascender desde «chaval» a «oiga, Méndez» y, finalmente, tras su afiliación al partido comunista, llegar a ser «don Valentín».

Hoy era un solterón achaparrado, miope, traje a rayas cruzado, sotabarba y sonrisa estereotipada, que vivía en un cuarto piso sin ascensor, portal con olor a gas y escalera crujiente, de madera de pino sin barnizar, haciendo una vida ordenada, donde «una olla de algo más de vaca que de carnero, salpicón las más noches […] consumían las tres partes de su hacienda», aunque en su caso el palomino dominguero era una esporádica descarga fisiológica en una discreta casa en la calle de Santa Isabel. Para poco más daba su estatus, para eso y para tenerse como un funcionario sin tacha.

Últimamente, al finalizar su larga jornada laboral, se iba a pasear por los andenes de la estación de Atocha para emborracharse de carbonilla y dejar a su imaginación perderse por esos caminos de hierro que, ineludiblemente, acababan en algún lugar en el exilio, y es que Valentín, por su categoría profesional dentro del Banco y por su filiación política, estaba inmerso en la amenazante Ley de Responsabilidades Políticas de Franco, aunque su carrera hubiese empezado antes de proclamarse la República o que su honradez fuese proverbial, agravándose su situación desde que, a principios de este año de 1939, se prestó a colaborar con el SERE, el Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles, recién creado por el Dr. Negrín, presidente del Consejo de Ministros, como responsable de «Socorro Extremo».

—¡Quién me mandaría…!

Se trataba de una operación planificada para pagar, in extremis, los

servicios de las navieras France Navigation y la Mid. Atlantic, creadas por el Partido Comunista Francés (PCF) para saltarse las restricciones que el Pacto de no Intervención[3] había impuesto al comercio con España, y operaban en los puertos de Levante al servicio de la República para ayudar a las personas que optasen por el exilio. Para tal fin se había depositado un capital en una caja de un banco suizo que para poder retirarlo era necesario del concurso de cuatro llaves, tres bajo su custodia, guardadas en el Banco de España, para que, una vez que se activase la operación, entregárselas a los representantes de los partidos socialista, comunista y anarquista y, todos juntos, con el concurso de la cuarta, depositada en el banco suizo, poder abrir la caja.

A eso de la madrugada del día 5 de marzo le despertó el teléfono, comunicándole la situación de Cartagena, tras lo cual le dijeron que ante tal escenario era aconsejable activar «Socorro Extremo», por lo que debía trasladarse al banco a la espera de recibir instrucciones.

Se rasuró con esmero, se vistió su traje a rayas, abrigo azul marino de corte militar y guardó en su voluminosa cartera de trabajo un par de mudas, el pasaporte y algún dinero, poco, demasiado poco para toda una vida de entrega; se caló el sombrero, apagó el gas y salió de su casa, cerrando la puerta sin mirar atrás.

Aquí se quedaba su historia, tal y como correspondía a un funcionario ejemplar, obedeciendo con lealtad las decisiones de los de mayor jerarquía, pero hoy, en este amanecer tan frío y tan gris, antes de entrar en el banco, echó una mirada a la diosa Cibeles que, sin disimular su miedo y su incertidumbre, se escondía bajo una cubierta de ladrillos y sacos terreros.

Como era domingo, apenas había gente. Los de seguridad y algún empleado ensoñando y dejando para los vencedores todo lo que la desmoralización le evitaba acometer.

—¿Ha llegado ya el delegado del SERE? —preguntó al funcionario que le había telefoneado de madrugada.

—No he recibido instrucciones al respecto —respondió solícito, descolgando el teléfono con la intención de hacerlo ahora.

—No. Déjelo —dijo cortando su iniciativa, aunque extrañando tal ausencia en un momento en el que ambos organismos, el Banco y el SERE, debían actuar al unísono, avalándose en las decisiones.

Encontró la prensa del día sobre la mesa de su despacho, si como tal calificamos las cuatro hojas a las que la escasez del papel había resumido el ABC (Diario para la Democracia)[4] y, mientras esperaba la anunciada llamada telefónica, empezó a ojearla.

En primera y a dos columnas, «La paz que nos obliga a luchar», donde se adivinaba la pluma de Negrín instando a los ciudadanos a mantenerse, más que nunca, serenos, dignos, unidos y firmes. En la segunda y a la izquierda, en lo que ya era una sección fija titulada «La próxima guerra», la actualidad sobre la ineludible conflagración mundial. En pocas palabras y en dos artículos recurrentes, la maroma de salvación a la que se aferraba el Gobierno, resistir con la esperanza puesta en la futura guerra mundial y la segura intervención de los aliados. Y nada más de interés. Bueno, en el faldón, una nota de la Alianza de Trabajadores Antifascistas, comunicando la muerte del poeta Antonio Machado, y un recuadro avisando a los lectores que, el próximo lunes, el presidente se iba a dirigir a la nación por radio.

—¡Y qué nos vas a decir!

Pocas veces se permitía criticar a sus superiores, pero estaba a solas y más que una invectiva era su forma de expresar la desesperanza con la que estaba viviendo la caída de la República y la incertidumbre que le invadía.

Pero ya no cabía lamentarse. En su momento pudo haberse negado a colaborar con el SERE, pero prevaleció más el sentido de su responsabilidad como alto funcionario que las amenazas del vencedor. Así habían sucedido las cosas y estas eran sus consecuencias.

—¡Gajes del oficio!

Dobló parsimoniosamente el periódico y ahora, una duda: ¿debía insistir en que estuviese presente el delegado del SERE?

—En las actuales circunstancias lo más discreto es esperar las decisiones de la superioridad.

Resuelta la cuestión, se levantó de su sillón y se dirigió a la caja de seguridad de su despacho donde, además de una importante cantidad de dinero, se guardaba la documentación de «Socorro Extremo» y un sobre lacrado con las tres llaves citadas; cogió este último y lo depositó sobre su escritorio, a la espera de recibir instrucciones.

Llegado aquí, se permitió un cierto escepticismo. El propio diseño de la operación indicaba la desconfianza que había presidido las relaciones entre los partidos a lo largo de la conflagración, agudizadas ese mismo mes de febrero del 39, tras la dimisión en su exilio francés del presidente de la República, y que Negrín, sin esperar el refrendo de las Cortes, regresara a España para hacerse cargo del Gobierno. El mismo Valentín se había planteado su legalidad, pero el sentido común le convenció de que el timón del Estado, en las condiciones actuales, no podía esperar al refrendo de unas elecciones convocadas por unas Cortes dispersas en el exilio, por lo que decidió entregarle su lealtad, lo que no todos habían hecho, incluso los de los niveles con mayor responsabilidad.

Tampoco confiaba demasiado en cómo el SERE iba a utilizar los medios que aportaba «Socorro Extremo», al que, a pesar de su corta vida, se le había acusado de malversación y de estar dirigiendo sus ayudas a militares y al alto funcionariado, en perjuicio de los de menor rango. El propio Negrín había tenido que salir al paso, exigiendo más claridad y que, sin excepciones, se dedicasen a todos los emigrados, tanto para los internados en campos de refugiados como para los que habían elegido terceros países o deseasen retornar al propio. Pero esta no era su función, su cometido era poner esos medios a disposición del citado organismo y, en el caso de advertir malversación, denunciarlo para que el organismo competente decidiese.

—Y eso es todo.

¿Eso es todo?, ¿sin esperar nada más?

—¡Sí!…

No se necesitaban dotes de psicoanalista para adivinar tras esta autoafirmación un reproche. Tras tantos años de lealtad y de asumir responsabilidades, creía haberse merecido que le hubiesen incluido en la lista de personas a las que facilitar su salida y un puesto en el futuro Gobierno de la República en el exilio.

—Y ya veremos si esto va a ser así. —se dijo, desconfiando de que alguien se hubiese acordado de premiar una lealtad que no siempre había sido fácil de mantener.

Por su jerarquía en el Banco de España, conocía el destino que había sufrido el tesoro de la nación, la cuarta reserva mundial de oro. En 1936, siendo Negrín ministro de Hacienda, se realizó en secreto, es decir, sin la autorización de las Cortes, el traslado a Rusia de 1800 cajas de oro[5], con la excusa de que este país era el único que, desoyendo las recomendaciones de la Sociedad de Naciones y del comité de No Intervención, seguía abasteciendo de armas a la República. Todavía más, en estos últimos días de febrero del 39, el SERE había embarcado en el yate «Vita» otras 180 cajas de oro y valores con destino a México, decían que para ayudar a los refugiados. Finalmente, también en estas fechas, Martínez Barrios, presidente de las Cortes, al exilarse arrampló con lo que pudo para llevárselo a Francia, supongamos que con la misma intención. Qué menos que una parte de este todo sirviese para compensar a gentes que, como él, habían hipotecado su futuro en aras de una «lealtad ciega».

Alrededor de las dos de la tarde sonó el teléfono y alguien que se presentó como Ramón Celada, de la secretaría del presidente Negrín, tras corroborar la rebelión de Cartagena y la salida de la flota republicana con destino a Túnez, le ordenó activar «Socorro Extremo», aunque con una variante sobre las disposiciones originales:

—Deberá entregar las llaves aquí, en Elda, en la Presidencia del Consejo.

—¿Debo ir yo solo? ¿Sin nadie más? Quiero decir, ¿sin contar con la aquiescencia del delegado del SERE y sin instrucciones escritas al respecto?

Tras un seco, «así es», le recordó que, debido al carácter secreto de la operación, tenía que destruir toda documentación relativa a la misma.

Ahora sí que pidió una aclaración.

—¿Quién puede avalar la legalidad de mi intervención y que no esté actuando al dictado de intereses espurios?

—El Gobierno, Sr. Méndez. —Hecha la aclaración, pasó a exponerle el tema de seguridad que se había montado respecto a esta operación—. Deberá trasladase al Hospital General, donde un médico y una enfermera le mantendrán escondido hasta que vaya a buscarle una escolta para trasladarle a Elda. Una vez ahí, le será entregada la orden firmada que está solicitando.

Y eso fue todo; responsabilidad, compromiso y fe ciega, pero ni una palabra de agradecimiento, ni una indicación acerca de cómo solucionar su futuro.

—¡Mejor no pensarlo!

Guardó en su cartera el sobre con las llaves, quemó la documentación de «Socorro Extremo» y cuando se disponía a cerrar la caja, reparó en el dinero que quedaba en ella, del que no había recibido instrucciones. Una cantidad importante de billetes emitidos antes de que en 1936 los bancos emisores de cada bando declarasen inválido el del contrario; junto a ello, valores, deuda, incluso dinero emitido por el Banco de Burgos, el del Gobierno de Franco, todo ello dispuesto para contingencias, se quedaba ahora a la disposición de la honradez del que viniese a ocupar su cargo.

—Un funcionario del enemigo, se entiende.

Ante esta última consideración decidió tomarlo para trasladarlo a Elda y entregárselo al SERE. Al guardarlo en su cartera no pudo evitar un comentario:

—Y Dios quiera que este sea el destinatario de todo lo que llevo.

Atardecía cuando abandonó su despacho. Al hacerlo volvió a insistir, ahora al personal de tarde, si se había avisado al delegado

del SERE. Con la negativa como respuesta salió a la calle de Alcalá, donde unos camiones de la 70ª Brigada Anarquista del IV Ejército de Cipriano Mera estaba descargando gente armada en el edificio de Correos, en el Estado Mayor Militar, incluso en el propio Banco.

—Algo se está cociendo en este Madrid moribundo.

También había soldados patrullando por los alrededores del Hospital General, donde al llegar le pidieron que se identificara.

—¿Don Valentín Méndez? —Más que preguntar, exclamó el portero con vozarrón de bajo profundo, tirando a aguardentoso.

—Sí —intentando, inútilmente, un gesto de discreción—. Me están esperando el Dr. Morales y la señorita enfermera Mercedes Sierra.

—¿A estas horas y en domingo? —insistió el de la puerta, a juzgar por sus gritos, al todo Madrid, para continuar con un—: Así que del Banco de España.

—Yo le acompañaré. —Se ofreció solícito uno de tantos pacientes que mataban horas recorriendo los pasillos, un antiguo bedel del Banco de España que le había reconocido.

Tras conducirle al despacho del Dr. Morales, se quedó vigilando la puerta, viendo al poco llegar a Mercedes. Pegó el oído y pudo escuchar las medidas que se habían tomado respecto al traslado de Valentín a Elda, tras lo cual, la enfermera y el visitante salieron para dirigirse a una habitación, donde simularon el ingreso de este. Toda una información que, sin duda, sabría agradecer don Ángel.

Para el capitán este domingo también había empezado muy pronto y desde primeras horas había sido convocado, fuera del hospital, por la Falange madrileña para comentar la situación creada tras los acontecimientos en la Base Naval de Cartagena y sus posibles consecuencias.

—Es el prólogo de algo más importante —le advirtieron—. Acaba de hacerse público que esta noche el coronel Casado, jefe del Estado Mayor del Ejército del Centro, se va a dirigir a la nación por las ondas de Radio Unión.

—¿Pero no iba a hacerlo mañana el presidente Negrín?

No eran ningún secreto las discrepancias entre ambos, incluso que el primero estaba intentando pactar, de espaldas al Gobierno, la paz con Franco, y el hecho de que su comunicado se adelantase al del presidente, lo hacía muy sospechoso.

—Es inminente un levantamiento militar —le aclararon los de la quinta columna—. Nuestra misión ahora es vigilar estrechamente a las altas jerarquías del Banco de España y su posible fuga, llevándose los restos del tesoro de la República. — A continuación les entregaron una lista de sospechosos, incluida una foto de Valentín—. Respecto a este hombre, sabemos que custodia medios que podrían ser destinados al SERE.

Cuando volvió al hospital, el antiguo trabajador del banco se apresuró a contarle sus averiguaciones y el papel que jugaban el Dr. Morales y la enfermera ocultando a Valentín. Tras agradecérselo, se dirigió al despacho del médico.

Tal y como se rumoreaba, a las diez de la noche la República se suicidó. Un denominado Consejo Nacional de Defensa comunicaba a través de las ondas de Radio Unión la destitución del Gobierno de Negrín. El primero en hablar fue el viejo líder socialista Besteiro, que argumentó que el presidente del Consejo de Ministros no contaba con la base legal para gobernar y que debían ser las Cortes de la República, exiladas en Francia, las que tenían que designar al sucesor del dimitido presidente de la República, tras lo cual pasó a denunciar al usurpador Negrín y su política, su fanatismo partidista y su sumisión al partido comunista. Después lo hizo el coronel Casado, para insistir en que él era el único que podía conseguir de Franco una paz sin represalias. Finalmente, el anarquista Cipriano Mera, jefe del IV Cuerpo de Ejército, expuso que la pérdida de Cataluña tras la batalla del Ebro solo podía explicarse por la traición de los que estaban dispuestos a vender la sangre generosa del pueblo español.

Ahora entendió Valentín la causa del despliegue de la 70ª Brigada Anarquista por Madrid y, temiendo que terminasen por bloquear las vías de comunicación con Elda, corrió a buscar a Mercedes para que acelerase los planes de salida.

—No necesito esperar a mi escolta, solamente alguien que sepa conducir.

—En el curso de enfermería aprendemos a llevar ambulancias.

—Entonces, a qué esperamos.

—Necesitamos que el Dr. Morales nos autorice a utilizar un vehículo, sin ese permiso nos detendrían en cualquier control.

A Mercedes le costó localizar al doctor; tras pasarse un rato llamando inútilmente a la puerta de su despacho, supuso que podría estar recorriendo las salas de su responsabilidad en el hospital o que le habrían requerido en algún otro sitio, pero tampoco lo encontró, ni nadie supo dar razones de él. Cuando ya casi había asumido la posibilidad de que se hubiese marchado a su casa, se acercó de nuevo a su despacho, pero esta vez, ante la falta de respuesta, decidió entrar.

—Dr. Morales… ¿doctor?... ¡¡¡doctor!!!

Ahí estaba, derrumbado en su sillón, morado, abotargado.

La muerte le había sorprendido intentando abrir su botella de oxígeno. Mecánicamente la agitó para comprobar su estado y…

¡Vacía! Imposible, si cada mañana él mismo se encarga de comprobarla.

No había tiempo para disquisiciones ni para especular sobre las causas de su muerte. Tenía otras urgencias. Superando sus escrúpulos empezó a rebuscar en los bolsillos del cadáver, en los de la bata, en los de su americana colgada en un armario, en los cajones del despacho…

—Nada.

Sin ningún miramiento descamisó al cadáver, le desabrochó el pantalón y en un bolsillo secreto interior…

Ahí estaba esa cartulina, tal y como la vio por primera vez, en blanco, firmada por Ángel y validada con el sello falangista. Solo

Dios sabía cómo se había conseguido, pero lo que sí tenía claro es que ella formaba parte del trato.

—El remordimiento ni siquiera te ha permitido rellenarla.

No fue un epitafio feliz, ni tuvo ningún escrúpulo al guardársela. Después tomó una cuartilla de papel sellado y se fabricó el permiso de salida para una ambulancia falsificando la firma del que fue su jefe.

Antes de llegar a la habitación de Valentín oyó un gran alboroto, proveniente de la puerta principal, donde la guardia de seguridad intentaba impedir la entrada de los soldados de la 70ª Brigada Anarquista. No había tiempo que perder. Ahora era ella la más interesada en escapar.

Lo encontró angustiado, expectante, abrazado como un niño a una voluminosa cartera, y sin más cuestiones se lanzaron a toda prisa por los vericuetos, recodos y escaleras del hospital, tratando de llegar a los sótanos, donde estaba la base de ambulancias.

Arriba, los soldados anarquistas, tras superar la pequeña oposición de la guardia de puerta, enviaron un destacamento para controlar los garajes.

—Rápido, rápido —Instaba Valentín.

Al llegar advirtieron que les estaban haciendo señas, encendiendo y apagando los faros de una ambulancia que tenía el motor encendido, y corrieron en dirección a ella.

Cuando ya estaban a punto de abordarla, les salieron al paso dos soldados.

Fueron unos segundos de vacilación.

—¿Valentín Méndez? —gritó uno de ellos, un sargento, agitando la hoja de un periódico donde venía su fotografía—. Somos sus escoltas. Corran, los de la 70ª Brigada Mixta Anarquista nos vienen pisando los talones.

El sargento abrió la puerta de la cabina del vehículo y empujó

literalmente a Mercedes al asiento del copiloto, habitualmente destinado al personal sanitario, indicando a continuación a Valentín que ocupase la camilla, tras lo cual los dos escoltas se sentaron a su lado y la ambulancia arrancó hacia la Ronda de Valencia con las luces apagadas y dejándose las ruedas en el pavimento. Al llegar al paseo del Prado disminuyeron la velocidad y ahora, más relajados, pudieron verse las caras.

—¡Ángel! —exclamó Mercedes al fijarse en el conductor.

Ahí estaba, luciendo una gorra de plato y una guerrera negra con las insignias de la Cruz Roja en el cuello y su sonrisa cínica bajo su bigotillo fascista.

—Es nuestro chófer —aclaró Valentín, adelantándose a su gesto de sorpresa—. Al poco de que usted saliese de la habitación se presentó él con la orden de traslado firmada por el Dr. Morales, pero alarmados con los sucesos de la puerta de entrada, decidió adelantarse al depósito de ambulancias, para tener preparado un vehículo.

—Ya lo ve, señorita —corroboró él y, sin dejarle tiempo de reaccionar, les dijo a los soldados—: Tengo orden de detenernos en el pueblo de la enfermera para recoger a su padre y trasladarlo con nosotros a Elda.

Había oído bien. Ángel conocía el pacto que había hecho ella con el Dr. Morales, lo que confirmaba su complicidad con el capitán, al que le habría puesto en antecedentes sobre los planes para ayudar a huir al jerarca del banco.

—Qué extrañas alianzas crea la guerra —concluyó, sin ahondar en otro tema que no fuese en el que todos coincidían: solucionar su problema. Del resto mejor no enterarse, al fin y al cabo, no había apostado por nadie en esta guerra.

---

[3] Firmado el 3 de septiembre de 1937 por veintisiete países con el fin de promover el armisticio entre las partes, proclamaba la estricta neutralidad de las naciones europeas en la guerra de España, incluyendo el embargo del comercio de material bélico y el tráfico

de voluntarios, que ignoraron Hitler Mussolini y Stalin.

[4] 25 julio 1936. El ABC y otros periódicos calificados de derechas fueron incautados por el Gobierno de la República, apareciendo en su primer número y a toda página con un rotundo ¡Viva la República! Simultáneamente, en la España de Franco apareció ABC de Sevilla.

[5] El famoso «oro de Moscú» que después reclamará Franco, con el que se pagaron los envíos de armas rusas, en esas fechas 56 tanques T-26B, con sus respectivas tripulaciones, siendo destinados a la defensa de Madrid, con base en los jardines del Capricho, antes de que este palacio pasase a ser la sede del Estado Mayor del Ejército del Centro.

4

Andrés y el Practicante

Andrés Favard, el Francés, un parisino de veinticuatro años, decía de sí mismo que había heredado los rasgos galos de su padre, piel clara, pelo rubio y ojos azules, pero que su madre le había contagiado la pasión de su sangre española y su sentido trágico de la vida, y como hablaba muy poco de su padre y mucho de ella y de la tierra que la cubría, allá, en la ciudad de Montpelier, era factible creerse que, en virtud de su memoria, cuando en 1936 se enteró de que intentaban apoderarse de España el capitalismo opresor, la Iglesia ultramontana, el militar de pelo en pecho que echaba mano a su arma al oír la palabra «cultura» y el señorito de camisa azul, guardó para más tarde su recién adquirido título de ingeniero de Minas y se presentó en la sede del Partido Comunista Francés, donde le habían dicho que «los luchadores de la libertad» venían a ofrecer su sangre por España.

No tuvo suerte con el recién nacido Comité de No Intervención, que vigilaba muy estrechamente eso que intentaba hacer él y como ni era, ni quería ser miembro del Partido Comunista Francés que, conchabado con su correligionario español, se las arreglaban para saltarse tales recomendaciones, tuvo que ingeniárselas para cruzar por su cuenta clandestinamente la frontera y presentarse en Barcelona, tras lo cual y luciendo ahora la insignia de las Brigadas Internacionales, un brazalete con la bandera tricolor y una estrella roja de tres puntas en la banda amarilla, llegó a Albacete para integrase en el Batallón Comune de Paris, de la 11ª Brigada Internacional, también conocido como «La Marsellesa», por estar formado básicamente por franceses, belgas y valones.

Y después la guerra, el bautismo de fuego en la batalla de Madrid, en noviembre del 37, un amplio etc. y, en julio del 38, el paso del Ebro.

Ay, Carmela, ay, Carmela.

Aquí los regulares aniquilaron al Comune de Paris y a él la metralla le rompió un par de costillas, quedándose para siempre impactada en su pleura.

Pero España todavía pedía más sangre.

En este año del 38, tras el Auschluss de Austria y el vergonzoso Acuerdo de Múnich, Hitler señalaba a Polonia, sin dejar dudas a nadie, y menos a Negrín, de que la mesa de la Segunda Guerra Mundial estaba servida y que si la República quería resistir al envite de Franco, debería congraciarse con Francia, Inglaterra y el Comité de No Intervención, y ese otoño licenció a las BI.

El sentido trágico de su sangre materna le impidió aceptar tal final y siguió apostando por los perdedores, alistándose en el XIV Cuerpo del Ejército Guerrillero que estaba organizando el coronel Domingo Hungría, asistido por Pelegrín Pérez como comisario político, lo que ilustraba la obediencia comunista de muchos de sus componentes, siendo su misión la de infiltrarse detrás de las filas enemigas, causar bajas, atacar sus comunicaciones, destruir sus estructuras y, fundamentalmente, contactar con los cientos de soldados que, en lugar de rendirse, se habían «echado al monte» en las tierras que iba conquistando Franco.

En estas estaba ese día 5 de marzo de 1939, en la 300ª División del XIV CG, con base en Alcalá de Henares, como sargento de un grupo de sabotaje, entre los que figuraba el Practicante, un soldado de más o menos su edad, al que llamaban así porque en su lejano pueblo de la sierra de Gúdar, en Teruel, había aprendido a arreglar huesos, a «estirar tendones» y a hacer sondajes cuando a los compañeros las purgaciones les hacían hervir el pito.

—Pero ¿cuál es tu verdadero nombre?

—Ya se me ha olvidado, se me quedó en mi pueblo, de donde salí perseguido por la Guardia Civil.

El comunismo del Practicante era de resentimiento e impotencia, su respuesta ante un conflicto de tierras que ya iba por la decena de muertos, ahí en Gúdar, un áspero pueblo en la sierra del mismo nombre de la provincia de Teruel, donde, como en tantos otros, los conflictos de lindes y la propiedad de la tierra derivaron en política y en la oportunidad de que los aparceros menos afortunados pudiesen acceder a las tierras de regadío. Sucedió que en 1931, la República, en aplicación de su propuesta de reforma agraria, decidió parcelar las tierras comunales de la riera, una regadío perteneciente al ayuntamiento, habitualmente arrendado por los más ricos, para repartirla entre los aparceros más pobres; fue entonces cuando se quiso poner remedio a los desmanes del dueño de la masada de la Peña, una finca lindante con la riera, que el masovero había ampliado corriendo los mojones, por lo que la corporación le puso en juicio, cuyo fallo se fue retrasando hasta el triunfo del Frente Popular en la elecciones del 36. Ese día los aparceros, entre ellos los padres del Practicante, ocuparon sus parcelas, pero el masovero de la Peña, no se explica muy bien en virtud de qué derecho o artimaña legal, recurrió a la Guardia Civil de Alcalá de la Selva para que echara a los invasores. Y aquí es donde entra el Practicante, al que su padre mandó al pueblo para que alertase a los hombres, que esperaron a los guardias en la plaza Mayor y cuando llegaron los desarmaron y los expulsaron de Gúdar.

—Ya te puedes imaginar —solía continuar—. Los aparceros mandaron a ocho personas, entre ellos a mi padre, para explicar ante los jueces la situación, pero en esos días Teruel se levantó en armas contra la República y fueron apresados y fusilados. — Sin querer insistir en que las malas lenguas decían que los llevaron al coso taurino, donde les hicieron sufrir la suerte del toro de lidia.

—Y aquí me tienes —concluyó abriendo los brazos para señalar la base de Alcalá.

Nada hablaba de lo que sucedió después, de las muertes producidas por los de izquierdas, pero de esto todavía no se había enterado.

Esa noche de la alocución radiada del coronel Casado, el mayor jefe del 300º, llamó al sargento Andrés Favard y al Practicante y, tras mostrarles un recorte de prensa con la fotografía de Valentín Méndez, les ordenó que fuesen a recogerlo al Hospital General de

Madrid para escoltarle hasta Elda escondido en una ambulancia.

Al llegar a Madrid vieron a los de la 70ª Brigada custodiando los edificios oficiales, incluido el hospital, en cuya puerta principal se estaban enfrentando con los guardias de seguridad. Para evitarse problemas dieron un rodeo y entraron en el edificio por el patio de las cocheras. El resto ya es conocido, las carreras y el encuentro con un varón gordonzuelo y medio calvo y una enfermera que se disponían a huir. Afortunadamente tenían a mano el recorte del periódico con la fotografía de Valentín y pudieron reconocerlo.

Salieron a la plaza de Atocha y tirando por las Ventas, carretera de Aragón adelante, llegaron a Alcalá de Henares para desviarse en dirección a Arganda, evitando la carretera de Valencia, cortada por los nacionales a la altura de Seseña. Ahora ya redujeron su velocidad y tiraron hacia Levante con las luces apagadas, por miedo a la aviación y a los francotiradores, zarandeados por las cicatrices que la guerra había ido dejando en un camino que ya nadie se permitía reparar, y sorteando una inusitada afluencia de vehículos que, igualmente ciegos, lentos e inseguros, escapaban de la capital.

En la parte posterior de la ambulancia, Valentín, flanqueado por los dos soldados, viajaba tan concentrado en sí mismo, tan abrazado a su cartera, que Andrés se convenció de que lo que estaban haciendo era proteger un trasporte de dinero, una misión más acorde con un cuerpo de seguridad que con un guerrillero, pero, qué le vamos a hacer, aceptó disciplinadamente. Después se dedicó a estudiar al resto de los viajeros. Imaginando la causa de la presencia de la enfermera ahora se preguntaba sobre el conductor. No le habían advertido acerca de él ni de que tenían que rectificar su ruta para recoger a un viajero, y aunque al parecer tenía el visto bueno de la persona a la que escoltaban, Valentín Méndez, suponía un inesperado cambio en los planes y un lamentable fallo de seguridad que exigían toda su atención y alerta.

Cuando ya llevaban un rato viajando, empezó a notar que el chófer se aprovechaba de cualquier vaivén del vehículo para rozar disimuladamente el muslo de la enfermera o, no tan disimuladamente, posar la mano descaradamente sobre sus rodillas, ignorando el evidente e inútil rechazo de ella, lo que terminó por sublevarlo.

—¡Camarada! No pierdas la atención sobre la carretera —le advirtió con severidad.

No estaba muy acostumbrado Ángel a aguantar recriminaciones de nadie, pero la actitud del sargento no era la de un hombre que se anduviese con bromas, así que tuvo que contenerse.

La enfermera tampoco hizo ningún comentario, pero suspiró con alivio.

Era una guapa mujer, seria, pero hermosa. La oscuridad no le permitía adivinar demasiados aspectos, salvo la elegancia de su talle y sus rodillas forradas de hilo. El resto era la blancura de su uniforme y un cabello rojizo escondido bajo una cofia.

—Te la estás comiendo, Francés.

—¿Te has fijado, Practicante? Ese hijo p… no deja de intentar meterle mano.

—Olvídate de ella. Esa mujer es Lilith.

—¿Lilith?, ¿quién es esa?

—La esposa de Adán antes de que fuese creada Eva, que por estar hecha del mismo barro que el hombre, se sintió su igual, negándose a yacer si no era en postura lateral. Al final abandonó el Edén y se fue al mar Rojo, donde tomó como amante a Asmodeo, el arcángel que se rebeló contra Dios acuciado por la lujuria.

—Tonterías impropias de un comunista ateo. —Sonrió Andrés.

—Yo no creo en Dios, pero sí en la otra vida.

Al poco, Ángel cerró la ventanilla que comunicaba la cabina con la parte posterior del vehículo y, aislados del resto de los viajeros, se dirigió a Mercedes:

—Pero ¿cómo te has embarcado en esto, a estas alturas de la guerra? —Para continuar en tono severo—: El Dr. Morales debería haberte advertido de que Valentín Méndez es un alto ejecutivo del Banco de España que ha sacado dinero de la entidad para

entregárselo a un Gobierno que ya ha dejado de existir, ¿entiendes lo que te estoy diciendo?, que para todos, nacionales y casadistas, se trata de un delincuente y, tanto tú como el Dr. Morales, sois ahora sus cómplices. A él ya no le va a pasar nada, pero tú puedes acabar en la cárcel.

—¿Y quién crees que me ha arrastrado hasta aquí, ¿qué estoy haciendo y a causa de qué? —le contestó airada.

—¿Por qué, Mercedes? —acariciando su rodilla cariñosamente—. Nunca habría permitido que nadie os hiciese daño ni a ti ni a tu padre. Te lo decía en mi carta.

—Tus cartas y tus rosas a cambio de mi sumisión —le contestó retirándole con violencia la mano.

Hicieron el resto del camino en silencio hasta parar en el pueblo de su padre, y aquí, cuando ella se disponía a abandonar el vehículo y adentrarse por las callejuelas en plena noche, Ángel se ofreció a escoltarla.

—Prefiero ir sola.

—No es conveniente, señorita —corrigió el Francés, bajándose del coche y haciendo sonar escandalosamente el cerrojo de su fusil ametrallador, mirando a Ángel—. Usted nos guía. —Indicó a la mujer.

Al llegar a la casa se colocó delante de la puerta y le dijo a ella:

—Tómese su tiempo, nadie la va a molestar.

El silencio del lugar no se debía a que se acercaba el amanecer. Solo una vieja criada respondió a sus llamadas. Por su edad apenas se permitió decir algo más que un «cuánto tiempo, niña», sin demasiados acentos de emoción, tras lo cual se dirigió al hogar para intentar reanimar un fuego huérfano de pucheros.

—Tu padre ya no está en el pueblo.

—¿Cómo?

Luego vino lo de que hacía tiempo que se había ido.

—Después de dejarte en el hospital se marchó, ¡Dios sabe a dónde!

¿Así terminaba esta historia?

—¡Serás desgraciado! Ya lo tenías decidido. Lo hubiese entendido, te lo juro, si me hubieses dicho que no podías llevarme contigo, pero así, ¡ahí te quedas! ¡búscate la vida!, dejándome en manos del Dr. Morales…

«Cuánto egoísmo y cuanta soledad moral nos ha producido esta maldita guerra», concluyó en silencio, para volver a exclamar:

—¡Y no sabes de qué individuo se trataba!... Peor todavía. ¿O sí? ¿Y pasaste de ello, pensando solo en ti? —Y de nuevo llena de rabia—. Pues debes saber que tu amigo ya lo ha pagado. —Evocando la imagen del médico con su cara morada, sus ojos saltones y su asfixia—. ¡Y todo por esto! —Agitando al aire despreciativamente el maldito carnet que ni al doctor ni a su padre les había servido.

Ahora fue cuando reparó en las palabras de Ángel: «Al Dr. ya no le va a pasar nada, pero a ti te pueden considerar su cómplice». ¿Cómo podía conocer su muerte, si acababa de ocurrir poco antes de que ella entrase en el despacho?

Ahora ya le cuadraba lo de la botella de oxígeno vacía, su inesperada presencia en la ambulancia y hasta la oferta de acompañarlos a casa de su padre.

—El Dr. Morales le contó a Ángel quién era Valentín, lo que trasportaba en su cartera y el plan que habían elaborado para poder llegar hasta Elda —concluyó.

El resto ya fue fácil deducirlo. Conscientes de que tras el golpe de Casado el Gobierno de Negrín no iba a tener capacidad para reclamar ese dinero, decidieron apoderarse de él. Pero el primero no contó con la ambición del capitán y que eliminándolo desparecía el único testigo que podría denunciarlo. Después se hizo con un uniforme de conductor y esperó en el depósito de ambulancias a que apareciesen ella y Valentín para apoderarse de esa cartera,

impidiéndoselo la inesperada aparición de los dos escoltas, así que decidió continuar hasta el pueblo de su padre y una vez allí, bajarse de la ambulancia y, tras coger a todos desprevenidos, desarmar a los escoltas y apoderarse del dinero.

De nuevo los soldados, en este caso el sargento, han vuelto a frustrar sus propósitos, aunque esto no significa que no volviese a intentarlo.

Temiendo por lo que pudiese estar ocurriendo afuera, se asomó con precaución por un ventanuco y… ahí estaban los dos hombres, como antes de entrar, frente a frente y vigilándose a una distancia prudencial. La pugna entre ambos había mantenido al soldado alerta, salvándolo de un final previsible. Bien sabía ella a dónde podía llegar Ángel, y si no que se lo pregunten al Dr. Morales. Este razonamiento, junto con el desprecio que sentía por el capitán, le llevó a tomar una decisión:

—¡Ah, no, no va a ser para ti!

Antes tenía que salir a la calle y marchar por los vericuetos del pueblo en medio de una oscuridad que se prestaba a cualquier añagaza. Y llegar hasta la ambulancia aguantando el miedo. El instante. El ruido del arma al cargarse. El frío de la boca de fuego apuntando y…

¡Pum, pum!, le gritaba el corazón, que parecía latirle en la misma boca. Y sus neuronas, que no cesaban de imaginar.

—¿Y si ha dispuesto gente para tendernos una emboscada? No. Está solo y tiene que hacerlo aquí. Nos va a matar a ambos, al soldado y a mí. ¿A los dos? ¡No! Según sus palabras, no tengo nada que temer. —No obstante, sin fiarse demasiado de sus promesas, respiró hondo y salió de la casa.

Ahí estaban los dos hombres, en la misma actitud que cuando les estuvo observando por el ventanuco. Mejor así, su enemistad la beneficiaba.

—No he podido convencer a mi padre para que se venga con nosotros —les dijo, intentando aparentar normalidad—. Ha

decidido quedarse.

¿Qué había pasado hasta entonces entre ellos dos?

Durante su ausencia, Andrés, que no le ocultaba al otro su hostilidad, acabó provocando su respuesta.

—¿Me estás amenazando, sargento?

—No me gustan los hombres que intentan abusar de las mujeres.

—Entonces, resolvámoslo como es de ley. —Le retó.

—Estoy de servicio, conductor, pero no te olvido.

Después, cuando ella salió a la calle, Andrés se puso a su lado con su arma montada, amartillada y apoyada sobre el brazo izquierdo, e indicó a Ángel que abriese la marcha unos pasos por delante. Así llegaron hasta la ambulancia y, tras ocupar los mismos lugares de antes, reemprendieron el viaje.

Pasado un tiempo y tras asegurarse de que la ventanilla trasera seguía cerrada y que podían hablar sin que les oyeran el resto de los viajeros, Mercedes se acercó a Ángel y le dijo quedamente:

—Desaparece una vez que lleguemos a Elda.

—¿Y qué pasa si me niego? —Chulo, desafiante.

—¿Quieres que le diga a los de atrás quién eres y por qué estás aquí?

Fue la primera vez que miró a una mujer de igual a igual, y también la primera que ella resistió su mirada sin parpadear. Un largo segundo después:

—Has elegido mal a tus compañeros, Mercedes. ¡Nunca lo conseguirás! Pero pase lo que pase, recuerda que nunca habría permitido que te hiciesen daño.

Volvió a mirar a Ángel para aclararle que eso que «no iba a conseguir» ya lo había logrado, devolverle el daño que le había

causado, y que como el Dr. Morales ya había pagado el suyo, se sentía en paz, pero ¿será posible?

Su sonrisa, más bien ese bigotillo, esa fila de hormigas descaradas desfilando debajo de su nariz de patricio romano, aparecía angustiosamente alineado y como poniendo la tilde sobre sus labios apretados en forma de «o».

Se le paralizó hasta el aliento. ¿Sería posible tal sensibilidad en él?

Tan posible que desde ese momento se supo dueña de un activo que no iba a desaprovechar.

Y no se lamentó de qué forma tan descarnada se había adaptado a la situación. Pero la vida es así, nos enseña y nos acoraza.

5

Posición Yuste

Sobre las doce de la mañana del día 6 llegaron a Elda, pero todavía tuvieron que dar muchas vueltas antes de encontrar la sede del Gobierno.

—¿La residencia del presidente del Consejo de Ministros? —les contestaban extrañados—. ¿Negrín aquí, en Elda? —Y ya no digamos cuando se les ocurrió preguntar por su nombre en clave—. ¿La «Posición Yuste»?

La casualidad quiso que diesen con unas viejas escuelas convertidas en instalaciones militares, donde alguien de la intendencia reparó en que desde mediados de febrero estaban llevando abastecimientos a una finca del Poblet, un palacete en el Petrer, a unos 2 km de Elda, vigilado por un fuerte contingente de guerrilleros del XIV —como vosotros—, dijo señalando a Andrés y al Practicante.

Siguiendo sus instrucciones, volvieron sobre sus pasos y a la altura del km 370 se desviaron para tomar una senda flanqueada por un vallado de piedra y almendros en flor. Al final, ahí estaba, blanca, burguesa y silenciosa, en el esplendor de un jardín francés atravesado por un canal de aguas verdosas y cruzado por un pequeño puente chinesco. Era una casa de veraneo de dos pisos, torre mudéjar y escalera central iluminada por tres pares de farolillos, que desembocaba en una terraza de balaustrada neoclásica y pilones coronados por bolardos, a la que se abrían tres puertas de doble hoja y celosía de madera.

Había que adivinarla. Emboscada en medio de un pinar, entre la carretera general y la vía del ferrocarril Madrid-Alicante, a escasa distancia del aeródromo militar de El Malló (Monóvar), lo que indicaba que en su elección había primado la seguridad, las comunicaciones y la facilidad para su evacuación, poniendo de manifiesto la idea de transitoriedad con la que el Gobierno de

Negrín se había instalado aquí.

El silencio y la soledad que se percibía era impropio de la alta función que se esperaba de todo esto. Nadie les salió al paso, ni nadie les impidió aparcar junto a un par de coches negros que parecían languidecer a la espera de ser usados. ¿Dónde estaban esos feroces guerrilleros de los que hablaban?

Desconcertados, se apearon de la ambulancia y mientras Ángel se ocupaba de llenar el depósito de combustible para volver a Madrid, los demás subieron las escaleras y entraron libremente en el recibidor del palacete, donde ese supuesto ejército de funcionarios se reducía a unas pocas personas descorbatadas y con evidentes signos de desmoralización.

—¿Es esto la sede del presidente del Consejo de Ministros? —preguntó extrañado Valentín.

—Lo ha sido hasta hace unas horas —le respondió un hombre de unos 25 años, cara comida de cicatrices de acné o de Dios sabe qué y un gran bigote a lo Stalin, que lucía en su pechera una gran insignia con la hoz y el martillo, y que se presentó como Ramón Celada, de la secretaría del presidente Negrín.

—Yo soy Valentín Méndez, del Banco de España. Creo que hablamos ayer por teléfono, así que ya sabe el motivo de mi presencia.

—Le recuerdo, Sr. Méndez —le contestó, invitándole a entrar en un despacho, indicando a sus acompañantes que esperasen fuera.

Era un gabinete de estilo español, de muebles de nogal y sillones frailunos, muy similar al suyo, aunque desde luego en un estado mucho más anárquico, con las puertas de los armarios medio abiertas y cajones rebosantes de papeles, a todas luces revueltos. Solo la presencia de una bandera republicana, un par de teléfonos de campaña montados apresuradamente y un parpadeante interfono, indicaban la alta jerarquía de su ocupante. Sin esperar a que se lo indicaran se acomodó en un sillón y con su cartera bien sujeta, entró en materia.

—Necesito hablar con el presidente.

—Me temo que no va a ser posible, señor Méndez. Como habrá podido deducir por el aspecto de todo esto, el presidente Negrín ya no se encuentra aquí. Ha abandonado Elda a las diez horas de hoy, tras dar por fracasadas las gestiones con el coronel Casado para que depusiese su actitud. Dos aviones Hércules de la LAPE (Líneas Aireas Postales Españolas), procedentes de la base de los Llanos, le han recogido a él, a un etc. de ministros y a los miembros más destacados del PCE, la Pasionaria, Rafael Alberti, los generales Líster, Modesto y…

Tuvo que respirar hondo varias veces hasta recuperarse de tan impactante noticia, tras lo cual le preguntó:

—¿Ha dejado alguna indicación para mí o acerca de mi misión?

—¿En esta situación? —se disculpó, señalando desolado el vacío y los teléfonos silenciosos, o en todo caso sin nadie dispuestos a oírlos —. Puedo adelantarle que el jefe del I Cuerpo de Ejército, con base en la Sierra del Guadarrama, tras declararse leal al Gobierno del presidente Negrín, avanza con la 42ª Brigada hacia la capital. Dicho esto, y con independencia de la gravedad del momento y la transitoriedad de la situación, incluso del lado donde se inclinen nuestras simpatías políticas, todos estamos de acuerdo en que los objetivos del SERE deben mantenerse y que son muchas las necesidades urgentes que paliar.

—Soy consciente de ello y de la perentoriedad de una situación en la que lo esperable es que una avalancha de gente intente escapar de España a través de los puertos de Levante, lo que va a poner a prueba toda la capacidad del SERE, pero —aquí se tomó una pausa para enfatizar su siguiente afirmación— no se puede activar «Socorro Extremo» sin la correspondiente orden presidencial. Cualquier otra decisión sería una grave violación de la ley, inadmisible para todos y en especial para mí, que soy su responsable, sea quien sea el que venga a ocupar ahora mi puesto.

—Comprendo sus reservas, don Valentín, pero, aunque la situación sea excepcional, la legalidad republicana sigue ostentándola el presidente Negrín, aquí y en el lugar que haya elegido en el exilio.

Él es el que le ha encomendado y espera que dé respuestas a situaciones como esta —le dijo, entregándole a continuación un telegrama donde se comunicaba la llegada al puerto de Alicante de los mercantes Stanhope y el Ronwyn, de la France Navigation, para recoger exiliados.

—No intente presionarme, Sr. Celada. Solo cambiaría mi actitud un documento del presidente concediéndole a usted poderes excepcionales en este tema. Respecto al telegrama, lo que me sugiere es la necesidad de trasladarme a Alicante para ponerme en contacto ahí con las oficinas del SERE y resolver lo que convenga.

—Como usted disponga. Solo aclararle que el presidente me encomendó encarecidamente que vigilase esta operación, por lo que, en aras de una colaboración leal, me ofrezco a acompañarle.

—Se lo agradezco, pero ya me ha sido asignada una escolta. —Y por si no le había quedado claro—: Lo entiende, ¿verdad? Como usted ha indicado, es una cuestión de seguridad. —Y ahora, cambiando el gesto y el acento de sus palabras—: Lo que sí le pediría es que me prestase unos momentos este despacho para reunirme con mi gente y ponerles al corriente de la situación.

Ramón, sin disimular su mala gana, salió para invitar a los dos soldados y a Mercedes a que entrasen en el despacho y, cuando iba a hacerlo él, Valentín, con cara de circunstancias, le impidió la entrada. Una vez a solas, sin más preámbulos, pasó a exponerles la situación.

—Supongo que ya se habrán enterado de que el presidente Negrín acaba de exilarse, por lo que antes de nada les diré que es justo que nos consideremos desligados de nuestra lealtad a su Gobierno, o al menos así lo entiendo —Aquí hizo un inciso—, aunque en lo que a mí respecta, antes de poder tomar esa decisión, debo terminar la misión humanitaria que él me encargó, lo que me exige desplazarme a Alicante para ponerme en contacto con el SERE.

Consciente de que la mejor forma de exigir es explicar lo que se quiere pedir y que la mejor colaboración se consigue implicando a los actores en el problema, pasó a exponerles someramente en qué consistía la operación «Socorro Extremo», tras lo cual les mostró el

telegrama anunciando la llegada de esos dos barcos, a los que debía pagar sus servicios.

—Antes de pedirles su colaboración, quiero que sopesen su respuesta y conozcan la información que tenemos sobre la situación en Madrid, por si deciden seguir el ejemplo de las tropas leales que avanzan hacia la capital, entre las que están sus compañeros, los guerrilleros del 300º con base en Alcalá, que junto a la 5ª Brigada de Carabineros de Torrejón y un grupo de tanques, están atacando la «Posición Jaca», la sede del Estado Mayor del Ejército del coronel Casado, en el palacio de los duques de Osuna, en la finca del Capricho.

—¡Bravo! —exclamó el Practicante con el puño izquierdo en alto.

—No te alegres, camarada —le desanimó el Francés—. Toda esta locura ha acabado con la España en la que creímos. —Y ahora a Valentín—: Aunque para mí esta guerra ha terminado, la ayuda a los exilados merece que la considere como mi último acto en ella. Cuente conmigo.

—Para nosotros, los comunistas —intervino ahora el Practicante—, la respuesta de los camaradas del 300º expresa la voluntad de mi partido de mantenernos en lucha permanente contra el fascismo. Esta solo ha sido la primera batalla de una guerra que terminará cuando, tras la próxima conflagración mundial, triunfen las democracias en Europa y se restaure en España el Gobierno legal de la República. Por tanto, cuente también conmigo.

Tras agradecerles su generosidad, pasó a exponerles las medidas a tomar para la seguridad de la misión.

—Para despistar a posibles perseguidores, he pensado en repartirnos las tres llaves y marchar por separado hasta Alicante. Así, en el caso de que uno de nosotros caiga, como ninguna es suficiente sin el concurso de las demás, el enemigo no podrá lograr su objetivo. Una vez en la ciudad, comunicaremos nuestra presencia al resto dejando un mensaje en las oficinas del SERE, firmado con un pseudónimo que solo nosotros debemos conocer.

—Yo elijo Gúdar —Se bautizó el Practicante en memoria de su

pueblo y de la injusticia que le trajo a la lucha. Andrés optó por el mítico de Roldán. Y como era de esperar, Valentín el de Capitán.

Aunque nadie había contado con ella, cuando Mercedes, generosa, se iba a ofrecer, Valentín la interrumpió con gesto galante y actitud teatral:

—Tú serás Mariposa.

No le hizo falta leer su gesto para advertir que su galantería estaba tan fuera de lugar y era tan torpe que merecía una disculpa inmediata.

—Quiero decir que «usted» vendrá conmigo en la ambulancia, si es que decide arriesgarse a ello.

—¡Dios Mío! —murmuró, sin saber con cuál de las dos frases se sentía más infravalorada, si con la primera o tras sus disculpas.

—Si no hay más preguntas, procedamos —dijo él, intentando pasar página—. ¿Alguien puede avisar al conductor para que tenga preparada la ambulancia?

Ahora sí que se le heló el corazón a ella. Antes de entrar en la casa, Ángel se le había acercado discretamente para decirle que, obedeciendo sus indicaciones, se marchaba, dejándole a continuación este apasionado mensaje:

—Aunque hoy estás con ellos, no olvides que siempre estaré cerca de ti.

Intentando ganar tiempo se ofreció para ir a buscarle y poder reflexionar la respuesta que podía darle a Valentín.

En realidad, su actitud contra el capitán era una cuestión personal que nada tenía que ver con la ideología de cada bando ni con la situación en la que estaban, en la que el mismo Valentín había menospreciado su colaboración, así que no se debía a nadie, excepto a su propia seguridad, que ahora ponía en riesgo si les contaba quién era Ángel y los propósitos que perseguía. Así que, habida cuenta de que al marcharse ya no era una amenaza, y que no conocía las decisiones que se acababan de tomar, lo más

prudente era decirles que no había logrado encontrarle y que sospechaba que se había ido a Madrid.

—¿Qué se ha marchado? —exclamó Valentín.

Pero de nada valía lamentarse, lo mejor era intentar averiguar algo más sobre el conductor y confirmar si solamente era un empleado de la Cruz Roja que había seguido el ejemplo de Negrín, un agente enemigo o, lo que es peor, alguien con información que, al advertir que ya no había un Gobierno capaz de reclamar «Socorro Extremo», hubiese decidido apoderarse de estos medios.

—Mercedes, usted es su compañera. ¿Qué me puede decir de él?

—¿Qué puedo decirle de él? —Como la mejor respuesta es un ataque—: Pues que ha hecho lo que debía haber hecho yo, ya que nadie cuenta con nosotros, irme con él a Madrid, en lugar de quedarme tirada aquí, sin más pertenencias que el uniforme que llevo puesto —contestó desairada, a la vez que ponía de manifiesto la realidad de su situación. Sola y sin saber a quién acudir y, una vez más, dependiendo de lo que quisieran de ella los demás—. ¡Y ya estoy harta!

—Calma, señorita. Entiendo su enfado y no ignoro su situación, ya hablaremos de ella, pero ahora prima nuestra seguridad, la de todos, por lo que le pido que conteste a unas preguntas: ¿qué sabían ustedes dos de mi misión?, ¿qué les contó de ella el Dr. Morales?

—El Dr. se limitó a pedirme mi colaboración a cambio de ayudar a mi padre, inmerso en la Ley de Responsabilidades de Franco, a salir de su pueblo y, una vez en Elda, facilitarle el exilio.

—Puedo confirmar que eso fue lo que dijo el conductor antes de partir — intervino el Francés, dedicando a Mercedes un gesto de simpatía que ella agradeció bañándole con el encanto de su mirada color violeta.

—¿Y nada más? —le insistió, tras pedir a Andrés que no interviniese—. Ustedes trabajaban juntos y algo sabrá sobre sus simpatías políticas, o sobre su vida privada.

—Solo llevo desde primeros de febrero en el hospital, un lugar muy grande y con mucha gente, que apenas conozco —contestó buscando la mirada de Andrés.

—¡Esta bien! —aceptó reticente, para caer ahora en otro problema, el que se habían quedado sin chófer y sin vehículo de trasporte—. ¿Alguien sabe conducir? —preguntó a los presentes.

El gesto de los dos guerrilleros fue toda una respuesta.

—A nosotras, en los cursos de enfermería, no enseñan a hacerlo. Y ahí fuera he visto algunos vehículos aparcados —respondió ella.

—¿Lo ve, señorita? Necesitamos su colaboración —le contestó Valentín, intentando corregir su desafortunada intervención previa.

Tras acordar marcharse escalonadamente, dejando un intervalo de seguridad, extrajo un dinero de su cartera y se lo entregó a los soldados.

—No pretendo pagarles ningún servicio. Lo necesitarán para defenderse en Alicante y, en su caso, Roldán, para comprar un pasaje con el que salir de España. —A continuación, a ella—: Nosotros dos iremos juntos en el coche. —Dicho lo cual, dio por terminada la reunión.

¿Eso era todo lo que iba a hablar sobre su situación? Ni una palabra acerca de cómo resolver sus problemas o cómo volver a Madrid. Una vez más tenía su futuro en manos de otro, en este caso ligado a la suerte de Valentín y a la decisión que pudiese tomar en Alicante.

Cierto. Pero ahora ya no era esa mujer inocente y confiada. No le había pasado inadvertido que había extraído de su cartera un dinero y se lo había dado generosamente a los soldados sin exigirles a cambio un justificante; impensable en alguien de su profesión, con lo que llegó a la conclusión que una cosa era esa misión y otra lo que llevaba en su cartera que, tal y como sospechaba Ángel, lo habría extraído de la caja del banco ilegalmente.

Una vez más, un argumento novelesco.

Es cierto, así es, pero para conocer la respuesta era necesario ir a

Alicante y ver lo que hacía en el SERE Valentín.

Cuando salieron del despacho nadie advirtió que durante todo este tiempo había permanecido abierto el intercomunicador con el que estaba en el despacho de Celada, el hombre de la cara picada de cicatrices y mostacho a lo Stalin.

6

Lilith

Ya era muy tarde y ahora el propio Ramón Celada les acuciaba para que se marchasen antes de que cundiese la noticia del exilio del Gobierno y se llenase el lugar de gente de Casado.

—Necesitaríamos desprendernos de nuestros uniformes y ella de esa ropa de enfermera —indicó Andrés, el Francés.

—Arriba, en los dormitorios, encontraréis de todo —le contestó Ramón—. Los que han partido para el exilio han tenido que desprenderse de sus equipajes para evitar lastre y permitir una mayor ocupación en los aviones.

El estado de las habitaciones ilustraba sus palabras. Desordenadas, sin ventilar, oliendo a presencia, las camas desechas y maletas, muchas maletas abiertas con su contenido desperdigado, por lo que no le fue difícil a Mercedes encontrar algo que cubriese sus necesidades; ropa interior, un vestido discreto, zapatos y un abrigo de paño. Con todo ello se dirigió al cuarto de baño, limpió escrupulosa el suelo de la ducha, y, una vez desnuda, se metió en ella.

—¡Oh!

Nadie se había ocupado de la calefacción y el agua salía tan helada que se quedó en apnea, sacudida de escalofríos, con el cuerpo cubierto de piel de gallina y de vello rubio erizado.

—¡Uf!

Todavía necesitó unos segundos antes de poder empezar a enjabonarse, y una vez hecha al frío, poder disfrutar del aroma de la espuma, la caricia de la esponja y la sensación de sentirse limpia.

Mientras tanto, ahí fuera, Valentín, que también necesitaba el cuarto de baño, tiró de picaporte y abrió la puerta que, o no estaba cerrada por dentro, o el cerrojo no funcionaba, y al pasar al interior se encontró con la escena que estaba sucediendo al otro lado de la mampara de cristal. Tragándose un ¡perdón!, inició una discreta retirada, pero ya el cristal esmerilado dejaba traslucir la blancura del cuerpo desnudo de una mujer que, ajena al invasor, se gozaba del viaje del agua sobre su cuerpo, desprendiéndose en cascada por los relieves sorprendentes de sus pechos y, tras derramarse por su abdomen, abocar sobre la ensortijada vellosidad de su triángulo pelviano.

Y sus manos, sus manos acariciándose. Distribuyendo la espuma.

A pesar del rechazo intelectual que le causaba la situación a Valentín, sus músculos se quedaron paralizados, incapaces de desobedecer la llamada de su sexo enhiesto y reclamante que, arrasando todos esos principios acumulados durante tanto años de funcionario proverbial y su visión del mundo a través de sus lentes de miope, le hizo caer en la tentación de creerse que ella le había adivinado y, generosa con sus deseos, se estaba mostrando para él, soltándose la cabellera, que se derramó por su torso cubriéndolo con una túnica sedosa, ondulada y encendida, tras lo cual, alzando sus brazos al cielo y estirándose voluptuosa y deseable, se giró para ofrecerle la visión del agua bañando la redondez de sus glúteos.

Cuando cerró el grifo y se envolvió con una tolla para salir de la ducha, el espía abandonó el campo con sus instintos encendidos y su sexo humillado, dejando la puerta entreabierta para evitar delatarse por el ruido aunque, cuando ella la vio así, adivinó la escena. No quiso averiguar por quién ni por cuánto tiempo, cualquier reclamación resultaba inútil, así que, conteniendo su indignación, se vistió y, aparentando ignorancia, bajó al piso inferior para reunirse con sus compañeros, a los que encontró sentados en la cocina, dispuestos a cenarse un buen cocido, de esos que dicen que se comían en Lhardy antes de la guerra: sopa, garbanzos, tomate frito, bola, ¡carne!

—No se trataban mal los de aquí, a estas alturas de la guerra —comentó alguien.

—Pues el Dr. Negrín, debido al estado de ansiedad de sus últimas horas, lo vomitaba todo —contestó el secretario, que todavía no había abandonado el lugar.

La presencia de la mujer se ganó la atención de los presentes, incluso del Practicante, que al verla exclamó lleno de espontaneidad:

—Mira qué guapa y qué fresca viene la señorita.

Actitud que contrastaba con la de sus dos compañeros, que rehuyeron su mirada. Después, cuando todos estaban atentos a sus platos, el Francés murmuró al oído a su compañero:

—¿Sabes que la he visto desnuda?

—Olvídate de ella. Esa mujer es Lilith, ya te lo he dicho.

Ya no era posible.

Andrés también había estado en el piso de arriba, eligiendo la ropa que le permitiese confundirse con cualquier proletario español. Unos pantalones de pana, camisa recia, botas y cazadora de cuero, ¡ah!, y una pistolera de axila donde se guardó un arma. Tras calarse una boina negra fue a comprobar su resultado ante el espejo, pero pocos jóvenes rubios, altos, de piel clara y ojos azules logran disimular su condición foránea en esta España del arado romano, invadida de voluntarios europeos. Al salir de la habitación oyó la ducha en el cuarto de al lado y, pensando que su ocupante se había dejado la puerta entreabierta, al ir a cerrarla, se topó con la silueta de un cuerpo desnudo al otro lado de la mampara de cristal. Fueron apenas unos segundos, pero cuando se retiró, avergonzado de haber sorprendido la intimidad de la mujer, el diablo ya le había dejado impreso su cuerpo en sus neuronas.

En su aturdimiento ni siquiera vio a Valentín, emboscado tras un perchero.

Continuaron el viaje a Alicante en uno de los coches abandonados a la puerta del palacete e hicieron el camino en silencio, Valentín incluso dormitando, mientras ella, al volante, esperaba inútilmente

esa prometida explicación sobre su futuro que antes había rehuido.

Y mientras tanto, la carretera, el fluir de vehículos hacia Levante, huyendo con las luces apagadas de una ciudad condenada a un horizonte oscuro.

—¡Ah, no! A Madrid yo tampoco —se dijo también ella.

¿Madrid a qué?, ¿a quién? Si detrás de ella no había pared en la que apoyarse, ni persona en la que confiar. Si hasta su padre la había dejado abandonada a su suerte, cuando su problema venía de haber intentado cambiar la suya.

—¿Y delante, qué?

Todas sus propiedades se resumían a lo puesto, que para más inri ni siquiera era suyo, así que su futuro estaba en manos de ese hombre que, paradojas de la vida, también tenía que ver con su situación actual.

Desde luego que fue un camino lleno de silencios.

Y como ya tenía experiencia, no pudo evitar desconfiar de las intenciones de un hombre que a su oferta de colaboración le había respondido: «Tú serás mariposa».

Y hasta la especulación:

—¡¿Qué esperarás de mí?!

Y la sospecha:

—¿No serás tú el mirón que me sorprendió en la ducha?

Una vez más, su fuerza estaba en lo que todos deseaban de ella.

7

El amigo Constancio

Alicante, tan azafrán y azul, ya había sufrido setenta y un bombardeos, y no solo sobre instalaciones estratégicas como CAMPSA, el cuartel de la Rabasa o la estación de Murcia, casi el 50% de ellas habían ocurrido en el puerto y en la zona civil, incluyendo el Teatro Principal, aunque el que se quedó para siempre en la memoria de la ciudad fue el que se produjo sobre el Mercado de Abastos el día 25 de mayo de 1938, donde, a la hora de mayor afluencia, aviones italianos Savoia S-79 «Sporviero», procedentes de Mallorca, arrojaron noventa bombas que segaron trescientas once vidas, superando los logros de Durango, el primer bombardeo de la historia dirigido sobre la población civil, y el récord alemán de Guernica. Todavía podían verse las huellas del fuego cuando Valentín y Mercedes llegaron a la ciudad.

—No nos quedan habitaciones, señor —contestó el recepcionista del hotel, sin dejarse impresionar por los caducados títulos del viajero, ni por su oferta de pagar con dinero de Franco—. ¡A estas horas y con tanta población flotante!

Cuando ya desesperaban, Mercedes, muy a lo Mary Pickford, mirando al director, le mostró las llaves del coche con el que habían venido desde Elda, y con un delicioso mohín, haciéndolas tintinear delante de sus ojos, le dijo:

—¿A cambio de las suyas?

Era una amplia habitación, de esas reservadas para una ocasión especial, con baño propio, olor a flor de azahar y una gran cama de matrimonio de cabezal niquelado y discreto somier de muelles.

A pesar de que Mercedes ya contaba con ello, una vez a solas no pudo evitar quedarse paralizada, con los ojos muy abiertos, la cara sonrojada y la espalda apoyada sobre una puerta irremisiblemente

cerrada, que no permitía el paso atrás. Después, aunque Valentín se ofreció, caballerosamente, a dormir en un sillón, en el suelo o incluso en el baño, acabaron compartiendo la misma cama.

Al poco de apagar la luz, el hombre, tras superar la turbación que le dificultaba la respiración, deslizó tímidamente su mano buscándole un pecho y, una vez sobre él, haciéndole la copa, se detuvo como pidiendo un permiso que no terminaba de llegar; tras unos segundos de espera inacabables, se aventuró por su vientre, por el elástico de sus bragas, y aquí se quedó hurgando y haciendo sortijas con el nacimiento de su vello, sin decidirse a dar el paso siguiente, convencido de que el sueño se había apoderado de ella que, inmóvil, en silencio y sin prestarse a colaborar, finalmente se quedó dormida.

A la mañana siguiente él le dio los buenos días con gesto de pecador arrepentido, pero cuando se sentaron a desayunar, ella, tuteándole, le ofreció sonriente una taza de café humeante, queriendo dejarle con tal gesto un mensaje claro, que aceptaba lo inevitable, pero desde ahora también contaba ella.

Antes de salir del hotel se detuvieron a hablar con el director para asegurarse, con buen dinero de Franco, su fidelidad y el de la camarera de piso, acordando que en su ausencia nadie debía entrar en la habitación. Después, cogidos del brazo, cartera en mano, marcharon a las oficinas del SERE.

Al llegar, Valentín, tras poner en valor su jerarquía, solicitó hablar con el director, que inmediatamente salió a su encuentro, invitándoles a entrar en su despacho, ofrecimiento que, naturalmente, ella declinó. Una vez a solas, este, tras recomendarle discreción, le mostró El Socialista (dos páginas) donde aparecía publicado el nuevo Gobierno del Consejo Nacional de Defensa, que encabezaba el general Miaja, el defensor de Madrid en la ofensiva de 1936, Besteiro como ministro de Estado y otros como Wenceslao Carrillo (sí, el padre de Santiago), en Gobernación. Y a continuación, le dijo en voz baja:

—En Madrid sigue la lucha en las calles, pero aquí el golpe de Casado ha triunfado y el socialista Manuel Rodríguez, exalcalde de Elche y exgobernador de Castellón, se ha hecho cargo del Gobierno

Civil y se está dando a la caza de los militantes del PCE y de los afines a Negrín.

Entendiendo que estaba en terreno amigo, Valentín, sin atenerse a más comentarios, entró al grano.

—Vamos a ignorar la situación de la República para centrarnos en el motivo de mi presencia aquí. Pero antes, una aclaración. Supongo que el Gobierno de Elda, antes de exilarse, le habrá puesto al corriente sobre la operación «Socorro Extremo», entregándole el correspondiente documento que autoriza su activación.

—Lo siento, pero no sé de lo que me está hablando —le contestó el director, para añadir a continuación—: Debe saber que el presidente Negrín, antes de partir al exilio, consciente de que el SERE debía tener capacidad de diálogo internacional, dejó confiadas sus responsabilidades a la legación del Gobierno de México en París, por lo que le aconsejo que se ponga en contacto con el consulado, donde podría encontrar una respuesta más autorizada.

—¿Quiere decirme que el SERE ya no está bajo el control directo del Gobierno de la República, el que sea, o el que ahora ostente la legitimidad?

—Así es —afirmó su interlocutor.

Sin dejar traslucir su desaliento, le contestó:

—En estas circunstancias no podemos seguir hablando. Tan solo una cuestión personal: ¿le han dejado instrucciones acerca de facilitarme el exilio?

—Lamentablemente, tengo que repetirle que no tengo nada para usted, aunque le añadiré que tampoco este tema está en nuestras manos y créame si le digo que se ha puesto difícil, porque las nuevas autoridades alicantinas exigen a cualquiera que quiera salir un visado firmado por algún sindicato o un partido político afín, aunque priorizando siempre los embarques de la población local y de sus correligionarios.

—Parece como si Casado hubiese decidido facilitar el trabajo a

Franco. Y no será que no me temiese que nadie se iba a ocupar de mí —concluyó fatalista.

Mientras tanto, afuera, Mercedes, atenta a lo que habían acordado en Elche, leía los avisos que habían dejado los viajeros en un cartel de anuncios puesto por la institución para tal fin, entre los que encontró el siguiente:

«Roldán ya está en el puerto».

Cuando salió del despacho Valentín intentó mostrárselo, pero este, con gesto serio y evidentes signos de preocupación, arrastrándola del brazo, pasó por delante sin prestarle la menor atención y salieron a la calle.

La maniobra no pasó inadvertida al camarada Constancio Perales, un individuo en la treintena, chaparro, moreno cetrino y cara de pocos amigos, uno de esos pistoleros comunistas que andaban a tiros con los falangistas en el Madrid de la República, cuyo momento más álgido culminó con el asesinato del teniente de la Guardia de Asalto José Castillo,[6] al que dos días después respondieron los comunistas asesinando al diputado conservador José Calvo Sotelo, lo que precipitó el levantamiento militar del 18 de julio. Con tal currículo no era de extrañar que su nombre figurara en un lugar destacado en la lista de los vencedores. Pero además, el camarada Constancio Perales, en 1937, entró a prestar servicio en el SIM, el Servicio de Información Militar de la República, creado por Indalecio Prieto, lo que le sirvió de tarjeta de presentación para integrarse en el servicio de seguridad del Banco de España, donde le encargaron de la vigilancia discreta de Valentín, el responsable de una operación denominada «Socorro Extremo», de la que únicamente pudo saber que había sido diseñada para asegurar fondos de ayuda a los exilados, lo que cumplió estrechamente hasta que el golpe de Casado del 5 de marzo, priorizando su seguridad, le hizo decidirse por el exilio, vía Alicante.

Y este era el motivo de su presencia en las oficinas del SERE, buscar un medio para salir de España y, al igual que le había sucedido a Valentín, acababa de enterarse de las medidas de caución decretadas por el gobernador casadista y de la persecución que había emprendido contra los comunistas, haciéndole sentir, literalmente, el escalofrío de su sentencia a muerte.

Sentado en un banco frente a ese cartel donde los exiliados iban dejando sus mensajes, vio cómo Mercedes se detenía a leer el que había dejado alguien avisándola de que ya había llegado al puerto.

—¿A quién estará buscando una mujer tan hermosa? —se preguntó, envidiando la suerte de ese Roldán.

Y se habría agotado aquí el tema si no hubiese sido porque a continuación vio salir del despacho a Valentín con cara de pocos amigos y que, tras tomar su brazo, se marchó del lugar sin ocuparse del mensaje, a pesar de las indicaciones de la mujer.

—¡Valentín Méndez! —exclamó, admirándose de las casualidades de la vida—. El vodevil perfecto —se dijo, viéndolo tan feíto, obeso y medio calvo, amarrado por una mano a su voluminosa cartera y por la otra a tan hermosa dama, obligándola a desentenderse de esa nota que le había dejado el amante abandonado.

La imagen era demasiado fuerte en un directivo del Banco de España con responsabilidades en el SERE. Su olfato le dijo que no podía perderle de vista.

Por su parte, Valentín, ciego de frustración y rencor contra un Gobierno que había cedido el control del SERE y por ende el de «Socorro Extremo», a un tercero, pagando sus años de lealtad dejándolo abandonado a su suerte.

—¿Y qué hago yo ahora con esto? —se decía, sopesando su voluminosa cartera, donde trasportaba su llave y ese dinero que, motu proprio, había extraído del banco para que no cayese en manos del enemigo, sabiendo que si lo capturaban los de Casado o los de Franco, al no poder justificarlo, sería condenado por cualquier tribunal.

—¿Hasta dónde me exige mi concepto ético de la lealtad?

Rumiando sus pensamientos del brazo de una joven que por sí misma ya era un problema, se dejó llevar de la baraúnda del ir y venir de las gentes, bulevar arriba, hasta la plaza de los Mártires y vuelta a empezar, filosofando sobre los valores éticos que habían presidido su vida y que la realidad actual le demostraba que ni existían, ni eran ciertos, porque únicamente lo son aquellos que nuestra voluntad decide aceptar, ya que la virtud es solo un convenio entre esta y lo que llamamos «exigencias de índole superior».

—¿Y qué mayor exigencia de índole superior que sobrevivir?

Ante tal conclusión solo cabía una respuesta, tratar de escapar de Alicante y olvidarse de su lealtad a un Gobierno que no había contribuido a solucionar su supervivencia.

—Se ha roto nuestro contrato —concluyó, sopesando su cartera.

Arrastrados por la corriente de la gente llegaron al puerto, al muelle de poniente, en el momento de algidez en su disquisición ética, rondándole en la cabeza la idea de que estaba aquí a causa de una maniobra de alguien que pretendía financiarse el exilio con «Socorro Extremo». Justo en ese momento se le acercó un marinero y, señalándole la mar, le murmuró quedamente:

—Al otro lado está el Oranesado.

Miró al extraño con gesto sorprendido.

—¿Y?

—Es una tierra con una fuerte presencia española, muy favorable a la República y dispuesta a apoyar a sus compatriotas.

—¿Y cómo puedo estar seguro de que voy a llegar ahí? —preguntó desconfiado.

—Intentándolo. No hay otra, salvo esperar la llegada de los fascistas. Usted elige. Pero hágalo pronto, no todos los días se pueden comprar dos pasajes.

—Déjeme pensarlo.

He aquí la respuesta del destino a su planteamiento sobre las «exigencias de índole superior».

Centrado en sus pensamientos llegaron de nuevo a la Plaza de los Mártires y aquí se dispararon los demonios que hasta ahora había ignorado. Mercedes, que hasta ahora había respetado su silencio, se deshizo de su brazo y se sentó en un banco e, indicándole a él un lugar a su lado, disparó su cuestión:

—¿Qué va a ocurrir ahora, Valentín?

—¿Qué dices? —preguntó, mirándola con severidad por su falta de consideración ante sus disquisiciones morales.

—No sé lo que has estado hablando en ese despacho, aunque imagino que no te habrán dado buenas noticias; tampoco sé lo que has decidido respecto a «Socorro Extremo», a pesar de que te he advertido que el Francés está intentando establecer contacto, pero tampoco te lo voy a preguntar, ya me dejaste bien claro que este asunto no me concierne. Tan solo una cuestión —y ahora con ironía —: ¿Has reparado en que yo también existo? En tal caso habrás advertido que tengo problemas que requieren soluciones.

—¿Cómo dices?... Tienes razón —se excusó, tras lo cual le puso al tanto de todo lo hablado en las oficinas del SERE. —Y ahora, respóndeme, ¿qué hacemos con «Socorro Extremo»? ¿Entregárselo al traidor Casado?, ¿a Franco?, ¿a una institución controlada por un Gobierno extranjero? En lo que a mí se refiere, lo que prima es que salgamos de España, si es posible con las tres llaves, pero en todo caso, entregar la mía al PCE en París y que el partido se encargue de recuperar las otras dos.

—Estás hablando en plural, ¿es que me estás incluyendo en tus planes? Dímelo claramente, porque todavía no he oído nada que me lo indique.

—Tú eres lo único bueno que me ha ocurrido, Mercedes —le respondió apasionado—. Lo único que tenemos los dos es al otro, por eso te pido que vayamos juntos allá donde nos lleve el destino.

—A continuación, le hizo su confesión—: Esta cartera contiene algo que no tiene nada que ver con la misión que me han encargado y podría suponer el comienzo de una nueva vida, y créeme, me lo he ganado. —Tras lo cual se desbordó en una catarata de promesas y proyectos con los que intentar hacerse merecedor de ella.

—¿Hasta cuándo, Valentín?

—Hasta que el desamor nos separe.

Al menos era sincero. También lo fue ella al no hablar del corazón cuando aceptó ser su amante.

De vuelta al bulevar, Valentín, bueno, ambos, parecían volar, terminando por aterrizar delante del escaparate de una tienda de moda, donde lo mismo que en otras muchas partes de la ciudad, en los cafés, los comercios o los cines, a pesar de la guerra, la vida continuaba y como lo que ahora tocaba era apostar por lo que quedaba del aquí y después Dios dirá, de forma poco convencional le dijo:

—No me gusta lo que llevas puesto. —Y entraron en el comercio.

Eligieron un vestido firmado por Cocó Chanel, unos preciosos zapatos de tacón, un abrigo corto de esos que todavía no se veían por Madrid, e incluso un ridículo y anticuado sombrerito negro provisto de una larga pluma de faisán y el correspondiente velito de encaje que, si hubiese advertido la sonrisa de circunstancias de Mercedes, mejor se lo habría ahorrado. Tras una pequeña pausa amenizada con una copita de Oporto, muy finamente sujeta entre índice y pulgar, le llegó el turno a la ropa interior. Y aquí Valentín estuvo sublime. Asistido por la experiencia adquirida durante el palmoteo de anoche, eligió, sin margen de error, la talla de cada prenda. Y todo lo pagó con billetes que extrajo, sin la menor turbación, de su voluminosa cartera.

Parecía el rey Midas.

Llegaron con prisas al hotel y, tras solicitar una botella de champagne, se atrincheraron tras el cartel de «no molestar» y, entusiasmados como niños, extendieron sus paquetes encima de la

cama.

Ella le ofreció su espalda y él, con la torpeza del bisoño, le desabrochó el vestido, que acabó en el mismo rincón que las enaguas, los zapatos y las medias.

Todavía no tocaba detenerse a recrearse con su tentadora intimidad, porque en esta situación tan insólita, en medio de tanta inseguridad y con tantos nubarrones de futuro, lo que tocaba era vivir el presente, sin prioridades, sin prisas y sin prejuicios.

Valentín tomó al azar uno de los paquetes y al sopesarlo se reveló bajo su envoltura el crujido de la seda. Lo escondió tras de sí, hurtándoselo a la demanda de su compañera, provocándose una lucha sin cuartel en la que tuvo que emplearse a fondo repeliendo sus ataques, mordisqueando primero al aire y, cuando llegó el cuerpo a cuerpo, a sus hombros desnudos, los lóbulos de sus orejas, la cara, hasta que rendidos de risas, ella logró atraparlo y desgarró su envoltura llena de excitación.

Parecía una pluma en manos de Mercedes, que tomó delicadamente la prenda inferior y se enfrentó al espejo, superponiéndosela. Su evanescencia, su delicado color y la fragancia de la seda contrastaban tanto con la rígida ropa blanca que todavía llevaba puesta que ambos estallaron en carcajadas, y ya totalmente desinhibidos, se sumergieron en el juego de descubrir prendas, sobreponérselas, abrir la botella de champagne, brindar por «el» modelo en honor de «la» modelo y en adivinar cómo le sentaría a la modelo, retrasando voluptuosamente el momento, mientras gozaban el mundo que ofrece el dinero a los que hasta ahora no han tenido más posibilidades que sus sueños.

¿Y este?

Nada menos que el sombrerito.

—¡Por favor!

Le persiguió por toda la habitación armado con la pluma de faisán, hasta arrinconarla, y ahí, indefensa, la atormentó haciéndole cosquillas en la cara, en la espalda y más abajo de esta, hasta que

sombrero y pluma terminaron colgados de un brazo de la lámpara. Y ahora llegó el tiempo del vestido, el juego de probárselo ante el espejo, y a continuación sin el vestido, mejor todavía, sin lo de debajo del vestido, porque ya era el momento de la ropa interior y de volverse cara a la pared con los ojos cerrados, esperando la sorpresa de verla de seda, nada más que de ella, solo con una de ellas, y de juguetear frente al espejo y festejar cada encuentro con aplausos y risas que poco a poco empezaron a hacerse más nerviosas y demandantes.

La última prenda del último paquete mereció una pausa, una espera y un recorrido detenido por esa anatomía desvelada bajo encajes y sutiles transparencias que ella le regaló en la distancia, y antes de ceder a sus manos se perdió tras la puerta del cuarto de baño, para reaparecer vestida con su abrigo nuevo, tan solo con él, abierto, cayéndose de sus hombros, lentamente, hasta desvelar la brillantez de su desnudez, con los brazos extendidos y la cabeza graciosamente ladeada, desplegando el mar de ondas de su larga melena rojiza.

Incapaz de soportar el envite del abrazo, cayeron pesadamente sobre la cama, provocando un fuerte estruendo causado por el choque del cabecero contra la pared.

Ahí abajo, en la calle, a Constancio no le costó imaginar toda esta escena, bueno, al menos el resultado, lo del cabecero de la cama contra la pared. Los había visto recorrer todo Alicante, silenciosos, reconcentrados y, como él, colmados de negros presagios, por el puerto, por el paseo, hasta que llegaron a ese elegante comercio de modas, de donde salieron metamorfoseados y cargados de paquetes.

—Ahora les sonríe la vida.

Sabía quién era Valentín y sus responsabilidades y lo que estaba contemplando ahora era el envidiable epílogo que cerraba toda una vida de probo funcionario, o mejor todavía, el prólogo de una nueva, avalada por esa voluminosa cartera que, a buen seguro, podría servirle para asegurarle la suya.

Todavía quedaba pendiente un fleco.

—¿Quién será ese Roldán que ha dejado su nota en el cartel? ¿Un cómplice con el que contaban originalmente y ahora Valentín ha decidido prescindir de él?

Y aquí la imaginación empezó a volar y es que, realmente, el contenido de esa cartera daba para mucho.

---

[6] A. Castillo era el oficial de la Guardia de Asalto encargado de reprimir una manifestación tumultuosa en la que murió el falangista Andrés Sáez de Heredia, familiar de José Antonio Primo de Rivera, y los falangistas le acusaron de ser su ejecutor, por lo que decidieron matarle en venganza. Durante sus exequias, con el ataúd cubierto por la bandera del PCE y custodiado por comunistas y socialistas, se selló la suerte de Calvo Sotelo. Una camioneta de la Guardia de Asalto lo secuestró en su casa y durante el camino a comisaría le descerrajaron dos tiros en la nuca.

8

Roldán ya está en el puerto

Cuando Andrés llegó a Alicante también le resultó imposible encontrar alojamiento, ni siquiera pagando con esos horribles billetes de tintas verdes y rojas emitidos por el gobierno de Burgos.

—Vaya al puerto, a estas horas ya estarán embarcando en el Ronwyn los que hayan logrado un visado para Orán y quizás algún emigrante pueda informarle dónde ha dejado una habitación libre.

No le hizo falta preguntar el camino, le bastó con seguir la estela de los que habían sido expulsados de sus vidas por el grave delito de haber vivido «al otro lado», y ante este desfile de la derrota, Andrés ya ni se planteaba si todo esto se debía a la superioridad del vencedor, a la incapacidad de los vencidos, a su indisciplina, al enfrentamiento ideológico entre las fuerzas de izquierdas o a la incapacidad de esos líderes que, ocultos tras los cristales ahumados de su coches, se apresuraban a acogerse en algún consulado dejando todo esto atrás. Ni siquiera eran momentos para el rencor y jurarse venganza. La foto finish de los derrotados era una realidad tan aplastante que lo único que le pedía el corazón era salir de aquí sin mirar atrás.

Recorrió un bulevar típicamente mediterráneo de palmeras y banquitos blancos abanicados por la brisa de la mar preñada de frescor y olor a almendras garrapiñadas, donde la guerra había dejado su tatuaje en sus edificios arruinados, su pavimento levantado y en sus troncos sin dosel, alguno convertido en un esqueleto de carbón. Al final del paseo desembocó en una amplia glorieta con una fuente central y un monumento dedicado a los Mártires de la Libertad, donde la diosa de la fama, de pie, señalaba el Castillo de Santa Bárbara. A la derecha el puerto, el largo muelle

de Levante y su rompeolas mirando a la playa del Postiguet, su dársena doble, el faro, la bocana y al fondo, la mar.

Esa misma mañana habían llegado el Ronwyn y el Stanhop, de la Mid Atlantic Co., encontrándose con la sorpresa de que Franco, decidido a evitar la huida de todo aquel que tuviese cuentas pendientes con su espadín vengador, acababa de prohibir la navegación en el sector del Mediterráneo comprendido entre Sagunto y Almería, lo cual provocaba el desconcierto en sus capitanes, y mientras que en el primero de ellos, un mercante inglés con capacidad para unos setecientos pasajeros, fletado por la Agrupación Socialista de Alicante, se había ordenado el embarque con el fin de poder salir a aguas internacionales antes de que se hiciese efectivo el bloqueo, el otro, el Stanhope, no parecía mostrar tantas prisas, y las malas lenguas ya aventuraban la idea de que estaba esperando la evolución de la demanda para vender sus billetes en el mercado libre.

A pie de escala del Ronwyn habían instalado una casamata de madera bendecida por un banderín de la República, donde los funcionarios exigían a los viajeros billetes y visados avalados por algún sindicato o partido político, lo que estaba levantando una oleada de protestas que a duras penas lograban controlar un grupo de guardias de asalto y carabineros.

—¿Qué pasa? —preguntó Andrés a un hombre de abrigo azul marino y sombrero gris, al que por faltarle dicho aval se le negaba el acceso.

—Son las normas que ha impuesto el Consejo Nacional de Defensa para impedir exilarse a los comunistas y a los proclives a Negrín.

—¡Canallas! Poco trabajo le vais a dejar a Franco —gritó Andrés, alzando el puño izquierdo, no sabría decir si en solidaridad con los débiles o como protesta.

—No te molestes, nadie te va a oír. —Le aconsejó una segunda persona, un individuo delgaducho de pelo gris y ropa todavía más gris, que se acercó al del abrigo azul y le entregó algo.

—¡Pero si es una tarjeta de embarque en orden, avalada y visada!

—exclamó, viendo el cielo abierto, y cuando ya se la iba a guardar, reflexionó—. ¿Y usted, don Raimundo?

Alicante era una ciudad pequeña y provinciana y todo el mundo se conocía, así que el tal Raimundo sabía lo que decía cuando le contestó:

—Guárdeselo. A mí solo me espera la reclusión.

Y nada más. El del abrigo azul, un concejal comunista, tomó su salvavidas y, tras pasar la barrera de control, ascendió la escalera del Ronwyn, aunque lo hizo lentamente, sin dejar de mirar a Raimundo y señalado al cielo con su dedo índice.

—¡Qué tonterías! Es solo mi forma de protestar contra tamaña injusticia.

Así era este hombre de gris, un fraile que un día que estaba bendiciendo el Pan perdió la fe en Dios, pero no en Jesucristo, y como ya no le salía el «Padre Nuestro», colgó sus hábitos y abandonó el convento. Después la vida. Al principio, medio subsistió dando clases de latín en ese mundo ateo y anticlerical de la República, luego la guerra lo llevó a servir en la compañía de ametralladoras de una brigada anarquista, de la que acababa de desertar. Curiosamente nunca faltó a sus votos de castidad y pobreza.

—¿Vas a alguna parte, amigo? —Le dijo a Andrés, cuando ya se marchaba.

—Al SERE. Quiero dejar un mensaje avisando a los míos de mi llegada.

—Te acompaño.

Y fueron juntos hasta las oficinas, donde Andrés colgó un cartel con el siguiente aviso:

«Roldán ya está en el puerto»

Después se fueron juntos a un lugar donde, por fin, pudieron cenar algo, un pedazo de pan negro y unos peces que olían a agua de

puerto y, cuando ya habían bebido demasiado de ese vino amargo que se pega al paladar y te levanta las tripas:

—Tengo las manos manchadas de sangre, pero no mi conciencia, porque disparaba a ciegas y sin odio, pero eso no me va a evitar tener que pagar por ello. Cuando lleguen los de Franco me llevarán a un convento penitenciario, donde me esperan muchos años de cuaresmas y oraciones. —Y ahora, mirando con humildad a su contertulio—: Y lo que yo me digo. ¿Rezar, a quién?… «Si no puedo cantar, ni quiero, a ese Jesús del madero, sino al que anduvo en la mar».

Después le llegó a Andrés el tiempo de contar su historia en esta guerra, ocultando, naturalmente, todo lo concerniente a su misión. Cuando acabó, el amigo Raimundo quiso darle una noticia que supuso que le animaría.

—¿Sabías que los tuyos, los del 300º de guerrilleros, han tomado la «posición Jaca» en el Palacio del Capricho?

—¡¿Ya para qué?! —contestó. Aunque sin poder evitar, por espíritu de cuerpo, una cierta satisfacción.

—Cierto, ya solo queda aceptar que hemos perdido la guerra y, a los que están en tu situación, apresurarse a salir de España. —Y ahora, con gesto preocupado—: No te va a resultar fácil. La gente que, como tú, atravesó la frontera de forma ilegal, está teniendo problemas en sus países de origen. Lo más aconsejable es que te deshagas de tus documentos e intentes convencer al cónsul de Francia de que los has perdido. No te creerá, pero como es un buen hombre, intentará arreglártelo.

Después, Raimundo le ofreció compartir su casa hasta que se marchase de España, un lugar de pescadores en la ermita de Nuestra Señora del Socorro, frente al Postiguet, al pie de Santa Bárbara.

—Espero que todavía tengamos sitio.

No exageraba con tal afirmación. Cuando salió de ella, dispuesto a embarcar, le entregó las llaves a un vecino para que dejase abiertas

las puertas a las necesidades de quien reclamase asilo y, como era de esperar, a estas horas estaba hasta la bandera, incluso habían acampado en el patio.

—Pasen, que ahora vendrá el dueño a cobrarles.

—¿Que ahora vendrá a cobrarnos quién?

A Raimundo, tan manso, no le tembló la mano cuando, estaca en mano, obligó al vecino a devolver, una a una, todas las pesetas que había sacado a los peregrinos que habían llamado a su puerta.

—Jesucristo me perdone. —Se exculpó—. Pero también él se enfureció con los mercaderes del templo.

Quizás fuera porque estaba cansado, desmoralizado y se sentía muy solo, pero esa noche fue la primera, antes de otras muchas, que soñó con Mercedes saliendo de la ducha y que, con la piel todavía húmeda, le llevó a su cama y, tras rodearle el cuerpo con sus piernas, consumaron su abrazo en una larga noche de amor de la que se despertó al sentirse mojado. Al advertirlo recordó las recomendaciones del Practicante:

—Olvídate de ella, esa mujer es Lilith, la gran súcubo que se desliza por las noches debajo del cuerpo de los hombres jóvenes y, aprovechando que están dormidos, les roba su esperma.

A la mañana siguiente volvió al SERE y pudo comprobar que su aviso no había producido ninguna respuesta; despejó de su alrededor los que pudiesen molestar su visión y, después de esperar un rato, se marchó a dar una vuelta por la ciudad.

Esta operación no pasó inadvertida a Constancio que, decidido a averiguar quién era la persona que había dejado una nota a Valentín y Mercedes, había montado guardia ante el cartel y, cuando vio las precauciones que tomaba Andrés para hacer bien visible su mensaje, tuvo claro quién era y ya no se despegó de él. Esa noche, poco después de que el Francés llegase a casa de Raimundo, llamaba a su puerta en demanda de asilo y, gracias a la generosidad del dueño, pasó a compartir habitación con el guerrillero.

A la mañana siguiente fueron juntos hasta las oficinas del SERE y Andrés, tras comprobar, de nuevo, que su aviso seguía sin tener respuesta, se despidió de él para dirigirse al consulado francés.

Tal y como le había dicho Raimundo, el cónsul francés era una buena persona e inmediatamente mostró su intención de ayudarle.

—El aluvión de demandas de asilo ha sobrepasado la capacidad de acogida de Francia, donde además hay un gran temor ante la llegada de tantos combatientes con ideologías de izquierdas. De momento, los emigrantes son confinados en campos de refugiados improvisados y mal acondicionados, en espera de encontrar soluciones. A muchos los están repatriando, y a los que se consideran peligrosos los alistan en la legión extranjera.

—¿En la legión? —Contestó escandalizado.

—Olvida las connotaciones que las tropas africanas tienen para los veteranos de la guerra de España y céntrate en tu realidad. Aquí no te puedes quedar, y si intentas salir hacia Orán, en la frontera, tu pasaporte sin el sello de entrada a España te delatará como un brigadista o similar, que se ha saltado lo establecido por el Comité de no Intervención. Mala cosa —concluyó con un explicativo gesto —. A mi modo de ver, solo tienes dos posibilidades, salir indocumentado y pasar directamente a la prefectura hasta que se aclare el asunto, exponiéndote a ser devuelto a España o a ser alistado en la legión, o rehacer una presunta documentación perdida, falseando u ocultando el dato de la forma en la que entraste en España, asumiendo que, en caso de ser descubierto, se añadirá a tu acusación un segundo delito, falsedad en documento público.

—Podría intentar cruzar el estrecho por mis propios medios.

—Aparte de ser muy caro, unas quinientas pesetas por persona, pagaderas en dinero del bando nacional, o en especie: joyas, obras de arte y otros objetos valiosos, al llegar a Orán o Túnez, ¿qué ibas a hacer?, ¿intentar pasar ilegalmente para que, cuando te capturen, añadir un problema más? Olvídate. Yo en lo único que te puedo ayudar, y ya es mucho, es en conseguirte un visado y un pasaje en el próximo barco que parta de Alicante, el resto, tú veras.

—La legión o que Dios reparta suerte —concluyó fatalista.

Así terminaba su aventura hispánica, saliendo como un ladrón de un país donde la mitad de sus habitantes quedaban reos del vencedor y donde los vencidos, divididos y enfrentados, olvidando que «Roma no paga traidores», estaban dispuestos a entregar la cabeza de Viriato a Franco.

9

Capitán ha abandonado el puerto

Al amanecer, la brisa del mar que penetraba por el balcón entreabierto del tercer piso del Hotel Atlántico sorprendió a Valentín acariciando las comisuras de esos labios en los que buscaba quejidos de amor y solo encontraba gemidos.

—¿Me quieres, corazón?

—Sí, Valentín.

—Yo también te quiero.

¿Y qué mejor que dejarse engañar con las palabras arrancadas en la agitación del orgasmo? Aceptó ante el implacable espejo que le devolvía la escasez de sus cabellos, la sotabarba que le acortaba el cuello o la barriga que delataba tantas jornadas de sillón.

—¡Mientras dure! —se dijo con fatalismo, dispuesto a reanudar la danza del cisne con la que estaba cerrando esta etapa de su vida.

Cuando ella, escocida de tantas horas de amor, se disponía a vestirse para salir a la calle, Valentín le cortó las alas.

—Es hora de que velemos por nuestros intereses.

Abrió su cartera y le mostró su contenido. Era cierto que había dinero, mucho dinero en billetes de curso legal emitidos por el Banco de España antes de la guerra, y también del enemigo hechos en Burgos, además de títulos, valores y otros documentos. Tras lo cual aclaró:

—En las circunstancias actuales no hay organismo oficial donde

podamos depositarlo sin que lo reconviertan en el devaluado dinero de la República.

—¿Y eso que significa?

—Que uno de los dos tendríamos que quedarnos aquí vigilándolo. De momento lo más conveniente es que te quedes tú en la habitación, mientras yo intento gestionar la forma de salir de España.

Esa mañana y durante otras muchas, Mercedes tuvo que conformarse con ver cómo la primavera iba sucediendo al otro lado del balcón y acercarse cada tarde a las oficinas del SERE.

—¿Algo nuevo? —le preguntaba a Valentín al volver al hotel.

Siempre la misma respuesta, nada, ni sobre los dos soldados, ni sobre la forma de salir de Alicante. Solo las noticias del periódico, desgranado el rumbo que iba tomando la batalla de Madrid, donde Casado ya había recuperado la «Posición Jaca» y Cipriano Mera avanzaba por Canillas, Hortaleza y Ciudad Lineal, para llegar a la plaza de Manuel Becerra, donde había tenido lugar la última pelea de tanques de esta guerra y, finalmente, tras reducir a cañonazos la resistencia en la Castellana, el día 12 de marzo había caído la capital, haciéndose cargo del Gobierno el Consejo Nacional de Defensa, con el propósito de pactar con Franco una paz sin represalias.

Y nuevas exigencias por parte de Valentín:

—Hay que extremar las medidas de seguridad. Ya están empezando a faltar los aprovisionamientos en la ciudad y, en consecuencia, se están produciendo asaltos a tiendas, almacenes, farmacias, etc. Y esto sin olvidarse de los ajustes de cuentas entre las distintas facciones políticas.

Hasta que una mañana, cansada de la situación, se vistió de Cocó Chanel y, luciendo su abrigo nuevo, se plantó delante de la puerta.

—Pero —titubeó él—, ¿vas a salir sola?, quiero decir, que bueno, que bien, me quedaré hoy aquí.

—De ti depende —le contestó, mostrándole el armario donde colgaba su traje a rayas y el abrigo de corte militar. A continuación, cambiando de táctica, le pasó los brazos por el cuello y le susurró mimosa a su oído. —¿No compramos cada mañana la fidelidad del personal de hotel? ¿Entonces? —Y continuó diciéndole—. Para nosotros la guerra ya ha terminado, no hay un Gobierno al que le debamos fidelidad, ni tampoco se lo merece. ¿Para qué tenemos todo ese dinero si no es para empezar a vivir el futuro?

Incapaz de negarle este capricho, repartió el contenido de su cartera por diversos rincones, cerró la habitación con llave, que se guardó en su bolsillo y, tras insistir en la recepción (con un billete en la mano) que en su ausencia nadie debía entrar en la habitación, se lanzaron a la calle dispuestos a recorrer el bulevar de las palmeras, contemplar escaparates, detenerse ante el que habían vaciado días antes y terminar comiendo en el club de Regatas.

Pero algo de razón tenía sobre la seguridad de las calles, donde los jóvenes fascistas, llenos de moral de victoria, se paseaban amenazadores, descarándose ante los que sabían afines a la República o, como en el caso de Valentín, los que por su aspecto se les suponía, y al pasar por delante de la puerta de un café donde se exhibía descaradamente la fotografía de José Antonio Primo de Rivera, el fundador de la Falange, gritaron a la pareja:

—¡Eh, rojos!, pasad adentro, que aquí encontrareis mucho «café» [7]

Aceleraron el paso sin prestar oídos a su provocación, y cuando ya se disponían a doblar la esquina, un hombre vestido con el uniforme de conductor de la Cruz Roja se asomó a la puerta y ordenó al guardián:

—No les perdáis de vista.

—Eso venimos haciendo desde que llegaron a Alicante, según tus instrucciones, camarada Melero, y no somos los únicos —señalándole a Constancio, que seguía a la pareja a distancia—. A ese ya le conocemos desde el 35 y el 36 en Madrid. Ahora es un agente del Servicio de Información Militar que tampoco les pierde de vista.

—Me gustaría saber la causa —se interesó Ángel Melero.

Esa misma tarde, al ponerse el sol, cuando Constancio volvía a casa de Raimundo en el Postiguet, a esas horas solitario y oscurecido, dos individuos le salieron al paso para invitarle a una reunión. El sospechoso bulto en el bolsillo del abrigo de uno de ellos y las caras de pocos amigos de ambos no dejaban lugar a las excusas.

—¡Caramba, caramba! —exclamó Ángel al tenerle delante—. Si se trata del camarada Constancio Perales.

Tras mandar que les dejasen solos, pasó a hacer un resumen de su currículo.

—Miembro muy activo del PCE en ese Madrid de 1936. —Haciendo una significativa seña con su mano, imitando la acción de apretar el gatillo de un arma—. Fundador de la checa[8] de Bellas Artes, una de las más sobresalientes de tu partido, lo que te permitió hacer carrera en ese autodenominado Comité Provincial de Investigación Pública que la dirigía. ¿A cuántos «paseasteis»? —Y siguió—. De ahí al SIM. Mucha historia, ¿verdad? ¿De qué me olvido? Ya me lo aclararás, mis camaradas me han contado tantas cosas de ti que tendrás que convencerlos para evitar que hagan justicia.

No estaba Ángel en sus mejores momentos. Las noticias que le llegaban de ese hotel donde ella y ese hombre vivían su amor lo estaban volviendo loco.

¿Tanto amaba a Mercedes?

Amor… La echaba terriblemente de menos y eso ya era algo.

La echaba tanto de menos que sentía su pelvis tan desgarrada y tan sin respuesta a cualquier estímulo que a él mismo le hacía dudar de su virilidad, tanto que era incapaz de verse desnudo por el temor de descubrirse. La demandaba de tal forma que ni se atrevía a prestar atención a su voz, a su sotabarba, a su cabellera, o a la grasa de su abdomen, temiendo ver los signos que delatan al eunuco. De tal forma que se abochornaba de esas noches de alcohol y obscenidad con esas horribles mujeres, todo grasa y vello pubiano, con las que se obligaba a tratar cuando confraternizaba con los camaradas en

locales de mala nota.

No, no estaba pasando una buena época.

¿Era eso amor? ¿Era solo que necesitaba sus manos? ¿Y el resto, y toda ella?

Ya sabía que tenía su nombre tan pegado a la garganta que el dolor que sentía al pronunciarlo le desagarraba la pelvis más que la metralla.

—Se me quedó en el Ebro mi hombría, amor. —Se atrevió a confesarse—. Solo tú puedes hacer que vuelva a sentirme un hombre.

Y aquí es donde saltó de indignación.

—¡Caridad, nunca!

Y esta rebeldía era la base del tratamiento que necesitaba, volver a sentirse fuerte, ser el macho alfa que, tras humillar a su contrincante, aúlla su deseo de hembra bajo la luna, seguro de que se va a escuchar su llamada.

Y mientras tanto, Constancio, loco por encontrar una respuesta que le satisficiera a Ángel, esperaba ansioso la luz.

—Háblame de Valentín Méndez —le oyó decir finalmente, para su respiro.

Estaba claro que si conocía su nombre tenía información sobre él, así que no dudó en darle una explicación que le resultase convincente.

—Desde hace tiempo trabajo en el servicio de seguridad del Banco de España y últimamente tenía a mi cargo la vigilancia de ese hombre, hasta que los acontecimientos de Cartagena me aconsejaron exilarme. Por eso estoy aquí.

A continuación, la explicación que requería.

—Imagínese cual sería mi sorpresa cuando me lo encontré llevando

del brazo a una joven saliendo de las oficinas del SERE y derrochando un dinero que no creo que pueda permitirse un funcionario del Gobierno que necesita sobrevivir en el extranjero.

—¿Estás sugiriendo un desfalco?

—Estoy sugiriendo que todo indica que está utilizando medios del SERE que debe haber decidido no entregar. ¿Qué otra cosa puede llevar en su voluminosa cartera un hombre de sus responsabilidades? —le respondió, teniendo buen cuidado en ocultar cualquier referencia a «Socorro Extremo».

A Ángel, que tal declaración no le aportaba nada que no supiera, cuando terminó de hablar, le preguntó:

—¿Nada más, Constancio? Todavía no me has dicho por qué los estás siguiendo.

Aquí Constancio tuvo que probar suerte.

—¿De quién estamos hablando, de Valentín o de ella?

(¡Bingo!)

Ángel, tras comprobar que nadie podía oírlos, le respondió:

—Hazme una proposición que me interese. Pero ojo —tornando su sonrisa en un gesto feroz—, nada que pueda afectarle a ella. Respondes con tu vida.

—¿A cambio de qué?

—Yo sé agradecer a quien me sirve.

Lejos de ahí, Valentín volvía al hotel Atlántico con noticias esperanzadoras.

—Están a punto de llegar a puerto dos barcos, el African Trader, fletado por la Agrupación Socialista de Alicante, y el Marítime. De este dicen que va a vender sus billetes en el mercado libre.

Esa noche Valentín no quiso renunciar a su carne, aunque oficializó

su coito sin apenas preámbulos, aparentando pasión e intentando con torpeza posturas y maneras, hasta que finalmente preguntó:

—¿Ya lo has hecho, mi vida?

A la mañana siguiente, Mercedes se levantó antes que él y, al ir al baño, advirtió que durante la noche alguien había deslizado por debajo de la puerta una nota escrita sobre papel de estraza que despedía un fuerte olor a pescado.

«Esta noche, a las diez, en el muelle de Levante».

¡Se había acabado el amor!

A Mercedes no. Ella solo había apostado en esta partida el único capital que tenía, su belleza, y aunque aún faltaba el último lance, sabía que tenía todas las de perder y que le tocaba volver al principio. ¿Pero el principio, cuál era? ¿Madrid? Si es que todavía tenía sitio allí. ¿Su vestido Cocó Chanel y Dios sabe qué? Jurándose que no volvería a depender de un hombre, pasó por encima del papel, aparentando no verlo y, sin hacer ruido, se encerró en el cuarto de baño donde, reventando de taquicardia, se lavó cada rincón de sus carnes donde él había puesto su lascivia.

Al salir ya no estaba ahí la nota y Valentín, que en ese momento parecía despertarse, se levantó de la cama con tanta urgencia que penetró en el servicio sin apenas dedicarle un «buenos días» y lanzarle un beso que se perdió en el aire.

Todo fue muy rápido. En un segundo se puso sus antieróticas bragas, el sujetador que le envolvía tetas, abdomen y espalda, se puso la ropa que trajo de Elda y, antes de que él saliese del baño, ella abandonó la habitación, llevándose la cartera que tan celosamente habían estado guardando.

Al llegar al muelle de Levante vio a ese pescador que les había ofrecido sus servicios para trasladarles a Orán, que hoy le huía la mirada, dejándole bien claro que no la esperaba. Ahora ya solo quedaba asegurase de no tener que pasarse el resto de su vida vigilando su espalda, y empezó a buscar un lugar donde poder verlo embarcar. Enfrente había una casita señalizada con la bandera de la

Cruz Roja.

—¡La enfermería!

Ahí inmediatamente aceptaron la desinteresada oferta de una profesional con su experiencia, dispuesta a ayudar a paliar las necesidades de tanta población desplazada a cambio de un lugar, una pequeña habitación donde guardar sus cosas y dormir, y ya nada más, sumergirse en su profesión y no perder de vista esa ventana desde donde dominaba el tráfico humano del muelle.

Al anochecer vio a Valentín dirigiéndose al lugar donde estaba atracado el pesquero. Cuando ya iba a acceder al barco descubrió la enfermería y, tras darse una expresiva palmada en la frente, se dirigió hacia el edificio.

—¡Eh! No nos entretenga —le gritó el patrón, observando sus titubeos—. Tenemos muchas millas por delante y hay que pasar la línea de bloqueo.

Sin hacerle caso siguió adelante, parándose delante de su ventana.

Con el corazón a cien, Mercedes, aprovechando la oscuridad de la habitación, se tumbó en el suelo debajo de la ventana, colocándose de costado con la espalda pegada a la pared, sin atreverse siquiera a respirar.

Uno, dos, tres segundos…

Valentín, tras intentar, inútilmente, limpiar el vaho de los cristales que le impedía ver el interior, decidió acceder al lugar.

Solo tenían una oportunidad para escapar, esperar a que entrase en el edificio y saltar en ese momento por la ventana.

Cuando ya el otro estaba abriendo la puerta de la enfermería:

—¡Eh! —volvió a gritarle el patrón, arrancando el motor de su barco.

—¡Solo un segundo!

Pero ya no le hizo caso y mandó retirar amarras, lo que obligó a Valentín, in extremis, a desistir de su empeño. Al poco, el pesquero se perdía en la oscuridad de la niebla, en las aguas del mar y en su memoria.

Entrada la noche, en la soledad de su habitación, sin más iluminación que la luna llena, extrajo la cartera de un armario, la abrió y desparramó su contenido encima de la cama. Solo fajos de billetes y ningún documento ni carta o valor de los que en su momento constató en la cartera y, lo más importante, tras rebuscar por todos los rincones e incluso desgarrar el forro…

—¡También faltaba la llave!

El muy c… lo tenía tan previsto que hasta le dejó el pago por sus servicios de cama. Pero ya no era el momento para lamentaciones, ahora había que centrarse en vivir y en conservar lo conseguido. Aún tuvo un recuerdo para los demás y, a la mañana siguiente, dejó una nota en las oficinas del SERE.

«Capitán ha abandonado el Puerto».

---

[7] Acrónimo de Camaradas Arriba Falange Española.

[8] Cárceles populares creadas por todos los partidos del Frente Popular a raíz del levantamiento militar del 18 de julio de 1936, donde el pueblo, tras proclamar la huelga general y exigir al Gobierno de la República que se le entregasen armas, se adueñaron de la calle, arrogándose la facultad de salvaguardar la seguridad del Estado, deteniendo a cualquier sospechoso de pertenecer a un partido de derechas, a militares, sacerdotes, falangistas y burgueses, muchos de los cuales fueron condenados a muerte sin juicio previo o tras una pantomima del mismo, sacados de noche en un vehículo para ser «paseados», fusilados en las tapias del cementerio.

III

Apoyá en el quicio de la mancebía/ miraba encenderse la noche de mayo…

(Concha Piquer)

10

Avelina

La Avelina apenas hacía un año que perdió la virtud con uno de la Brigada Galán. Fue cuando vinieron a Gúdar a poner paz en ese pleito de tierras y sangre que se mantenía en el pueblo desde que la República recalificase la riera. Ocurrió que, mientras los de la brigada la tomaban con la iglesia parroquial y pegaban fuego al retablo del altar mayor, del que apenas quedó un pequeño arco del marco para la posteridad, la Avelina le tomó gusto al pecado justo en un rincón resguardado de la riera origen de la tragedia, y como si de un relato de ciegos se tratara, alguien que los vio corrió la voz y acabó llegando a los oídos de la familia que, para salvar la honra, la mandaron a servir a una casa en Teruel. Reacia a tal destino, fue dando tumbos hasta que llegó a Alicante, donde se coloco con doña Lolita, la madama de una reputada casa en uno de esos barrios de detrás del ayuntamiento.

La Avelina, que tenía el pelo como un morito, corto, negro y muy rizado, con un mechón rebelde y descarado que se le descolgaba del flequillo, y un tórax sin apenas relieves, en lugar de desfilar ante los clientes luciendo lencería, lo hacía disfrazada de chulillo, tocando el organillo y desvestida con una camisa desbocada, incapaz de provocar pecado, pero con toda la anatomía de su culito goloso y respingón revelándose bajo unos pantalones a cuadros, todo un perfil para el amante de lo indefinido; quizás por eso, los días que la naturaleza venía a puntualizar que el efebo era mujer, la Avelina, en paro temporal, con la pechera rellena y los labios de rojo a rabiar, se paseaba por el puerto afirmando su condición con los gritos del personal. Fue en uno de esos días cuando se topó con su paisano, el Practicante.

Imposible zafarse de él y de la raspadura que deja en la piel la evocación de la tierra, la Avelina le puso al día de la crónica del odio en Gúdar, desde que salió del pueblo, donde los de izquierdas

habían sumado a la lista de muertes la del alcalde, la de su hijo y la de dos lugareños del otro bando.

—Ahora las cosas andan más calmadas —le dijo—. Se ha formado una cooperativa para administrar los bienes de los huidos de uno y otro lado, que dirige Florencio Guillén, el Pinchol, al parecer al gusto de los dos bandos, así que cuando termine todo esto podrás reclamar lo tuyo.

—Sí, mujer, sí. —Sin querer entrar en que para que descansen en paz los muertos es necesario saldar las cuentas pendientes con los vivos, así que, en lugar de ello, preguntó—. ¿Y tú, que vas a hacer después de todo esto?

—Yo nunca volveré.

—¿Por qué, mujer?

—¿Pero no te has dado cuenta de cuál es mi oficio?

—Tú estarás de puta, pero no lo eres.

Y como al final de lo que se trataba era de sobrevivir, nostalgia con nostalgia, terminaron encontrando acomodo, gracias a que doña Lolita, que era una buena madama, entendía que sus pupilas, «esos días», tenían derecho a su vida.

Cuando el ciclo de la luna volvió a su ser, Avelina sintió que ya no servía para el oficio y le ofreció su amor y él, antes de comprometerse, se sinceró con ella.

—Antes tengo que arreglar cuentas en el cuartel de la Guardia Civil.

—Ten cuidado, que en estos pleitos, al final al pobre, o le dan «garrote» o termina «echándose a la sierra».

Después ya hablaron del presente y de este Gobierno que ahora perseguía a los comunistas, y del SERE, y de que…

—Y yo a estos, ¡ni agua! —exclamó el hombre, escupiendo al suelo tras besarse los dedos pulgar e índice cruzados en cruz. Dicho lo cual, tomó una llave que llevaba colgada al cuello a manera de

medalla, y se la entregó—. Guárdamela hasta que me ponga en contacto con Valentín y decida lo que hacer con ella. —Después se vació los bolsillos y le dio el dinero que le habían entregado en Elda —. Yo no lo voy a necesitar y en cambio a ti te ayudará a volver al pueblo como una señorona.

Habían sido tres días de amor y todavía no estaba ahíto, pero como ya era tiempo de volver a su historia, el Praticante salió de esa casa de detrás del ayuntamiento y se dirigió a las oficinas del SERE, esperando encontrar noticias de sus compañeros.

Nada más llegar se dió de plano con lo que buscaba.

«Capitán ha abandonado el puerto».

—Aquí se acabó la historia —sentenció—. ¿Pero y tú, Francés?

Sabiendo que su compañero sería incapaz de marcharse sin dejarle un aviso, le dejó el suyo.

«Gúdar ya está en el puerto».

Unos instantes antes, Constancio, que ya había llegado al SERE, leyó la nota de Mercedes, o al menos a esa conclusión llegó, viendo el tipo de letra inglesa, muy bien dibujada y de lectura impecable, delatando la guía de no sé cuáles reverendas madres. Quién lo iba a decir de la hija de un comunista. Pero obviando este comentario, su primera reacción ante tal anuncio fue la de terror.

¿Cómo iba a explicarle al patrón, categoría que le había otorgado in pectore a Ángel, que el banquero había logrado salir de Alicante y previsiblemente también de España? Aunque la nota de Mercedes le tranquilizó, ya que significaba que ella permanecía en Alicante. «Te va en ello la vida», le había dicho don Ángel, para que priorizara ante todo su seguridad.

—Ahora lo que importa es tenerte localizada.

Como se esperaba, en el hotel se habían inscrito como «señor y señora Pérez, es decir con datos falsos, aunque le informaron de que habían dejado el hotel.

—O eso suponemos, porque ella se fue por la mañana, tan precipitadamente que hasta se ha dejado su ropa colgada en el armario. En cambio, el señor permaneció en su habitación hasta la noche cuando, tras saldar la cuenta, se despidió de nosotros.

—Quién sabe lo que puede pasar en estas parejas con tanta diferencia de edad— respondió él guiñando picarescamente un ojo —. Volveré a pasar por aquí por si ella volviese a recoger su equipaje.

Estaba claro que Valentín había huido dejando a la mujer y al otro tirados y dueño del botín arramplado al Banco, aunque lo que aquí importaba era la respuesta que iba a dar a su patrón, que los amantes se habían separado y ella seguía en Alicante.

En esta tesitura vio al Practicante parado delante del cartel y, después de leer la nota de Mercedes, tras unos instantes de vacilación, añadir la suya.

Ya había localizado a todos.

—Este no se me escapa.

Esa noche, por las oscuras calles que llevaban a casa de doña Lolita, alguien tapó la cabeza al guerrillero con una capucha y, tras asestarle un fuerte puñetazo en el estómago, mientras se debatía en la asfixia causada por parálisis del diafragma, le esposaron las muñecas y lo metieron en un coche que arrancó a toda velocidad. De camino, cuando empezaba a boquear, le vaciaron en la boca un frasco de aceite de ricino. Atragantado, tosiendo y expulsando el repugnante líquido oleoso por las fosas nasales y hasta por los lacrimales, le administraron un segundo y hasta un tercer frasco, y poco después pararon y le bajaron del vehículo a rastras para dejarlo tirado en el suelo, en un lugar que olía a humedad, orines y a goma de neumáticos.

El Practicante inmediatamente tuvo claras dos cosas: el sello

falangista del aceite de ricino y que lo que pretendían era interrogarlo, de otra manera ya habrían acabado con él sin tomarse la molestia de traerle aquí, tras tan repugnante prólogo. Ahora, a la espera de que de un momento a otro empezasen a «ablandarlo», se acurrucó en el suelo en postura fetal, procurando salvaguardase cara y testículos.

Y… Segundos interminables adivinando… Ya me viene…

Extrañado de que todavía no le hubiesen sacudido, sin relajar su postura, empezó a prestar atención al medio, adivinando que debía estar en un garaje, teniendo en cuenta la humedad y el olor a neumáticos que había.

¿Es posible que estuviese solo?

Ahora oyó el clic de un mechero e inmediatamente le llegó olor a humo de tabaco. No era el de la picadura de un miliciano, más bien el del cigarrillo rubio de un señorito.

—Eres el jefe de esta chusma fascista, ¿verdad? —preguntó.

Qué mejor manera de expresar su desprecio hacia esta gente (seguro que eran falangistas) que mostrarse descarado y sin miedo.

Un minuto, dos y seguía sin recibir ni un castigo ni una respuesta a su cuestión.

—No estás solo, ¿verdad? —insistió—. Tú no eres de los que se manchan las manos, para eso tienes a tus sicarios.

Otro par de minutos.

—¿A qué espera? —Empezó a impacientarse, harto de intentar cubrirse de ese ataque que no acababa de llegar.

Y cuando se estaba diciendo que tenía que imitar la actitud del de enfrente y permanecer en silencio, le asaltó un inesperada y brutal contractura de tripas, tan dolorosa que le obligó a retorcerse por el suelo e, incapaz de retener las terribles ganas de pujar, se desbordó por todos sus esfínteres.

Oliendo a excretas y obligado a tragarse el vómito retenido en la caperuza para poder respirar, oyó cómo el de enfrente se acercaba hasta él y, tras darle dos golpecitos suaves en la cabeza con una varita de fresno, le dijo:

—Caramba, caramba, vamos a ver a quién tenemos aquí.

Tiró del cordón del nudo de la capucha y se la retiró, utilizando la varita para no mancharse las manos.

—¡Pero si es nuestro silencioso compañero de viaje, el camarada Practicante! — exclamó con teatralidad.

También él lo reconoció, pero se abstuvo de expresárselo y siguió en silencio, escupiendo los restos de vómito y limpiándose la cara con las manos esposadas.

Pero el otro seguía sin tener prisa. Y así, frente a frente, el uno mirándolo con curiosidad y el otro intentando mantener su dignidad, sintió de nuevo otra terrible arcada y otra contractura de su vientre, martirizado por el ricino, despeñándose de heces líquidas, casi agua, y sintiendo cómo el sabor ácido de sus jugos gástricos se tornaba amargo.

—¿Qué me cuentas, Practicante? —preguntó impasible Ángel, mientras sacaba de un cajón otras botellitas de ricino.

—¿Qué te cuento de qué?

—Háblame del Francés, de Valentín y de ti. Pero no me mientas, yo también sé lo que llevaba en su cartera.

11

Gúdar ya está en el puerto

El 25 de marzo, la radio dio la noticia de que el Gobierno de Franco había roto unilateralmente las conversaciones con el Consejo Nacional de Defensa, negándose a cualquier acuerdo que no fuese la rendición incondicional, con una advertencia: «Cualquier retraso en la misma y la estéril resistencia a nuestro avance serán causa de graves responsabilidades». Ni siquiera atendieron la petición de conceder unos días de tregua para que saliesen de España los que habían optado por ello.

Afortunadamente, esa mañana el cónsul le entregó a Andrés un sobre conteniendo un pasaje avalado y visado para embarcar en el Stanbrook, un barco fletado también por la Agrupación Socialista de Alicante, cuya llegada parecía inminente.

—La coyuntura, en estos momentos, es favorable, monsieur Andrés. Franco ha ordenado a las unidades del Mediterráneo que se desplacen a las costas de Túnez para presionar al Gobierno francés y que le devuelva la flota republicana de Cartagena, actualmente anclada en Bizerta, lo que facilitará al Stanbrook la posibilidad de burlar el bloqueo. —Y en tono de advertencia—: Le recomiendo que tenga mucho cuidado, hay mucha gente que mataría por conseguir eso que se acaba de guardar en el bolsillo.

Aunque no le faltaba coraje, sabía que siempre habría alguien dispuesto a intentarlo. Y que debía recelar de toda esa gente y esas calles donde hasta hace unos instantes la vida sucedía, a trancas y barrancas, pero sucedía, en sus cafés preñados de aromas a sucedáneos de café y hasta a creativos pastelitos hechos de mejor no adivinar qué materia, o en los cines, donde Fred Astaire y Ginger Rogers bailaban Sombrero de Copa, e incluso en el Monte de Piedad, que para el 1º de abril, precisamente, iba a reanudar sus actividades.

Dios, qué lento se le iba a hacer el trascurrir del tiempo hasta el momento de embarcar y cuántas circunstancias podían abortarlo, desde el intento de un desesperado, al mal estado de la mar, una avería, un accidente, o incluso que la marina de guerra fascista evitase la llegada del barco al puerto.

¿Será posible?, si hasta empezó a oír pisadas a su espalda.

¡Y tanto! Si hasta percibía en su cogote la respiración del de atrás.

Pero no se paró a averiguarlo, tensó sus músculos preparándose para un ataque y, sin modificar el ritmo de su marcha para no alertar «al otro», tomó la primera esquina y, al doblarla, una vez que escapó del campo de visión de su contrario, se lanzó a correr de puntillas, cruzó la calle y ahora sí, oculto entre las sombras, se dispuso a esperarlo

Uno… dos… tres interminables segundos de taquicardia. No apareció, ni siquiera oía sus pasos. ¿Habría adivinado su emboscada? Peor todavía, ¿estaba preparando la suya?

Ahí delante estaba la plaza Mayor y la presencia de más gente significaba seguridad. Sin dudarlo echó a correr hacia ahí y al llegar se encontró con un grupo de jóvenes falangistas que, descaradamente ataviados con su camisa azul y desplegando sus banderas rojinegras, se había reunido a las puertas del ayuntamiento para abordar el camión con el que iban a recorrer la ciudad celebrando con sus cánticos y consignas la inminente llegada de sus armas, seguros de que nadie, ni autoridades, ni guardias del orden, iban a acallarles. Quién le iba a decir que iba a agradecer su presencia.

Al «fantasma de atrás» tampoco debían gustarle los fascistas, ya que no dio la cara, pero sin confiarse se parapetó detrás del camión y corrió a su lado en dirección hacia la playa, uniendo su voz a la de otros manifestantes que se les iban sumando. Tras recorrer el Postiguet, llegó a las proximidades de la casa de Raimundo y aquí los abandonó.

El ambiente que reinaba en casa de Raimundo no era precisamente de alegría; las noticias habían corrido, todo el mundo sabía que

Casado no había logrado pactar con Franco y, lo que es peor, que los nacionales ya estaban llamando a las puertas de Alicante sin que ellos hubiesen solucionado todavía el tema de su exilio. Agrupados alrededor de la mesa buscaban a alguien que les proporcionase aliento.

—Lo que pretende Franco es fusilarnos a todos —sentenció alguien.

—¿Y qué otro fin podía tener?, si tras dictar su «Ley de Responsabilidades Políticas» ha dispuesto el bloqueo de los puertos, para acabar con cualquier disidencia presente y futura y conseguir la obediencia ciega de todos los españoles —corroboró un segundo.

—Calma —intentaba animarlos Raimundo—, el Stanbrook y el Winnipeg están a punto de llegar a puerto y el Marítime, que ya lleva varios días anclado, parece que va a empezar a admitir viajeros, así que todos vais a poder salir de aquí.

—Ni el mismo Casado se lo cree ya —le contestaron, mostrándole la tercera página del ABC (Diario para la Democracia) donde el propio coronel aceptaba la imposibilidad de mantener su compromiso respecto a la evacuación.

Poco después llegó Constancio. Su gesto y su aspecto delataban el mismo estado de ansiedad de los presentes, pero se relajó cuando vio a Andrés, al que había seguido desde el consulado, temiendo que el cónsul estuviese tramitándoles, a él y a Mercedes, la salida de España, lo que debía impedir a toda costa, al menos en lo referente a ella, si es que quería tener todavía algo que ofrecer a don Ángel. La respuesta estaba ahí, en el macuto del guerrillero, donde seguramente guardaría los visados. Intentando disimular su propósito, se sentó junto a los angustiados contertulios y se unió a su conversación.

—Desengañaros —les dijo—. El problema está en quién ha fletado esos barcos, la Agrupación Socialista de Alicante, que ha decidido dejarnos a los comunistas a la disposición de Franco. —Hurgando con el dedo en la llaga—. Pero conmigo no lo van a tener fácil. —Dicho lo cual, simulando un ataque de rabia, salió de la habitación.

—Hay que perdonar su falta de consideración —comentó Raimundo

—. Su pasado comunista pesa mucho y le está pasando factura.

Un par de minutos después sonó un violento golpazo en la puerta de la calle.

—¡Es Constancio! —exclamó el Francés, que ahora, alertado con tal actitud, corrió hacia el dormitorio que ambos compartían desde que llegaron a la casa, encontrándola desordenada, con su macuto abierto y su contenido desparramado por el suelo. Tras un somero análisis, comentó extrañado:

—No falta nada, ni siquiera el dinero.

—¿Entonces qué buscaba? —preguntó Raimundo.

—Me temo que mi visado y mi billete. Sabía que los estaba arreglando en mi consulado. Sospecho que hoy me ha seguido hasta ahí y ha dado por supuesto que lo he solucionado.

Esa noche durmió mal, sin evitar el sobresalto que le producía el goteo del grifo de la cocina, los pasos en el pasillo de alguien con una vejiga demandante, el crujido de los muebles e incluso el roer de la carcoma sobre la miseria del mobiliario. Y aunque de momento no era esperable una nueva intentona de Constancio, ni de nadie, ya no se sentía seguro en la casa, y así se lo dijo a Raimundo a la mañana siguiente.

—Debí hacer caso al cónsul y no fiarme de nadie, excepto de ti. Creo que solo me sentiré a salvo cuando pise la cubierta del Stanbrook, hasta entonces estaré más seguro en el puerto, rodeado de gente en mi misma situación, donde el cuidado de uno implica el del resto de la comunidad.

Al atardecer apareció el Stanbrook por la línea del horizonte, tosiendo humo por su larga chimenea y a Andrés, como a tantos cientos de personas que lo estaban esperando, se le paralizó la respiración.

—¿Cómo vamos a caber tantos en un navío de 1382 toneladas, 70 metros de eslora y 16 de manga?

Es más, a pesar de contar con un billete convenientemente visado,

¿quién le aseguraba que ante tanto demandante no se estableciesen unas prioridades desventajosas para él?

Alguien a su lado incidió sobre lo frágil que puede llegar a ser la esperanza.

—Ya ha entrado en aguas jurisdiccionales. Desde este momento ya no cuenta con la protección de las marinas francesas e inglesa y el enemigo puede apresarle.

—Céntrese en silencio en sus miedos y olvídese del de los demás —le respondió airado, aunque al poco, arrepentido por su falta de empatía, quiso corregir su exabrupto, pero la corriente humana ya le había arrastrado y en su lugar se encontró con un individuo de mediana edad, cara picada de viruelas y gran bigote a lo Stalin, que estaba intentando llamar su atención, indicándole un lugar donde poder hablar.

¿Dónde había visto esa cara?

Desconfiando de todo el mundo, aprovechando un nuevo empujón de la gente, se escabulló y, escondiéndose en las instalaciones del muelle, esperó a que el Stanbrook, lenta y hasta majestuosamente, ignorando las cábalas sobre sus inesperadas dimensiones, llegase a puerto y, tras echar amarras, apagase sus máquinas.

Todavía trascurrió un tiempo hasta que la gente entendiera que hoy no iba a tener lugar el deseado embarque y despejase el lugar.

Vigilando sus espaldas, se marchó dirigiéndose a la entrada al puerto. Al llegar a la Comandancia de Marina observó que, ignorando las precauciones debidas a la acción de la aviación enemiga, tenía las luces encendidas y la gente se había amontonado a sus puertas.

—¿Qué pasa aquí?

Lo que pasaba es que se había constituido el Comité Internacional de Coordinación, Información y Ayuda a la España Republicana, (otro comité) integrado básicamente por los cónsules de Francia, México y Argentina para mediar ante el Gobierno de Burgos para

que reconociera como zona internacional los puertos de Levante y pudiesen llegar libremente los barcos destinados a la evacuación. Incluso se proponían pedir que sus unidades navales protegieran las aguas internacionales.

Por esto era que con tal fin se habían instalado en la Comandancia y estaban firmando, sin restricciones, visados de entrada en sus respectivos países para todo aquel que lo solicitase. Ante tan esperanzadoras noticias, la gente se había decidido a defenderse de los amenazantes grupos fascistas que, camisa azul y cantando el «Cara al sol», se estaban concentrando en la Plaza de los Mártires de la Libertad, sin que las autoridades locales lo impidiesen, y estaban construyendo una barricada con sacos extraídos de los almacenes, gritando exaltados: «¡No pasarán!».

—Súmate a nosotros —le propusieron a Andrés —. Hay que proteger la llegada de los camaradas comunistas que acaban de ser liberados de las cárceles.

—¿Qué dices? —contestó, incapaz de asimilar más noticias en estas horas de locura.

—Que el gobernador, consciente de lo que les espera cuando llegue Franco, ha ordenado la liberación de los presos políticos y ha suspendido las restricciones que impedían su embarque.

Sin pensárselo más, se unió a ellos, rápidamente acabaron su barricada y, con la moral por las nubes, armados con garfios, palos y alguna que otra pistola, empezaron a retar a los de enfrente cantando la «Internacional».

Cuando los más exaltados del otro lado, recogiendo el guante, se disponían al asalto, la suerte quiso que apareciese el convoy con los presos recién liberados y los soldados que les escoltaban que, reforzados por los voluntarios de la barricada, cargaron contra los fascistas y, sin apenas lucha, acabaron con la que amenazaba ser la última batalla de esta guerra. Una vez controlada la situación, empezaron a bajar gente de los vehículos.

—¿Quién demonios? , ¡pero si es el Practicante! —exclamó sin dar crédito a sus ojos, reconociendo entre ellos a su antiguo compañero.

Pero en qué estado y qué peste echaba.

Sangrando por la nariz y con la cara como la de una jineta, tatuada con un seudoantifaz morado, síntoma de una fractura de los huesos de las órbitas, y apoyándose al andar en dos carabineros, uno de ellos un capitán calvo, bajo y barrigón, al que apodaban paradójicamente el Grande, y el otro flacucho, de aspecto descuidado, mirada llena de listeza y gruesas lentes redondas, que le habían hecho ganar su apelativo de Pepito el Gafas.

No se atrevió a abrazarlo por miedo a añadir más dolor a tanto castigo.

—Gracias a ellos —fue el saludo del recién llegado, señalando a sus dos escoltas.

—Lo encontramos en el sótano de un café fascista del centro de la ciudad que hemos clausurado —respondió el Grande—. Se ve que se han empleado con él a fondo.

—Gracias a ellos, Francés. No solo les debo la vida, también mi libertad, ya que se han ofrecido a sacarme de Alicante.

—Queremos salir los tres de aquí —aclaró el Gafas—. Nuestra intención es llevarlo a la enfermería y, mientras le hacen una cura rápida, conseguir un coche con el que escapar.

12

La enfermería del puerto

La enfermería era un edificio pequeño, de paredes claras e interior alicatado con baldosines azul verdosos y olor a limpio y a desinfectantes. Entraron en la sala de espera y se acomodaron en unos banquitos de madera. Al otro lado de una puerta de cristal podía oírse la voz de una mujer joven, posiblemente de una enfermera, que se estaba encargando de un paciente.

—Paciencia, aguanta un poquito —le decía. Ahora una pausa, el ruido metálico del instrumental al depositarlo sobre una bandeja y, finalmente —: Toma, para tu niño.

Al abrirse la puerta de cristal salió un hombre de mediana edad con la cabeza vendada y un silencioso niño con una gorra de adulto calada hasta los ojos, mirando embelesado el bote de leche condensada que atesoraba su padre.

—Pasen— gritó desde dentro, con voz cansada y gesto de decir: «¡Dios, cuándo acabará el día!».

Fue Andrés el que advirtió quién era ella, a pesar de que la hacía muy lejos de Alicante, de esa impersonal bata blanca, de la mascarilla que le ocultaba la cara, de sus ojeras y del par de ondas rebeldes que se escapaban de su hermosa melena, escondida bajo una cofia.

—¿Mercedes?

—¿Sí? —Con acento impersonal y sin dar muestras de reconocerlos, indicándoles la camilla donde colocar al herido, y en silencio, ignorando al resto, empezó a explorarle la lesión de su cara, introduciéndole su dedo índice en la boca, traccionando la arcada dental superior, sin lograr movilizarle el macizo facial, tras lo cual concluyó:

—Es una fractura orbitaria producida por un puñetazo. Afortunadamente sin separación de fragmentos. Se pondrá bien. —Ahora, dirigiéndose a los dos carabineros—. ¿Pueden esperar fuera? —A continuación, a Andrés—: Tú, quédate a ayudarme.

—Vale —contestaron los otros, queriendo aprovechar el momento para ir a buscar un vehículo, tras prometer al paciente—: Volveremos a buscarte.

Una vez a solas y tras cerciorarse de que no había nadie más en la enfermería, ahora sí, dirigiéndose a ellos, exclamó:

—¡Madre mía, cómo te han puesto! ¿Pero qué os ha pasado?

—Me cogieron los fascistas. Fue el chófer que nos trajo a Elda, que ha resultado ser un puntal en la Falange local, y del resto qué queréis que os diga —señalándose cada rincón de su castigado cuerpo—. ¡Los muy ca…! A cada golpe que me daban sus secuaces me preguntaba por Valentín y su cartera. Sospecho que saben lo de las llaves, pero iban dados si querían sacarme algo.

—Calma, calma y recapacitemos —le pidió Andrés—. ¿Estás diciéndonos que los fascistas conocían «Socorro Extremo»?

—Ya da lo mismo. Respondió ella. —Valentín ha salido de España. Así os lo decía en una nota que os deje en el SERE que, por lo que veo, no habéis tenido oportunidad de leer. —Recapitulando después su historia en Alicante, aunque ocultando sus relaciones íntimas y, por supuesto, el destino de la cartera que guardaba en su dormitorio.

—Lo que no sé es cómo el conductor de la ambulancia tenía tal información —le preguntó Andrés— si, según tú, no sabíais nada antes de salir de Madrid.

—Hay más gente que la tenía. El secretario de Negrín, él fue quién le llamó a Madrid para que activara la operación y el que organizó nuestro traslado a Elda. ¿Cómo se llamaba ese hombre de la cara picada de viruela y bigote a lo Stalin?

—¡Ramón Celada! —Dándose una palmada en la frente y cayendo

ahora en quién era el hombre que llevaba viendo desde hacía días en el puerto—. Dado su cargo de confianza, es natural que conociese todos los pormenores de «Socorro Extremo».

—¿Pero de quién estamos hablando? —protestó el Practicante—. Según parece todo el mundo se ha aliado para hacerse con nuestras llaves.

—Así es, compañero. No excluyo a nadie. Tampoco tú debes fiarte.

—En eso estoy de acuerdo —le respondió—. Y también que haré todo lo posible para evitar que la mía caiga en manos de los enemigos del Gobierno legal de la República y de su presidente, don Juan Negrín.

—Me alegro de ello, compañero, y sé que no necesito recordarte que nuestro compromiso era custodiarlas y devolvérselas a Valentín, al que el Gobierno que ambos reconocemos le confió esta operación. Y eso es lo que haré en cuanto me reúna con él en Orán —dijo mostrando su billete de embarque.

—En eso coincidís los tres —respondió Mercedes—. La intención de Valentín era entregárselas al Gobierno de Negrín en el exilio, o al PCE, según él, el único partido que ha permanecido fiel a la legalidad de la República.

—Entonces todos de acuerdo —convino el Practicante—. Pero en mi caso esperaré vuestras noticias en la sierra de Gúdar donde, junto a ese par de amigos que me han liberado, me uniré a los que han decidido seguir la lucha contra el franquismo.

—Ahí iremos a buscarte, compañero.

El ruido de un motor a la puerta de la enfermería puso fin a su conversación. Eran los dos carabineros que, tras conseguir un vehículo, venían a buscar al Practicante. Unos instantes después se separaron los dos camaradas, aunque al arrancar el coche, bajó el cristal de su ventanilla y, a modo de despedida, empezó a silbar:

Si me quieres escribir, ya sabes mi paradero…

Afirmando el acuerdo al que habían llegado de volver a unirse en Gúdar.

Cuando el ruido se perdió en la distancia, ellos dos se sentaron en los escalones de la puerta de la enfermería, con la mirada perdida en el manto de estrellas de una noche en la que la primavera, a pesar de todo, estallaba. Tras unos momentos de introspección:

—¿Qué vas a hacer hasta que salga tu barco? —le preguntó ella.

—No lo sé. Esperar por ahí —señalando el vacío.

—Entonces, ¿hasta nunca?

Y tras un rato, un buen rato de silencio, solo interrumpido por el batir del mar contra la trinchera del muelle:

—¿Y tú?, ¿qué va a ser de ti, Mercedes?

—Yo nunca he sido nadie aquí, ni nadie va a venir a buscarme —contestó con un tono de voz suave y ligeramente ronco, dejando traslucir su emoción.

¡Se sentían tan solos! Tanto que, a pesar del olor a alcohol que desprendían sus manos, (blancas, de dedos largos empeñados en apuntar hacia su corazón), Andrés se llenó del aroma a flor de azahar que impregnaba su aura, del ligero sabor amargo que intuía en su aliento y del calor que adivinaba en el batir de sus senos contra la prisión de su blusa azulada. Fue absolutamente sincero cuando afirmó:

—Para mí sí has sido alguien.

Tanto, que ella respondió sincera:

—Entonces, olvídame. No estás en situación de pensar en nadie.

— ¿De verdad lo quieres? —le susurró al oído, mientras sus dedos jugueteaban con unos rizos de su cabello que escapaban de la cárcel de su cofia.

—¡No! —Seca, rotunda, deslizando su cabeza hasta que su nuca se encontró con esa mano, hasta que lo hicieron sus mejillas y después sus labios.

¡Quién pudiese parar el tiempo!

Entraron en su habitación sin desprenderse de su abrazo, cara contra cara y ajenos a todo lo que no fueran sus corazones.

Esa noche manó de su cama un arroyo de agua donde sobrenadaban flores silvestres de pétalos rojos y estambres azul inocencia. Siempre juraría que esta fue la primera vez en su vida.

El amanecer los devolvió a la realidad, a las prisas de alguien, las del médico de la enfermería que, sin apenas esperar respuesta al toque de sus nudillos en la puerta, la abrió bruscamente antes de que acertasen a taparse, y que ella, con la cara arrobada y los ojos brillantes de humedad, hermosa como la inocencia, ocultase su pudor en el pecho de su amante.

Ese momento, tan lejano al dramatismo del presente, se quedó marcado para siempre en el corazón de Andrés, sellando su amor.

Pasado su estupor (¡qué otra cosa!), el extraño, esta vez escurriendo su mirada, trasmitió a la enfermera la urgencia que le traía.

—Debemos estar preparados. El gobernador ha dispuesto que los enfermos y los heridos hospitalizados que se vayan a exilar sean atendidos en la enfermería hasta que embarquen. —Dicho lo cual cerró la puerta, despidiéndose de ellos con un irónico—: ¡Salud, camaradas!

Otra vez solos, tras unos instantes buscándose lo que pudiese quedar de anoche, de nuevo ella le hizo la pregunta:

—¿Qué vas a hacer? —Así, en singular, sonando tan a despedida que al instante lo intentó corregir, formulándola de forma más acogedora—. ¿Volverás esta noche?

—Seguro —le contestó y, por si había dudas, le dejó su macuto en prenda—. Volveré a por él.

—¿Qué fareyu, o qué serad de mibi habibi? / ¡Non te tolgas de mibi[9]

—¿Qué es lo que estas recitando?

—Nada, una cancioncilla mozárabe que aprendí de niña —le respondió mientras guardaba su mochila en un pequeño armario, el único signo de ostentación que, junto a la mesilla, se permitía el rincón que ocupaba desde que llegó a la enfermería.

---

[9] ¿Qué haré o qué será de mí, amado? ¡No te apartes de mí!

13

Qué poco duró el amor

«Madrid, estamos seguros, tendrá el gesto elegante y heroico de saber perder».

Así, con este epitafio, encabezaba ABC (Diario para la Democracia) el día 27 de marzo de 1939, el que sería su último número.

Ese mismo día las tropas franquistas reanudaron las hostilidades interrumpidas durante las negociaciones y avanzaron por el frente de Levante, encontrándose un paisaje de trincheras vacías y una masa de desertores huyendo hacia los puertos, con sus últimas esperanzas depositadas en el Comité Internacional de Coordinación, Información y Ayuda a la España Republicana, la última llamada humanitaria a Franco en favor de los que pretendían exiliarse, precipitando a los que se habían desplazado al puerto de Alicante a construir las barricadas donde habían plantado un par de ametralladoras.

Aquí, el incansable Raimundo, a la cabeza de un innominado y espontáneo comité, organizaba las cuadrillas de voluntarios que, tras asaltar los almacenes, estaban entregando a los refugiados los sacos de alimentos guardados, además de vigilar estrechamente otras mercancías, como pimentón, azafrán y otros productos con alto valor de mercado que, sustituyendo a la depreciada moneda republicana, sirviesen para pagar el flete de los barcos de la France Navigation.

—Tienes una esperanza inquebrantable, Raimundo —le saludó Andrés al verle, a lo que contestó él gritando a pleno pulmón, para que le oyesen:

—Ánimo que, aunque todavía no es oficial, el Winniper y otros

barcos están esperando el resultado de las gestiones del Comité Internacional con el Gobierno de Franco para que estas aguas sean patrulladas por barcos de guerra franceses. Incluso han desplazado al cañonero Tigre frente a nuestras costas. —Y ahora a él—: Me alegro de verte. Alguien quiere hablar contigo. —Acompañándolo hasta uno de los almacenes de donde salía un fuerte olor a especias.

—¡Ramón Celada! —Exclamó al ver frente a él al hombre de la cara picada de viruelas y bigotazo a lo Stalin que conoció en Elda—. ¡No te muevas! —le advirtió, dirigiendo su mano derecha a la sobaquera donde guardaba su arma.

—¡Calma! —Le pidió Raimundo—, escúchalo. Es un hombre de confianza. Ayer vino a mi casa para pedirme que lo pusiera en contacto contigo. Él te lo explicará mejor.

—Te escucho —le dijo, confiando en Raimundo, pero sin bajar la guardia.

Celada, tras reafirmar su fe inquebrantable en el Gobierno del presidente Negrín y su compromiso de velar por la seguridad de «Socorro Extremo», le confesó que conocía los detalles de esa operación, así como las medidas que tomaron en su despacho en Elda, por haber mantenido encendido el intercomunicador. Y continuó:

—Valentín, que declinó mi colaboración en Elda, cuando se convenció de que ni los de Casado ni el SERE eran fiables, pidió nuestra ayuda para que le facilitásemos la salida a Orán y poder contactar con nuestros representantes en el exilio.

—Te creo, pero esto no cambia mi decisión de seguir custodiando mi llave hasta entregársela a Valentín, o a quien él decida.

—Entiendo tus precauciones —respondió Ramón Celada, contándole que llevaba tiempo guardando sus espaldas y que estaba intentado contactar con él desde que se enteró que Constancio, un miembro del SIM encargado por el Banco de España de vigilar a Valentín, se había pasado al enemigo.

—Te agradezco tu aviso, pero ya sabemos quién es Constancio y

que está actuando a las órdenes de Ángel Melero, el conductor de la ambulancia que nos llevó hasta Elda —contándole, a continuación, lo ocurrido con el Practicante—. Lo que no sé es hasta dónde llega su información y si ya la tenía al salir de Madrid o alguien se la ha dado después.

—¿Nunca te has preguntado qué papel juega aquí la enfermera? Ella estaba al cabo de «Socorro Extremo» y cabe la posibilidad de que cambiase su fidelidad al enterarse del exilio del Gobierno y que pactase con Melero la forma de apoderarse de unos medios que nadie está en disposición de poder reclamar.

—¿Mercedes? —le respondió desconcertado, hasta que recordó que, en Elda, una vez dispuesta la estrategia a seguir, Valentín pidió que alguien fuese a buscar al conductor, a lo que se ofreció ella, con lo que podría haber ocurrido que acordasen en ese momento una alianza y decidiesen que él se adelantase a Alicante para movilizar a su organización. Tras unos segundos de vacilación, le dijo a su interlocutor:

—Nunca me pareció demasiado creíble ese desconocimiento que tenía del conductor, un hombre que trabajaba en su mismo hospital. Pero la otra persona con una información completa eres tú, Ramón, y esas razones con las que acusas a la mujer también son válidas para ti —y ahora, con gesto decidido y amenazante—: Tengo mis dudas respecto a ella, pero también con los demás. Así que te aviso. Ni tú, ni Constancio, ni nadie, volváis a cruzaros en mi camino. Dispararé sobre cualquiera sin dudarlo.

—No importa, con tal de que no te fíes de ella —le respondió Ramón.

En qué momento había llegado a esta conclusión. Después de haber dejado su macuto y su futuro en manos de Mercedes.

—¡Traidora! Y qué buen cuidado tuviste en tenerme controlado mientras dabas aviso a tus sus cómplices. ¡Imbécil de mí!

Ya no era momento para lamentaciones. Tenía que actuar con rapidez, así que, tras repetir a Celada que no le siguiera, eligió un punto cercano a la enfermería desde donde podía vigilarla sin ser

visto. Tras ocultarse entre una geografía de fardos y cajas, se dispuso a esperar su momento.

Enfrente todo era normalidad, si como tal se entiende el goteo incesante de gentes demandando alivio para su mala alimentación, su cansancio, sus largas jornadas de intemperie o su disentería, y eso sin contar traumatismos, heridos o accidentes producidos en una población desplazada y enfrentada al reto de supervivir en la escasez de una guerra en sus momentos finales.

Afortunadamente, ni Constancio, ni Celada, aparecieron. Tampoco se produjo ningún otro movimiento alarmante. Quizás ella todavía no había tenido tiempo de avisar a sus cómplices, o esperaba atraparlo aprovechándose de su abandono durante la próxima pasión nocturna.

—Qué inocentemente caí en tus brazos, Lilith —se dijo, utilizando con desprecio el sobrenombre con el que la había bautizado su compañero.

A primera hora de la tarde empezó a llegar a la enfermería el contingente de heridos y enfermos que les habían anunciado, a los que Mercedes y un grupo de voluntarios portando el brazalete de la Cruz Roja fueron acomodando en el entorno de la enfermería, reservando el interior para los más necesitados. Aprovechando uno de esos momentos, viendo el campo despejado, salió de su refugio y, con paso tranquilo, para no llamar la atención, se dirigió hacia la parte trasera del edificio. Al llegar a la ventana de la habitación que les acogió la noche anterior, y tras comprobar que estaba vacía y que nadie lo vigilaba, rompió el cristal y se coló en el interior.

Con el corazón haciéndole saltar los tímpanos de taquicardia, abrió el armario y se encontró con su macuto tal y como lo había dejado, nadie lo había abierto. Gracias a Dios. Se lo colgó a su espalda y, de paso, se apoderó de un brazalete de la cruz roja que había sobre una mesita. Antes de salir no pudo evitar echar una última mirada a esa estrecha cama en la que ayer les sobraba sitio.

14

El Stanbrook

Al amanecer del día 28 de marzo, emergiendo por el paisaje de alambradas y trincheras que un día fue el campus de la universidad, apareció un grupo de soldados nacionales, manta terciada y fusil en bandolera, encabezados por un capitán falangista que, en silencio y a paso de maniobra, siguiendo la vía del tranvía, Moncloa abajo, se adentraron en Madrid. Contrariamente a lo que rezaba en ese cartelón que desde hacía tres años cruzaba la calle de Toledo, Franco sí había pasado.

Para María Luz Sanz, una joven vallisoletana que entraba en la capital con el primer convoy de Auxilio Social, la organización franquista responsable de la ayuda humanitaria, los recuerdos de ese día no tenían nada de épicos. Desde que coronaron el Pico de los Leones, que defendieron en julio del 36 sus tres hermanos junto a la Falange de Valladolid, su sensibilidad se quedó atrapada por la visión de los vencidos que, desarmados, despojados de sus cartucheras y mostrando en sus solapas el vacío de las insignias recién arrancadas, aislados o en masa, eran conducidos por unos pocos soldados hacia los campos de prisioneros.

Sentado a su lado viajaba uno de esos para los que las guerras jamás terminan.

—¡Asesinos!—, gritaba señalando aleatoriamente al hipotético autor de la muerte alevosa de su padre y hermanos, dispuesta a formar parte de los voluntarios que iban a apalear en las cárceles a los prisioneros buscando información, en su caso a los culpables.

En ese día, Orihuela fue la primera localidad alicantina en adherirse a Franco y Leopoldo Menéndez López, el único militar que el Gobierno de la República ascendió a general durante la contienda, ordenaba la rendición del Ejército de Levante. Más de sesenta aviones de guerra cargados de militares y políticos abandonaron

España. Más al sur, en el puerto de Alicante, a las 7 de la tarde, la sirena del Stanbrook anunciaba el embarque, comenzando por los ancianos, las mujeres y los niños.

Andrés, que desde su refugio dominaba el muelle y la enfermería, apenas podía dar crédito a la masa de gente que aspiraba a ocupar una de esas doscientas plazas oficiales del barco, si tan solo el recuento de los más débiles superaba las cuatrocientas personas, y eso sin tener en cuenta a los que aguardaban en la enfermería.

—Imposible. La caridad o la solidaridad, como quiera que la llamemos, tiene límites, en este caso las leyes de la flotabilidad. —Lamentando egoístamente la decisión de facilitar visados a todo aquel que lo hubiese solicitado, ante el temor de que los que no lograsen embarcar pudiesen generar disturbios que lo dificultasen e incluso obligar a suspenderlo.

Esas mismas cábalas debía hacerse el capitán Andrew Dickinson que, dispuesto a agotar todas las posibilidades, acababa de ordenar que se dejasen en el muelle maletas y bultos con el fin de aligerar el lastre y permitir un mayor aforo, lo que estaba produciendo una baraúnda de maletas abiertas, bultos reventados e inútiles objetos de valor abandonados por el malecón, sobre los que empezó a caer una lluvia de dinero republicano lanzado despectivamente al aire, sin que nadie mostrase el menor interés por recogerlo.

La actitud positiva de la gente le ayudaba a controlarse y a seguir esperando su momento mientras revisaba los puntos donde los cómplices de Mercedes pudiesen estar acechándolo: los edificios colindantes, incluyendo los tejados, desde donde un hipotético tirador pudiese abatirlo. Afortunadamente ya estaba cayendo la noche y el temor a los ataques aéreos obligaba a tener las luces del puerto apagadas, facilitándole la posibilidad de burlar a quien lo estuviese acechando.

Al otro lado, en la carretera, podía ver una larga serpentina de luces acercándose a la ciudad, la mayoría vehículos militares cargados de soldados desmovilizados y abandonados de sus mandos, muchos de ellos dispuestos a encontrar, a cualquier precio, una plaza en un barco con el que escapar.

—Paciencia, paciencia —se volvió a decir mordisqueándose los pulgares—, es ya cuestión de pocos minutos.

De… uno… dos… tres minutos.

Y por fin se dio la orden de proceder al embarque de la gente que esperaba en la enfermería y los voluntarios de la Cruz Roja, con Mercedes a la cabeza, tomando en andas las camillas, de forma ordenada y en fila de a uno, empezaron a trasladarse a la zona vallada, a través de un pasillo que espontáneamente les abrieron las gentes solidarias con el dolor y, una vez pasada la aduana, la marinería se aprestó a ayudarles a embarcar.

Este fue su momento, se colocó el manguito de la Cruz Roja que había sustraído y cuando la última camilla iba a iniciar su recorrido, aprovechándose de que la atención general estaba centrada en la tarea que estaban realizando, actuando en lo imprevisible, cruzó a la carrera el espacio que le separaba del último porteador.

—Permíteme llevar a mi amigo —le dijo, tomando las andas.

Pasó el vallado de seguridad, la aduana y, al llegar a pie de rampa, sin confiar su carga a nadie, ascendió a la cubierta, donde pudo ver a Mercedes ocupada en ubicar a los heridos, que al verlo se quedó desconcertada y sin saber qué decir. Pasando de ella, colocó su camilla junto a la precedente y, a renglón seguido, sin mediar palabra, se acercó a ella y le cerró la boca con un beso, tras lo cual, displicente y señalando con los pulgares su espalda, donde llevaba colgando su mochila, descendió la rampa silbando:

Si me quieres escribir/ya sabes mi paradero

Una vez en el muelle se dirigió a la aduana con la intención de mostrar su billete y esperar al embarque general sin salir del vallado, pero cuando se acercó a los aduaneros estos le ordenaron retirarse a un lado para dejar el paso expedito a un grupo de

soldados heridos que acababan de bajar de un camión militar, que incomprensiblemente, a estas alturas de los acontecimientos y para la admiración de los presentes, marchaban marcialmente, marcando el paso mostrando sus brazos en cabestrillo y sus cabezas vendadas. Al llegar a la aduana, su jefe, un militar de alta graduación que llevaba colgado al cuello el convincente argumento de una ametralladora, ordenó seguir adelante sin detenerse, tras advertir a los guardianes que nadie puede interrumpir la marcha de una columna militar en formación. Una vez a pie de rampa, se dirigió al capitán Dickinson para explicarle que sus soldados eran heridos y, por tanto, tenían prioridad.

—Nadie me ha advertido acerca de su presencia en mi barco.

El comandante se ladeó su gorra y sin enfadarse ni levantar la voz, contestó:

—Somos supervivientes de la 49 Brigada Mixta, prácticamente desecha en la defensa de Levante. Han sido heridos durante el reciente bombardeo de la estación de Játiva, donde hemos sufrido 170 bajas.

No sé lo que le convenció al capitán, si la visión de sus vendas, su historial militar, la ametralladora colgando del cuello del comandante o el temor de que pudiese provocarse altercado, pero el caso es que Dickinson dio su visto bueno y el comandante Amado Granell Mesado, tal era su nombre, tras comprobar la subida a bordo del último de sus hombres, se dirigió a la aduana y ahí presentó su billete de embarque y, tal como pretendía haber hecho Andrés, sin salir de este espacio se retiró a un lado para no estorbar las operaciones, sorprendiendo de nuevo a los aduaneros, que no se atrevieron a contradecirle, aunque en cuanto repararon en Andrés, el funcionario de emigración, mosqueado, le echó el alto:

—Ah, no, a ti no te han destrozado en el frente de Levante —dijo intentando recomponer su deteriorada autoridad.

—Solo pretendo, como el comandante, quedarme a este lado de la aduana hasta que se autorice el embarque general —insistió—. Mire, que lo que le estoy pidiendo es por causa mayor. No intento aprovecharme. Solo proteger mi vida, que peligraría si volviese ahí

afuera.

—Como la de todos —insistió el otro, manteniéndose en sus trece.

Buscando apoyo se dirigió al oficial:

—Mi comandante, yo podría explicarle, en privado, que estoy cumpliendo una misión que alguien, ahí afuera, intenta impedir.

—No hace falta, muchacho —le contestó Amado Granell—, yo tampoco me he aprovechado y podría haberme quedado en el barco junto a mis soldados. —Y ahora, al de la aduana—: ¿No ha advertido por su acento que se trata de un voluntario internacional que ha peleado por la República?

—Es cierto —corroboró él—. Primero en las Brigadas Internacionales y, cuando se disolvieron, en el XIV Cuerpo Guerrillero.

—Pues no se hable más —dijo dirigiéndose al aduanero—: el guerrillero y yo seremos los últimos en subir.

Sin más discusión, esperaron a que terminase el embarque. Todavía tuvo la oportunidad de ver pasar a Mercedes con gesto de no entender lo que estaba ocurriendo y tentada de detenerse a preguntarle, desistiendo de ello ante su actitud displicente.

Sobre las nueve de la noche se autorizó el embarque a la gran masa de viajeros, que en pocos minutos abarrotaron la cubierta. Afortunadamente, el capitán Dickinson, viendo la cantidad de gente que todavía esperaba subir a bordo ordenadamente, anteponiéndose a los intereses de la naviera, mandó dejar en el muelle las mercancías que debían cargar y dejar expeditas las bodegas para poder ubicar a más gente. Pero una hora más tarde ni con esta medida era suficiente, lo que debieron advertir los que estaban esperando subir a bordo, porque súbitamente se produjo una avalancha y una masa de gente, tras superar la valla de seguridad y la barrera aduanera, invadió el muelle, precipitándose sobre la pasarela, donde se formó una masa forcejeante, a la que pronto se sumaron algunos guardias y funcionarios que, tras abandonar sus puestos y arrojando sus armas, se precipitaron a subir a bordo.

Afortunadamente, el capitán logró controlar la situación sin tener que recurrir a medidas drásticas, como la de retirar la pasarela, evitando así que la gente se precipitase al agua.

En este resultado colaboró el comandante Amado Granel que, haciendo sentir su autoridad sobre los guardias que todavía se mantenían en su puesto, logró formar una barrera humana, evitando que una nueva oleada de gente se uniese a la que ahora, poco a poco, estaba volviendo a subir ordenadamente al barco.

Una media hora después, el Stanbrook, con 2.638 pasajeros y su línea de flotación sumergida, convertido en la primera «patera» de la historia y, como en todas ellas, temiendo más a lo que se dejaba atrás que al peligro que se adivina delante, se dispuso a cruzar el Mediterráneo, en esta ocasión en un viaje inverso. Y tal y como habían prometido Amado Granell y Andrés, instantes antes de que fuese retirada la pasarela, subieron a bordo.

Apenas largadas amarras, cuando enfilaban hacia la bocana del puerto y las gentes empezaban a desprenderse del lastre de angustia pasado en los muelles, el rugido del motor de un avión rompió por levante y descendió, enfilándoles por la rasante del mar.

Nadie se atrevió a imaginar qué hubiese sucedido si, en lugar de caer al mar, hubiese escupido su carga de muerte en mitad de la borda.

Un poco después, en esa misma noche, el capitán del Marítime, el buque que llevaba tantos días atracado en el puerto deshojando la margarita de la indecisión, tras confesar sin ambages su repulsión a embarcar a tanto «rojo peligroso», partió hacia el Oranesado con un selecto grupo de treinta y cinco personas, entre ellas el gobernador de Alicante.

Para lo que resta de historia de la agonía de la República, ese día, 29 de marzo, los franquistas terminaban de ocupar las provincias de Guadalajara, Cuidad Real, Jaén, Cuenca y Albacete, y el general Miaja, héroe de la defensa de Madrid en el 36, y hasta ese día y presidente del Consejo Nacional de Defensa, embarcó en Gandía en el barco británico HMS Galatea y abandonó España. Nadie se quedó en la capital para hacer su entrega a Franco, salvo el viejo profesor

Julián Besteiro, que desde su alocución en Radio Unión del 5 de marzo, permanecía enfermo y encamado en la sede del Consejo, instalada en el Ministerio de Hacienda, desde donde fue conducido a la cárcel para ser sometido a un consejo de guerra, acusado de «adhesión a la rebelión» y condenado a treinta años de reclusión mayor, tras conmutarle la pena de muerte. Hoy su busto preside un lugar de honor en las Cortes Españolas.

15

¡Por fin, Orán!

La singladura del Stanbrook duró veintidós interminables horas de tensión, con el temor continuo de que la sobrecarga les hiciese zozobrar, sintiendo el aliento de la aviación, dispuesta a corregir su acción fallida cuando salían de Alicante y adivinando en cada luz del horizonte a la flota franquista dispuesta a detenerles, provocando con ello el desplazamiento a una u otra banda de la gente, lo que desequilibraba gravemente la quilla. Y a todo ello había que añadir el frío, el mareo, el sufrimiento de los niños y de los más débiles, y el hacinamiento sobre una cubierta sobresaturada, a donde habían subido los que viajaban inicialmente en las bodegas, ante el temor de que, en caso de zozobrar, tuviesen más dificultades para saltar al mar. Rayando la media noche llegaron a puerto, y cuando ya lo daban todo por bien empleado y se relamían con la idea de un buen desayuno, ¡café-café! y un crujiente croissant en un acogedor local moruno, las autoridades francesas, alegando que el barco carecía de permiso de acceso al puerto, obligaron al Stanbrook a anclar en una bahía anexa, donde el amanecer les permitió descubrir atracados junto a ellos al Rowyn y al African Trader, los otros dos barcos fletados por la Federación Socialista de Alicante, con su pasaje confinado en cubierta, algunos desde hacía quince días, salvo los que hubiesen decidido repatriarse o demostrasen que Orán solo era una escala intermedia.

Pocas veces volvería a oír Andrés un silencio tan estremecedor.

Pasaron el día en cubierta, cansados, desalentados e ignorados por las autoridades francesas, sin apenas agua potable o algo que comer, y las horas siguientes no fueron mejores. Sucios, malolientes, sin modo de lavarse y teniendo que formar largas colas para acceder a uno de los dos retretes que contaba el barco, que al poco, colmados de suciedad y de olor nauseabundo, obligó a buscar soluciones más drásticas, como la de aliviarse directamente en el

mar colgados de la barandilla y, en el caso de las mujeres, a elegir un rincón y protegerse tras un improvisado telón de mantas. Y como todo es susceptible de empeorar, al día siguiente, 30 de marzo, el capitán Dickinson les comunicó que, aunque todavía no se había conseguido el ansiado permiso, las autoridades, condescendientes con las necesidades de las mujeres, los niños, los enfermos y los ancianos, habían decidido acogerles en el que denominaban eufemísticamente Centro nº 1, en realidad la antigua cárcel de la ciudad. En cuanto a los varones mayores, entre los dieciocho y los sesenta años, deberían permanecer en el barco hasta aclarar su condición de refugiados, cumplimentando un impreso con su filiación y las causas de su salida de España.

—¿Quién nos asegura que estos datos no van a caer en manos de Franco para ser utilizados en contra de la persona a la que se le haya denegado el asilo?

—Es un trámite obligatorio para que, en el marco de la Sociedad de Naciones, un país de acogida pueda reconocer la condición de refugiado a una población desplazada por falta de protección de jure en su estado de origen —razonó el capitán.

Para agilizar los trámites, las autoridades les concedieron un plazo de veinticuatro horas para decidirse, aunque, como muestra de buena voluntad, procedieron al reparto de alimentos y bebidas: una rebanada de pan por persona y una lata de arenques, sardinas o paté para cada cuatro.

—Y a los que se nieguen, ¿qué?

—La respuesta la puede buscar al otro lado del Mediterráneo.

Aprovechando la oscuridad de la noche, la colonia española local, burlando el fuerte cordón de vigilancia formado por tropas coloniales, se acercaron en barcas de remo, llevándoles provisiones y sobre todo información.

—Los expatriados que os han precedido han sobresaturado la capacidad de acogida de la ciudad y la llegada de los 2.638 exilados del Stanbrook ha colmado la situación, por lo que las autoridades intentan dilatar cualquier solución.

Lamentablemente, tal cuestión no reflejaba exactamente la realidad. En la Francia de 1936, tras ganar las elecciones el Frente Popular, se rompió la alianza, quedando excluidos los socialistas del Gobierno Deladier, el cual contemplaba la situación española como el ejemplo de los errores que debían ser evitados, la amenaza de un proletariado levantisco, la ausencia de autoridad estatal y la hegemonía creciente del partido comunista en la Administración y en el Ejército, y este era ahora su miedo, la llegada a su territorio de una oleada de soldados y políticos, muchos de ellos radicales de izquierdas, que podían llevar a Francia a esa misma situación, por lo que no encontraba más solución al problema que la de trasladar en masa a los refugiados a campos de concentración. Por extensión, Orán, con un Gobierno local presidido por un conocido hombre de derechas, no ocultaba sus temores de que un pasaje supuestamente tan radical pudiese contaminar al vecindario europeo o judío, o lo que era peor, reavivar los sentimientos nacionalistas de la población musulmana.

Con tales pronósticos se dispusieron a pasar su segunda noche en Orán, la del 31 de marzo, aunque ahora sus ilusiones daban paso a planteamientos más realistas y «¿qué vamos a hacer?» era la cuestión que todo el mundo se planteaba.

—Este problema a ti no te atañe, Andrés, tú eres ciudadano francés —le decía Amado Granell.

—Declarar mi nacionalidad implica exponerme a que las autoridades descubran que crucé clandestinamente la frontera para unirme a las Brigadas Internaciones y que después me quedé en España para pelear en el XIV Cuerpo Guerrillero, apoyando a un Gobierno al que ya no reconoce Francia. No es la mejor tarjeta de presentación para las autoridades de Orán, por eso estoy estudiando la posibilidad de hacerme pasar por un español indocumentado.

—Es cierto que muchos brigadistas están teniendo problemas en sus países de origen, ¿pero suplantar tu nacionalidad y declararte español no supondría añadir un nuevo delito a tu larga lista?

—Cualquier elección tiene sus riesgos. —Y ahora a su compañero—: ¿Y tú qué decisión has tomado?

—El Gobierno francés ofrece pocas alternativas, repatriarse confiando en que nada les va a pasar a los que no tengan delitos de sangre o quedarte aquí y sentar plaza por cinco años en el ejército colonial. Aún se está hablando de una tercera: el Gobierno está estudiando la posibilidad de crear Compañías de Trabajadores Extranjeros, CTE, formadas por unidades de 250 hombres, entre los dieciocho y los cuarenta años, dirigidas por militares franceses, para que realicen labores de construcción en defensas, fortificaciones y fábricas de armas. Pero yo ya he elegido, antes de la guerra serví en el Tercio, donde alcancé el grado de sargento.

—¡La legión francesa! —exclamó Andrés—. No sería lo que yo elegiría para mí.

Finalmente, Andrés decidió falsificar el impreso de entrada y se declaró español. Tendría muchos años por delante para lamentarlo. Junto a las autoridades francesas había gente de Franco, capaces de distinguir el ligerísimo acento francés que conservaba. Cuando entregó su impreso, allí acabó su aventura española. Dos guardias armados le trasladaron desde el barco hacia las oficinas de la Seguridad.

Dos semanas después se inició el desembarco del Stambrook y se hizo de forma tan gradual que, el 27 de abril, todavía permanecían en sus cubiertas unas 1500 personas, que ocuparon un campamento improvisado con tiendas de campaña en el propio puerto, donde la desnutrición, la falta de higiene y el hacinamiento provocó los primeros casos de tifus. Ante el temor de que se contagiase la ciudad, los desplazaron a los campos de concentración de Morand, Suzzoni y otros lugares de tan triste recuerdo, cuyos responsables al final de la guerra tuvieron que rendir cuentas por su comportamiento inhumano.

16

«Cautivo y desarmado el ejército rojo»…

Todavía faltaba darle una vuelta de rosca más al tema Alicante y, al atardecer del día 30 de marzo, la radio dio la noticia de que la ciudad estaba con:

«¡Franco, Franco, Franco, arriba España!»

El tres veces Franco no iba a ahorrar a los vencidos ni una sola humillación y. despreciando las peticiones que hizo la Junta Nacional de Defensa durante las negociaciones de paz, de que las ciudades no fuesen ocupadas por tropas extranjeras, al atardecer, los italianos de la División Littorio, bajo el mando del general Gastón Gambara, entraron en Alicante cantando la Giovinezza y, tras colocar dos cañones en posición frente al puerto, se instalaron en la plaza de los Mártires, dispuestos a esperar.

—¿Esperar a qué? —preguntaba la gente a un incansable Raimundo, que seguía alentando los corrillos que se formaban ante la Comandancia de Marina.

—El «Comité» se ha puesto al habla con Gambara para pedirle que permita la llegada de los barcos al puerto.

—¿No te cansas de extender falsas noticias? —le recriminó Ramón Celada, con el que ahora parecía hacer buenas migas—. Sabes que Franco mantiene el bloqueo y que va a impedir la entrada de cualquier barco en nuestros puertos.

—Espero que las flotas francesas e inglesas sigan protegiendo a sus barcos, aunque dudo que tal medida vaya a ser eficaz, pero si

contribuye a mantener las esperanzas, tendremos que decirlo.

—Después llegará la frustración.

—Es cierto, pero la frustración generará violencia contra sí mismo, mientras que la desesperación se dirige contra los demás.

Sería porque seguía teniendo carácter de monje predicador o porque era necesario mantener la moral de tanta gente armada, hecha a la dureza de la guerra, lo cierto es que al poco ya circulaba la noticia de que había tres barcos franceses esperando permiso para entrar en el puerto.

—Entre ellos el Ploubazlanec —apostó Raimundo—. Ayer, el crucero auxiliar Mar Negro, de la flota nacional, le obligó a alejarse de la costa de Valencia, pero hoy podría intentarlo por Alicante, cuyas aguas las patrulla el cañonero francés Tigre, según dicen.

Suficiente para que al poco circulara un: «Oye, que sé de buena tinta que a eso de las once de la noche se espera que llegue el primer barco y, para nuestra tranquilidad, lo hará escoltado por unidades de las marinas de guerra inglesa y francesa». Tras aconsejar paciencia, se insistía en que otros van a seguir su ejemplo, ¿cuántos más?, «los suficientes para evacuarnos a todos».

Y a continuación la más importante:

—Se dice que el general italiano es proclive a pactar con el «Comité».

Hasta es posible que el general italiano estuviese empleando maniobras disuasorias con el fin de pacificar a la gente y no tener que utilizar los cañones que tenía apuntando al puerto, lo cierto es que empezaron a confeccionarse listas de embarque, formando grupos de unas ciento cincuenta personas entre los que formaban la cola delante de la Comandancia. El resto, los que habían decidido quedarse en tierra y después Dios dirá, los que ya llevaban demasiados días aquí y ya pasaban de todo, y hasta los desconfiados, empezaron a formar grupos de curiosos en la zona donde se preveía el atraque, en el muelle de poniente, junto a la bocana del puerto, a pie del faro, donde un grupo de voluntarios

estaba construyendo con sacos terreros una trinchera, limitando un espacio con capacidad como para contener a esos grupos que seguían apostando por el exilio, protegiéndolos de las avalanchas de última hora.

Ramón Celada, harto de sembrar con Raimundo unas esperanzas que ni él mismo tenía, se desentendió de él para ir a buscar por los muelles una forma para escapar de esta ratonera. Dando vueltas por ellos llegó al edificio de la enfermería. Y ahí la vio.

Sentada en las escaleras de entrada, respirando el cansancio de una jornada interminable, con gesto preocupado y mirada fija en la mar.

Mercedes pasaba de una guerra en la que nunca había creído, quizás porque había pasado de la niñez inconsciente a la adultez en muy poco tiempo, el trascurrido desde que salió de ese lugar perdido en la carretera de Valencia para entrar interna en la Cruz Roja y obtener seis meses después el título de enfermera de sangre y comenzar a continuación a trabajar en la plantilla de cirugía del Hospital General y desde entonces, mañanas de enfermería y noches en esa pensión de la calle de Antón Martín.

Ni siquiera eso, su adultez llegó cuando advirtió que su padre la había abandonado, su jefe vendido y Valentín utilizado, empujándola entre todos a este precipicio por donde se estaba despeñando el mundo, cuya única esperanza de sobrevivir estaba en ese dinero que ahora guardaba en el colchón de su cama.

¿El salario de una puta?

Si no se consideró así cuando decidió plegarse a las demandas de Ángel para intentar conseguir ese carné que le daba la vida a su padre, tampoco ahora, que para poder subsistir había tenido que abandonarse a un hombre que al final la había dejado tirada.

Respecto al dinero, era su forma de devolverles daño por daño a los dos, a Ángel y a Valentín. Ambos habían intentado apoderarse de él y ambos la habían llevado a esta situación, y dado que su vida habría sido diferente si no se hubiese cruzado con ellos, y que era imposible restituirlo a su legítimo dueño, había decidido quedárselo. Y en eso estaba, buscando la forma de ponerlo a buen

recaudo.

Hacía pocos días, en la idea de que los bancos no hacen la guerra contra sus clientes, exploró la posibilidad de abrir una cuenta corriente. Afortunadamente tuvo la precaución de tantearlo con solo dos billetes rojos de 100 pesetas, emitidos por el Gobierno de Franco. La miraron con cierto asombro y después, con un amplio gesto de incredulidad, le respondieron que si no sabía que una mujer necesita del aval de su marido, padre o hermanos, en definitiva, de un hombre, para poder hacerlo. Y eso sin entrar a valorar que además tenía que acreditar una residencia y un mar de papeleo. Y ya no digo preguntarse con ironía de dónde habría sacado tal dinero una mujer tan guapa.

Afortunadamente, ahí se quedó todo, aunque le sirvió para constatar, de nuevo, que el mundo está hecho por y para los hombres, y una mujer es siempre una menor de edad, ya sea con el Gobierno de Casado, con el depuesto o con el venidero, y que en este mundo el principal valor de una mujer es su juventud y su belleza, lo que todos vienen demandando de ella. Así que era justo que quien había sentado las reglas del juego, ahora se sometiera a ellas, concluyó. Y al decir esto recordaba al que consideraba el responsable de todo lo que le estaba ocurriendo, Ángel Melero, que ya había declarado sus intenciones diciéndole «tú nunca vas a estar sola».

—Justo es que ahora te utilice.

Solo había una excepción, Andrés, y aunque al final solo fuese eso, un paréntesis con un epílogo poco explicable en la cubierta del Stanbrook, aunque solo fuese por autoestima, prefería creer que, como a la Cenicienta, un día vendría a despertarla de este mal sueño y, depositando sus labios en los de ella, la haría expulsar ese trozo de manzana que la envenenaba.

—La respuesta está en las estrellas —le dijo un paseante, interrumpiendo sus pensamientos y llamando su atención.

—Quiero decir que es ahí donde residen nuestros sueños cuando la realidad los frustra —le aclaró Ramón Celada, parado frente a ella.

—Yo te conozco —dijo recordando esa cara picada de viruelas y ese bigotazo a lo Stalin.

—Mejor, así no tengo que esforzarme en darte antes explicaciones y ya puedo decirte que el Stanbrook llegó felizmente a Orán y que sus pasajeros están contemplando este mismo cielo que nos acoge a todos.

—Un romántico —respondió escamada.

No, ya no me lo permito. Simplemente que ya se acabó todo, que Valentín y el Francés están a salvo en Orán, y que el Practicante, bueno, ese quién sabe por qué rincón de España andará. Solo nosotros dos seguimos aquí, esperando nuestro destino.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es?

—El mío me llevó a vosotros, a proteger «Socorro Extremo». El tuyo, tú dirás.

—El mío está en dejar de ser la víctima inocente de todo esto.

Ramón se sentó a su lado y ambos se aceptaron en silencio. Pasado un rato, sacó de su bolsillo un pan amarillento, hecho de harina de garbanzos, y un pedazo de salchichón —mejor no preguntarse de qué animal— y le ofreció un trozo.

—¿Has comido algo?

Ella puso hambre y un vasito de agua clara y ambos conversaron a corazón abierto. Después de un largo después:

—Me dirás que no tenía derecho a hacerlo, pero esto entraba en mi cometido — dijo entregándole varias fotografías donde aparecían ella y Andrés sentados en esas mismas escaleras y subiéndolas abrazados para desaparecer después por la puerta—. Si quieres puedes romperlas.

La vida ya no le daba ni para el sonrojo, tan solo para quitárselas de un tirón y guardárselas en un bolsillo, sin hacer más comentarios.

Ramón, que ya podía sincerarse, le contó la misión que le había

confiado Negrín, a la vez que le entregaba una nueva tanda de fotos, esta vez junto a Valentín, que ella rompió (no importa, yo tengo el carrete), y cómo le había ayudado a encontrar un medio para que pudiese huir a Orán.

(Ni me interesan tus explicaciones, ni cambian lo pasado).

—Ahora ya solo me queda hablar contigo.

—¿Y por qué? Si toda mi participación en esa historia se muestra en las fotografías que me has tomado.

—Porque al final es cierto que te has quedado sola.

—Así es la vida —sonrió con tristeza.

—Ahora que conozco el papel que has desempeñado en «Socorro Extremo», te confieso que desconfié de ti y que advertí en tu contra a Andrés. Aunque ya sea tarde, necesito decirte que lo siento y que siempre he actuado guiado por el buen logro de esta misión.

—Al menos tu sinceridad me permitirá un mejor recuerdo de él —dijo agitando ante sus ojos las fotografías que les había tomado juntos.

¡Qué extraños amigos hace la guerra!

Ya había anochecido cuando vieron a lontananza las luces de un barco acercándose al puerto.

Deben ser el Winniper o el Ploubazlanec, decían algunos, aunque los más enterados apostaban por el Melilla que, según decía la radio, acababa de confirmar que acaba de salir del puerto de Gandía con el coronel Casado a bordo, protegido por los ingleses.

La noticia provocó que la gente se dirigiese hacia el blocado que se acababa de levantar para proteger del gentío a los viajeros, aunque para ello tuvieron que hacerlo desarmados, según acuerdo al que habían llegado el «Comité» y el general italiano, lo que había provocado no pocas quejas, comentarios y hasta dudas, pero esta era la condición y nadie estaba por ponerle trabas.

—¿Tú qué crees? —le pregunto Mercedes a Ramón.

—Tiene su lógica, evitar convertir un barco pacífico en un filibustero, pero mucho me temo que obedezca a un ardid de los italianos para dejarnos indefensos.

Hasta en tres ocasiones pareció que las luces que se veían en el mar intentaban acercarse a puerto y otras tantas algo les hizo desistir, hasta que, por fin, al amanecer, apareció por la raya del horizonte una columna de humo acercándose a gran velocidad

—Que no es una, que son dos —comentaba la gente excitada.

—Yo creo que son dos, y una, al menos, es la de un barco de guerra.

Y no sé por qué todos aceptaron que debía ser el Tiger, el cañonero francés que rondaba las aguas internacionales para evitar que los nacionales hicieran de las suyas.

La otra columna, evidentemente, era más pequeña, o menos negra, o como se diga en términos más correctos, aunque, lamentablemente, aceptando que tal tamaño no podía corresponder al Winnipeg, un barco de mayor tonelaje.

—Pues el otro debe ser el…

Cuando ya se estaban felicitando por haber sabido conservar su fe, alguien desde lo alto del faro, señalando el horizonte, anunció desolado:

—¡Son barcos nacionales!

Todos los presentes, incluyendo ellos, con emoción contenida, se precipitaron al parapeto del muelle, tratando de dilucidar la verdad en esa amanecida, velada por los primeros rayos del sol reverberando sobre las olas, rogando al cielo que fuera un engaño de sus sentidos. Pero la realidad se impuso de forma inexorable y finalmente pudieron distinguir claramente los colores rojo y gualda de su bandera.

—Todo se ha acabado, Mercedes. —Comentó Ramón, abrazándose a ella lleno de emoción.

En medio de un pesado silencio que apenas se atrevían a violentar las gaviotas, oyeron un grito desolador:

—¡Viva la República!

No lo causaba la frustración del momento, era la forma desgarradora y reivindicativa de expresar el rechazo de alguien por el final de esta historia, que a continuación se precipitó desde lo alto del faro para ir a caer sobre las rocas del rompeolas.

Su ejemplo lo siguieron hasta una treintena de desesperados, pero el que rubricó el momento en que la República hizo asistolia corrió a cargo del comandante de la 127ª Brigada y del comisario político de la 28ª División, que al unísono y uno frente al otro, se volaron la cabeza tras gritar a pleno pulmón que este era su último acto de protesta contra el fascismo.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó angustiada, temiéndose que la emoción de la situación hubiese terminado por contagiarlo.

—Ir en busca de mi destino.

—¡Espera! No te precipites. Nadie se ha quedado en la enfermería y creo que no sería difícil hacerte pasar por personal sanitario.

—¿Estás segura de que no te compromete?

—Hoy nadie está seguro de nada, pero no creo que nadie venga a pasarnos lista.

—Gracias Mercedes. Te lo agradeceré siempre.

En el puerto, los del «Comité» seguían insistiendo al general Gambara que cumpliese con el acuerdo, pero ahora este se mostró implacable.

—Abandonen las armas. Elijan, o me las entregan a mí, o a los que están entrando en el puerto.

Al mediodía atracaron en el muelle de levante el crucero Canarias y el transporte Vulcano, de los que desembarcaron los batallones 121 y 122 del Cuerpo Expedicionario de Galicia, con lo que Franco

ponía la rúbrica a la segunda condición que quiso pactar el Consejo Nacional de Defensa de Casado, permitir la salida de todo aquel que quisiera exilarse. Todavía le quedaba al mundo ver cómo quedaba la tercera, la ausencia de represión para todo aquél que no tuviese delitos de sangre.

Cautivo y desarmado el ejército rojo […] la guerra ha terminado.

Era el 1 de abril de 1939.

17

Ahí la tienes, camarada

Las tropas nacionales se apresuraron a retirar las barricadas del puerto, a reorganizar la vida en los muelles y en una ciudad que estaba deseando recuperar el ritmo tranquilo y provinciano en sus comercios, en ese paseo de palmeras de troncos carbonizados donde ya reverdecía su dosel, en los cafés, incluso en las carteleras de los cines, en cualquier lugar, menos en esa enfermería, ahora ocupada únicamente por ellos dos, aunque Ramón, por no comprometerla, procuraba pasar el mayor tiempo posible escondido por el puerto.

Para ella el secreto estaba en aguantar, confiando en que seguía viva en el recuerdo de Ángel Melero.

Y asumir, asumir.

¡Qué otra cosa le quedaba!

Una noche, un nuevo amanecer y otra noche.

Dos amaneceres después llegó a la puerta de la enfermería el nuevo equipo sanitario, un médico y una joven enfermera, seguidos, a distancia, por un mozo o sanitario, dispuestos a escandalizarse con el que suponían descuido culposo de la otra España y con el previsible saqueo del material y de las instalaciones.

Al verlos llegar, tras avisar a Ramón para que saltase por la ventana de atrás, les abrió la puerta de par en par para que el olor a desinfectante les inundase las narices y sus prejuicios, y pasaron al interior sin dejar claro a Mercedes si existía, aunque ella, carpeta en mano y silencio en boca, se colocó detrás del que suponía que debía

ser el médico, un joven de bata nívea y camisa azul mahón con el yugo y las flechas en rojo púrpura incrustado en el pecho, que se fue enseñoreando del lugar, revisando alacenas y vitrinas, sin dejar de hacer preguntas a una bisoña enfermera incapaz de dar respuestas a ese joven alférez provisional, en el que se adivinaba que había dejado los libros al comenzar la guerra.

—¿Necesitas ayuda? —Se ofreció ella, generosa.

La otra la miró como si acabase de descubrirla en ese instante y abrió sus brazos en actitud de decir: ¿pero tú de que vas?, aunque el sanitario o mozo, más veterano, recelando de que nadie pudiese seguir en ese puesto sin que alguien lo hubiese consentido, le dijo al joven de la camisa azul:

—Mejor esperamos a que nos den instrucciones.

Y ahí sí supo estar listo el alférez que, sin aceptarla como parte del equipo, sí permitió que siguiese ocupando su habitación, con la condición de que se hiciera responsable de las urgencias nocturnas.

Esa noche fue la primera en la que Ramón y ella se atrevieron a salir juntos de la enfermería, sin perder de vista la puerta, y pasear por el muelle del Postiguet.

—¿Qué es esa luz? —le preguntaron a un soldado por una aureola roja que se veía por el lado del Castillo.

—Son las hogueras del Campo de los Almendros, a donde han trasladado a los que estaban en el puerto —y bajando la voz para asegurarse de que nadie podía oírlos, continuó—. No lo están pasando muy bien. Tienen tanta hambre que hasta se han comido las hojas de los árboles, convirtiendo un paisaje primaveral en la estampa desolada del invierno.

En realidad, el campo era un improvisado centro de clasificación de reclusos, a la espera de aclarar sus antecedentes antes de proceder a un destino posterior, una especie de aparcamiento en un campo de almendros en flor (de ahí el nombre con el que se le conocía), al pie del castillo de Santa Bárbara, cercado por una alambrada, donde se acogían unas ocho mil personas procedentes del puerto de Alicante

y, al no estar previsto para este uso, faltaban todo tipo de instalaciones, y no digamos edificaciones. Ni siquiera habían excavado una trinchera de letrinas, por lo que los acogidos tenían que soportar a cuerpo serrano los vientos de marzo y el relente de la madrugada. El resto lo ponían los otros, los guardianes, su maltrato y las interminables horas de formación soportando el paso de listas una y otra vez, mientras buscaban caras conocidas o alguien que, a su criterio, pudiese darles información sobre otro alguien al que después nadie volvía a ver. Y esto sin contar con los voluntarios que, estaca en mano, venían a saldar viejas rencillas o satisfacer venganzas.

—Pero esto es lo que hay. Ellos han ganado y ahora les toca decidir la música con la que los demás debemos bailar—. Terminó su informante.

Al volver a la enfermería, Ramón le comunicó que había decidido marcharse.

—Esto ya empieza a ser peligroso para los dos.

Antes de decirse adiós, ella rebuscó en el cajón de su mesilla, donde guardaba ese famoso carné de Falange.

—Toma. Todavía no se ha rellenado con los datos del poseedor.

—¿Mercedes, pero tú…?

—Yo no lo voy a necesitar.

Después le entregó una cantidad de dinero del que tenía escondido bajo su colchón.

—Vete, no te entretengas.

El hombre de la cara picada y el bigote a lo Stalin desapareció de la enfermería sin querer saber de dónde venían esos billetes, aunque habían convivido muchas horas de angustia y soledades como para ignorarlo.

A final de semana llegó a la enfermería un coche con un banderín rojo y negro, del que se bajó un irreconocible Constancio luciendo

una camisa azul mahón reluciente, viniendo a poner fin a su aventura alicantina. O al menos a la que había vivido hasta ahora.

No necesitó más explicaciones. Ni mucho menos pedírselas a él.

Antes de macharse tuvo unos segundos para echar una mirada a su alrededor y decir adiós a la calma del mar azul, al cielo navegado por gaviotas, al olor a sal y brea de ese muelle por el que una noche desapareció Valentín, y a la dársena donde atracó el Stanbrook.

Y se llenó de melancolía. Después ya pudo decirle a Constancio:

—Espera aquí mientras me cambio de vestido.

—A mí me pareces muy guapa con él… y sin él.

—Gracias —contestó, como si aceptase un requiebro—, ya le contaré al capitán Melero tu opinión. —Y cerró tras de sí la puerta, justo a tiempo de sentirse el estómago revuelto de arcadas.

Al llegar a la Comandancia de Marina fueron directamente al despacho de Ángel, encontrándose en la sala de espera con un paisano, a todas luces procedente del Campo de los Almendros, custodiado por dos soldados armados. Ignorándole completamente, le dijo a Mercedes:

—Aguarda aquí a que te reciba. —Y se dirigió a la puerta, que abrió sin llamar previamente.

—¿Das tu permiso, camarada? ¡Arriba España! —Saludó a Melero con un enérgico taconazo a la vez que hacía el saludo romano, elevando el brazo derecho. Cerró tras de sí y con el mismo acento que emplearía un ojeador, le anunció:

—Ahí la tienes, camarada. —Señalando con la cabeza el exterior.

Ángel, sin cambiar el gesto, se recostó en el respaldo del sillón con las manos cruzadas sobre el pecho, provocando el movimiento pendular de la borla roja de su gorrilla cuartelera, que abanicaba sus estrellas de capitán falangista.

—Cuida las formas, Constancio, que esa camisa que te regalé te

libra de los demás, pero no de mí.

No solo lo tenía bajo su poder, sino que procuraba recordárselo de cuando en cuando, aunque él fuese muy consciente de ello y de que no dudaría en acusarlo de ser un comunista escondido detrás del escudo de Falange, si considerara que estaba incumpliendo el pacto que hicieron en ese cafetín de Alicante: borrar sus antecedentes a cambio de su total entrega, incluyendo en esta toda la información que tuviese sobre Valentín y Mercedes, y la sospecha de que hubiese desfalcado fondos al Banco de España (aunque le ocultó todo lo referente a Socorro Extremo).

Afortunadamente, Ángel, en su momento, aceptó deportivamente que el galán hubiese logrado salir de España, dando ahí por terminado el asunto, pero le dejó bien claro que le iba la vida si a ella le ocurría algo, y eso es lo que había estado haciendo durante todo este tiempo, protegerla, hasta que le ordenó que la llevase allí, así que, dadas sus prioridades, rectificó su actitud.

—Camarada, ¿puedo hacer pasar a la señorita?

Todavía no era el momento. Ahí fuera la gente se consumía de inquietud hasta terminar por derribarse las pocas defensas que pudiesen quedarles, así que le contestó:

—La obligación antes que la devoción —dijo señalándole el grueso expediente que estaba trabajando antes de que llegaran ellos. Ignorando su presencia, lo ojeó de nuevo (aunque lo conocía de sobra y ya había tomado decisiones al respecto) y después le ordenó que hiciera pasar al detenido.

—Espera afuera hasta que termine de hablar con él.

Obedeciendo su indicación, hicieron pasar al custodiado, tras lo cual Constancio y la escolta abandonaron el despacho, aunque este lo hizo mostrando una cierta sonrisa irónica.

La función de Ángel era la de calificar la peligrosidad de los prisioneros del campo de los Almendros, con vistas a proceder a su liberación o a ponerles a disposición del juzgado militar. Para tal fin sus subordinados, previamente, iban calificando a los ocho mil

internados en uno de los siguientes grupos: A, «afectos» o «no hostiles al Movimiento», que podían probar su adhesión a Franco, (caso del expediente de Constancio, que Ángel guardaba a buen recaudo). AD, «afectos-dudosos», que no podían hacerlo debidamente. D, «desafectos», voluntarios del ejército republicano que carecían de responsabilidades penales probadas. A estos dos últimos grupos se les consideraban «sospechosos», por lo que eran retenidos a la espera de ampliar sus antecedentes, comprobar sus alegaciones o hasta que presentaran avales favorables, tras lo cual eran puestos en libertad sin restricciones, o con la obligación de presentarse periódicamente a las autoridades de su lugar habitual de residencia. El último grupo era el C, donde se incluía a los mandos del ejército republicano, presuntos responsables de delitos de traición o de rebelión, y a los dirigentes políticos y sindicales más destacados, sobre los que pesaban todas las consecuencias de la Ley de Responsabilidad Políticas de febrero de 1939.

El trabajo de Ángel se centraba en estos últimos.

…La culpa contraída por quienes contribuyeron con actos u omisiones graves a forjar la subversión roja, a mantenerla viva durante más de dos años y a entorpecer el triunfo providencial e históricamente ineludible del Movimiento Nacional (…)

Este era el caso de la persona que tenía enfrente, a la que, en contra de lo que pudiese esperar, una vez a solas le mandó sentarse sin levantar la vista de los papeles.

Tras un rato de silencio expectante, cuando juzgó que se había desbordado de angustia, le miró de frente y empezó a descargar una batería de preguntas.

—Aquí leo que es usted don Jerónimo Carranza, dueño de una cementera a la que el Gobierno de la República encargó la construcción de los fortines que defendían el sector?

Y a continuación, su fallo.

—Voy a trasladarle al castillo de Santa Bárbara, o al de San Fernando, a la espera de juicio por un tribunal militar.

Podía haber elegido cualquier otro, la Plaza de Toros, el cine Ideal o el llamado «campo de concentración» de San Ignacio, en Benalúa, enfrente del cuartel, incluso en una antigua Casa de Ejercicios de los Jesuitas, y todavía no sabían sin iban a ser suficientes, sobre todo desde que el Estado Mayor del Ejército de Franco ordenase que los soldados republicanos, si no querían incurrir en delito de rebelión militar, debían presentarse a las autoridades militares para su posterior clasificación.

De nuevo una pequeña pausa. Y ahora, cambiando el gesto:

—Salvo que encontremos una fórmula que lo evite —añadiendo a continuación—: En lo que a mí respecta, estos papeles no existen.

Y no mentía. Tomó el expediente y lo guardó en su cartera (también tenía una, como Valentín, grande y cargada de papeles). Después agitó la campanilla y llamó a Constancio.

—Acompaña al señor Carranza hasta la puerta de la Comandancia. Antes súrtele de un salvoconducto que le permita abandonar Alicante con la máxima discreción.

No se trataba de un delito de cohecho, como el que practicaban sus subordinados, como Constancio, que perdían, retrasaban o hacían desaparecer pruebas, a cuenta de los pingües beneficios que les producía.

Lo de Ángel era por pura sensación de poder. Eso es lo que trasmitía a sus aduladores, a los serviles que le rodeaban y a los taconazos sonoros a su paso por los pasillos de la Jefatura de Falange.

Yo decido quién y los tribunales, que se encarguen del resto.

Cuando ya se marchaba, le detuvo un momento para decirle:

—¿Sabe quién soy, don Jerónimo?

—Sí. El capitán don Ángel Melero. Mi salvador.

—Lo mejor para todos sería que nunca nos reencontrásemos, pero llegado el caso, si esto ocurriese, espero que no me haya olvidado.

Y siguió trabajando, terminando la transfusión de poder que le suponía el saberse dueño de la situación de tantos desgraciados, convertidos en meros expedientes, entre los que incluía a Mercedes, a la que necesitaba reblandecer el espíritu antes de enfrentar el desgarro de su entrepierna al reto de sus ojos violetas, de su caballera rojiza envolviendo su cuerpo, de sus muslos duros y tersos, que adivinaba de nácar y tatuados de cabrillas, y sembrar su paternidad en sus entrañas.

En plena borrachera, sintiéndose en el acmé de la curva, notó un hormigueo bajándole por la médula hasta el periné, haciéndole intuir que el caracol de su miembro emergía de su cáscara.

—Ya puedes hacerla pasar.

Al entrar en el despacho se levantó, se acercó a ella y la saludó besándola galantemente la mano.

—Querida Mercedes, las miserias de la guerra no parecen hacer mella en ti — refiriéndose irónicamente a la ropa que vestía al salir de Elche. Tan demodé, tan lejos de los alegres colores que se llevaban esta primavera en la España de Franco. Tan qué… (Sí, era cierto, pero tras su sonrisa, ella supo leer todo su deseo en su mirada).

Ahora, tomando la cartera que llevaba en su mano, reconociendo la de Valentín, la invitó a tomar asiento.

—¿Vendas, jeringuillas, alcohol? —cambiando su gesto —. Él se ha marchado sin ti, pero tú —señalando la cartera—, siempre supe que lo conseguirías.

Un silencio, una mirada midiendo al contrario y al final:

—¿Qué quieres de mí? —preguntó, por fin, Mercedes.

A Ángel hasta le gustó su actitud de reto.

Un elegante paseo en coche por un Alicante que le saludaba brazo

en alto, un frugal almuerzo en el Club de Regatas y un final esperado en el Hotel Atlántico, donde le entregaron a «don Ángel» la llave de esa habitación de cama ancha, baño privado y ventanal abierto al paseo, por lo que se ve, reservada para clientes especiales.

Una vez arriba, se tumbó en la cama, indicándole a ella un lugar en el borde.

—Como cuando me hacías las curas en el hospital, ¿recuerdas?

Sin prisas, recreándose y respirando a duras penas una excitación que amenazaba con asfixiarle, empezó a deslizar suavemente sus faldas hasta descubrir sus rodillas, un poco más arriba, hasta el borde de lo que las normas permiten mostrar, y más allá, hasta lo prohibido, donde la carne te llama para que la colmes de caricias, y aquí, lleno de ansiedad y taquicardia, se detuvo para recobrar el resuello.

Después ya fue la piel clara de sus muslos revestida de vello rubio brillante y, como esperaba, tatuada con unas manchitas redondeadas azuladas, apenas perceptibles.

Mordisqueándose nervioso los labios humedecidos por una lengua reclamante, deslizó sus palmas entre sus muslos, separándolos lentamente, impúdicamente en uve, hasta descubrir su ropa interior hendida en su anatomía.

Ella, pasiva, sentada con los brazos apoyados sobre la cama, se dejaba hacer mientras canturreaba al techo de la habitación:

Pasaban los hombres y yo sonreía…

Aquí Ángel, elevando sus ojos entreabiertos al cielo, se deshizo en un gemido, sin que a ella le quedase claro si había llegado al clímax de su pasión. Pasado el instante, se dirigió a ella con voz ronca:

—Hasta aquí, la parte que acordamos en el hospital a cambio de un carné de Falange para tu padre.

Después, todo lo que quisiera decir y hacer ya no importaba. Ella ya había advertido en la mancha de sus pantalones su impericia y su impotencia para el coito, pero no para tener descendencia.

Aún pudo oírle decir con condescendencia:

—No importa, mi amor, ya aprenderás.

Y ahora se vació en jurar su amor y en decirle:

—Soy tuyo, Mercedes, tuyo para siempre.

Eso sí que le quedó claro, que a esto era lo que él llamaba amor, al menos mientras mantuviera las esperanzas de recuperar su sexo, lo que significaba que se iba a quedar atrapada.

Cuando Ángel se recuperó emocionalmente, le quemaba la habitación, la cama y hasta el aliento de Mercedes, así que, sin buscar una excusa, se caló su gorrilla y se marchó, dejándola todavía sentada sobre la cama.

—Puedes quedarte aquí —le dijo, e intentando resarcir su soberbia —: Estoy seguro de que no la extrañarás. Enviaré a mi chófer con tus cosas. «Con todas ellas» — haciendo un gesto como soportando en su mano el peso de la cartera.

Al llegar a la recepción le dijo al director que la señora se quedaba indefinidamente alojada, mensaje que oyó la camarera que, queriendo congeniar, le salió a su encuentro con unas bolsas conteniendo su vestido Cocó Chanel, su abrigo con el cuello de piel, su ropa interior de seda, todo.

—A la señorita le alegrará saber que guardé sus pertenencias.

¡La muy imbécil!

—¡Eh, tú!, hospitalero —espetó al director—. Que la puta de ahí arriba es mi puta.

Al día siguiente, Mercedes obtuvo el aval que le permitió abrir una cuenta corriente en el mismo banco que antes se lo había negado.

Una vez en su oficina, le mostró a Constancio su informe con la historia de Mercedes y Valentín en Alicante, y le advirtió con mirada de hielo:

—Nada de esto ha sucedido.

—¿El qué, camarada? —Dándose por enterado de que comenzaba entre ellos una nueva colaboración, por supuesto, ateniéndose a las reglas de Ángel.

Aquí terminó oficialmente la historia de «Socorro Extremo», al menos la parte que Constancio le contó, y así quedó certificado en el informe que redactó para sus jefes en Madrid, haciendo constar que Valentín Méndez había logrado exilarse de España.

El resto, incluyendo la participación de Mercedes en esa historia, la cartera que llevaba cuando llegó a la oficina y la cuenta corriente donde fue a parar su contenido, era otra historia. Tampoco le pidió explicaciones a ella.

Dos años después se trasladaron a Madrid y como aquí tocaba normalizar y moverse en la sociedad fascista, cicatera y beata, ella se afilió al Auxilio Social, la obra creada por Mercedes Bachiller para atender a los desvalidos de la guerra, y se fue a vivir a lo que pomposamente se llamaba «un imperio», algo así como una residencia de señoritas, en este caso en el antiguo palacio del duque de Medinaceli en Recoletos, y él solicitó su ingreso en la Guardia Civil.

Una mañana, Ángel recibió un informe de la Maison Centrale de Nimes, una cárcel de alta seguridad del país vecino, y se lo entregó a Mercedes.

—¿Qué me das?

—Es de un viejo conocido tuyo. Andrés Favard, el Francés.

Solo Mercedes sabría decir lo que le costó esconder sus emociones cuando se enteró de que estaba vivo.

Esa noche estrenó para Ángel ese delantal inmaculado de su uniforme bendecido por el blasón de Auxilio Social, un brazo armado asentando un flechazo en la amenazante boca de un dragón rojo.

Tan solo con él… y unas gotitas de Eau de Rochas detrás de sus

orejas.

—¡Maldita mujer y maldito gusano en mis ingles! Cómo sabía quién mandaba en la cama.

(Claro que lo sabía. ¿A qué crees que jugaba el dragón rojo frente a la incapacidad de la flecha?)

Tan lo sabía que esa misma noche Ángel la pidió en matrimonio.

…*Y nunca otra noche/más bella de mayo/he vuelto a vivir*…

Pero ella le contestó que era mejor seguir como estaban.

18

Ernesto toma el mando

Un tiempo después del fiasco de Monroyo volvieron a reunirse en la sede de la Gavilla Verde, donde les confirmaron oficialmente que la fosa había sido abierta en 1958 y los restos trasladados al Valle de los Caídos.

—Se ha consumado un crimen perfecto —resumió Ramón—, la desaparición definitiva de los cuerpos impide cualquier identificación forense.

—Centrémonos en los hechos y no en la impresión que nos producen —le respondió el hombre de la Gavilla—. En 1940, Franco propuso la idea de edificar un gran monumento funerario dedicado a honrar a los que cayeron en el camino de Dios y por la patria, por tanto, solo a los de un bando, el nacional.[10] Hasta que en 1957 se impuso la tesis de la reconciliación y al año siguiente se ordenó el traslado de los restos de 33.833 muertos en la contienda, procedentes de distintas provincias españolas, sin distinción de bando. En el mismo se incluyeron 12.410 casos de personas sin filiar, convirtiendo el Valle en la fosa común más grande de España. Los restos fueron inhumados en los columbarios situados detrás de las capillas del Santísimo y del Sepulcro, a ambos lados del crucero, y en las seis laterales de la Virgen, ubicadas en la nave, rellenando con ellos las cavidades, con lo cual pasaron a formar parte del mismo edificio, haciendo imposible su exhumación. Y este es nuestro caso, así que aquí concluye nuestra investigación.

—¡Hijos de…! En esos traslados se incluyeron a los que murieron en el frente, a los represaliados después de la guerra y a los enterrados en «las cunetas» que, como Mercedes y Andrés, quedarían definitivamente anónimos, enterrados junto a Franco, el dictador contra el que pelearon y decidió sus muertes. ¡Y todavía se atreven a negarnos el derecho de excavar las tumbas de los nuestros y enterrarlos con nombre y apellidos! —insistió Ramón lleno de rabia.

—Habrá que asumir la realidad —contestó Ernesto.

—Es una decisión meditada, señores —prosiguió el hombre de la Gavilla. En el material aportado por el señor Celada no hemos encontrado nada que nos permita concluir que esas dos personas existieron, que fueran fusiladas en la saca de Monroyo, los motivos que lo indujeron, incluyendo los celos del primer amante, ese supuesto desfalco del Banco de España o la indemostrable operación «Socorro Extremo», alrededor de la cual confluyen los personajes. ¿Me engaño si le digo que incluso los nombres que nos ha facilitado son ficticios? Así es imposible seguir, señores, por lo que, de momento, lo más conveniente es aplazar esta investigación, a la espera de confirmar datos. ¿Qué opina, profesor?, usted ha colaborado con nosotros y sabe que esto es nuestra forma de proceder.

—Es cierto, así ocurrió con otra propuesta mía, la de las fosas de Benagéber, que fue aplazada por el mismo motivo, falta de datos sobre las posibles víctimas —dijo sin poder evitar un cierto grado de frustración, añadiendo a continuación—: Pero…

—¿Pero? —insistió el señor Herrero, pidiéndole aclaraciones.

—Que en este caso disiento con algunas de sus conclusiones. Yo he realizado investigaciones y he comprobado que los personajes de esta historia sí existieron, aunque los nombres utilizados en el relato, salvo los de los dos protagonistas, son ficticios.

—Así es —reconoció Ramón—, tomé esta precaución para evitar verter acusaciones sobre personas que pudiesen volverse en contra de la investigación.

—¿Dice que ha identificado a los actores de los hechos, profesor? —insistió ahora el abogado Quesada—. ¿Podría avanzarnos sus resultados?

Con mucho gusto. Empezaré diciéndole que el primer identificado fue al que seguiremos llamando Dr. Morales. Me bastó con consultar el cuadro facultativo del Hospital General de Madrid en 1939 y obtener su certificado de defunción en el Registro Civil. Ahí figuraba como causa de su muerte una insuficiencia respiratoria

aguda, tal y como aportaba usted, Ramón. Mi siguiente paso fue buscar en la hemeroteca el ejemplar de prensa donde, a tenor del relato, se narraban los sucesos del asalto al Cuartel de la Montaña y se publicaba esa fotografía que condenaba a muerte al Dr. Morales y al padre de la enfermera, al que después pude ver en otras notas gráficas del PCE de Madrid, donde aparecía citado con el apellido de Mercedes. Respecto a Andrés, el Francés, su nombre figura en la lista de embarque del Stanbrook, y al que seguiremos llamando Ángel Melero, un capitán distinguido con la medalla al Sufrimiento por la Patria por las heridas recibidas en el frente del Ebro. Su historia clínica y la naturaleza de su lesión pude constatarlos en los archivos del Hospital General, incluyendo una nota referente al incidente con la enfermera, no como denuncia, más bien como constatación de los avances logrados en su tratamiento, incluyendo una descripción de su complejo de castración. Por tanto, señor Celada, puedo confirmar la existencia de esas personas, pero hasta ahí llego. En el resto coincido con el Sr. Herrero y la Asociación La Gavilla Verde en que no se pueden demostrar los hechos denunciados. Ahora tengo una pregunta para usted, Ramón, ¿cómo tenía tanta información íntima de Mercedes?

—Ya les he contado que en Alicante vivimos momentos de mucha intensidad y que le debo la vida. Nunca le habría contado ciertos aspectos de su historia si no fuese para ayudarle a analizar a los protagonistas y explicar las motivaciones que llevaron a su muerte. Es decir, si es que va a seguir usted en la investigación.

—Yo ya la he comenzado, ya lo han visto. Creo que la sociedad debe una reparación a las víctimas de la represión, entre las que incluyo a ese recién nacido.

—Todos lo creemos, profesor. También mi cliente —le respondió el abogado Quesada—. Su propósito es seguir ofreciéndole su apoyo y, en consecuencia, les voy a dar unos datos que hemos reunido en mi bufete. —Tras entregarles un dosier, continuó —: Sabemos que Andrés logró salir de Alicante en el Stanbrook, vía Orán, donde las autoridades de emigración le acusaron de falsedad documental y de haber pasado ilegalmente la frontera de España en 1936. En el informe de las autoridades francesas se incluye su historial militar, con la consideración de que se trataba de un elemento radical

peligroso para la seguridad francesa, por lo que se decidió su internamiento en la Prisión Central de Nimes, a la espera de juicio, y en donde entró en contacto con la resistencia francesa.

—¡Caramba! Es todo un informe, Sr. Quesada. Esperemos que nos permitan identificar a algún familiar del que podamos obtener muestras de ADN con las que identificar a ese recién nacido.

Finalizada ya la reunión, Ramón y Ernesto volvieron juntos a Madrid y por el camino siguieron hablando.

—No sabía que se hubiese suspendido la investigación de Benagéber.

—Bueno, no es exactamente así. Digamos que «volverán las oscuras golondrinas otra vez a sus nidos…», es decir, que se ha quedado aparcada a la espera de nuevos datos. Al menos ese fue el fallo del Sr. Herrero.

—Sí, esa fue la excusa, pero al final, ¿qué?

—Que se entregó el proyecto al grupo Paleolab, que es el que ha estado trabajado en la fosa de Monroyo.

—Bienvenido a este lado de la vida, profesor.

—No lo entiendo.

—Sí lo entiende. Otra cosa es que se niegue a hacerlo. A mí también me ocurrió cuando cumplí su edad y empecé a notar que mi currículo empezaba a tener menos valor que los años que faltaban para mi jubilación.

Naturalmente que protestó contra esa afirmación de su vejez, a la que respondía con su actitud, sus ademanes, su vitalidad, con ese vestir informal que adoptó el mismo día de su cumpleaños y le estalló en las manos la crisis de los 60.

¡Qué jodío, Ramón!

Pero ni una sola palabra hasta que llegaron a Madrid. Y cuando se despidieron:

—Usted me perdonará si le digo que me alegro de lo de Benagéber, esa herida abierta le indujo a aceptar el tema de Monroyo, ¿me engaño?

—Es cierto que usted tiene mucha edad —aceptó con una sonrisa.

Una vez en su casa, Ramón, lápiz rojo en mano, empezó a estudiar los nuevos documentos, añadiendo anotaciones con los datos que conocía por boca del propio Andrés tras su vuelta a España al acabar la guerra mundial. Simultáneamente, Ernesto se centró en los archivos de la Guardia Civil, buscando la institución donde se hubiese podido internar a ese recién nacido, mientras el abogado rebuscaba en los archivos franceses, incluyendo los de la Resistencia.

Las investigaciones conjuntas les permitieron dar con un nuevo nombre en esta historia, el de Josip Philipovic, el Boris, un judío sefardí que coincidió con Andrés durante su exilio francés, primero en prisión y después en la Resistencia.

Con todo ello, Ernesto empezó a elaborar la biografía de los protagonistas.

---

[10] Boletín Oficial del Estado de 1 de abril de 1940.

IV

¡Ay de mí!¡Pena mortal! Porque me alejo, España, de ti.

¿Por qué me arrancas de mi rosal?

(Estrellita Castro)

19

Maison Centrale de Détention de Nimes

Un día de mediados de otoño de 1940, el furgón que trasportaba a los presos dobló la esquina, dejó atrás las últimas casas del barrio y calle arriba ascendió la colina sobre la que se asentaba el viejo castillo del siglo XVII, convertido hoy en la Maison Centrale de Détention de Nimes y, renqueante, casi resbalándose sobre el pavés, llegó al puente de piedra tendido sobre el foso y aquí, tras avisar su presencia con un golpe de claxon, se detuvo delante de la puerta principal, a esas horas abierta de par en par y con una cuadrilla de internos barriendo el suelo sin excesivas prisas ni demasiado afán, vigilados por un grupo de guardianes más interesados en aprovechar los tímidos rayos de un sol que pedía perdón por calentar.

Obedeciendo la señal de un indolente barrigón, mostacho a lo caporal y uniforme negro lleno de brillos, exigiendo un supremo esfuerzo a su humeante motor, reinició la marcha y entró por el pasillo formado por el cuerpo de guardia, a la izquierda, y la recepción a la derecha, deteniéndose finalmente en el patio principal, una plazuela de tono medieval encerrada entre edificios de piedra de amplios ventanales, puertas de cristal de doble jamba y dintel en arco carpanel, donde estaban la dirección y el área administrativa.

Abrieron la puerta trasera del furgón y descendieron del vehículo cinco presos, ente ellos Andrés que, al saltar a tierra, estiró sus entumecidos miembros y tras echar un vistazo rápido a sus alrededores, se felicitó de que, al menos, el personal no fuese alemán. En lo restante, en lo referente al lugar donde le había llevado el final de su aventura española, ya lo había asumido. Hacía tiempo que la historia no jugaba ni a su favor ni al de su país y estando recluido en Orán había sucedido el estallido de la Segunda Guerra Mundial, el desfile de la Wehrmacht bajo el Arco de Triunfo

de París y la firma de un armisticio que convirtió lo que quedaba de Francia en el Gobierno del mariscal Pétain presidido por Pierre Laval que, excusándose en la amenaza judeo- bolchevique, apostó por la victoria de Hitler y prestó su colaboración en la «solución final», la deportación de miles de trabajadores a Alemania y en la persecución del partido comunista, por lo que su pasado en las Brigadas Internacionales y en el XIV Cuerpo Guerrillero le señalaron como un peligroso radical de izquierdas, lo que motivó su trasladado desde Orán a esta prisión, a la espera de juicio.

Entraron en la recepción en fila de a uno y, después de filiarlos, les entregaron su uniforme, un tosco mono oscuro, botas de suela gruesa de goma, gorra de visera y un chaquetón de lana con una etiqueta mostrando un número que sustituía oficialmente a su nombre; a continuación pasaron por un mostrador donde depositaron sus pertenencias, en el caso de Andrés, para validar el contenido de su viejo macuto, que las autoridades habían trasladado desde Orán.

—Compruébalo todo antes de firmar el albarán.

No faltaba nada, incluso se encontró con un sobre sellado conteniendo el dinero que le había sobrado tras comprar el pasaje del Stanbrook y, en un bolsillo interior del morral, la llave que le confió Valentín. (Quién se acordaba ahora de «Socorro Extremo»). Ahí se quedó todo, depositado hasta que cumpliese condena.

Salieron a la plaza principal y la atravesaron descubiertos, en señal de respeto, entrando en un túnel que desembocaba en la zona de internamiento, una amplia explanada rectangular encerrada entre edificaciones, con tres parterres centrales señalizados con el cartel de prohibido el paso y aceras a sus lados, cubiertas por una doble hilera de árboles, bajo los cuales y en fila de a dos, los presos hacían en silencio su preceptivo paseo diario, hasta que la trompeta anunciase fajina para dirigirse, siempre en formación, al comedor.

Tras rodear «la explanada» entraron en uno de los edificios destinados a las galerías de celdas que, afortunadamente, y sin insistir en su estado higiénico, eran unipersonales. A él le asignaron la primera, la más próxima al cuerpo de guardia y a la puerta, que cada mañana se abría para permitir salir a los presos al exterior y

cada noche les clausuraba.

Y ahí te quedas.

Al anochecer apagaron las luces y se decretó el silencio disciplinario.

Al rato:

—¡Eh! —le susurró su vecino— ¿Por qué estás aquí?

Sin levantarse del jergón, le respondió de mala gana que venía de España y que su delito obedecía a que media Francia había sido derrotada y la otra media deshonrada.

—¿Y cuánto te ha caído?

Y así, hasta que llegase ese «cuánto», cada día, cada mañana, así toda la rutina entre el toque de diana y el de silencio, así cada sueño, cada actividad, cada hora de taller, cada ida y vuelta por la «explanada», cada hora sentado en el comedor frente a un plato que despedía un desagradable olor a tocino rancio, salazón y pimentón, así hasta que le juzgaran, que en esta Francia de Vichy era como decir para siempre.

Fueron pasando días y llegó el invierno con sus largas noches, sus amaneceres gélidos y su monotonía gris, intentando aguantar tanto asco atenazando su garganta, tanta oscuridad, tanto desconchón en las paredes, tanta humedad, tanto hedor a atarjea, hasta que aprendiese a ignorar la mancha verde del sudor tatuada en unas ropas que nunca se cambian, esos pelotones de grasa flotando sobre su plato y, sobre todo y por encima de todo, la desesperante caída de las hojas del calendario sin fecha a la que atenerse, preguntándose cada día si todo esto era por haberse saltado las normas del Comité de No Intervención y cruzar ilegalmente la frontera para ir a pelear a España, si por haber estado en las Brigadas Internacionales y en el XIV C. G. haciéndose sospechoso de pertenecer al partido comunista, o por haber intentado engañar a las autoridades de la emigración de Orán. Hasta que llegó a la conclusión de que lo que le había traído a Nimes era esa Francia sometida al fascismo y esa Alemania nazi, y rezar a diario para

poder devolverles el mal que le estaban haciendo a su país y a él, y esa esperanza era la que le daba fuerzas para resistir.

Una mañana de finales de julio del 41, mientras hacía la «rueda» en «la explanada», vuelta tras vuelta en fila de a dos bajo la doble cubierta de las copas de los árboles, en silencio, guardando la distancia y siempre vigilados por los guardianes, alguien, aprovechándose de su desidia, se colocó detrás de él para decirle:

—¡Eh!, Español. —Paradójicamente, aquí ese sobrenombre había sustituido al de Francés—. Los «boches» han invadido Rusia. Pásaselo al de delante.

Esta noticia hizo cambiar muchas cosas en los comunistas europeos, a los que el pacto germano-soviético les había colocado de perfil en una guerra que, por su adhesión a la III Internacional y el reconocimiento de la supremacía del Comité Central del PC ruso, calificaban como un enfrentamiento entre imperialistas y ahora, tras la invasión de Rusia, los llevó a tomar las armas contra el que de golpe era el invasor. Tal cambio pronto redundó en la composición de la población penitenciaria, en la que empezaron a dominar los reclusos, nacionales o extranjeros, acusados de pertenecer o colaborar con la Resistencia.[11]

—A buenas horas —se dijo Andrés que, a pesar de no ser comunista, simpatizaba con la actitud de sus antiguos camaradas del PCE que, sin renunciar a sus aspiraciones de restablecer la República en España y fieles a su compromiso en la lucha del proletariado contra el fascismo en cualquier parte del mundo, se habían declarado beligerantes en esta guerra, a pesar de que muchos de ellos habían estado o permanecían recluidos en campos de prisioneros franceses.

Sería por ello, o porque en la cárcel, como en una aldea, todos se conocen, el caso es que, de nuevo una mañana, alguien a su espalda en la «rueda» le dijo:

—Eh, Francés, procura que mañana por la noche te trasladen a la enfermería.

Sorprendentemente, el mensajero era Luis, el joven guardián del

taller de carpintería, que habitualmente se limitaba a dejar trascurrir la mañana de cada uno mientras él permanecía sentado en una silla sobre la tarima desde donde se dominaba la sala.

—¿Cómo sabías que me llamaban así en España?

—Alguien me ha dicho que así te conocían en el XIV C. G. , donde militó Cristino García Granda.

Aunque había oído hablar del tal Cristino, no le conocía personalmente, pero sabía que era un miembro del PCE, antiguo teniente de dicho cuerpo en la guerra civil, ahora recreado con el mismo nombre XIV C. G. [12], como brazo armado del Partido en la resistencia española, pero cautelarmente le contestó:

—Yo serví en el 300º Batallón y ahí no figuraba ese tal Cristino.

A pesar de ello, esa noche se vio aquejado de un fuerte dolor de tripas, sufriendo la misma epidemia que otros hispanos.

—Habrá sido la cena —le dijo Luis a un desidioso enfermero, que se limitó a afirmar con la cabeza y a asignar al paciente una cama con sábanas limpias, un orinal donde vaciarse y a poner sobre su mesilla una jarra llena de agua, todo un arsenal para combatir su cuadro de dolor abdominal y diarrea, tras lo cual apagó la luz y abandonó la enfermería, cerrando la puerta al salir.

Al poco, cuando juzgaron que ya no había nadie rondando la sala…

¡Hasta el aire que respiraban se impregnó de Estrellita Castro!

¡Ay de mí!¡Pena mortal!

Porque me alejo, España de ti.

¿Por qué me arrancas de mi rosal?

Alguien que había logrado pasar clandestinamente una radio,

sintonizó con Radio España Independiente, la Pirenaica, la emisora que los compañeros del PCF habían regalado a sus camaradas españoles que, desde su primera emisión, el 22 de julio del 41, un mes después de la invasión de Rusia, y hasta su clausura en 1977, abriría su programación diaria con este pasodoble, Suspiros de España.

Fue la primera de otras muchas noches en las que en la enfermería, en las duchas, en las letrinas, en cualquier lugar asignado a la vigilancia de Luis, pudieron seguir los avatares del PCE en el exilio, de sus refundadores, Jesús Monzón Reparaz, Gabriel León Trilla, Carmen de Pedro y otros que, desconectados de sus dirigentes, la Pasionaria, Santiago Carrillo y sus etc., instalados cómodamente en México o en Rusia, fueron los artífices de la supervivencia de un partido que, de estar prácticamente desarticulado y acéfalo, se convirtió en el más disciplinado y con mayor capacidad de iniciativa en el exilio.

A través de sus ondas se enteraron de que el PCE había creado la Unión Nacional Española, la UNE,[13] presidida por Negrín, con la pretensión de agrupar a todas las fuerzas opositoras, incluyendo a los grupos monárquicos y conservadores, ahora contrarios a Franco por el sesgo fascista que había tomado su Gobierno que, en 1939, tras firmar con Alemania, Italia y Japón el Pacto Antikomintern, había abandonado la Sociedad de Naciones, como hizo Hitler antes de la guerra y, aprovechando que los alemanes estaban entrando en París, había ocupado la ciudad de Tánger, pasando del estatus de «estricta neutralidad» al de «no beligerante».

Pero lo más esperado eran las noticias que llegaban del interior, la afirmación de España como un estado totalitario con un partido único, la Falange, dirigidos por un líder, «¡Franco, Franco, Franco!», que estaba haciendo tambalear uno de los pilares fundamentales del régimen, el ejército, donde alguno de sus generales le estaban presionando para que restaurase la monarquía en la persona de don Juan de Borbón.

—¿Queréis creerlo? —comentaban esperanzados los internos—. El enfrentamiento entre el ejército y los falangistas ha cristalizado en un atentado en la basílica de la Virgen de Begoña, en Bilbao.

Se referían a la misa que se celebró en honor de los caídos carlistas en la guerra civil, presidida por el general Varela, ministro del Ejército, donde un grupo de falangistas lanzaron dos bombas contra los asistentes. A consecuencia de ello, el general Galarza, ministro de Gobernación, monárquico y antifalangista, alegando que el atentado iba dirigido contra el Ejército, exigió a Franco la caída de su cuñado y ministro de Asuntos Exteriores, el falangista Serrano Súñer, y la de su partido político.

La llamada Crisis de Agosto se saldó en tablas, provocó la caída de Serrano Suñer, que fue sustituido por Gómez-Jordana, aunque poco después cayeron Valera y Galarza y Franco autofagocitó la Presidencia de la Junta Política de FET y de las JONS, máxima representación del partido único.

—¿Y qué me dices de la represión interior?

—¡Bueno!

Si todo lo que oían se ajustaba a la verdad o eran manipulaciones del PCE, él no lo sabía, pero hoy, esta noche, a los radioyentes de Nimes, Suspiros de España les unió en la melancolía, la nostalgia y en un silencio cuasi religioso, intentado superar el ruido metálico de las interferencias y el repelente pipipi de las señales morse para asomarse a esa ventana del Pirineo donde adivinar la brisa azul del Mediterráneo, el olor a paja de los trigales de Castilla o el cascabeleo de los caballos paseando por el Real de la Feria de Sevilla.

¡Ay, madre mía!

¡Ay quién pudiera ser luz del día

y al rallar la amanecida sobre España renacer

Imposible seguir reprimiendo los recuerdos, imposible evitar el desfile de imágenes, caras y palabras de ayer y, enseñoreándose sobre todos ellos, sus últimos días en Alicante.

—¡Sabe Dios cómo habrá acabado todo eso! —se dijo, recordando a Valentín y el compromiso que habían contraído en Elda.

En medio de una catarata, más nostálgica que analítica o crítica, llegó al momento de su vida en el que se sintió feliz por última vez.

—¡Hacía ya tantos años!

Toda su memoria se llenó de ella y aunque no quiso pronunciar su nombre, dibujó mentalmente su cara en los desconchones del techo y más allá, en el cielo, en la senda de estrellas que veía desde el ventanuco de su celda, y ahí, en el lucero de la mañana, descubrió el brillo de sus ojos y se dejó llevar por el ensueño, por el recuerdo de esa pequeña habitación donde se oía el batir del mar que mañana les iba a separar, en la estrechez de esa cama donde solo cabían abrazados, en esa piel que recorrió con todos sus sentidos, en el desorden de su respiración y en el gemido con el que ella le acogió. Al amanecer descubrió que de nuevo Lilith le había robado su simiente.

A mediados de noviembre de 1943, uno de los dirigentes del grupo de los radioyentes, al entrar en el comedor, le fue empujando disimuladamente, conduciéndole hacia uno bancos del final comedor, donde se sentaron juntos.

—Francés, vamos a proponer tu fuga —le soltó sin entrar en más preámbulos.

¿Qué se puede responder cuando los que te hacen esta propuesta son gente en la que confías, salvo asentir y esperar?

Dos días después volvió a repetirse la maniobra, esta vez en la capilla, donde le hicieron sentarse en la última fila junto a un joven de aspecto enfermizo, pelo escaso y halitosis, que se presentó como Josip Philipovic, el Boris, un serbocroata residente en París desde antes de la guerra y miembro del PCF y de la Resistencia, recién capturado por la Gestapo y encerrado en su misma galería.

—Cuando le oigas hablar te darás cuenta de que se expresa en un castellano tan antiguo que no puede ocultar que es un judío sefardí que, afortunadamente, ha logrado ocultarlo por expresarse siempre

en francés, aunque no tardarán en advertirlo. En lo referente a ti, el PCE tiene un especial empeño en los antiguos camaradas del partido presos y en los veteranos del XIV C. G., esperando que colaboren en nuestra lucha. ¿Qué me dices? Si aceptas, os iréis juntos.

Desde que llegó soñaba con la posibilidad de huir, pero hacerlo con un compañero de aspecto tan frágil, del que no sabía nada, le generaba dudas.

—¿Qué experiencia tienes en acciones de comando?

—Ninguna —contestó sinceramente Boris—. En la Resistencia me encargaba de labores de información y apoyo, nada que ver con la acción. Pero además, te confieso un segundo tema, que en mi situación no caben medias tintas, solo libertad o muerte, lo que añade un riesgo adicional al que me acompañe.

—Lealtad por lealtad. También mi decisión es definitiva y por ello necesito saber con quién me las voy a jugar.

—Los dos os necesitáis. —Medió el que les había presentado—. Solo viéndolo así podremos seguir adelante. —Y ahora, a Andrés—: Tienes dos días para decidirte.

Cuando volvieron a las galerías, Luis, el guardián, quiso tranquilizarle:

—Ese yugoslavo es legal, Francés, no lo dudes, así que decídete pronto. Además, ellos —añadió refiriéndose a la seguridad de la prisión— hace tiempo que te vigilan.

Volvieron a reunirse poco después en los baños, una lugar tan frío, húmedo y tan lleno de olor a urea, que la gente se limitaba a usarlo, en el mejor de los casos, para lavarse las piernas en una especie de bidet elevado, sentados en una banqueta con la pernera de los pantalones alzada hasta la rodilla. Frente por frente estaban las cabinas de las duchas, naturalmente sin puertas y con agua fría en verano y en invierno, así que era insólito encontrarse con un usuario desde mediados de septiembre, aunque hoy, en una de ellas estaba Boris que, como buen centroeuropeo, soportaba mejor el frío

y se permitía hacerlo totalmente desnudo, enjabonándose de cara a ellos mientras hablaba, por lo que Andrés inmediatamente descubrió que…

¡No estaba circuncidado!

A lo que Josip, el Boris, viendo su cara de sorpresa, le contestó:

—Ni todos los judíos lo estamos, ni todos los que se dicen católicos están bautizados.

Después les contó algunos aspectos de la comunidad sefardí, cuya existencia la descubrió el conde de Rodeno, embajador español en Estambul, a finales del siglo XIX, informando al Gobierno sobre el asentamiento en Esmirna de una colonia judía de habla hispana y sentimentalmente muy unida a ella, con la sospecha de que se tratase de los descendientes de los que fueron expulsados por los Reyes Católicos en 1492, lo que provocó en España una oleada de simpatía intelectual, el filosefardismo, que reivindicaba su cultura como parte de la herencia hispana, lo que provocó que el general Primo de Rivera, en diciembre de 1924, concediese la nacionalidad española a quien la solicitase.

—Yo, como otros sefardíes serbocroatas, no sentí tal necesidad hasta que Hitler y sus aliados atacaron Yugoslavia para repartírsela. Dos días después de la invasión, la Ustacha, el partido ultranacionalista, católico y racista de Ante Pavelic, ayudada por los italianos, tomó el poder y declaró el Estado Independiente de Croacia, emprendiendo a continuación una campaña de limpieza étnica y religiosa contra los judíos, los gitanos y, particularmente, contra los ortodoxos serbios que, tras detenerlos, fueron encerrados en Jasenovac, un campo de concentración de 240 km de extensión en las orillas del Sava, con varios subcampos, uno de ellos dedicado a niños y otro a mujeres. No voy a entretenerme en los relatos de horror que ocurren ahí, pero sabed que los guardianes compiten entre sí en degollar a un mayor número de personas. No exagero, hay fotografías que muestran cómo un grupo de ustachas intentan decapitar a un serbio con un serrucho. Eso es lo que impulsó a muchos sefardíes a perseguir la nacionalidad española y, en mi caso, a intentar salir de Francia y unirme a Tito para luchar por una Yugoslavia sin nacionalidades ni diferencias étnicas o religiosas.

—Es duro lo que cuentas.

Unos días después, cuando se disponía a salir al patio, Luis le comunicó que en la oficina querían hablar con él. Mientras cruzaban el túnel que separaba el área de internamiento de la plaza principal, le advirtió:

—Ten cuidado, ellos lo saben todo.

Le estaban esperando dos hombres que mostraban en su brazo derecho un brazalete con la letra gamma en negro, enmarcada en un círculo del mismo color, el distintivo de los miliciens, la tropa especial del gobierno de Vichy encargada de reprimir la Resistencia. Sin apenas mirarle, le indicaron una silla al otro lado de una solitaria mesa, los únicos muebles de una habitación apenas iluminada. Frente a él, obviamente para captar su atención, había un cartel de color rojo donde se mostraba el retrato de doce personas enmarcadas en un círculo con un rótulo debajo con su filiación, nombre, nacionalidad y todos extranjeros, salvo un español, Celestino Alonso. La mayoría eran antiguos combatientes de las Brigadas Internacionales, extremistas y muchos, judíos. En la cabecera, un sugerente título: Des Libérateurs, y otro, al pie, la Liberation para l´Armée du crime. En un segundo plano, fotografías con trenes descarrilados, gente tiroteada, explosiones y otros actos de sabotaje.

Llevaba mucho tiempo en prisión y no podía saber que se trataba de lo que llegaría a ser el célebre «Affiche Rouge», un cartel de propaganda editado en febrero del 43 que a él, como al resto de los franceses, les produjo el efecto contrario al buscado, la admiración por la generosidad de unos hombres de país y religión tan diferentes, capaces de sacrificarse por la libertad de Francia.

Tras dejarle empaparse de todo, dispararon su primera pregunta:

—¿Has oído hablar de la UNE? —Y sin darle casi tiempo a responder—: ¿Y de Cristino García?

Desconcertado, contestó:

—Algo he oído a los presos españoles. —De lo que se arrepintió

inmediatamente, ya que implicaba admitir que había gente que podía dar más información, e intentó arreglarlo—. Son solo rumores de pasillos y letrinas.

Pero ignoraron su respuesta, e insistieron:

—Tú has sido sargento del XIV C. G. durante la guerra de España, un cuerpo de élite formado por comunistas, entrenados en la realización de actos de sabotaje y agitación. Sabemos que el PCE está intentando resucitarlo aprovechando la experiencia de antiguos veteranos como tú.

Y ahí se quedaron, con la mirada clavada en sus ojos, esperando. ¿Esperando qué? Su indiscreción, su miedo, su intento de que al intentar desmarcarse de alguna pregunta pudiesen deducir que tenía contactos con la resistencia española, incluso recordando la advertencia de Luis, «ellos lo saben todo», temiéndose que hubiesen presionado a Josip y se hubiesen enterado de que les habían propuesto la fuga.

—¡Ese judío ficticio! —Le chillaron sus neuronas.

Le sudaban las manos, la columna vertebral y hasta las plantas de los pies.

—Tranquilo, tranquilo. Olvídate de Josip y céntrate en el tema —se dijo, recordando las advertencias de Luis y receloso de que le pudiesen estar reclamando de España.

Pero ¿quién y a causa de qué? ¿Por haber servido en el ejército de la República? Otros muchos lo habían hecho y no estaban en estas circunstancias.

¿Acaso por «Socorro Extremo»?

¿Es posible que todavía estuviese coleando el tema?

¿Y si les decía que había perdido esa llave?

—Calma, excusatio non petita, accusatio manifesta.

¡Cuántas cosas se pueden pensar en un segundo!

Un golpe brusco en la puerta y alguien, un «milicien», entró en la habitación. Instintivamente escondió la cabeza entre los hombros.

Y… ¿Nada?

Debía ser un jefe, porque le miraban con respeto mientras que él, sin el menor reparo, les largó (así, con violencia) un papel, marchándose a continuación sin hacer más comentarios. A renglón seguido, los dos «miliciens» se acercaron a él y, tras colocarse amenazadoramente a cada lado de su silla, le dijeron:

—Te ha salvado el toque de campana. —Tras lo cual llamaron a Luis, que esperaba al otro lado de la puerta, para que se lo llevara y, justo cuando este entró en la habitación, le espetaron—: Has tenido suerte, Francés, veremos si sigues teniéndola en España.

Convencido de que le estaban interrogando por el tema «Socorro Extremo», posiblemente tras haber detenido a Valentín o al Practicante, se temía que el Gobierno español pretendía recuperar el dinero depositado en Suiza, para lo cual estaba tramitando su extradición, lo que venía a complicar, todavía más, su situación, al añadir a sus antecedentes la acusación de haber contribuido a expoliar fondos del Banco de España.

Y aquí se acabaron sus vacilaciones. Su única salida era huir, así que se apresuró a decirle a Luis:

—Creo que necesito reunirme urgentemente con Cristino.

Poco después, en una de esas reuniones clandestinas de rincones y letrinas, le explicaron someramente el plan.

—Alguien os ayudará a salir por la puerta de atrás —le indicaron refiriéndose a un antiguo portillo situado en el muro posterior de la ciudadela, cerca de la zona de talleres, apenas vigilado por dos guardianes que dormitaban en una caseta—. Os estarán esperando afuera para llevaros a un lugar seguro en la frontera de España.

Unos días después, a eso de las cuatro de la mañana, oyó un jaleo en la «explanada» y, al asomarse al ventanuco de su celda, vio que los guardianes, sin más explicaciones y sin previo aviso, habían

sacado al patio a 163 presos para obligarlos a subir a unos camiones.

Era el final para muchos reos de la resistencia, a los que pretendían dispersar por otras prisiones o destinarlos a las obras de defensa del Canal de la Mancha e incluso a Mauthausen, pero se equivocaron si pensaban hacerlo discretamente, amparándose en la impunidad de la noche, porque los presos, al arrancar los motores, se lanzaron a cantar a pleno pulmón la Marsellesa, extendiendo sus notas por la «explanada», los edificios de la administración, el cuerpo de guardia y bajar la pendiente hasta el puente del foso, hasta doblar la calle e internarse en el boulevard Jean Jaurés, lanzando a la población su mensaje patriótico y de repulsa.

—Esto cambia nuestros planes —les dijo Luis—. Ahora nos vemos obligados a intentar una fuga múltiple y exigiros un papel más activo. —Y tras comprobar que ambos hombres mantenían su decisión—: Lo haremos el 4 de febrero.

El día 3, Luis tenía turno de veinticuatro horas en la galería donde estaban internados ellos y aburría la tarde recorriendo arriba y abajo el pasillo. Ya hacía rato que, al pasar delante de la puerta de Andrés, le había dedicado una significativa mirada, de modo que estaba alerta cuando, al agacharse para atarse los zapatos, dejó caer de su bolsillo un objeto envuelto en un papel que él, cuidadosamente, fue arrastrando hasta el fondo de su habitáculo, donde ya pudo recogerlo y ver que se trataba de la llave de su celda y de un mensaje:

«Esta madrugada, cuando se apague la luz del cuarto del vigilante».

---

[11] La Resistencia, que al principio estaba muy fraccionada, en 1942 se integró básicamente en la Armèe Secréte (AS) de Jaem Moulin y De Gaulle, mientras que la izquierda y los comunistas lo hacían en las FTPF, Francotiradores y Partisanos Franceses, y en la FTP-MOI Francotiradores y Partisanos de la Mano de Obra Inmigrada, esta última creada para encuadrar a los emigrantes antifascistas que empezaban a llegar de Italia y Europa Central, y a los españoles (su

primer batallón quedó al mando de Líster). En 1944 todos pasaron a ser coordinados por el Consejo Nacional de la Resistencia, formándose las FFI, Fuerzas Francesas del Interior, dirigidas por el general Pierre Koenig.

[12] Se creó en 1941 en el campo de Argelés-sur-Mer por el PCE y las Juventudes Socialistas Unificadas, recibiendo este nombre en memoria de su homónimo de la guerra de España. Su primer jefe fue Jesús Ríos García y, en 1944, tras su muerte, Luis Fernández, «General Luis», Juan Blázquez Arroyo, «General César» y, como responsable político, José García Acevedo. Tras su recreación se integró en la FTP-MOI, aunque, de facto, actuando de forma autónoma, dirigido por sus propios cuadros.

[13] Su acta de nacimiento se firmó el 7 de noviembre de 1942 en Grenoble, con el fin de crear un Frente Popular contra el adversario común, el fascismo de Hitler, Franco y Pétain, fracasando en su intento al no lograr contar con la mayoría de los partidos políticos en el exilio.

20

Cristino García Granda

En Nimes, ese día 3 de febrero, un vez que el sol hubo caído y el frío limpiado las calles de viandantes, dos coches y tres camiones fueron llegando convenientemente escalonados y, tras aparcar por las calles vecinas a la prisión, sus veintiún ocupantes se dirigieron a la calle Arenes, donde el compañero Pedro Vicente y su mujer, Josette, recién casados, acababan de alquilar un piso, curiosamente a unos ciento cincuenta metros de la Prefectura de la Policía, muy cerca del cuartel de los «miliciens» y de la Gestapo.

Al igual que Pedro, los recién llegados eran exilados españoles, veteranos de la guerra de España que habían salido de los campos de refugiados para unirse a los Grupos de Trabajadores Extranjeros (GTE), la fórmula empleada por el Gobierno francés para suplir la mano de obra movilizada en la guerra, muchos de los cuales quedaron atrapados por el avance de la Wehrmacht y, al carecer de estatus de soldados y Franco no reconocer su condición de españoles, acabaron en campos de concentración o de exterminio. En el sureste no ocupado surgieron los «chantiers», empresas particulares dedicadas a la construcción, demoliciones, minería y aprovechamiento de bosques, donde se integraron los GTE, como en el caso de la «Fernández Valledor y Cía.», una explotación forestal creada y financiada furtivamente por el PCE en Saint Hilaire, en el Aude, y dirigida por el empresario de este nombre, donde trabajaban algunos de los visitantes de Pedro y Josette.

El último en llegar fue Cristino García Granda, un dinamitero asturiano de unos 30 años, cara ancha, sonrisa franca, mirada limpia y tabique nasal desviado, por lo que tenía que respirar con la boca abierta. Este hombre había contribuido en la reorganización del XIV C. G., donde ostentaba ahora el cargo de comandante de la 3ª División, que operaba en los departamentos del Gard, Lozère y Ardèche, en los Pirineos franceses, y ahora era el jefe del comando

que debía liderar la fuga masiva de los presos políticos de la cárcel de Nimes, para lo cual contaban con un enlace en el interior, Luis, el guardián que, arriesgando su vida, había logrado pasar, escondidas entre las piernas, dos pistolas. Un punto de apoyo en este piso de la calle Ardèche y, finalmente, los vehículos destinados a facilitarles la huida y transportarles hasta los Pirineos, donde algunos se sumarían a la Resistencia y otros, gracias a su «aparato de pasos», cruzarían la frontera de España.

Mientras los veintiún hombres revisaban su «arsenal», diecisiete revólveres y ocho granadas de mano de fabricación casera, alguien comentó mordazmente:

—Nuestros camaradas franceses parecen temer que nosotros solos ganemos la guerra.

—Es lo que hay —contestó Cristino.

—No había más género en el mercado —concluyó Pedro con sorna.

Así era la situación. Aunque todos pertenecían a la Resistencia, a los franceses les llegaba la ayuda aliada, mientras que los españoles tenían que arreglárselas consiguiéndola del enemigo, robando dinamita en las explotaciones mineras y, en algunos casos, como en este, mediante una «aprehensión», una noche en la que los colegas franceses esperaban un «parachutage» de los aliados, se emboscaron a la espera de que los aviones soltaran su carga y, cuando los locales se acercaron a recogerla, encendieron las luces de los vehículos que les habían trasportado (los mismos que estaban utilizando hoy), empezaron a gritar ¡ächtung, ächtung!, provocando su desbandada.

Mañana ya vendrán los líos y las reclamaciones, pero de momento se habían quedado con estas armas.

Cortando los comentarios, Cristino desplegó ante sus hombres un plano de la cárcel y empezó a repasar, una vez más, el plan de fuga, cuyo primer punto era el corte de las comunicaciones eléctricas y telefónicas que, dadas las restricciones propias de la guerra, en principio, no debían provocar alarma. Seguidamente un grupo de presos del interior, seleccionados por Luis, se deslizaría hasta la

puerta situada cerca de los talleres, en el muro posterior, y tras controlar a los dos vigilantes que la guardaban, abrirla.

—En ese momento pasaremos al interior y un primer comando se dirigirá al patio principal, donde están las oficinas y el cuerpo de guardia. No será difícil anularles, dada la escasa disposición de los colaboracionistas de Vichy por los alemanes. Simultáneamente, un segundo grupo se dirigirá a la dirección para capturar al director y servirnos de él como rehén. Finalmente, un tercero abrirá las celdas y conducirá a los presos a los vehículos aparcados junto a la puerta por donde hemos entrado.

Una vez comprobado que todos conocían su misión, se acomodaron en el suelo del comedor para pasar la noche.

A las siete de la mañana, el comando encargado de las comunicaciones de la prisión abandonó el lugar. Al poco, cuando se suponía cumplido su cometido y el grueso del comando debía abandonar la casa, llamaron a la puerta.

—¡Es la Gestapo!

Eran cuatro hombres, dos paisanos y dos soldados alemanes.

—Calma —pidió Josette, con gran presencia de ánimo—. Yo les atiendo.

La vida está llena de casualidades. Quién les iba a decir que, precisamente hoy, las autoridades que vigilaban cualquier movimiento de población, particularmente de la extranjera, viniese a pedir a un matrimonio recién instalado su contrato de alquiler y el permiso de Pedro para trabajar en un GTE en las minas de la región.

Mientras en el comedor el grupo armado, barrigas al suelo, respiración contenida y manos sudorosas amarrando sus pistolas, juraban contra la casualidad, el destino o quien fuese el responsable de tal imprevisto, en la cocina una encantadora mujer de dieciocho años, con voz cantarina, acento dulce y modales amables, atendía los requerimientos de los visitantes.

Afuera el reloj corría, ya se habrían cortado las conducciones

eléctricas y en el interior de la prisión, el comando, tras el apagón de luz, ya se estaría deslizando por los muros en dirección a esa puerta posterior que debían controlar.

Así era. Luis, Andrés, Boris y un tercer compañero de la galería habían anulado a los dos guardianes y, tras abrir una rendija en la puerta, se asomaron al exterior y otearon a uno y otro lado de la calle.

¡Nadie!

Ni vehículos, ni hombres armados esperando. Nadie, solo el silencio y el frío amanecer de un día gris de principios de febrero.

Detrás de Luis, Andrés y el Boris encañonaban a los guardianes con las dos pistolas que el primero había logrado pasar, mientras que el tercer fugado, encargado de vigilar el patio, sin saber a qué venían tantas vacilaciones, les preguntaba:

—¿Qué pasa?

—Eso, ¿qué pasa? —inquirió Andrés.

—¡Qué no hay nadie esperándonos! —contestó Luis desesperado.

—¿Cómo?

Para Andrés era el todo o nada, así que, tomando la iniciativa, ordenó:

—Cierra esa puerta y tú —dirigiéndose a uno de los carceleros, apretando la boca de su pistola contra su sien—, ni respires. —Aunque el guardián maldito si iba a intentar evitar que se escapasen los presos cuando ya vislumbraba que la guerra para los alemanes había entrado en una fase de debilidad en el este, y aquí, en Francia, ya veríamos si las fortificaciones del Atlántico lograban frenar la invasión.

—¿Qué hacemos? —le preguntaron sus compañeros, aceptando su liderazgo.

—Esperar. Y si trascurridos unos segundos no viene nadie, salir

corriendo hasta donde Dios quiera llevarnos. Cualquier cosa mejor que un campo de concentración para nosotros y un batallón de castigo para ti, Luis.

¿Qué había pasado hasta llegar a aquí?

Que pocas horas después del toque de silencio, cuando se suponía que todo el mundo dormía, Luis apagó la luz de su puesto de guardia y dejó abiertas sus dos puertas, la que daba a las celdas y la del patio, y ese ligero clic de las cerraduras fue la señal para que Andrés, Josip, el Boris y un tercer compañero de fuga, abriesen las suyas y se deslizasen entre las sombras hasta ese lugar y, tras intercambiarse un gesto de ánimo, salieron a ese patio donde tantas veces habían hecho la rueda; después, moviéndose entre las sombras, llegaron a la carpintería donde, debajo de la famosa tarima donde Luis vigilaba los trabajos de los internos, había una trampilla, la levantaron y bajaron a una bodega iluminada con una tenue luz roja, en la cual debían permanecer escondidos hasta las ocho de la mañana, cuando se apagaría la bombilla, dándoles la señal para comenzar la siguiente fase.

En el ínterin Luis les fue recordando a cada uno su cometido.

—Tú —señalando a Josip, el Boris, entregándole una de las dos pistolas que había logrado pasar— me ayudarás a anular a los dos guardianes de la puerta del patio que da a la calle, por donde entrarán los compañeros que vienen a liberarnos —y tú— al tercer hombre —vigilarás nuestras espaldas y, cuando entren los de afuera, les guiarás hasta el cuerpo de guardia.

—¿Y yo? —reclamó Andrés.

—Tú—entregándole otra pistola— conducirás al comando del exterior al despacho del director, para capturarle y que nos sirva de rehén.

Tal y como estaba previsto, a las ocho en punto se apagó la luz roja y en apenas dos minutos llegaron a la entrada situada en el muro posterior, anularon a los dos guardianes y abrieron la puerta justo cuando Josette abría la suya y, sin prisas, sin perder el gesto de amabilidad, se despedía de los funcionarios, prometiéndoles que el

próximo domingo, cuando llegase Pedro de la mina, irían a comisaría presentar sus papeles.

Apenas la cerró, los del comedor salieron disparados hacia los vehículos que les estaban esperando, motor en marcha.

—¡Ya están aquí! —exclamó aliviado Luis al verlos acercarse.

Sin tiempo que perder, Andrés condujo a su comando por la explanada, hasta la plaza principal y mientras parte del mismo se ocupaba del cuerpo de guardia, él, con un segundo, entraba en el despacho del director, que estaba desayunando tranquilamente. Lo agarraron por la chaqueta y a empujones lo llevaron hasta el cuerpo de guardia, encerrándolo con los guardianes previamente anulados por el comando, convenciéndolos para que no avisasen a las fuerzas del exterior con el contundente argumento de una pistola apoyada en sus riñones.

Al volver al punto de partida, Andrés tuvo una premonición y entró en el despacho del director y ¡bingo!, ahí estaba. En una mesa auxiliar, corroborando su traslado inminente, se encontró una carpeta conteniendo su expediente y, junto a ella, en el suelo, el macuto que llevaba el día que le detuvieron. Los tomó y salió corriendo hasta la puerta posterior de la prisión, donde le estaba esperando Luis.

Ahora tocaba retirarse con orden.

La tercera persona que estaba junto a ellos en el sótano, dirigiendo un grupo de asaltantes, abrieron las celdas, liberaron a los presos y les condujeron a la puerta.

—No os detengáis. Corred —les indicaba Luis, señalándoles la salida.

La historia posterior recordará que en la operación de Prisión Central de Nimes se produjo la fuga de un centenar de presos sin víctimas, salvo Cristino, a quien, cuando estaban abandonando el cuerpo de guardia, uno de los agentes logró sacar su arma y le hirió. Afortunadamente sus compañeros lograron evacuarlo.

21

Prayols 1944

El mismo coche que los sacó de Nimes los depositó en una pequeña granja a las afueras de Prayols, un pueblecito a pie de los Pirineos, en el departamento de Ariège, apenas unas casas de piedra gris en torno a una iglesia coronada de pizarra apuntando al cielo, convertido, por causas de la guerra, en una base de la guerrilla española, donde su aparato de pasos «De cara a España» escondía a los fugitivos a la espera de poderles proporcionar una nueva documentación y, en su caso, ayudarles a cruzar la frontera.

Sin apenas darles tiempo a sentir los pies sobre la tierra y antes de que se lanzasen a expresar su júbilo por su recién conseguida libertad, el granjero, muy cuidadoso con las normas de seguridad, tras recomendarles discreción, les condujo a su refugio, un pajar en un establo anejo a la vivienda.

Y ahora ya pudo abrir el ventanal y respirar a pleno pulmón el aire que soplaba desde la vecina Andorra. En silencio y a pecho abierto, se llenó de olor a libertad. ¿Cuánto permaneció así, ensimismado y con la mirada perdida en las crestas nevadas del Pirineo? No se puede medir el tiempo subjetivo, pero hasta que sus neuronas empezaron a descargarse de imágenes, palabras y sensaciones de todo su ayer lacerante y sentirse vacío de todo eso, hasta notar que su mente empezaba a asumir que el sonido del ramaje mecido por el viento, el olor a heno y a boñigas o el mugido de las bestias reclamando su ordeño no eran creaciones de sus sentidos. En ese momento retiró su mirada de la lejanía y exhaló un largo suspiro, destinado a limpiar sus vías respiratorias de tanto asco acumulado, tras lo cual ya pudo decirse:

—¡Ya está! Aquí se ha acabado todo.

Y cerró la ventana, la que dejaba entrar el aire del Pirineo y su biografía, decidido a que el pasado no llenase el resto de su vida de

rencor.

Siguiendo el ejemplo de Boris, se hizo un lecho de heno y se acomodó con su macuto entre las piernas, disponiéndose a explorar su contenido, cosa que hasta ahora las urgencias de la huida se lo habían impedido, despertando la curiosidad de su compañero.

—Ya es casual que te lo encontrases en el despacho del director —le dijo, queriendo iniciar un acercamiento que, hasta ahora, las circunstancias habían impedido.

—Ya lo ves. Hace cinco años que debía haber hecho esto.

—¿Quieres decir que el destino te está dando la oportunidad de acabar algo que dejaste inconcluso al salir de España?

—No he dejado tras de mí ni trabajo inacabado, ni persona esperándome.

—Eso suena a desengaño amoroso.

—No ha habido ninguna mujer. Si acaso una imagen a la que recurría cuando me ahogaba de soledad y abandono —concedió—. Nada que merezca la pena recuperar — le respondió, centrándose ahora en el contenido de su mochila. Al poco, una vez vaciada y explorada, exclamó—: ¿¡Será posible!? Está tal y como la dejé en Nimes. El sobre con el dinero e incluso… ¡Sí! —dijo triunfal, mostrando asombrado su llave, que extrajo de un bolsillo interior.

—Curioso recuerdo, Francés —comentó el Boris señalando la llave —. Parece la de una caja privada de un banco. Incluso tiene grabadas unas cifras. Supongo que una clave identificativa. ¿Me permites? —le dijo extendiendo su mano para examinarla.

—No, Boris. Lo lamento. —Aunque, arrepentido de su brusquedad, le explicó—: Este objeto tiene un valor mayor que el que le atribuyes. Es el testimonio de un compromiso que por las circunstancias de la vida no he podido cumplir. De todas formas, ya te aclaro que por sí sola no tiene ningún valor.

—Luego es verdad que has dejado algo pendiente en España— concluyó, queriendo ignorar las reservas que había expresado con

su respuesta anterior.

—Es posible —zanjó, cortando la conversación.

Tras colgarse la llave en el cuello, a manera de escapulario, empezó a ojear la carpeta que contenía su expediente y la orden de traslado a Nimes, donde se enfatizaba su peligrosidad política sobre cualquier delito de causa civil que pudiese haber cometido, recomendando, por ello, su retención en prisión a la espera de un juicio sine die. Adjunta a ella, una segunda orden de trasladarlo, esta vez a la Prisión Central d´Eysses, junto a los campaneros que salieron de Nimes cantando La Marsellesa.

Fiel a su propósito de evitar toda sombra de rencor, respiró profundamente para ventilar sus emociones y continuó con su exploración, pudiendo comprobar que en la documentación no se hacía ninguna referencia respecto a «Socorro Extremo», en contra de lo que se temió durante el interrogatorio, lo que explicaba que su llave estuviese en el macuto y no unida al expediente.

Siguiendo su labor se encontró ahora con la causa que lo liberó del acoso de los «miliciens» en Nimes: una diligencia de la Guardia Civil interesándose por su posible presencia en esa cárcel y, grapada a ella, la contraorden de la prefectura francesa suspendiendo su traslado a la Prisión Central d´Eysses.

¿A qué podía deberse tal interés, una vez excluido el tema «Socorro Extremo», habida cuenta la nula peligrosidad de alguien que llevaba cinco años en Nimes?

De nuevo, sin querer ahondar en el pasado, en un acto más catártico que de odio o rabia, rompió los papeles, lentamente, cuidadosamente, revolviendo los fragmentos con boñiga de vaca hasta formar una simbólica pella de estiércol.

—Acabo de dejar a cero mi vida —le dijo a Josip.

En los días siguientes permanecieron escondidos en la cabaña, esperando a que el aparato de pasos de la Resistencia decidiese trasladarlos a otro lugar. Mientras tanto, su vida se desarrollaba acorde a las normas de seguridad recomendadas por el granjero,

como tener prevista la posible retirada cautelar a un punto decidido a priori, evitar ruidos o luces nocturnas, mantener el lugar impoluto para no delatar su presencia y un largo etc., incluyendo la vigilancia de la senda que subía del pueblo o la precaución de trasladarse al bosque antes de la amanecida, la hora preferida por la policía para intentar una sorpresa.

Finalmente, una mañana, cuando se disponían a dar cuenta de un tazón de sopas de leche, se presentaron dos hombres de gesto desconfiado, ropa de pana, abarcas con suela de cáñamo y olor a monte, que con un fuerte acento aragonés preguntaron por el dueño de la granja, el cual, tras los saludos de rigor, les presentó a Andrés y a su compañero.

—Estos dos quieren ir a trabajar en la «Valledor». —Y luego, a los recién llegados—: A estos amigos los conocemos por los Maños, él es Doroteo Ibáñez, Ibáñez a secas. El otro es León Quiles, para la Resistencia, Perico.

—¿Sois los que nos vais a ayudar a cruzar la frontera? —preguntó Boris.

—¡Calma! —le contestó Ibáñez—. Que tú eres judío y todavía nos quedan por delante muchos temas que resolver.

Poco después abandonaron Prayols, se adentraron en los Pirineos y, a eso del mediodía, llegaron a un claro donde había un conjunto de cabañas de madera y techo de paja en torno a una más amplia, señalada con el cartel «Oficinas».

Estaban en uno de los chantiers que la Enterprise Forestière du Sud-Ouest tenía establecidos a lo largo de los Pirineos. La «Valledor y Cía.», como también se la conocía, era una empresa forestal dedicada a la producción de carbón vegetal y gasógeno, a cuya demanda creciente, causada por la escasez de carburantes de la guerra, se le unía la de traviesas de madera con destino a los ferrocarriles franceses, tan castigados por sus continuos sabotajes.

Su director y fundador, José Antonio Valledor Álvarez, fue el único español que tuvo el mando de una Brigada Internacional, la XV, la célebre Abraham Lincoln, formada por brigadistas de habla inglesa,

y que al finalizar la guerra se reunió en Francia con Vicente López Tovar, el Barbas y Coronel Albert, un veterano del Batallón Thälmann de la XI Brigada Internacional y uno de los actuales jefes del reconstruido XIV Cuerpo Guerrillero. Juntos trabajaron como leñadores hasta que un camarada del PCF le prestó su nombre a Valledor para que pudiese comprar un bosque en el departamento del Aude y fundar su primer chantier empleando a exilados españoles, la mayoría procedentes de los GTE, donde compatibilizaban sus oficios de leñadores con acciones de sabotaje, además de dar protección a los perseguidos por la Gestapo o los «miliciens», cobijar a fugados de cárceles y campos de concentración, comandos, pilotos derribados y, naturalmente, a los judíos, hasta que su aparato de pasos «De cara a España», al que pertenecían los Maños, les dotase de documentos y les cruzasen clandestinamente la frontera.

En el interior de la «Oficina» reinaba un fuerte calor, procedente de una estufa de hierro situada en el centro de la sala que, casi al rojo vivo, pavonaba de vaho los cristales de las ventanas. Tras un corto saludo dirigido a los presentes, Doroteo Ibáñez se acercó a uno de los empleados, que se afanaban en su hacer sin molestase en averiguar quién acababa de entrar.

—Son los nuevos —dijo señalando a Andrés y Boris.

—Esperad ahí —les indicó el otro, señalando una habitación contigua—. Al Barbas le gusta dar la bienvenida a los recién llegados.

Tras despedirse de los Maños, se fueron al lugar indicado, donde se encontraron con una tercera persona que, al igual que ellos, estaba esperando al Barbas. Era un joven con cara de niño, abundante cabellera peinada hacia atrás, ojos muy brillantes y penetrantes y gesto serio, que se acercó a ellos para saludarles y preguntarles si eran exilados españoles.

—Es un camarada centroeuropeo y yo, un francés excombatiente de la guerra de España —le respondió Andrés.

—Yo me llamo José Manuel Montorio Gonzalvo y soy de Borja.

La habitación olía a madera sin barnizar, a picadura de tabaco y a tinta de imprenta proveniente de una «minerva» situada en el edificio adjunto, desde donde les llegaba el ruido de sus rodillos trabajando a pleno rendimiento.

—Están imprimiendo esto —les dijo el de Borja, enseñándoles una hoja impresa rotulada con el sugerente título «Reconquista de España»[14]—. ¿Lo conocéis?, es el periódico de la guerrilla, tiene más aceptación que «Mundo Obrero», el órgano oficial del PCE.

—De donde venimos no resultaba fácil leer ninguno de los dos.

Tras un cigarrillo rompehielos, empezaron a contarse el motivo que les había traído hasta allí y así pudieron enterarse de la historia del joven al que acababan de conocer, que a los nueve años se quedó huérfano de padre y se trasladó con su familia a Barcelona, donde trabajó en un taller de vulcanizados y se afilió a la CNT, el sindicato anarquista. En 1939, tras lo del Ebro, cuando los nacionales iban a entrar en la ciudad, se fue a Olot, donde vivía parte de su familia; en el camino, a la altura de Calella, la aviación atacó la columna de refugiados con la que viajaba, ocasionando numerosas víctimas mortales, entre ellas la de una mujer y su hijo de pecho, que murieron en sus brazos.

—Y eso fue lo que me unió a esta lucha, mi odio contra el fascismo.

Tras exilarse a Francia lo encerraron en el campo de concentración de Saint Cyprien, en Perpiñán, incorporándose a un GTE, pero cuando los alemanes entraron en París lo trasladaron a Argelés-sur-Mer, donde conoció a Cristino García y a otros camaradas de «la Valledor». Pasado un tiempo lo volvieron a llevar a Saint Cyprien, hasta que en 1941 las autoridades de Vichy, decididas a canjear exilados españoles por prisioneros franceses lo reubicaron, junto a otros diez mil compatriotas, en el campo de Saint Mèdard-en-Jalles, en Burdeos, para trabajar con la organización TODT en la construcción de una base de submarinos en el río Gironde, de donde, de nuevo, se fugó.

—Y aquí estoy, recurriendo a los viejos amigos de Argelés para trabajar en algún chantier.

—Para ser tan joven tienes una larga historia.

—No necesitas un historial especial para que un Gobierno fascista te considere un delincuente peligroso. En mi caso, aunque no peleé en la guerra, me bastó con estar fichado por anarquista.

—En el mío sucedió al revés, pero terminó igual. No pertenezco a ningún partido político, pero he peleado en la guerra de España.

En ese momento salió de un despacho contiguo un grupo de seis personas, tres franceses y otros tantos españoles, entre los que estaba Cristino García, mostrando su brazo derecho en cabestrillo por la herida recibida en Nimes, que al reconocerlos se acercó a saludarlos y a presentárselos a sus acompañantes.

—Son dos camaradas liberados en la acción de Nimes, que han decidido unirse a nosotros. Andrés combatió en las Brigadas Internacionales y en el 300 BON, del XIV C. G. de España, y Josip, el Boris, es un comunista serbocroata miembro de la Resistencia, que quiere pasar a España para unirse a la gente de Tito en Yugoslavia.

Bienvenidos —les dijo al estrecharles la mano un hombre de unos cuarenta años, delgado, nervioso, bigotillo militar y voz cascada de fumador empedernido—. Soy Vicente López Tovar, Coronel Albert para la resistencia, aunque mis hombres prefieren llamarme el Barbas; ya sabéis que aquí, por seguridad, nos conocemos por nuestros motes. En cuanto a ti —por el joven anarquista—, tienes una larga historia desde chaval —dejando sentando para siempre el apelativo con el que pasará a la historia José Manuel Montorio Gonzalvo, el Chaval—. Los tres pasaréis un periodo de prueba antes de que os unáis a la 3ª División con el camarada Cristino. En cuanto a ti, Boris, tendrás que tener paciencia antes de poder pasar a España.

Cuando terminó de hablar López Tobar, uno de los tres franceses que le acompañaban se acercó para darles la bienvenida en nombre del Consejo Nacional de la Resistencia, el órgano que agrupaba a todas las fuerzas guerrilleras, incluida la UNE, en última instancia bajo el mando del general De Gaulle, adobando su discurso con un complejo tic que, a la vez que guiñaba insistentemente un ojo,

llevaba la mano del mismo lado a la altura de la comisura bucal para agitarla con pequeñas sacudidas a manera de rascado, sin llegar a tocarse la cara y, en el sumo del paroxismo, emitir un desagradable chasquido de lengua.

¡Cómo no iba a reconocer un francés a André Malraux!, escritor, cineasta, aventurero, político y un amplio etc., incluyendo el de colaborador con la República como jefe y promotor de la célebre «Escuadrilla España», que llegó a contar con un centenar de pilotos voluntarios que, desde 1936 y hasta su disolución en 1937, pelearon por el pueblo español, en defensa de su honra y libertad, como afirmaba en su película Sierra de Teruel, filmada en 1938, anticipándose al neorrealismo italiano.

Malraux, dirigiéndose en tono jocoso a Cristino, le dijo:

—Supongo que ahora se acabarán las «recuperaciones de parachutages» — empleando el mismo término utilizado por Valledor para explicar cómo se había financiado el chantier donde se encontraban, tendiendo una emboscada a unos contrabandistas de Andorra a los que capturaron una reata de mulos cargados de tabaco, un verdadero artículo de lujo en esos tiempos, con cuya venta pudieron dar los primeros pasos.

—Camarada —le contestó Cristino—, si te refieres a que «alguien» se ha apoderado de alguno de los envíos que os hacen los aliados por paracaídas, espero que ahora que vamos a ser coordinados por el Consejo Nacional de la Resistencia, no tengamos que recurrir a ellos.

---

[14] Periódico oficial del XIV Cuerpo Guerrillero. Su primer número se editó el 1 de mayo de 1941.

22

La empresa Valledor

A la mañana siguiente conocieron a Ángel Fuertes Vidosa, un hombre de la edad de Andrés, unos 25 años, media altura, pelo ondulado y escaso, ojos claros de mirada mística, propia de un hombre de convicciones profundas, al que se le conocía como Antonio y también Maestro Agüero, por la localidad donde nació y ejerció esta profesión. Miembro de la FETE-UGT (Federación Española de Trabajadores de la Enseñanza), en 1936 se unió al «Batallón de la Pluma», que se creó en Barbastro con los maestros de izquierdas de las tres provincias aragonesas y, tras sufrir su bautismo de fuego en la Bolsa de Bielsa y después de lo del Ebro, se exilió a Francia para unirse a la resistencia española en el Pirineo, donde fue nombrado comisario político de la 4º DIV.

—Aquí, en la Valledor, distribuimos a la gente en tres niveles —empezó a explicarles—. En el intermedio acogemos a los huidos y les rehacemos la documentación antes de pasarlos a España. El escalón superior es el de los «maquis verdaderos», gente que han decido integrarse en nuestra lucha y formar parte del XIV C. G. En el escalón inferior están los que se dedican únicamente a trabajar. Aún existe un cuarto, el de los «maquis blancos», la cara legal de este entramado, donde se integran los camaradas sin antecedentes que se ocupan de la administración, capataces de cuadrillas y otros oficios. —Y ahora les preguntó—: ¿Vosotros hasta dónde queréis comprometeros?

—Camarada —respondió Andrés—, hace mucho que tomé las armas para luchar contra los enemigos de la libertad, ayer en España y hoy en Francia. Y así seguiré hasta que echemos a los alemanes y los franceses tengamos un Gobierno legítimo. Así que me da igual donde haya nacido mi compañero de armas.

—Tienes razón, lo mismo da, lo que importa es el enemigo común, el fascismo en España o los nazis en Francia. —Ahora, al Chaval —:

En cuanto a ti, antes de que tomes una decisión, quiero informarte de que en los Pirineos hay chantiers explotados por compañeros anarquistas.

—Yo ya me comprometí en Argeles-sur-Mer con la UNE.

—Entonces no hay más que hablar. Respecto a ti, Boris, tú oficialmente no existes en Yugoslavia. Pero calma. —Lo tranquilizó viendo la intensa palidez que cubrió su rostro—. Dada su política racial y religiosa, es posible que hayan decidido tu muerte civil, eliminándote de cualquier archivo, lo que te define como un judío sefardí apátrida.

—Entonces espero que me ayudéis a cruzar la frontera y, una vez al otro lado, que la agencia judía, la American Jewish Joint Distribution Committee, se ocupe de trasladarme a Gran Bretaña o a los Estados Unidos.

—No es tan fácil. El Gobierno de Franco niega el derecho a la libertad religiosa, por lo que ha dejado a la comunidad sefardí prácticamente en la misma situación que tenía tras el edicto de expulsión de los Reyes Católicos. Os reconoce la nacionalidad, pero no el derecho de residencia. En consecuencia, para poder cruzar la frontera tenéis que hacerlo en calidad de población en tránsito, por lo tanto, con visado de entrada en Portugal o en el norte de África. En estos momentos, la afluencia de gentes ha colapsado el sistema, lo que ha obligado al Gobierno luso a suspender la concesión de visados hasta que sean evacuados los que ya llevan meses retenidos en su territorio. En adición, la agencia judía se ha negado a hacerse cargo de los sefardíes, alegando que debe ser el Gobierno español el que responda de sus propios ciudadanos.

—Entonces me adhiero a la tesis de Andrés. Lo mismo da pelear en Yugoslavia que en Francia.

—Pues nada más que hablar. —Concluyó—. ¡Todos al bosque! —Les invitó, entregándoles ropa de trabajo, hachas, una manta y una piel de oveja, el mejor aislante para el suelo frío y húmedo del monte, añadiendo a su equipo un frasco de petróleo Gal, una loción alcohólica de este hidrocarburo y esencias cítricas, recomendado por la perfumería Gal de Madrid para lograr una cabellera larga y

sedosa como la que desplegaba la hermosa mujer de su etiqueta.

—El mejor remedio contra las chinches y otros parásitos, además de proporcionar unas reconfortantes friegas para entrar en calor.

Finalmente les entregó un macuto de unos 35 kg de peso.

—La mayoría es lastre y sirve para entrenarnos a soportar el peso del verdadero equipo de campaña, que consiste en unas raciones de galletas, queso y frutos secos, dos bombas de mano, quinientas balas de fusil ametrallador y cuatro pastillas de tolita con sus correspondientes fulminantes.

Ese primer día se limitaron a dar una amplia caminata de iniciación, procurando la invisibilidad del guerrillero, su disciplina de marcha, en silencio y en fila de a uno, evitando hacer senda en el camino, el paso postrero sobre el precedente, a obviar zonas despejadas, las crestas del relieve y, por supuesto, cualquier contacto humano, incluyendo el de las cuadrillas de leñadores y carboneros que pudieron ver a lo lejos. Al final, aunque su guía fue eligiendo la ruta más cómoda, los tres neófitos, no tanto el Chaval, acabaron derrengados, con las plantas de los pies hirviendo y los músculos doloridos.

—El monte es nuestro entorno natural y debemos aprender a movernos por él —les dijo, inmisericorde, el Maestro Agüero.

Acamparon en un claro junto a unos árboles recién abatidos, según se adivinaba por el olor a resina del tajo y sus hojas marrones y secas.

—Mañana los trocearemos para que las carretas de bueyes los trasporten hasta las carboneras, donde una tercera cuadrilla de leñadores los trasformará en carbón.

Andrés, que a pesar de que no tenía experiencia en la distribución de la mano de obra, sí que había estudiado en su carrera fórmulas para su mejor aprovechamiento, le preguntó:

—¿No te parece que el trabajo por colectividades de producción no es muy útil? Permite que haya brazos inútiles tomando el aire en los

carasoles, excusándose de que ya han cumplido con su cupo.

—Tú hablas de formas de producción capitalistas, y esto ni se ajusta a nuestra idea del reparto del trabajo, ni a las circunstancias específicas de esta empresa y, mucho menos, de sus trabajadores. Ya lo entenderás.

Tras tres semanas de largas marchas castigando sus espaldas con su pesado equipo, el sudor recorriéndoles el canal vertebral y los calcetines pegados a la piel, de conocer cada paquete muscular por zonas de dolor y de repasar cada noche el estado de sus ampollas, ya pudieron dormir bajo las estrellas olvidándose de la dureza del suelo y los relentes del amanecer. Y cuando ya marchaban relajadamente, pisada sobre la pisada precedente, y el oído era capaz de discriminar cualquier ruido ajeno al bosque, el Maestro Agüero juzgó que ya había llegado el momento y esa mañana, cuando se disponían a seguir haciendo astillas, se encontraron con que su tajo estaba ocupado por otro equipo de leñadores.

—¡Eh, camaradas! —les gritó uno de ellos, un asturiano adentrado en la veintena, alto, delgado (bueno, en el Ariège esto último no era una seña), pelo ondulado, gesto serio, rasgos muy dibujados y mirada penetrante, que les espetó a manera de saludo: —Esto es una Brigada de guerrilleros, aquí por la mañana hacemos leña y carbón y por la noche sabotajes, así que si os conviene, os quedáis con nosotros y si no, os ponéis a disposición del partido para seguir cortando leña.

Así, tan sencillo y con un discurso tan sin retrueques, les anunciaron que ya podían pasar a otro nivel, a lo que el Chaval, sin inmutarse, le contestó retador:

—Tú danos una pistola y después preguntas.

—¿Sabes con quién estás hablando? —le advirtió el Maestro Agüero —. Es José Antonio Alonso Alcalde, comandante Robert, el jefe del Estado Mayor de la 3ª Brigada, 3ª División, que manda Cristino García.

A continuación, les contó que ese hombre, al poco de llegar a la Valledor, cuando la 3ª Brigada solo la componían seis hombres, lo

recibió con esas mismas palabras, a las que él contestó de forma similar al Chaval, que para poder jugarse la vida hacía falta tener un arma y aquí solo había una pistola para seis personas. Y continuó diciéndoles:

—Si alguien quiso entender una fanfarronada, se equivocó. Al poco, un chico vino con el soplo de que en las oficinas de Hacienda de Lavelanet había cerca de un millón de francos. —Si me dais un arma voy a buscar esos cuartos—. Al día siguiente, él y un camarada se presentaron al mediodía en las oficinas. A esas horas solo había un cliente y dos empleados:

—¡Manos arriba!, no se muevan, no somos atracadores, somos de la Resistencia; nos hace falta para comer y vestirnos y para ayudar a los amigos encerrados en los campos de concentración —gritó, amenazándoles con la única pistola que tenía la brigada y su compañero con una granada, que se pasaba continuamente de una mano a la otra para que la vieran. Al final se llevaron 335.000 francos. Poco después dieron un segundo golpe, asaltando un coche de correos, y ya no necesitó hacer más demostraciones para que sus compañeros lo eligieran jefe del Estado Mayor de una Brigada que hoy la forman unos trescientos hombres.

—Se ve que no obtenían mucha ayuda de los camaradas de la Resistencia Francesa —contestó lacónicamente el Chaval.

Era cierto, a pesar de que todos, franceses y españoles de la UNE, formaban parte de la Resistencia, solo contaban con ellos a la hora de pedirles que el aparato de «Cara a España» cumpliese con su cometido, hurtándoles cualquier posibilidad de armarse, para lo cual tenían que recurrir a esos «parachutages» a los que se había referido André Malroux.

Al comandante Robert no le debieron disgustar las respuestas del Chaval, porque esa misma noche se presentó ante él, acompañado por Cristino y el Maestro Agüero.

—Eh, tú, el que quería una pistola, ¿te vale esto? —lanzándole una MK 2, una de esas granadas de piña del ejército americano, que atrapó en el aire sin torcer el menor gesto. —Parece que no es fácil arrugarte o que las conoces y sabes que para que explosionen

necesitas quitarle este perno —una anilla bien visible— y todavía te quedarían seis segundos para ponerte a salvo.

—Algo de esto aprendimos en 1936, con Durruti, en Barcelona. Entonces no me permitieron sumarme a la lucha, pero me convencieron de que el verdadero campo de batalla del obrero es la Revolución. Cuando perdimos la guerra supe que la colectivización que proclama el comunismo libertario solo sería posible si derrotábamos a Franco —le contestó, jugueteando con la «piña» como si fuese una pelota—. Y eso es lo que he venido a hacer aquí, ponerme a disposición de la UNE, la única que tiene medios para lograrlo, y no a hacer carbón.

—Me vale tu respuesta, muchacho. ¿Y tú, Boris?

—Antes de detenerme la Gestapo trabajaba en las oficinas que André Marty, secretario general de la Tercera Internacional, montó en París para afiliar a los voluntarios que querían unirse a las Brigadas Internacionales, diez mil judíos lo hicieron, muchos de ellos en la Brigada Thälmann, y López Tovar sabe cuánta sangre de los míos se derramó en el Hospital Clínico y en la Facultad de Filosofía de Madrid. Así que, reivindicando la generosidad de su entrega, repito lo que ya dije al llegar a aquí, que tan bueno es pelear contra el fascismo con los camaradas de la UNE que hacerlo en mi Yugoslavia nativa —contestó él, en un discurso carente de los medievalismos característicos del idioma sefardí, demostrando el esfuerzo que había hecho para adaptarse.

Impresionado ante la fuerza de su argumento, el Maestro Agüero le extendió la mano derecha, recitándole los versos que Miguel Hernández dedicó a las Brigadas Internacionales:

Si hay hombres que contienen un alma sin fronteras,

una esparcida frente de mundiales cabellos

cubierta de horizontes, barcos y cordilleras,

con arena y con nieve, tú eres uno de ellos.

—¿Y tú? —preguntó a Andrés el Comandante Robert.

—Por las intenciones del Francés respondo yo —contestó Cristino.

Con tan corta ceremonia, estos leñadores del Pirineo pasaron de estar a «disposición del Partido» a estar dispuestos a «pendre le maquis». [15]

Esa noche durmieron bajo cubierto en una cabaña de madera y, ¡será posible!, hasta echaron de menos la cubierta de estrellas y sus pieles de oveja, que hacían las veces de colchones

Al domingo siguiente, el primero que en mucho tiempo tuvieron libre, desde marzo de 1939 para Andrés, decidieron ir a pasarlo, junto a otros compañeros, a Prayols (quién recuerda ahora las precauciones que tuvieron que tomar en la granja esos primeros días tras su huida de Nimes). Pero al ir a coger el vehículo que debía trasportarlos…

—¿Qué es eso? —preguntó divertido, viendo esa especie de camión que llevaba en su caja una caldera humeante y, a la altura del motor, un recipiente que despedía un intenso olor a cisco de brasero.

Comprensivos con el tiempo pasado aislado del mundo, le explicaron que, a tenor de las restricciones de carburantes, los vehículos no militares utilizaban gasógeno, un producto procedente de la destilación del carbón de leña que, tras su combustión parcial en esa llamativa caldera situada en la parte posterior del vehículo, se producía monóxido de carbono que, a través de un sistema de tuberías, se conducía hasta el recipiente situado a la altura del motor, sirviéndole de combustible.

—¿Y con esto se puede circular por la geografía del Pirineo?

Con eso y renqueante, tosiendo gases y rezumando breas, pero sí, con este combustible y, en ocasiones, teniendo que tirar de la reserva de gasolina.

Una vez allí, bueno, es cierto que la vida tiene grandes momentos

que hacen olvidar, o al menos mitigar, los pasados, y esa fue la sensación que percibieron al entrar en esa taberna y llenarse de olor a serrín húmedo, a olla hervida y a especias. Andrés, sin participar en la alegría de sus compañeros, que se dispusieron a consumir hasta los posos el escaso salario recibido en la Valledor, se acercó casi con reverencia al mostrador de piedra donde reinaba esa mujer de negro, gesto tallado en roca y hebras blancas peinadas tan tirantes que lograban borrar las huellas que la vida había dejado donde antes había sonrisa.

—Qué va a ser?

—Un ajenjo.

No le gustaban los sabores anisados, pero le sonaba tan francés, tan de por allí, que se dispuso a saborearlo sentado en una banqueta tan baja que le obligaba a tener las piernas estiradas, con los brazos detrás de la cabeza y la nuca apoyada en las palmas, ausente, ajeno al paso del tiempo… ¡Tan lejano! Sintiendo cómo el alcohol le rajaba la garganta.

—¡Cuánto tiempo!… ¡Qué sé yo! ¡Hum!

Y dormitar, dormitar sin mirar atrás, olvidándose hasta de ensoñar. Respirar, solo eso y, si me apuras, ni ello.

Entonces SÍ, ahora SÍ, ahora ya se sintió LIBRE.

Días después, cuando se disponían a ir al trabajo:

—Tú hoy no vas al bosque, Francés —le dijo Cristino, entregándole un pesado macuto, como los que empleaban en los entrenamientos —. Veremos de lo que te acuerdas de tus tiempos de ingeniero de minas.

—¿A dónde vamos? —le respondió decidido. Cristino le tendió la mano y le contestó:

—Bienvenido a la 2ª brigada de la 3ª División, con base en l´Anduce —añadiendo a continuación—: en Tarascón-sur-Arièges, en el camino a Andorra, hay un conducto de agua que baja de la montaña para alimentar una fábrica de aluminio. Vamos a volarlo.

El resto estaba escrito en el manual del guerrillero que había aprendido durante su experiencia española. Aprovechando la oscuridad de la noche, se deslizaron por la tubería hasta llegar al punto donde desembocaba en los depósitos de almacenaje, y ahí colocaron sus cargas.

¡Bummm!

Ese fue su bautismo de fuego en el XIV C. G.

Amigo, ¿oyes el vuelo pesado

de los cuervos sobre la llanura?

Amigo… ¡Eh! partidarios, obreros,

campesinos,

¡esta noche el enemigo sabrá el precio de la sangre

y de las lágrimas...

---

[15] Expresión francesa equivalente a la española «echarse al monte». Maquis, genéricamente, es la vegetación de plantas y matorrales con las que construían sus cabañas. Maquisards, las gentes que vivían en estos campamentos.

23

¡Ils sont arrivé!

La noche del 6 de junio de 1944, las ondas de la Pirenaica trajeron a los carboneros del Aude la noticia del desembarco de Normandía y con ella la llamada de la Pasionaria a todos los guerrilleros españoles:

Las batallas en las cuales se va a decidir la suerte de los pueblos han comenzado. (…) Ayudar a Francia a reconquistar la libertad es ayudarnos a nosotros mismos. Ayudar a destruir al hitlerismo es golpear a muerte al falangismo…

—Nuestra camarada Dolores Ibárruri, la Pasionaria, acaba de ratificar lo que desde hace mucho tiempo venimos predicando, que la lucha del proletariado contra el fascismo implica que, terminada esta guerra, continuará hasta que logremos liberar España —afirmó el Maestro Agüero a todos los reunidos en torno a la radio, incluidos Andrés, el Chaval y Boris—. Y no vamos a estar solos. El Consejo Nacional de la Resistencia (CNR) ha confirmado a la UNE que, una vez liberada Francia, intervendrán en España.

Nadie puso en duda las afirmaciones del comisario político de la 4ª brigada ni la promesa del CNR, reconociéndose valedor de la causa.

—¿Entonces, camarada, tras la caída de Berlín, Madrid? —insistió Boris al Maestro.

—¿Y por qué no vamos a ir a España antes? —respondió exultante.

Esto sí que no se lo esperaban.

—¿Qué quieres decir?

—Que los aliados no van a permitir que siga gobernando en España un dictador que se impuso en el 36 gracias a la ayuda de las potencias fascistas, y que después se ha mantenido junto al Eje. Si cuando acabe la guerra ya estamos peleando en el interior, liderando el movimiento revolucionario de la clase obrera en las ciudades, estaremos en posición ventajosa respecto al resto de los partidos políticos del exilio. Como está ocurriendo en Yugoslavia con Tito.

Entre los carboneros, la figura de Tito era paradigmática, y no solo por su ideología comunista, sino porque miles de yugoslavos, incluyendo los cuatro jefes de su ejército, habían combatido en las Brigadas Intencionales, dejando muchas vidas en España. Por tanto, su lucha, tanto contra el invasor como contra los Chetniks, el movimiento guerrillero monárquico y opositor, al que inicialmente apoyaban los aliados y ahora dejaban abandonados a su suerte tras el reconocimiento de Tito, contando con él para la formación del próximo Gobierno en Yugoslavia.

—Maestro, esto va más allá de la lucha contra el invasor —le dijo Andrés, expresando sus reparos.

—La Tercera Internacional comunista aspira, tanto en la Europa que vamos liberando como en España, a que, una vez superada la lucha patriótica, implantemos en todos los países la dictadura del proletariado.

Estas palabras las hubiese certificado el propio general De Gaulle, que tenía que navegar entre dos frentes, entre el temor a que en las zonas liberadas por la Resistencia se intentase implantar un gobierno popular y que los aliados entregasen el gobierno provisional de la República a un Comité de Ocupación Aliado. En esta encrucijada, el 13 de agosto en París, los trabajadores del metro y la Gendarmería Nacional se lanzaron a la huelga, a la que al poco se unieron la policía y los carteros y, el día 18, Henri Rol Tanguy, responsable comunista de la región de la Île-de-France, proclamó la huelga general y la movilización de la Resistencia.

… *¡Subid de la mina, descended de la colina,*

camaradas!

Sacad de entre la paja los fusiles, la metralla,

las granadas… (himno guerrillero).

—Este es el momento para nuestros camaradas del PCF —clamó exaltado el Maestro—. Si los comunistas somos los primeros en ocupar París, el prestigio que conseguiremos será fundamental a la hora de restaurar el gobierno provisional de Francia y concurrir a las futuras citas electorales.

En contra de las previsiones estratégicas de Eisenhower, De Gaulle movió ficha y ordenó a la 2ª División Blindada del general Philippe Leclerc (integrada en el 3º ejército de Patton) y la 4ª DIV. Estadunidense, que iniciasen la carrera hacia la capital con la intención de llegar el primero.

En este contexto, a principios de agosto, José Antonio Alonso Alcalde, Comandante Robert, recibió el aviso de la Resistencia de que iba a llegarles un envío por el aire y, cuando estaban esperando un importante alijo de armas y municiones, resultó que lo que les llegó fue «carne».

—¿Carne? —preguntó Cristino extrañado.

—Sí—le respondió Robert—. Lo que hemos recogido es un grupo de cinco personas, enviado desde Argel a cargo de un teniente paracaidista. —Tras lo cual le presentó a un oficial francés, al teniente Marcel Bigeard, Bruno[16] para la Resistencia, al que De Gaulle acababa de nombrar delegado militar para el departamento del Ariége.

—Necesito urgentemente ponerme en contacto con el comandante Robert, jefe de la resistencia anarquista —les dijo este, mostrando sus credenciales y un sobre lacrado con las órdenes del general De Gaulle.

Los dos maquis se miran extrañados e insistieron:

—¿Dice que quiere hablar con el jefe de la resistencia anarquista?

—Exactamente, con la brigada anarquista que manda el comandante Robert — insistió.

A lo que respondió Cristino, con su misma convicción y sin más aclaración:

—Él es el comandante Robert y yo, su jefe.

Bruno, siguiendo las órdenes recibidas, e ignorando a Cristino, entregó al primero su sobre y les resumió la situación:

—La operación Dragoon[17] ha obligado a los alemanes a replegarse, dejando mal defendidas las ciudades del sur, lo que nos va a permitir atacar el 18 de agosto las ciudades de Lavelanet, Pamiers y Varilhes, y a ustedes, el día 19, Foix.

A continuación les presentó a sus compañeros, uno de ellos, el sargento de radio, era un español llamado Cánovas, originario de la zona. Tras lo cual pidió hablar en privado con los dos jefes españoles, a los que, una vez a solas, les declaró confidencialmente que se había ordenado la toma de Foix a los anarquistas para evitar que fuese liberada por los comunistas e intentasen implantar en ella un régimen marxista.

Sin sacarlo de su error, Cristino inició los preparativos, asignando al 3º Bon. la misión de cortar la comunicación de Foix con Saint Girons y Ax-les-Thermes, al 2º Bon. la N-20, la carretera con Andorra, encargando a Robert, al mando del 1º Bon. del Estado Mayor y la Misión Interaliada, el ataque de la ciudad.

El día 19, a la 17 horas, iniciaron la hostilidades, enviando un grupo guiado por Cánovas, el sargento de radio, a asaltar una villa ocupada por la Luftwaffe, haciéndoles huir a los primeros disparos, tras lo cual ascendieron por las terrazas de Pech y colocaron una ametralladora en la base de la torre cuadrada del Castillo, desde donde se dominaba el Pont Vieux sobre el Ariége, en el que se habían hecho fuertes los alemanes, sometiéndoles a un fuego tan intenso que optaron por abandonarlo y refugiarse en el Liceo. Simultáneamente, un segundo grupo ocupó unos jardines sobre el

río, mientras que un tercero, al que se les habían unido unos ferroviarios y la propia Resistencia francesa, que se había movilizado ante el ataque español, se hicieron fuertes en la estación. Finalmente, a las 19 horas, el 2º BON., que se había retrasado, llegó para reforzar a sus compañeros, apostándose en el parque, donde colocaron una batería de morteros con los que empezaron a bombardear el Liceo, acabando por provocar la rendición alemana.

La toma de Foix concluyó dos horas después de iniciarse, pero la conquista de la Ariége tardó dos días más. El hecho más destacado se produjo cuando el sargento de radio, Cánovas, captó una comunicación enemiga y pudo avisar de la llegada de una columna alemana procedente de la frontera española, formada por alemanes y soldados mongoles voluntarios.

—Nos enfrentamos con ellos en un lugar entre Saint Girons y Foix —contaría después el Comandante Robert—. Pero ahora, a los trescientos cincuenta guerrilleros de nuestra brigada se les había unido una centena de franceses. En total seríamos unos quinientos, pero como estábamos desperdigados en guerrilla, les hicimos creer que éramos muchos más y decidieron sacar bandera blanca y parlamentar. Durante las negociaciones, el teniente Bigeard y el mayor inglés, que iban de uniforme, les engañaron diciéndoles que estaban cercados por tropas paracaidistas. Esta estratagema les hizo rendirse, dejando catorce mil prisioneros, que fueron conducidos al campo de concentración de la Vernet, paradójicamente el mismo en el que años antes habían encerrado a la emigración española considerada peligrosa, entre ellos a la brigada Durruti y el jefe de la 25ª División, el genial Vivancos, que una vez liberado se marchó a París, donde subsistió vendiendo pañuelos pintados a mano, iniciando así la carrera artística que le llevó a colgar sus cuadros en el Reina Sofía.

Como se temía De Gaulle, una vez tomada la ciudad, los guerrilleros, siguiendo el esquema revolucionario del partido, entregaron el poder a un Comité de Liberación dirigido por un comunista, Jean Lagar, al que nombraron prefecto provisional, a la vez que hacían presidente del Comité Departamental de Liberación a Gabriel Prosper, también comunista. Fue entonces cuando Bruno

se enteró de que durante todo este tiempo no había estado tratando con tropas anarquistas.

---

[16] Marcel Bigeard, Bruno, el pecho más laureado de Francia. Después de la guerra combatió en Indochina, en Dien Bien Phu, y finalmente en Argelia, proclamándose partidario del empleo de tácticas de «guerra no convencional», incluida la tortura. Se retiró en 1976 con el grado de general de cuerpo de ejército.

[17] El desembarco del 15 de agosto en la Provenza estaba planificado para unirse con los ejércitos de Normandía y encerrar a los alemanes en una pinza, por lo que tuvieron que distraer tropas, dejando desguarnecido el sureste de Francia.

24

La Madeleine

Simultáneamente a los hechos de Foix, Vicente López Tovar recibió la orden de interceptar una columna enemiga que, procedente de Toulouse, se dirigía a París.

—La ruta Toulouse-París pasa necesariamente por el cruce de La Madeleine, en las cercanías de Tornac —respondió Cristino que, tras consultar el mapa, señaló a Tovar un punto—. Aquí, en el cruce de La Madeleine, la carretera se estrecha y trascurre por un espeso bosque antes de cruzar el puente del ferrocarril Lazan-Anduzé. Es el lugar ideal para tenderles una emboscada. Y que Dios reparta suerte. —Terminó diciéndole, conociendo perfectamente que tras haber destinado su División a Foix, apenas contaban con 34 guerrilleros de la 21ª BRI y 4 franceses de las FFI.

Al atardecer del 24 llegaron al lugar y, tras explorar el terreno desde el mirador del Castillo de Tornac, desde donde se denominaba el lugar, le dijo a Andrés:

—Francés, la voladura del puente del ferrocarril es fundamental y tú ya me has demostrado que sabes hacerlo. Encárgate de ello.

Mientras él y un pequeño grupo minaban los pilares de la estructura, Cristino, con otros antiguos barreneros, sembraban de minas la carretera, colocando cada diez metros una carga de dinamita, unidas por una red de cables que permitían su deflagración secuencial. Finalmente, instalaron en el castillo una ametralladora con la que batir el área y distribuyeron puntos de tiradores de forma escalonada en las laderas.

Y ahora ya, la táctica a seguir:

—Disparar como locos, cambiando continuamente de posición para hacerles creer que somos un grupo mucho más numeroso. Así que

nada de hablar y menos, dejarse ver. Descargas de ametralladora seguidas con desplazamiento rápido a un área asignada previamente, y vuelta a empezar. Así hasta que se rindan.

¿Con tan solo treinta y seis hombres? Si alguien pudo hacer tal comentario, el resto no lo escuchó, tal era su estado de moral.

Después, Cristino y un pequeño grupo se acercaron a Tornac para ponerse en contacto con el alcalde.

—Tienen que evacuar el pueblo.

Su acento español y sus brazaletes con las siglas FFI-UNE eran su carta de presentación. Y así lo entendieron los locales, que se aprestaron a colaborar guareciéndose en un lugar seguro, atentos a que algún descontrolado pudiese avisar a los nazis.

A continuación volaron el puente.

Al amanecer del día 25 de agosto, cuando Andrés, Boris y dos mineros estaban echando el último vistazo al cableado de las minas dispersas por el camino, les avisaron dese el castillo de que se acercaban por la carretera unos cuatro o cinco vehículos en vanguardia. Sin apenas tiempo para más, se echaron cuerpo a tierra agarrados a sus ametralladoras y rezando para que los arbustos los ocultasen, a tiempo para poder ver pasar por encima de sus cabezas a los vehículos alemanes, cuyos ocupantes, más pendientes del traqueteo del camino que de vigilar sus alrededores, llegaron al puente sin tiempo para advertir que había sido volado y que habían caído en una emboscada, cayendo abatidos por las balas de los atacantes.

—Hay que sacar los vehículos del camino y esconderlos antes de que llegue el grupo principal —ordenó Andrés.

Cuando Boris y los otros dos guerrilleros empujaban un vehículo fuera del puente, saltó de debajo un soldado alemán dispuesto a vender cara su vida. Ninguno de los tres lo había visto y, dando por sentado el resultado de su acción, habían descuidado su seguridad, dejando sus armas en el suelo para realizar el trabajo. Ahora, desconcertados, con los ojos abiertos de terror y la mirada fija en la

boca del cañón del arma del alemán, sentían literalmente chocar contra su pecho esa bala que les iba a segar la vida.

Sonaron unos disparos y…

Una fracción de segundo después, Boris y los suyos pudieron advertir que seguían con vida, que no había ningún arma apuntándoles y que en sus camisas no había manchas de sangre. Si acaso en el cuerpo del alemán que, tras sufrir dos sacudidas, caía desmadejado al suelo como un muñeco de trapo. Afortunadamente, Andrés no había olvidado los hábitos adquiridos en la guerra de España y, mientras los tres trabajaban, él vigilaba con su arma amartillada y pudo abatir al enemigo antes de que cumpliese su propósito.

Boris todavía tardó unos segundos en comprender que su compañero le había salvado la vida, pero cuando ya iba a murmurar unas palabras de agradecimiento, Cristino García, que había asistido a la escena desde lejos, llegó hasta él y le soltó una dura filípica por su inconsciencia, al haber actuado sin haberse asegurado antes de que todos los enemigos estuviesen muertos.

Cuando se retiró el jefe, Andrés, apoyando su mano sobre su hombro, le hizo un guiño de complicidad y le preguntó:

—¿Todo bien?, ¿algún problema con el minado?, ¿no? Entonces vayamos a ocupar nuestros puestos en la ladera del castillo.

—¡Maldita sea mi imprevisión! —murmuraba Boris mientras ascendía hacia su atalaya—. Afortunadamente estabas tú. —Y cambiando el gesto—: En cambio «ese» — sin concluir el comentario que le merecía la falta de sensibilidad de Cristino.

Sobre las dos de la tarde apareció a lo lejos el cuerpo principal de la 11ª Panzerdivisión. Setecientos hombres, sesenta camiones, tres cañones y cinco blindados ligeros.

Andrés hacía mucho tiempo que no se santiguaba, al igual que sus duros compañeros, que cargaban continuamente sus maldiciones contra Dios y contra esos curas que racionaban el cielo a tenor de sus intereses, pero ahora hasta se acordaron de esa oración que

antes de la guerra dedicaban a esa imagen de la Soledad, o la Esperanza, pidiendo su protección. Después ya pasaron a revisar su arma, a asegurarse de que tenían los suficientes cargadores de reserva y las bombas de mano prestas. Del resto, de las explosiones, se había ocupado Cristino.

Al igual que había ocurrido con la vanguardia, la cabeza de la columna se encontró con que, de repente, habían volado el puente, a la vez que los vehículos que venían detrás, sorprendidos ante el súbito frenazo de los de delante, sin tiempo para reaccionar, fueron chocando con los precedentes, produciéndose una catarata de blasfemias y un inmenso tapón de vehículos, que es lo que estaba esperando Cristino, haciendo explosionar las cargas que, a manera de traca, fueron recorriendo el camino y destruyéndolo todo.

Antes de que se despejase la humareda y que los sorprendidos alemanes tuviesen tiempo de abandonar sus vehículos para tomar posiciones a salvo en la cuneta, desde todos los posibles ángulos de tiro les cayó un telón de fuego, con tan terrible eficacia que inmediatamente sembró el lugar de caídos y alaridos de terror, a la vez que los supervivientes, sordos a las órdenes y a los silbatos de sus oficiales, obedeciendo únicamente a su instinto de supervivencia, arañaban la tierra, intentando encontrar refugio en sus entrañas. Inmediatamente y sin que el oído de los aterrorizados alemanes fuese capaz de discernir un intervalo en la secuencia mortal de la ráfaga de un fusil ametrallador, los guerrilleros cambiaron de posiciones y sin hablar, sin dejarse ver, vaciaron el segundo cargador de su star, y así, una y otra vez, a manera de tamborrada, produciendo en el enemigo la impresión de que estaban siendo atacados por un ejército.

—¡Sígueme, Boris! —gritó a su compañero que, con cara inexpresiva y mortalmente pálido, con el arma virgen, se había quedado clavado en el lugar.

—¡Cárgala! —le gritó, intentando hacerle reaccionar, cambiando su arma humeante por la de él, a la vez que le tiraba del cinturón para que cambiase de posición.

Ahora sí, ahora ya superó lo que Andrés quiso atribuir al estupor del neófito que entra en combate por primera vez y empezó a

disparar, a correr y a cambiar de cargador con la secuencia que marcaba su compañero. Otra cosa era su efectividad.

Un par de horas después, con sus armas al rojo y un enemigo tan desconcertado que a duras penas lograba asomar la cabeza de su refugio para intentar, sin ninguna fe, responder a la muerte que le llegaba desde el bosque, desde la pendiente del castillo, desde cualquier quebrada del terreno, Andrés, siguiendo órdenes de Cristino y para evitar que los alemanes advirtieran que estaban siendo atacados por guerrilleros españoles, gritó al enemigo en un perfecto francés:

—Estáis cercados por fuerzas del ejército francés muy superiores a las vuestras, ¡rendíos!

—¡Abatidlo! —ordenó un oficial alemán.

Un puñado de soldados, creyendo encontrar un resquicio en el telón de fuego, logró cruzar el talud de la vía del tren, e iniciaron el ascenso hacia la base del castillo, desde donde venía la voz que les había conminado a la rendición, pero en este lugar elevado, con una visión más amplia del paisaje, Andrés mandó a Boris y a otros dos hombres que los flanquearan, haciéndoles caer en una emboscada.

Al atardecer, los guerrilleros disparaban a placer sobre los alemanes que, sin poder encontrar refugio entre sus camiones ardiendo, con sus vehículos oruga atrapados e inutilizados, incapaces de responder con eficacia al enemigo y con el suelo sembrado de muertos o heridos, optaron finalmente por parlamentar, enviando una patrulla con bandera blanca a hablar con Cristino. Al llegar a su altura descubrieron sus manguitos con la cruz de Lorena, los colores republicanos y las siglas FFI-UNE. Lleno de cólera, el oficial que los mandaba exclamó:

—Nos negamos a rendirnos a terroristas españoles, solamente lo haremos ante oficiales del ejército regular.

A Cristino no le convenía alargar las conversaciones y arriesgarse a que descubriesen el número de atacantes que los tenía acorralados, así que se apresuró a pactar una tregua de dos horas, aceptando que dos oficiales alemanes fueran conducidos a la cercana Anduze para

acordar su rendición al jefe de la Gendarmería, la única fuerza regular existente en los alrededores.

Aquí se mostró inflexible y exigió a los alemanes su rendición incondicional, pero cuando los parlamentarios volvieron a sus posiciones para exponer tales exigencias a su jefe, el teniente coronel Konrad Nietzsche se negó a ello y rompió la tregua abriendo fuego.

Pero ya era demasiado tarde. Los habitantes del pueblo habían avisado a la resistencia local y sesenta combatientes franceses se habían unido a los españoles, a la vez que dos aviones ingleses DH 98, procedentes de un portaviones apostado en el Mediterráneo en apoyo de las tropas desembarcadas en la Costa Azul, amenazaba con bombardearlos.

Unas horas después el enemigo intentó su última maniobra y, enarbolando una bandera blanca, quiso engañar a los atacantes simulando su rendición, pero solo un pequeño grupo obedeció a sus mandos, el resto elevó los brazos y se entregaron. Antes, el teniente coronel Konrad Nietzsche se quitó su guerrera y, tras prenderle fuego para evitar la humillación de que se convirtiese en un trofeo del enemigo, se disparó un tiro en la sien.

Ese mismo día, muy lejos de La Madelaine, tan solo unos minutos después, a las 8:45 horas, la 9ª compañía de choque de la II DIB blindada del general Leclerc, la «nueve», comandada por el capitán Raymond Dronne, entraba en París por la Puerta de Italia. A la cabeza, en un half-track, iba el teniente Amado Granell Mesado. Su fotografía apareció al día siguiente en el periódico Liberation que, con el título de Ils sont arrivé, daba la noticia de la liberación de París, confundiéndolo con un soldado americano.

—Mira dónde apareces —diría después Andrés, reconociendo a su compañero del Stanbrook.

25

María Ángeles Filipovic

María Ángeles Filipovic, Geli para don José (cuyo nombre y apellidos habían sufrido una metamorfosis), a pesar de que estaba alrededor de los sesenta, conservaba el busto firme (sin siliconas), una cintura envidiable y unos hermosos ojos azulados que, cuando miraban en profundidad, adquirían tonos oscuros, como de violeta, igual que los de Liz Taylor, o al menos eso es lo que le decía él, pero de eso hacía mucho tiempo, cuando creía que podían vivir los tres en armonía.

—Es que tu padre es mucho padre —afirmaba su marido, incapaz de romper esa relación de dependencia que, según él, mantenían padre e hija.

—Sí, lo sé, pero solo nos tenemos el uno al otro —le razonaba, pidiendo su comprensión.

Nadie a su alrededor llevaba el apellido Filipovic, salvo su padre, ni tampoco el de su madre, que se fue de este mundo siendo ella muy niña y no se acordaba de ella, pero es que tampoco tenía ningún amigo.

—Es que ya va por los noventa —se decía, excusando su misoginia.

Hasta que un día se encontró con que su marido, harto de padre e hija, se marchó tan aprisa que ni siquiera se llevó la maleta.

Y ahí se quedaron sus cosas, sin que su padre le pidiese una explicación, pero pasado un tiempo, al llegar del trabajo, se encontró con que le había aligerado el armario de la habitación, mandando a la basura todo lo que su marido se había dejado, incluyendo ese enorme peluche que reinaba en su cama desde que lo ganaron una noche de septiembre en la feria de Canillejas.

Así era la relación que mantenía don José (ya nadie le llamaba Boris) con Geli (María Ángeles) y su forma de expresar su solidaridad con su sufrimiento, que ya tocaba pasar página.

Ya no hubo más «él», si acaso algún verso suelto rompiendo la monotonía de esas tardes de café con bollito, de esos sábados de cine y esos domingos de lavadora y plancha, mientras papá pegaba cabezadas frente a la tele, en el sillón amarillo del salón. El último, parafraseando a Sabina, tan solo duró 19 noches y 500 días, tras lo cual decidió echar el telón al sexo, aunque...

—¡A mi edad!

Se reprochaba esas noches en las que una ducha de agua fría convertía en coitus interruptus el descubrimiento de la rosa de sus entrañas, que todavía se conservaba jugosa y fresca.

—¿Estás bien, Geli? —le decía a la mañana siguiente su padre.

(Quién lo diría de don José, un varón de noventa años, ¿verdad?)

Pero así eran los dos hoy, principio y fin de sus vidas.

Aunque no siempre fue así, porque si es verdad que a partir de un determinado momento la biografía de su padre era trasparente, de lo ocurrido con anterioridad, nada, y no solo que no conociese su juventud, es que tampoco le hablaba de su madre, de la que apenas sabía que murió de melancolía un día, dejando como única prueba vital el pequeño retrato del matrimonio que había en un rincón del comedor, una foto de estudio, muy retocada, muy de Photoshop, diríamos hoy, en la que podía leerse en una esquina el sello del estudio con una anotación, Zaragoza 1948, una fecha después de su nacimiento.

¿Era eso, que no les salían las cuentas?

—Eso debió ser. —Temiéndose que los prejuicios les hubiesen forzado a un matrimonio destinado al fracaso, y quién sabe sí hasta a propiciar que su madre eligiese la misma vía que su ex, lo que explicaría que no quedasen recuerdos por la casa y que su padre se negase a hablar de ella.

Y una nueva revisión de ese retrato que, a buen seguro, debieron hacérselo durante su viaje de novios, donde aparecían de medio cuerpo y mirándose a los ojos, él muy, muy delgado y de perfil izquierdo, ocultando esa fea cicatriz del lado derecho de su cara, que debió producirse unos pocos meses antes de su boda, y ella con el pelo suelto y luciendo un sombrerito. Y nada más, salvo que, tratándose de una foto de bodas, ninguno de los dos mostraba un gesto feliz.

—¡Bien, bien!, pero en todo caso ella debía ser mi madre.

Afirmación con la que acallaba esas negras sospechas de su niñez, cuando se acercaba a hurtadillas al espejo sin perder de vista la fotografía, y no, no se reconocía en ella. Ni ese pelo era su pelo, ni esos ojos eran los suyos.

Pero ¿y en su padre?

—¡Por favor! —se respondía casi con alivio. Tan delgado, con ese pelo tan ralo, la nariz ganchuda y ese aspecto enfermizo, como de úlcera de estómago.

Y qué poco podía esperar de don José, cualquier intento de que le hablase de su pasado se enfrentaba a un muro de silencio que al llegar a la adolescencia se trasformó en «hablemos de otro tema» y en una explosión de furia ante cualquier reproche y ahora, en la indefensión de la vejez, en una de esas jaquecas que le encerraban, a oscuras, en el silencio de su habitación hasta que se le pasase ese maldito dolor, que afectaba a esa fea cicatriz del lado derecho de la cara. Y qué decir de esta, salvo que le venía de antiguo, «de antes de nacer tú, hija», hurtándole, una vez más, el derecho a conocer el pasado de sus antecesores, su «Memoria Histórica».

Hasta que un día la casualidad empezó a descorrer el telón.

Ellos vivían en Madrid, en la colonia del Marqués de Suanzes, en un piso que le concedió a su padre el INI, el antiguo Instituto Nacional de Industria, creado en 1941 por el citado marqués para promover el desarrollo industrial de esa España de la autarquía. Resultó que, en 1988, el Ayuntamiento quiso abrir al tráfico la actual avenida 25 de Septiembre, en contra de lo que los vecinos creían que era su

derecho de propiedad, y decidieron plantarle cara. En las alegaciones que presentó su padre se incluía la concesión de su casa por el Ministerio del Interior en agradecimiento a los servicios prestados, primero en la Resistencia francesa y posteriormente en Teruel, en la lucha contra los maquis, donde sufrió una herida en la cabeza. Aquí pudo enterarse de qué venía esa famosa cicatriz, que le ocasionó una amnesia retrógrada grave, de la que, por lo visto, todavía no se había curado, declarándole caballero mutilado por la patria.

—¿Esa es tu historia? —Sin valerle esta vez silencios, jaquecas o esa supuesta amnesia postraumática.

—Que nunca sepas lo que es el odio, ni cuál de las dos partes en litigio puede arrogarse el derecho a la represión —logró arrancarle cuando se sintió acorralado.

Cuando María Ángeles cumplió los 50 años, Banesto la prejubiló. Pasando por alto el despilfarro de capital humano que permitieron la Banca o las grandes empresas, como la Telefónica, se encontró con que, de ahora en adelante, el tiempo le pertenecía y así fue. Se dedicó a bucear en los archivos oficiales, cuyo acceso acababa de ser regulado, y aquí logró encontrar una breve reseña del Ministerio del Interior, reconociendo a su padre la condición de mutilado por las lesiones recibidas durante un encuentro con los bandoleros (como se denominaba oficialmente a los maquis) en la zona de Alcañiz, recomendándole para que el INI le concediera una vivienda.

Ahora ya podemos imaginar con qué expectación atendió esa mañana la llamada telefónica de Ernesto Martín, preguntando por su padre.

—¿Don José Filipovic?

—Soy su hija.

—¿Podría hablar con él?

A continuación, se presentó como un profesor de Paleopatología, muy interesado en el tema de Monroyo, donde el día 7 de

noviembre de 1947 murió un viejo conocido de su padre, un antiguo guerrillero de la Resistencia llamado Andrés Favard, el Francés.

—¿Monroyo, Andrés Favard, el Francés? —repetía ella en alto, advirtiendo la palidez que estas palabras provocaban en el rostro de su padre—. ¿Que le gustaría hablar de todo ello con él? —Para su sorpresa, su padre, Josip Phlipovic, alias Boris, hoy don José, aceptó, a condición de hacerlo el próximo día 7 noviembre, en el restaurante «El Canario», situado frente al cementerio de los Mártires de Paracuellos.

—Ni por un momento habrás pensado que voy a permitir que vayas a ir solo.

Y ese día ambos se presentaron en el lugar acordado, donde se encontraron con Ernesto, que se les había adelantado.

Pelo cano, más o menos sesenta años, (bien) pero con una actitud física más joven, (bien) vestido con un cierto aire progre, pantalón de pana, camisa a cuadros (de marca), calzado deportivo y chaqueta de lana, al verles se levantó y se acercó a ellos con paso decidido y sonrisa franca (bien, bien, muy bien).

¡Ah! Y no llevaba gafas.

—Me imagino que usted es don José Filipovic, ¿verdad? —dijo saludando con toda consideración a ese anciano de noventa años, al que la edad le había pasado factura curvando su figura, como su biografía a su cara, donde le faltaba el pómulo derecho y una cicatriz le deformaba el ojo del mismo lado. A continuación saludó a su acompañante, adivinando en ella a la persona con la que había tenido la conversación telefónica, tras lo cual entraron en cuestión.

—Le supongo enterado del motivo por el que nos hemos reunido.

—Claro que sí, profesor, creo que a ambos nos interesa el tema de la Memoria Histórica, por eso sugerí que nuestra cita fuese aquí, frente a ese cementerio. —Tras lo cual le preguntó—: ¿Sabe que día es hoy?

—Desde luego, don José, 7 de noviembre, casualmente el aniversario de los sucesos de Monroyo.

—También, en tal día como hoy, en 1936, sucedieron los fusilamientos de Paracuellos, aunque creo que este tema no lo toca «su» Memoria Histórica.

Ignorando su alusión, le contestó con todo respeto.

—Esos hechos ya constan en los libros, al igual que las circunstancias en las que se produjeron, con las tropas nacionales a las puertas de Madrid y el Gobierno de la República instalado en Valencia, dejando la capital en manos de una Junta de Defensa, una de cuyas preocupaciones era controlar a los propios milicianos, revolucionados por las soflamas comunistas y socialistas.

—Profesor, yo sé lo que es una ciudad en manos de los comités revolucionarios, viví la conquista de Toulouse y fui testigo de hasta dónde puede llegar lo que eufemísticamente se llama justicia popular. Y lo que estaba ocurriendo en España en esos momentos era que, paralelamente a la sublevación militar, había una revolución popular en marcha, dispuesta a acabar con cualquiera que perteneciese o simpatizase con los partidos de derechas, a los que les acusaban de conspirar contra la República. La responsabilidad por no evitarlo recae sobre quien en esos momentos presidía el Consejo de Orden Público.

—¿Se refiere a Santiago Carrillo? Él ya dio las explicaciones oportunas.

—¿Oportunas? —exclamó con desprecio—. Profesor, la matanza comenzó el 7 de noviembre y se interrumpió el 27, gracias a las gestiones de un anarquista, Melchor Rodríguez, al que Carrillo acusó de haberle usurpado sus funciones y, tras retomar de nuevo la responsabilidad de Orden Público, se reanudaron los fusilamientos, que terminaron el 4 de diciembre. Eso también es historia.

—Es cierto, pero le insisto en que los hechos se pueden consultar en multitud de documentos públicos, por tanto, no forman parte de los objetivos que persigue la Memoria Histórica y los que defendemos la gente que, como yo, creemos que es de justicia abrir las fosas

comunes, dar nombres y apellidos a las personas que están ahí enterradas y devolvérselas a sus familiares. Eso es lo que nos proponíamos en el caso de Monroyo con Andrés Favard, el Francés, y aunque, lamentablemente, ya no es posible esto último, lo que sí podemos hacer es devolverle su nombre y su historia. ¿De acuerdo, don José?

—En lo que se refiere a él, de acuerdo, profesor.

—Entonces vamos a ello. Para empezar, permítame unas preguntas. ¿Conoce o conocía a Ramón Celada?

Ante su negativa, continuó con la siguiente:

—¿Cuándo y dónde conoció a Andrés Favard, alias el Francés?

—Lo conocí en la prisión de Nimes, donde estuvimos encerrados hasta que logramos fugarnos, gracias a la ayuda de la Resistencia, en la cual nos integramos ambos —respondió sin querer entrar en más detalles.

—Lo que confirma el testimonio de Ramón Celada, que al no conocerlo cobra doble valor. Pero sigamos. El citado afirma que Andrés vino a España y que estuvo en Teruel, donde fue abatido por la Guardia Civil y enterrado en la fosa de Monroyo. ¿Qué puede usted decir al respecto?

—En 1944 nos separamos y yo volví a España. Puede decirse que aquí se terminó nuestro contacto, aunque es cierto que lo vi en Madrid en 1946. Fue en una ocasión y muy de pasada. En lo referente a Teruel…

Y aquí se encerró en ese mutismo que tan bien conocía María Ángeles cuando él consideraba que se había llegado a terreno vedado.

—Suficiente por hoy —contemporizó Ernesto—. Seguiremos otro día. De momento y con el fin de validar estos datos, ¿podría hacernos un breve informe por escrito?

—Antes querría conocer la situación de las investigaciones y en qué medida me estoy comprometiendo.

—Esto solo es una investigación histórica sin valor legal, ya que, en todo caso, ante cualquier reclamación, los hechos ya han prescrito. No obstante, usted tiene derecho a estar al corriente de nuestras investigaciones si se decide a colaborar.

—¿Y yo, qué? —Protestó con energía María Ángeles, que había asistido atónita a la exposición de su padre—. Yo no solo reclamo ese informe, necesito también tu explicación por haberme negado durante tantos años el derecho a conocer ese pasado que ahora te estás prestando a contar.

De nuevo le sorprendió la respuesta de su padre:

—Eso es lo que estamos haciendo hoy aquí y por lo que he querido que estuvieses presente en esta entrevista. Te confieso que llevo tiempo intentando hablarlo contigo, pero el miedo a tu juicio siempre me lo ha impedido. Hoy se ha presentado esta ocasión y no voy a desaprovecharla. Ten la seguridad de que de todo lo que pueda exponer tú serás la primera en enterarte y que no voy a hacer o decir nada que no lo haya antes consultado contigo.

—¿Sin silencios ni jaquecas?

—Con toda sinceridad, hija.

—Lo siento, yo tampoco la he tenido a usted en cuenta —se disculpó ahora Ernesto—. Por mi parte, y teniendo en cuenta lo que he quedado con su padre, le prometo que tendremos con usted el mismo tratamiento que con él.

Aquí terminaron el encuentro de ese día, preludio de otros muchos, donde tal y como había prometido a su hija, antes de entregar su informe a Ernesto, don José le adelantaba a ella el tema, que empezaba explicando cómo conoció a Andrés en la prisión de Nimes, su estancia en los Pirineos y después en Toulouse, «la Roja», como se conoció a esa ciudad liberada por la guerrilla española.

26

Toulouse

La mañana del 19 de agosto de 1944, cuando Charles Moulyel, locutor de radio Toulouse, llegó a la emisora, solo se encontró a su alrededor silencio y soledad; nadie en la recepción, en la redacción, en el despacho del director, ni siquiera en el de su secretaria, donde el visitante madrugador podía disfrutar un oloroso…, bueno, una deliciosa taza de malta tostada.

Descolgó un teléfono al azar ¿y?... ni siquiera había línea. Solo cuando llegó al estudio principal se encontró con uno de los técnicos de sonido y la encargada de la discoteca.

—Las ratas han abandonado el barco —les comentó de pasada, señalándoles el reloj de pared, acosándolos para empezar la emisión de la mañana.

Se encerró en su jaula de cristal, tomó el micrófono y, ahora, a pesar de sus años de profesión, se sintió incapaz de encontrar las palabras adecuadas para anunciar a sus radioyentes la noticia de que el comandante Luis Bermejo, al mando de la 2ª División del XIV Cuerpo Guerrillero, estaba atacando Toulouse y que se habían levantado barricadas en los grandes bulevares, en Arnaud-Bernard, en el Puente Nuevo, en Saint Cyprien, y que los alemanes, en retirada, habían pegado fuego a su consulado y a la central de la Gestapo para destruir cualquier documento inculpatorio.

Respiró profundamente y cuando se sintió más sereno abrió la ventana del estudio, se asomó al exterior y, con el fondo del ruido de la calle, acampanó la voz para conseguir el tono grave que exigía el momento y lanzó este corto mensaje:

Ici Radio Toulouse Libre

Después apagó la luz y abandonó la emisora.

—Así vivieron esta noticia los ciudadanos de Toulouse —empezaba su relato don José a María Ángeles, tras aclarar que esta operación se precipitó por el intento de liberar a ciento cincuenta presos, incluyendo veintitrés mujeres y varios jefes de la Resistencia, que habían sido trasladados a la cárcel de Rempart Saint-Etienne a la espera de ser conducidos a Mauthausen-Gusen, como tantos otros prisioneros españoles.

Tras lo cual siguió con su relato.

Aunque Toulouse se dio por oficialmente liberado dos días después, tuvieron que trascurrir varias semanas hasta que las nuevas autoridades de Francia se hiciesen cargo de la cuidad. En su ausencia, la Resistencia, siguiendo el ejemplo del ejército ruso en la Europa oriental, ligando el proceso de liberación nacional con el de implantación de un régimen de inspiración comunista, empezó a organizar la vida local sobre la base de comités revolucionarios —los viejos soviets, hija—, puntualizaba el anciano. Paralelamente, empezaron a llegar los viejos partidos políticos españoles, instalándose la UNE en el Hotel des Arcades de la place Capitol, el PSOE en la calle Taur 69 y 71, y la CNT en la Belfort, naciendo así «Toulouse, la roja», como pronto la denominó la vox populi y la prensa.

—A esta ciudad recién liberada llegamos los de la 21ª Brigada de Cristino García Granda tras la jornada de la Madeleine, con nuestros vendajes húmedos de sangre y nuestras ropas oliendo a pólvora de dinamita. Íbamos sobre los camiones conquistados a los alemanes rotulados con las iniciales UNE chorreando pintura blanca y agitando las banderas capturadas a la 11 División Panzer, provocando el delirio de los habitantes, que nos aclamaban con vítores y gritos de entusiasmo en español, en francés, polaco, húngaro, armenio, incluso en alemán o italiano, en todos los idiomas que se hablaban en la Resistencia, a la vez que, señalándonos en dirección al sur, nos repetían incansables:

—¡Y ahora a España!

—¡A España, camaradas! —respondíamos los de la 21ª, saboreando un momento de gloria que para poder vivirlo habíamos tenido que superar dos guerras.

—¿Los oyes, Andrés? —le insistía—¿No te hierve tu parte de sangre española?

Claro que se emocionaba Andrés, aunque hoy la parte que se estaba resarciendo era la otra media, la que había sido derrotada, humillada y después traicionada por los colaboracionistas de Vichy, a los que les esperaba la prisión de Nimes, pero sin el consuelo de sentirse injustamente tratados, ni la esperanza de poder ver algún día a sus enemigos marchar encadenados detrás del carro de la victoria.

—Tras un recorrido triunfal por los bulevares de la ciudad nos trasladaron a un acuartelamiento en el Campo Hospital del Récébedau, un viejo asentamiento situado en las afueras de la ciudad, requisado por la Resistencia, refiriéndose a un campo de prisioneros utilizado por el Gobierno francés antes de la guerra para mostrar a la opinión internacional, con fines propagandísticos, la atención que se prestaba a los exiliados españoles enfermos y, tras la ocupación alemana, como punto de tránsito para prisioneros y judíos procedentes de los grandes campos del Mediodía, con destino a Alemania, particularmente a Mauthausen-Gusen, donde esperaban su libertad 7.300 españoles, considerados apátridas tras la negativa de Franco a reconocerles como súbditos de España.

Y siguió contando:

—Aquí nos dio la bienvenida el propio Luis Bermejo que, haciendo buenos los vítores que habíamos oído, nos dedicó un corto pero significativo discurso:

Con las armas perdimos España, ha de ser con las armas como hemos de recuperarla.

Una consigna que repetía a diario la Pirenaica, incitando a los españoles del interior al sabotaje y a la rebelión, a la vez que «Mundo Obrero» y «Reconquista de España» invitaban a los exilados a inscribirse en las oficinas de reclutamiento abiertas en Foix y en Toulouse, aplaudidos por la recién liberada prensa francesa amiga, como l´Humanité, del PCF; o Combat, de la Resistencia, pidiendo el reconocimiento de la UNE como la equivalente española del Centro Nacional de la Resistencia.

—A la mañana siguiente pasamos, por primera vez en esta guerra, revisión médica en la enfermería del campo, donde nos recibió el teniente médico José Moméñez González, del Comité de la Cruz Roja Republicana Española (CRRE),[18] que al ver a Andrés y las cicatrices que sobre su cuerpo desmadejado y escuálido habían dejado tres años de guerra en España, casi cinco de prisión y los meses trascurridos en los Pirineos, le dijo:

—Esto se ha acabado para ti, camarada.

—Olvídelo, mi teniente. Todavía quedan muchos alemanes en mi país.

—Rebajado de servicio de armas —concluyó inapelable.

Cuando terminó de revisarnos, volvió a insistirle:

—Puedes seguir prestándonos tu ayuda en otras cosas tan importantes como pegar tiros. Ahora que empiezan a sonar las campanas de la paz es el momento de pensar qué podemos hacer con esta sociedad tan castigada. Por nuestra parte, estamos intentando que el Comité Regional Administrativo de Ayuda a Prisioneros y Deportados Españoles (otro comité más) nos ayude a hacer de este campo la colonia Don Quijote, donde podamos acoger a mutilados, inválidos, enfermos y antiguos soldados, para ayudarles a su recuperación y reintegración social.

—¿Y qué puedo hacer yo? —preguntó desconcertado, acostumbrado durante tantos años a que las palabras libertad y solidaridad implicasen coger un arma.

—Toda ideología exige un modelo de sociedad y lo que acabo de

exponerte es la idea que la izquierda tiene sobre lo que debe ser una sanidad popular. Un derecho al servicio del ciudadano, financiado por el Estado y ejercido por los mejores profesionales. Piénsatelo, todos podemos ayudar, mientras tanto, quedas excluido del servicio de armas, para prestarlo en la sanidad militar.

No le dejó mucho tiempo para pensarlo, quizás tampoco lo necesitaba y al finalizar de pasar la revista médica, el mismo Moméñez le acompañó al 51 de la rue Pergaminiers, sede de la Cruz Roja Republicana Española y, tras inscribirlo, pasó a depender de la Asamblea.

A la mañana siguiente, luciendo ya su brazalete, se unió a su brigada para ir al Ayuntamiento, donde un recién creado Comité Departamental du Liberation et de la Renaissance Française (otro más) iba a entregarles la carte du combattant volontaire de la Résistance, la cartilla militar en la que Francia reconocía la aportación de los guerrilleros españoles, sellada por la FFI-UNE y firmada, en su caso, por el propio Cristino García como jefe de la 3ª División, donde se exponía sucintamente el historial de su poseedor en la Resistencia, la misma que le entregaron a Boris, ganándose las bromas de sus compañeros.

—Se acabaron tus problemas, ya estás oficialmente documentado y no necesitarás pasar clandestinamente a España para unirte a la lucha por la libertad en Yugoslavia.

—El caso es que ahora, como buen sefardí, me inclino más por el hogar de mis antepasados —les contestó sonriente.

—¿Entonces, a liberar España, camarada?

El final de este acto coincidió con el de uno de los comités populares que, autoarrogándose la potestad de juzgar y dictar sentencia, se entregaba a una orgía vengativa contra todo aquel que hubiese sido acusado de colaboracionista, y en ese momento abandonaba la sala una muchedumbre llevando a empujones a unos «miliciens» condenados a muerte que, pálidos, despeinados, sucios, mirada horrorizada y ropas desgarradas, mostraban delatadores signos de haber sido torturados, particularmente uno de ellos, al que, por haberle roto las piernas, le llevaban en volandas hasta el

camión que le iba a conducir hasta el paredón, previo paso a lo largo del pasillo de la vergüenza, formado a la salida por una masa vociferante.

—No es fácil controlar la ira popular —se lamentó Cristino—, pero el soviet de ciudadanos tiene derecho a exigir e impartir justicia.

—¡Llamas justicia a esto? —respondió rojo de ira Boris—. Qué poco hemos aprendido lo que significa el descontrol de las masas —dijo, recordándole que hechos como el asalto a la Cárcel Modelo de Madrid por el pueblo y el asesinato de los presos sospechosos de simpatizar con el levantamiento franquista, y los que les siguieron después en Paracuellos, deberían habernos hecho reflexionar y evitar que las masas se hicieran con el poder.

Aquí fue tajante Cristino:

—¿Estás negando el derecho del pueblo a formar comités revolucionarios?

Cuando le iba a contestar salió de una sala contigua un grupo de mujeres arrastrando vociferantes a una muchacha de unos veinte años, ojos inmensos de mirada azul horrorizada, cara arañada y cráneo medio afeitado, con restos de mechones rubios y áreas donde se adivinaban lesiones por arrancamiento capilar, que se movía torpemente, intentando sujetar los restos de lo que quedaba de su ropa interior desgarrada.

—Ha sido la amante de un oficial alemán —chillaban su sentencia —. Y ha tenido suerte, a otras las hemos fusilado, mientras que a ella solo la vamos a someter a la vergüenza pública, paseándola por toda la ciudad.

—¡Ah, no! —Gritó Boris, pistola en mano, amenazando a la que parecía liderar el grupo—. Si lo que quieres es hacer justicia, tómala y mátala ya.

Se produjo tal silencio que hasta se oía rebotar por las paredes el eco de las respiraciones jadeantes y el sorbetón de las lágrimas de la muchacha de las bragas rotas y la cabecita de indio mohicano.

En ese momento Andrés observó que la muchacha se estaba desvaneciendo y se apresuró a sujetarla, echándole sobre los hombros su cazadora de cuero, donde se apreciaba de forma bien visible su brazalete de la Cruz Roja, lo que provocó un impasse entre los presentes, que aprovechó el Dr. Moméñez para dirigirse con voz suave y acento conciliador a la ménade justiciera:

—¡Eh, camaradas! Ya la hemos castigado. Ahora, dejádnosla a los españoles.

Sería por el prestigio de los guerrilleros, por la amenaza de sus armas o por su acertada intervención, el caso es que se la entregaron.

—Hay que retirarse antes de que se arrepientan —nos dijo. Y ahora, a Andrés— : Vamos a llevarla al hospital español de Toulouse antes de que se recupere del shock y sufra una crisis nerviosa más severa.

—¿Un hospital español aquí? —preguntó extrañado.

—Desde ahora, sí. Acabamos de expropiar a un colaboracionista un edificio en el barrio de Saint Cyprien, en la calle Varsovia, 15 y a instancias del Estado Mayor del XIV C. G. y gracias al aval del PCF. Lo vamos a dedicar a la atención de los guerrilleros heridos o enfermos.

Lo que calificaba pretenciosamente como Hospital de Varsovia era una gran casa señorial de cuatro pisos, tejado de pizarra y cuatro torres almenadas, un chateau con un amplio jardín, rodeado de una reja metálica y una gran puerta de hierro mostrando un cartel con la Cruz Roja sobrescrito con la palabra UNE.

Aquí les recibió la doctora María Gómez Álvarez, una de las primeras mujeres poseedoras de un título de Cirugía, que se encargó de la muchacha y, al terminar, a falta de algún familiar, dio el parte a los guerrilleros.

—Estaba embarazada y, a causa de las emociones, ha abortado. Así que he tenido que practicarle un legrado.

—Pobrecilla —se lamentó Boris—. ¿Podemos verla?

—Lo mejor sería dejarla descansar, acabo de suministrarle un sedante.

—Entonces me quedaré a velarla, no sea que se despierte.

—Está bien —aceptó la doctora. Y dirigiéndose ahora a Cristino—: No es de esperar que a los del Comité se les ocurra venir a buscarla, pero no estaría de más dejar una escolta. Por otro lado, como no contamos con un familiar o con personal sanitario que pueda vigilarla esta noche, su presencia podría sernos útil.

Una vez informados, Cristino y Andrés se marcharon. Durante el camino, el primero fue comentando con el otro el incidente del Ayuntamiento, que a su juicio había puesto en riesgo a sus compañeros.

—Y ya es llamativo que tenga tan presentes acontecimientos que ocurrieron en España en 1936, tan lejos del país donde vivía y que haya emitido un juicio más propio de un fascista que de un comunista. No sé, no sé, habrá que vigilarlo.

Pero esa noche, en la segunda planta de Varsovia, 15, había cosas que a Boris le preocupaban más, como el trascurrir de un tiempo que pasaba tan lento que, cuando ya creía que debía haber pasado un siglo, apenas llevaba una hora delante de la puerta de la habitación de la muchacha, hasta que, harto de vigilar el inexistente tránsito del pasillo, se decidió a colocarse justo debajo del umbral de la puerta, dejándola abierta. Pasado un rato, no sabía decir sí a causa del inexistente ruido de la madrugada o del relente, incluso la corriente (de un día de agosto) o no sé qué otras excusas, el caso es que cuando llegó a la consideración de que lo aconsejable era entrar y cerrar la puerta tras de sí, las saetas apenas habían recorrido el cuarto, aunque para llenarse de sensibilidad con la muchacha de las bragas rotas, la cabecita redondita, ahora monda, y los ojos de intenso azul, apenas necesitó segundos y aunque estaba sedada, él apostaría que podía oírle y sentir su proximidad, que podía ayudarla a paliar ese sufrimiento que debía causarle la pérdida de ese hijo, así que se colocó junto a la cabecera de su cama para murmurar a su oído, o todavía más cerca, de neurona a neurona, que…

(Aquí María Ángeles empezó a notar que la voz de su padre empezaba a vacilar para convertirse en un murmullo que a duras penas lograba entender).

—Ya no tienes esos mechones rubios tan feos… ¿Geli?

Bautizándola, sin saber por qué, con el nombre de esa muñeca de «casco», pómulos rosados, peluca rubia y ojos de cristal azul, que las niñas parisinas paseaban en un cochecito por los jardines de Versalles.

—Fue ese oficial de las piernas rotas, ¿verdad?, sí, …¿Klaus? Sí, ¿el teniente Klaus Gessner? —concluyó, dándole una identidad tan válida como la de Geli.

Aunque ella seguía con los ojos cerrados y al parecer ajena.

—No te voy a preguntar por qué. El corazón tiene razones que la razón no entiende.

Y fue esa sensibilidad por su sufrimiento la que le abrió el corazón, poniendo al aire todas las cicatrices que llevaba tatuadas en su alma.

(Confesaría después a su hija).

—¡Qué gran lección, Geli! Ser capaz de mantener el corazón blindado al odio en medio de toda esta locura. ¡Qué pena no haberte conocido antes!

Ahora, aquí, muchos años después, en este Madrid de hoy, ya no fue capaz de seguir escribiendo y a pecho abierto se derramó sobre su hija.

—Llevaba tantos meses de stress, estrangulando mis emociones y midiendo mis palabras y hasta mi acento, que ya no pude seguir controlando mi sensibilidad. Tras cerciorarme de que no había testigos a mi alrededor, tomé su mano y, en una insólita comunión interior, iniciamos juntos una especie de viaje psicodélico hacia ese recóndito rincón del éter atemporal donde seguía existiendo el Madrid donde había vivido en mi infancia.

¿?

(—Sí, en Madrid. No me interrumpas).

—Hicimos un alto frente al aparador del comedor de mi casa, donde reinaba mi fotografía vestido de marinero, cabalgando sobre un balancín de madera con cabeza de caballito tordo, detrás, mi padre con los dedos pulgares metidos en los bolsillos del chaleco, su barriga satisfecha y su bigotazo descarado, mirando de reojo a mi madre, sentada en un banquito de cuero con las piernas muy juntas y tocada con ese sombrero de flores que le sentaba tan bien.

—Qué inesperado y qué burgués, ¿verdad, María Ángeles?

Ahora, mirándola, queriendo entrar detrás de sus ojos, en su cerebro, empezó a contarle (no sabría decir si a Geli o a ella) que su familia había huido de la Rusia bolchevique tras un pogromo, uno más, decretado contra la burguesía judía y que, tras un breve tránsito en Yugoslavia, aprovechando la oferta que el general Primo de Rivera había hecho a la minoría sefardita, vinieron a España, para instalarse definitivamente aquí.

—Huyendo de la Rusia soviética, ¿entiendes?

Después sucedió la República, el Gobierno del Frente Popular, los prolegómenos con los que los franquistas justificaron su levantamiento y, finalmente, los sucesos del Cuartel de la Montaña en Madrid y el encarcelamiento en la Cárcel Modelo de la gente sospechosa de ser de derechas.

—Y que nunca sepas, hija, cómo las masas imparten justicia a los que acusan de antirrevolucionarios, como a mi padre, o de antipatriotas, como a Geli.

….

—Es cierto que muchos judíos que vivían en el protectorado español de Marruecos colaboraron con los sublevados, y que no puedo excluir que lo hiciese también mi padre. Por entonces, estaba en París completando mis estudios, pero supongo que sí. Él tenía experiencia de lo que significa el comunismo.

Llegado este momento, Boris confesó a María Ángeles que no había sido capaz de blindarse contra el odio y que declaró por su cuenta la guerra a la República española:

—Fue por odio, Geli, odio a los que, fumándose un cigarro en las laderas de Paracuellos, descansaban los trípodes de sus ametralladoras sobre los cadáveres de los que ya habían fusilado, mientras mi padre esperaba su turno. Por odio me presté a trabajar en las oficinas que había abierto la Tercera Internacional en París para reclutar a los voluntarios que iban a unirse a las Brigadas Internacionales, por odio me infiltré en la Resistencia en 1941 y por ese mismo sentimiento acepté que me encarcelasen en Nimes, en todos estos lugares fui dando cuenta puntual de todos los movimientos de nuestros enemigos al Servicio de Información Militar de Franco y a los «miliciens».

….

—Al día siguiente, el amanecer me encontró con los ojos abiertos y la mirada en el infinito y a Geli con los párpados apretados y ausente de este mundo.

—Ya ha dejado de sangrar, Boris —me dijo la doctora—, pero sigue en tal estado, en silencio y con la mirada tan ausente, que me temo que su mal ya no está en su cuerpo.

Pero ya no pudo seguir hablando, ni tampoco su hija se lo permitió.

—Ya es bastante, padre. Déjalo, déjalo.

Poco después volvieron al cementerio de Paracuellos. Entraron cogidos de la mano y avanzaron por el paseo central que separa las filas de tumbas de casi cuatro mil personas que reposan en este lugar; militares que no se habían incorporado a sus cuarteles el 18 de julio, falangistas, gentes pertenecientes a partidos de derechas o sospechosos de simpatizar con ellos, el 50% víctimas civiles, en muchos casos varones de una misma familia y, en 781 casos, sacerdotes o miembros de una misma congregación religiosa.

—¿Sabes que solo son monumentos funerarios erigidos por los familiares? Los cadáveres siguen enterrados en siete fosas comunes

y jamás serán inhumados. Eso también podemos contárselo a nuestro amigo Ernesto Martín.

Se acercaron hasta la base de la loma de San Miguel, señalada con una gran cruz labrada en su ladera, y se pararon junto a una tumba en cuya lápida estaba escrito el nombre de Samuel Filipovic, su padre, e ignorando el aire seco y frío y el sordo rugido de los aviones que rompían la mañana desde el vecino aeropuerto de Barajas, don José se quedó ensimismado, recogido en sus recuerdos.

—Los ochenta y nueve primeros procedían de la cárcel de Porlier, de donde fueron trasladados, atados de dos en dos, hasta aquí en vehículos de servicios urbanos —señalando el arroyo de San José, al pie de la loma— y aquí les ametrallaron. Cuando al día siguiente llegaron los presos de la Modelo, entre ellos mi padre, todavía no habían tenido tiempo de enterrarlos los habitantes de Paracuellos, así que los recién llegados pudieron ver sus cuerpos mientras esperaban su turno de balas.

…

—Supongo que nuestro amigo Ernesto sabrá que, esa misma noche, el cónsul de Noruega avisó a Carrillo de lo que estaba sucediendo, inútilmente, porque las muertes continuaron.

Ahora ya se quedó en silencio. Cuando se disponía a llevarse la mano a su cicatriz, esperando ese dolor lacerante…, un segundo, dos…, advirtió que los recuerdos que durante tantos años había estado rumiado sin poder tragarlos ahora fluían sin levantarle ampollas, que ya se había consumido todo ese odio hacia los demás y, lo más importante, contra él mismo, que la vida ya había sucedido y que la historia había sido así y qué le vamos a hacer, y que ya no tocaba ni arrepentirse ni pasar factura. Que ya era hora de arrancar todas las hojas a ese calendario que seguía estancado en 1936 y saltar al tiempo presente y sobre todo al de su hija, a la que le había robado el legado de su propia historia.

Se agachó y justo del suelo, del borde de la tumba, cogió un puñado de tierra y lo lanzó al viento mientras pronunciaba el nombre de su padre y el de Geli.

Y como se temía, no pudo evitar que el polvo, al caer, le manchase la chaqueta.

Al salir del cementerio, María Ángeles juraría que en una sola noche había envejecido, que a sus noventa años tenía la piel más apergaminada y la columna más curvada, pero sobre todo, que sus ojos ya no miraban de frente y que desde que empezó esta historia su padre no la había vuelto a llamar Geli.

Pero de nuevo él se empeñó en seguir contando:

—Cuando esa mañana salí del hospital estaba tan rabioso contra todo este mundo que, olvidándome de todos los protocolos de seguridad que durante tanto tiempo había observado escrupulosamente, me puse inmediatamente al habla con mi contacto del Servicio de Información Militar de Franco en Toulouse, que regentaba un kiosco de periódicos en el centro de la ciudad.

—¡Que ya estoy harto! —le espetó a manera de saludo—. Que necesito salir.

—Calma, calma —me aconsejó, tras recriminarme por mi falta de discreción. Después, en tono conciliador—. Entiendo, es mucho tiempo y mucho riesgo, pero… — Aquí me largó el típico discurso del reconocimiento patrio y de la recompensa que le esperaba en España.

¿Pero qué le venía a contar a él sobre patrias que nunca había sentido ni de ideologías con las que jamás había comulgado?

Y de nuevo, calma, pero en esta ocasión con gesto severo, de aviso:

—Ahora no es el momento, José —empleando por primera vez un nombre que estaba seguro de que antes ni siquiera conocía—, la situación de la guerrilla del Pirineo y su invasión a España preocupa tanto a nuestros servicios secretos como al de los franceses. El propio comandante Gutiérrez Mellado, jefe de la Tercera Sección del Estado Mayor Central, va a desplazarse hasta aquí para ocuparse del tema con su homónimo del Deuxieme Bureau y queremos ofrecerles datos definitivos, esos que solo tú puedes proporcionar. Después intentaremos sacarte a España.

—¿Es que nadie en los dos servicios secretos sabe leer? —le espeté —. Pues basta con comprar un periódico, «Reconquista de España», o escuchar «la Pirenaica» cada tarde a las 16:30, en el dial 25.7 de la onda corta y, por las noches, a las 22:00, en el 40.5, ahí podrá enterarse de todo. Los comunistas no tienen secretos.

—Tú has dado la clave, José. Se creen tan fuertes y tan asistidos de la razón que ni el general De Gaulle puede permitirse tenerles en retaguardia, ni Franco en la suya. Así que no sería aventurado pensar que algo se esté cociendo entre ambos Gobiernos respecto a ese núcleo de resistencia en el Pirineo.

—En ese caso, a esos pobres diablos los van a asar.

Aquí cesó, por hoy, su historia. ¡Estaba tan cansado!

---

[18] La representación republicana de la Cruz Roja estaba reconocida oficialmente por la Asamblea Internacional, dado que se seguía manteniendo la legitimidad de la República en el exilio y a ella se le encargó específicamente la ayuda a los españoles.

27

¿A nuestra edad?

No era ni la segunda ni la tercera vez que se veían, aunque desde la primera ya se tuteaban y al saludarse ya lo hacían con un beso que María Ángeles procuraba que no fuera ni sonoro ni rápido.

Claro que a ella le gustaba Ernesto. Si hasta había vuelto a hojear esos libros de arte que tan bien lucían en el mueble del salón, cuya lectura había ido atrasando hasta la jubilación, bueno, la prejubilación.

Le encantaba el Jardín de las Delicias, de el Bosco, su concepto de cómo la lujuria lleva al resto de los pecados, a la gula, a la pereza y finalmente a la ira, y desde luego tenía ganas de hablar de ello y claro, se propuso soltárselo a Ernesto, que al fin y al cabo es un profesor.

Pero supuso mal. A él, o no le debía gustar el arte o, al menos, no le impactaba esa espiral de amantes cabalgando en torno a la fuente donde retozan unas doncellas, los amantes que arrancan flores juntos, eufemismo del acto sexual, o que lo practican de forma más explícita, incluyendo la homosexualidad.

¿Era eso?

Ese día cuando se saludaron, ella le buscó los labios. Pero no le salió bien, fue como un inocente beso en la cara, incluso chasquearon los labios sonoramente, pero cuando ella lo miró, lo vio rojo de vergüenza.

—¡Es que, a nuestra edad, mujer! —Pareció querer explicarse.

(—¿A nuestra edad? ¡Será posible!)

Se calló su respuesta, pero hubiese preferido cualquier otra

reacción, incluso que le hubiese hecho «la cobra», pero la que imaginaba, ¡madre mía!

Algo debió captar Ernesto, porque apoyó su mano sobre la suya y, tras acariciarla levemente, inició la conversación yendo al tema que les traía aquí.

A regañadientes le entregó lo que había escrito su padre, naturalmente silenciando sus confesiones sobre Geli, y no sin antes aclararle que lo hacía por deseo expreso de él, que si fuese por ella, no lo habría hecho.

—Nadie tiene por qué conocer una historia tan guiada por el odio.

—¿Por qué te atreves a juzgarla? —le respondió—. ¿Qué opinarías sin en lugar de exponer sus sentimientos se hubiese limitado a relatarla, excusándola tras unos ideales patrios? Sería la de un héroe para cualquier fascista. ¿Y si el relato lo hiciese un comunista? Ahora el fascista nos hablaría de un asesino, ¿verdad? Métete en la mentalidad de un historiador y no juzgues, solo narra la verdad de los hechos ocurridos en función de un tiempo y de las corrientes que los zarandearon, y para ti, como hija, céntrate en su sufrimiento, en la catarsis que está experimentando, liberándose del peso de tantos años.

Y ahora sí que tomó sus manos para depositar sobre ellas un beso.

Esa noche, cuando llegó a su casa, lo llamó por teléfono.

—¿Estás bien? — Y antes de que él respondiese—: Quiero decirte que me gustó tu caricia.

28

Hospital Varsovia

El día 16 de septiembre, Charles de Gaulle, que acababa de ser reconocido por los aliados como presidente del Gobierno provisional francés, vino, por fin, a Toulouse con el objetivo de devolver el poder al Estado.

La Resistencia le recibió con un desfile militar en el que participó el XIV C. G., abriendo la marcha un motorista, precediendo a unos camiones armados con ametralladoras que arrastraban dos cañones capturados a los alemanes y trasportaban sobre ellos, entre otros, a los de la 21ª Brigada de Cristino. Detrás, la bandera de la República e, inmediatamente después, las unidades de a pie, una brigada de leñadores y carboneros tocados con cascos alemanes teñidos de azul y fusil al hombro, braceando con la energía de soldados regulares.

Al final de la parada, el general rindió homenaje a la guerrilla española, imponiendo la medalla de la resistencia a Luis Bermejo, Vicente López Tovar y a Cristino García Granda, recomendando para la legión de honor al segundo y para la del mérito militar al tercero. Después, De Gaulle, que ya había dado instrucciones a la Resistencia francesa para que se sumasen a los batallones de seguridad, ofreció esa misma oportunidad a los españoles de las FFI-UNE

Yo, siguió escribiendo Boris en sus memorias, recordando el último contacto que había mantenido con el Servicio de Información del Alto Estado Mayor español, el SIAEM, entendí su mensaje y su intención de unificar todas las fuerzas armadas, resolviendo el grave problema de tener a su retaguardia una fuerza extranjera revolucionaria, más leal a su ideología que a Francia. Pero los guerrilleros del PCE llevaban mucho tiempo oyendo «hoy estáis a nuestro lado, mañana estaremos al vuestro por la libertad de España» y creyendo que la desmovilización se refería a otras fuerzas españolas, decidieron retirarse a sus viejas bases del Alto Garona,

Ariège y Bajo Pirineo, y reorganizarse, disolviendo la UNE y su fuerza armada. El XIV C. G. pasó a denominarse Agrupación Guerrillera Española, AGE, tras lo cual contestaron al general a través de las páginas de «Reconquista de España»:

…Al igual que la liberación de Francia interesaba a los franceses y a todos los hombres honestos del mundo, también debe serlo la guerra contra los agentes hitlerianos que oprimen España, para terminar pidiendo de forma explícita su ayuda, que redundaría en la más fecunda amistad franco-española.

En lo que se refiere a nosotros, continuaba escribiendo Boris, Cristino nos preguntó por nuestra elección, a lo que le contestamos que la lucha no había terminado y que después de Francia tocaba liberar a España, negándonos a disolvernos e integrarnos en batallones franceses. Aunque a mí, por no tener nacionalidad española, me concedió unos días para meditar mi decisión.

El caso de Andrés era distinto, carecía de la condición de combatiente desde que había pasado a depender de la Asamblea Internacional de la Cruz Roja, ni tampoco era comunista, todo lo contrario, estaba en contra de la experiencia revolucionaria de Toulouse y de otras ciudades liberadas por la antigua UNE, y se mostraba proclive a abandonar la Resistencia y unirse a las fuerzas francesas, pero como todavía se sentía moralmente en deuda con los maquis, antes de hacer pública su decisión decidió agotar el plazo dado por Cristino.

En esos días se celebró en la sala Senescal, rue de Rémusat, en Toulouse, el primer congreso en el exilio del PSOE, en el que se oficializó la tesis de Indalecio Prieto, su ruptura con el partido comunista y las Juventudes Socialistas Unificadas, la unión con la UGT y su apuesta por la opción política como único modo lícito para recuperar el Gobierno de la República en España, contando con la alianza de todas las fuerzas antifranquistas y el apoyo internacional, tras lo cual proponía la celebración de elecciones libres para decidir la forma de Gobierno, incluyendo la restauración

monárquica, estrategia a la que se adhirieron el resto de los partidos del exilio, a excepción del PCE, que optó por seguir con la confrontación armada.

Las conclusiones del congreso pudieron leerlas muchos españoles en el «Socialista», que a primeros de octubre editó su primer número en el exilio y a él le acabó de proporcionar el soporte moral que necesitaba para abandonar la guerrilla. Al poco le comunicó a Cristino su decisión, aunque, en virtud de su compromiso con la antigua UNE y con los camaradas españoles, le pidió que le permitiesen quedarse en el Hospital de Varsovia.

El proyecto era realmente ilusionante —escribía Boris—. Habían logrado montar cincuenta y tres camas y formar un equipo médico y de enfermería voluntario, la mayoría comunistas catalanes, no en vano se decía que Toulouse era la quinta provincia catalana, y tenían la pretensión de crear el hospital de futuro con un área de investigación, otra de formación continuada, una buena biblioteca e incluso una revista médica propia. El problema era que se requerían más medios que los proporcionados por el botín requisado a los alemanes, la colaboración de la Unión Soviética, la del partido o la generosidad de algunas instituciones, como la Joint Anti-fascist Refugee Committee norteamericana y, sobre todo, la de los cuáqueros, una ayuda desinteresada y apolítica, volcada sobre el exilio español (algo que todavía, hoy, nadie ha reconocido).

Dando vueltas al tema, Andrés le preguntó al Dr. Moméñez sobre la posibilidad de recabar la ayuda del Gobierno de la República en el exilio.

—¿Te refieres al SERE? —le respondió con un evidente acento de incredulidad— . Está claro que tu situación durante estos años no te ha permitido conocer cómo ha trascurrido la historia de los partidos políticos en el exilio.

Tras lo cual pasó a resumírsela.

—Después de la victoria de Franco, se reunió en París la Diputación Permanente de las Cortes y, a propuesta del socialista Indalecio Prieto, declaró al Gobierno de Negrín como inexistente, es decir, disuelto, otorgándose el control de los recursos financieros de la

República, incluyendo sus cuentas bancarias en el extranjero, las cuentas del SERE y el tesoro del Vita, para cuya administración se creó la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles (JARE), que pasó a depender directamente de Prieto, con una finalidad similar a la del SERE, al que se le acusaba de usar sus medios en favor de los comunistas y partidarios de Negrín.

—¿El tesoro del Vita? No conozco ese tema.

—El Vita fue un yate fletado por el SERE en febrero del 39, que embarcó en el puerto del Havre, con destino a México, 120 cajas conteniendo parte del patrimonio histórico-arqueológico español requisado por el Gobierno de la República.[19] Al llegar a su destino, tras los acontecimientos que te he expuesto, Indalecio Prieto, como representante del Gobierno legal de la República, se lo reclamó al presidente de México, Lázaro Cárdenas, para ser custodiado y controlado por el JARE, como sabemos, dirigido por él.

—¿Y?

—Pues lo de siempre —finalizó Moméñez—. Que, en enero de 1941, el sucesor de Cárdenas, Manuel Ávila Camacho, decidió asumir el control del JARE tras salir a la luz diversas irregularidades, incluyendo la imposibilidad de hacer una auditoría por falta de documentación oficial.

Moméñez estaba expresando a Andrés la negativa percepción de los españoles acerca de la gestión de los bienes incautados por ambos organismos y la forma de asignar sus recursos. Mientras que Negrín reservó el mayor monto para el mantenimiento de la legalidad republicana en el exilio, lo que consumió los bienes del SERE, Prieto se centró en una acción política más realista, la ayuda a las víctimas del franquismo, en especial a los españoles internados en campos de concentración, y a la refundación del PSOE, superando la fractura de los años 30.

—En resumen, que entre uno y otro se han comido todos los recursos. — Resumió Andrés, al que esta historia les hizo acabar con la poca confianza que le quedaba sobre las viejas instituciones

republicanas—. Lástima que tan noble misión, el apoyo a los exiliados, haya terminado así. ¿Cuántos millones habrán consumido?

—¡Pchsss!

Tras unos minutos de reflexión:

—Todavía quedan otras posibilidades para financiar nuestro hospital —le dijo a Moméñez mientras acariciaba mecánicamente la llave que llevaba colgada al cuello—, pero antes necesito contactar con unos camaradas del partido y saber si viven. ¿Cómo podría hacerlo?

—Podríamos intentar contactar a través de Radio España Independiente.

Una noche, al final de los quince minutos de emisión dedicada a los oyentes de Cataluña en su idioma y antes de que sonaran las notas del himno de Riego, entre los muchos mensajes que se dirigían a los españoles del interior pude oír el suyo.

Roldán, Gúdar, Capitán

Ese día Boris estaba con él y pudo advertir su emoción y su excitación al oír estas tres palabras, pero apenas les prestó su atención, ya que lo único que en esos momentos le importaba era volverse a España, pero entonces ocurrió lo de Geli. Y aquí don José se quedó como bloqueado.

—Estoy muy cansado —concluyó, cerrando los ojos y recostándose en su sillón.

Y nada más. Tenía razón el anciano pidiendo árnica. El trabajo y las emociones revividas lo habían dejado exhausto, eso saltaba a la vista, se notaba en sus ojos, cada día más hundidos en sus órbitas, rodeadas de un halo morado; en su lengua pastosa, que hacía ininteligibles sus palabras, y en su espalda cada vez más encorvada, más delatora de esa fragilidad que se iba apoderando de él, cuando hacía poco nadie acertaba a adivinar sus noventa años.

Finalmente, dos noches después:

—¿Es necesario que te cuente esta parte de mi vida?

Qué podía contestar ella, que durante tanto tiempo había llevado el nombre de esa muchacha que acababa de descubrir.

Boris, mejor don José, y ahora el anciano, con la frente apoyada en su mano derecha, siguió con el relato:

Antes de volver a pedir a mi contacto que procediese a mi expatriación, quise despedirme de ella. Y, ¡por Dios!, en qué mal estado la encontré. Depauperada, con el gesto ausente y los ojos abiertos, indagando no sé qué misterios en el techo.

—¿Cómo está, doctora? —le pregunté preocupado.

—Ya lo ves, en coma. No tiene ninguna enfermedad física que explique su estado. Su problema está ahí —señalando con el dedo su cabeza—. Creo que se ha negado a vivir.

Ante ese cuerpo desmadejado, sus senos derrumbados, su abdomen abarquillado y su pubis alopécico, no pude evitar lamentarme de ver lo que quedaba de esa joven a la que imaginaba cada mañana recorriendo en su bicicleta el camino hasta llegar al lugar donde se cruzaba con el teniente Klauss, su Parsifal wagneriano, al que al pedalear le descubría la tersura de sus muslos para que él respondiese haciendo el saludo militar.

—¿A quién culpamos de todo esto? ¿Al amor? Geli, el amor no es un pecado, es un estado del alma —le dije al marcharme, besando tiernamente su frente.

Dos días después, Andrés, que ya estaba destinado en el Hospital Varsovia, vino a buscarme al Campo del Récébédou y me dio la noticia.

—El día que fuiste a ver a Geli, despertó de su coma.

—¿Y?

—Se ahorcó haciendo un nudo con las ropas de su cama.

Sentía tanto odio por todo lo que significase comunismo, por sus correligionarios y por los que, como Cristino García, abogaban por sus «soviets justicieros», que decidió seguirles hasta los Pirineos con tal de destruirlos.

---

[19] Tesoros de las catedrales de Toledo y Tortosa, Palacio Real de Madrid, monetarios del Museo Arqueológico Nacional y de la Casa de la Moneda, incluyendo las reservas económicas de la Generalitat de Catalunya y otros bienes incautados por la Caja General de Reparaciones a civiles.

29

La escuela terrorista

En 1945, el PCE creó la Escuela de Terrorismo en la Route Caugno, 140, en Toulouse, con el fin de preparar a los grupos de acción destinados a reforzar la lucha en el interior de España, entrenándolos en métodos y técnicas de agitación, desestabilización política y propaganda y, muy especialmente, en técnicas terroristas, atentados, asaltos a centros falangistas y «golpes económicos» en bancos y empresas. Todo ello sin descuidar la ortodoxia y la obediencia ciega al partido, incluyendo las ejecuciones de compañeros «dudosos» o relajados de las directrices oficiales. A finales de septiembre empezaron a llegar los primeros voluntarios, entre los que me incluí yo, narraba en su siguiente entrega el Boris.

Hasta 12 altos jefes comunistas concurrieron a los primeros cursos, incluyendo a Jesús Monzón Reparaz, el hombre que dirigía el aparato comunista en el exilio y artífice de la resistencia armada, a Gabriel León Trilla, antiguo comisario político del V Regimiento de Enrique Líster y actual secretario de Agitación y Propaganda del PCE, o Manuel Azcárate, de las Juventudes Socialistas Unificadas, y responsable de Mundo Obrero, y otros como Cristino García Granda y José Vitini. Mientras, se mantenían en Rusia o en México la Pasionaria y Carrillo, por los que, no hace falta insistir, el Boris no sentía un especial cariño.

Nos recibieron en una especie de bar situado en el sótano de «la escuela», donde hasta el aire olía a España, en su tosco mostrador de pino, en las piletas de zinc a medio llenar de agua donde se refrescaban dos frascas de vino recio, en sus anaqueles de madera y dudoso color, entre verde oscuro o marrón sucio, sobre los que esperaban servicio una botella de Anís del Mono, el icónico «salta parapetos» de Pedro Domecq, etiquetado a tenor de los tiempos como Fundador, u otros similares que a rebufo se denominaban Soberano, Veterano y el popular Tío Pepe.

Veréis con qué sencillez me dieron forma en Jerez

Embotellado el sol

de Andalucía, primero

me pusieron una chupa

la guitarra y un sombrero…

—Ahí lo tenéis, el único fascista que me gusta —bromeó uno de los recién llegados—, señalando la conocida botella de fino ataviada con traje campero y haciendo el saludo falangista con el brazo derecho en alto.

—¿Y qué me decís de estos otros? —Señalando las paredes adornadas con un anuncio del dentrífico Perboral, guerra a las caries por 1,50 pesetas, el omnipresente cartel de toros y una fotografía enmarcada del final de la Copa del Generalísimo, donde los dos equipos participantes, Sevilla y Atleti Club de Bilbao, incluido el trío arbitral, siguiendo el ejemplo del Tío Pepe, saludaban brazo en alto.

—¿Pero se puede aguantar eso?

—Bienvenidos a la Escuela de Toulouse —les interrumpió el Maestro Agüero, presentándose ante ellos junto a otro profesor—. Acostumbraos a esto, camaradas — les dijo—, todo el mundo hace el saludo fascista en España, incluida la Iglesia — mostrándoles otra donde aparecía el arzobispo de Santiago saludando brazo en alto a un eufórico Caudillo que, usando el viejo privilegio de los reyes de España, se disponía a entrar en el templo bajo palio—. En todos los actos públicos se hace este saludo y muchos de ellos se inician con el Himno Nacional, que en esos momentos empezó a sonar en una gramola.

—Eh! —protestaron con silbidos y otras expresiones escatológicas.

—Aquí nos familiarizamos con todo esto, con el fin de no llamar la atención de la policía, omnipresente en cualquier concentración, incluyendo salas de cines y espectáculos, donde, por ley, tienen reservada una butaca.

A continuación, les presentó a su acompañante:

—Es el camarada José Vitini Flores, comandante y comisario político de la 4ª brigada de la 3ª División, que manda el teniente coronel Cristino García (graduación militar reconocida por De Gaulle, respetando las existentes en la Resistencia), que ha intervenido en la liberación de las ciudades de Rodez y Albi.

Hechas las presentaciones, se dividieron en dos grupos, los destinados a «la sierra», cuya misión era contactar con los que al final de la guerra de España se habían «echado al monte», de los que se iba a ocupar el Maestro Agüero, y los del «llano», los grupos de acción de pueblos y ciudades, responsabilidad de José Vitini.

En mi caso, añadía Boris, debido a que mi aspecto físico delataba una evidente debilidad (seco, pelo escaso, abdomen globuloso y halitosis), me asignaron a estos últimos, lo que me alegró, ya que me facilitaba mi misión de información y espionaje y al moverme entre desconocidos me evitaba cualquier debilidad, inevitable entre antiguos camaradas de armas.

Una vez que nos asignaron, nos repartieron el «manual del guerrillero» y nos separaron del otro grupo con los que, por seguridad, no volveríamos a tratar, evitando así que, en caso de ser detenidos, tuviésemos información sobre el resto. Mucho más dura fue la recomendación de José Vitini en el caso de que alguno de nosotros cayese herido:

—Por compañerismo, para evitarle la tortura durante los interrogatorios y por seguridad para el resto de los compañeros, lo suyo es... —dijo haciendo un expresivo gesto con el dedo índice apoyado en la sien.

Finalizado ese primer día de clase, nos invitaron a tomar unas copas en ese bar que nos había recibido al llegar.

—¿Qué va a ser? —preguntó el camarero.

—Un vino, una copita de anís.

—Yo, un ajenjo —pidió alguien.

Vitini se acercó a este último y, apoyando su dedo derecho sobre su sien:

—¡Pum! Estás muerto. En España no se sirven estas bebidas, salvo a los esnobs, y tú no das el tipo.

Luego, señalándonos unos periódicos editados en España esparcidos sobre las mesas del bar, nos invitó a leerlos y, llenos de curiosidad y de nostalgia, nos precipitamos sobre ellos. Yo elegí un ABC con fecha cercana a la toma de Toulouse.

—Lee en alto—me pidieron algunos—, dinos qué se cuenta en España sobre nuestra intervención en Francia.

—Nada, no dice nada.

Solo rebuscando en las hojas interiores pude encontrar un breve comentario, con una noticia titulada «Los Rojos Españoles en el Mediodía Francés», que literalmente decía …que a raíz de la guerra de liberación española se refugiaron en Francia y, bien avenidos con la ocupación alemana…

—¿Eso es lo que dicen, que estábamos bien avenidos con los alemanes?

Un segundo lector vino a ampliar la noticia, leyendo la que daba la Vanguardia:

…Y muchos de ellos aceptando empleos alemanes que les ofrecían grandes salarios…, cuando se vislumbra la evacuación alemana, muchos se pasaron al maquis.

—¿Este es el comentario que les merece nuestro sufrimiento en los campos de trabajo y en los Grupos de Trabajadores Extranjeros?

—¿Eso es lo más interesante que dice la prensa «del otro lado»? —preguntó Vitini, recriminándolos a continuación por haber obviado la más importante, la que ocupaba la primera página de ambos periódicos: El ministro secretario general del Movimiento anuncia las elecciones sindicales —y continuó—: El franquismo se está armando ideológicamente con fórmulas de participación política a través de la familia, el Municipio y el Sindicato Único, donde, por cierto, en esas elecciones votó el 90% del censo electoral, lógicamente. Este es el país donde vais a vivir. No se puede ignorar una noticia tan importante, significa la oportunidad de infiltrarnos en las instituciones y llegar a los obreros.

Una de las actividades más destacadas era la dedicada al adoctrinamiento y refuerzo de nuestra formación marxista-leninista, con la dialéctica a emplear contra el régimen represor franquista y su partido único, la Falange, que tenían sometida la voluntad del pueblo español, incidiendo en el grave fracaso de la economía franquista y su apuesta por la autarquía, el autoabastecimiento y el intervencionismo con el fin de evitar el endeudamiento exterior y la dependencia política, lo que se había plasmado en la creación del INI, el Instituto Nacional de Empresas, convirtiendo al Estado en empresario, y en el Servicio Nacional del Trigo, que controlaba la producción, comercialización y el consumo del cereal, fijando la superficie cultivable, el tipo y la cantidad de cereal a plantar, para requisar después la producción y, tras pagar al campesino con un precio, llegar al consumidor a través de las cartillas de racionamiento. El resultado era la caída de la producción agrícola y del proceso de industrialización y la aparición del mercado negro, el estraperlo, que encarecía los precios de primera necesidad, enriqueciendo a los poderosos y empobreciendo aún más a los productores, a lo que había que añadir la destrucción provocada por la guerra civil y la falta de mano de obra causada por el exilio y la represión, todo lo cual desembocó en una grave depresión económica, en las famosas hambrunas de los años cuarenta y en la aparición de epidemias, como la tuberculosis y el piojo verde,[20] que se achacaban a «la pertinaz sequía y a la conspiración judeo-masónica y comunista».

Contra todo ello debíamos dirigir nuestras acciones, contra los capitalistas acaparadores, estraperlistas y responsables políticos, especialmente contra los falangistas, con una lucha, la del bandolero vengador que, ante un pueblo explotado, nos llenaría de prestigio.

A mediados de octubre vino a clausurar el curso el propio Jesús Monzón Reparaz, acompañado de Vicente López Tovar, José Vitini y Cristino García, además de otros responsables militares de la que, desde mayo del 44, se denominaba Agrupación Guerrillera Española, AGE.

Su discurso comenzó con la frase que el general Eisenhower dirigió a los españoles que combatían a sus órdenes:

A pesar de que el asalto final a vuestro país no se ha realizado, la hora de vuestra libertad está cerca.

Estas palabras, de boca, nada menos, que del general en Jefe del ejército aliado en Europa, en favor de recuperar España y en contra del régimen de Franco, dieron pie a Monzón para armar el discurso que nos dirigió.

—¿Y qué otro final puede esperarse de un régimen que, según el PCE, se apoyó en el Eje y es responsable de trescientos mil exilados, seiscientos mil presos, un millón de personas en libertad vigilada y diez fusilamientos diarios?, salvo los domingos, que Franco es un buen católico.

No faltó en su discurso la referencia a la autarquía, a las cartillas de racionamiento[21] y al estraperlo, una práctica corrupta capitalista con la que el labrador rico especula con su producción, escondiendo parte de sus productos, que luego vende en el mercado negro a precios desorbitados.

—La represión, el hambre, consecuencia del fracaso económico y la corrupción del régimen franquista, hace que los españoles nos estén

esperando con los brazos abiertos. —Terminó su discurso gritando a pleno pulmón, puño en alto—: ¡Por la Reconquista de España!

Después tomó la palabra Tovar para decirnos:

—El grito con el que ha terminado su discurso el camarada Monzón no es un eslogan, es el nombre de la operación diseñada por el PCE para invadir España.

Sí, habíamos oído bien. Él mismo se encargó de ratificarlo.

—Acabo de firmar la orden de movilización para invadir España. El objetivo es liberar por las armas un sector de territorio español comprendido entre los ríos Cinca, Segre y la frontera francesa, e instalar provisionalmente en Viella una representación del Gobierno de la República en el exilio que, como ya ha anunciado el camarada Monzón, provocará un levantamiento general contra Franco, obligando a los aliados, por razones humanitarias, a intervenir en España y, una vez liberada, poder participar con más peso que el resto de los partidos en las negociaciones de después de la guerra.

En resumen, el mismo esquema que había seguido Tito en Yugoslavia, paradigma y ejemplo para los guerrilleros españoles.

Ya no hubo más discursos, solo el anuncio de que la AGE había distribuido sus efectivos en dos divisiones, la 102, mandada por José Vitini Flores, y la 204, por el mismo Tovar. Después, caras serias, muy serias, en la cúpula militar, pero también en los presentes. [22]

Alea iacta est.

Aunque una operación de tal envergadura no podía llevarse a cabo sin el consentimiento del Gobierno francés, Josip, el Boris, no dudó de que tales noticias debía hacérselas llegar al comandante Gutiérrez Mellado y, gracias a que el cuerpo de guardia, comprensivo con la necesidad de que un compañero pudiese despedirse de alguien querido, relajó la vigilancia, al anochecer

pudo burlar las medidas de seguridad.

Pero ¡Dios! Todo estaba en su contra.

No encontró al quiosquero. En su lugar había una persona que no conocía.

—¿Pero está en Toulouse?

—¡Yo qué sé!

¿Pero puedo dejarte un mensaje para él?

No era lo más aconsejable actuar así, ¿pero qué otra cosa podía hacer, si mañana al amanecer salían hacía el Pirineo?

—Dile, por favor, que Boris tiene que ir a ver a su padre al «Valle de Arán». — Remarcando esta localización—: Sí, al Valle de Arán, que se ha puesto muy enfermo y es inminente su desenlace. ¿Te acordarás? Díselo. Es muy importante. Seguro que habrá unos francos para ti. Recuerda, el Valle de Arán.

---

[20] Tifus exantemático epidémico, producido por la Rickettsia Prowazecki, además de otras epidemias, como la sarna, cuyos estigmas aparecen en esas fotografías de época con los niños pelados al cero, o la tuberculosis, en cuya lucha se crearon los consultorios y sanatorios antituberculosos de la sierra de Madrid.

[21] Veintisiete millones de ellas, dos por familia, una para abastecerse de carne y la otra para el resto de los productos de primera necesidad. La asignación por cartilla variaba a tenor de la persona, correspondiendo a los mayores de sesenta años el 80% de la ración de un hombre o una mujer adultos y a los niños menores de catorce, el 60%, y también según el trabajo y el cargo, teniendo las clases más altas derecho a más alimentos.

[22] Tovar, al igual que la cúpula militar, no era partidario de la invasión, pero el PCE había pulsado la actitud del jefe de las fuerzas fronterizas francesas, coronel Calvetti, que les había comunicado que tenía orden de no dejarles pasar pero, seguidamente, les ofreció hospitales de campaña en territorio francés, haciéndose

objetivamente cómplice de la operación.

30

La invasión

Al amanecer del 19 de octubre, el mismo día en que Franco reconoció al Gobierno del general De Gaulle, la División 204 se internó en el Valle de Arán.

En realidad, las operaciones habían comenzado el 3 de octubre, cuando José Vitini Flores, comandante Ernesto, al mando de la 102 División, inició una operación de entretenimiento por Roncesvalles y el valle del Roncal y, a mediados de mes, por un sector comprendido entre Hendaya y San Jean-Pied-de-Port, dejando a la División 204 el peso fundamental de las operaciones en el valle de Arán.

El objetivo principal era conquistar Viella e instalar allí la capital provisional de la República, proteger la entrada al valle tomando el puerto de la Bonaigua y los accesos al túnel y mantener una vía de comunicación con Francia por Pont de Rei, para facilitar la llegada de refuerzos o, en su caso, retirarse. Con tal fin, el Estado Mayor del AGE, que mandaba Luis Fernández, dividió sus tropas en tres columnas. La principal, bajo la responsabilidad directa de Vicente López Tovar, se dirigió por el valle central en dirección Viella, mientras que las otras dos columnas, bajo la responsabilidad directa del Estado Mayor, lo hicieron por el valle del Gállego y por el Port Vell de Lérida.[23]

—¡Y que Dios reparta suerte!

Hacía frío y ¡estaba nevando!

Con todo, no era una mala noticia para los maquis que la nieve cerrase los puertos y los pasos, contribuyendo a aislar el valle, pero sí para los de a pie, como yo, escribía Boris en el memorial donde relataba para su hija esta experiencia.

Nuestra misión, la que nos había marcado la Escuela Terrorista, era infiltrarse en España para comenzar su campaña terrorista en el interior, por lo que unos días antes nos trasladaron a un campamento del Pirineo, aislados del resto, hasta que llegó el momento de atravesar la frontera, que lo hicimos escoltados, a una cierta distancia, por la 11ª Brigada.

El frío y la nieve dificultaban tanto nuestro desplazamiento que hasta los más entusiastas parecían perdonar el bollo por el coscorrón. A primeras horas del amanecer cruzamos la frontera y nos dirigimos a Benasque, un pueblecito de casas de piedra y tejados de pizarra bañado por el río Essera. Poco antes de llegar nos desviamos a un pequeño valle donde en tiempos medievales hubo un hospital de peregrinos, convertido hoy en una casona pastoril, y aquí hicimos un alto.

Aprovechando una pausa diurética, me escabullí para husmear, sin ser visto, a la brigada que nos servía de escolta, advirtiendo que también cubría a un segundo grupo aislado en el que reconocí al Maestro Agüero y a Doroteo Ibáñez, el Ibáñez, en el grupo de los Maños, los mismos que vinieron a buscarnos a Prayols para conducirnos hasta la Vallador. Junto a ellos marchaba un hombre portando una pesada maleta de madera de la que no se separaba por nada del mundo, a todas luces una de esas emisoras portátiles que utilizaban los aliados. Teniendo en cuenta el papel que desarrollaba como instructor el Maestro, y la función de guías de los otros dos, supuse que se adentraban en España para contactar con los grupos guerrilleros del interior, una información que debería conocer el comandante Gutiérrez Mellado, si es que habían tenido éxito mis gestiones con la persona que estaba cubriendo al quiosquero en Toulouse. Este pensamiento, junto a la esperada recompensa en reconocimiento por los servicios prestados al Servicio de Información del Alto Estado Mayor, el SIAEM, al que le había estado rindiendo mis informes, me sirvió para soportar las inclemencias del tiempo y la agotadora marcha que nos quedaba.

No pude evitar evocar esos momentos de intimidad junto a los compañeros, Andrés y el Chaval, en esas noches del Pirineo cubiertas por un manto de estrellas brillantes en las que la luna nos miraba redonda, sorprendida, tratando de escuchar nuestra charla

junto a las llamas de esa hoguera que nos lamía el cansancio y donde el Maestro nos hablaba de su pasado, de su familia, de su pequeña escuela de Agüero, de sus muchachos de pantalones remendados y gorra calada hasta los ojos, a veces descalzos, esforzándose por descifrar esos rasgos que mostraba «Rayas», la cartilla donde les enseñaba las primeras letras hasta que el campo, las cabras, o cualquier otra necesidad, los devolvía al analfabetismo del que les impedía salir el hambre.

—Cuánta miseria y cuánta injusticia genera la pobreza, Boris, por eso me hice comunista.

Sinceramente, a pesar de la distancia política que nos separaba y mi aversión por el comunismo, hubiese querido desearle suerte y que saliese con bien de esta.

—Lo siento, Maestro, siento que gente como nosotros nunca podamos encontrarnos, pero yo también tengo mis recuerdos. Las ametralladoras de los milicianos escupiendo fuego y muerte en Paracuellos y la danza macabra que baila una famélica Geli colgando de una sábana. Y no sabes cómo alimentan mi lucha.

Antes de reanudar la marcha se dio una friega con Petróleo Gal para entrar en calor y calmar el dolor de sus músculos. Al poco nos separamos de la 11ª y un guía nos condujo hacia la falda de la Madaleta para flanquearla y dirigirnos hacía la Artiga de Lin para reunirnos con uno de los tres grupos en los que se había dividido la 551ª, y seguir la senda del Joèu en dirección a les Bossòst, donde llegamos al anochecer cansados, hambrientos y con las espaldas anestesiadas, chorreando sudor helado a causa de la pesada carga de nuestras mochilas.

—Hay tropa franquista en el pueblo —les avisaron—. La segunda compañía del Batallón «Albuera», acogida en algunas viviendas.

Se desplegaron en guerrilla y, moviéndose en silencio de casa en casa, lograron sorprender a la dormida guarnición, que se rindió sin lucha.

—Eso está bien. No ha habido sangre —se dijo animado.

Demasiado pronto. Un grupo de soldados comandados por un teniente y un sargento se habían unido a la guardia civil local, refugiándose en dos viviendas de la pequeña plaza Mayor del pueblo, dispuestos a resistir.

—¡Aquí! —ordenó el jefe del grupo, señalándoles el bar-estanco.

Tenían órdenes de evitar la confrontación, salvo en caso de estricta necesidad, con el fin de facilitar el paso de los soldados de remplazo a sus filas, así que tomaron posiciones esperando su respuesta, que no se hizo esperar, comenzando al poco el fuego.

Solo disponíamos de quinientos cartuchos por hombre para alimentar nuestras ametralladoras Stent, ideales para el asalto, pero que al no disponer de la modalidad de fuego tiro a tiro, con cada disparo se gastaba completamente su cargador de treinta balas, así que respondimos a su fuego con fusiles y pistolas.

—Yo me situé fuera del área de combate, pero desde mi puesto pude ver a uno de los nuestros que se disponía a lanzar una bomba incendiaria desde el balcón del bar contra el edificio de enfrente, donde el sargento del ejército enemigo, adivinándole la intención, le acertó con un tiro antes de que pudiese culminar su proyecto, cayendo la bomba sobre el balcón, que al ser de madera se incendió inmediatamente, obligándonos a abandonar la casa, lo que aprovecharon los otros para escapar.

En esos momentos uno de los otros dos grupos de la 551ª llegó a Les, donde sin apenas resistencia tomó prisioneros a diez guardias civiles, mientras que la tercera hacía huir a la Guardia Civil de Baussan a los bosques vecinos.

En el resto del Bajo Arán, la 410ª brigada se había encontrado con la resistencia de la guardia civil y la 2ª compañía del batallón Albuera, haciendo numerosos prisioneros, mientras que la 11ª y la 21ª cortaron el túnel de Viella.

En el Alto Arán las noticias ya no eran tan buenas. La 9ª, que había entrado por el puerto de Orla, se había quedado detenida en Salardú, a la que estaban atacando con morteros y lanzagranadas, mientras que de la 471ª, comandada por Álvarez Canosa, Pinocho,

no había noticias. No obstante, esa noche una columna motorizada, si así podía denominarse a dos o tres camiones mal blindados, entró en el Valle para instalar su Estado Mayor en Bossòst, trayendo con ellos el material pesado disponible: dos cañones antiaéreos cogidos al enemigo, unas ametralladoras y tres morteros del 81.

¿Eso era todo?, ¿con eso esperaban invadir España?

En Bossòst, el jefe de nuestra brigada convocó a la población a participar en la ceremonia oficial de la toma de la plaza por el ejército libertador, donde se izó la bandera republicana y, tras cantar el himno de Riego, uno de nuestros comandantes, Joan Blázquez, nativo y antiguo alcalde del lugar, dio un mitin con muy poco éxito, a juzgar por la actitud pasiva de las gentes que, sería por la hora, por el frío o por… El caso es que, terminado el acto, se retiraron a sus casas sin prestar la menor atención a los folletos que les estábamos repartiendo.

¿Para eso habíamos cruzado el Pirineo con 15 kg extra de propaganda a nuestras espaldas? Bien es verdad que estaban escritos en español en lugar de hacerlo en aranés, y que la mayoría de los lugareños eran analfabetos.

Terminados los actos, encendimos una hoguera y me tendí junto al fuego con la espalda rota, los pies como témpanos y masticando un paquete de galletas de los que llevábamos en nuestro equipo. Nadie se prestó a vendernos alimentos. De todas maneras, carecíamos de dinero español y el pago hubiésemos tenido que hacerlo con bonos del AGE que, ni eran fiables, ni cualquiera iba a algún sitio a hacerlos efectivos.

Aquí se terminaba el relato de Boris sobre la operación «Reconquista de España». Solamente se limitó a decir que a la mañana siguiente su grupo abandonó el escenario bélico y se adentró en España.

---

[23] La 410ª entró por port de Tavascan, dirección es Bordes. La 551ª por pont d´Era Roqueta, dividiéndose en tres para dirigirse a Baussem, Les y Bossòst. La 11ª lo hizo por el valle de Benasque, con la intención de cerrar la boca sur del túnel de Viella, quedando en

la otra boca la 21ª. A su izquierda, la 9ª por port Orla en dirección Salardú, y la 47ª con la 15ª, al puerto de la Bonaigua, quedándose la 7ª custodiando Pont de Rei.

31

Más que colaboradores

María Ángeles estaba tan harta de su imagen de señora de bien de la postguerra que esa mañana, al levantarse, la tomó con su peinado, con esos rizos y esas ondas tan de domingo y vermut que…

—Ni un minuto más.

¿Y del resto?

—Todo a su tiempo. Primero el pelo y luego, ya veremos.

Una vez en la peluquería, pues eso, que este rubio le parecía como muy de Marilyn, o que no cuadraba con el color de sus ojos (que hoy tiraban como a violeta), y qué decir de los tonos oscuros.

Y a todo esto, sin haber empezado a hablar del tipo de corte, parecía leerse en el gesto resignado de la peluquera, una tal Vanesa que, por proceder de las Américas, se pirraba por lo güero.

Y así hasta que se acercó la encargada, una mujer en la cuarentena pasada que, buena conocedora de sus clientas, enseguida adivinó lo que estaba pasando.

—Tú estás buscando guerra —afirmó, más que preguntó. Y en poco tiempo ya tenía la cabeza lavada y había decidido que volviese a tener el color original de su pelo, castaño con toques caldera, recortándoselo a media altura.

—Descubre tu frente, mujer, que todavía puedes presumir de ojos. —Para acabar la faena con un expresivo—: ¡Ya me contarás!

Tras ensayar ante el espejo una mirada profunda, interesante, casi asesina, y de ir de camino a casa repasándose por todos los escaparates el culo (que ahora intentaba endurecerlo) o su aire al

andar, llegó a la conclusión de que sí, que todavía merecía la pena y que si «tú» no lo sabes valorar (al hipotético usuario), «tú» te lo pierdes.

¿Cuántos años, María Ángeles?

—Pues eso, que «tú» te lo pierdes —volvió a afirmarse porque, aunque ya estaba en los sesenta, se reafirmaba en su derecho a no ocultarlos y, sobre todo, a vivirlos. Todavía quedan muchas opciones en el menú, sin más tope que el que le pusiese su biología, y aun así, siempre quedaría algún plato a degustar.

Estaba claro que más allá de lo pronosticado por su amiga la peluquera, no solo buscaba guerra, sino que se la había declarado a todo lo que significasen convencionalismos, prejuicios y estereotipos de la tercera edad.

—Que sí, que tengo sesenta años. ¿Y qué?

Y eso que todavía no había dado el siguiente paso.

—A tu edad, María Ángeles.

Aquí sí que cuadraba ese comentario hecho con muy poco arrepentimiento y menos propósito de la enmienda, con el que se despidió, tirándolas a la basura, de esas bragas blancas con elástico por encima del ombligo, sustituyéndolas por unas sugerentes Women Secret y, harta de esperar a que el hombre diese el primer paso, fue ella la que llamó por teléfono a Ernesto, proponiéndole una cita.

¡Oye! Y nada de Memoria Histórica, de Monroyo o de su padre, ese Josip Filipovic, el Boris, que a estas alturas de su vida estaba descubriendo. Esa es otra. Si llega a saber lo que iba a significar todo esto…

(No lo juzgues, María Ángeles).

Imposible no hacerlo. Ninguno de los dos podía ya evitarlo, ni su padre (¡pobre anciano!) ni ella, y ahora, al hablar se escondían la mirada.

Ni tampoco puede dejar de seguir investigando, sobre esto también se había decidido. El pasado de su padre era parte de su patrimonio y aunque signifique sufrimiento, tenía derecho a conocerlo, solo así se puede asumir.

—Pero dejemos para más tarde el tema —se dijo, volviendo a consultar su imagen ante el espejo y sintiendo en el estómago el gusanillo del deseo de lo prohibido volviendo a afirmarse:

—Apañados íbamos a estar si sigo esperando a que él tome la iniciativa.

Ya tenía decidida la táctica. Lo suyo era impactar de entrada. Directo y a fondo. El último día, al despedirse, le plantó un beso en la boca, bien es verdad que muy poco morboso y, aunque él no hizo la cobra, tampoco le respondió con entusiasmo. Hoy lo intentaría de nuevo, pero esta vez más pausado y silencioso, con un pelín de humedad. Y después, que fluyan los acontecimientos.

Lo intentó. Y aunque tampoco evitó la caricia, respondió con un leve asentimiento. Pero ella estaba decidida y cuando entraron en ese pub eligió un lugar discreto en uno de los recovecos del local y, ahí, para animarse:

—Un gin-tonic.

Con lo que no contaba es con que a Ernesto le horrorizaban los silencios y las miradas directas a los ojos buscando no sé qué respuestas y que, en cuanto se retiró el camarero, se disparó con el tema que dominaba, que de paso le daba seguridades.

—Ya he leído todo el informe de tu padre, su estancia en la Escuela Terrorista de Toulouse, su intervención en la invasión del Valle de Arán, etc. —Ignorando la mirada de reprobación que empezó a aparecer en María Ángeles—. Impresionante historia, que al menos exige entender cómo se jugó la vida en ello.

Se jorobó el invento, imposible eludir el debate, así que solo pudo contestar y, eso sí, con toda sinceridad:

—Todo muy épico, si no hubiese estado guiado por el odio.

—No lo juzgues. Los hombres somos hijos de nuestra historia y la suya sucedió en una Europa y en un tiempo, y España no era ninguna excepción, donde cualquier ideología y cualquier modelo de sociedad era incompatible con la del contrario y la única solución pasaba por destruirle. El resto, el héroe o el villano, depende de cuál de las dos partes lo juzgue.

—En lo que por ahora sabemos de Andrés, el Francés, se intuye más grandeza. Aunque hubiese elegido la vía de las armas para defender su ideología.

—Recuerda las palabras de tu padre, «que nunca sepas lo que es el odio ni cuál de las dos partes en litigio puede arrogarse el derecho a reprimirlo».

Después, se embarcó en la idea que debe presidir el pensamiento del historiador.

—La función del historiador es analizar y contar lo que ha pasado. El resto ya no nos corresponde, y mucho menos hacer un juicio moral.

Y siguió empeñado en su tema.

¡Estaba tan cabreada! Con las horas de peluquería, de ese paseo autocomplaciente por delante de todos los escaparates del barrio, de esa estrategia del beso y de que se hubiesen sentado en un sillón tan bajo en el que era imposible evitar (ni tampoco lo quería) que se le hubiese ido deslizando la falda tan inútilmente, ya que tenía las piernas a cubierto debajo de esa puñetera mesita.

(Para colmo, esa inusual prenda interior estaba dejando huella en su rabadilla).

Y ahora empezó a hablar de los avances que habían logrado en la investigación.

—Conocemos mucha historia de Andrés y sobre su decisión de contactar con sus antiguos compañeros, con vistas a desviar los fondos de «Socorro Extremo» a la noble causa del Hospital de Varsovia.

…

(¡Qué escozor!, ¿será posible?)

—Y aquí me planteo otra hipótesis sobre su muerte, distinta de la que se planteó Ramón Celada, como la posibilidad de que alguien quisiera apoderarse de esos medios económicos. ¿Pero quién? ¿El famoso capitán Melero? Él pudo ordenarlo, pero por lo que hasta ahora sabemos, desconocía esa operación.

…..

(Y la falda casi hasta la garganta, a pesar de sus tirones en dirección contraria… y esas puñeteras bragas).

—Caben otras posibilidades, las de cualquiera de las personas que sí la conocían. Me refiero a Valentín y al Practicante. Pero ¿llegaron a contactar con él? Cualquier respuesta exige saber quién podía beneficiarse con su muerte. Con la de los dos, porque hay que incluir la de ella.

Pero María Ángeles no estaba por la función y, bruscamente, casi dejándolo con la palabra en la boca, se levantó de la mesa y se metió en el lavabo de señoras.

—¡Uf, que alivio! —Exclamó tras quitarse esas bragas que estaban impactando su recuerdo en el punto equidistante de sus nalgas.

—¿Te pasa algo?

Cómo explicárselo.

—Que no, que de repente me he encontrado mareada.

Lo acompañó hasta su casa, ahí, en la colonia Marqués de Suances.

¡Tan llena de discretos rincones!

Y ahora sí, ahora fue él.

Besó con dulzura sus labios. Lentamente, silenciosamente, mientras acariciaba sus muslos, amenazando con ascender por esas áreas que

había espiado en el pub.

Y ella, así, sin la prenda inferior.

Aquí fue María Ángeles la de la cobra y la de hasta mañana.

¡Qué otra solución había!

32

El hospital Varsovia

Dos días después de iniciarse la operación «Reconquista de España» empezaron a llegar al hospital Varsovia los primeros heridos y congelados, y con ellos las noticias del Valle de Arán, que no eran muy optimistas. Tovar se había detenido delante de Viella, donde le esperaba el general Moscardó, cómodamente instalado en el Hotel Internacional, con muchos más hombres y mejor armado, incluyendo ametralladoras y artillería. Tampoco su ala izquierda había conseguido cortar el túnel de Viella ni el puerto, por donde se temía la llegada del 5º Batallón de Cazadores de Montaña «Barcelona», de la Legión y de los Regulares, amenazando su retirada por Pont del Rei, mientras que por el flanco derecho no se había cortado la carretera entre Enterri d´Aneu y Viella.

Andrés, como el resto del personal sanitario, apenas tenía tiempo de atender a los requerimientos de los heridos, muchos de ellos desmoralizados con lo que ya calificaban como el fracaso del Valle de Arán, que intentaban explicárselo argumentándose que la misión no se ajustaba a la naturaleza de un ejército guerrillero, cuya doctrina de combate se basa en el aprovechamiento de la orografía, en el elemento sorpresa y en dar un golpe de mano, seguido de una rápida retirada, sin importarles el aprovechamiento del terreno, cuya conquista y mantenimiento corresponde a la infantería.

—Ni nuestro armamento se adapta a la naturaleza de la misión —refiriéndose al subfusil de asalto tipo Sten—, ni nuestra disposición de víveres, que se reducían a las raciones de emergencia que trasportábamos en nuestros macutos.

Pronto se añadieron otras críticas más devastadoras, como la sensación de haber sido engañados por sus mandos, que les convencieron de que no importaban tales carencias, ya que era improbable que entrasen en combate y que sus necesidades las iban a cubrir una población que les estaba esperando con los brazos

abiertos para unirse a la causa.

—Y a la vista está el resultado —decían, señalando sus heridas.

—¿Y qué me dices del elemento sorpresa?

—Esa es otra —ironizaba un tercero, que mostraba evidentes signos de congelación en los pulgares de los pies—. Los fascistas nos dejaron avanzar por tierra baldía para esperarnos cómodamente parapetados. Pero qué se podía esperar, si Radio España Independiente llevaba tiempo radiando la invasión y a los periódicos solo les ha faltado publicar el mapa señalando las rutas que íbamos a seguir.

Tales comentarios eran un buen resumen de lo que había sido la operación «Reconquista de España». Mal armados, peor abastecidos e informados, sin la ayuda de la población y sin el elemento sorpresa, el PCE apostó por una acción, en contra de la opinión de Tovar y de su Estado Mayor, basándose en una coyuntura internacional teóricamente proclive, ignorando los malos resultados preliminares obtenidos con las operaciones de entretenimiento emprendidas en el Roncal y en los valles de Aragón por la 102 División de José Vitini Flores, donde la población local se limitó a verlos pasar, teniendo que retirarse tras encontrase con fuerzas muy superiores y mejor armadas.

—Nos han llevado al matadero, camarada. —Concluyó el herido.

Después, incluso se habló de connivencia entre los Gobiernos francés y español, permitiendo, cuando no propiciando, los planes de invasión para que se estrellasen en el Valle de Arán, ya que ninguno de los dos Gobiernos podía permitirse tener en el Pirineo un ejército incontrolado.

La mañana del 27, cuando Andrés iba a partir con una ambulancia hacia la frontera para recoger a los heridos y trasportarlos a Toulouse, le pidieron que llevase a un par de viajeros hasta Bossòst, la localidad donde Tovar había establecido su Estado Mayor. Uno de ellos era Luis Fernández, el jefe militar de los maquis; el otro le resultaba familiar, era un hombre de pelo moreno y rizado, miope y con un gesto característico al escuchar a su interlocutor,

manteniendo los labios muy apretados y sin dejar de apestarlo todo con un inseparable cigarrillo del que no se tragaba el humo.

—El tabaco te va a hacer daño, camarada —le dijo Andrés, bajando el cristal de su ventanilla para airear la cabina.

—¡Bah! —respondió el otro, como queriendo decir «para largo me lo fiais».

Al llegar a Bossòst se enteró de que se trataba de Santiago Carrillo, recién llegado a Toulouse procedente de Buenos Aires que, al enterarse de la invasión, que calificó como «locura de Monzón», le acusó de haber actuado deslealmente con las orientaciones dadas desde Moscú, liberando a Stalin de la responsabilidad de tal fracaso para cargar contra el primero, escenificando así el primer acto de la toma del poder del tándem Pasionaria-Carrillo, arrebatándoselo a los que habían sido capaces de mantener vivo al partido en medio de tantas vicisitudes y persiguiéndolos hasta su aniquilación física y moral.

No debió costarles a Tovar y a Carrillo llegar a un acuerdo, porque esa misma noche se inició la retirada, que se culminaría al día siguiente, 28 de octubre, pasando a Francia «tranquilamente en camiones por el puente del Rey», según el primero, que desde ese momento se quedará relegado a vegetar en la «Vallador» desprovisto de responsabilidades militares.

Y se retiraron muy a tiempo, cuando el general De Gaulle había decidido enviar tropas senegalesas y marroquíes a ocupar los Pirineos, a la vez que por el otro lado también se desplazaba un fuerte contingente español.

El balance final de la «Operación Reconquista de España» dejó 29 muertos, 241 heridos y 218 prisioneros, pero estas cifras solo se refieren al teatro del Valle de Arán, sin incluir las víctimas del Roncal o las del Pirineo Aragonés y de Lérida, donde se sospechan cifras mucho mayores.

Todavía a principios del 45, Andrés seguía levantando escayolas de los miembros traumatizados de los heridos.

—¡Puf, qué hedor! —exclamó, sin poder evitar el gesto de repugnancia que le causaba el abundante pus que manaba de la herida.

—Not all cheese that smeell bad, is bad —le respondió Moméñez, empleando las mismas palabras de Josep Trueta i Raspall, profesor en Oxford y uno de los padres de la traumatología, que preconizaba el método que estaban empleando para el tratamiento de las heridas de guerra en las extremidades, con el que había mandado al pasado el espectro de ese veterano regresando de la guerra apoyado en unas muletas tras la amputación de una extremidad gangrenada.

Era todo tan sencillo como lavar las heridas, bueno, eso y… mantener el miembro en estiramiento continuo en la mesa de fracturas durante toda la manipulación, lavado de la herida abundantemente con agua y jabón y, una vez limpia de restos y cuerpos extraños, desbridarla de esfacelos y tejidos necróticos y rellenarla con grasa vaselinizada y algodón, para inmovilizarla después con yeso, sin dejar después ningún punto de drenaje.

Ahora era el momento de constatarlo todo: la exclamación de Andrés, la respuesta de Moméñez y los resultados preconizados por Trueba. Tras levantar la escayola y lavar la materia purulenta residual con agua y jabón, se encontraron con una cicatriz limpia.

—Afortunadamente —respiró profundo Andrés—, apenas disponemos de sulfamidas ni de aspirinas, requisadas de los botiquines y equipos de combate de los soldados alemanes. ¡Y quién puede pensar en la penicilina!

Ya se conocían los potentes resultados de esa droga milagrosa en el tratamiento de las heridas de guerra. Había sido descubierta por Fleming en 1928 a partir de un hongo con escaso poder antiséptico, pero gracias a la guerra y a los decididos trabajos de Chain y Florey, que con el primero recibieron en 1945 el premio Nobel de Medicina, se había abaratado su producción, permitiendo su uso a gran escala, pero la monopolizaba celosamente el ejército estadounidense, como si fuese un arma de guerra.

Aunque la escasez del botiquín no solo se refería a fármacos antiinfecciosos, también tenían problemas con el cloroformo, el

plasma (otro avance de la medicina de la Segunda Guerra Mundial)e incluso con la tintura de yodo.

—¡Y ni que hablar del estado de los almacenes o de su despensa!

Quizás exageraba, pero indicaba su preocupación sobre cómo iban a poder atender su demanda.

Y la guerra continuaba. A finales de marzo, los aliados cruzaron el Rin y, tras encerrar a trescientos mil alemanes en la bolsa del Ruhr y darse en el Elba, los rusos y los americanos, un abrazo simbólico, quedó cercado Berlín. Pero el avance del ejército ruso puso de manifiesto algo que al parecer conocían todos los Gobiernos implicados en la contienda, sin que ninguno hubiese tomado medidas para evitarlo: el genocidio cometido en los campos de exterminio contra los judíos, los gitanos, los homosexuales, los discapacitados y los prisioneros políticos. Una tragedia que abría las carnes de cualquier sensibilidad y repercutió, particularmente, en el hospital de Varsovia y en la colonia Don Quijote, a donde empezaron a llegar los Rotspaienkämpfer (combatientes de la España roja). Miles de españoles deportados a campos de concentración con el distintivo del triángulo azul de los apátridas y la S de Spanier, por la negativa de Franco a reconocerlos como compatriotas. Unos cinco mil dejaron su vida en la tristemente célebre «escalera de los españoles» de Mauthausen-Gusen, otros fueron internados en Buchenwald, Dachau e incluso en el más elitista campo de Sachasenhausen, donde estuvo Largo Caballero, y a todos ellos había que socorrerlos, curar sus heridas físicas y morales, lo que exigía de unos recursos que a duras penas lograban satisfacerse. Y todo ello iba a repercutir sobre el hospital Varsovia y el antiguo campo de Récébédou, rebautizado como colonia Don Quijote, donde se estaban acomodando los convalecientes del Valle de Arán, los exiliados y, sobre todo, los prisioneros liberados de las cárceles y campos alemanes.

Todo ello consumía a Andrés, que sabía que podría atenderse esta demanda si se pudiesen rescatar los fondos de «Socorro Extremo», pero lamentablemente, ni Valentín ni el Practicante habían contestado al mensaje enviado a través de la «Pirenaica», no sabía si porque no oían esta emisora, porque no podían hacerlo o, lo que es peor, habían perdido el interés, de modo que la única forma de

averiguarlo era contactar directamente con ellos, por lo que habló de nuevo con el Dr. Moméñez acerca de este propósito, para que mediara con el PCE, bien entendido que aceptando el carácter finalista de esos bienes.

Moméñez cumplió con lo que le pedía y al poco convino una reunión con un miembro destacado del Partido.

Al empezar la conversación, Andrés le presentó su Carte D´identité con su historial en la Resistencia española y después ya se extendió sobre su propósito.

—Tu currículo avala nuestra confianza en ti, pero debes tener en cuenta que tu propósito implica a personas cuya seguridad debemos resguardar, tanto la del compañero del XIV C. G. que se ha unido a la guerrilla, como la del que se ha exilado de España, al que hay que proponerle que vuelva al país con el riesgo que ello significa, y en ninguno de los dos casos aportas datos que nos ayuden en nuestras gestiones. Entenderás que vamos a necesitar tiempo y tú, paciencia.

A pesar de sus reservas, poco después pudo escuchar a través de las ondas de Radio España Independiente el siguiente mensaje:

Capitán, Gúdar, Roldán.

Al poco volvieron a contactar con él.

—Hemos localizado al camarada Valentín Méndez en México, quien tras confirmar la existencia de la operación «Socorro Extremo», ha aceptado volver a España. Respecto al Practicante, todavía no tenemos noticias, pero ya hemos pasado el mensaje a los grupos guerrilleros del área aragonesa levantina.

—Paciencia —le recomendaba Moméñez—, hay que aguantar hasta que el Partido supere sus propios demonios.

Sabía que se estaba refiriendo a la «purga» a la que Carrillo y la

Pasionaria, en el más estricto sentido estalinista de la palabra, estaban sometiendo a la antigua cúpula en Francia por el tema del Valle de Arán, a pesar de que los acontecimientos parecían apoyar las tesis de Monzón. Así, en febrero del 45, en Yalta,[24] los «tres grandes» —Stalin, Roosevelt y Churchill—, acordaron la reconstrucción de la Europa ocupada por los nazis, en la que no cabían los partidos fascistas, señalando directamente a Franco, al que acusaban de detentar el poder gracias al apoyo bélico prestado por las potencias del Eje.

No estaba resultando bueno 1945 para el Régimen; se adivinaban notorias disensiones en la cúpula militar tras la firma del Manifiesto de Lausana por los generales Kindelán, Varela y Sánchez González pidiendo la restauración monárquica en la persona de don Juan de Borbón, hijo de Alfonso XIII, y aunque el Caudillo logró superarla, era un síntoma de que algo se estaba moviendo.

Así que ¡de este año no pasa!, pronosticaban los exilados el final de Franco, golpeando enérgicamente su dedo índice sobre el tablero de la mesa. Los del «dedo roto», llegarían a llamarles jocosamente los mexicanos, ante tantos años repitiendo la misma frase.

Lo cierto es que, con dedo roto o entero, las cosas se movían en el otro frente, en el de los partidos políticos del exilio que, el 10 de enero de 1945, constituyeron en México el Consejo Nacional de la República Española, nombrando presidente a Diego Martínez Barrio y secretario a Indalecio Prieto quienes, contando con el beneplácito internacional y reforzados por los acuerdos tomados en Yalta, acordaron moverse por las cancillerías reclamando la legitimidad republicana y el final del régimen de Franco.

Finalmente, en mayo del 45, el mundo pudo contemplar la fotografía del soldado ruso izando la bandera de la hoz y el martillo sobre la cúpula del Parlamento alemán, anunciando que la guerra había terminado en Europa.

Ahora tocaba plantearse el futuro y lo más inmediato de Andrés era, además de su compromiso, hacer valer ese título de ingeniero de minas que nunca llegó a ejercer, porque se lo había evitado la guerra en España. Afortunadamente, sus contactos se movieron en el partido amigo, el PCF, y se pudo orquestar una solución que

cubría todas sus aspiraciones. Le concedieron una beca para hacer una tesis sobre la minería del hierro en España, incluyendo en ella los permisos correspondientes para conocer la zona minera de la sierra de Teruel, lo que le facilitaba la posibilidad de moverse por la zona aragonesa batida por los maquis, con lo que se dispuso a viajar a España.

En el momento de partir, el Partido le dio un sobre cerrado para que se lo entregase a Cristino García Granda.

—Recuerda. Personalmente a Cristino.

Al día siguiente llegó a la estación del Norte, en la capital de España.

—¡Como ha pasado el tiempo!

La última vez que la vio, debido a su situación en pleno frente, estaba muy deteriorada, pero hoy aparecía renacida y pletórica de hierro y cristal.

En el vestíbulo, la luz de Madrid que se asomaba por las tres bóvedas del techo arrancaba olor a fundición, al hierro de los tirantes en los que se apoyaba su arquitectura barroca con regusto de art decó, iluminando sus paredes blanqueadas y el trabajo de forja de escaleras, ascensores y verjas, que él recordaba tan retorcidas y rotas, y también al reloj del vestíbulo, que juraría que se había quedado parado a las 9:15 de la noche de ese lejano 1939.

Al salir al paseo de San Vicente se detuvo a respirar el aire de una ciudad en paz, a oír el ruido de los tranvías, el run run del ir y venir de las gentes, los cláxones de los coches, algunos de ellos de ese gasógeno que no hacía tanto tiempo él producía en los Pirineos.

¿Cuánto hacía que llegó a Madrid con su gorra cuartelera y la estrella roja de las Brigadas Internacionales en la banda central del brazalete con la bandera republicana?

Entonces nos recibieron como héroes. ¿Y hoy?

No, no es verdad que el ayer sea un hoy con más canas, se nota el paso del tiempo en las cicatrices del alma que, ahora, al volver a

respirar el aire de esta ciudad, se le revelan, trayendo a su memoria esas ondas rojizas de aquella muchacha que viajaba delante de él en la ambulancia la noche que salió de Madrid.

¡Y con qué fuerza puede volver a la memoria el ayer!

Mercedes sin más paliativos, sin nada que pudiese emborronar su imagen, solo ella envuelta en un halo de luz, solo ella y el cielo azul de Madrid.

Con el escozor que produce en la garganta saber que esos tiempos ya no volverán, tomó su maleta y empezó a caminar en dirección al paseo del Rey. No habría dado ni cuatro pasos cuando se le acercó un Peugeot negro listado en rojo y su conductor, bajando la ventanilla, le preguntó:

—¿Taxi, monsieur?

Cuando se estaba acomodando en el vehículo vio por el retrovisor la cara del conductor picada de viruelas y su bigotazo a lo Stalin.

—¡Ramón Celada!

Pero el taxista, aparentando no haberle oído, arrancó el coche y solo cuando ya encaraban la Gran Vía, le dijo sin apenas mover los labios:

—Cuidado, Francés, aquí hay que recelar de todo el mundo. La policía vigila a gente como tú, viajeros que llegan de Francia solos, sin una familia de referencia.

Al llegar a su destino, una pensión en el centro, mientras le cobraba la carrera le dio sus últimas recomendaciones.

—La hemos elegido al azar, aunque no te fíes, pero procura que la dueña se entere de que eres un ingeniero becado por el Gobierno francés. No dudes que esta información la recibirá la policía. Y ahora no me busques, ya lo haré yo.

Esos primeros días se dedicó a arreglar sus papeles en el consulado, en la Universidad, en la Escuela de Minas y en la oficina de emigración, y cuando ya parecía que todo estaba en regla, al volver

a su pensión, la patrona le entregó una nota de la policía, rogándole que se personase en comisaría para aclarar ciertas cuestiones relacionadas con su residencia en España.

---

[24] En la conferencia de Yalta (4-11 de febrero de 1945), primer acto de la «Guerra Fría», se diseñó el mapa de la futura Europa, dividida en dos áreas de influencia, rusa y norteamericana, la partición de Alemania, Austria y sus respectivas capitales en cuatro zonas, la creación de la Organización de las Naciones Unidas y un tribunal internacional encargado de juzgar los crímenes del nazismo. Respecto a los países recién liberados, se acordó que la reconstrucción de los nuevos Gobiernos se hiciera en base a una amplia representación política, excluyendo a los partidos fascistas.

V

Canto ahora a los caídos / a los que estando en la tierra / ya estáis naciendo en el trigo… Sangre de Gómez Gayoso/ sangre pura, sangre brava, / sangre de Antonio Seoane / de Diéguez, de Larrañaga, / de Roza, Cristino y Vía. /Valles de Sangre, montañas.[25]

(Coplas de Juan Panadero, R. Alberti)

---

[25] En memoria de José Gómez Gayoso y Antonio Seoane, creadores del Ejército Guerrillero de Galicia, ejecutados por garrote vil en la cárcel de Porlier; de Isidoro Diéguez Dueñas, miembro del Comité Central del PCE; de Jesús Larrañaga Churruca, del PC de Euskadi, y de Cristino García Granda, incluyendo a 89, entre ellas a las «13 Rosas», y de otros 2.960 fusilados en Madrid.

33

Los cazadores de la ciudad

Tal y como había prometido a su hija María Ángeles, cada noche, después de cenar, don José se dedicaba a escribir sus memorias.

—¡Que no creas que!, pero bueno, para lo que da la televisión.

Es que, si le apetecía más bien poco hacerlo, ahora que estaba llegando a la parte que durante tantos años había intentado, si no olvidar, al menos recordarla sin daño, pues…

—Yo sé lo que tú pretendes —y ahora con gesto de enterado—, porque no creas que me has engañado con lo de la Fosa de Monroyo, lo que estás buscando es hurgar en mi vida, de modo que no me tomes por tonto. —A pesar de lo cual se colocó las gafas y retomó su pluma.

Nada más llegar del Valle de Arán a este Madrid del que había salido antes de la guerra civil, fui a presentar el informe de mis actividades en Francia a la 3ª sección del Servicio de Información del Alto Estado Mayor, el SIAEM, el organismo militar encargado del espionaje y contraespionaje con el que había estado colaborando en Francia y, créeme, Geli, esperaba que se valorasen como se merecían los riesgos que había corrido y mis conocimientos sobre los maquis.

—¿Cómo te he llamado? —repentizó— ¿Geli? No hija, ese nombre se acabó, María Ángeles (como se acabó el de Josip Philipovic al llegar a España) y de paso te diré que ahora que estoy reviviendo mi historia, quiero hacerlo pensando y ofreciéndotelo desprendiéndome de mi odio y dejando que mi memoria fluya libremente, sin hacer una reflexión moral o una valoración personal, aunque sé que todo esto te va a doler, que nos va a doler a los dos, porque tú habrías querido que mi vida hubiese sido más convencional.

Como ya te he adelantado, esperaba seguir trabajando con el Servicio de Información Militar, aunque por el gesto que pusieron ante mi petición —usted no es militar—, entendí que me asignarían un destino civil, posiblemente en la Brigada Político Social, el organismo dependiente de la Dirección General de Seguridad, recién creada por el conde de Mayalde, el que sería más tarde alcalde de Madrid, sobre el que recaía la responsabilidad de perseguir y reprimir la oposición al franquismo, misión para la que había requerido el asesoramiento de un oficial de las SS enviado por el propio Heinrich Himmler, lo que me causaba un cierto rechazo psicológico, por ese olor que se percibía a Gestapo y a miliciens.

Cabía una tercera posibilidad, la Guardia de Franco, que no hay que confundir con la caballería mora que le prestaba escolta. Esa era una fuerza paramilitar dependiente del «partido único», creada en 1944 en sustitución del Servicio de Información e Investigación de la Milicia Nacional de Falange,[26] formada por gente de probada lealtad al Caudillo, con la misión de perseguir el desviacionismo político y reprimir la masonería y el comunismo. Y no era despreciable el trabajo realizado durante esos años, logrando reunir un fichero con más de cinco millones de fichas y casi tres de expedientes, proporcionado por una legión de falangistas e informadores distribuidos por todos los rincones del Estado.

Al final, como ni era falangista ni excombatiente y carecía de graduación militar, decidieron salomónicamente destinarme al cuarto organismo dedicado a la represión, la 2ª Sección Bis del Alto Estado Mayor del Ejército de Tierra, Mar y Aire, más conocida como «Segunda Bis», a cargo de un teniente coronel y formada por suboficiales de los tres ejércitos y de la Guardia Civil, además de soldados de remplazo teóricamente especialistas, antiguos policías, etc.

¿Y por qué aquí? Porque a la vez que satisfacían mi demanda, cumplía con el deber ineludible de todo español de servir veintidós años en el ejército, desde los veinte, que se entraba en caja, hasta la licencia definitiva, a los cuarenta y dos, bien es verdad que tan solo dos en el servicio activo, en la «mili». E insisto, tan ineludible que las quintas que habían hecho la guerra en el bando contrario tuvieron que cumplir sus dos años preceptivos y, los que venían de

campos de concentración o de prisiones, otros dos. Una pérdida lamentable de fuerza de trabajo en momentos en los que existía tanta necesidad de mano de obra, pero cumplía la segunda misión, la de control y reeducación. En mi caso todavía tuve que agradecer que, dada la naturaleza de mi destino, podía liberarme de los tres meses de formación en un Centro de Instrucción de Reclutas, además de excusarme de llevar el uniforme.

Mi centro de trabajo estaba en una oficina situada en un caserón cercano a la glorieta de Alonso Martínez que, para acceder a él, había que superar el riguroso control que ejercía la portera tras el ventanuco de su portería, un habitáculo de madera situado debajo de la escalera del que emanaba un desagradable olor a gas y a fritanga de pimentón y ajos. Tras encontrarme, de nuevo, con el ascensor estropeado, debía subir cuatro pisos de renqueantes y crujientes escalones de madera decolorada y carcomida de sosa cáustica, para llegar finalmente a una mesa de despacho, en un rincón alejado de la estufa, monopolizada por los más veteranos. Aquí desarrollaba mi actividad: revisar cada mañana los duplicados de las fotografías tipo carnet o pasaporte realizadas el día anterior por los fotógrafos ambulantes de Madrid, clasificar y archivar los mensajes cifrados que cada noche mandaba la «Pirenaica» a la resistencia española y bajar a la calle a comprar la prensa —¿para los espías?, me decía el del kiosco— y releerla en busca de cualquier comentario sedicioso que se le hubiese pasado a la oficina de censura, y aún debía sacar tiempo para ir a la Estación del Norte a vigilar la llegada de viajeros procedentes de Francia y contrastar sus posibles antecedentes en nuestros ficheros.

—Es cierto, todo era así de cutre. Aunque hoy pienso que era lo que podríamos decir «archivo de terceras copias», lo que significaba la baja consideración que les había merecido mi historial.

Pero estaba dispuesto a aguantar y asumir la realidad, que nadie puede esperarse que los que se quedaron en retaguardia repartan su botín con los que llegan del frente. Evitando que la menor sombra de decepción me desviase de mi verdadero propósito, medrar en la lucha contra ese partido comunista que odiaba, como todos los que me rodeaban, pero, en mi caso, sin aceptar ese sentido de «Cruzada» que le había concedido la jerarquía eclesiástica, identificando las

fuerzas del mal con las que apoyaron a la República, que ahora formaban la legión de «los sin Dios»: comunistas, masones y ateos, que despreciaban «la sangre derramada por los mártires», dando al levantamiento de Franco una cobertura moral y la base de la versión oficial que hizo el franquismo de la Historia de España que se enseñaba en las escuelas.

Tenía razón aconsejándome paciencia. El Ministerio del Interior, consciente de que el AGE estaba enviando a España gente de la Resistencia para reforzar las guerrillas urbanas y campesinas, había ordenado a los gobernadores civiles que tuviesen especial cuidado con los viajeros procedentes de Francia, sobre todo si no estaban alojados en un domicilio familiar, o si viajaban solos. Al poco, en mi labor diaria de revisar las fichas de viajeros con estas características instalados en pensiones y hoteles de Madrid, encontré la de Andrés, por lo que pasé nota a la comisaría del barrio más cercana a su pensión para que se procediese a detenerlo e interrogarlo. Unos días después recibí una llamada telefónica.

—¿Siguen interesados por ese tipo? Si es así, lo tenemos en comisaría.

Tardé en llegar lo que tardó el tranvía, dos mil horas, o al menos eso era lo que me pareció, tal era mi ansiedad.

Ahí estaba, sentado delante de la mesa del despacho del funcionario que le estaba interrogando.

—Recuerde que de momento no tenemos nada contra él, ni siquiera figura en nuestros ficheros —me dijeron—. Por nuestra parte solo es un sospechoso al que pretendemos asustar y después dejarlo correr, y ya veremos a dónde nos lleva —les contesté, recordándoles la circular del Ministerio del Interior.

—En este caso no atañe tal caución. Es un ingeniero francés que acredita ser poseedor de una beca de su Gobierno para hacer una tesis sobre la minería en nuestro país, concretamente en Teruel.

Aunque Andrés, en Toulouse, ya había comenzado a desmarcarse de la resistencia española, no podía ignorar su vinculación con el PCE a través del hospital Varsovia y el hecho de que su beca le diese la

excusa para moverse sin problemas por la región minera turolense de la Sierra Menera, un área asolada por los maquis. Eso, al menos, despertaba mi curiosidad. ¿Tendría alguna misión de contacto? No podía demostrarlo, pero me propuse vigilarlo.

Ocultando mis sospechas a la policía, me dispuse a seguir el interrogatorio, sin dejarme ver, desde un despacho adyacente, pudiendo constatar que Andrés se limitaba a afirmarse en lo ya declarado, por lo que, al caer la tarde y dada su condición de ciudadano extranjero, abandonó la comisaría y, tras darle las excusas pertinentes, desearle una feliz estancia en nuestro país.

Aparcando de momento el tema, aunque sin perderlo de vista, seguí con mi rutina diaria y de nuevo volví a tener éxito. Como ya te he dicho, hija, a los fotógrafos ambulantes les teníamos ordenado que de todas las fotos que se realizasen con formato DNI o pasaporte, se nos facilitase una copia y retardasen su entrega al cliente al menos veinticuatro horas. Entre las que revisé ese día, descubrí la de dos varones españoles a los que reconocí como dos condiscípulos de la escuela de Toulouse. Tras esperar a que fuesen a recogerlas al fotomatón, los seguí hasta el extrarradio de Madrid. Entraron en una casa de una sola planta en la calle Cervantes de Carabanchel Bajo, perteneciente a un guardia municipal, un tal José Casín Almansa. Ninguno de los tres estaba fichado.

¿Sería posible que hubiese descubierto una célula terrorista del PCE? Si era así, disponía de una información caliente que debía manejar con precaución, consciente de que, tarde o temprano, le llegaría al SIAEM o a la Brigada Político Social y entonces ya no tendría ningún valor para mí. Y decidí dar un primer paso.

—¿Sargento Ferrer? ¿No le parece que están muy tranquilos los del PCE? —Le pregunté a mi superior inmediato, un suboficial de la Guardia Civil alto, delgado, cara de buena persona y hechos que lo confirmaban.

—Eso es lo que te parece a ti, que no tienes la información que maneja la superioridad —me contestó, añadiendo que sabía de buena tinta (en la Administración siempre hay alguien que conoce a alguien que sabe que. Pues eso, que se rumoreaba) que el PCE había logrado reconstruir en Madrid un comando, «los Cazadores de la

Ciudad», dirigido por un tal José Vitini Flores.

Conteniendo mi euforia y tras comprobar que tampoco había más información de este jefe de la Resistencia que la que yo mismo había dado en su momento, y ni tan siquiera una fotografía, volví a hablar con mi superior.

—Sargento. Yo conocí a ese hombre en Toulouse y podría reconocerlo.

Y nada más, una vez activado el sancta sanctorum del conducto reglamentario, lo preceptivo era esperar.

«Los Cazadores», como se conoció a este grupo terrorista comunista, dieron muy pronto muestras de su existencia. El día 27 de febrero, el ABC, en su página 11, daba la siguiente información:

Dos falangistas, vilmente asesinados en un atentado comunista. Ambos murieron en los locales de la Falange del distrito de Cuatro Caminos, uno de ellos de un tiro en la nuca.

Tal noticia, reconociendo la presencia de comandos activos, era algo que intentaba ocultar la censura, limitándose, en el mejor de los casos, a hablar de la presencia de bandidos en tal o cual punto de España.

En todo los medios de difusión, incluso en el NODO, se extendieron en contar a toda esa Europa la acción criminal de un grupo de pistoleros que, escudándose en la oscuridad de la noche, habían entrado en un local de Falange situado en el segundo piso del inmueble, a esas horas vacío, si exceptuamos a un funcionario de segunda categoría y al portero de la finca, a los que, tras poner la radio a todo volumen para apagar el ruido de los disparos, asesinaron a sangre fría con un tiro en la nuca.

Tal reconocimiento público tenía el propósito de presentar a España como víctima del terrorismo, justificando su derecho a reprimir tales acciones, como podía leerse en la siguiente noticia que

aparecía en esa misma columna central con el título «Sentencia Cumplida»:

Sentencia dictada por los tribunales militares contra 16 terroristas comunistas infiltrados por la frontera pirenaica…

Como esperaba, el conducto reglamentario, vía sargento Ferrer, produjo sus resultados y, al poco, el teniente coronel me llamó a su despacho.

Ahí es donde conocí al capitán de la guardia civil don Ángel Melero. Sonrisa amable y seguro de sí mismo, estaba sentado relajadamente en un sillón, con las piernas cruzadas y fumando un cigarrillo, tal actitud ante un superior solo era posible si se trataba de alguien muy importante. En la entrevista, si así se podía calificar, mi superior, sin mirarme, comentó con el capitán el informe que había redactado sobre la escuela de Toulouse, donde se formaban los comandos destinados a actuar en actividades terroristas en las ciudades y guerrilleras en el campo.

—¿Cómo adquirió tal información? —me preguntó Melero.

—Estuve infiltrado en la Resistencia y fui alumno de esa escuela.

Y no me equivoqué. Poco después, don Ángel, o capitán, o incluso Ángel, me citó en el tercer piso de Alcalá 42, en la sede de la Secretaría General del Movimiento.[27] Ahí, en la Guardia de Franco, tenía su despacho.

Me recibió sentado detrás de un escritorio, vestido rigurosamente con el uniforme negro de Falange, gorra cuartelera del mismo color con borla y ribete en rojo, camisa azul con el yugo y las flechas sobre el bolsillo izquierdo y, sobre el derecho y en la hebilla del cinturón, los dos luceros y los dos sables cruzados distintivos de la guardia de Franco. Tenía en sus manos los informes que yo había enviado al Alto Estado Mayor, así que inmediatamente entramos en materia.

—Aquí insiste en que, a pesar de la purga emprendida por Carrillo contra el antiguo Comité Central, sigue vigente la doctrina Monzón. Explíquese.

—Que aunque el PCE ha defenestrado a Monzón, acepta su doctrina y sigue apostando a que los aliados acabarán interviniendo en España. Aunque ahora, según nos enseñaron en la escuela guerrillera de Toulouse, empleando pequeños grupos coordinados y adiestrados para realizar acciones terroristas ciudadanas y mantener la lucha guerrillera en las sierras —y aquí ya fue más explícito—. En este marco hay que entender las acciones recientemente protagonizadas en Madrid por «Los Cazadores de la Ciudad», de los que he comprobado que hay poca información.

—Usted, Filipovic, no es un funcionario como los que habitualmente me encuentro, y además creo que sus superiores no han sabido valorarlo, ¿verdad?

Naturalmente, no le contesté, pero él supo leer la respuesta en mi actitud.

—Ya he advertido su comentario sobre nuestra carencia de datos acerca de los posibles miembros de los «Cazadores de la Ciudad», y estoy seguro de que ese trabajo suyo, tan discreto pero tan eficaz, podría tener mejores frutos si fuésemos capaces de reconducir sus aportaciones.

—Estoy seguro, capitán. —Le contesté con franqueza—. También puedo decirle que no todos mis superiores tienen su misma capacidad para saber valorar la valía de la gente a su mando.

Así acabamos nuestra entrevista, pero antes de retirarme me pidió que le tuviese al día con mis investigaciones.

El día 25 de abril comenzó el juicio contra los autores de la matanza de Cuatro Caminos, en el que el juez especial para los Delitos de Espionaje y Comunismo de la Primera Región Militar, teniente coronel Enrique Eymar Fernández, al que después se le concedería la Medalla de Oro al Mérito Social Penitenciario y Mérito Policial, pidió pena de muerte para José Vitini Flores, para el alguacil Juan Casín y para los ejecutores materiales, los dos

alumnos de la Escuela Terrorista de Toulouse. Paralelamente, tuvieron el mismo final dieciséis comunistas más, detenidos en Barcelona.

La prensa, que dio una amplia cobertura a toda esta historia, no se cansaba de alabar la rápida y eficaz acción policial. Algunos, los más enterados, decían que toda la información arrancó de la detención de una mujer que llevó a la del jefe del grupo y desde él, en cadena, al resto de los «Cazadores de la Ciudad».

Sin contar cómo se llegó a tener tal información, se dice que, tras la detención del guardia municipal Juan Casín, se encontró en su casa, en Carabanchel Bajo, camuflada dentro de un pozo, una atarjea que conducía a una habitación subterránea revestida de cemento y provista de instalación eléctrica, donde había una multicopista, una minerva, material de propaganda y un nuevo periódico comunista del que solo se llegaron a publicar dos números. Finalmente, el día 28 de abril, se ejecutó la sentencia en un cuartel de Campamento.

A primeros de mayo volvimos a reunirnos en Alcalá 44, en un despacho cuyos ventanales estaban disimulados tras el gran yugo y las flechas que cubrían la fachada.

—Tenía usted razón —empezó diciéndole Ángel—, gracias a sus informes logramos culminar el tema de «Cuatro Caminos» y apuntarnos el mérito ante el señor ministro.

—Me alegro, capitán, pero usted sabe que con la desarticulación de este comando no hemos acabado con las acciones terroristas de los comunistas —le contestó don José, extendiéndose en comentar otros hechos, como la reciente voladura de un trasformador de la luz en la carretera de Extremadura, que había sumido en la oscuridad una extensa área urbana, incluyendo los cuarteles de la zona y, lo que es más grave, el asalto a otro centro de Falange, esta vez en la calle Ayala.

—Sí, desde luego. ¿Sabe usted algo?

—Tiene un tufo conocido —le respondí.

Tras lo cual ambos hombres se extendieron en comentar las noticias

del exterior, como los resultados de la Conferencia de San Francisco, en la que los partidos del exilio habían logrado convencer a la delegación del Gobierno de México para que, evocando la Carta Fundacional de la ONU, negase la presencia de España, posibilitando a la recién creada Corte Internacional de Justicia, destinada a juzgar los crímenes de guerra, a que abriese causa contra nuestro Régimen.

—No solo refuerza la apuesta de los partidos españoles del exilio de acabar con el Régimen por medios políticos, sino también la del PCE, que ve reforzadas las tesis de Monzón —respondió Filipovic.

—Tenemos un grave problema político en el exterior, don José. Y creo, desde mi inquebrantable lealtad al Caudillo, que no tenemos más remedio que reorientar nuestra política y quitarnos esa etiqueta de estado fascista.

Utilizando el mismo acento de gravedad con la que él se proclamaba leal a Franco, le contesté:

—También desde la mía —y aquí un matiz—: En la Francia que viví, y en general en Europa, no creo que un régimen personalista escandalice a nadie. De lo que se le acusa a Franco es de su relación con las potencias fascistas y el papel político preponderante de la Falange, y eso…

—Baje usted la voz, amigo Filipovic, advierta que estamos en Alcalá 44. —Pero no parecía muy crítico, más bien irónico. Y terminó diciendo—: Me gustas, José, permíteme que te tutee, camarada, eres inteligente y discreto y, si a ello le añadimos tu radical y proclamado anticomunismo, te diré que tienes unas virtudes muy interesantes.

Estaba claro que Melero sabía ganarse a la gente, pero no lo consideraba como un hombre propenso al elogio gratuito. Veamos qué se propone.

—Ven conmigo. —Me invitó a seguirle hasta un despacho en la zona noble que mostraba en la puerta un escueto cartel: «lugarteniente».

—¿Das tu permiso, camarada?

Fue la primera vez que vi al Dr. Luis González Vicén, lugarteniente de la Guardia de Franco. Antes de entrar, Molero me avisó de que no se me ocurriera hablar de José Antonio Girón de Velasco, el carismático jefe de la bandera de Falange de Valladolid que cortó el paso de los Leones en la Sierra de Guadarrama a los republicanos, empezando así su carrera política meteórica.

—Aunque ambos son vallisoletanos, se odian.

Vicén, alto, seco, bien plantado y muy simpático, nos invitó a sentarnos en unos sillones.

—¿Le has dicho que queremos contar con él?, ¿no? —Y sin más prolegómenos empezó a hablarle del Somatén.

—Es una antigua institución parapolicial catalana, que resucitó el general Primo de Rivera, padre del fundador de la Falange, para mantener el orden público en la época de las luchas entre la patronal y el sindicato en la Barcelona de los años 30. Su cometido lo explica muy bien el artículo 1º de su reglamento: es una agrupación de hombres honrados constituida para asegurar y conservar la paz del país, defender colectiva e individualmente a las personas y sus propiedades, hacer respetar las leyes y autoridades legalmente establecidas y perseguir y detener a los autores de los delitos. —Y continuó—: En estos momentos lo estamos reorganizando para colaborar con la Guardia Civil en la limpieza de maquis, anarquistas, comunistas y el resto de las guerrillas populares del ejército republicano. Si decides ingresar en él, actuarás a las órdenes de la Benemérita y se te autorizará el uso de armas cortas, muy restringido en España. Piénsatelo y danos pronto tu respuesta.

Al salir del despacho le di mi respuesta al capitán:

—¿Estáis buscando gente dispuesta a hacer el trabajo que otros no quieren?

—Alguien tiene que hacerlo, José.

—Vale, siempre que de esta experiencia todos nos podamos beneficiar.

Cuando ya habíamos dado por terminada nuestra entrevista, le pregunté:

—Dime, capitán, qué tenía contra mí el Ejército.

—En la España imperial, como así le gustaba denominarse al Régimen, hay muchas reticencias con la comunidad judía, los protestantes y los ateos.

Me despidió como se hace con un camarada, brazo derecho en alto y con el grito de ¡Arriba España!

—Como ves, hija, así empezó a cambiar mi suerte en esta España de Franco. Mi nuevo nombramiento me aseguraba un puesto en el funcionariado, aunque en un desempeño laboral difícil de especificar, pero al fin y al cabo, con un salario y esperaba que con una carrera por delante.

---

[26] Con la promulgación del «Decreto de Unificación de abril de 1937», Franco fundió todos los partidos políticos de derechas en uno solo, Falange Española Tradicionalista y de las Juntas Ofensivas Nacional Sindicalistas (FET y las JONS), integrando sus correspondientes milicias en la Milicia Nacional de Falange Española y del Requeté, una fuerza auxiliar del Ejército, de la que asumía su jefatura el dictador.

[27] El «Movimiento», denominación oficial de FET y de las JONS, adquirió rango ministerial en agosto de 1939, siendo su secretario general Raimundo Fernández Cuesta, al que sustituyó el general Muñoz Grandes, jefe de la División Azul, aunque la jerarquía superior la ostentaba Franco.

34

Sole

Ahora que mi nuevo trabajo me permitía un sueldo, lo primero que hice fue buscarme un lugar donde vivir, y en Alcalá 44 me recomendaron que me fuese «de patrona» a casa de doña Chon, una turolense viuda y todavía de buen ver, que con esta actividad completaba la baja pensión que le había dejado su marido, un sargento del ejército que había entregado su vida en Rusia peleando con la División Azul, «por Dios y por la Patria», continuaba don José escribiendo en sus memorias. Aquí compartía manteles con un joven, un tal Peña, que estudiaba oposiciones a judicatura desde que acabó la guerra y seguro que este año ya…, afirmaba tras una descarga de tics.

Pero esta noche don José no parecía especialmente entusiasmado con sus memorias y ya iba por la tercera vez que interrumpía su trabajo, no porque estuviese cansado, es que necesitaba airear sus neuronas y ordenar sus sentimientos para lograr hacer un relato ecuánime de esa parte de su vida que durante tantos años había rehuido.

—Es que me toca hablar de mi esposa.

Y se quedó con la pluma suspendida en el aire, ausente, con la vista fija en la pared y con la sensación de que acababa de sentir el roce del ala de la muerte.

—Será el estrés, papá.

Hacía tiempo que sentía la cara de su hija retratada en la pared de enfrente y se había acostumbrado a dialogar con ella, sobre todo en momentos como este, en los que su conciencia intentaba revelarse.

—¿Estrés, hija?

—Sí, sé que te violenta recordar esta parte de tu vida.

No, no es eso, María Ángeles, no es que tu padre sienta reparo, es que sabe que no está bien, que no es la primera vez que nota que se le hincha la lengua y le falla la mano derecha, y como no es tonto y ya ha visto a muchos quejarse de esto antes de quedarse paralizado de medio cuerpo, teme, o más bien sabe, que lo que le está rondando es que ya le toca rendir cuentas, aunque dicho así, por un hombre de 90 años, resulte un poco solemne.

Tras espantar de su cabeza ese fantasma que se está interponiendo entre su hija y él, decidió retomar la pluma.

Ella trabajaba aquí, en casa de doña Chon…

Ya te lo advierto, no esperes ningún poema de amor o desamor por ambas partes —vuelve a interponerse el espectro—, aunque supongo que no te estoy desvelando ningún secreto, ya lo asumes, habida cuenta de que nunca te ha hablado de ellos dos.

Eran malos tiempos, hija, continuó escribiendo, obviando al espectro, y aunque había mucha escasez, nunca faltó en esa casa ni pan, ni un plato de legumbres, ni incluso ese oloroso aceite del bajo Aragón que se pagaba de estraperlo hasta cuatro veces su valor de mercado.

—Del cupo —afirmaba doña Chon—, de la cantidad que la Fiscalía de abastos me autoriza para mi propio consumo.

—Claro, de sus campos de Teruel.

¿Qué otra cosa podía hacer una viuda que para poder subsistir en Madrid tenía que alquilar dos habitaciones?

Te aclaro que el estraperlo era la forma de sobrevivir en esta España de la autarquía, donde la Fiscalía de abastos señalaba al campesino lo que debía producir, la cantidad y el precio a pagar, retirando después su cosecha para venderla a un precio fijo en el mercado, tras pagarle una parte alícuota y asignarle la cantidad para su autoconsumo. Eso era el cupo al que hacía referencia doña Chon, pero no temas, que la intención de tu padre no es hablarte de ello,

solo está centrando su relato, reseñándote que los agricultores escamoteaban lo que podían al órgano de control, la Fiscalía de abastos, para venderlo en el mercado negro. Eso era el estraperlo, un negocio en el que participaban los agricultores, los pequeños intermediarios que servían a las tiendas del lugar, como la Chon, los más grandes, que dominaban determinados circuitos, y los innombrables, como Nicolás Franco, el hermano del dictador. Todos los que podían, ¿entiendes?

Digamos de paso que no faltaban noticias sobre su persecución, según los periódicos, la responsable de la escasez que padecía España y del encarecimiento de los precios, publicando que hasta 25 céntimos había bajado el precio de tal o cual producto vigilándolo y, todavía más, que con tan solo poner puestos públicos reguladores para frutas y verduras se había logrado en algunos mercados rebajas del 25%, sin faltar otras noticias más curiosas e ilustrativas, como el intento de vender dos mil kilos de trigo escondidos en varios pellejos de vino, constatando el verdadero estado de la cuestión, que la autarquía económica que auspiciaba el Gobierno hacía aguas por los cuatro costados y que, en lugar de propiciar la estabilidad en los mercados, lo que había logrado era multiplicar el mercado negro o, con otras palabras, el estraperlo.

—Cuánto mejor habrían hecho mirándose a sí mismos y ver cuánta gente prosperaba con tal práctica —se atrevió a decir en voz alta don José—. Y perdóname, es que apenas veo. —Dejándola en la duda de si estaba retomando la excusa para no seguir escribiendo, o realmente volvía a tener problemas.

—¿Ya te ha dicho que se llamaba así y que era de Teruel? Yo creo que apenas tendría los 18 años cuando vino a servir a la casa.

Es la hija de mi hermano, aclaró doña Chon, un ferroviario al que le resulta muy duro mantener a la familia y me ha pedido que le mate el hambre, ¡la pobre! —Terminó con acento lastimero.

Don José recuerda que, cuando él llegó a la casa, Sole apenas llevaba en ella un mes y conservaba el aire de su Teruel natal, apenas tenía pechos y lucía unas patitas delgadas y blancas vestidas con unos gruesos calcetines de borra de color gris, como los que la Caridad repartía en las Escuelas Normales y en la Catequesis.

Era todo ojos abiertos, flequillo «y lo que mande el señorito», con un marcado acento baturro.

Es muy pueblerina, aclaraba Chon, insistiendo en que era la hija de un pariente que trabajaba de ferroviario.

En poco más de tres meses perdió el acento aragonés, se le cubrieron las mejillas de coloretes y de redondeces la pechuga, ¡ah! Y le creció el pelo, perdiendo ese aspecto lacio, pobre y cortado a punta de dedo que le hacía tan sospechoso de haber estado colonizado por piojos o, todavía peor, por tiña, que no era rara en esos tiempos, aunque lo que no había corregido, al menos con don José, era su mutismo ni su timidez.

Bueno, no me habría dado cuenta de ningún cambio si no fuese porque un día, al subir el último tramo de escaleras que terminaba en el rellano de la casa, la sorprendí de rodillas, fregando el suelo y estirando tanto la postura para abarcar más espacio con los brazos que se le subieron las faldas hasta dejar al descubierto la prenda blanca que cubría sus nalgas.

—Perdona, María Ángeles, pero hacía tanto tiempo que don José no había tenido una mujer (tanto que estaba por llegar la primera), aclara el tercer invitado, el espectro que, aunque no se estuvo demasiado en ver si el espectáculo daba para más.

Como iba diciendo, y perdóname de nuevo, María Ángeles, pero hay que poner las cosas en contexto. Soledad ya no era la misma Sole de antes y el aspirante a jurista ya lo había descubierto y cada vez eran más frecuentes sus pausas en el recitado del artículo no sé cuántos del código penal para salir de su habitación sonriendo, sonriéndole, sonriéndose o posiblemente algo más, lo cierto es que una noche, después de cenar, estando los cuatro sentados alrededor de la mesa, mientras doña Chon cabeceaba las noticias que desgranaba la radio, creyó ver un gesto de dolor en la cara del estudiante, a la vez que emergía sobresaltada esa mano que llevaba tanto tiempo oculta de debajo de las faldas de la camilla, un episodio que precedió al de esa otra tarde en la que don José la sorprendió saliendo de la habitación del chico, sonrojada y luchando con un botón que se negaba en volver al ojal de donde lo debían haber desalojado, digo yo.

Las cosas así hasta que…

—¿No viene el jurista a comer, Chon? (Ya había desaparecido el don).

Ella, rehuyendo la respuesta, se limitó a decirle:

—Usted, don José —a estas alturas, José—, lo que debe/debes hacer es buscarse/te una buena chica y formar un hogar.

Desde entonces pudo observar, o quizás hasta ahora no lo había hecho, la devoción de doña Chon o Chon a secas, por el Santo Cristo de Medinaceli, al que parecía dedicarle las tardes de todos los primeros viernes de mes.

—Por mi hermano. ¡El pobre! (Volvía a tener hermano), es ferroviario, ¿sabes?

Uno de esos viernes de devoción y besapiés al Cristo, don José llegó pronto a casa y ahí estaba la Sole, envuelta en su chaqueta roja de lana gorda de los domingos y mirando la calle con la frente apoyada en el cristal de balcón, inmersa en la languidez de un sol que no calentaba para los que, como ella, o como él, seguían llenos de no sé qué nostalgias. Sin saber cómo alejarla de esa ventana y de su melancolía, le preguntó:

—¿Ibas a salir?

—¡Pchss!

Ahora con más malicia:

—¿Acaso se le ha olvidado al estudiante?

—¡A dónde voy a ir con «ese»!

—Yo que sé, mujer, a pasear por el Retiro, o a dar una vuelta por la calle de Alcalá, la Cibeles o por la estación de Atocha.

—¿A ver llegar paletos como yo?

¡Mujer! —Protestó.

Lo cierto es que ni la estación, ni el centro, ni ninguna calle. El barrio, el camino hasta el mercado y poco más. No conocía Madrid y el que la había convencido para enseñarle la ciudad la había dejado plantada. O eso deduje. Así que, aprovechando que los jueves y domingos eran los días que libraban las chicas de servir…

—Si quieres, el próximo domingo nos damos un paseo para conocer la Plaza de Oriente y el Palacio Nacional —como entonces se denominaba al Palacio Real.

—¿Si pide permiso a mi tía? —En voz muy baja y llena de timidez.

Ese día tocó tour turístico y café con leche frente a palacio, pero al siguiente ya se atrevieron a ir al cine, al Azul, una sala de reestreno en la avenida de José Antonio — hoy de nuevo Gran Vía—, donde ponían Me casé con una bruja.

Sole estaba tan entusiasmada con Verónica Lake y su sugerente melena ondulada tapándole media cara, enamorando a Friedrich March, un candidato a gobernador a punto de casarse, que apenas advirtió que Boris reclinaba su codo junto al suyo, compartiendo el reposabrazos, y que, sin dejar de tener los brazos cruzados y apoyados en la butaca, al poco él empezó a avanzar el izquierdo hasta contactar con su cuerpo, a tantear el terreno hasta rozar su codo con el pecho vecino, que notaba relleno y duro, y poco después todavía más, empezó a moverlo discretamente de arriba abajo, recorriendo el área en contacto despacio, muy despacio, evitando llamar la atención de los que estaban sentados a ambos lados de ellos, hasta que con la mano contraria empezó a rascarse discretamente el brazo y llegar al codo para acabar por contactar con esa redondez, haciéndola respirar hondo y reventar de taquicardia. Después volvió su mano y abarcó su seno y a explorarlo en busca del pellizco que lo coronaba. En ese momento…

¡Una luz brillante le cegó los ojos!

Era la linterna del policía del cine que, sin molestarse en la más mínima discreción, les gritó con autoridad:

—¿Qué estáis haciendo, guarros? A ver, la documentación. —Y ahora, a ella—. Y tú también, pavisosa.

—¡Eh! —Intentó calmarlo, a la vez que le largaba su carné de la guardia de Franco cuando ya el otro amenazaba con soltarle un sopapo por haberle faltado.

Un silencio expectante y…

—Podías haber avisado, camarada. —Se disculpó. Y, en un tono más conciliador y sobre todo más bajo—: Si queréis, podéis sentaros en un lugar más discreto, en las últimas filas.

Pero ya se había roto el instante. No obstante, al salir a la calle se tutearon y ella se dejó llevar del brazo.

Al llegar a la casa ya se reían de su aventura y antes de abrir la puerta intentó robarle un beso en la boca que ella, naturalmente, se lo negó. Luego vino lo del pasillo, lo de la puerta de la cocina y lo de rondar sus rodillas al abrigo de las faldas de la mesa camilla. Y de todo ello la doña sin enterase.

¡Santa inocencia!

Estaba deseando que llegase el próximo domingo.

Pero el martes 12 de junio, uno de los muchos falangistas que trabajaban en las distintas estructuras de la Seguridad del Estado nos pasó una información.

—El cuartelillo de la Guardia Civil de San Rafael acaba de comunicar que ha sido visto el bandolero Cristino García Granda por la sierra del Guadarrama.

—Ahí lo tienes, en el puerto de los Leones —le dijo Ángel Melero—. Ve a enterarte de lo que hay.

Se presentó en el cuartelillo de San Rafael como miembro del Somatén y allí le enseñaron la denuncia presentada por un guarda forestal de la zona que el día anterior, 11 de junio, sorprendió casualmente a un grupo de once hombres descansando a la orilla de un arroyo sin que le pareciesen leñadores o trabajadores de la vía del tren.

—Cuando me acerqué a hablar con ellos —decía literalmente en el

informe—, el que parecía ser el jefe, uno al que sus hombres le decían el Mono, me confesó que pertenecían a una partida de luchadores de la libertad, ¡vamos, de los maquis! — puntualizó—y me pidió que no dijésemos nada a la Guardia Civil, amenazándome en caso contrario, aunque creo que con muy poco convencimiento, la verdad.

Boris insistió al guarda, presente en el cuartelillo:

—¿Pero a ti te dijeron que eran maquis?

—Sí señor, y también que a su grupo se les conocía como los Dinamiteros.

—¿Iban armados?

—Sí señor, rifles, pistolas y dinamita en sus macutos.

—¿Y usted qué cree? —me preguntó el sargento, con más miedo que decisión.

—Que está diciendo la verdad, porque lo que pretenden los maquis es que todo el mundo conozca su presencia y que se les unan, bien para «echarse al monte», bien para formar una red de «puntos de apoyo» en la zona. En resumen, que se trata de una partida que está intentando emplazarse aquí.

—Creo que deberíamos comunicar la situación a la superioridad y que ellos decidan —me propuso el sargento.

—Primero tendremos que hacer una valoración más exhaustiva. Le respondí. — Y ahora al guarda forestal—: Llévanos al punto donde los viste.

Acompañado por el sargento y dos números, partieron de la estación y, dejando a su derecha la vía del ferrocarril, faldearon el cerro de Cabeza de la Reina para tomar la Cañada Real Leonesa hacia el cordel de las Campanillas. Ahí tenía el guarda su casa.

—Por aquí los vi —nos dijo.

Husmeó la zona por si pudiese encontrar huellas, pisadas que

pudieran darle alguna orientación sobre la dirección que hubiesen podido tomar, colillas, latas, restos de alimento, pero se trataba de gente veterana, acostumbrada a moverse en el campo, y habían tenido cuidado de sus posibles perseguidores.

Cuando volvieron a San Rafael les comunicaron que se les había vuelto a ver por el Alto de los Leones y que la Guardia Civil y el Batallón Ciclista de El Escorial estaba formando un operativo para dar una batida por la sierra, a los que inmediatamente se unió.

Al día siguiente volvieron a tener noticias de ellos, avisándoles de que en un bar de la localidad abulense de Peguerinos la Guardia Civil había mantenido un fuerte enfrentamiento, a resultas del cual había muerto el sargento que mandaba la fuerza y resultado heridos dos guardias, dejando en su huida varios macutos, donde pudieron encontrar veinte cartuchos de dinamita, mechas, fulminantes, etc.

—Debían tener pensado atentar contra las vías del ferrocarril y quién sabe si también contra el salto de Alberche.

Este sí que era un objetivo a la altura de Cristino García.

Decidido a no darles cuartel, pedí a la Guardia Civil que fuésemos tras ellos siguiendo el curso del arroyo de las Herreras, que pasa por Peguerinos en dirección hacía el río Cofio, afluente del Alberche. Y no me equivoqué. Al caer la tarde los localizamos cerca de Valdemaqueda, en un molino junto al puente Mocho, donde se habían refugiado tomando como rehenes al molinero y a su mujer. Como ya era de noche y llovía abundantemente, dificultando la seguridad de los secuestrados, el jefe del grupo decidió posponer el ataque.

—¿Posponerlo? No lo haga, es darles la oportunidad de que aprovechen esa misma baja visibilidad para escapar.

Pero el oficial desestimó mi consejo.

Dios sabe lo larga que se me hizo la noche bajo la lluvia, manteniéndome lo más cerca posible de esas paredes de piedra que les daban cobertura, intentando descubrir sus siluetas en la noche. Escribía a María Ángeles, sintiendo su mirada tan inquisidora que

tuvo que explicarse:

—Créeme, de repente todo ese odio que sentía por el comunismo se hizo tan intenso, tan visceral, que hasta el golpeteo de las contraventanas chocando con las paredes de piedra me pareció el sonido del tiro de gracia que voló la cabeza de mi padre en Paracuellos, provocándome tal encogimiento en el estómago que al final me hizo vomitar bilis negra.

¿Qué había hecho él, hija? ¿Qué había hecho ella, esa mariposilla sin alas y sin antenas, para terminar colgada de una cuerda en el hospital Varsovia?

Cristino García y los demás estaban a pocos metros de mí, al abrigo de la noche, mientras yo me consumía ahí afuera sintiendo el latido de mi arma.

Al amanecer iniciamos el asalto con un intenso fuego de ametralladoras, al que contestaron los de dentro. Pero todo era inútil, no tenían escapatoria. Reptando, deslizándonos por los accidentes del terreno, disparando desde el pretil del puente cercano, llegamos a la puerta de la casa y la derribamos de un patadón.

Al entrar encontramos tres guerrilleros muertos, pero Cristino y los demás habían logrado escapar.

—¡Lo sabía! —Saltaba pateando el suelo lleno de furia, mirando acusatoriamente al oficial—. ¡Se lo dije! Se han sacrificado unos pocos en favor del grupo.

Ni siquiera valoré que el molinero y su mujer resultaron ilesos.

Tirando literalmente de la patrulla seguimos recorriendo la ribera del Cofio, donde encontramos un cuarto guerrillero muerto y un quinto herido de gravedad. Finalmente, por indicación mía, llevamos los cadáveres al bar de Peguerinos donde se había producido el ataque y ahí, tirados en el suelo, mostramos al pueblo el resultado de nuestra batida.

—Era necesario, ¿comprendes? El enfrentamiento en el pueblo y el

asalto del molino habían costado muchas bajas y había que contrarrestar el prestigio que pudiesen ganar los maquis enseñando el final que les esperaba a ellos y a los que se prestasen a colaborar.

A lo largo de la semana siguieron cayendo bandidos. El día 15 apresamos en las Navas del Rey a un sexto guerrillero; el 16, en Robledo de Chavela, y el 20, en Valdemorillo. En total acabamos con nueve.

Un éxito, comentaba satisfecho nuestro jefe, el Dr. Vicén.

Pero yo no lo estaba, Cristino había logrado escapar y ahora estaría en Madrid reorganizando el partido comunista, una vez anulado José Vitini.

Dos días después llegué a mi casa. Era jueves y ahí estaba ella, con la frente pegada al cristal de la ventana y vestida para salir con su chaquetita gris nueva.

Intenté que no me viese y me deslicé a mi habitación para terminar de matar mi rencor. Después ya, al día siguiente…

—Lo siento, Sole, lo siento. Te juro que te lo compensaré.

Así fue.

El miércoles 18 de julio, fecha gloriosa en la que España conmemora la gesta gloriosa de su liberación y la obra ingente de su reconstrucción y de su resurgimiento, llevado a cabo por nuestro invicto Caudillo…» según ABC.

Muy de mañana, Sole, estrenando un traje de chaqueta de corte militar, gris, con amplias hombreras y falda por debajo de la rodilla, regalo de don José, pañuelo multicolor al cuello y sombrero de caballero… bueno, este se lo dejó en casa, y muy del brazo del camarada Filipovic, rigurosamente uniformado de gran gala, guerrera blanca, pantalón negro y boina roja, se dispusieron a ocupar un lugar en las últimas filas de la tribuna de la Guardia de Franco, situada a la altura de la redacción de ABC, para asistir al desfile conmemorativo de tan grandiosa efeméride.

Más arriba, frente a lo que fue el viejo hipódromo, dieciocho mil

hombres de los tres ejércitos esperaban en formación a que apareciese Franco, escoltado por su vistosa Guardia Mora a caballo, y se diese la señal para que comenzase el desfile que debía recorrer el eje Castellana-Prado.

Aquí se encontraron con Ángel Melero, todo medallas y botonadura dorada, luciendo el uniforme de gala de capitán de la Guardia Civil, acompañado de una hermosa mujer que, rompiendo con la rigurosidad de la moda de postguerra, se atrevía con la que llegaba de Francia, captando todas las miradas y también todas las críticas de las damas que todavía no se aventuraban a abandonar el estilo sobrio de la España eterna.

Y Melero lo sabía y paseaba, lucía a la dama del brazo, saludando a todo el mundo e incluso, para inmortalizar el momento, pidió a uno de los fotógrafos que esperaban clientela a pie de tribuna, que les hiciese una foto, en la que ninguno de los cuatro, excepto Sole, parecían demasiado dispuestos a posar.

—Perfecto, capitán —comentó el fotógrafo—. ¿Dónde se las mando? —A lo que inmediatamente contestó Sole, dando las señas de casa de doña Chon.

Era la primera en su vida. Y ¡en qué momento!

Ella la guardó para siempre y cuando nos casamos la colgamos en un cuadro en el comedor.

Al poco llegó a la tribuna el camarada Vicén que, haciendo honor al día, sí vestía el uniforme de gala del partido.

—Melero, ¿tan usada tienes tu camisa azul que has tenido que echar mano al uniforme de la Guardia Civil? —le saludo irónicamente.[28]

—Ni el hábito hace al monje ni este uniforme mengua mi fidelidad al Caudillo — le contestó, quizás un poco cortante. Y a ella—: Recordarás a nuestro camarada, fue gobernador civil de Alicante en la época en que vivimos ahí.

El Dr., chulapón, se apresuró a besar su mano.

—Yo sí la recuerdo, Mercedes. Imposible olvidarla.

A continuación, al capitán.

—¡Perillán!

Y tras un mero gesto de saludo a don José y compañía, se despidió con el saludo oficial de «Arriba España», al que le respondió Ángel llevándose en silencio la mano derecha a la visera de su gorra.

Conforme se fue acercando la hora del comienzo, empezaron a sucederse los coches negros, de los que iba descendiendo el Hola de la España de Franco, sobre los que Melero fue dando a sus acompañantes cumplida reseña, hasta que de uno de ellos descendió un militar de alta graduación y, dejando a todos con la palabra en la boca, se apresuró a acercarse a él.

—¡A las órdenes de vuecencia, mi general! —Saludó con gesto marcial al general don Manuel Pizarro Cenjor y, a continuación, al hombre que le acompañaba, el teniente coronel Limia Pérez, un pecho lleno de medallas ganadas en la lucha contra los maquis de las montañas de León y Asturias.

—¡Melero! —exclamó el general, reconociéndolo.

Tras un breve inciso, hizo una seña a Mercedes para que se acercara.

—Excelencia, permítame presentarle a la señorita Mercedes Sierra —y ahora a ella—. Su excelencia el general Pizarro, exgobernador de Granada y actual jefe de la IV Región de la Guardia Civil, y su ayudante, el teniente coronel Limia Pérez. —Después aclaró a la dama—: Su excelencia ha tenido a bien reclamarme para luchar contra la lacra del maquis en las provincias de Asturias y León.

—Contra el bandidaje, Melero —le corrigió condescendiente Limia Pérez — calificando oficialmente a los guerrilleros y a sus actividades.

Los tres militares, ignorando al resto, hicieron un rápido repaso al tema de los maquis, su presencia en muchas sierras de España y a la necesidad de reorientar la lucha contra las gentes que les prestan

apoyo, en donde se había distinguido el teniente coronel, empleando al somaten como fuerza antiguerrillera para internarse en las sierras y confundir a la población. Y a continuación una noticia.

—Afortunadamente, el Caudillo, a raíz del tema del Valle de Arán, ha liberado de esta responsabilidad al ejército para depositarla en la Guardia Civil.

Así es como se enteró Mercedes del próximo destino de su amante y el motivo por el que hoy vestía el uniforme de la Guardia Civil.

Pero así eran los amores con Ángel.

Y aquí se acabó su charla. En ese momento llegó un gran coche negro del que descendió don Camilo Alonso Vega y todos, Pizarro, y un paso más atrás Ángel y Limia Pérez, se precipitaron para ser los primeros en ofrecerle sus respetos al director general de la Guardia Civil y escoltarlo hasta su tribuna.

Después fueron llegando los señores ministros del recién remodelado Gobierno de Franco, entre los cuales solo había dos falangistas, Girón de Velasco y Arrese. Ambos habían entendido a tiempo que, si querían estar en la primera línea política, tenían que superar las disensiones surgidas en 1937 tras el Decreto de Reunificación. Pero la expectación se centraba en la entrada en escena, de manos de su eminencia el cardenal Pla y Daniel, de tres políticos católicos encabezados por Alberto Martín-Artajo, presidente de Acción Católica, sobre el que recaía el ministerio de Asuntos Exteriores, con la difícil misión de convencer al mundo de que España había abandono el fascismo, e intentar evitar que «los tres grandes», que ese mismo 17 de julio inauguraban la Conferencia de Potsdam[29], ratificasen los acuerdos de Yalta. Para lo que Franco, también ese día, había publicado el Fuero de los Españoles donde, a manera de constitución, contenía el conjunto de derechos y deberes que asistían a los ciudadanos.

Paralelamente, se había decretado el cese del uso de los símbolos fascistas y toda referencia al «Partido Único», que pasaba a denominarse «el Movimiento».

¡Ah! También los periódicos anunciaban la amnistía a tres mil rojos.

Ya se encargaría el nacionalcatolicismo de darle su cobertura moral y convencer a los españoles de que «Franco, Franco, Franco, Caudillo de España por la Gracia de Dios», el lema que iba a orlar la popular peseta «rubia» acuñada en 1946, había sido bendecido por la Divina Providencia.

La llegada de los ministros a la tribuna del Gobierno, excusándose por primera vez de utilizar el saludo con el brazo en alto, también le ayudó a entender a don José la actitud distante de Melero con Vicén y la causa del uniforme que vestía. El capitán se había enterado a tiempo del giro brusco que había dado Franco y de la importancia que iba a tomar la Guardia Civil, el cuerpo donde un militar podía esperar hacer carrera.

Durante el desfile, los dos hombres se sentaron juntos:

—El general Pizarro ha mostrado mucho interés por ti —le dijo Ángel.

Al poco, el cornetín de órdenes avisó de la llegada del Caudillo a su tribuna, al pie de la cual le esperaba un batallón de honores con bandera y banda que lo recibió con el himno nacional.

Y ahora ya:

…La ciudad, llena de patriótica exaltación y entusiasmo en un plebiscito de adhesión inquebrantable al caudillo de la cruzada frente al comunismo y al mantenedor de la paz y la reconstrucción…

---

[28] En la Falange se denominaban «camisas viejas» a los inscritos en el partido antes de la guerra civil y «camisas nuevas», de forma casi despectiva, a los que lo hicieron tras la victoria.

[29] Declaración de Potsdam, 17 de julio-2 de agosto de 1945. Los «tres grandes» niegan el ingreso de España en la ONU debido a sus orígenes, su naturaleza, su historial y su estrecha asociación con los

países fascistas. Se incluyó un ultimátum a Franco para que se retirase de Tánger, que fue ocupado en el momento del avance alemán sobre París.

35

El Desfile de la Victoria

Mercedes Sierra sabía lo que le esperaba cuando la llamó Ángel Melero. Hacía mucho que el capitán daba por hecho un acuerdo tácito entre ambos, en el que a ella le correspondía prestar glamur cuando él se sentía pletórico de autoestima y poder y necesitaba mostrarse así ante los demás, acompañado de una mujer bella y deseable, dejando que le adivinasen una relación sentimental que escandalizaba a las escrupulosas damas del 18 de julio y provocaba codazos de complicidad y miradas de envidia en sus maridos. Otra cosa es lo que venía después, cuando intentaba transfundir ese esplendor a su órgano viril esperando, esta vez sí, desbordarse en ella y llenarla con su semilla. Pero esta debilidad que le hacía tan dependiente de Mercedes, la única mujer en el mundo capaz de satisfacerlo, solo la conocía él.

Así se plantearon las cosas desde el principio cuando, sin engaños y a cambio de la seguridad de su padre y después de la suya, le ofreció la llave de su alcoba y él se quedó con ella. Este era el juego y tenía que reconocer que él siempre se había mantenido fiel a lo pactado.

La deja respirar, vivir a su aire, incluso lejos, donde sea. Hasta que, una vez más, aparece su sicario Constancio llamando a su puerta.

(Cómo demonios se las arreglará para dar siempre con ella, sea cual sea el lugar en el que se encuentre en esos momentos).

Y ahí acude Mercedes.

Y no hay nada más, ni podrá haberlo jamás.

¿Entonces?

Pues eso, que las cosas son así y están como están.

Lo que significa que lo asumes todo.

Es que no pueden ser de otra forma. Es lo que tiene haberse subido al lomo del tigre, que ya no te puedes bajar.

(Tampoco sabía si de verdad quería intentarlo).

Así estaba la situación cuando Constancio, una vez más, llamó a su casa y le entregó personalmente una carta con una invitación para asistir a los actos programados para conmemorar el próximo 18, día del Alzamiento Nacional.

¡Te vas a enterar!

Y se lanzó a producir un terremoto en la cuenta corriente de Ángel, el cual, cuando pudo cuantificar su intensidad en la escala sismológica, se limitó a sonreír con condescendencia y a reponer los daños causados, asumiendo que «a tal señor, tal honor», sin advertir que era la forma con la que Mercedes le estaba castigando, haciéndole más deseable todo lo que no iba a poder disfrutar.

Ese 18 de julio, san Caudillo, quiero decir, el día en que se conmemoraba el Movimiento Nacional, tal y como se referirá a sí mismo el Régimen, como una hora antes del desfile conmemorativo, llegaron a la tribuna reservada para la Guardia de Franco. Ángel, todo medallas y uniforme de gala de la Guardia Civil, y ella con un elegante conjunto de falda larga ajustada, blusa de seda cerrada al cuello con un gran lazo, guantes a la muñeca y gafas de sol, al que él, generoso, había añadido un collarcito de perlas familiar, de esos que tanto le gustaban a doña Carmen Polo de Franco y tantas angustias producían entre los joyeros.[30] Completaba su ajuar una amplia pamela de panamá que llevaba indolente en la mano para no perjudicar la cuidada arquitectura de su peinado, de trabajados rollos victorianos y un gran tupé estilo «arriba España», al que le auguraba una corta vida, claudicando esa misma noche en un abrazo arrebatado, vicioso y desesperado, culminando con un grito orgiástico, tras hurgar incansable sus genitales con un vibrador y despertar a media noche abrazado a su cadera, besándole el sexo e insistiendo esperanzado:

—¿No lo has notado Mercedes? Te lo juro. Ya casi, ya casi.

Así son los amores con Ángel.

Al pie de la tribuna se encontraron con un conocido, un tal José Filipovic, un camarada de la Guardia de Franco, y con su… (otro al que no se le lograba entender qué relación le unía a su pareja), aunque, viéndola tan gris, con un trajecito de chaqueta del mismo color y sus manos enrojecidas y descarnadas por la sosa y el estropajo, se lo imaginó.

Tos corta, discreta, miradas al infinito y el tiempo suspendido, hasta que ellos dos optaron por hacer un aparte, mientras que las mujeres siguieron ahí paradas, sin decidirse a ocupar sus sitios en la tribuna y con la mirada vagando entre la gente que iba acudiendo al evento.

—¿Sois novios? —preguntó, por fin, Sole.

Pobrecilla, pensó Mercedes, dando su respuesta al viento.

Pero la otra, que creía haber encontrado tema, insistió.

—¿De dónde eres, dónde vives, que haces?

Recordándose a sí misma en Alicante, absolutamente perdida en medio de ese poder triunfal, buscando el apoyo que no le iba a prestar gratis ese hombre que hoy iba a su lado, o mejor, ella al suyo.

—¿Pero es que todavía no te das cuenta de que somos sus queridas?

Pero se mordió la lengua por no escandalizarla, dejando que lo adivinara viendo la actitud de Ángel, que no desperdiciaba la ocasión de acercarse a saludar a la gente importante que iba llegando y, a continuación, olvidándose de don José y de Sole, presentándola —la señorita Mercedes Sierra— sin aclarar el vínculo que les unía, gozándose con las sugerencias que estaba provocando en la imaginación del otro. Pero tanto va el cántaro a la fuente que al final no pudo evitarlo.

—Ni tú ni yo somos sus novias, pero tú no seas tonta, chica, encélalo y que esta misma noche te haga un hijo.

Se arrepintió al momento de tan descarnado comentario. (Por cierto, después recordaría que la otra no se escandalizó). Pero es que hay días y días, y el de hoy era demasiado.

Y no porque no se lo esperase. Ya se había cuidado en ponerse, saberse espectacular y deseable ante tanto sable y tanta medalla, en maquillarse cuidadosamente, en agrandar su mirada depilando sus cejas en arco e invitar a tener sed de sus labios que, siguiendo los dictados de la moda, se los había pintado de rojo oscuro, a pincel, delineando sus bordes, el arco de cupido. Ahora ya no podía quejarse de la pasarela donde él la estaba, se estaba, exhibiendo.

Y ojalá, ojalá que le sirviese para coger fuerzas y robustecer su virilidad, y que esta vez la penetrase hasta el último rincón de su cueva y en ese instante, justo en ese momento, cuando su semilla estuviese a punto de derramarse, levantarse de la cama y escupirle todo su desprecio:

¡Se acabó, castrado!

¿?

Esa noche, en el hotel, cuando esperaba que él la desprendiese de sus prendas, marcando con ellas el camino hasta el lecho, donde la esperaba una interminable noche de vibradores y artilugios penetrándola por todos los lugares que le sugiriese su insaciable lujuria, Ángel cerró tras de sí la puerta de la habitación y la besó suavemente en los labios, abrazándola con ternura y, mientras le desabrochaba el vestido, empezó a murmurarle en los oídos:

—Gracias, Mercedes, gracias.

No pronunció la palabra amor, pero cuando se tumbaron en el lecho él se abrazó a su espalda y con su cara apoyada en ella, se pasó toda la noche besándola suavemente, acariciándola con la punta de los dedos el vientre, sus senos y su nuca, sin hablar y sin que ella le volviese la cara para recibirle o responderle; dejándose hacer, y así hasta que, por primera vez en sus largas relaciones, a ella le sorprendió un orgasmo y con cada contractura que le provocaba el placer, él le susurraba al oído:

—Gracias, Mercedes, gracias, mi amor.

Cuando se despertó, ni siquiera se paró a averiguar si estaba o no arrepentida. Se deshizo de su abrazo procurando no despertarlo y se deslizó al cuarto de baño. Ahí se vistió rápidamente y, tras comprobar que seguía dormido, dejó sobre el tocador el collar de perlas y, sin pararse a recoger la ruta de sus ropas, salió de la habitación sin hacer ruido.

La segunda vez en su vida que dejaba tirado en la habitación a un hombre. Ojalá que esta vez también fuese para siempre.

Tomó un taxi y pidió que la llevase a la estación de Atocha.

Unos días antes había leído en un periódico un anuncio solicitando una enfermera para una clínica de Teruel. Un pequeño sueldo que no habría llegado para pagar la cuenta de lo que se quedaba tirado en el suelo de la habitación, pero cubría manutención y vivienda; una oferta muy similar a la que en su momento tuvo en Alicante (no era un mal presagio), aquí con la ventaja de que había una segunda enfermera con la que podría turnarse.

¡Qué a tiempo lo había aceptado!

Ni siquiera se paró a pensar si esa ciudad estaba en el mundo, solo esperaba que Ángel no tuviese un atlas universal.

Tenía por delante veinte horas de viaje, dos trasbordos y una larga noche tratando de descansar en un banco de madera de respaldo recto en un vagón de tercera clase.

Ni siquiera se había permitido el menor lujo. Todo debía ser así, debía adaptar su vida a sus posibilidades, y esto incluía olvidarse de la cuenta corriente que había abierto con el dinero de la cartera de Valentín.

Nada por detrás y un «ya veremos» por delante.

Cuando llegó a Teruel era media tarde.

No había comido y tenía en sus espaldas el recuerdo del banco del tren, pero hacía mucho, mucho tiempo que no se sentía tan a gusto

con ella misma.

---

[30] Se decía que en el gremio había un seguro colectivo destinado a cubrir los encargos de la Señora que, una vez hecha su compra, pedía que se la mandasen al palacio del Pardo junto al correspondiente recibo.

36

Sole vuelve a Teruel

Llegada a estas alturas de su relato, don José dejó la pluma sobre la mesa e hizo un descanso para dirigirse, hipotéticamente, a su hija.

Este era Ángel Melero, María Ángeles. Sabía aprovecharse de todos, de mi odio visceral a los comunistas y de esa mujer, Mercedes, una bella bordura para su escudo de soberbia. Si me preguntas por su ideología política, te responderé que no lo sé, únicamente que era un analista y sabía prever los acontecimientos, y no porque tuviese ambiciones políticas o económicas, lo hacía porque necesitaba saberse protagonista de un mundo que se ajustaba a sus previsiones, y esto le llenaba de sensación de poder. Lo que no sabría decirte es por qué, creo que solo un psicoanalista podría explicar esa necesidad de sentirse poderoso.

Tras esta pausa, volvió al trabajo, recordando que ese día, durante el camino a casa, le preguntó a Sole:

—¿Qué te ha parecido Mercedes?

—Que debe ser una mujer muy desgraciada.

—¿Ella, con ese estilo y todo ese dinero?, tú estás loca.

Para qué llevarle la contraria.

Tampoco él estaba por tal labor, ya que en las apreturas del metro empezó a sentir la proximidad de la mujer, a recordar la asignatura pendiente que dejaron esa tarde en el cine y a darse cuenta de que ella no rehuía su proximidad y que, incluso, excusándose en la agitación del viaje, buscaba equilibrarse deslizando su pierna entre las de él y así, tanteándose, llegaron a su estación.

Doña Chon, muy mirada, les había dejado sobre la mesa del

comedor, en un plato tapado con una servilleta, las judías nuestras de cada día y en un frutero unos melocotones de Calanda, pero para eso estaba él, que con ojos de carnero degollado le dijo a Sole:

—¿Estas cansada?

—Un poco.

—¿Entonces, te vas a dormir?

No. Sole permanecía inmóvil en el comedor, con la cabeza agachada y la mirada fija en el suelo.

—¿Hasta luego? —Ahora insinuante.

¿Qué esperaba?, ¿que fuese ella la que se arrancara?

Primero fue un beso en la frente, como de despedida, pero le salió demasiado demandante y aunque a ella se le cubrió la cara de rubor, no se movió, por lo que él, levantando suavemente su barbilla la besó en sus labios.

—¿Te ha molestado?

Entendiendo en su silencio y en su mirada huidiza su autorización, empezó a desabrochar con torpeza la chaqueta de ese traje gris que le había regalado.

Y ella seguía inmóvil y en silencio, dejándose hacer.

Después ya fue el todo.

¡Caramba con la muchacha, parecía tan inocente!

Luego ya vino el día de después y la reconsideración de lo que había ocurrido, mientras intentaba despejarse rascándose los flancos y chasqueando la lengua en su boca pastosa, sintiendo el instinto por los suelos.

Y ahora las inevitables peguntas de ¿por qué lo he hecho? Y, lo que es peor, ¿ha merecido la pena? Finalmente, e intentando una cierta equidad en su juicio, ahuyentó el recuerdo de su cuerpo desnudo y

el placer que le desmayó en la intensidad del abrazo, ¿pero tú la amas?

Y qué quieres que te diga, que recuerda la imagen de sus pechos en mis manos que tras abarcarlos con avaricia pasó de las caricias, para amasarlos hasta oírla gemir de protesta y adivina que también de placer.

¿De placer, una mujer?

Este es un aspecto que merece un momento de reflexión.

Desde la infancia me tenían advertido de que hay dos tipos de mujeres, las que se recuerdan con el corazón y las que únicamente se sienten en la bragueta. Las primeras, las que son para casarse, no se entregan tan fácilmente a un hombre, y a Sole no podía incluirla en el mismo grupo que a mi madre, ella no hubiese expresado con el mismo descaro su placer.

(Y ahora, un recuerdo al retrato del comedor donde aparezco con mis padres montado en mi caballito).

Afortunadamente, esta última parte de su reflexión no la expresó en su escrito porque ya antes, cuando hacía la clasificación de las mujeres atendiendo a su comportamiento sexual, saltó en su mente la imagen de su hija, diciéndole acusadora:

—¡Y tú de qué vas!

—¿De qué voy?

—Pues de eso, ¡qué te puede decir un hombre tan mayor! De que a los de mi tiempo se nos escapa la neurona y sin poder evitarlo hacemos juicios de valor escandalosamente primarios, por calificarlos con condescendencia, pero en mi empeño de serte sincero no puedo evitar decirte lo que hubo, lo que fue y a lo que me supo la primera vez con Sole.

No hace falta que diga que durante varios días estuve escondiéndome, no sé si de ella, de mi conciencia o de las dos cosas, porque no podía evitar los locos deseos que me asaltaban, obligándome a encerrarme en el baño y destrozarme la virtud hasta

derramar toda la mala conciencia que me causaba mi injusta valoración y, lo que es peor, el saber que volvería a ocurrir.

Al final, la Chon vino a darle una vuelta de rosca al asunto y, una tarde, cuando llegué a casa, me encontré con la cocina vacía y a ella sentada muy digna en la mesa del comedor.

—Tenemos que hablar, don José (volvía a tener el don).

Y disparó eso de «yo soy pobre, pero honrada».

¡Dios! De todo, me dijo de todo.

Basta con decir que hasta me enseñó las sábanas de la cama de la Sole con las manchas que habían dejado mi pecado, el de los dos, de mi simiente y de lo que dejó su flor, mandándolas a continuación al castigo del fuego.

Y ahora, la segunda parte.

—Porque esto ha ocurrido en mi casa, y usted ha abusado de mi confianza.

¿Y de Sole qué?

—La he plantado en el tren, rumbo a Teruel.

Así acabó nuestra historia… o al menos eso parecía.

Tras nuestra conversación me dio un plazo de tiempo para que me buscara una nueva patrona, que después se fue alargando y, habida cuenta de que no sobraban casas tan limpias y bien servidas, al final fue pasando el tiempo.

Pero la vida son más cosas y en la mía también había ambiciones, entre ellas la de promocionarme y subir escalones en mi profesión, y la oportunidad podía venirme de manos de ese general Pizarro, un militar de prestigio, destacado en la lucha contra el «bandolerismo», primero en Granada y ahora en la región asturleonesa. Bastaba con ver la pechera del teniente coronel Eulogio Limia Pérez. El mismo Ángel Melero le había dicho que el general se había interesado por él.

—Ya ves, paciencia —le decía al espectro de María Ángeles—. Mi vieja Geli, y perdóname que vuelva a usar ese nombre, hoy apenas la nostalgia del tiempo sucedido, ahora que siento mis venas vacías de sarna y mis horizontes se me antojaban más cercanos y todo mi yo se llena de ti.

¿Por dónde iba?

—Sí, en que Ángel se fue a León con el general Pizarro y que antes le prometió que iba a reclamarlo.

37

Andrés en Madrid

Desde que Andrés llegó a Madrid y mientras esperaba contactar con sus antiguos compañeros, se dedicó plenamente a su tesis, acudiendo diariamente a la biblioteca de la Escuela de Ingenieros de Minas, donde tenía la oportunidad de estudiar las más de dieciocho mil piezas del extenso patrimonio geológico, mineralógico y paleontológico del museo Geominero. Uno de esos días que estaba observando una pieza de goethita (oxihidróxido de hierro) y admirando sus bellos cristales en forma de estrella, uno de los profesores, al que conoció el día en que se presentó en el museo con su flamante beca, se le acercó discretamente para decirle:

—Este ejemplar que tiene en sus manos proviene de las minas de Ojos Negros, Teruel, uno de los yacimientos más importantes del país, con una reserva estimada de ciento diez millones de toneladas de hierro, que explota la Compañía Minera de la Sierra Menera e incluye veintidós minas en los municipios de Ojos Negros (Teruel) y Setiles (Guadalajara). ¿Qué le parece?

—Ya sabe que estoy muy interesado por estos yacimientos.

—Por eso me he permitido interrumpirle. Al llegar aquí nos expresó su interés por ellos y nosotros se lo trasmitimos a la empresa explotadora, la Compañía Minera de la Sierra Menera, que nos ha contestado ofreciéndole un contrato en prácticas por seis meses para trabajar ahí.

Después empezaron a hablar de las características de esta compañía, constituida en 1900 por Ramón Sota y Eduardo Aznar, que incluye los yacimientos mineros propiamente dichos, un ferrocarril de 204 km de tendido férreo para el transporte del mineral hasta el apeadero de Sagunto, donde están los Altos Hornos del Mediterráneo, encargados de trasformar el mineral en laminado, un puerto de carga, muelles y depósitos de minerales.

—En 1931 se interrumpió su producción y después la guerra se cebó sobre el conjunto, destruyendo parte del trazado de la línea férrea lindante con Valencia. En 1941 se volvió a poner en funcionamiento. No creo cometer una indiscreción diciéndole que aquí, como en el resto de Europa, se necesita gente titulada.

En cuanto tuvo ocasión le pasó esta información a Ramón Celada, para que trasmitiera al PCE su intención de trasladarse a Teruel.

—Es una buena noticia, ya que nos confirma que esa detención momentánea que sufriste al poco de llegar era solo una cuestión de mero trámite. Por lo que respecta a tus compañeros, creo que tu marcha a esa ciudad no cambia nuestro objetivo, pero esperemos a ver qué opinan.

Ahora, más relajados, pudieron sentarse por primera vez desde que llegó a España y charlar más distendidos. Al poco saltó el tema que les había unido, su encuentro en la posición Yuste y posteriormente en el puerto de Alicante.

—¿Sabes quién me ayudó a escapar de ahí? No te lo puedes imaginar.

Y fue cuando le contó detenidamente que Mercedes lo acogió en la enfermería y le facilitó su huida dándole dinero y un carné de Falange.

—Es una gran mujer, Andrés, créeme. Cuántas veces me he arrepentido de haberte indispuesto en su contra, haciéndola sospechosa de traición. Pero, en fin, todo esto pertenece al pasado y nada se puede hacer ya.

—No estoy de acuerdo, Ramón, nunca la he olvidado y hoy me la devuelves limpiando su recuerdo y haciéndome sentir que el injusto fui yo.

Días después, al acabar su jornada en la Escuela de Ingenieros de Minas, al llegar a las proximidades de su pensión, se paró a comprar unos cigarrillos al señor Juan, el pipero, que tenía su puesto en la esquina de su calle, digo puesto, una mesa de tijera tapada con un mantel, sobre la que había dispuesto su mercancía en cajitas de

puros, una para las pipas de girasol, otras para los caramelos Saci, menta, limón y fresa, a diez céntimos cada uno, y otra para los chicles Bazoka, además de otra sección para los paquetes de cigarrillos, negro y rubio, que vendía por unidades y, si eras un cliente, hasta podía proporcionarte unos condones, algo nada fácil de conseguir en esa España de Dios y de Franco, e incluso algunas señas discretas donde utilizarlos. Así sobrevivía este antiguo sargento de carabineros, un cuerpo que antes de renacer como «los grises», la Policía Armada, estaba plagado de comunistas o simpatizantes, lo que le había supuesto a él unos años de cárcel y la necesidad de subsistir de esta forma.

Andrés, que intentaba pasar discretamente evitando a la gente, solía pararse aquí para comprarle alguna cosilla y de paso intercambiar noticias intrascendentes, así que, cuando ese día lo saludó por su nombre de guerra —¡hola, Francés!—, se sobresaltó.

—Tranquilo, que lo único que quiero es darte recuerdos de Ramón Celada. —Y sin darle tiempo a recuperarse de la sorpresa, disparó su mensaje—: Lo de Teruel, al partido le parece una buena idea.

Y por si no tenía suficientemente claro que las coincidencias no existen y que por algo le habían recomendado la pensión donde vivía, el señor Juan de nuevo volvió a sorprenderlo.

—Cristino te está esperando.

Y qué podía decir o hacer él, salvo mirar cautelosamente a uno y otro lado y poner, por si acaso, cara de no saber de qué le estaba hablando.

—Acércate como lo haces cada día, hombre —le dijo con acento tranquilizador— . ¿Conoces el cine Doré? En algunos de sus palcos hay mujeres públicas trabajándose a la clientela. Ahí te esperará Pili, la Rubia. A nadie le llamará la atención que te acerques a ella cuando se apague la luz.

Abrió un paquete de «Bubis», el cigarrillo rubio selecto que acababa de poner a la venta Tabacalera S.A. a 1,50 pesetas, tomó dos cigarrillos y se los entregó.

—Son dos perras gordas. Nunca se sabe dónde puede haber alguien vigilando — le susurró, excusándose por cobrarle, en este caso, la mercancía.

Había que ver a la Rubia con su pelo tan bien cortado, sus bonitas piernas revestidas de medias de cristal, su traje sastre ajustado con esa descarada raja posterior y su jerseicito rosa, como de angorina, provocando la admiración del personal. Se ve que no le iba mal, que había acertado dejando la aguja y el dedal para hacer la carrera en Río Club, en la plaza de Tirso de Molina esquina a La Magdalena, aunque no le faltasen días de nostalgia y tardes de puntada y novela radiofónica de José Mallorquí, cuando la naturaleza la ponía en baja laboral. Pero las cosas son así, ya lo decían las comadres de la calle Amor de Dios cantándole los primeros compases de la zarzuela Luisa Fernanda, que su madre la criaba pa chalequera, pero yo le he salido pantalonera.

Pues bien, cuando Pili la Rubia juzgaba que ya era bastante por hoy, y raro era que esto no ocurriera a la hora de comer (ya hemos dicho que a esta chica de veintiún años no le iba mal), cerraba la puerta de la habitación de la pensión donde se trabajaba a los clientes, y se dedicaba a eso, a hacer la compra en el mercado de Antón Martín, a cuidarse en la peluquería y a husmear por Sederías Carretas, esos grandes almacenes que regentaba un tal Pepín Fernández, recién llegado de Cuba.

Eso era lo que no acababa de entender el Carranque, que si era verdad que se había ido con él más de una vez, también lo era que, al terminar, «adiós muy buenas y si te he visto no me acuerdo».

Pero a Francisco Esteban Carranque, alias Paquito, miembro del PCE y del grupo de acción de Cristino García Granda, le gustaba la Rubia, más que eso, lo volvía loco y se había propuesto retirarla.

Al parecer, tras el golpe que dieron el pasado 14 de septiembre en las oficinas del ferrocarril del Paseo Imperial, llevándose veintitrés mil pesetas, Paquito, que se había encargado de ocultar el dinero, ahora se pavoneaba por Amor de Dios luciendo sombrero y traje nuevo y haciendo una exhibición, no ya indiscreta, sino inconcebible en un hombre que debía saber que la policía tenía sus mejores soplones en estos ambientes.

Hecho un brazo de mar, Carranque se presentó una tarde en Río Club con un regalo y una petición.

—Vente conmigo, Rubia. —Y por si no lo había entendido—: que se acabó para ti Tirso de Molina. —Abriéndose la chaqueta para mostrar su pistolera al mundillo masculino que le repasaba las curvas esperando a que rechazase a este cliente.

Es cierto que por la boca muere el pez y un hombre armado, tirando el dinero en esos días tan cercanos a lo del Paseo Imperial, era una llamada a la puerta de comisaría chillando «que he sido yo» y no solo a la Brigada de Investigación Criminal, también a la Político Social y a la Guardia de Franco.

La verdad es que la Rubia se perdió por culpa del señor Juan, que le pidió que esa tarde cogiese un palco en el Doré y que no se preocupase, que no era para trabajar, ¡de qué, si no! la Pili, lo del cine no era para ella, era para mujeronas cercanas a la jubilación que por un precio más o menos que «el de la cama», se trabajaban a los clientes en el antepalco al apagarse las luces durante la proyección, asegurándose su clausura atrancando la puerta de entrada con la pierna apoyada en ella.

Pero así son las cosas, ella no podía negarle nada a ese viejo sargento que había llevado tantas veces el pan a su casa cuando Madrid estaba esperando la entrada de los nacionales.

No fue difícil descubrirla:

—¿Eres tú Pili, la Rubia? —Le preguntó Andrés—. Me manda el señor Juan.

Y se sentó a su lado, oliendo su perfume a agua de azahar.

En el momento en que se acabó la conocida tonadilla del NODO y empezaba a dar detalles sobre el veraneo de su Excelencia en su Galicia natal, en el recién regalado Pazo de Meirás, esta vez sí sé que se abrió la puerta del palco, en este caso para permitir la salida de la joven, seguida de la entrada de un visitante.

—¡Cristino!

No se estuvieron a demasiados saludos. Echó la mano a su bolsillo y le entregó la carta que le habían dado para él, al salir de Francia.

Cuando la recogió Cristino, le temblaba la mano.

—Ojalá nunca me la hubieses entregado. Contiene la sentencia de muerte de un camarada[31] —dijo lamentándose a un antiguo compañero de armas del que podía fiarse.

Ya no volvió a ver a Cristino. Tampoco se enteró de que, al poco, la Rubia apareció asesinada en su pensión de la calle Amor de Dios, y que se acusó al Carranque de haberla matado por celos. Tras su detención, la Brigada Político Social le apretó los tornillos por el asunto del Paseo Imperial, ofreciéndole la libertad y un pasaje para Argentina a cambio de contarlo todo.

Para don José Filipovic la versión era otra. Él tenía vigilado a Andrés desde que llegó a Madrid, a la espera de que, tarde o temprano, se pusiera en contacto con el PCE. Ese día lo siguió hasta el Doré, lo vio entrar en el palco de esa guapa rubia y, cuando se disponía a marcharse, condescendiente con lo que creía un desahogo sexual, vio acercarse a Cristino García.

Después ocurrió la historia. Gracias a su informe se organizó su captura y la de todo su grupo y, en octubre, detuvieron a Cristino en la plaza Mayor. El 22 de enero de 1946 fue juzgado por el tribunal especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo, presidido por ese famoso coronel Enrique Eymar González que antes juzgase a José Vitini y a los «Cazadores de Madrid», y el 21 de febrero de 1946, a las siete de la mañana, fue fusilado junto a otros once antifranquistas en el campo de tiro de Campamento, siendo enterrado junto a Alfredo Ibias Pereiras y Francisco Esteban Carranque, en el nicho 147 del Cementerio Sur de Carabanchel.

Estaba claro que lo de la traición de Carranque no era verdad.

---

[31] El 6 de septiembre apareció asesinado Gabriel León Trilla, el que fuera compañero de Monzón en la reconstrucción del PCE en Francia. Sus ejecutores quisieron hacerlo pasar como un asunto

entre homosexuales.

38

México, agosto de 1946

En realidad, Valentín tomó la decisión de venirse a España el 20 de agosto de 1946. Ese día, un poco más gordo que cuando salió de Alicante y como tres veces más viejo de lo que le correspondía por su realidad cronológica (bueno, siempre había sido así), muy de mañana, traje oscuro, corbata rabiosamente roja y zapatos recién lustrados, tomó el tranvía y se dirigió a la plaza del Zócalo, en el mismo México DF, donde al llegar pudo ver ondeando en los balcones de la Sala de Cabildos del Palacio Presidencial, el antiguo Palacio Virreinal, la bandera tricolor de la República de España.

Había costado mucho llegar a ver lucir la bandera en este sitial de honor, muchos años y muchas reticencias y enfrentamientos entre los partidos políticos españoles en el exilio, la última vez en enero de este año, cuando se reunió la Comisión Permanente de las Cortes españolas en el exclusivo y elegantísimo Club Francés de la capital de México, a la que acudieron 72 diputados (más 49 adhesiones por escrito) de los 205 exiliados en este país y, tras rendir homenaje a los muertos y represaliados y excluir a comunistas y partidarios de Negrín (manteniendo vivo el golpe de Casado de marzo del 39), se procedió a un paripé de Cortes que tuvo que ser suspendido a instancias de Indalecio Prieto, alegando que no había quorum.

Finalmente, ese día 20 de agosto, contando con la simpatía y el apoyo del presidente de México, Lázaro Cárdenas, se volvió a reunir la Diputación Permanente, ahora en la citada Sala de Cabildos y, tras la dimisión oficial del reticente Negrín y oír el verbenero himno de Riego, se procedió a proclamar presidente de la República Española en el exilio a Diego Martínez Barrios, antiguo presidente de las Cortes de la República, que en virtud del artículo 17 de la constitución del 31, venía ejerciéndola interinamente, tras la dimisión de Manuel Azaña, nombrando a José Giral jefe del Gobierno.

No nacía con buen pronóstico la recién restaurada República Española, para algunos la tercera, ya que Indalecio Prieto no se sumó al amplio consenso logrado, prefiriendo brujulear con los monárquicos de Gil Robles y conseguir que las potencias occidentales derrocaran a Franco. Pero hoy era hoy y mañana ya se verá. De momento, fue reconocida por el país anfitrión, por Guatemala y por Panamá.

Ese mismo día se obvió el último obstáculo que hasta ahora había impedido a Valentín hablar con el expresidente Negrín.

—Usted no me recordará —empezó diciéndole.

Efectivamente, no se acordaba de un hecho tan anecdótico sucedido en esos días tan aciagos de marzo del 39, en medio del derrumbe.

—¿Ni tampoco recuerda la operación «Socorro Extremo»?

¿?

Llevaba siete años en el exilio, contemplando cada anochecer, en el cajón de su mesilla de noche, una llave que ahora no tenía significado para nadie.

—Y cuidado que me lo temía.

La misma frase que le sirvió para justificarse por haber abierto la caja del banco y guardarse en su cartera ese dinero previsto para alguna eventualidad, y la misma con la que se auguraba que «Socorro Extremo» estaba previsto para que «ellos» (hoy lo tenía claro) se financiasen su exilio.

¿O no?

—¡Lástima qué…!

Terminaba diciéndose al recordar esos días en Alicante, esas noches en el hotel Atlántico y aquella mujer, Mercedes.

Cuando salí de mi tierra

volví la cara llorando

porque lo que más quería

atrás me lo iba dejando.

—Hubo un momento en que lo tuve todo.

Juventud, dinero y hasta amor, las tres cosas que Mefistófeles le ofreció a Fausto a cambio de su alma.

—Y yo acepté el trato.

Ese era hoy su resumen. Ya no se acuerda de nada más o, lo que es lo mismo, que el tiempo todo lo cambia, envolviendo lo sucedido en una pátina dorada.

—Ella no es un recuerdo, es un tatuaje indeleble —Se protesta.

¿O tampoco era así?

Cuando salió de España ya sospechaba que «Socorro Extremo» solo tenía significado para él y hoy acababa de confirmarlo. Nadie sabía que era la llave de un dinero que ahora resultaba que no era de nadie.

«Y cuidado que me lo temía».

—No solo nadie iba a reclamarlo, es más, ¿a quién le correspondía hacerlo? ¿Al SERE de Negrín, que consumió sus recursos con jerarcas y gentes cercanas a su partido? ¿Al JERE de Indalecio Prieto, sobre el que se vierten tantas sospechas de uso indebido? —se preguntaba sopesando su llave.

Cuando ya se marchaba de El Zócalo, alguien le llamó la atención.

—Camarada, ¿te dicen algo las palabras Roldán, Gúdar, Capitán?

—Depende de quién las pronuncie —contestó con cautela.

El desconocido le explicó que detrás de todo eso estaba el PCE y

que le proponía la posibilidad de reunirse con sus compañeros en España.

En los días ulteriores, el Partido buscó la manera de conseguirle un pasaporte mexicano y la garantía de que la policía española no tenía antecedentes de él. Lo que venía a decir que tampoco «Socorro Extremo» significaba nada en España.

Desde luego que no era ninguna locura volver.

—Después, ya veremos a quién perteneces. —Sopesando su llave y recordando su viejo pacto con Mefistófeles.

Juventud, dinero y amor.

39

Hogar Comandante Aguado

Las investigaciones sobre los protagonistas de la Fosa de Monroyo no desviaron a Ernesto del objetivo que había pactado con el abogado Quesada: buscar a ese recién nacido por el que tanto interés mostraba su anónimo cliente.

Por las declaraciones de Ramón Celada deducía que ese día, 7 de noviembre de 1947, cuando se llevaron a Monroyo a Andrés y Mercedes, el neonato se quedó en el cuartel de la Guardia Civil, siendo de suponer que esa noche, o todo lo más el 8 o el 9, lo habrían depositado en algún orfelinato, bien directamente, bien a través del juzgado, aunque dada la oscuridad que envolvió la lucha contra los maquis, y particularmente este caso, habrían evitado este segundo procedimiento, ya que implicaba la constancia documental de la orfandad y la causa de la misma, y recordaba que no había ninguna diligencia sobre la detención y muerte de los padres.

No se equivocó. En ningún orfelinato de Alcañiz o de Teruel y su provincia pudo hallar ningún caso que se ajustase a tal hecho, así que lo que le tocaba ahora era investigar cualquier depósito hecho en las fechas en las que ocurrieron los sucesos de Monroyo.

—¿Sabe usted a qué se enfrenta? —le dijeron—. Durante la postguerra, tan solo en 1945, en la inclusa de Madrid se produjeron 1394 ingresos, de los cuales 560 murieron el primer año.

Consciente de las dificultades, se desplazó a Teruel y al llegar tuvo el primer, digamos encuentro paradójico, y es que la antigua Casa de la Misericordia, que acogía Hospicio y Casa de Expósitos, pasó a llamarse Hogar del Comandante Aguado, el del militar que protagonizó el levantamiento del 18 de julio en la ciudad, responsable de los fusilamientos públicos en la Plaza del Torico y del inicio de las caravanas nocturnas hasta el Pozo de Caudé, donde reposan más de mil represaliados.

¿Qué habría hecho este militar por la infancia?, eso sin pensar si algún acogido debía su estancia a causas imputables a tal mentor.

Al margen del dato, gracias a su condición de profesor de Paleopatología forense, le dieron todo tipo de facilidades e inmediatamente empezó a desempolvar librotes procedentes de estanterías remotas, olvidadas en cuartos recónditos, donde se apilaban 1172 inscritos en esa época, con 609 fallecidos, la mayoría dentro de los dos primeros meses de la vida.

En el procedimiento de filiación se inscribía a los acogidos en un libro foliado y numerado correlativamente, donde figuraba su nombre, día y hora de la fecha de acogimiento, procedencia, nombre de los padres, si los había y causa del alta en la institución, incluyendo, en su caso, la muerte.

Aquí, su primera pregunta: ¿a quién estaba buscando?

No conocía ni el nombre ni el sexo de la persona que investigaba, aunque sí un dato: podía excluir a los niños expuestos, es decir, los entregados a acogida por su madre, ya fuese por imposibilidad de alimentarlos o por ser hijos del deshonor. También a los nacidos en un hospital, en una institución de caridad, o a los que habían traído las autoridades judiciales. Como se decía clásicamente, había entrado por el torno.

Este era el perfil al que se ajustaba el niño o niña que buscaba, el de un recién nacido depositado en el torno, en cuyo caso se inscribían en el libro con el nombre del santo del día.

Y mira por dónde, el 7 de noviembre el santoral católico celebra a san Ernesto de Zwiefalten, un abad escocés de la abadía de ese nombre que murió durante la segunda cruzada, aunque también a otros como Amaranto, Atenodoro o Baldo, que también se celebran en este día, o los de Adeodato, Clara o beatos Isaías, María Crucificada o Juan Duns Scoto, el «doctor Sutil» de las universidades de Oxford y París, cuya memoria se conmemoraba el día 8 de noviembre.

Sin apostar por ninguno, ahora se enfocó por el apellido del neonato. A partir de 1941 el Gobierno había excluido el uso de los

tradicionales Expósito, de Dios, de la Cruz, etc., tan ligados a la inclusa, obligando a otros más comunes, como García, Martínez, etc. y aquí se permitió un juego mental. Las monjitas de la Caridad, que solían ocuparse de estas instituciones, al filiar al acogido, le daban una medallita de la Virgen de la Misericordia y en el reverso el número y el nombre que figuraba en el libro donde había sido filiado, así que cabía la posibilidad de que hubiese alguien con una medalla indicando que se llamaba Ernesto, o Ernestina Martín.

—¡Venga ya!

Era solo un juego. Un entretenimiento para hacer más llevadera la consulta de todos esos libros que, con solo sopesarlos, echaban para atrás.

Y ahora tocaba enfrentase a una realidad desoladora, las tasas de mortalidad infantil en estas instituciones que, si en esa España de la postguerra estaban alrededor de 142, 89 por 1000 nacidos vivos, en los orfanatos casi el 40% no superaban el periodo de lactancia.

A los recién acogidos, tras foliarlos y bautizarlos, se les aislaba preventivamente durante dos semanas para evitar que trasmitiesen sus infecciones al resto, asignándoles un ama de cría. Aquí había dos posibilidades, la lactancia interna, en muchos casos por la propia madre, que pasaba a vivir en la institución, siendo gratificada con un pequeño sueldo a cambio de realizar algún trabajo (unas 500 pesetas anuales cuando el sueldo de una secretaria eran 300 mensuales), lo que no se ajustaba al candidato de Ernesto, aunque le proporcionaba el primer criterio pronóstico, ya que la lactancia por un ama externa disminuía las probabilidades de supervivencia, y ya no digamos entre los criados a biberón, cuya mortalidad rondaba el 100%.

Así que su caso-problema era recién nacido, depositado en el torno y criado con lactancia externa o a biberón, por tanto, tenía muchas probabilidades de haber muerto. ¿Le podía añadir algún dato más la causa de la muerte?

Las causas de fallecimiento estaban anotadas en el libro, destacando como las más frecuentes las infecciones, particularmente bronconeumonías y otras respiratorias y digestivas. Imaginaba que,

sin hacer una referencia específica, se estaban refiriendo a la tuberculosis, responsable esos años del 36% de todas las causas de muerte en la infancia española, una cifra tan acuciante que dio lugar a la creación, en 1941, del Patronato Nacional Antituberculoso, a la construcción de grandes hospitales para estos pacientes y a la obra del Auxilio Social, muy dirigida al cuidado de los niños y sus madres.

La segunda causa general eran las distrofias y la debilidad congénita, diagnósticos inexistentes que hoy podríamos traducir como algún tipo de desnutrición o malformación congénita, menos probable en los hijos de padres bien nutridos y no consanguíneos, nacidos en un parto asistido por un profesional, como era el caso, por lo que decidió excluirlas en su candidato.

¿Pero estaba siguiendo un procedimiento científico riguroso? No, era tan especulativo que nunca podría llegar a la conclusión de que sus resultados fuesen ciertos. Por otra parte, si el fin perseguido era localizar a alguien para cruzar su DNA con el de sus posibles familiares, las únicas posibilidades venían de la investigación de la población superviviente.

(Esta era otra, cómo hacer para explorar el árbol genealógico de los padres).

Cuando ya lo había decidido, cayó en un dato, en las denuncias que se estaban produciendo alrededor del tema de las adopciones, como la de que el recién nacido hubiese sido entregado ilegalmente a una familia.

¿Pero es posible que haya ocurrido esto?

—¿Qué si es posible? —le contestaron.

En 2007 ya empezaba a tomar cuerpo el escandaloso contubernio montado alrededor de bebés desaparecidos en ciertas maternidades para entregárselos a familias con posibilidades.

—¿Tú crees? —le preguntó a un amigo médico.

Se habla de algunos centros (susurrándole al oído algunos nombres)

donde se han montado adopciones ilegales aprovechándose del repudio de la maternidad no deseada o, lo que es peor, con los hijos de reclusas, prostitutas y otras mujeres sin medios que, a juicio de las religiosas que atienden la maternidad, estarían mejor criados y más seguros en familias más estructuradas y con más medios económicos y posibilidades de darles una educación más apropiada. El procedimiento es sencillo. El día que van a dar a luz, ingresan en la institución a la madre real con el nombre de la persona con la que se ha acordado la adopción.

Y aquí empezaron a tambalearse sus esperanzas de localizar a un niño que nunca existió.

40

De las Coplas de Juan Panadero

A llegar a Madrid, recibió una llamada muy angustiada de María Ángeles diciéndole que esa noche su padre había sufrido un accidente cerebrovascular y que lo habían ingresado en el Hospital Gregorio Marañón.

—Voy para allá. —Fue su respuesta, citándose a la entrada del hospital.

—¿Qué tal está tu padre?

—Bien, bien. Ya ha pasado todo —le contestó mientras se dirigían hacia los ascensores para subir hasta el servicio de Neurología.

—¿A la sexta planta? —preguntó él angustiado, buscando unas escaleras salvadoras. Pero…

Alea iacta est.

Sintiendo su mirada de reproche y sin atreverse a confesar su claustrofobia, se dejó encerrar en ese cajón de los ruidos metálicos y olorosa humanidad que, inmisericorde, inició un lento y renqueante ascenso. Afortunadamente, había una rendija entre las puertas corredizas que le permitía ver la pared blanca del exterior y recibir una mínima corriente de aire que refrescó el sudor que inundaba sus poros.

¡Lo que no se haga por una mujer!

Los tiempos avanzan que es una barbaridad y cuando esperaban vérselas frente a un enfermo semiinconsciente, paralizado e incapaz

de controlar sus secreciones, se equivocaron (afortunadamente, profesor) y se encontraron a don José sentado en un sillón (los neurólogos sabrán lo que hacen), eso sí, con los ojos cerrados, negándose a ver todo el dolor que le rodeaba y, lo que es peor, con el temor de que en cualquier momento le pudiesen decir que ya se podía ir a casa.

(Qué inseguridad y qué dependencia producen ciertas enfermedades).

—Dice el doctor que no le van a quedar secuelas —le comentó María Ángeles. Y elevando la voz, como si la hemiplejia transitoria le hubiese producido a su padre una sordera aguda—: Hemos tenido mucha suerte, ¿verdad papá?

(Qué manía chillar a los viejos y a los enfermos).

¿Suerte? Se ve que tú no te has visto tirada en el suelo, con medio cuerpo paralizado y sintiéndote incapaz de limpiarte las babas que se deslizan por la comisura bucal izquierda. Pero en lugar de eso:

—Sí, hija, la hemos tenido. —Así, en plural, le respondió, dispuesto a aguantar la catarata de reproches que anunciaban su cara y el tono de su voz.

—Es que eres muy cabezota y…

(¿Lo ves?)

Soportó en silenciosa mansedumbre el diluvio y su lapidaria frase final.

—Y ya tienes edad para…

Como si acabase de descubrir que estaba en los noventa.

—Se acabó. ¿Me oyes? —insistió su inquisidora.

(Cómo para no oírla).

—Te prohíbo que sigas escribiendo. A mí ya no me interesan tus memorias, ¿me entiendes?

Y, por si fuera poco, ahora le tocó al otro, a Ernesto (dicho sea de paso, ¿qué hace ese aquí?).

—Esto también va por ti. —Pontificó, más que afirmó.

Y no contenta con tal filípica, se dirigió de nuevo al paciente para explicarle, ahora cariñosamente, que a ciertas edades solo se hurga en las vidas para contar batallitas y añorar tiempos pasados que, como ya se sabe, siempre fueron mejores. Y no para entonar el mea culpa.

Ahora iba a resultar que era don José el que se había ofrecido a contar a todos, básicamente a su hija, esta historia y exprimirse el alma rebuscando en los ocultos rincones de su memoria.

Pero ni caso, la mujer a lo suyo y don José también a lo suyo, a mantenerse con los ojos cerrados. Bastante tenía él, que hacía tan solo unas horas había visto descorrerse las puertas del infierno, descubriéndole el séptimo círculo, aquel donde penan los violentos sumergidos en el Flegeton, el río de sangre hirviendo que derramaron en vida y donde moran los antagonistas de esta historia, o de cualquier otra de héroes y villanos.

Y a los recuerdos, y a todo lo que puso de su parte para detener a Cristino García Granda y paliar ese odio que de pronto había dejado de sentir.

Durante todo el proceso, el Gobierno francés presionó a Franco en favor del que todos consideraban un héroe de la Resistencia y el día de su muerte la prensa vecina tituló:

Franco a tué Cristino García, exigiendo la inmediata ruptura de las relaciones con España.

Hoy, en el cementerio de la Madeleine, hay una placa de mármol con la siguiente inscripción:

Batalla de La Madeleine. 25 de agosto de 1944. Aquí los FFI del Gard, uno contra ciento, hicieron capitular a una fuerte columna alemana.

De este lado de la frontera, el ABC contestaba:

¿Quién lo quiso?

Reclamando España el derecho a juzgar y a ejecutar a quien sus tribunales consideraban un atracador y un terrorista, basando su legitimidad en que la España de Franco, «Una, Grande y Libre», se había levantado contra la República el 18 de julio porque estaba destruyendo la unidad patria, sumiéndola en la anarquía, en la persecución política, «los paseos» y el incendio de las iglesias. Esta legitimidad permitía calificar a los enemigos como terroristas y erradicarlos, facultando a sus autoridades al empleo de la guerra sucia.

Y qué bien sabía don José todo lo que incluía el término «Razón de Estado». Por eso se preguntaba:

—¿Pero realmente llegué a creerme que estaba justificado? ¿Sí? ¿Entonces, por qué no logro quitarme de la cabeza a Cristino?

Aquí entraba la intolerable variable de los sentimientos, el Pirineo y todas esas gentes, la mayoría incultos, dispuestos a luchar hasta el final y que, en 1946, ya iban por los diez años de guerra ininterrumpida.

—Sí, Cristino, los dos seguíamos en ella, aunque en mi caso el comunismo y yo teníamos nuestra propia historia, y te recuerdo que fuiste tú el que defendías que «los medios justifican los fines de la Revolución», así que te contesto que da igual el término que utilicemos, Razón de Estado o Revolución, los dos justificábamos los medios empleados. ¿Entiendes por qué hoy está enterrado, junto a Alfredo Ibias Pereiras y Francisco Esteban Carranque, en el nicho 147 del Cementerio Sur de Carabanchel?

¡Peste de sentimentalismos! Cómo se inmiscuyen en nuestros razonamientos.

Cierto. Por eso ayer, cuando estaba acabando de escribir sus memorias para su hija, y digo bien, para ella y no para Ernesto o su fosa de Monroyo. Pues eso, que empezó a sentir un mareo y una inestabilidad, anunciándole que algo malo le estaba rondando.

—No sea qué…

Así que dejó su pluma y se apresuró a sacar de su recóndito escondite esos papeles que nunca habían existido para los demás. Viejos documentos con el sello de secreto, advirtiendo de la presencia de maquis por el Bajo Aragón y el Matarraña en la provincia de Teruel, y junto a ellos y ordenada en el tiempo, una nota aclaratoria explicando que Ángel Melero, por boca del general Pizarro Cenjor, le pidió que se trasladase a esa provincia e informase sobre la zona donde, haciéndose pasar por vendedor ambulante, estuvo haciendo averiguaciones sobre el soporte que familiares y la población en general ofrecían a los maquis, entre los que pronto descubrió la complicidad del abuelo materno de su hija María Ángeles, sí, del padre de Sole.

Sobre todo esto reflexionaba don José en sus memorias, incluyendo en el dosier un pequeño soporte fotográfico, especialmente esa foto que se hicieron juntos los cuatro, él, su mujer, Sole, el capitán y una bella y elegante Mercedes el día 18 de julio de 1945, fecha que dejó anotada al dorso, con los cuatro nombres.

¿Y?

Sí, sabe que se olvida de algo.

¿?

Una fotografía de Sole teniendo en sus brazos a María Ángeles recién nacida, mostrando en la esquina inferior derecha un fragmento de un sello oficial, dos arcos de circunferencias concéntricas enmarcando la cabeza del Águila de San Juan, la parte superior del escudo de España. Cuando iba a anotar en su dorso un comentario, le flaquearon las fuerzas del lado derecho del cuerpo e, incapaz de mantener la postura, se cayó al suelo.

—¿Duermes, papá? —Le preguntó María Ángeles viéndole con los

ojos cerrados y desentendiéndose de ellos. Ante su silencio, se despidió dándole un beso en la frente.

Cuando ya se marchaban, todavía oyó a su hija insistir a Ernesto.

—¡Se acabó! ¿Eh? Los vasos de su cabeza no han soportado su estrés.

—Hasta mañana, hija —murmuró, sabiendo que ya no le oía.

Al salir a la calle, María Ángeles le entregó a Ernesto el informe que su padre había estado trabajando, comentando con amargura:

—¡Qué vida me ocultaba mi padre! ¡Y cuántas cosas! Primero en Francia, después en la lucha contra el terrorismo en Madrid y, finalmente, en las montañas de Teruel contra los maquis. Demasiadas historias, demasiadas cosas. Y esperemos que no haya más por detrás. No me extrañaría que…

Dejó en suspenso el comentario, porque tenía bien claro que a su padre los demonios de la conciencia se le habían rebelado y le estaban pasando las cuentas.

—No lo juzgues, María Ángeles. Él vivió en su tiempo y tú en el tuyo.

—Me temo que ya lo está haciendo él. —Mostrándole una nota escrita de su puño y letra que había dejado sobre la carpeta que contenía el informe que le acababa de entregar.

Canto ahora a los caídos,

a los que estando en la tierra

ya estáis naciendo en el trigo…

Sangre de Gómez Gayoso

sangre pura, sangre brava,

sangre de Antonio Seoane

de Diéguez, de Larrañaga,

de Roza, Cristino y Vía.

Valles de Sangre, montañas

—De las Coplas de Juan Panadero, de Rafael Alberti —respondió Ernesto—. Tómalo como el homenaje de don José hacia sus antiguos enemigos.

Acabaron en un pub cercano, «Old Fashion», una larga barra en un local con pretensiones inglesas, colores amarronados y luz indirecta, donde un mudo piano dialogaba con las polillas del tiempo, que amenazaban devorar la tapicería de los sillones y el empapelado.

Dos cervezas, demasiado frías para estas fechas tan lejos del verano, servidas por una camarera, una chica de Cáceres que al poco se despachó contándoles que hacía compatible sus estudios de Filosofía con ese oficio, desapareciendo poco después en la cocina, dejándolos solos en el local.

Aquí Ernesto volvió a insistir en que no juzgara a su padre, que su historia era la de un tiempo en el que todos se atribuyeron el patrimonio de la verdad y el derecho a organizar el mundo sin admitir la razón del disidente, al que por salud de la humanidad había que erradicar desactivándolo de sensibilidades y de cuentas pendientes, dejando al historiador hacer un relato objetivo y a los científicos poner a su disposición los medios para su esclarecimiento.

—¿Y eso es lo que estás intentando tú?

—Eso es lo que intentamos conseguir entre todos, demostrar que los protagonistas de la historia que Ramón Celada ha denunciado son personas reales. Tu mismo padre ha contribuido a dar vida a Andrés Favard, el Francés, y a Mercedes Sierra para permitirnos demostrar que fueron asesinados e inhumados en la fosa de Monroyo.

Pero ella ya solo tenía en su cabeza la imagen que se había hecho de su padre, un anciano desolado y comido por el remordimiento, y con acento severo, volvió a recordarle el pacto.

—Recuerda que me lo prometiste. Hasta donde yo creyese suficiente.

—Si eso es lo que quieres, que así sea. —Un corto silencio y una frase final—: ¡Lástima de comentario que no llegó a escribir en el dorso de esta foto! —Mostrando la que aparecía ella, recién nacida, con su madre.

—Podemos intentar otra vía, la de personas que fueron testigos pasivos de ese tiempo —le respondió María Ángeles.

Aquí le habló de María Luz Sanz, esposa del fiscal de Teruel durante los años 40 y parte de los 50, que por su posición social y en una ciudad tan pequeña, seguramente habría conocido a alguno de los protagonistas de esta historia. Desde luego, al general Pizarro y, posiblemente, al mismo Ángel Melero.

—Conozco a uno de sus hijos y puedo intentar que, a través de él, me reciba para que nos hable de aquellos tiempos.

Poco a poco, la conversación empezó a decaer, derivando en temas más triviales, en tomar otra cerveza (aunque no estuviese demasiado apetitosa), en volver a comentar la soledad del local y en que a diario la gente a estas horas está colgada de la TV y, cuando casi estaba tentado de echar una mirada al reloj, resultó que la estudiante de Filosofía consideró que lo mejor era dejarlo todo dispuesto para mañana y meter en el lavavajillas toda la cacharrería, dejándolos, de nuevo, solos en el local para descubrir que la barra de un bar es un buen sitio donde tantear intenciones y hablar y hablar (este punto, el de no permitirse el silencio, es muy importante, al menos tanto como el de no dejar de escuchar lo que está ocurriendo en la cocina) y sin dejar de hacerlo, apoyar descuidadamente la mano sobre el muslo de su acompañante y acariciarlo inocentemente, explorando su respuesta y, ante la ausencia de signos de rechazo, deslizar el borde de su falda por encima de la rodilla y, esto es muy importante, sin dejar de prestar atención al ruido que viene de la cocina, donde el lavavajillas sigue

aceptando menaje, sentarse en una banqueta, descorrer descaradamente el borde de su falda y acariciarle sus rodillas y un poco más arriba. Un juego erótico al que ella se presta poniéndose de pie y medio sentada en su pierna avanzada, permitiendo que él, aprovechándose de que ella tiene el abrigo puesto, le pase la mano por debajo del jersey abrazando su cintura, y hurgar pescadoramente, poniendo en juego la resistencia elástica de la cinturilla de su falda, hasta que María Ángeles, harta de juegos de adolescentes, le retiró su mano de donde estaba empezando a hurgar y decidió que era hora de marcharse.

Él fue conduciendo mientras que ella, en silencio, le acariciaba su muslo y un poquito más arriba, hasta notar en su dorso su dureza y en su gesto el sobresalto que le producía su caricia fugaz. Cuando llegaron delante de su casa:

—¿Quieres subir?

—Pero… si no está tu padre.

—Pues por eso.

—Vale. —Un instante de duda—. ¿Quieres que espere hasta que llegues arriba?

—No tengo que esconderme de nadie.

—Ya, mujer, no quiero decir eso. —Se disculpó con voz queda, más bien tímida.

Pero lo había dicho y bien sabía ella que no era por falta de ganas ni de posibilidades amatorias, de eso daba fe. ¡Y cómo! Ya lo había explorado durante el trayecto y volvió a hacerlo en el ascensor.

¡A pesar de su edad!

—¿Era eso, que estaba pasando los límites sobreentendidos a ciertos años?

Entró en el portal con gesto de pecador y mientras esperaban al ascensor (otro maldito ascensor), pendiente de que pudiese sorprenderles el portero, o cualquier vecino que apareciese en ese

momento, temiéndose sus comentarios.

¿A que no adivinas a quién he sorprendido esta noche trayéndose a un tío para echarse un polvo?

¡A su edad!

No se sintió cómodo, no, y mucho menos capaz de pasar la noche juntos. Pero si cualquier ruido, el de un coche parándose enfrente, el del ascensor, los pasos en el piso de arriba, el crujir de las paredes, hasta… Todo para él significaba une hipotética presencia que venía a sorprenderlos.

¿Será posible?

Si lo sería que hasta se planteaba posibles respuestas a la situación, un algo así como «no es lo que parece».

Y mientras tanto ¿qué?

Tampoco se esperaba ella que acabasen aquí, así que lo dejó sentado en el sofá, mientras iba a ponerse cómoda con algo con que cubrirse, decidiéndose por el albornoz del baño en lugar de la bata de flores, que para levantase de la cama estaba bien, pero para ir a meterse en ella…

Así que la escena del sofá, esa que ¡uf! ¡hacía tanto tiempo!, fue corta y no excesivamente estimulante, al menos para él, cuyo miembro, harto de insinuarse en los prolegómenos, se tiñó de timidez y, rendido ante el enemigo, arrió bandera.

Te aseguro que… nunca me ha ocurrido… yo no soy ese…

Y qué mal se queda cuando intentas justificar un gatillazo pasados los sesenta, y la generosidad de ella aplazándolo para la próxima.

Salió de la casa deslizándose escaleras abajo como un ladrón y solo volvió a respirar cuando se encontró en la calle.

No, no había sido un día perfecto.

Al día siguiente se levantó con el paso cambiado y, encima, Madrid

amaneció envuelto en una boina gris con olor a tubo de escape y picor de ojos y garganta y, mientras intentaba desperezarse, advirtió que los cristales de su casa estaban sucios, sucísimos, y ahí abajo, en la calle, sucedía un no sé qué ruidoso y malhumorado y todo era premonitorio de que el cielo de un momento a otro iba a venírsele encima y lo mejor era volverse al acogimiento de las mantas e ignorar lo de ahí fuera.

¡Qué flojedad!

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para decirse que lo de la contaminación y lo de que la asistenta no había limpiado los cristales eran cosas de aquí adentro, de su cabeza, lo mismo que lo de la carrera del calendario y lo de que, por mucho que evitase el dictamen del espejo, hacía tiempo que las nieves del tiempo, tras platear su sien, avanzaban hacía otros territorios donde empezaba a reinar la flacidez.

—Que sí, que es eso.

(Venga, atrévete a confesarte).

Pero para qué, lo mejor es volver a darle vueltas a eso del envejecimiento saludable y que es a tu cuerpo al que le corresponde poner los límites. Y…

—Madre mía, qué bochorno.

Explícate mejor.

Pues eso, que todo era un fracaso y qué iba a pensar la gente.

¿La gente? ¿Qué gente?

—Los que me conocen, los que han seguido mi trayectoria…, María Ángeles.

Ahora caigo. Estas hablando de todo. Del último tranvía, la última oportunidad de seguir sintiéndote joven, de demostrar tu capacidad, tu experiencia, tu buen hacer y de poner todo ello al servicio de deslumbrar a una mujer. ¿Eso era el tema Monroyo?

Afortunadamente, Ernesto pudo evitarse un debate esquizofrénico con su conciencia y autorrealizarse un psicoanálisis, infundiéndose la suficiente fuerza mental como para lograr pasar de ese amanecer tan poco estimulante, de lamentarse por una supuesta o real pérdida de capacidad de análisis, e incluso de acusarse de sentirse una especie de fauno que ha perdido el sonido de su flauta al pie de la cama de una mujer. Y después de decirse que todo eso podía pasar y que lo del fauno también podía llamarse amor y que todo, «todo» formaba parte de eso que él reivindicaba como el derecho de seguir contando en sociedad y que lo del envejecimiento saludable era un camelo que mejor debía llamarse compartir en una sociedad en la que todos cabemos y estamos vivos, vino aquello de recomendarse calma.

—Déjate de rollos. Estoy cabreado.

Y ahora, tras respirar un rato y volver a soportarse, se fue a su despacho, donde se encontró con los papeles de don José, su historia en Madrid, el final de Vitini y el de Cristino García Granda.

Y detuvo su mirada en esas fotos, la de los cuatro juntos en el Desfile de la Victoria. Qué interesante documento gráfico, el de la madre y la hija solas, cayendo en la cuenta de que podía tratarse de la del libro de familia, lo que significaba que María Ángeles era lo que entonces se llamaba una hija natural, habida antes del matrimonio. Algo que en su tiempo era vergonzoso y que para la sociedad de hoy ha perdido significado.

—¿Eso explica sus silencios acerca de su madre y de su infancia?

Cuando ya estaba tentado de dejar para otro momento la lectura de toda la documentación, se encontró con una serie de papeles referidos al AGLA, la Agrupación Guerrillera de Levante-Aragón, con nombres tan conocidos como Chaval o Maestro Agüero y ya no pudo parar.

VI

Por llanuras y montañas, guerrilleros libres van,

los mejores luchadores del campo y la ciudad.

(Himno Guerrillero)

41

La cueva del Regajo

A finales de septiembre de 1945, José Manuel Montorio Gonzalvo, el Chaval, con el resto del grupo de los Maños,[32] salieron de la escuela de guerrilleros de Cincla, en el Aude, y se internaron en España. En la cena de despedida que les dieron sus compañeros estuvieron presentes Amaya Ruiz, la hija de la Pasionaria, Juan Modesto Guillote, antiguo jefe del Ejército del Ebro, y Francisco Antón, por entonces secretario de Organización del Partido que ahora controlaban Dolores Ibárruri y Santiago Carrillo, este último asistido por Enrique Líster como responsable de la resistencia en el interior de España que ahora, tras renunciar al empleo de grandes masas de hombres, había optado por la creación de una red guerrillera en zonas claves, como las de León-Galicia, Asturias-Cantabria, Centro-Extremadura, Granada-Málaga o las independientes de la sierra de Cádiz, Jaén, Madrid y, finalmente, en la zona de Levante-Aragón, a donde iban a destinar a su mejores contingentes, entre ellos el grupo de los Maños, encabezados por Ibáñez (el mismo que condujo a Andrés y a Boris desde Prayols a la Valledor).

Pasaron la frontera por la sierra de la Peña, entre Jaca y Sabiñánigo, cargados con una pesada impedimenta, un subfusil ametrallador inglés Sten Mark II de culata metálica y cargador horizontal, 500 balas del 9X9 parabellum, la misma munición que usaba la pistola Astra del 9 largo de la que también estaban dotados, dos bombas de mano, tres pastillas de tolita y fulminantes de lapicero. Tras una estancia temporal de tres meses en la sierra de santo Domingo, en la provincia de Huesca, la noche del 24 de diciembre de 1945 llegaron al Ebro, a unos 3 km de Zaragoza.

¿Nochebuena?

Para celebraciones estaban, y más cuando uno de los enlaces que tenían en la zona le dijo a Ibáñez, señalándole el río:

—Hace unos días lo habríais podido atravesar sin apenas mojaros. Pero con las nevadas de estos días…

—¿Y ahora qué? —le preguntaron a Ibáñez, temiendo que tendrían que arriesgarse a cruzarlo por el puente.

—Tirar «p'alante», ya veremos dónde y cuándo lo hacemos.

Y sin mediar más palabras, reemprendió ese trotecillo cansino con el que les venía machacando las piernas desde que salieron de Francia y, cuando ya llevaban un buen rato andando y tras asegurarse de que nadie les venía siguiendo, ¡vaya bronca! Pocas palabras, pero afiladas y directas.

—¿Es que queréis mataros y que nos maten? Pues seguid así, diciendo a todo el mundo, por muy amigable que parezca, cuáles son nuestros planes. ¡Andaros! —Y así siguieron unos cuantos kilómetros más, hasta llegar a una chopera donde, según él, podrían descansar.

—Qué gracioso, Ibáñez —protestaron, intentando defenderse de la helada, la humedad y la caída a plomo de las temperaturas, con las gorras caladas hasta las cejas y las solapas de sus cazadoras de cuero hasta las orejas, a la vez que, incapaces de cerrar las manos, y no digamos apretar el gatillo de sus armas, intentaban calentarse las puntas de sus dedos con su aliento.

—¡Exagerados! —Se reía este, que parecía ser de otro planeta.

Bien entrada la oscuridad oyeron el chapoteo de unos remos en el centro de la corriente y al poco surgió de entre la neblina una barca dirigiéndose hacia ellos y, al llegar a la orilla, embarcaron en ella.

—Hala, «pa dentro» y a remar en silencio. —Les jaleó Ibáñez.

Así es como, años después, volvían a vadear ese río que el Ejército del Ebro una noche el río pasó, Ay, Carmela, y al final los mandó al exilio.

Y como la noche parecía estar de sorpresas, cuando ya casi habían llegado al otro lado descubrieron entre la bruma la silueta de un hombre.

—Estaos tranquilos, que parecéis nuevos. —Les volvió a reñir Ibáñez.

Al desembarcar descubrieron quién era el extraño.

—¡Maestro Agüero!

Ahí estaba Ángel Fuertes Vidosa, Antonio o Maestro Agüero que, aprovechando la ofensiva del Valle de Arán, se había adentrado en España para participar en su tercera guerra, colaborando con la reconstrucción del PC en Zaragoza y en la lucha guerrillera en el Alto Aragón, aunque ahora el Partido había decidido la retirada táctica de sus efectivos para desviar la atención de la Guardia Civil sobre este pasillo que Ibáñez y el «aparato de pasos» utilizaban para permitir la entrada de los maquis.

—¡Feliz Navidad! —Saludó a los recién llegados, levantando al aire dos botellas de anís y unas barras de turrón.

Tras calentarse el gaznate con un par de tragos y sacudirse el hielo de las entrañas, abandonaron la ribera y se adentraron por una vereda que trascurría entre unas tierras de labor, hasta llegar a un casullo donde les estaban esperando.

—Es un camarada de Madrid, se llama Ramón Celada. —Y ahora jocosamente— . Seguro que nos estará poniendo verdes. —Y a continuación a él—: Anda, deja de murmurar y echa un trago. —Pasándole una de las botellas de anís.

Tenía razón el Maestro Agüero sobre el humor de perros que dejaba traslucir Ramón en su cara picada de viruelas, morada de frío, y su bigotazo cubierto de escarcha, que intentaba sacudirse resoplando sobre el labio superior el aire caliente de sus pulmones, mientras murmuraba:

—A quién se le ocurre, en una noche como esta, quedarse como un pasmarote esperando a la orilla del río, en vez de hacerlo en un lugar más abrigado. Y eso sin saber muy bien todavía cómo vamos a salir de aquí. —Temiendo que las ruedas del coche que les había traído al Maestro Agüero y a él hasta aquí se quedasen atrapadas en el barro— . ¡Madre de Dios! Eso sí que sería un problema.

—¿Eres de Madrid? —Se interesaron inmediatamente los recién llegados—. Cuenta, cuenta —dijeron, hambrientos de noticias de España.

Después, camaradas —les respondió el Maestro Agüero—, ahora tenemos que hablar de otras cosas.

La noche era tan descarnada que no podían imaginarse a nadie, incluyendo a la Guardia Civil, zascandileando por estos lugares, así que se permitieron encender un pequeño brasero en una lata grande de sardinas que encontraron en un rincón del casullo y calentarse con sus brasas y un par de tragos de anís.

—El Partido me ha enviado a Valencia para coordinar nuestra lucha en las ciudades y en las sierras aragonesas y levantinas, por donde os vais a desplegar tras uniros con los camaradas que nos han precedido.

—Vale. —Asintió el Chaval—. ¿Qué sabemos de la población de la zona?

—En 1936, en la capital, Teruel, triunfó el alzamiento de Franco encabezado por el comandante Aguado, que procedió a encarcelar a los republicanos en el Seminario, el mismo en el que después, en 1938, se hicieron fuertes durante la batalla de Teruel. Aquí los detenidos sufrieron sucesivas «sacas», la primera el 28 de julio, de donde salieron nueve personas que fueron fusiladas públicamente en la plaza del Torico e inhumadas en el Pozo de Caudé, adonde les seguirían otras mil.[33] Al terminar la guerra, la ciudad quedó destruida en un 50% y ahora se está procediendo a su reconstrucción y repoblación con una administración joven y adicta al sistema, así que poco podemos esperar de la capital. Otra cosa son las zonas mineras de Utrillas, Libros y la Sierra Menera, donde antes de la guerra hubo una fuerte implantación de UGT y CNT, y en otras, como en el Bajo Aragón turolense, Mas de las Matas, Aguaviva, Mosqueruela, Monroyo, etc., que fueron ocupadas en 1936 por las columnas anarquistas de Durruti. En todas ellas podemos contar con población simpatizante. —A continuación, al Chaval—: Tú ya lo sabes, eres aragonés.

José Manuel Montorio Gonzalvo, alias el Chaval, apenas tenía 15

años cuando los anarquistas de Durruti, tras hacer fracasar el golpe militar en Barcelona, avanzaron hacia Zaragoza, simultaneando la lucha con la proclamación de su revolución en las tierras ocupadas, la quema de iglesias, la persecución religiosa y el fusilamiento de curas y gentes de derechas.

Alza la bandera revolucionaria

que llevará al pueblo a la emancipación.

En pie, pueblo obrero a la batalla,

hay que derrocar a la reacción.

¡A las barricadas! ¡A las barricadas!

Finalmente, la columna Durruti se detuvo en los Monegros. ¿Falta de suministros?, ¿el temor que causaba su revolución a la recién nacida Generalitat de Companys? Esto ya no forma parte del relato, ni tampoco lo que sucedió después con la muerte del líder en la Ciudad Universitaria de Madrid, ni a las plumas que responsabilizan de ella a los comunistas. Pero sigamos. En lo que se refiere a la zona ocupada por los anarquistas se proclamó el comunismo libertario y la colectivización de la propiedad, quedando bajo la administración del Consejo General de Aragón, que hizo de Caspe la capital simbólica del primer y único gobierno libertario del que se tiene constancia, y de Joaquín Ascaso su presidente.

—Sí, hasta que, en agosto de 1937, con la subida de Negrín al Gobierno, Indalecio Prieto, por entonces ministro del Ejército, envió a las brigadas comunistas de Líster y del Campesino, para acabar con la revolución anarquista —le respondió el Chaval.

—¡Venga! No la liemos ahora con marzo del 39 y el golpe de Casado. Lo importante es que en el Bajo Aragón turolense hay una fuerte implantación anarquista, que arropa a los guerrilleros locales de ideología libertaria. —Intervino Ibáñez que, como miembro del Aparato de Pasos, conocía bien la zona.

—Así es —corroboró el Maestro Agüero—. Lo importante es que contactéis con las partidas locales anarquistas, como la del Cintorra[34] o las del Pétrol y el Rabós, naturales de Aguaviva, y convencerles para que se unan a nuestra disciplina.

—Ya. La lucha comandada por el PCE. ¿Y si no lo hacen?

—Pues… —Firmó su frase con un expresivo gesto recorriéndose el cuello con el dedo a manera de cuchillo, dejando entre los presentes un pesado silencio—. Pero dejémonos de malos augurios. El final ya está muy cerca. —Recordándoles las noticias de que España no había sido admitida en la Conferencia de San Francisco ni para formar parte de la Sociedad de Naciones—. Se han impuesto las tesis de Yalta, condenando al régimen encumbrado por las potencias fascistas.

—¡Es cierto! —Aceptaron entusiasmados, como era lo habitual por su aislamiento, pues estaban muy atrasados de noticias, aunque fuesen como estas, tan esperanzadoras y cercanas a su tesis.

—Lo que nos dijeron en Cincla, que «en un mesecito, en casa».

Mientras los recién llegados comentaban una y mil veces más tales noticias, él hizo un aparte con el Chaval y el silencioso Ramón.

—Nuestro camarada de Madrid tiene un encargo directo para ti, algo que debe quedar entre vosotros dos. —Dicho lo cual se marchó, dejándolos solos.

—Te hemos elegido a ti porque conoces a la persona de la que te voy a hablar. ¿Te acuerdas de Andrés Favard, el Francés?

—Claro que sí. Fuimos compañeros en los Pirineos.

—El Partido quiere que se reúna en Teruel con otras dos personas, el camarada Valentín Méndez, exilado en México, y con un segundo al que llaman el Practicante, un veterano del XIV C. G. que al terminar la guerra se echó a la sierra. Cuando lo localices le entregarás el siguiente mensaje: «Roldán, Capitán, Gúdar». Él sabe lo que significa. Eso es todo, el resto no necesitas saberlo.

A la mañana siguiente se separaron y, mientras el Maestro y Ramón

volvían a Valencia, ellos siguieron su camino.

En la raya de Teruel los estaba esperando Lucas Cañete, el tío Lucas, un antiguo factor del Ferrocarril Central de Aragón y miembro del Sindicato Nacional de Ferrocarriles de la UGT que dirigiera Trifón Gómez, responsable de las reivindicaciones del colectivo ferroviario hasta el famoso 18 de julio.

—¡Los muy cabr…! Y gracias a que después pude contarlas.[35]

Había muchas reivindicaciones pendientes, la jornada de ocho horas, vacaciones retribuidas de 15 días, seguros de enfermedad y de jubilación, consolidar las subidas salariales prometidas, etc. La última huelga, en el 34, se saldó con despidos, traslados forzosos, empleos sin sueldo y la prisión de sus representantes sindicales, por lo que se esperaba que, tras las elecciones del 36 y el triunfo del Frente Popular, se retomarían las conversaciones.

—Pero sí, sí. Los muy cabr…

Eran demasiadas huelgas generales paralizando el tráfico ferroviario y lo que ello conlleva, así que los falangistas vinieron a poner orden y, al final, el tío Lucas y otros sindicalistas fueron condenados a muerte, aunque después se les conmutó la pena por la de integrase en el destacamento penitenciario destinado a las obras del ferrocarril de Madrid-Burgos.

Cuando terminó su condena quiso volver a su antiguo puesto de factor, pero el ferrocarril no lo aceptó. Y aún tenía que dar gracias por haber encontrado trabajo como peón caminero en la zona de su pueblo, allá por La Ginebrosa, en una casita a pie de carretera entre su pueblo y Mas de las Matas, y unos emolumentos que ni siquiera daban para poder vivir con su hija, a la que había tenido que mandar a servir (en realidad era a eso) a casa de su hermana.

¿Que más cornadas da el hambre?

—Pues no. —Se afirmó, escupiendo al suelo su rabia y su odio contra todo, contra el ferrocarril, contra Franco y su partido único que, tras mandarle a una colonia penitenciaria, ahora le impedía recuperar su trabajo.

Y para colmo, su hija, la Sole, había vuelto a casa porque un señorito de la Falange le había quitado la honra y, de paso, el poco pan que podía comer. Y Dios quiera que no se entere de ello el párroco, ya que su informe puede ser decisivo a la hora de solicitar para ella el puesto de guardesa de un paso a nivel.

El tío Lucas los estaba esperando en la raya de Teruel para conducirles por vericuetos seguros hasta Manzanera de la Sierra, la localidad más alta en el perfil de Gúdar-Javalambre, una comarca rodeada de masías y pequeños barrios o pedanías, de unos dos mil habitantes, en continuo descenso demográfico.

Cerca de su destino, el tío Lucas se detuvo un momento junto a un roble ahuecado por un rayo, cuya oquedad se utilizaba como estafeta para dejar mensajes para las partidas locales. Disimulada entre sus rugosidades encontró una lata de sardinas y, tras comprobar que estaba vacía, les dijo:

—«Acceso libre». Si mi contacto me hubiese dejado una piedra dentro, significaría que el «punto de apoyo» donde nos dirigimos no es seguro, o que hay «visitantes» por los alrededores.

Esa noche cenaron bien y bajo techado en el Molino del Peinado, junto al río Torrijas, donde vivía su contacto, un viejo cenetista, Antonio Delgado, con su mujer, Marianela Mir, y sus tres hijos, un varón de diecisiete años y dos hijas, de quince y siete, respectivamente; ambos, el molinero y el tío Lucas, llevaban tiempo intentando contactar con los grupos de maquis de los alrededores y, desde esa noche, en esa casa siempre encontraron refugio frente al cierzo y la nieve que lacera las orejas de sabañones y dejan los pies tan congelados que duelen al acercarlos al fuego.

Tras unos días de descanso, el molinero los acompañó hasta Camarena de la Sierra, una localidad en el área de Javalambre, a 34 km de Teruel, atravesada por el río Camarena, apenas un hilo de agua nacido en la sierra de la unión de dos arroyos, el Tejada y el Agua Buena, para desembocar 24 km más allá, en el Turia, a cuya altura recibía el nombre del Regajo. Allí les enseñó un lugar donde cobijarse.

—¡Buen sitio! —concluyó el Chaval.

Era una cueva situada en el barranco del Regajo, a 4 metros de altura sobre su lecho, escondida entre picachos, que para poder acceder a ella debía atravesarse un estrecho pasillo entre rocas que apenas permitía el paso de un hombre, mientras que por el otro lado debía recorrerse una ladera formada por tierra de aluvión, muy inclinada, de la que se desprendían fácilmente rocas y piedras que servían de aviso a los inquilinos de la presencia de intrusos. Aquí, una vez asentados, empezaron a recorrer su sector, a tomar contacto con los diversos puntos de apoyo que les fueron recomendando Lucas y el molinero, y a aventurarse por las zonas mineras de Utrilla y Libros, e incluso más abajo, por el Rincón de Ademuz, y un tiempo después a plantarse, el segundo paso, darse a conocer a la población, prestigiarse y ganársela.

—No vamos a presentarnos así en público. —Señalando el lamentable estado de sus ropas, a las que las largas jornadas de marcha entre coscojas, carrascas y pedregales les había pasado factura, y ya no digamos a sus alpargatas, ¡si casi pisaban con las plantas!

Decidieron su debut en uno de esos pueblos de Javalambre dejados de la mano de Dios y de la Guardia Civil, regido por un conocido alcalde falangista. Entraron al atardecer, recorriendo la única calle de la localidad merecedora de tal calificativo, mostrando de forma visible armas y bagajes, la mejor tarjeta de presentación, salvo resaltar que no se trataba de somatenes ni otras fuerzas paramilitares del régimen. Allí detuvieron a un paisano al que le pidieron que los llevara hasta la casa del alcalde, lo que hizo sin el menor reparo y sin ocultar la sonrisa de sorna que se insinuaba por la comisura de la boca donde colgaba, resistiendo el paso de las horas, una colilla apagada. Por el camino se les fueron sumando nuevos paisanos que, llenos de curiosidad, los acompañaron hasta su destino.

Al llegar, el Chaval, encañonando con su Sten al edil, le pidió muy educadamente que colaborara con las tropas de liberación con un donativo.

¿Mil pesetas?

Sí, esa era la cantidad que finalmente acordaron, tras lo cual, el

Chaval y el alcalde subieron al piso superior y ahí, en un cajón de una gran cómoda de madera de pino…

—Quieto. Ya miro yo. —Recelando que pudiese tener escondida un arma.

Pero no, no la había, solo un grueso sobre con dinero del que extrajo la cantidad establecida, devolviendo el resto a su dueño.

Abajo, en la cuadra, los compañeros enjaezaron un mulo para cargarlo con todos los sacos de alimentos que pudieron encontrar. Demasiados para un serrano, por muy alcalde que fuese. Así se lo hicieron notar al público.

—¿No serás uno de esos acaparadores que venden todo esto de estraperlo?

—¿No habremos acordado un «donativo» demasiado bajo? Preguntó al Chaval uno de los maquis.

—Olvídate. —Le corrigió este—. Un trato es un trato.

Cuando ya se marchaban, Ibáñez, advirtiendo a los presentes que ellos no eran bandidos, sino el pueblo en armas, tomó papel y lápiz y le dejó un recibo firmado y sellado:

El Gobierno de la República pagará al portador mil pesetas por…

Antes de llegar al Regajo abandonaron al mulo y ahora fue cuando el Chaval pudo ver, con sorpresa, que además de los alimentos trasportaba ¡una gramola! con sus correspondientes discos.

—¿Pero adónde vas con esto?

—¿Que dónde voy?

Esa noche, después de una rica cena, de esas que te dejan el abdomen abombado y los ojillos más que alegres, bajo el manto

estrellado de la noche de Camarena, como si de la fiesta del pueblo se tratara, los guerrilleros, cada uno con su fusil, bailaron hasta no sé qué horas la célebre canción Mi casita de papel, que hiciera tan popular entre los soldados de la División Azul la orquesta Topolino y Jorge Sepúlveda, y que ahora hacía torcer el morro a más de un representante de la censura. ¡Pero es que!... ¡Con esa letra!

Arriba, en las montañas, tengo un nido…

En los primeros días de la primavera del 46 sus enlaces lograron contactar con la partida de los Montes Universales, que dirigía Florián García Velasco, al que todos llamaban Grande, y su compañero Francisco Corredor Serrano, Pepito el Gafas, teniendo su primera reunión con los Maños en su campamento, en las cercanías de las Casas del Marqués.

Esa noche encendieron unas hogueras y, tras preparar unas ricas gachas, se sentaron a disfrutar de una buena charla.

—A ambos nos sorprendió el final de la guerra en Alicante. —Empezó a relatarles el Grande—. De aquí intentamos escapar con un tercer compañero, un guerrillero del XIV C. G. al que le llamaban el Practicante, pero desafortunadamente nos capturaron y los tres terminamos con nuestros huesos, primero, en el campo de Albatera y, después, en la prisión de Porta Coeli.

—La historia de tantos de nosotros —concluyó el Chaval, preguntándole a continuación—: ¿Cómo has dicho que se llamaba vuestro compañero?

—Lo llamaban Practicante. Lo conocimos en Alicante, tras liberarlo de los fascistas que lo tenían detenido en uno de sus locales. Estaba tan apaleado que, antes de intentar escaparnos de la ciudad, lo tuvimos que llevar a la enfermería del puerto para que le hiciesen una cura. Ese tiempo que perdimos fue letal para nuestras intenciones —aclaró Pepito, que siguió su relato refiriéndose ahora a esa mujer tan guapa y a otro guerrillero del XIV—. ¿Cómo se

llamaba ese hombre, Grande?

—No me acuerdo muy bien, pero creo que le decían Francés.

—Qué historia tan interesante. ¿Cómo acabó? —Insistió el Chaval.

—Al Practicante lo perdimos de vista en Porta Coeli. Del otro no sabemos nada, creo que trataba de escapar a Orán. De la mujer, ni idea. Respecto a nosotros, este, refiriéndose a Pepito, y yo, cuando nos soltaron de Porta Coeli, nos unimos a los grupos de acción del PC de Valencia, interviniendo en acciones de terrorismo y asaltos de bancos, y cuando la policía empezó a rondarnos, el Maestro Agüero, por seguridad, decidió enviarnos a la sierra a seguir la lucha.

Pero el Chaval ya hacía tiempo que no los oía. La historia de ese Practicante coincidía con la que le había contado el Francés sobre sus últimos días en España, así que estaba seguro de que se trataba del camarada al que le habían encargado que buscara.

Esa noche se quedaron en el campamento, a decir verdad, muy a su pesar, a causa del bajo estado de seguridad ya que, desde donde estaban, podían verse los tejados del pueblo e incluso algunas noches venían los lugareños a hacer tertulia alrededor de la hoguera.

¡Dios! Una cosa es ganarse a la población y otra esta confraternización que pone en peligro a todos, maquis, confidentes y puntos de apoyo. Seguro que entre los presentes habría alguien dispuesto a recibir una palmada de complacencia de la Benemérita.

Pocos días después contactaron con la partida de Germán Amorrortu, el Manso, que se movía por la sierra de Nogueruelas y acordaron reunirse las tres en la cueva del Regajo, donde tuvo lugar, históricamente, la fundación del AGLA, Agrupación Guerrillera Aragonesa Levantina. En el acta que se elaboró al respecto se decía:

El ejército guerrillero, surgido de las entrañas del pueblo, constituye la vanguardia armada de este en su lucha por la destrucción del régimen

franquista y la reconquista de la Republica…

Tras acordar que su área de intervención iban a ser las provincias de Teruel, Cuenca, Valencia y un pequeño trozo de Guadalajara, la dividieron en dos sectores, el 7º y el 11º, integrándose en este último los Maños y los de los Montes Universales, bajo el mando del Grande, mientras que el primero quedó a las órdenes de Germán Amorrortu, el Manso, estableciendo su línea divisoria en la vía del ferrocarril Teruel-Sagunto. Como jefe de la agrupación se nombró al camarada Antonio o Maestro de Agüero que, junto a Pepito y Grande, constituyó el Estado Mayor, estableciéndose el primero en el 7º sector para asegurar los contactos con el PCE en Valencia.

Tras tan trascendental acto, pasaron a discutir el problema de siempre, el que más acuciaba a todas las partidas de guerrilleros del mundo, la necesidad de financiación, y no solo para ayudar a subsistir al Partido, sino que ellos mismos lo necesitaban para evitar recurrir a acciones de saqueo o raptos que, aunque procuraban elegir a sus víctimas entre gentes destacadas del falangismo o del somatén, no podían evitar la repulsa que provocaba entre la población.

Ahí mismo el Maestro expuso la necesidad de dar un golpe espectacular con el doble propósito de servir de propaganda y satisfacer su necesidades económicas.

—El tren pagador del Central de Aragón. —Decidió.

Terminada la reunión, los del sector 11º se dirigieron hacia los Montes Universales donde, en un lugar que llamaban «la plaza de toros», el Grande tenía un campamento, mientras el grupo del Chaval se iba hacia la zona de Aguaviva. Pero antes:

—Ponte en contacto con el tío Lucas, él te informará sobre las cuestiones relativas al ferrocarril y los lugares donde podamos emprender acciones.

Cuando ya se marchaban, el Chaval se acercó a un guerrillero de la cuadrilla del Manso al que todos llamaban el Viejo, aunque en su

pueblo de Gúdar le conocían como el Pinchol, y le dijo:

—Así que eres de Gúdar.

—Fui su alcalde durante un par de años y dirigí aquí una cooperativa de productores. Cuando llegaron los nacionales terminé en la cárcel y, una vez que hube cumplido condena, cuando intentaba volver al pueblo, me avisaron que los de derechas querían matarme, así que tuve que huir y sumarme a los maquis.

—Entonces conocerás a un tal Practicante.

—Sí, lo conozco. Está cumpliendo condena en la colonia penitenciaria del pantano de Benagéber y forma parte del grupo de apoyo que nos proporciona la dinamita que pueden robar en su polvorín. Si te interesa puedo ponerte en contacto con su mujer, que también es del pueblo y cuando va a visitarle hace de estafeta entre la Colonia y nosotros.

Cuando el Chaval llegó a La Ginebrosa se dirigió a la casa del tío Lucas, donde le encontró en compañía de una mujer joven.

—Es mi hija Sole —le aclaró el hombre.

¿Qué tendría, diecinueve años?

Es cierto que había cambiado. Había perdido ese aspecto de pazguata y los colores serranos con los que la conoció don José Philipovic, que hacía mucho tiempo que había dejado de ser el Boris y ahora, paradójicamente, lucía aires ciudadanos, pelo cortado a lo garçon y pechos descarados gritando arriba España.

Después de saludar al recién llegado, Sole, como buena ama de casa, le indicó un lugar donde sentarse y empezó a prepararle un par de huevos fritos acompañados de unas tajadicas de lomo de la orza.

—Tienes una buena moza, Lucas —comentó el guerrillero, cuidándose bien de que no sonara como irrespetuoso.

—Ya.

Seguido de un largo silencio.

—¡Anden! Hablen ustedes a solas —les dijo Sole, notando que su presencia chirriaba, retirándose a un lado de la lumbre, donde el que no oye es como el que no sabe. Después de cenar le mostró al visitante un lugar en el corral donde dormir.

—Es fácil saltar la valla —le aclaró sin dirigirse concretamente a nadie, pero ¡a ella se la iban a dar! Bien sabía lo que era ese forastero de olor montaraz y abarcas gastadas de tanto andar, aunque se hubiese presentado sin armas.

Una vez a solas, el Chaval se centró en el tema y le dijo al tío Lucas:

—Cuéntame todo lo que sepas sobre la estación de Caudé, el Central de Aragón, horarios de trenes y, en especial, el del tren pagador.

—Se trata del apeadero de una pequeña localidad de unos quinientos habitantes, a 10 km de Teruel, donde dicho tren para una vez al mes para pagar a los trabajadores de la zona.

El tren de mercancías nº 8.052 estaba formado por seis unidades cerradas, la última de ellas, habilitada como pagaduría, estaba dividida en dos partes. La primera, destinada al pagador, estaba separada de la segunda por un tabique de madera con una ventanilla y una puerta. En esta última, destinada a sala de espera para los que venían a cobrar, había dos bancos destinados a la pareja de la Guardia Civil.

El día 7 de julio de 1946 (qué lástima que no fuese el 18 de julio), uno de los guerrilleros tomó un taxi en Teruel para trasladarse a Caudé con unos compañeros. (Nunca se olvidará de ello el pobre Rueda, su conductor, que desde ese día se negó tajantemente, fuese quien fuese el cliente, a salir de la capital).

Llegaron con el coche hasta las proximidades del apeadero y aquí, tras maniatar al taxista, simulando una avería, se quedó un hombre esperando a que el resto diese el golpe y huir. El Grande y otro compañero entraron en el edificio del apeadero; dos de los maños, Ibáñez y Perico, en el andén; y el Chaval y otros dos se unieron a la cola que formaba el personal para cobrar sus nóminas.

Cuando llegó el tren, subieron al furgón y desarmaron fácilmente a los guardias, tras lo cual, con el grito que habían popularizando los Hermanos Marx, «más madera», advirtieron a los del andén que habían tenido éxito, y estos procedieron a detener a los ferroviarios que trabajaban en el apeadero y encerrarlos, junto al jefe de estación, el factor, el pagador y los dos guardias civiles, en el edificio donde el Grande y su compañero, de forma precipitada, trataban de explicar a la gente que eran soldados de la República y que este acto estaba destinado a financiar la guerra de liberación contra el franquismo. Tras lo cual, el Maestro subió al vagón para hacerse cargo de dos sacos llenos con el fruto de su asalto, setecientas cincuenta mil pesetas.

Después de amenazarlos con que si abandonaban la habitación antes de dos horas estallaría una bomba colocada en la parte exterior de la puerta, dando gritos de viva la República se dirigieron al coche que les estaba esperando y se perdieron carretera adelante.

La noticia del asalto al tren del Central de Aragón nunca salió en la prensa.

---

[32] El grupo histórico de los Maños estaba formado por Doroteo Ibáñez, Ibáñez; León Quiles Quiles, Perico; Antonio Ardanuy, Julio; Luciano Mamilo Muñoz, Bernardino, y José Manuel Montorio Gonzalvo, el Chaval.

[33] Figura en el mapa de fosas del Ministerio de Justicia con el número 1602/2010 Teruel y contiene los restos de 1005 personas represaliadas, entre ellas Araujo Mayorga, profesor de Matemáticas del Instituto de Teruel; Joaquín de Andrés, director del mismo, y José Soler Berenguer, director de la Escuela Normal, fusilados en la plaza del Torico. También aquí se produjeron exhumaciones para ser trasladados, sin permiso de los familiares, al Valle de los Caídos.

[34] A lo largo de la narración, por interés histórico, se irán citando los nombres de varios maquis. En el glosario se incluyen sus notas biográficas.

[35] En el 2011, la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica descubrió la llamada Fosa de los Ferroviarios, conteniendo

unos 60 cuerpos de trabajadores del ferrocarril, pertenecientes a los sindicatos UGT y CNT, fusilados en agosto de 1936 en las cercanías de Aranda de Duero.

42

En la aldea de Nieva

La Avelina ya había perdido ese aspecto de efebo que tenía cuando lo de Alicante y ahora ese pelo corto y ensortijado de morito rebelde era una larga melena ensortijada que intentaba domesticar recogiéndola en un moño, oculta bajo un largo pañuelo negro, y nada de pinturas o maquillaje que pudiesen desnaturalizar esa imagen preconcebida de fogón y rosario, que era a lo que estaba, a pasar por una de esas mujeres de la sierra de Gúdar, anónima y sin atisbos de haber sido joven, que reforzaba cada vez que venía a visitar a su marido a la Colonia Penitenciaria del pantano de Benagéber.

Sí, a su marido, a José Castán, alias Practicante, que para este año ya iba por los siete de condena, porque cuando intentaba escapar de Alicante después del «tratamiento» administrado por los fascistas, no pudo seguir el ritmo de sus dos compañeros, el Grande y Pepito el Gafas y, fiel al código del XIV Cuerpo Guerrillero, exigió que lo abandonasen a su suerte. Consecuentemente, cayó en manos de los triunfadores y comenzó su «turismo penitenciario», primero por el campo de los Almendros y el de Albatera; después, sus antecedentes comunistas le llevaron a la prisión de Porta Coeli (Valencia), un sanatorio antituberculoso inacabado convertido en prisión, donde permaneció hasta la publicación de la Orden del 14 noviembre de 1939:

Todo penado debe trabajar y aprender un oficio, si no lo sabe, para redimir su culpa debe adquirir, mediante el trabajo, hábitos de vida honesta que le preserven de ulteriores caídas, contribuir a la prosperidad de la patria, ayudar a su familia y liberar al Estado de la carga de su mantenimiento en prisión.

Fórmula con la que muchos, como él, acabaron su errar, recalando en uno de los más de ciento veinte destacamentos penales creados al efecto, para trabajar en obras públicas, estatales o contratadas por particulares, calificadas de interés nacional, reguladas por el Patronato Central para la Redención de Penas por el Trabajo. En el caso del Practicante, en la construcción del Pantano de Vicente Blasco Ibáñez, una obra iniciada por la República en 1932 que entonces pasó a llamarse del Generalísimo y ahora de Benagéber, en sus tiempos el mayor de Europa.

—Tal y como están las cosas, al menos te permite redimir un día de pena por cada día de trabajo, y eso sin contar con los extras por buen comportamiento. — Intentaba animarle Avelina—. Y en un periquete la condicional.

Argumento que reforzaba recordándole que percibía un jornal de dos pesetas al día, 1,50 destinadas a su manutención y 0,50 para cubrir sus gastos, más otro tanto, en concepto de ayuda familiar, para su mujer, siempre y cuando estuviesen casados según manda la Santa Madre Iglesia.

—Y eso no es todo —le decía acariciándose la barriga donde el practicantico se anunciaba a la vida—. Añade 1,50 por hijo. Y quién sabe después —terminaba insinuante, con la secreta esperanza de que, una vez cumplida la condena, se quedase a trabajar aquí, en el poblado de Benagéber—. Lo mismo da hacerlo aquí que irse a la construcción en Teruel —insistía— y ya no digo volver al campo. ¡A qué! ¿A sudar para otro? Al menos aquí…

Y ese «aquí» lo dijo con gesto de llamarle la atención sobre algo muy confidencial, el que su mote había hecho creer a todo el mundo que hacía referencia a una profesión. Gracias a que el médico, que no debía ser muy de Franco, supo ocultarlo, y entre lo que había aprendido con el XIV Cuerpo Guerrillero y que él no era tonto, pronto aprendió a poner inyecciones, a hacer curas y a enyesar fracturas, lo que le permitió trabajar en el hospital de la Colonia.

—¡A donde va a parar las ventajas que tendríamos! Bueno, qué te voy a decir, ya lo ves. —Señalando los grupos de viviendas unifamiliares construidas para los obreros—. Y mira, tiene también

un economato. Ya quisiéramos tenerlo tan bien surtido en cualquier otro lugar. ¿Y el hospital? ¡Y qué bien me vendría ahora! —Señalándose su barriga— Y a «este» —Tamborileándose la zona—, ¡qué te voy a decir! —Mirando soñadora esa escuela donde hasta se podía estudiar el bachiller.

¿Había logrado convencerle?

¡Aragonés tozudo!

La Avelina ya había aprendido a leer sus silencios y sabía que le estaba gritando al viento que todas esas gentes que habían venido a trabajar aquí, todos esos valencianos y conquenses lo hacían voluntariamente y que él era un preso político castigado a trabajos forzados y vivía en el lado de poniente de la montaña, era de «los del otro lado», que para venir a trabajar tenía que hacerlo por un vallado, sin cruzarse con los obreros libres y que ahí abajo, en el Poblado, estaba el cuartel de la Guardia Civil y junto a la Dirección se había instalado un destacamento militar. Y aunque es cierto que había tenido suerte, no había renunciado a sus ideas ni a su compromiso en la lucha contra el fascismo y lo que desearía es hacer saltar todo esto por los aires.

—Tiene todavía mucho odio —comentaba después con la Paquita, una vecina del caserío de Nieva, un pequeño asentamiento de apenas diez familias a un kilómetro de las obras, donde dormía los días que venía de visita.

—Ambos lo tienen. ¡Mira al mío! —respondía la otra, refiriéndose a Santiago Martínez, su marido—. Siempre con la vista puesta en sus tierras sumergidas bajo ese lago de 3 km, del que sobresale la punta de un cerro a cuya falda estuvo el viejo pueblo. —Para terminar repitiéndose una vez más—: ¡Si al menos parte de esa agua hubiese llegado hasta aquí!

Para Santiago, el marido de Paquita, el 6 de septiembre del 32 era una fecha maldita. Ese día Indalecio Prieto firmó el acta que daría lugar a la construcción del pantano que tanto reclamaba la comunidad de regantes de Valencia, sepultando bajo sus aguas el hogar de las familias que vivían en la ribera junto a sus tierras, su pan y sus raíces.

Todo será por el bien común, les dijeron a los que tuvieron que trasladarse a lo que después sería San Antonio de Benagéber, a San Isidro, y diez de ellas a la aldea de Nieva, apenas a un kilómetro de su viejo pueblo. Luego, lo de siempre, que mis padres se quedaron arriba del pantano, mis tíos en San Antonio y mis abuelos a diez kilómetros, en San Isidro, y todos asistiendo a la lenta agonía de su pueblo y al nacimiento de lo que en tiempos de la República se llamó pantano de Blasco Ibáñez.

Y lo que se decían: «¡Si al menos sus aguas hubiesen llegado hasta sus nuevos asentamientos!».

—¡Así es la vida, mujer! —Intentaban adaptarse a las circunstancias ambas mujeres.

—Así es. El agua que lleva la riqueza a unos, nos la ha arrebatado a otros. A nosotros nos ha dado esto, una casa con un pequeño corral y un secano en medio de este bosque de pinos que apenas da para quitarnos el hambre.

—Y añádele el tener que soportar la cerrazón de nuestros hombres. — Convenían lo de la cerrazón por los dos cartuchos de dinamita que el Practicante había logrado sustraer del polvorín del pantano, para que ella, valiéndose de su barrigón, se los trajera a Santiago, mientras que para Paquita lo de la cerrazón era que su casa era un punto de apoyo para los maquis que infectaban los pinares de Benagéber, a los que, además de entregarles la dinamita, servían de correos entre ellos y los de la «colonia».

—Y cada uno a su avío. —Se consolaban ambas, sometidas a lo que el Practicante y su guerra contra el fascismo quisieran mandarles o, como Paquita, a lo que su marido y la injusta expropiación de sus tierras le dictase.

Ese día era fiesta en la Colonia y se podía visitar a los presos, a los que, últimamente, se les habían aflojado las medidas de vigilancia y ahora, en tales fechas, se movían con más libertad por el poblado.

¡A dónde iban a ir si se escapaban! Condenados a vivir como las alimañas, lejos de cualquier núcleo humano, o se unían a los maquis de los bosques de los alrededores, y ya sabes lo que te espera.

Todos, tarde o temprano, caen y ahora, sobre lo que ya tenías, te cae un extra.

—Y eso si logras seguir vivo, que esa es otra.

Insistía Avelina, viendo a su marido con la mirada perdida por el pinar.

Ese día tomó la «Juanita» el autobús que una vez por semana hacía la ruta Utiel- Chelva, dejando a los viajeros que iban a Benagéber a la altura de la roca de la última curva antes de llegar a poblado. Aquí se bajó y continuó a pie hasta la Colonia. Esa noche tendría que quedarse a dormir donde la Paquita y mañana arreglárselas para volver a Teruel. Al llegar al control empezó a andar balanceándose exageradamente a uno y otro lado, como los gordos o las embarazadas mucho más barrigonas que ella y, suspirosa, le enseñó al guardia civil de la caseta de control lo que llevaba en su capacho.

—¿Y esto qué es?

—Pues qué va a ser. Lo que ves, unos chorizos envueltos en papel de periódico y un rollo de papel higiénico. La última vez que estuve aquí no había en el economato — le contestó.

—Se habrán acabado las piedras —respondió el otro con sorna.

Al paso lento de embarazada empezó a ascender la cuesta, que iba serpenteando las tres alturas de la montaña hasta llegar a las instalaciones del poblado. En la primera estaba el campo de fútbol y el albergue para solteros; por encima de ellos, la hospedería destinada para presos sobresalientes, quiero decir ingenieros, capataces, etc., que para todo ha habido siempre clases, y junto a ella el bar. Al otro lado de la carretera, a la izquierda, la iglesia, la casa de la dirección y un poco más allá un campamento militar.

Al llegar se encontró con la procesión de la Virgen recorriendo la explanada, llevada en andas por cuatro presos, escoltada por dos guardias civiles rigurosamente vestidos de gala, con el arma en posición invertida, la culata a la altura del hombro y el cañón apuntando al suelo. A la cabeza, el cura y, un poco más adelante,

abriendo la procesión, un preso portando una cruz.

—¡Ahí ibas a estar tú! —Reprochó in mente a su hombre, incapaz de seguir el ejemplo de los anderos, a los que el párroco, en reconocimiento, les apuntaría en su expediente «comportamiento excelente», lo que les valdría dos días de remisión de pena.

A paso lento, siguiendo el ritmo marcado por el tambor, recorrieron la explanada, cargando a uno y otro pie, hasta pasar por delante de la dirección, donde rindieron homenaje a la Virgen la jerarquía de la Portoles y Cia., la constructora del pantano, el jefe del destacamento militar y el de la Guardia Civil, tras lo cual se dirigieron a la iglesia y aquí terminó el acto religioso.

Duró muy poco rato, pero a ella se le hizo muy largo. ¡Estaba tan deseosa de verle! Solo cuando acabó la ceremonia se permitió a los presos, obligados a estar presentes, a reunirse con sus familiares.

Ahora ya pudieron abrazarse.

Un beso sonoro, estampado en mitad de los labios, y un corto abrazo, jaleado por los gritos y los chistes fáciles y hasta subidos de color de los compañeros «del otro lado».

Y nada más. Bueno era el Practicante para estas cosas, se sonrojaba como un niño, pero en cuanto cerraron tras de sí la puerta de una de esas cabañas de piedra y cubierta de retama, construidas al otro lado de la valla de separación de los barracones de los presos, el hombre encendió lumbre y, antes de extenderse por el cubículo el olor a tomillo y resina quemada, casi al mismo tiempo que Avelina terminaba de extender sobre el suelo una manta, montado en potra de nácar sin bridas y sin estribo recorrió el bravío de la sierra en un abrazo cerrado y avaricioso.

¡Qué presto se va el placer

cómo, después de acordado, da dolor…

Mientras Avelina volvía a vestirse esas ropas blancas que con tanto esmero había lavado y planchado sin que el otro hubiese reparado en ellas, no pudo evitar lamentarse y decirse que, aunque las cosas son así, no debieran serlo.

Qué más quisieran otros que sus mojigatas mujeres les hicieran gozar de todo lo que ella podía y sabía hacer. Ni le había dado tiempo para enterarse de que tenía un hombre encima, pero peor lo había pasado en el burdel del que la liberó. Bueno, no fue exactamente así, fue ella la que tomó la decisión de cambiar de vida.

En cuanto el Practicante recuperó el resuello, empezó a deshacer el paquete de papel de periódico que envolvía los chorizos, fórmula con la que el PCE hacía llegar a los presos la noticia del rechazo de España en la conferencia de San Francisco y los acuerdos de Potsdam, negando su entrada en la Sociedad de Naciones, que él acogió haciendo chocar su puño derecho contra su palma izquierda, exclamando a continuación:

—¿Lo ves, lo ves? Ya está próxima la caída de Franco. Los aliados van a venir a por él. —Para lamentarse a continuación—: Y yo aquí… ¡Mierda!

Si fuese por ella no se las habría traído, pero los camaradas de Teruel se lo aconsejaron, diciendo que esto le iba a ayudar a soportar y a esperar.

Pero sí, sí. Ojalá que no les hubiese hecho caso. Como decirle ahora aguanta, aguanta, que lo necesitamos tu hijo y yo.

Tras doblar cuidadosamente los recortes, se dedicó al rollo de papel higiénico, donde los camaradas del PCE habían copiado, palabra por palabra, el «Mundo Obrero», incluyendo datos sobre la represión franquista, como los fusilamientos de Carabanchel y el de José Vitini Flores, que quizás hiciera desfallecer a los pusilánimes, pero exaltaba la rabia de los más fieles.

—Tenemos que acabar con este régimen opresor y asesino. — Escupió con furia. Pero nada comparado con el gesto de su cara cuando leyó una nota dirigida a él.

Roldán, Capitán, Gúdar. Seguida con unas indicaciones.

Cuando terminó de leerla miró a Avelina y le preguntó:

—¿Guardas todavía la llave que te entregué en Alicante?

Claro que sabía de qué llave hablaba. Cuando se la entregó no supo para lo que servía, tampoco pidió explicaciones, fue suficiente oírle decir solo que era muy importante para él, vital, y la guardó como se atesoran las prendas de amor, como el más sentido poema que podía esperar de la rusticidad del Practicante, la confianza que depositaba en ella. Cuando se separaron, ella se volvió a su pueblo «hecha una señorona». Así lo quiso él: «Te servirá para tapar bocas en Gúdar».

—Y a mí qué, si solo me importaba la tuya. —Pero ya no recuerda si le contestó esto o no.

—Sí, la guardo. —¿Acaso él esperaba otra respuesta?

—¿Te acuerdas del Francés, el hombre al que diste de mi parte un mensaje en Alicante? ¿Serías capaz de reconocerlo entre los clientes del hotel Oriente de Teruel?

Avelina tardó en contestarle, pero cuando lo hizo no le ocultó se decepción.

—¿Cuándo te vas a ir de aquí, antes o después de que nazca tu hijo?

Con rabia contenida, harta de privaciones a cuenta de que él no siguiese pasando las suyas, harta de noches en trenes, de coger «la Juanita» al día siguiente, de dormir en casa de la Paquita, y gracias por ello, de asumir riesgos como correo del PCE, de prestarse pasivamente a que él se desfogase, harta de todo.

—No, no. Esta no te la paso, mejor dicho, ni tu hijo ni yo te lo pasamos.

Y nada más, salvo que se levantó de esa manta que les había servido de lecho y de ese encuentro en el que todas las palabras habían sido para su guerra particular, y se marchó.

—Has hecho bien —la jaleó esa noche Paquita, antes de que su marido, Francisco, llegase a la casa.

Después la cena, cuando los chicos se acostaron en su rincón, el hombre le preguntó:

—¿Qué sabes de Gúdar?

—Pues lo de siempre, lo que nos ocurre a las mujeres de los que sufrimos esa guerra en la que estáis empeñados. Pero que más os da. Ve a la sierra y dile al Pinchol que a su mujer, la Felisa, acaban de detenerla y se la han llevado a la cárcel de Mora de Rubielos. Dicen que por el jaleo que armó en el horno cuando advirtieron que estaba cociendo una cantidad de pan que excedía de la que le correspondía por el cupo, aunque tú y todos sabemos que lo que estaba haciendo era pan para los maquis.

Pero Avelina ya estaba atrasada de noticias, al día siguiente de ser detenida, Felisa Monteliu apareció ahorcada en la cárcel. Aunque para cualquiera que hubiese estado retenido ahí le resultase increíble que pudiese acceder sin ayuda a esa ventana donde dicen que se colgó con sus propias ropas.

No es de extrañar que ni el Pinchol, ni su hijo, Florencio Guillén Montoliu, el Frasquito, que para entonces ya se había unido a la partida, se creyesen tal versión de los hechos.

—Por estas, padre. —Juró vengarse el Frasquito, besándose los dedos en cruz de su mano derecha.

Para qué seguir hablando si sabía que dijese los que dijese nunca iba a tener razón, ni entre estos ni con sus contrarios.

Al día siguiente volvió a Teruel, pero eso, que las cosas se pagan y el frío que pasó desnuda sobre esa manta de pastor, soportando las sacudidas de su marido, no le salió gratis. De ello ya se dio cuenta durante el viaje, pero lo atribuyó al disgusto, a la cerrazón de los hombres inmersos en esa guerra que a lo único que llevaba era a que los mataran en la sierra, o a que un día los guardias civiles les sorprendiese a todos, a ella, a Paquita y a otras como ellas, colaboradores de los maquis por lealtad a los suyos.

—Y ya sabes, vuelta a repetir el circuito de cárceles, batallones de trabajo…

Pero no, a ella y a su hijo, ya no.

—¡Por estas! —juró, besando los dedos de la mano derecha en cruz.

Tres días después, en una de esas habitaciones de ahí arriba, donde vivían los trabajadores del hotel Oriente, Avelina debutó con lo que los médicos llaman «escalofrío solemne», seguido de tos, fatiga, dolor pleural y fiebre alta, a lo que se añadió a las pocas horas el típico herpes labial.

—Malo —murmuró entre dientes don Aquilino Laguía, prestigioso médico de Teruel al que el Valenciano, el dueño del hotel, le mandó aviso. —Lo mejor sería llevarla al hospital.

—¿Es grave? —preguntó interesado el Valenciano.

—Es una pulmonía doble —contestó el galeno con cara de circunstancias, pensando cómo iba a conseguir esa pobre mujer la penicilina que pudiese salvarla.

VII

…Si en un plazo razonable no ha sido restablecido un Gobierno cuya autoridad emane del consentimiento de los gobernados… que el Consejo de Seguridad estudie las medidas adecuadas para remediar la situación… recomendando a los Estados miembros de las Naciones Unidas… que retiren inmediatamente de Madrid a sus embajadores y ministros plenipotenciarios acreditados allí.

Resolución 39(I) de la ONU

******

Quien al oír Viva España/con su viva no responde,

si es hombre, no es español y, si es español, no es hombre.

¡ARRIBA ESPAÑA!

43

Mari Luz Sanz

Tarde de octubre en un Madrid que se niega a dejar paso a los fríos y solo la madreselva razona en rojo que estamos en otoño y, si acaso, la piscina, dejándose teñir de verde, desentendiéndose de esas cuatro acciones que promete el líquido invernador.

María Luz Sanz tenía 89 años y vivió la guerra civil en Valladolid, pero apenas guarda recuerdos de ella, cosas sueltas, como cuando sus tres hermanos se fueron con la centuria de Falange a pelear en el Alto de los Leones, o cuando enterraron al primer caído falangista y José Antonio Girón de Velasco, brazo en alto, empezó a cantar «Yo tenía un camarada» y poco más. Bueno, ese día imborrable de la entrada en Madrid de los nacionales, cuando pudo leer la derrota en los soldados republicanos que, desprovistos de correajes e insignias, se dejaban pastorear por la carretera de Somosierra en dirección al Dios dirá.

Hoy vivía con uno de sus hijos en Canillejas, muy cerca de María Ángeles, con la que mantenía una cierta amistad, y fue él quien les proporcionó esta cita, presentándola como hija de José Filipovic, que vivió en Teruel por la misma época que ella.

—¿Filipovic?

Tras darle vueltas en su memoria cayó en quién era y en que a su marido nunca le gustó, así que puso cara inexpresiva y sonrisa estereotipada, dispuesta a oírla.

Ahora, un tema que nunca falla y además sirve para romper el hielo, pero ¿sabía María Ángeles dónde se metía al pedir a una mujer, que ya es bisabuela, que le hablase de su juventud, de sus hijos y de su marido?

Sentados alrededor de la mesa del velador, junto a la fuente de

cerámica de Talavera, ahora muda de chorros, abrió su viejo álbum de fotografías y empezó a repasar en blanco y negro la niñez de sus hijos vestidos de marineros, o de vaquilleros, pañuelo rojo al cuello y faja del mismo color, o en el jardín de la casa (el corral) con los hijos del ingeniero de minas, los de Abastos y dos hermanas que enseguida aclaró que se llamaban Lunita y Gracita, hijas de una guapa gallega, doña Beatriz, con la que se llevaba muy bien, para recabar inexorablemente en su marido, don Luis, ese hombre sonriente de gafas redondas y bigotillo, de andar erguido y braceante, que destilaba bonhomía.

—Era un caballero católico y muy español. —Sin olvidar su cultura y su capacidad de empatizar con todo el mundo. Y hubiese seguido en el tema si María Ángeles no hubiese estado lista.

—¡Qué tiempos! ¿Verdad? —Adivinándose en esa maternidad que la vida le había negado, y en esas tardes en las que Mari Luz se sentaba en la mesa camilla para machacar a sus hijos la tabla de multiplicar mientras tejía, incansable, camisetas de lana y los jerséis que iban a lucir el Domingo de Ramos, que al que no estrena nada le cortan las manos.

—Eran tiempos de escasez, pero como todos pasábamos las mismas necesidades, vestíamos las mismas ropas y comíamos las mismas cosas, pues eso, que parecía que era lo normal —respondió la señora.

(Un curioso análisis sobre los desequilibrios atribuidos a la sociedad de consumo, si obviamos que la que hablaba formaba parte de la élite provinciana de esa España de la autarquía, opinó en silencio Ernesto).

Y para evitar que la nostalgia les comiese la tarde, María Ángeles dio un nuevo impulso al tema.

—Al poco de acabar la guerra, se casaron y se fueron a vivir ahí, ¿verdad?

—Es cierto. Mi marido fue fiscal a los 21 años, en la España republicana, por lo que fue depurado por Franco, que le envió a Teruel castigado. Afortunadamente, la administración de la ciudad

tuvo que cubrirse con funcionarios foráneos, muchos jóvenes en nuestras mismas condiciones, y como la mayoría de los edificios estaban destruidos o habían sufrido importantes destrozos, coincidimos en el hotel Oriente, uno de los pocos que quedaron en pie.

—Mi padre llegó a Teruel después que ustedes, creo que sobre el 46.

—Sí, era policía, o algo por el estilo, nunca lo supe muy bien. —Y aquí hizo un inciso como para que se lo aclarase ella y, ante su silencio, continuó—: Pero bueno, cuando él llegó ya no vivíamos en el hotel.

—Ya, que no intimaron.

Para qué decirle que en provincias la alta Administración de justicia es un círculo endogámico, además de que a su marido nunca le gustó ese hombre, del que decía que no era trigo limpio.

Ahora ya era el momento de entrar en el tema que le interesaba.

—¿Conoció a Mercedes Sierra? Era una enfermera que trabajaba en…

—¡Cómo no! Si me atendió durante el parto de mi tercer hijo.

—¿Sí? ¡Qué casualidad! Cuéntenos algo de ella.

—Trabajaba en la clínica donde fui a dar a luz. Fíjate que no me acuerdo cómo se llamaba el ginecólogo, pero a ella es difícil olvidarla. Tendría unos veintitrés años y era muy guapa y muy ¿llamativa? Quiero decir que, con esa melena color caoba y esos hermosos ojos violeta, era muy difícil que pasara inadvertida, y más ella que, para entonces, cómo decirte, era una mujer muy libre, quiero decir que no le importaba sentarse a solas en la terraza del hotel y fumarse un cigarro mientras leía el periódico o se tomaba algo, y eso, en esos tiempos, era muy inusual.

—¿Quiere decir que escandalizaba?

—Bueno. Digamos que Teruel era una ciudad muy provinciana y sus

aires modernos suscitaban muchos comentarios. Pero a lo que íbamos, lo importante para mí es que, además de ser una gran mujer, era una gran enfermera, que es lo que yo necesitaba en esos momentos.

Y aquí intentó extenderse con aquello de que, aunque era la esposa del fiscal de Teruel y todo el mundo la trataba con respeto, pues…

—Ya imagino, Mari Luz —supo atajarla—, pero sigamos con ella. ¿Dice que la conoció cuando iba a dar a luz a su tercer hijo?

—Sí, entonces apenas hacía poco que había empezado a trabajar en esa clínica, no recuerdo su nombre, pero sí que estaba en un chalé de dos pisos, en el barrio del Ensanche, donde el personal de enfermería, ella y otra chica que no creo que llegase a los dieciocho años, vivían en el área de servicio. —Ahora, tras una pausa dedicada al recuerdo, un comentario—: Ya te he dicho que Mercedes era una muy guapa y que tenía unas costumbres que muchas mujeres censuraban y, en esas condiciones, sin un varón a su lado, pues…

(?)

—Pues que siempre hay sinvergüenzas que creen que pueden avasallarnos. A pesar de los dolores del parto, me di cuenta de ello, pero menuda mujer resultó.

—Cuénteme, no se pare, doña Mari Luz.

—Estando ya en el paritorio, mientras la enfermera jovencita me estaba aseando, Mercedes fue a recoger el material quirúrgico del autoclave, dejando tras de sí, cautelarmente, las puertas abiertas, lo que me permitió ver cómo, al agacharse, un médico joven se acercó excesivamente a su espalda. Vamos, que se restregó contra su trasero (qué asqueroso), pero ella le dio su merecido. Simulando la sorpresa que le causaba su inesperada presencia, o al menos esa fue su disculpa, se le derramó un recipiente de agua caliente sobre él, haciendo sufrir a la parte pecadora la suerte del pollo.

—¿Que se lo escaldó? —exclamó incrédula María Ángeles.

—¡Qué mujer! Otra se habría arrugado.

—¿Y la cosa se quedó así?

—En esta ocasión, sí. Pero él siguió acosándola.

—Cuénteme.

—Nosotros, por entonces, vivíamos en la «casa de los Picos», frente por frente al hotel Oriente y cerca de los Jardines de Torán, donde estaba la clínica, y muchas mañanas salía a pasear por ahí con mis hijos y, o bien me paraba a saludarla, o bien salía ella a la puerta para cruzar unas palabras conmigo. Una mañana la encontré con aspecto de estar muy disgustada y le pregunté, más bien afirmé descaradamente:

—¿Te ha vuelto a molestar ese individuo?

A lo que me contestó sincera:

—Es el precio que tenemos que pagar las mujeres que vivimos solas. Al menos en mi caso.

Y había tanta aceptación en su afirmación que me rebelé:

—Se lo voy a decir a mi marido.

—No, por favor, no le moleste. Créame, él se limitará a negarlo y yo no podré probarlo. Al final todo recaerá sobre mí.

—Tenía razón, pero no la hice caso y se lo conté y mi marido que, tras hacerme la misma observación, la de que no se van a poder demostrar los hechos, tomó cartas en el asunto para arreglarlo de forma informal y habló con don Aquilino Laguía, presidente del Colegio de Médicos de Teruel, que supo buscar una fórmula discreta y, tras hacerle una advertencia muy severa, a ella le aconsejó alejarse del acosador, ofreciéndole un trabajo en el hospital.

—¿Y dio resultado?

—De nuevo ella volvió a tener razón, su traslado no logró acallar sus insidias, ya se encargó el otro de extender el tema por toda la

ciudad. Lo que le faltaba para que todo el mundo la señalase con el dedo. Ante tal injusticia solo había una forma de reivindicarla, hacer una exhibición pública de afecto y respeto, y así lo hicimos mi marido y yo, lo que no pasó inadvertido y creo que contribuyó de alguna forma a paliar su situación.

— Y siendo tan guapa, ¿no tenía un novio que le hubiese dado a ese hombre la lección que se merecía?

—Poco después conocimos a un oficial de la Guardia Civil que… — Pero se quedó en silencio, evidenciando que no le gustaba el giro que estaba tomando la conversación. Precisamente ahora, cuando parecía que María Ángeles había encontrado la punta del hilo de la madeja que querían desenredar.

Traguito de café, unas cuantas frases triviales y cuando agotó el tema de lo bien que se estaba aquí, sentado en este jardín, junto a la piscina y bajo un toldo natural de enredadera, abrió su bolso y sacó la fotografía del día del desfile de la victoria donde aparecían Ángel y Mercedes con sus padres.

—¡Anda! —Exclamó sorprendida—. Sí, es ella y ese oficial de la Guardia Civil. — dijo, ignorando a los otros dos.

(Otro día lo intentaré).

—¿Se refiere a su novio?

—Sí. Lo conocimos durante un viaje de Madrid a Teruel. ¿Sabes?

Y ese «sabes» sonaba a que aquí había algo por lo que prefería pasar de puntillas. Así lo entendió María Ángeles, asumiendo que lo mejor era dejar fluir la conversación sin necesidad de tirarle de la lengua.

Resultaba que toda la familia pasaba los inviernos en Madrid, al menos los meses más duros.

—Por los niños. —Aclaró—. Para evitarles los fríos.

Por entonces ya estaba por el cuarto embarazo y las ocupaciones de un fiscal en Teruel daban para tomarse esas vacaciones y muchas más.

—¡Qué tiempos! Y qué diferentes a cuando destinaron a mi marido a Madrid (el dorado de cualquier funcionario y referencia omnipresente en sus conversaciones). En apenas un mes hacía el mismo trabajo que en un año en Teruel.

(Centrémonos, Mari Luz).

Ahora se extendió en la narración de ese largo viaje, que se iniciaba en la estación de Atocha a las ocho de la noche, tomando el ferrocarril Madrid-Zaragoza, y finalizaba dieciocho horas después, a la una de la tarde, tras un largo trasbordo nocturno en la estación de Calatayud, donde se enlazaba con el Zaragoza-Valencia, que pasaba por Teruel, o bien tomar el popular «Chispas», que iba desde Calatayud a Teruel, parando por todas las estaciones de la línea. Tras una nueva pausa dedicada a los recuerdos:

—La primera vez que fui a Teruel fue en mi viaje de novios. Como a mi marido lo acaban de destinar allí, tuvimos que preparar rápidamente nuestra boda y nos casamos el día anterior. Y ahí me vi esa noche, con mi sombrerito y mi abriguito negro, sentada alrededor de una estufa que, a pesar de estar al rojo, no lograba calentar esa sala de la estación de Calatayud, donde parecía vivir el invierno. En este otro viaje las cosas no parecían haber cambiado.

(Hay que dejar a los viejos el recorrido de su memoria para poder llegar mansamente, pacíficamente, a donde tú pretendes, María Ángeles, aunque aquí supo estar lista y reconducir la historia).

—¿No me diga, Mari Luz, que se encontraron alrededor de la estufa?

—¡Justo! —Sonrió.

Debía ser la medianoche de uno de esos días de febrero de 1947, en los que la cellisca reúne a los seres vivos alrededor del fuego, como así hicimos los pocos viajeros que hicimos trasbordo en Calatayud. Estaba acomodando a los niños sobre uno de esos bancos de madera que había en la sala de espera cuando ella nos vio y se acercó a saludarme y ofrecerme su ayuda. Créeme que me costó reconocerla, con esa ropa tan elegante y cara. Sinceramente, tan poco esperable en una muchacha que se la suponía con medios limitados. —Y

continuó—: A su lado iba ese hombre —dijo, señalándolo en la fotografía—. Nos lo presentó como el comandante Ángel Melero. Sin más, sin especificar qué relación les unía. Una fórmula social que hoy no llamaría la atención, pero entonces sí, y aunque debo aclarar que a mí me pasó inadvertida, a mi marido, que tenía más mundo, no. Después me lo hizo notar.

Vuelve a echar un nuevo vistazo a la fotografía del desfile de la Victoria.

—La verdad es que aquí también está muy elegante. Ambos lo están. Y es que hay que reconocer que él era un hombre guapo y aparece tan marcial, con su uniforme de gala. —Ignorando de nuevo cualquier comentario sobre la otra pareja presente en la foto. Y siguió—: Ellos habían ido a Madrid para asistir a la Fiesta de la Prensa del 18 de febrero en el cabaré Passapoga, que reunía todos los años a lo más granado del periodismo y de la intelectualidad, además de militares y políticos destacados.

Después siguió contando que pasaron el resto de la noche hablando alrededor de la estufa, mientras que su marido, don Luis, acaparaba la atención del militar con su conversación fluida y docta, salpicada de simpatía y anecdotario.

Cerca del amanecer llegó el tren y siguieron viaje, ahora compartiendo el mismo departamento de primera. Al llegar a la estación de Caminreal subió un viajero que, tras saludar educadamente a los presentes y colocar su equipaje en la repisa, se sentó justo al lado de don Ángel, frente al asiento que ocupábamos Mercedes y yo. Al poco, cuando se cruzaron sus miradas…

—¿Y?

—No se dirigieron la palabra, pero me di cuenta de que los dos sabían quién era el otro y ninguno de los dos quería expresarlo, y no me refiero a que fuese nada superficial, habida cuenta de la palidez en el rostro de Mercedes. Al poco, el viajero salió del departamento y no lo volvimos a ver, aunque a ella se le notaba incómoda y pendiente de las personas que pasaban delante de la puerta del departamento.

—¿Pero de quién me está hablado, doña Mari Luz?

—De ese hombre, del ingeniero francés.

Sorprendida con la revelación, María Ángeles echó mano a su bolso y extrajo una de las fotografías que Ramón Celada les había hecho en Alicante.

—¿Se refiere a este hombre?

—Sin duda alguna —contestó llena de seguridad—. Lo recuerdo perfectamente, porque lo seguimos viendo en Teruel.

Ahora, tras fijarse en la actitud de la pareja, comentó:

—Ahora ya me lo explico todo. Incluso el escándalo que protagonizaron en el casino de Teruel durante el baile de la «Feria».

—¿Sí? No se interrumpa, doña María Luz. ¿Qué ocurrió en ese baile?

—Prefiero no hablar de ello y recordarla por su buen corazón. ¿Todavía no te he hablado de Avelina?

Y aquí, frustrando el evidente interés de María Ángeles, la anciana se cambió el tema, en homenaje a una persona que consideraba merecedora de un mejor recuerdo que hablar de sus relaciones amorosas.

—Había en el hotel una camarera, se llamaba Avelina, y tuvo una enfermedad muy grave, una pulmonía doble. Ya sabes que en esos tiempos era casi, casi mortal. Pero a lo que vamos, que afortunadamente pudo salvarse, gracias a la penicilina que le facilito Mercedes…

44

La neumonía de Avelina

A Mercedes le gustaban esos días de sol del invierno turolense y los domingos que tenía libres salía a pasear, carretera de Sagunto adelante, hasta la cuesta de Caparrates y vuelta.

—Mujer, ¿no te da miedo? —Advirtiéndole sobre los peligros que suponía la proximidad de los maquis. —Están ahí mismo—, insistían, señalando el cercano puerto de Escandón, el balcón desde el que se domina el altiplano turolense, todavía sembrado de trincheras y búnkers de la cercana guerra.

A pesar de que el tema de los maquis, oficialmente bandidos, era materia reservada, se sabía que mantenían tiroteos con la Guardia Civil, que ocupaban pueblos, asaltaban masías, ponían controles en carreteras y extorsionaban a personas destacadas, además de un amplio etc., historias que ocurrían en los pueblos serranos, relatos de sangre que terminaban en tumbas anónimas, en cementerios y cunetas de las que había que olvidarse y solo se podían comentar en voz baja.

—Pero vaya usted a saber lo que habrá de verdad, que por ahí quedan muchos rojos. —Terminaban las conversaciones reconciliándose con el omnipresente ojo del Gran Hermano al que nadie veía, pero todos sentían, e insistían por si acaso, por si esos oídos escondidos o por esas lenguas dispuestas a cobrarse un viejo agravio:

—¡Mira tú que asaltar, aquí mismo, a tan pocos kilómetros, un tren!

Y vuelta a ese 7 de julio del 46, cuando los maquis asaltaron en el apeadero de Caudé al tren pagador, llevándose no sé cuántos cientos de miles de pesetas.

—A mí no me dan miedo esas historias. ¡¿Qué le van a hacer a

alguien tan insignificante como yo?! —contestaba Mercedes, sonriendo al sol y al olor a espliego que se respiraba en ese tramo de la carretera que le gustaba recorrer.

No era la única que frecuentaba este paseo. Muchos domingos, al salir de la misa de los Padres Paules, coincidía con la familia del fiscal y sus tres hijos, uno en cochecito y alguno de los otros dos colgados del cuello del padre, aunque solo llegaban hasta la «Piedra del Alemán», un pequeño monolito dedicado a la memoria de un piloto de la Legión Cóndor abatido durante la batalla de Teruel (la primera en la que se emplearon aviones JU-87 Stukas), y aquí se separaban, quedándose a jugar en una pequeña elevación lateral a la que, por su asiduidad, llamaban «nuestra montañita».

—¿Qué tal en el hospital, Mercedes? —le preguntó don Luis.

—Bien, muchas gracias —le contestó, sin evitar sonrojarse por su referencia a ese incidente que le gustaría olvidar. —Afortunadamente todo se ha solucionado.

Era cierto. Hasta aquí la gestión había sido eficaz, se habían tomado las medidas, el acosador se trasladó a otra ciudad y ella, como se temía, se encontró frente al conservadurismo provinciano, el corporativismo y otras fuerzas reaccionarias, escandalizados con el escándalo, pero no con el escandalizador, sin contar con que no faltaba el que caía en que ella era una mujer muy guapa «y quién sabe lo que habrá habido antes», con el resultado final del vacío social a su alrededor.

Al volver del paseo se sentó en la terraza del hotel Oriente. Sacó una cajetilla de Lucky Strike (de esas de color verde con el círculo en rojo, conseguidas de contrabando) y se encendió un cigarrillo, dispuesta a seguir disfrutando del cielo azul, del ligero aire frío que empezaba a avisar del rigor del atardecer, de la avioneta de Ferrán, el del comercio, describiendo círculos por encima de los tejados, de los camiones naranjeros rebotando contra el pavés de la carretera de Sagunto, de esos dos golfillos, el Tartagolí y el Pelota (en referencia a su cabeza pelada al cero, seguro que por la sarna) que, colgados a su trasera iban robando naranjas, de la pandilla de chavales jugando al «bote» (alguien le da una patada y, mientras el que la liga corre en su busca para devolverlo al sitio de donde

partió, los demás se esconden) y hasta del estruendo que levantaba «Paco el de la moto» circulando a escape libre con su BMW R 75 del ejército alemán.

Esto era lo que había elegido, una ciudad sin paredes para esos círculos que se formaban a la salida de misa mayor de la iglesia de San Martín, del Salvador, o de la catedral, en los paseos de la glorieta, donde las noticias del exterior le llegaban por el Lucha, que desde 1943 competía con el ABC, que no llegaba hasta el día siguiente, y la diversión se resumía a los domingos por la mañana en las cervecerías de la plaza del Torico y las tardes en el cine Marín (había otros dos, el Victoria y el Círculo Obrero), donde se proyectaban películas que ya se habían hecho rancias en la cartelera de Madrid. Porque lo de ir al casino a consumir café de recuelo y jugar al dominó era cosa de hombres. Y el resto, bueno, había que esperar a las ferias de San Fernando o a las de la vaquilla.

Pero no se quejaba de su vida, a pesar de su escaso sueldo en ese hospital donde una enfermera hacía de todo, incluso las radiografías que luego interpretaba el facultativo y, en su caso, una especial dedicación al quirófano, donde se había ganado en tan poco tiempo tal prestigio que su jefe, el Dr. Jimillo, no podía prescindir de ella.

Pero como había que aprovechar el aire a favor, decidió abrir una pequeña consulta en su casa, en el paseo del Óvalo, frente a las dos pequeñas torres mudéjares que flanquean el desembarco de la Escalinata, a pesar de que significaba depender de sus pacientes día y noche, pero merecía la pena.

Todo habría sido más fácil si se hubiese servido de la cuenta corriente que abrió, gracias a la ayuda de Ángel, con el dinero procedente de la cartera de Valentín (sobre el que nunca le preguntó), pero valerse de sus propias fuerzas, sin utilizarlo, formaba parte de su victoria y de su autoestima.

Aquí estaba y eso es lo que tenía. Ni se acordaba de esos armarios llenos de ropa, del rugir del coche por las calles de Madrid, los desayunos del Palace, los cócteles en Chicote y las noches del recién abierto Alazán.

«Buenas tardes, señorita, buenas noches, don Ángel, ¿lo de

siempre?»

—¡Bah!

En Teruel, aunque se valoraba su profesionalidad, apenas tenía trato con nadie, la familia del fiscal y poco más, si exceptuamos a Avelina, una camarera del hotel que al principio la atendía con diligencia, priorizándola sobre los demás clientes, comentándole de vez en cuando que parece que hoy va a llover, o qué guapa está usted ¡con esos pantalones!, ¿y qué le parece lo que ha dicho hoy la radio? Y pasado el tiempo se fue creciendo hasta atreverse ahora, con sinceridad baturra, a decirle:

—Cada cigarro es una crítica más, y cada copa, dos.

—Que cambien ellos, Avelina.

—Es verdad —reconoció la otra, palpándose la barriga y dirigiéndose a su futurible—: Si vas a ser chica aprende lo que dice la señorita. Que mientras no robemos ni matemos, ni hagamos lo otro, no hacemos ningún mal.

Hoy Avelina debía estar ocupada sirviendo las comidas (paella los domingos y conejo a la cazadora los más de los días) y no había salido a la terraza a atenderla y echar una parrafada.

—No importa. Queda mucho día.

Y sigue explorando su entorno, ahora al otro lado de la carretera, a la casa de los Picos, donde vive la familia Rubio y algunas veces se había acercado a hablar con Mari Luz, que aprovechaba las mañanas para salir con los niños al jardín (el corral), una pequeña zona vallada, con cinco almendros y una terraza en el piso bajo, a la que se sube por tres escalones. A la derecha del edificio, el mercadillo (solo tiene ocupado uno de los locales de venta, la tienda del Sr. Huerta) y, pasando la calle de las Escuelas Normales, por el lado del hotel, a su derecha (en dirección a la ciudad), la estación de servicio y el antiguo hotel Civera (hoy cerrado), y a su izquierda, el taller de reparaciones Milla (el Chiquitinas para todos). Detrás del hotel, la plaza de toros.

—Ahí se luchó a modo cuando la guerra —le dice muchas veces el Valenciano, el dueño del hotel, o al menos eso cree entenderle (¡Dios!, cuántos años aquí y todavía no habla castellano), y ahí enfrente, en la puerta del corral de la «Casa de los Picos», posaron para la prensa Líster y su estado mayor cuando tomaron esta ciudad.

Ese es su paisaje, la carretera de Sagunto a uno y otro lado. No se pregunta si le gusta. Es lo que hay, hoy por hoy, en su vida.

—¡Y que siga así!

Qué pronto esa frase tan conformista, porque, de repente, se abrió la puerta del hotel y salió su acosador, plantándose delante de ella.

Desgraciado. Con qué sonrisa de suficiencia y con qué superioridad, sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, arrimó una silla y se sentó frente a ella.

—¿A que no sabes dónde estoy trabajando ahora?

Ni siquiera lo miró.

¿No? Yo te lo diré. En Alicante —y sonriendo—: Hay que ver cuánta gente se conoce. Bien lo sabes tú, aunque entonces no vivías como ahora. —Señalando la lejanía, allá, en el Óvalo—. Entonces lo hacías en el Hotel Atlántico. Todavía te recuerdan, tan bella, tan inalcanzable para todos, salvo para el señor capitán, ¿verdad, hermosa? Y antes para un señor, dicen que alguien del Banco de España, otro que, como tú, debía venir de Madrid. Un rojo que escapó a Orán dejándote tirada. «Yo nunca lo haré». —Así, remarcando intencionadamente, amenazadoramente, la frase. Y a continuación—: ¿Qué pensarían de todo esto aquí?

Ahora sí que le dirigió la mirada.

—¿Y? —Seca, desafiante.

—Que te he de ver en ese mismo hotel disfrutando conmigo, Mercedes. No pararé hasta entonces. —Y el hijo de puta abandonó el lugar como un torero, brindando la faena a un hipotético público.

(¡Qué bien he estado!)

Y todavía no había pasado el día.

Cuando, roja de humillación y llena de desconcierto intentó encontrar su bolso y recoger sus cosas desperdigadas sobre la mesa, se le acercó una camarera con gesto y actitud preocupada y le dijo:

—Creo que debería ver a Avelina. A mí me parece que está muy mal.

Cuando subió al ático, donde vivían los trabajadores del hotel, se la encontró sentada sobre la cama, sudorosa, roja de fiebre, llena de escalofríos y con respiración gorgogeante, hambrienta de aire.

—¡Esta mujer! ¿Pero qué te pasa, Avelina?

—¿Que qué me pasa? —con voz ronca, suspirosa—, pues que me estoy muriendo, que va a ser, Mercedes.

—¡Dios mío!... (Calma, eres una profesional, hay que tranquilizarse).

Y empezó a recitarse el ABC de los cuidados del paciente grave.

Abrió la ventana para que se renovase ese aire tan lleno de enfermedad y, procurando restar cualquier alarma a su actitud o a sus movimientos, tras cambiar las sábanas y retirar las mantas, la ayudó a meterse en la cama. Después tomó una toalla, la empapó de agua y se la puso en la frente.

—Tranquilízate, Avelina. Aquí nadie se va a morir. Ahora voy a pedir a una de tus compañeras que vaya a buscar al médico.

No necesitó el diagnóstico de don Aquilino Laguía para saber que tenía una neumonía y que, si habitualmente se consideraba una enfermedad muy grave, en el caso actual no tenía ninguna buena pinta.

—Hoy, el pronóstico de una enfermedad tan grave lo está cambiando la penicilina —concluyó el médico, una vez a solas.

Una ambulancia del Ejército la trasladó a una fría y aséptica sala del hospital, donde empezaron a atender su fatiga envolviéndola en una tienda de oxígeno conectada a una botella de gas comprimido.

¿Y ahora qué?

Antipiréticos, expectorantes, broncodilatadores y efedrina, que de esto último ella sabía, no solo porque es eficaz contra el asma, es que se la han enseñado a utilizar en las hipotensiones anestésicas, pero mucho se teme que…, con gesto sombrío.

—Ya lo sabes, Mercedes —le dijo don Aquilino—. Lo primordial es luchar contra la infección y no contra los síntomas, ese es el gran campo de la penicilina. Pero ya conoces los inconvenientes.

Don Aquilino sabía bien lo que le estaba diciendo, la prensa había publicado a toda plana la llegada de este producto a España y el éxito obtenido por el Dr. don Carlos Jiménez Díaz (fundador de la Clínica de la Concepción) en el tratamiento de un paciente aquejado de neumonía, pero silenciaba las dificultades para su obtención, tan limitantes que el propio don Carlos optó por comprarla de estraperlo en el bar del popular Perico Chicote.

Y aquí es donde debía decidir Mercedes. Tomar el camino legal era más barato, pero tenían que recurrir a la Inspección General de Farmacia, en la plaza de España de Madrid y, de acuerdo con las normas recomendadas por el productor en los Estados Unidos, enviar un resumen clínico del caso y las correspondientes muestras analíticas para que el Comité Nacional de la Penicilina autorizase su compra en determinadas farmacias. Hasta 1949 no se inició su producción nacional en Antibióticos S.A. y en los laboratorios CEPA.

—Imposible. No da tiempo. Por mucho que intentemos correr.

Avelina no podía costearse el tratamiento, pero eso era lo de menos, ella sí, aunque a costa de superar sus escrúpulos y recurrir a esa cuenta corriente que intentaba obviar.

—Hasta ahí bien… Lo malo es que sabía lo que venía después.

Con los ojos cerrados, ciega a los dictados de su mente y atenta tan solo a los del corazón, tomó una decisión.

En Chicote la reconocerían en cuanto diera el nombre de Ángel.

—Yo les pongo ahora mismo un giro telegráfico, pero por Dios, envíenlo inmediatamente a la estación para que pueda salir en el primer tren a Teruel.

Al salir de la telefónica se dirigió al banco de Aragón, en la plaza del Torico y, de nuevo sin pensarlo, dispuso de una buena cantidad de dinero, aunque de sobra sabía que era una forma de autoengaño, que en cualquier momento tendría a Constancio en su puerta con un paquete en la mano y los saludos de don Ángel en la boca, pero eso vendría después.

Y vuelta a auscultar, llena de preocupación, la tripa de la enferma, buscando el latido del corazón del feto y…

(Va bien. Como el de la madre, un poco taquicárdico, pero bien).

Y vigilar la fuente de oxígeno que les daba la vida a los dos.

(Correcto).

¿Correcto?, no parecía confirmarlo el aspecto cianótico de sus labios ni el tinte grisáceo que empezaba a tomar su piel.

—Correcto, correcto. —Se autoafirmaba, obviando la taquicardia que acababa de auscultar en madre y feto.

Y venga a mirar la hora en el reloj, queriendo acelerar el lento traqueteo del tren correo que estas horas iría ya por…

Por Guadalajara, o por Calatayud, donde había que trasbordar y esperar al tren de Zaragoza -Teruel-Sagunto. Y eso si es que su penicilina no se había quedado en una repisa, esperando a que 24 horas después pasase el siguiente tren.

—Que no, que estas cosas vienen con carácter preferente y es el propio revisor el que se encarga de ello.

Y de nuevo ajusta la tienda de oxígeno en un intento desesperado de que no se escapase ese aire que tanto necesitan sus pulmones.

—Deja, Mercedes.

—¿Qué?

—Que ya veo que me queda poco y lo que me preocupan son otras cosas.

—¿Como qué?

—Hacer llegar a mi marido que me estoy… que me he muerto.

—¡Bah!

Pero de nada sirvió su intento de minimizar la situación y finalmente Avelina le arrancó la promesa de que, en caso de que la cosa fuese a peor, se encargaría de avisarle. Y ahora, con más fatiga que antes y sobre todo con más dudas, le contó que su marido era un presidario que estaba cumpliendo condena en el pantano de Benagéber.

—Hasta ahora, a duras penas he logrado retenerlo ahí, pero la última vez que lo visité recibió un aviso con una nota que decía «Gúdar, Capitán, Roldán» y en ese momento ya supe que se iba a escapar del campo.

—¡¿Será posible?! —exclamó, recordando esos nombres y lo que significaban— , pero ¿cómo se llama tu marido?

—José Castán, aunque todos lo conocen como el Practicante.

—¡Dios mío!

45

Por el Bajo Aragón turolense y el Matarraña

A finales del mes de enero José Filipovic recibió en su despacho de la Guardia de Franco copia del siguiente comunicado de la Jefatura Provincial de Teruel, marcado con el sello rojo de secreto:

Saludo a Franco (centro escudo del yugo y las flechas) ¡ARRIBA ESPAÑA!

Falange Española Tradicionalista y de las JONS

Pongo en su conocimiento que están pasando grupos de 6-8 individuos llamados «maquis» del monte de Alcañiz con dirección a La Ginebrosa, Cañada del Verich, pinares de La Cerollera y Monroyo… y, de acuerdo con el comandante del puesto de la Guardia Civil de este pueblo, la totalidad de la Falange se ha puesto a mi disposición y… los que manejan el fusil han salido voluntarios para hacer servicios en los citados pinares.

Por Dios, por España y por su Revolución Nacional-Sindicalista

Cuando todavía se estaba preguntando «¿por qué me envían esto a mí?», recibió una llamada telefónica de la comandancia de la Guardia Civil en León.

—Al habla Ángel Melero. —En tono desenfadado y sin emplear la forma reglamentaria, presentándose con nombre y grado, así que, en su mismo tono:

—Aquí José Filipovic.

Sin estarse a más, su interlocutor se despachó con la siguiente proposición:

—¿Te gustaría viajar a Teruel?

No era propio de Ángel hacer propuestas triviales, pero por si le quedaba alguna duda, inmediatamente le aclaró:

—¿Has leído la nota que te he enviado?

—¿Sigues en León? —preguntó extrañado.

—Seguimos aquí —pluralizó—. Y no nos hemos olvidado de la conversación que tuvimos el 18 de julio pasado. ¿Recuerdas?

Ahora ya entendió que lo que le estaba proponiendo era una misión evitando oídos indiscretos, así que, sin entrar en más profundidades, le respondió:

—Si tú y ese amigo que me presentaste en Madrid —en clara referencia al general Pizarro—, «necesitáis» que vaya a Teruel, «sabéis» que no me importa viajar — le contestó, enfatizando los plurales.

—Entonces estate preparado.

Al poco recibió en su casa una carta de Melero diciéndole que lo tratado era una sugerencia del propio general Pizarro, al que Camilo Alonso Vega, director general de la Guardia Civil, le había pedido que estudiase la posibilidad de hacerse cargo de la lucha contra los maquis en el área aragonesa-levantina, y lo que le estaban pidiendo era que fuese sus ojos y sus oídos en la zona.

—Trabajarás de forma autónoma, aunque dependiendo directamente de mí, y me reportarás tus actuaciones y averiguaciones.

Ya había trabajado como agente solitario para los servicios de información y en condiciones más difíciles que las que le estaban pidiendo. Desplazarse a la zona a la que hacía referencia el comunicado que acababa de recibir, el Bajo Aragón turolense y la comarca del Matarraña, por donde se estaban desplegando los

maquis, contando con la cobertura de una población afín.

—Ya «os» he dicho. Lo que me «mandéis». —Él también tenía una carrera por la que velar.

Pocos días después llamaba a su puerta Constancio, el hombre de confianza de Ángel, para acompañarle en su primer viaje de exploración por la zona de forma discreta, tanto que lo hicieron en el coche particular de Ángel, un potente y moderno Citroën 11B, de tracción delantera, frenos hidráulicos a las cuatro ruedas y motor con válvulas de culata, recién lanzado por su reconstruida fábrica de Javel, que pronto se popularizó como el 11 ligero.

—Pero ¿por qué con este tipo?

No le gustaba ese Constancio y, lo que es peor, prefería no pensar en qué clase de negocios, trapicheos, se movían ambos, él y don Ángel, o al menos el primero ejecutaba y el otro se quedaba a la sombra, pero se lo imaginaba (estraperlo, Ángel, que no soy tonto), aunque sabiendo el nivel en el que se movía el comandante se imaginaba que no era un verso suelto, que había gente importante detrás.

Solo con gente grande se trabaja a lo grande.

Tomaron la carretera Madrid-Zaragoza, cuyo suelo asfáltico permitía una buena media de 90 km/h, y al llegar a la altura de Calatayud se desviaron a Monreal del Campo, Alcañiz y desde allí hacia la comarca del Matarraña, un viaje lento y pesado por un suelo de pavés o, todavía peor, de tierra y grava, junto a ese hombre al que no soportaba, hasta que, harto de botar sobre el firme y de aguantar el apestoso tabaco de tan inaceptable chimenea, se subió las solapas del abrigo y, sentando su jerarquía, desafiando al cierzo y a las toses insinuantes del otro, bajó el cristal de la ventanilla para respirar el aire helador de ese paisaje agreste de monte y pino negral, de boj, enebros, guilloma y sabinas, donde apenas supervivía un encinar castigado por el carboneo. Finalmente, el conductor, tras consultar la hora en su llamativo reloj de pulsera suizo (de dónde lo habrá sacado), pidió un armisticio.

—Parece que va siendo hora de parar —dijo señalando una pequeña elevación en el paisaje, coronada con una torre cuadrada y tejado a dos aguas, marco de un reloj sin horas (parado a las siete), a cuyo regazo se acurrucaba Monroyo, una comunidad de 350 habitantes defendida por los restos de su muralla árabe.

Aparcaron al pie de una escalinata que ascendía en curva hacia una pequeña plaza, flanqueada por un edificio de sillar de piedra y pórtico sostenido por tres arcos de medio punto, apoyados en gruesas columnas. Ahí preguntaron por la única taberna del lugar.

—¿Podría servirnos un poco de jamón? —pidió Constancio al entrar, sentándose en un taburete, detrás de una de las tres o cuatro mesas de pino de tablero abrasado por la sosa cáustica, el estropajo y el tiempo.

—¡Huy, jamón! —exclamó incrédulo el tabernero, un pergamino de mirada huidiza y barba gris con pelos como escarpias.

—Vale, buen hombre, entonces denos lo que tenga.

Lo que tenga era un vino casi negro que dejaba posos en el cristal, que Constancio, siguiendo la ley no escrita para el forastero que visita por primera vez una taberna, pidió que sirviese una ronda a los dos o tres labradores que mataban soledades y el rigor del invierno al calor de la estufa, tras lo cual, y siguiendo con el ritual, sacó su cajetilla, tabaco rubio inglés, que los otros, por no depreciar, aceptaron un cigarrillo que destinaron a su oreja y, tras excusarse, optaron por su petaca repleta de un tabaco negro recio y lleno de impurezas con el que se tosen hasta las tripas, pero sirvió para romper la sequedad de los presentes, aunque no su mirada desconfiada, y arrancarse a hablar de la dureza de la tierra, de las cosechas, de esas lluvias que nunca son a gusto de todos, y cuando ya había logrado que de los monosílabos y las exclamaciones se pasara al comentario corto, se arrancó con eso de:

—Oiga, amigo —al tabernero—, mi compañero no se cree que por esta zona se da el mejor aceite del mundo. ¿Por qué no nos da una cata para que se convenza?

Estaba claro que Constancio sabía apañarse en una taberna y, tras

degustarlo y cantar sus parabienes, empezó a picar a los presentes con eso de que los de Jaén dicen que el suyo es mejor que este.

—¡Quía! Ellos producen más, pero no mejor.

—¿Y tú que opinas? —A don José—. Pero no esperó su contestación y, dirigiéndose al dueño, le pidió que le vendiese una botellita—. Es para que mi compañero aprenda a valorarlo.

Mirada desconfiada del tabernero. Intercambios de resquemores entre los lugareños y comentarios en «chapurreau», el dialecto catalonófono de esta zona lindante con el poniente catalán, hasta que alguien, en perfecto castellano, le dijo:

—Venga, maño, que estos señores no tienen pinta de inspectores de abastos vigilando el estraperlo.

Cuando se marcharon, Constancio llevaba bajo el brazo una botella de ese aceite dorado y de olor profundo que, según los locales, había presidido las mesas de los emperadores romanos.

—Si es bueno, tengan por cierto que volveremos a por más —les dijo Constancio, rubricando su frase con una sonrisa y un significativo guiño.

¿Será posible que, en su misma cara, estuviese husmeando la posibilidad de estraperlear?

Salieron del pueblo en dirección a La Cerollera y Aguaviva. Justo entre ambos pueblos vieron a lo lejos a una pareja de la Guardia Civil con sus armas colgadas al hombro contrario al indicado por el reglamento.

—¿Has visto como portan sus armas? —le indicó Constancio.

—Todos tenemos que vivir —respondió don José, que sabía, por propia experiencia, que era una forma acordada de avisar a los del monte que iban en actitud pacífica y que no querían líos.

Constancio paró el coche a una cierta distancia y, cautelosamente, a paso lento y con las manos bien visibles, se apeó y esperó a que los agentes llegasen a su altura.

La pareja, al verlo, se abrió, colocándose uno a cada lado de la carretera y, ahora sí, con el arma en posición reglamentaria y presta.

—Buenas tardes —les gritó, empezando a andar hacia el cabo que mandaba la patrulla que, con cara seria se le fue acercando, mientras su compañero, guardando la distancia, ponía su arma en posición de prevengan.

Al llegar a su altura, Constancio, mostrando su documentación, exclamó:

—¡Policía! Brigada de Investigación.

(¿De dónde habría sacado esta placa?).

Ahora ya el correspondiente cigarro, que el cabo no despreció, (el otro seguía apartado hasta que su superior le indicó que se acercase), una pequeña charla sobre cuarteles y galones y al poco ya se centraron en las cosas de por aquí, en las largas jornadas por esos caminos, siempre inseguros, en las soledades de estas sierras.

—Está dura la cosa, ¿verdad?

—Así andamos —respondió—. Hace unos días encontramos muerto a un hombre de por aquí —señalando una curva de la carretera—. Los maquis tienen amedrentados a los falangistas y a los somatenes, a los que les asaltan las casas para arramplarles todo.

—Permítame una curiosidad, cabo —le preguntó ahora Constancio con cara inocente—. ¿A un hombre de su edad no le han ofrecido hacer uno de esos cursos de automovilistas de la Guardia Civil que le permiten pedir el traslado a la capital?

—Huy! —exclamó con un significativo gesto. Eso está muy difícil.

—Pues no crea que tanto —le dijo guiñándole un ojo, a la vez que movía la cabeza señalando a don José.

¿?

—Pero bueno. Mientras llega esa oportunidad, aquí a lo de siempre,

¿verdad?

—Qué más quisiéramos —respondió, mirando de reojo a don José.

Y una vez roto el hielo, Constancio se soltó.

—Por aquí habrá mucho estraperlo de ese aceite por el que pagan tan bien las gentes de Madrid.

—Algo hay, sí señor. Y a alguno cogemos y le damos lo suyo.

—¿Cómo se llama, cabo?

—Román, para servirle.

—Yo, Constancio, y mi amigo, José. Pertenece a la Guardia de Franco, pero a lo que vamos, señor Román. Así es la vida, ustedes a jugársela por los caminos y a indisponerse con los de su pueblo para que no estraperleen con dos litros de aceite, mientras que los de los despachos dejan pasar camiones. ¡Qué me va a contar a mí! Pues eso, que esto es un asco y lo mejor sería que se vendiese libremente. Todos ganaríamos con ello.

Dicho lo cual sacó del coche su botella de aceite y se la mostró.

—¿Qué le parece este que acabo de comprar?

El otro lo miró, olió el contenido, se mojó la punta de la lengua y concluyó:

—Este es de por aquí, yo diría que de Monroyo.

—¡Bah, señor Román! Que no lo digo por nada —aunque sabía perfectamente que por estar sometido a racionamiento no se vendía libremente—, pero vaya que conoce el tema. Juraría que hasta sabrá de qué zafra proviene. Ya me lo dirá la próxima vez que nos veamos. Sepa que nosotros vamos a venir mucho por aquí —le dijo, regalándole la botella.

Cuando ya se disponía a marcharse, don José, harto de ver cómo le estaba tentando su integridad, salió del coche y le preguntó:

—¿Qué nos cuenta de las partidas de maquis?

El señor Román, cambiando el gesto y ahora con el tono serio que utilizaría para referirse a un superior, le contestó:

—Hasta ahora se trataba de gente local, de anarquistas como el Rabós y el Petrol, con los que de vez en cuando intercambiamos algún disparo, poca cosa, ya que apenas cuentan con munición y necesitan economizarla.

—Ah ¿sí? Siga, siga, por favor, cabo.

—Que los dos que he citado son de por aquí, de Aguaviva, una localidad a la que llaman «la pequeña Rusia», pero no se equivoquen, ahí apenas hay comunistas, la mayoría son anarquistas, como ellos, y cuentan con una amplia red de solidaridad entre sus familiares y vecinos. A ambos, al terminar la guerra los encarcelaron en la prisión que se habilitó en la vecina Mas de las Matas, de donde se fugaron deslizándose por el desagüe del retrete, para echarse al monte.

—Entonces no andarán muy lejos.

—En el caso del Rabos, mientras le andábamos buscando por estos montes, él se bajaba todas las noches a dormir a su casa, hasta que un día le descubrimos escondido el cendrer, el depósito de ceniza de la chimenea. El otro, el Petrol, ahora se ha unido a los maquis que han venido de afuera. Esos son peores, son veteranos de la guerra que se exilaron a Francia para luchar contra los alemanes y ahora han vuelto para hacerlo aquí.

—¿Y cree que esos comunistas van a encontrar en el pueblo el mismo apoyo que los anarquistas?

—Al final todos son antifranquistas. Tampoco nosotros les preguntamos su ideología a la hora de reprimirlos.

Y aquí terminó su charla, ellos dos, carretera adelante, y el cabo Román, tras guardar su botella de aceite, en dirección contraria, hacia la caseta del peón caminero situada un par de kilómetros más adelante, encontrándose en el camino con el titular, el tío Lucas, el

padre de Sole y antiguo ferroviario, con cuya información los maquis pudieron asaltar el tren pagador, que venía empujando su carretilla cargada con útiles.

—A los buenos días —le saludó al verle—. ¿Vienes de echarle de comer a las ovejas? —Señalando una tenada cercana a la casa.

—No son mías, señor Román. Que son de la carnicera de La Cerollera.

—Ya, ya. Pero tú le echas una mano vigilándolas.

—Hay que ganarse la vida, cabo.

—Así lo creo, tío Lucas. —Y ahora, tras echar un vistazo al hato—. Fíjese que a mí me parece que falta alguna cabeza.

—Así será, cabo. Usted parece llevar la cuenta mejor que yo, pero mire a ver si ahora las estén vendiendo en la carnicería.

—¿Y qué otra cosa podría ser? —Le respondió con acento inocente —. Pero a lo que vamos —añadió mostrándole su botella de aceite —. Como estás todo el día por la carretera, quizás habrás visto a alguien llevando esto.

—No, señor Román. Yo estoy a lo mío y no me fijo en lo que hacen los demás. —Respondió con cierto temor, sopesando si el guardia le estaba avisando de hacer lo que todos los campesinos que tenían olivos, dedicarse al estraperlo. ¡Ojalá!

Cuando el tío Lucas llegó a su casa, sin apenas saludar a su hija Sole fue al corral para ver si seguían bien ocultas las dos ovejas que habían sacrificado de mañana para entregárselas a la partida del Chaval.

Esa noche don José y Constancio durmieron en Mas de las Matas y, a la mañana siguiente, cuando ya iban a reanudar su viaje, el propio cabo vino con un aviso urgente de la comandancia de León para que Constancio se pasase por la estación de Calatayud, donde el revisor del «correo» le entregaría un paquete.

—El jefe manda, don José.

Después de recogerlo ya pudieron reemprender viaje a Teruel sin hacer más paradas hasta el hotel Oriente.

¿Aquí vamos a dormir? Mis dietas no me dan para esto.

—Tranquilo, que de esto responde don Ángel.

—¿Será la Guardia Civil?

—Bueno. Déjelo así.

Mientras don José se acomodaba, Constancio se dirigió a casa de Mercedes, donde ella le recibió a la entrada, sin dejarle pasar.

—Qué antipática eres siempre conmigo, con lo que yo te quiero —le dijo, recorriéndola con la mirada.

—¿Qué quieres? —Con acritud.

—La que espera algo de mí eres tú, yo me he limitado a cumplir tu encargo. Y le entregó un paquete conteniendo cajas de penicilina G, para administrar doscientas mil unidades cada cuatro horas durante una semana que, a veinticinco pesetas cada dosis, suponía un capital para gente como el tío Lucas, que antes de la guerra había estado peleando para conseguir llegar a las trescientas al mes.

—Dale las gracias a don Ángel —callándose, por dignidad, eso de «ya me dirá cuánto le debo».

—Supongo que ya tendrás ocasión de dárselas personalmente. —Haciendo una significativa pausa e, insinuante—: Pero algo debería haber para mí, que he venido exprofeso a traértelo.

—A algo más habrás venido —señalando su flamante reloj suizo.

—¡Qué mujer! No se le escapa nada —reconoció Constancio.

46

La Fuga del Practicante

Desde ahí arriba, en la cresta de la montaña, podía ver cómo las obras del pantano habían trasformado el Turia en el lago que había ahogado al pueblo de Benagéber. Se sentó en una piedra, encendió un cigarro y dejó vagar su mirada en esa guerra del hombre contra el paisaje.

¡Puaf!

Estaba tan reseco que hasta le raspaba la lengua.

¿El tabaco? ¿Y no será que te estás volviendo viejo?

Era cierto, tuvo que reconocer que no solo sentía el peso de los años, sino también su incapacidad para enfrentarse a la carrera del tiempo, que Cuando apenas anuncia nieves, ya se adivina el vuelo rasante de las golondrinas sobre las aguas de ese río devenido en lago, prólogo del más ruidoso y torpón de las palomas torcaces sobre la corona del bosque, otra vez revestido de marrón.

—Y en cuanto te descuidas…

Y así cada atardecer, hasta que el poniente coloreaba el relieve de gris y fuego, y así al día siguiente y al otro y al que vendrá después, sin más perspectivas que subir aquí a ver cómo agonizaba el paisaje.

—¿Hasta cuándo?

¿Y mejor no preguntarse por qué?

Escupió con rabia esa colilla que teñía de nicotina su labio inferior y volvió a centrarse en el pantano y en eso de ¡qué rápido pasa el tiempo!

Pero ahora, loco de soledades, se negó a anestesiarse con el recuerdo de Avelina, que de puro desearla la sentía pegada a su piel, y poder contarle lo rápido que pasan los días cuando vislumbras la vejez, pero cuando cuentas el tiempo que te queda de condena, se alargan sin fin.

Y hay que fastidiarse con este tabaco reseco que arranca del pecho motas de picadura y preludios de esa silicosis que ya le hierve en los pulmones, gracias al polvo que la dinamita roba a las entrañas de la tierra.

—Me estoy dejando la salud aquí. ¡Carajo!

Una contundente respuesta, anticipándose a lo que sabía que vendría ahora si ella estuviese aquí, a eso de los instantes que habían pasado juntos, las esperanzas, los proyectos, a todo eso que hablaba y hablaba y…

—Y qué quieres que te diga, mujer, que a pesar de ese jornal que tanto aprecias, de la paradójica confusión que ha llevado a los fascistas a asumir que lo de «practicante» va por mi oficio, de esas escuelas, del economato y hasta del hospital para parturientas, no me puedo olvidar de que esto es una prisión.

Y ahora sí, fuerte y a gritos contra ese viento de noviembre que a fuerza de soplar termina de apoderarse del paisaje y del ánimo de las personas:

—Y que ya estoy harto de ver la libertad al otro lado de las alambradas.

Y así, tras expectorar su rebeldía contra ese puto viento y de repetirse por enésima vez que de aquí solo se sale con el perdón, con los pies por delante o tirando «pa» el monte, de repente concluyó que ya no estaba por seguir sufriendo catarros ni por seguir contemplando la voracidad del paso del tiempo.

—Que sí, Avelina, que la culpa la tiene esa nota, «Roldán, Capitán, Gúdar».

…

—Y que me hubiese gustado escribirte una carta diciéndote, te lo juro, que en cuanto haya cumplido con mis dos compañeros iré a buscarte.

…

—Ya sé que tampoco me crees si me disculpo por no haberte escrito esas cosas que nunca me has oído decirte, y que parece que lo primero es abrazarme a ti hasta que noto que se me diluye toda mi impotencia. No, Avelina, no es así, yo siento todas esas cosas que se dicen al oído los enamorados (porque yo te amo. Os amo a los dos), pero, qué quieres que te diga, que no me salen, que me atoro, que me parece que tanta sensiblería no cuadra con la de un hombre que se ha ganado la vida agarrado a la tierra o a un arma y que…

Y ahora con brusquedad.

(No sabría explicar por qué las cosas siempre terminan así, tan de repente).

—Bueno, que ya seguiremos mañana.

(Otro mañana).

Y esa noche el Practicante, sin darse la última oportunidad de mirar en el calendario el tiempo que le quedaba de condena, se coló en casa de la Paquita, en Nieva, la misma que daba cobijo a Avelina cuando venía a verlo, y después el hombre, Santiago Martínez, lo llevó al bosque para que se reuniera con la cuadrilla del Chaval, que en esos momentos pasaba por las proximidades de Benagéber.

—¿Eres tú ese que se hace llamar Gúdar? —le preguntó el guerrillero y, tras su confirmación, mandó a un contacto a Valencia para que, a través de las ondas de Radio España Independiente, lanzasen el siguiente mensaje:

Capitán, Roldán, Gúdar

A mediados de diciembre de 1946, bajo un cielo que amenazaba nieve, la partida del Chaval y el recién incorporado cruzaron la carretera de Sagunto en dirección a Rubielos de Mora, vía Sarrión, para seguir hacia Aguaviva, donde el Grande y Pepito el Gafas tenían su campamento.

Andaban rápidos, espoleados por el temor de que la tormenta terminara sorprendiéndolos, haciendo sus huellas y sus siluetas muy visibles en medio del paisaje blanco, y preocupados porque con el invierno llegaba el cese de sus actividades y todavía, a estas alturas, no tenían resueltos los problemas de financiación del grupo, siempre crónicos y ahora perentorios, y había que buscar la forma de vivir, a ser posible sin recurrir a la generosidad de sus puntos de apoyo.

—Hay que montar una «recuperación» —dijo a sus compañeros. Eufemismo que quería decir asaltar un banco, entrar en un pueblo o masía para exigir a las gentes de derechas del lugar su «colaboración voluntaria en la lucha por la República», montar un «control de carretera» o, en última instancia, raptar a alguien con vistas a pedir rescate, todo lo cual suponía un desgaste moral para la opinión pública. Pero algo habría que hacer.

—Lo que sea y cuanto antes —aceptaron todos.

Al anochecer se detuvieron en un alto desde el que se dominaba la carretera que a esta altura describía una amplia curva. Un buen lugar donde situar un «control».

Alea iacta est.

(Después les tocará correr más para huir de la persecución que montará, consecuentemente, la Guardia Civil).

Situó a dos hombres a la entrada de la curva y a otros dos a la salida, donde cortaron la carretera con dos grandes piedras.

—¿Y yo qué? —protestó el Practicante—, ¿acaso soy un espectador?

¿Es que nadie va a prestarme un arma?

Todavía dudó el Chaval antes de entregarle su pistola y situarlo entre los tiradores de segunda línea, vigilando la carretera desde un punto alto.

—Vaya guerrilla —rezongó—. Cuando yo estaba en el 300º BON. del XIV C. G., un hombre disponía de dos armas largas y una pistola al cinto.

Hasta tres días estuvieron a la espera de que acertase a pasar por esas soledades un vehículo que mereciese la pena. Cuando ya empezaban a sopesar la conveniencia de levantar campo y marcharse, los vigías avisaron que se acercaba un suntuoso «Ford 8» modelo 41, uno de esos que el ejército americano destinaba a oficiales de alta graduación, conocidos por su distintivo, un número 8 situado entre los brazos de la letra «V».

Al llegar a la entrada de la curva, arma en mano, dieron el alto al coche. Lamentablemente, el chófer, fiándose de la potencia del motor, aceleró a fondo y se metió por la cuneta, ignorando que el prestigio del guerrillero no puede permitir que se desestime su amenaza, así que uno de ellos vació su cargador contra las ruedas del vehículo, parándolo en seco.

Se precipitaron sobre el coche lanzando maldiciones y amenazas contra tal inconsciencia, pero al abrir la puerta pudieron advertir que los disparos habían alcanzado al conductor, que aparecía derrumbado sobre su asiento, con la cabeza reclinada sobre el pecho, bañado por una catarata de sangre que manaba de su cuello, emitiendo un pequeño silbido aspirativo.

—La bala le ha segado la vena yugular.

—Eso ya se ve —respondieron los maquis, veteranos de otra guerra —. Lo importante es cómo cortar la hemorragia.

—¿No te llaman a ti Practicante? —le preguntó el Chaval—, pues ¡hala!

De nuevo el equívoco de su mote, pero no era momento para

explicaciones, así que, recordando lo aprendido en la enfermería de Benagéber, preguntó:

—¿Alguien tiene aguja e hilo para coser una herida?

Se miraron perplejos y…

Mejor no expresar el comentario que le mereció tal deficiencia en su equipo de combate. Afortunadamente, llevaban algodón hidrófilo, del que arrancó un buen trozo, lo empapó en agua y taponó la herida, presionándola con sus propias manos. Pobre remedio para una vena de tal tamaño, pero suficiente para silenciar ese silbido aspirativo que amenazaba con una embolia aérea.

—¿Y ahora qué?, porque imagino que nadie lleva una «pinza de coger» para clampar la vena, ¿pero tampoco una pinza para la ropa?

—Tú dirás, Practicante. Tú eres el que sabe de esto.

Como la necesidad impone, decidieron trasladar al paciente en su propio vehículo, a pesar de tener las ruedas reventadas, hasta un lugar donde alguien con más medios (y sabiduría) se hiciese cargo del caso. Y a todo esto rezando (si es que un maqui sabía hacerlo) para no encontrase con la Guardia Civil.

Lamentablemente, antes de logarlo, el herido falleció.

En sus documentos pudieron constatar que se trataba de un joven aristócrata que iba a Teruel a visitar a su prometida, a la que llevaba una hermosa caja de bombones con una tarjeta en la que podía leerse «para mi querida…»

—Mal asunto encontrar la muerte cuando lo que buscas es el amor.

—Avatares de la guerra, Practicante.

(Hoy diríamos daños colaterales).

—Qué te voy a decir, Chaval.

Y tras dejar el coche, con el cadáver dentro, en las proximidades de

una localidad, siguieron su camino.

Próximos a su destino, el Chaval buscó por el campo una estafeta que tenía acordada con un punto de apoyo local y ahí se encontró, en lugar de una nota, con unos recortes de periódico.

—¿Es la primera de ABC?

Leyeron su título:

España, contra los entrometidos de la ONU

La resolución de la ONU daba por zanjado el contencioso con España y en la misma línea que las de San Francisco y Potsdam, declaraban que el Gobierno de Franco había sido impuesto por la fuerza y la ayuda de las potencias del Eje, por lo que no representaba al pueblo español y, tras expresar su simpatía por este, ratificaba la exclusión de España de todos los organismos internacionales, añadiendo que si en un plazo razonable no se había restablecido la situación, el Consejo de Seguridad tomaría las medidas adecuadas.

—¿Pero qué dices, Chaval? Eso no puede ser cierto.

—¿Que no? ¿Y quién crees tú que puede inventárselo? —le respondió agitando delante de sus ojos las hojas del diario.

Y es que con sus dudas lo que estaba expresando era que alguien les confirmara que lo que podía deducirse de la Resolución 39 (I) es que podía esperarse una pronta intervención de los aliados en España.

Y aunque en todos los periódicos se hacían voces expresando la repulsa de los españoles contra la ONU y su apoyo a Franco:

«Si ellos tienen ONU, nosotros tenemos DOS»

Para ellos, que estaban en guerra desde hacía tantos años, algunos

desde el 36, y que habían peleado contra los alemanes en Francia, la noticia les llenó de moral, combatividad, credibilidad y confianza en sus mandos.

«En un par de mesecitos, a casa».

Pero el resultado obtenido fue muy distinto del esperado por los organismos internacionales y los españoles, ese 15 de diciembre de 1946, heridos en su orgullo nacional, se echaron a la calle para expresar mayoritariamente su repulsa frente a tan lamentable injerencia y aclamar a ¡Franco! ¡Franco! ¡Franco! ¡Arriba España!, cerrando filas en torno a su régimen.

Después ya vino eso del contubernio judeo-masónico y el comunismo internacional, envidiosos de la grandeza de nuestro pasado imperial que, junto a la pertinaz sequía, son los responsables de todos nuestros males.

Necesitaban más información y de alguien que estuviera más al día de la situación, así que el Chaval decidió parar en el molino del Peinado, donde el molinero le ofreció un lugar junto al fuego, unas gachas de trigo y tocino frito y, mientras él y su hijo de diecisiete años, también comprometido en esta lucha, charlaban con los maquis, su mujer y sus hijas se afanaban en la cocina, alejadas de la guerra.

—¿Es cierto esto? —le preguntó con incredulidad el Chaval.

—Tú mismo lo has leído en la prensa fascista. Seguro que esta noche Radio España Independiente seguirá comentándola.

—Pero así, de repente y de forma tan inesperada.

—Así, Chaval, como siempre.

En cambio, el Practicante tenía que disimular toda la desilusión que le estaban causando sus primeras vivencias con los maquis, preguntándose como podía ser que la fuente de información de la guerrilla fuese la prensa del enemigo o la radio propagandista y tergiversadora.

—Madre mía, dónde me he metido.

Al día siguiente siguieron su camino hacia su campamento de invierno.

«Total, si en un mesecito, en casa».

En Francia, el PCE, en línea con la lectura que hacían de la Resolución 39 de la Asamblea General de las Naciones Unidas, decidió redoblar sus esfuerzos, instando al Estado Mayor del AGLA (el Maestro Agüero, el Grande y Pepito el Gafas) a que se preparase para la «Ofensiva de Primavera».

Previamente, en la reunión que tuvo el Maestro Agüero con los distintos jefes, se reorganizaron, subdividiendo la Agrupación en cuatro sectores,[36] asignando los mandos a hombres de su entera confianza, comunistas ortodoxos. En el caso del Chaval resolvieron separarle de su antiguo grupo, los maños, asignándole al quinto, en el área de Cuenca y Valencia, especialmente Requena y Utiel.

—Es necesario —le dijo el Maestro como toda explicación.

Pero el Chaval no había torcido el gesto por el hecho de que le hubiesen separado de sus viejos compañeros o porque no le hubiesen confiado un puesto de responsabilidad. Había advertido perfectamente cómo habían recaído sobre los comunistas, obviando al resto, a luchadores de otras disciplinas, como la CNT, de la que se venían sirviendo en muchos de los territorios por donde se movían, pero no tuvo tiempo de estarse a más, porque, a continuación, el Maestro anunció a los presentes que daba por terminada la fase de asentamiento sobre el terreno y que debía empezar la de acción, planteándoles las líneas a seguir con la «Ofensiva de Primavera».

—Para esta fase necesitamos afiliar a nuevos miembros, poner en pie de guerra a nuestros puntos de apoyo, a nuestros militantes, a nuestros simpatizantes y a los viejos luchadores de la guerra del 36. A todo aquel que quiera acabar con Franco y su Falange.

Después, una advertencia:

—Va a ser más necesaria que nunca la disciplina y la fe ciega en el partido, así que no toleraremos desviacionismos políticos, actos de indisciplina, ni a aquellos que puedan desprestigiar nuestra lucha,

para terminar recordando a todos el contenido de los artículos 5 y 6 del reglamento guerrillero:

—Será cortado todo brote de bandolerismo que vaya en perjuicio del pueblo o merme el prestigio o popularidad de la Agrupación. Y esto incluye tanto a los componentes del AGLA como a individuos o grupos que, al margen de ella, bajo la careta de guerrillero, se conviertan en delincuentes o salteadores.

Finalizada su filípica, se dirigió al Practicante para darle la bienvenida oficialmente en el AGLA y de paso hacer su presentación oficial al resto, aparte de decirle que, a pesar de su experiencia y su filiación comunista, debería pasar un periodo de formación en la Escuela de Capacitación Guerrillera de la Cerollera, en el pinar de Aguaviva. Después llamó al Chaval para decirle que tenían información de que José Ramón Ciprés, el Petrol, un anarquista de Aguaviva, que ahora decía seguir la disciplina del PCE, había sido acusado de bandolerismo y que debía desarmarlo para someterlo a juicio.

—¿Y por qué yo? —Protestó.

—Porque tú también eres anarquista y la acción de la que se le acusa exige ejemplaridad.

A regañadientes aceptó la orden y ese mismo día, con la excusa de que había que hacer una revista de armas, tomó la del Petrol y, una vez en sus manos, le espetó que el tribunal popular de la guerrilla había decidido someterlo a juicio sumarísimo, acusado de delito de bandidaje.

Fue todo muy rápido. Se constituyó un tribunal popular y, tras escuchar las acusaciones que se le hacían y requerir al propio Petrol información acerca del caso del que se le acusaba, el salto a la masía de La Solana, en Ejulve (Teruel), se concluyó que este acto, como otros muchos realizados por él, era un acto de bandidaje, por lo que se le condenaba a muerte, sentencia que ejecutó al instante un guerrillero de la CNT, incorporado al recién creado 17º Sector.

Ese mismo día, el Practicante partió hacia la Escuela de Capacitación Guerrillera de los Pinares de Aguaviva, en realidad

situada en el término de la Cerollera, pero así le gustaba denominarla el Maestro Agüero, en reconocimiento de la estrecha colaboración que les prestaba esta población.

Al llegar a la Cerollera, saliendo por el sudeste y tras andar unos doscientos metros por la comarcal, tiraron a la derecha y luego, monte arriba, a unos 6 kilómetros, en pleno pinar de Aguaviva, encontraron el campamento, erigido en la ladera de un monte donde, camufladas entre los árboles, habían construido cinco cabañas a distintas cotas de altura con materiales del lugar, tierra y ramas. La mayor de ellas, que hacía las veces de aula, albergaba a los discípulos, y aquí les recibió Pepito el Gafas, responsable de la «Escuela», sentado detrás de una mesa junto a una pizarra.

El objetivo era enseñar a los bisoños el oficio y reforzarles su instrucción marxista-leninista-estalinista, en la que se declaraban la mayoría de los asistentes, aunque se resumiese a afirmar eso de que «la tierra es para los que la trabajan», a odiar a los ricos que se quedaban con las mejores tierras de su pueblo y, por supuesto, a Franco, a las represalias, al hambre, a los señoritos de la Falange y la Comisaría de Abastos, que lo robaban todo.

Pepito se encargaba de enseñarles topografía, a moverse por el terreno, a manejar un mapa y a orientarse con la brújula. Y bueno, esto pase, se dijo el Practicante, aunque como hombre de campo sabía moverse por las estrellas, la dirección del viento y por las señales de verdín de los troncos de los árboles, pero lo de querer enseñarle a manejar el armamento y a fabricar bombas y explosivos o a realizar actos de sabotaje, le pareció excesivo.

—Mira, Pepito, que yo he servido en el XIV C. G.

—Ya lo sabemos, Practicante —le contestó un guerrillero, un tal Joaquín Boj Bayod, Joaquín,[37] un paisano de Aguaviva que colaboraba con Pepito en las clases de explosivos, ocupándose de técnicas de sabotaje, voladuras de trenes, pilotes, saltos de agua, etc.—, pero quizás ni tú mismo lo sabes todo.

A continuación, armó una bomba de fabricación casera diseñada por Pepito, a imitación de una Lafitte, una bomba trampa que se disparaba con solo moverla, y se le quedó mirando.

—Ya ves que no lo sabes todo. —Después se dirigió al resto de los nueve alumnos del grupo—: El que no quiera aprender, que se apunte a hacer trabajos mecánicos y guardias, de los que solo están rebajados los alumnos de la escuela.

Poco o nada atendió en la clase siguiente, de marxismo-leninismo-estalinismo. Si él ya era comunista ¿y el resto? La mayoría era gente de por aquí, del Alto Aragón turolense, anarquistas de toda la vida que todavía recordaban la época en la que se proclamó en sus pueblos el comunismo libertario, colectivizando las tierras y los pocos talleres del lugar.

—¿A estos quieres hacerlos marxistas?

Al final del día los dejaron libres, lo que aprovechó el Practicante para tomarse un descanso y zascandilear por el recinto, acabando al poco en la cocina.

Cordero, gachas y un cocinero que se tomaba muy en serio su función sin dejar a nadie acercarse al fuego.

—Ojo, no vayáis a echar ramas verdes y el humo se pueda ver en el cuartel de la Guardia Civil.

Y ya no digo su preocupación con los restos, las basuras, que tenía buen cuidado en que se enterrasen para no atraer a las alimañas y orientasen a lo civiles.

—Hala, baja al arroyo por agua. —Mandaba al que aparecía por allí.

¿Y?

—¡Pero si es el Pinchol! —exclamó el Practicante, reconociendo en ese hombre malgeniado y de cara tiznada a su paisano, al que todos llamaban aquí el Viejo.

¿Cuántos años hacía que salió de Gúdar?

Y de pronto todo alrededor se convirtió en su pueblo, el roquedal en el que se fundía el campamento, el arroyo, las cotas donde se habían erigido las cinco cabañas del campamento. Todo era Gúdar,

la iglesia de Santa Bárbara, el altar mayor que quemaron los anarquistas, las calles, las bancadas labradas en la montaña mirando a la riera de la discordia y, en el fondo de su memoria, la cicatriz queloide y fistulizada de su pasado y el enfrentamiento con la Guardia Civil que le obligó a salir de su pueblo, a hacerse comunista, a sentar plaza en el XIV C. G., y a rodar y rodar hasta llegar aquí, a la sierra, la metralleta, las balas y la sangre.

¡Cuánto tiempo hacía que faltaba de cualquier ahí!

Y qué bien, qué bien los perros que se tumban bajo la silla del amo y se lamen sus heridas hasta que cicatrizan y hala, otra vez a la vida.

…a Avelina.

—¡¿Dónde estarás?! ¿Y nuestro hijo?, ¿sigue adelante tu embarazo?

Y mejor no pensar que cuando se fugó apenas le quedaban, ¿cuántos años?

—Yo qué sé, bien llevados, pensando en mí y en los míos, olvidándome de todo esto, masticando mi rabia hasta poder tragarla y digerirla, pues eso…, un par de años más y a casa.

Y mira a su alrededor a esos hombres que se sientan junto a una fogata y duermen sobre pieles de oveja para que no se les sequen los huesos, que arañan al suelo para esconderse de las miradas del enemigo.

—¡Pero si ni siquiera tengo un arma decente! —dijo, refiriéndose a la que le acababan de proporcionar, una escopeta de caza requisada a un falangista o a un somatén.

¿Y la información? Aquí, en la escuela, todavía cuentan con una emisora. ¡Y el resto? Un enlace hasta Valencia, otro hasta Toulouse y vuelta.

Y así hasta que nos asen.

De pronto se llenó de ganas de… de tomarse un vino en un bar, de dormir bajo techado, de darse una vuelta por la plaza.

¡Qué abrazo tan fuerte le dio al Pinchol!

—Así que tú eres el famoso Practicante por el que me llegan noticias de los míos —dijo, uniéndose al suyo.

—Sí, ese soy yo, pero en lo referente a las noticias, a quien tienes que agradecérselo es a mi mujer, la Avelina.

A él sí, a él le ofreció una buena tajada del guiso de carne y un buen trago de la bota que, gracias a los de Aguaviva, no faltaba en el campamento.

Y ahora ya llegó la hora de repasar los sucesos.

—Ya te habrá llegado lo de tu mujer, Felisa Montoliu.

—Lo que me ha llegado es que la mató la Guardia Civil en la cárcel de Mora de Rubielos, pero los que la llevaron ahí fueron el alcalde de Gúdar y las mujeres de derechas, los mismos que desde que se acabó la guerra han estado haciendo la vida imposible a ella y a mis hijos y al final la acusaron de estar cociendo pan para la guerrilla en el horno comunal.

—Ahí dicen que se ahorcó usando como soga sus propias ropas.

—Esos nunca han estado en esa cárcel. La ventana de la que dicen que se colgó es la del sótano del viejo castillo y está a más de dos metros del suelo, imposible de alcanzar. Pero ¡en fin!, ahora solo me queda llorar a la difunta y lamentar las consecuencias, porque a cuenta de lo ocurrido mi hijo el mayor tuvo que marcharse del pueblo y unirse a nosotros. —Tras un silencio, sentenció—: Ahora que a los del pueblo, antes de marcharse, les dejó bien claro que volvería a pedirles cuentas. Y ya sabes lo que vale la palabra de un hombre.

—Una deuda de sangre más, Pinchol.

—Toda la sierra está llena de ellas.

Y es cierto que por todo el campamento se hablaba de las ganas que Frasquito, el hijo de la difunta Felisa, tenía a su pueblo de Gúdar.

Conforme pasaban los días su estado de ánimo fue a peor.

—¡Vete a la…!

Y es que el Practicante estaba cabreado con el mundo y consigo mismo y así, con esa interjección tan gráfica, se lo acabó de expresar a Pepito el Gafas, dejándolo plantado a él, a su «Minerva», su máquina de escribir, sus tintas, sus clichés y sus cuartillas, donde estaba imprimiendo El Guerrillero, el periódico montado por el aparato de propaganda y dirigido por el propio Pepito para trasmitir las operaciones realizadas por el «ejército guerrillero» en cada sector donde operaba el AGLA, además de denunciar la política del franquismo y sus fuerzas represoras.

—Pero cómo se puede...

Tenía en sus manos el ejemplar número tres de este periódico, «editado en las montañas levantinas», como decía su titular, donde se publicaba la muerte del bandolero el Petrol. Sí, me he expresado bien, «el bandolero», empleando la misma terminología del Gobierno al referirse a ellos, a los maquis, así que bien se puede entender la última exclamación del Practicante y lo que se iba rumiando, a la vez que se repetía:

—Pero si estaba yo presente.

Y se fue a consolar con su paisano el Pinchol, que estaba en la cocina preparando el rancho.

—¿Tú crees que se puede tolerar esto? —Entregándole las dos hojas del periódico.

El Pinchol leyó en alto:

La noche del 24, cuando estaban celebrando la Nochebuena, un centinela dio el alto a los hombres que se acercaban a la casa. Al echarse a correr dispararon, matando accidentalmente al bandolero el Petrol. Sus compañeros se incorporaron voluntariamente a la guerrilla y se han recuperado todos los trastos de su campamento. Los campesinos ya se pueden tranquilizar con la desaparición de este verdadero ratero.

—Que yo estaba ahí, que asistí al juicio.

El Pinchol ya era viejo y ya nadie le iba a contar nada nuevo en esta guerra. Había vivido en Gúdar el triunfo de las elecciones del Frente Popular y el levantamiento del 18 de julio en Teruel, cuando el comandante Aguado se hizo con media provincia y la otra media la ocuparon las columnas anarquistas.

—Después vinieron los tuyos, Practicante, los de Líster, los comunistas, y acabaron con la colectivización de la producción y de la propiedad privada. No digo que todo el mundo estuviese colaborando con gusto en nuestra revolución libertaria, incluso que se hubiesen cometido abusos, pero que debiésemos a las fuerzas de izquierdas, que a la misma altura que los franquistas, pusiesen el final a todo, te deja muy vacunado. Y esto es lo que sucedió con el Petrol y otros muchos anarquistas de la zona, que no se fían de vosotros y prefieren hacer su guerra.

—Y eso es lo que se ha reprimido aquí, la negativa a someterse a una disciplina. —Concluyó el Practicante.

---

[36] El 5º sector, a cargo de Atilano Quintero, Tomás. El 11º, del Grande y Pepito el Gafas; el 17º, por el propio Maestro Agüero, y el 23º, por Jesús Caellas Aymerich, Carlos. Nombrando a Vicente Galarza, Andrés, jefe del Estado Mayor del AGLA.

[37] Véase nota 1.

47

La penicilina

La primera inyección de penicilina que se ponía en Teruel no suscitó la misma publicidad que la administrada por el Dr. Jiménez Díaz, pero a nivel personal, no menor expectación. En lo que se refiere a ella, y a pesar de que una inyección es una maniobra casi automatizada, no pudo evitar llenarse de responsabilidad y sentir, sobre todo, el peso de la mirada de los otros dos componentes del trinomio médico-paciente-enfermera, así que, tras respirar hondo e imponiéndose a un cierto temblorcillo, delimitó mentalmente el cuadrante glúteo y finalmente impactó su inyección.

Alea iacta est.

O lo que es lo mismo, ¡ya está!, exclamaron a la vez ella y el Dr. don Aquilino Laguía, ocultando el pequeño gemido que emitió la agredida.

Y ahora… ¿Esto era todo? ...Estás tú apañada.

Tras cualquier novo artis viene la expectación, la reflexión, la revaluación y casi seguidamente el temor a haber sido demasiado audaz, por no hablar de la duda que conduce a los pusilánimes al primum non nocere, lo primero es no hacer daño, Mercedes, o doctor, o a ambos, o al uno y al otro, porque ¿qué experiencia tenían ellos con la penicilina?

¿Solo la teoría? ¿Lo que había leído el Dr. acerca de la llamada reacción alérgica a la penicilina?

Eso se paga, y solo ellos dos podrían decir las veces que exploraron

a Avelina intentando analizar la menor mota de color rojo que apareciese en su piel, o las veces que le tomaron la tensión, que la auscultaron, que…

Y ya no quiero decir al feto. Se pasaron todo ese día poniendo la trompetilla en el foco del abdomen donde se oye el corazón y contaron y contaron sus latidos.

—¡Todo normal!

—¿Todo?

Que sí, hombre, terminó contestando la enferma, harta de que no la dejasen ni respirar.

Pero ahora:

—¿Dice que tiene sueño? —Temiéndose que la hipotensión con la que se expresa el shock estuviese empezando a manifestarse.

—¿Nueva toma de tensión arterial, y de, y de?…

—¡Basta ya! —Impuso su criterio el médico casi cuatro horas después de la primera inyección—. Ponga ahora la segunda dosis y después todos a dormir, exclamó con su característica voz ronca de bajo profundo, más bien tabacosa (mire usted qué cosas, don Aquilino).

—¿Todos?

—Sí, todos.

Pero ya el fármaco había empezado a actuar y la paciente tenía menos hambre de aire y, sobre todo, no mostraba ni sombra de esas manchas rojas tan características de la reacción alérgica.

¡Puf!

Al tercer pinchazo retiraron la tienda de oxígeno y sentaron a la enferma en una silla.

—Esto ya ha pasado —comentó con incredulidad don Aquilino,

viendo por primera vez cómo cambiaba el espectro clínico de esa enfermedad que tanta gente se había llevado por delante.

¡Pulmonía doble!

Demasiado pronto para alegrarse porque, coincidiendo con su mejoría, apareció por la habitación la policía con una citación para la enferma, diciéndole que se presentase a declarar en la comisaría.

—¿Por qué?

—¿No es ella la mujer de José Castán, alias el Practicante, un preso que se ha escapado de la Colonia Penitenciaria de Benagéber?

—¿Qué has hecho, Avelina?

—Yo nada, Mercedes, únicamente haberme casado con un hombre que nunca ha olvidado la guerra civil y ahora se ha desentendido de su mujer embarazada para echarse a la sierra.

—¿Con los maquis? ¡Madre mía! ¿Y qué va a ser de ti, de los dos?

—¡Pchsss! ¡Y yo qué sé! A dónde crees que vamos a ir este y yo. —Señalándose su barriga.

—No, Avelina. Yo no te voy a dejar sola —le contestó generosa—. Ahora lo primero es curarte y después, cuando salgas del hospital, te vendrás a mi casa y ya pensaremos lo que vamos a hacer.

48

Por La Ginebrosa, Teruel

Pocos días después de que el Practicante debutase en la escuela guerrillera, un tal José Mir Ciprés, al que todos llamaban Cona,[38] un paisano de La Ginebrosa responsable de la organización de la red de soporte a los maquis, se acercó a él y le dijo:

—Hace mucho que no te tomas un vino por ahí, así que, aprovechando que nadie te conoce en la zona, mañana te vienes conmigo a mi pueblo.

Al anochecer llegaron al lugar y le invitó a cenar en su casa, o mejor, en la de los padres de su mujer, Aurora Piñara,[39] donde vivían ambos.

Y qué diferente se ve el mundo sentando delante de un buen fuego, cenándose un par de huevos fritos en ese aceite de color oro del Bajo Aragón, el mejor del mundo, unas tajadas de tocino, un pan recién horneado y un trago de ese vino áspero y casi sólido de Cariñena. Pero nada comparado con lo de después, una ancha cama con somier de muelles y dos colchones de lana… ¡Años! Que él pudiera recordar, desde que salió de su pueblo de Gúdar.

¿Se podía pedir más?

Al Cona lo conocía todo el mundo y aunque eso en un pueblo de cuatrocientos vecinos no es un mérito, a él, que todos sabían que era comunista y que había peleado en la guerra en el bando republicano, hasta el cura le apreciaba, y no solo porque era hijo de gente de bien, católicos de derechas de toda la vida, vamos, el chico malo de una familia bien, es que tenía ese don que te permite pasar por la vida sin enemigos, que en un pueblo ya es decir. Una simpatía que le facilitaba organizar el abastecimiento de la guerrilla y que los demás juraran que lo que estaba haciendo era estraperlear, que la mayoría tenía como una falta excusable.

Al día siguiente era jueves, el día que venía al pueblo el tío José con su camioneta, don José Filipovic en otros ambientes, al que la Dirección General de Seguridad le había entregado un camionejo, de esos que llaman «rusos», porque vinieron a España con la ayuda de la URSS y tenían rotulado en su motor las letras 3-H-C, popularmente traducido como «tres hermanos comunistas», de chapa verde, cabina cuadrada y caja de madera, con el que recorría los pueblos de los alrededores dedicándose a la venta ambulante de productos de mercería, que mire usted quién los iba a comprar en un área como la de Aguaviva, Mas de las Matas, Alcorisa, etc., que bastante tenían con intentar sobrevivir. Y ahí estaba hoy, parando en la plaza, dejando a las vecinas hurgar sus agujas, hilos, botones, algunos retales e incluso zapatillas de esparto y hasta prenda de abrigo, y de paso que se les soltase la boca y el mal querer que la guerra civil había sembrado en esos pueblos serranos, antes los de derechas y ahora, tras la victoria, los derrotados, los familiares de los huidos al monte, la mayoría sospechosos de prestar ayuda a la guerrilla.

A eso de la media mañana se acercó a su camioneta Josefa Bayod Ribas[40] y el cabo Román, que rondaba por la plaza, le hizo una indicación.

—Atento a esa.

Tenía razón. Cuando Josefa estaba mirando la mercancía, unas mujeres empezaron a imprecarla de malos modos.

—¿Estás mirando algo para tu hijo? Digo yo que mejores cosas habrá en Zaragoza, donde, según tú, se ha ido a buscar trabajo.

—Haya paz, señoras. —Intervino un labrador de la zona, un tal Aurelio Boj,[41] cuñado de Josefa, que se había acercado a la camioneta a comprar betún rojo para un par de botas de ese color que se acababa de comprar en el cercano Alcañiz.

—Ten cuidado con esa coloración —ironizaron las mujeres—, no sea que te vaya a detener la autoridad. —Arrancando la sonrisa del cabo Román.

— Brujas —masculló Josefa—. Vamos, Aurelio, déjalas con su rabia.

Cuando se marcharon, el cabo aclaró a don José:

—Esa mujer, a la que imprecaban las comadres, es la carnicera, dicen que su hijo, Joaquín Boj, se ha ido a la sierra con los maquis.

—¡Ah! —exclamó él, comprendiendo ahora la situación.

—La inquina contra ella viene de largo, de cuando su esposo, Aurelio Boj, fue el presidente del Centro Republicano, allá por el 18 de julio, y las columnas anarquistas proclamaron el comunismo libertario y persiguieron a los de derechas, quemando las iglesias y obligando a todos a inscribirse en las comunas de producción. Ahora les están pasando las cuentas. —Y terminó, agorero—: Algún día todo esto acabará mal.

—¡Vaya familia! ¿Qué más cosas me cuentas de ellos?

—Pues que su marido, Aurelio, está muy a buenas con el Tío Lucas, el peón caminero, un antiguo ferroviario de la UGT que después de la guerra estuvo en la cárcel y, al salir, la RENFE ya no lo aceptó en su plantilla.

—Acabemos. Que puede que tenga cuentas pendientes con Franco.

—Yo solo he dicho lo que ha oído. Pero yo, en su caso, lo vigilaría. —Y continuó— : Junto a la casa del peón caminero hay un cercado donde la carnicera guarda los corderos que va a sacrificar. No es un mal sitio para escaquear algún producto a la Inspección de Abastos.

—¿Para el estraperlo?

—O… —Sin acabar la frase—. Por cierto, hoy el Aurelio tiene que ir a matar. El Cona y el Practicante, que después de desayunar habían salido a dar una vuelta por el pueblo y habían asistido a la escena, a una cierta distancia, abandonaron la plaza y se adentraron por las calles hasta llegar a la carnicería (y también horno de pan y tienda de ultramarinos).

—¡Josefa! —Gritó al entrar, advirtiendo su presencia a la dueña del comercio.

—Pasa a la cocina.

—¿Tu marido?

—Ya ves, por el campo. Ha ido a por unos corderos que tenemos junto a la casa del peón caminero.

—Este es el Practicante. Un compañero que acaba de llegar al campamento. Ella es la madre del Frasquito, el que ayuda a Pepito el Gafas en sus clases. Toda la familia está comprometida en nuestra lucha. A su marido, Alfonso Boj,[42] lo conocí en la cárcel cumpliendo condena y ahí convenimos en continuar la lucha.

—Sentaos —les dijo ella, ofreciéndoles a continuación el porrón de vino—. ¿Qué quieres hoy?

—Pues lo que puedas darnos. Harina, judías, lentejas, tocino —le contestó el Cona—. Y alégrate, que hoy vengo con dinero.

—Pues bienvenido seas —dijo sacando de un escondite un fajo de cuartillas de papel con la leyenda de «El Gobierno de la República pagará la cantidad de… pesetas», que el otro le pagó religiosamente, y ahora, más satisfecha, le contestó—: Esta noche mi cuñado os lo llevará todo a donde siempre.

—A ese ya le has conocido —le dijo el Cona al Practicante—. Es el de las botas rojas que estaba en el mercado.

Terminadas sus compras se fueron del pueblo y se dirigieron a casa del tío Lucas, donde les recibió su hija Sole.

—Dile a tu padre que esta noche vendrá el cuñado de Josefa, ese de las botas rojas, para traer lo que hemos comprado, a lo que añadirá los dos corderos que está matando el carnicero.

Extrañado por la confianza con la que el Cona hablaba delante de él cosas tan delicadas, le dijo:

—¿No crees que deberías ser más cauteloso?

—Hemos decidido que, dado que no tenemos médico, debes quedarte en el campamento asistiendo a los enfermos y, de paso, que ejerzas de puente con el aparato del pueblo.

Realmente se alegró de que, una vez más, su mote indujese a equívocos.

Esa noche don José, que vigilaba la casa del tío Lucas, pudo ver cómo llegaba sigilosamente un hombre tirando del ronzal de un borriquillo y entraba en el corral de la casa. Poco después salió a la puerta una mujer a otear las proximidades y a asegurarse de que no había nadie por los alrededores.

—¡Sole!

---

[38] Ver nota 1.

[39] Ver nota 1.

[40] Ver nota 1.

[41] Ver nota 1.

[42] Véase nota 1.

VIII

Volver con la frente marchita,

las nieves del tiempo

platearon mi sien.

Sentir que no pasa la vida,

que veinte años no es nada.

(Carlos Gardel)

49

Don Ángel en Teruel

A principios de 1947 Ángel Melero, recién ascendido a comandante, tomó posesión de su cargo en Teruel. A nadie le extrañó que un destacado jefe del entorno del general Pizarro eligiese tal destino, dando por cierto el rumor de que Camilo Alonso Vega, dispuesto a limpiar de maquis la sierra aragonesa-levantina, había propuesto a Franco su nombramiento como jefe de la V Región de la Guardia Civil.

—En tres meses, mi general —dicen que le prometió a don «Camulo», sobrenombre con el que se conocía al general inspector de la Benemérita.

(Por algo sería).

Quién iba a poner en duda el resultado de tal propuesta, si ambos, don Camilo y Pizarro, fueron compañeros de Franco en la Academia de Zaragoza y de los pocos que en la intimidad se dirigían a él con el nombre familiar de «Paco».

Cuando llegó a Teruel llevaba en su maleta los nombramientos de inspectores para don José, sus ojos y sus oídos, y de Constancio, su mano derecha en la guerra sucia, ambos bajo su dependencia directa. Técnicamente, el que estaba realizando una labor más satisfactoria era Filipovic, cuyas investigaciones estaban desvelando el aparato de soporte de los maquis en la zona del Bajo Aragón y el Matarraña turolense.

—Esta es la línea, Melero —le dijo el general, felicitándole por los resultados y animándole a seguir la lucha contra la población que sustenta a los maquis.

Lo de Constancio tenía otros aspectos más particulares. Lo necesitaba. Ángel no era un guardia civil al uso, carecía del espíritu

del cuerpo, de su entrega, su abnegación y, por supuesto, de su honradez. Si prestaba sus servicios aquí era porque cuadraba a sus fines y en estos momentos tenía claro que la autarquía conducía inevitablemente al estraperlo. Él se movía en un mundo que le permitía llegar a los posibles receptores finales del productor, y aunque en esos tiempos la vigilancia del tráfico en carretera no dependía de la Guardia Civil, sí se encargaba de los caminos, y aquí es donde estaba él, asegurándose el transporte. Para el resto, para nadar sin mojarse la ropa y, llegado el caso, ponerse de perfil, necesitaba a Constancio.

(«Lo tomas o lo dejas»).

Y como siempre hay gente dispuesta a ello y no es fácil encontrarse con alguien como don Ángel, capaz de moverse en esas alturas a las que nunca llegan las responsabilidades y desde donde llueven las oportunidades, Constancio también lo tuvo claro: punto en boca y a barrer para casa. De momento había logrado limpiar su pasado (aunque él siempre podría activarlo), lucía un reloj de oro y le sobraban 100 pesetas, a lo que ahora añadía una chapa de la policía (no la falsa que había utilizado hasta ahora), que le prestaba inmunidad y un cierto campo de acción.

Cuando emprendió su viaje a Teruel, Melero estaba en un buen momento, contaba con la confianza del general, que le había procurado su reciente ascenso a comandante, tenía, buenos contactos y muchas ambiciones personales.

—¿Sabe que Teruel es un importante productor de aceite? —le dijo Constancio, que ya había explorado el campo.

—Sí —le respondió—. Y que en el mercado negro vale siete veces su precio oficial, el azúcar diez veces y el arroz cinco. Pero ten cabeza —mostrándole su uniforme.

Al llegar a la estación le estaban esperando este, que a pesar de su nuevo estatus se apresuró, como en los viejos tiempos, a abrirle la puerta de ese Citroën 11 ligero con el que había estado recorriendo los pueblos turolenses.

—¿Qué tenemos, Constancio? —Fue su escueto e impersonal saludo.

Bien es verdad que tampoco el otro esperaba más calor. Así que, con el mismo tono, le respondió:

—¿A dónde vamos, don Ángel?

—No tengo prisa. Demos una vuelta por la ciudad.

Salieron de la estación subiendo la cuesta de San Francisco y al llegar al paseo del Óvalo siguieron por el de la Glorieta, a cuyas espaldas, todo zanjas y ruinas, estaba la plaza del General Varela (hoy de San Juan) y allí se pararon un momento.

—Este conjunto, además del Seminario Conciliar y el convento de Santa Clara, fueron los lugares más castigados por una guerra que se saldó para la ciudad con la destrucción de un tercio de sus edificios, otro tercio quedó severamente dañado y, en general, ninguna casa quedó sin rasguños —le explicó el chófer, añadiendo —: La reconstrucción de la «siempre abnegada y mártir ciudad» es uno de los objetivos del Servicio Nacional de Regiones Devastadas. Aunque las cosas van despacio. Aquí, en 1940, el general Varela puso la primera piedra de unas obras que hasta ahora se han limitado a desescombrar los restos de los edificios que la conformaban, la iglesia románica de San Juan, el hospital de la Asunción, el convento de San Redentor y el palacio del rey don Pedro.

—Según ese cartel —le contestó don Ángel, señalando uno situado en un lugar visible—, se prevé el comienzo de las obras para el año que viene y aquí va a estar la administración provincial y del Estado, con el Gobierno Civil, la Delegación de Hacienda, la Audiencia Provincial, etc.

La obra la firmaba Alejandro Allánegui Félez que, fiel a los postulados de Regiones Devastadas, apostaba por una propuesta historicista, respetando las tradiciones arquitectónicas de los palacios aragoneses, añadiendo un pórtico en la planta baja, similar a los que presentan las plazas castellanas, lo que permitía evocar la época de los Reyes Católicos, en la que se fraguó la unidad de los reinos de España y el inicio del imperio, tan presente en la mente joseantoniana.

—Hay otras tres zonas en el proyecto de reconstrucción —le dijo Constancio—, la de la catedral y el Ayuntamiento, destinadas a centro social y religioso. La de exaltación política, en el antiguo seminario conciliar, y la comercial, en la plaza del Torico y calles adyacentes.

—¿Y todos están a la espera de comenzar las obras?

—Así parece. Falta lo más esencial, el cemento.

—Qué gran oportunidad para el que pueda disponer de ello.

—Pues ya sabe quién, don Ángel, los de siempre, Huarte, Banus, etc. No es fácil conseguirlo, es un producto que proviene de la importación, por tanto, está sometido a las restricciones impuestas por la autarquía.

—Habrá que estudiarlo.

Siguieron su paseo y doblaron a la derecha para cruzar el viaducto, una estructura de hierro sobre un poderoso arco central de 34 metros de altura y 39 de luz, apoyado en otros dos laterales, construido en 1929 por Fernando Hué para salvar el collado que media entre los dos montes donde se erige la ciudad. Carretera de Sagunto adelante, llegaron al barrio del Ensanche, pasaron por delante del hotel Oriente y un poco más allá de la Comandancia Militar, a la altura de unas edificaciones conocidas como las casas de las Salesas…

—¿Se acabó la ciudad?

—Ya solo grava, arcilla y monte, mi comandante.

—O sea, la futura zona de expansión, ¿no?

—Así será, don Ángel.

Tras esta corta vista decidieron volver al centro, aunque antes.

—Permítame que le lleve a mi comisaría. Estoy seguro de que agradecerá haberlo hecho.

Tras saludar al personal bajaron a los sótanos, donde estaban las celdas de los detenidos. Lo de siempre, alborotadores y borrachos, aunque Constancio le llamó su atención sobre un desaliñado joven, retenido en una celda aislada que, agarrado desesperadamente a las rejas, juraba su inocencia a todo el que quisiera oírle.

—¿Qué tiene de especial ese pobre diablo? —preguntó a su guía.

—Usted lo ha dicho, es un mequetrefe, un médico que, utilizando su jerarquía, ha estado acosando a una enfermera. Casualmente, en un control rutinario de carretera, le encontramos varios ejemplares de Mundo Obrero y El Guerrillero.

—Un grave delito que implica connivencia con el PCE. —Aceptó con una sonrisa de complicidad. Y bajando la voz—: ¿Lo sabe la enfermera?

—Eso se lo dejo a usted.

—Comisario, por esta vez lo vamos a soltar. Y que dé gracias a que «esa enfermera» no haya presentado cargos contra él. —Y dirigiéndose al detenido—: Créame si le digo que en ese caso su situación habría sido muy distinta.

Ya no se quedó a escuchar su respuesta.

Al salir se dirigieron al hotel Victoria, en el paseo del Óvalo, en la acera de enfrente al convento de las carmelitas, hoy cuartel de la Guardia Civil, y de la desembocadura de la Escalinata, un monumento neomudéjar, obra del arquitecto turolense José Torán, con la que se salvaba el desnivel de veinticinco metros existente entre la estación del ferrocarril y el casco de la ciudad.

—Muy bonita —contestó don Ángel —, pero yo voy ahí, dijo señalando el hotel.

—Estoy seguro de que le va a gustar ese edificio de enfrente.

—¿Y por qué?

—Hace poco me envió a esa casa —señalando el primer piso—. Y qué guapa está su inquilina. Parece que Teruel le ha sentado bien.

—¡Constancio! —le corrigió con severidad.

50

«Montañas nevadas, banderas al viento»

Mercedes no se sorprendió cuando, al abrir la puerta de su casa, se encontró con Ángel. Ya hacía días que lo esperaba.

Él, tras besar galantemente su mano, le entregó una caja de bombones y un paquete de café-café, recién comprados en Elipe, la confitería de la plaza del Torico, famosa por sus lenguas de gato y esos ricos merengues de torre.

—Es una visita de cortesía, Mercedes.

Una corta e insustancial charla que, afortunadamente, interrumpió un niño que, acompañado por su madre, venía a sufrir una de esas inyecciones de calcio (una al día durante quince) que te desgarraban las nalgas, indicada con la pretensión de ayudar a calcificar «una mancha del pulmón izquierdo», eso que más tarde se calificaría como granuloma pulmonar calcificado, propio de un proceso tuberculoso primario.

Un nuevo beso en la mano y una despedida cortés.

—Espero verte pronto, Mercedes.

Y solo cuando estaba cerrando la puerta:

—¿Por qué eres tan cruel conmigo?

Hasta con su queja quiso quedar como un señor, ignorando que fue ella la que se fue de su lado para dar señales de vida cuando lo volvió a necesitar. Aunque eso sí, al despedirse, un sutil toque a su memoria:

—¿Qué ha sido de la persona por la que tanto te interesabas?

—Afortunadamente todo ha ido bien y ya está convaleciente de su

enfermedad. —Para acabar con un—: Me imagino que ya lo sabrás por Constancio.

(Absurdo ¿verdad?)

Bueno, al menos sirvió para justificarse, porque en cuanto cerró la puerta de su casa se quedó ahí, con la espalda apoyada contra ella, intentando mantener la mente en blanco y el corazón blindado a cualquier emoción, pero de sobra sabía que aquí se había terminado su vuelo.

Respiró profundo y, una vez tranquilizada, recorrió lentamente las habitaciones de su casa, toda esa sobriedad en la que se había sentido libre, su consulta, apenas una vitrina de cristal y una camilla de hierro, su dormitorio, donde dormía sin echar de menos a nadie, su armario de luna de un solo cuerpo, donde cabía todo su vestuario, su cuarto de estar, un aparador, cuatro sillas y la mesa camilla donde había amanecido tantos días dándole vueltas a la cabeza sobre cómo seguir adelante sin recurrir a esa cuenta corriente que los restos de su dignidad le impedían utilizar.

—¿Había merecido la pena?

Muy cerca de su casa, en su hotel, Ángel cenó someramente y sobre las diez de la noche, sin nada más que hacer en ese desgarrado Teruel, echó una mirada al Lucha, el periódico local (las obras de la Glorieta, notas de la Comisaría de Abastecimientos y Trasportes y las necrológicas) y después a otro periódico, esta vez de tirada nacional, donde se comentaba la grave enfermedad que sufría Stalin, una «miocarditis nerviosa», adquirida en los tiempos en los que asaltaba bancos en Tiflis (mira de quién aprendieron los maquis), tan alarmante que se había reunido en su entorno la Troika (Molotov, Zhdanov y Malenkov) e incluso algunos altos mandos militares, como el mariscal Vorochilov y el general Bulganin.

(Otro que «de este año no pasa», un breve, pero equivocado augurio, de un suceso que ocurriría, finalmente, en 1953).

—Las 11 de la noche, ¿y qué hago ahora?

Un baño y qué otra cosa. Y como estaba de buen genio, hasta se atrevió a desnudarse delante del espejo y, sin quitarse los calzoncillos (esto ni siquiera para bañarse), con los brazos en jarras, la cabeza erguida y, cómo decirlo…

Con la mirada clara, lejos

y la frente levantada

voy por rutas imperiales

caminado hacia Dios…

Montañas nevadas…

Se miró de arriba abajo, de costado y otra vez de frente, y se gustó, le gustó su cuerpo enérgico, conseguido tras muchas horas de ejercicio.

—Está bien. —Se aprobó.

Otra cosa era su prestancia, sus pómulos sobresalientes, la mandíbula apretada, la mirada profunda y la fortaleza que quiere adivinarse. Eso sí que lo ensayaba todas las noches frente al espejo.

—Para estar preparado ante cualquier contingencia.

Hoy lo está, se sabe lleno de fuerza, se dice mirando su mano derecha, donde siente a tanta gente.

¿Y qué ocurriría si…? ¡Plaf! —Abriendo los dedos como si dejase deslizar entre ellos la arena de la playa—. ¿Y en cambio, si…? —Cerrándola con fuerza y estrangulando el aire apresado en ella.

—¡Pobre diablo! —Por ese doctor y por todos los demás pobres diablos, por Constancio y sus intentos de estraperlear con el aceite a sus espaldas…, por Mercedes.

Y abre con displicencia su mano.

—Al final todos venís aquí.

Abrió el grifo del agua caliente y…

Se siente tan estimulado que incluso empieza a quitarse los calzoncillos frente al espejo, aunque al llegar a la altura de la pelvis se detiene.

—No importa. Podría lograrlo, pero la clave es conseguirlo para siempre.

Se metió en la bañera e intentó relajarse, centrando su atención en el sonido del agua del grifo, en el calor húmedo recorriéndole la piel, bañándole la espalda, mientras que con gesto indolente seguía abriendo y cerrando su mano.

—Ahora te tengo, ahora te suelto.

Ya está a nivel de la cadera. De los calzoncillos, empapando sus testículos.

Respira hondo, cierra los ojos dejando correr su memoria por su Valladolid natal, por la centuria de Falange de Girón y por los amigos a los que el ministro siempre ayudó, ese banquero, ese constructor, ese delegado del Servicio Nacional del Trigo, a tantos que hoy se están abriendo paso en esta España que necesita de la audacia de los atrevidos.

En todas esas gentes que en los tiempos de Alicante borró de las listas, recalificando sus expedientes de depuración o simplemente perdiéndolos, y ahora le debían favores.

En lo que se puede hacer en esta ciudad donde se precisa tanto cemento.

E imagina, planifica, mientras silba canciones de los tiempos de gloria.

La mirada clara, lejos,

y la frente levantada.

No se atreve a mirarse las ingles, pero ya siente en ellas el agua. Necesita concentrase más.

Voy por rutas imperiales caminando hacia…

Aprieta los párpados y estrangula en su mano a Constancia, a Valentín Méndez, ese comunista del Banco de España que la poseyó todo cuanto quiso y por las partes que quiso, saciando su lascivia donde él no ha logrado penetrar con su pene. A ese maldito guerrillero que se prestó a ser su caballero andante la noche que recorrían las calles de su pueblo.

—A ti, especialmente, porque contigo fue por amor.

¡Maldito! Adivinando sus sensaciones al apoderarse de su cuerpo, su gemido avanzando por el interior de sus entrañas, su humedad, sus lágrimas resbalando por las comisuras de sus ojos, el placer abrasándola.

¿Y?

Y su mano alrededor de todos, estrangulando sus cuerpos, el de Constancio, el de Valentín, el de Andrés y el de una suspirosa Mercedes, saboreándose la saliva que invadía la boca de la mujer, pregonera de su orgasmo, de las sacudidas de su cuerpo y de su desmayo.

—Como el de la noche del 18 de julio, cuando tu cuerpo se quedó inerme a mi lado, la primera de las muchas que vendrán desde ahora.

¿Y?

Ya está el agua sobre su pubis, sobre su desgarrado e inerme…

Montañas nevadas, banderas al viento.

—¡Siento tu calor!… ¡Te siento!, Mercedes…

51

Passapoga

Estas cosas sabía hacerlas Ángel Melero y eligió para su reencuentro el gran baile de trajes de la Asociación de la Prensa, que se celebraba el 18 de febrero, en esta ocasión en Passapoga. Consomé de ave, timbal de langostinos, capón asado, biscuit glacé, regados con vinos de las Bodegas Franco Españolas y amenizado por las orquestas de Luis Rovira y Gea y los trovadores, mientras que, en bambalinas, Pilarín Arcos, la «diva del Jazz», o la internacional Angelina Conti esperaban a que el austriaco Franz Johan, que a pesar de los años que pasó en España nunca terminó de hablar el español, diera paso a sus actuaciones.

Rigurosa etiqueta. Él de negro y ella deslumbrante, un borbotón de ondas rojizas enmarcando su cara, su mirada violeta, y un largo traje negro, de escote generoso, acariciando su anatomía, soportada por puntiagudos zapatos de tacón.

¿Escandaloso?

No, es el glamur o, mejor, el hechizo que despliega la persona que lo posee, despertando las fantasías del observador y su actitud graciable. Y de eso ella sabía.

Paseo triunfal parándose a saludar en ciertas mesas. Sonrisas, comentarios, sugerencias.

El futuro es el cemento, les contestaba sonriente, sin detenerse más tiempo. Y en una mesa cercana:

—¿Sabes, Melero?

Melero ya había oído noticias sobre ese inmenso granero de la Argentina y también sabía que eso significaba que el régimen estaba considerando muy seriamente que la autarquía estaba haciendo

aguas y que había que abrirse al exterior.

—¡Sí? —contestó con cierto acento de incredulidad.

Lo que provocó al otro a adelantarle una primicia.

—¿No? Pues sé de muy buena tinta que se está preparando un viaje triunfal por España a Evita Perón, la esposa del presidente argentino.

(Quién piensa ya en aceite, arroz u otras cosas del ayer, pero mejor callarse).

A continuación, en otra mesa:

—¡Don Jerónimo Carranza! ¿Me recuerda?

Claro que le recordaba. Alicante, un cierto expediente y una promesa, nos veremos.

—¿Sigue con el negocio del cemento?

Una corta charla sobre Teruel, una ciudad en reconstrucción que necesita gente dispuesta a ello.

—Demasiado para un hombre solo —le contestó don Jerónimo—, pero en el tablao de Villa Rosa se mueven unos jóvenes tigres de la Falange que… Ya sabes que el permiso de importación es cosa reservada a los sobrinos de Dios y que hijos somos todos —para terminar entregándole su tarjeta—. Diles que vas de mi parte.

Otra mesa y otra pequeña parada, donde un camarada avispado le dijo eso de «si tú tienes el dónde, yo tengo el qué».

(Con palabras como esas se construyó un barrio entero en Madrid).

Melero, de momento, no aspiraba a tanto.

¡Tampoco era el momento!

¡Hablamos!

Y por fin su mesa, junto a la pista de baile, frente al escenario.

Un suave beso en la base del cuello, con más pose que malicia, mientras ayuda a Mercedes a desprenderse de su elegante torera de Balenciaga, una pieza en satén marfil bordada con flores orientales, destacadas con lentejuelas e hilos metálicos.

Nada más acomodarse, el camarero descorchó una botella de Champagne.

—¡Salud!

—¡Salud!

La joven que recorría las mesas vendiendo flores se acercó a ellos y ofreció a Mercedes una preciosa cajita de celofán conteniendo dos gardenias blancas, y en ese momento, cuando ella la estaba recibiendo, la orquesta de Luis Rovira se lanzó a interpretar la conocida sintonía que estaba popularizando Antonio Machín:

Dos gardenias para ti, con ellas quiero decir te quiero.

Como digo, el comandante Melero sabía hacer estas cosas.

Salieron a la pista para hacer honor a la canción, a las dos flores y al teatro montado por Ángel.

—¿Sabes lo que le está diciendo un hombre a una mujer con estas flores? ¡Que estás preciosa!

…*Te adoro, mi vida.*

Postura erguida, columna recta, cuerpos pegados, moviendo únicamente la pelvis, sopesando el peso del cuerpo en la parte delantera del pie, mientras ella sigue sus movimientos en espejo.

…Dos gardenias para ti. Que tendrán todo el calor de un beso.

Al lado, juntos, delante, al lado, juntos, detrás.

Pero ahora es ella la que debe mover su pelvis, desplazar su pie, acariciar su muslo con los suyos y meterle la música en los huesos.

Paso rápido, rápido, lento.

Y otra vez la pelvis.

…Pero si un atardecer las gardenias de mi amor se mueren, es porque han adivinado que tu amor se ha terminado porque existe otro querer.

Después, ya el hotel, otra botella de champagne derramando burbujas. Y el abrazo apasionado.

—Amor, mi amor, mi amor.

Ángel no se cansaba de intentarlo.

Y los abrazos de ella, y sus besos y sus gemidos… de animarlo.

Finalmente se desbordó su remedo de pene y al frenesí del orgasmo se le unió la conciencia de sentir, por primera vez, que había recuperado esa hombría que un día se dejó entre paréntesis al saltar esa alambrada en el frente del Ebro.

Esa noche Ángel, desecho en sus brazos, sollozante, era una especie de muñeco lleno de debilidad, un…

¿Un qué?

¡Qué más da!

Ella se levantó del lecho y, desnuda como estaba, se acercó a la ventana.

Abajo sucedía Madrid y en el infinito su mirada.

¿Durante cuánto tiempo?

Cuando se volvía al lecho él la estaba mirando:

—Cásate conmigo, mi vida.

No, no le había salido bien la jugada. Harta de saberse un objeto deseable había querido hacerle sentir la incapacidad de satisfacerla, pero quién se podía esperar que él fuera capaza de completar su acto.

Y ahora, encima, quería institucionalizarlo.

—Quiero volver a mi casa.

52

El Cubano

A finales de enero de 1947, coincidiendo con el final de curso en la escuela de Pepito, el Gafas, el Grande, tras concluir que los pinares de Aguaviva estaban ya muy batidos por la Guardia Civil, decidió trasladarse al campamento de Benagéber, donde se reunieron con el resto de los componentes del 11º sector.

Aquí se les adelantó el grupo de Antonio Gan Vargas, el Cubano, un veterano del XIV C. G. que al acabar la guerra de España se unió a la guerrilla urbana de Valencia, donde conoció a Francisco Corredor Serrano, el Gafas, y a Florián García Velasco, el Grande, que acababan de huir de Madrid tras el castigo infligido al PCE local con las detenciones de José Vitini y Cristino García Granda. Los tres se unieron a la guerrilla de la sierra, participando en la fundación del AGLA en la cueva del Regajo.

—¡Practicante! ¡Cuánto tiempo! —Exclamó el Cubano al reconocerlo.

—Toda una vida —respondió él—, desde los tiempos del XIV C. G. Hace poco que me escapé de ahí abajo —señalando el pantano de Benagéber—. No era un mal sitio. Al menos ahí teníamos esperanzas. —Atreviéndose a confesarle algo que jamás habría hecho con Avelina, porque a una mujer no se le va con el corazón arrugado, pero a un compañero sí le puedes hacer partícipe de tus decepciones.

—Ojo, que no te oigan. Que aquí se castiga el derrotismo.

—Y el desviacionismo de la ortodoxia marxista. Ya lo he visto (recordando al Petrol), pero qué nos van a hacer, si somos la historia de todo esto —respondió con una carcajada. Y señalando a una serie de bisoños que se movían torpemente por el campamento, boquiabiertos y con gesto de estar perdidos—: ¿Has visto qué

pintas? Igualicos que cuando tú y yo empezamos en el XIV.

—Son lugareños recién incorporados tras la campaña de afiliación emprendida con vistas a la «Ofensiva de Primavera». Habrás oído hablar de ella.

—Algo nos contó el Maestro Agüero en Aguaviva —añadiendo después—: ¿Sabes lo que me preguntó uno de estos novatos el día que se incorporó?, que cuándo nos pagaban. Dime tú qué se les puede responder.[43]

—Son gente sin ideología, a los que más bofetadas les da el hambre, o que intentan zafarse del servicio militar «echándose al monte». ¡Peste de tiempos!

Ninguno de los dos quiso seguir analizando el tema. Ambos habían aprendido que en el PCE las cosas no eran muy diferentes a las que ocurrían en la Rusia de Stalin, y que el mantenimiento de la ortodoxia y la lucha contra el desviacionismo político eran las excusas que estaban empleando Carrillo y la Pasionaria para purgar el Partido, así que tenían que evitar comentarios sobre la realidad que estaba revelando el reclutamiento y la falacia de creer que el pueblo les estaba esperando para levantarse en armas contra el usurpador y su Falange, cuando lo que se respiraba era que la gente estaba harta de guerras, temía la represión y que lo que deseaban era olvidar y vivir y dejar vivir. Y eso sin contar que en muchos antifranquistas había calado la idea del resto de la oposición, encabezada por los socialistas, de optar por la lucha política como medio para echar a Franco. Así que labios cerrados.

—Cuánto trabajo nos queda por delante con esos —comentó el Practicante—. No tienen la menor idea de lo que debe ser la seguridad. Fíjate que cuando llegábamos al campamento advertí que, con el ir y venir, se había quedado marcada una trocha en el camino, una clara marca que podría alertar a la Guardia Civil.

—Lo vigilaré —le respondió torciendo el gesto Antonio Gan.

De nuevo había estado desafortunado.

—Qué sensibilidad —se dijo—, ven enemigos por todos los lados.

Esto recuerda a los tiempos que vivimos al final de la guerra.

«Si lo llego yo a saber…». «Yo no contaba con esto».

Pero no, él no estaba dispuesto a permitírselo. Había sacrificado demasiadas cosas como para que ahora vengamos a…

¿A qué?

¿A revisar su decisión? ¿A arrepentirse?

¡Qué no! Que ni me lo he planteado.

En realidad su desilusión venía de atrás, casi del día en que se incorporó, cuando en ese control que montaron en la carretera donde resultó muerto el conductor y el Chaval tuvo que prestarle su propia pistola para poder entrar en acción. Y las cosas no habían mejorado en lo referente a los abastecimientos de armas, teniendo que valerse de contrabandistas, del mercado negro o quitárselas a somatenes y falangistas.

—Para prueba, un botón. Cuando llegué aquí me entregaron una escopeta de caza y una canana con cartuchos loberos.

—¡Y apáñatelas!

Sí, sí. Con una de esas se iba a conformar él, rubricando esta frase cogiendo en sus manos el «naranjero»[44] que había capturado a la propia Guardia Civil.

Fue en una operación que la Benemérita y el Somatén montaron contra uno de los campamentos maquis por los que había pasado antes de llegar a este de Benagéber. Afortunadamente decidieron hacerlo de madrugada, cuando se supone que el cansancio tiene vencidos a los centinelas y algo de ello debió haber, porque, aunque tarde, alguien más atento pudo advertirlo y dar la alarma, abortando su propósito, pero no su saludo en forma de una ensalada de balas.

(Otro fallo de seguridad. Aunque esta vez tuvieron suerte).

Lo habitual era tener prevista la huida con las rutas a seguir, los

puntos de encuentro y los hombres que debían quedarse a cubrir la retirada, uno de los cuales, en esta ocasión, era el Practicante, que se emboscó tras unos matorrales, aguantando el tiroteo de un guardia que, más adelantado que sus compañeros, estaba limpiando la zona con su «naranjero», afortunadamente sin dirigir sus disparos contra un blanco concreto. Así que esperó a que agotase su cargador y, aprovechándose de que al reponerlo descuidaba su campo de visión, cambió de posición y le tomó la espalda.

Nadie por sus flancos. Nadie en la retaguardia. Estaban solos.

(Pobre loco).

Cuando su enemigo se descubrió, poniéndose de rodillas para soltar una segunda ráfaga, disparó su escopeta, acertándole en el pecho. Después, controlando su miedo y sus nervios, fue reptando hasta llegar donde estaba el caído y se hizo con su correaje y su arma y a continuación se dejó rodar monte abajo, indemne a espinos, a piedras y a todo lo que no fuese el subidón de adrenalina y la visión de esa reluciente arma que acababa de conseguir.

—A mí con estas, al Practicante, a un veterano del 300º Batallón del XIV C. G. — apostilló, obviando la consiguiente regañina de sus jefes, de Pepito el Gafas, que había prohibido a todos que tomasen las armas de los enemigos caídos en medio de una refriega, por las bajas que eso producía.

Así se lo contó a Antonio Gan que, mirando con verdadera envidia esa arma, una especie de medalla al valor, solo pudo contestarle:

—Ya sabes lo que significa si te cazan con ella —haciendo un significativo signo apoyando su dedo índice en su sien.

Como si fuese la primera vez que le rondase esa condena.

Al llegar la noche se sentaron juntos a cenar. Aquí fue cuando advirtió realmente la cantidad de gente que había en el campamento y lo peligroso que esto podía resultar para la seguridad.

—Los hay del 11º, del 5º y del 7º Sector —le dijo el Cubano.

(Esto explicaba, pero no disculpaba, lo de la trocha en el camino de subida).

Después de cenar, el Maestro Agüero, que acababa de llegar con los del 7º, rodeado de los jefes de los otros sectores, se dirigió a los presentes.

(Demasiada fanfarria, se dijo desconfiado).

—Acaban de detener en Valencia al camarada Vicente Galarza, Andrés.

¡Casi nadie! El jefe del Estado Mayor del AGLA.

Así, a pelo. Y a continuación la segunda:

—También ha caído Atilano Quintero, el jefe del 5º Sector, y otros camaradas.

No juzgó necesario contarles que, consecuentemente, la policía había desarticulado el PCE de Valencia, capturado a un importante número de militantes y a buena parte de los apoyos con los que contaba el 5º Sector, ni tampoco la desmoralización que esto produjo entre los dirigentes, que llegaron a plantearse la continuidad en la lucha y solamente el prestigio del Maestro Agüero les había hecho desistir.

Por eso estaba hoy aquí, rodeado de los jefes de los otros sectores, para decirles esto y que le habían erigido como nuevo jefe del Estado Mayor del AGLA.

—Ya queda poco —los animó—. El fin de Franco y su régimen están cerca y el mundo exterior nos apoya. —Repitiendo una vez más el argumento de la declaración de la ONU, la salida de embajadores y la ruptura con Francia—. Perdimos una batalla, pero no la guerra.

Tras lo cual anunció a los presentes que en marzo comenzaría la «Ofensiva de Primavera», con el objetivo de demostrar que no solo no estaban acabados, si no que estaban llenos de operatividad.

El Practicante, como el resto de los presentes, aplaudió sus palabras, pero en su fuero interno y como viejo soldado con experiencia de

lucha detrás de las líneas enemigas, se preguntaba cómo habían tardado tanto en enterarse de las detenciones y si Carrillo, responsable de la acción guerrillera, creía que si con tales comunicaciones podía mantenerse una guerrilla.

---

[43] El malentendido del recluta provenía de que a algunos maquis la organización les había entregado 500 pesetas de reserva para poder subsistir en caso de necesidad.

[44] Subfusil copia del Schmesser MP28, con cargador de 32 cartuchos del 9 largo, hecho sin licencia por la República en 1938 en Valencia, de ahí su nombre, para acabar, después de la guerra, convertido en el arma de la Guardia Civil encargada de la represión guerrillera. Su manipulación era peligrosa, ya que la palanca de carga, que al montar el arma descansaba sobre un rebaje, podía dispararse accidentalmente.

53

No era la Monegal

Apenas tenía los 19, pero había trascurrido tanto y tanto tiempo, se decía la Sole con la mirada perdida en ese Madrid…

(Que te pasaste haciendo camas, yendo a la compra y lavando ropa).

—Pero llegué a creer que… —Con la sonrisa perdida allá a lo lejos, donde se intuyó que vive la esperanza, cerca, muy cerca de su vecina, la ilusión banal.

Tras ese breve interregno, su vida había vuelto al punto de partida, aquí, donde los días se confunden y el silencio rebota por las paredes vacías, por los dormitorios sin puerta, por esa ventana con vistas a una carretera por la que todos pasan de largo.

Vivía con su padre, el tío Lucas, pero eso y nadie era lo mismo.

—¿Ya has vuelto? —Fue su saludo el día que apareció maleta en mano en esta casa de peón caminero, a medio camino entre La Ginebrosa y Aguaviva, que es como decir entre ningún sitio.

¿Y qué podía contestarle?

Pue eso, que ya había vuelto, mientras colgaba en el único armario de la casa el traje de chaqueta gris que estrenó ese día 18 de julio, cuando esa mujer, Mercedes, le sorprendía diciéndole «que te haga un hijo», delatando que valía tan poco para el capitán como ella para don José.

(Seguía llamándole así, incluso en sus soliloquios).

Cuando vino a su cama se creyó que se iba a encontrar con esos brazos que al rodearte casi te asfixian al decirte «bienvenida a mi vida», encontrándose al día siguiente las huellas de su inocencia en

las sábanas y ni rastro de sus besos.

Después su tía le mostró la puerta y se fue con la cara alta y sin despedirse.

—¿De quién?

Aún estuvo un tiempo sentada en ese banco de la estación de Atocha esperando… a nadie, al tren correo, a llegar a Calatayud y no sé cuántas horas y cuántos trasbordos hasta recalar en Alcañiz.

Había oído hablar de ciertas «casas» y de esas mujeres con labios de carmín y medias de cristal que pasean solas la calle y se cuelgan del brazo de ese hombre que antes les había estado tentando las carnes con la mirada.

—¿A cambio de no volver al pueblo?

—Que no, que no, que lo que yo andaba buscando, Mercedes, no era una mesa donde comer y un precioso vestido que ponerme.

(Sí padre, ya estoy aquí).

El ruido de un coche parándose a la puerta de la casa interrumpió sus pensamientos.

—Será el de «La Monegal».

Uno que decían que anda vendiendo seguros de salud y llevando medicinas por los pueblos, pero a ella ya no se la daban. Seguro que su padre aparecería de un momento a otro —de terminar de poner parches a las resquebrajaduras que los hielos han dejado en la carretera— y, con las mismas, nada más entrar en casa, le diría: «Acércate al pueblo a por…», para que cuando ella se hubiese ido atender al viajante, que mientras tanto simularía estar arreglando no sé qué avería en su vehículo, y una vez solos, recogería los mensajes que, por boca del de «La Monegal», el Partido Comunista de Alcañiz trasmitía a los suyos, y hasta es posible que trajese el dinero para pagar esa harina, ese tocino, o esas balas, que de todo había en los sacos que guardaban en el corral de esa casa perdida en medio de la carretera, que el Cona, o el marido de la de la carnicera, o su cuñado, el de las botas rojas, habían ido trayendo

para abastecer a «los de la sierra».

Cuando abrió la puerta comprobó que el camioncito que había aparcado ahí fuera no era el de «la Monegal», ni su conductor tampoco era el viajante.

—Hola, Sole —le saludó don José.

No lo dejó entrar. Cerró la puerta tras de sí y se plantó en el umbral.

—¿Qué quieres? —le dijo con aspereza.

—¡Cuánto tiempo!

Ay, don José, si alguna vez había soñado con este momento, qué poquito estabas poniendo de tu parte.

Se sentaron en un banco de piedra, junto a la puerta de entrada, y después de preguntarse por la salud vino aquello de por qué te fuiste y en seguida los reproches, y hasta ahí, bueno, pero ¿y lo de después?

—¿No me has echado de menos?

Era tan pueril que ni se molestó en devolverle la misma pregunta.

—¿No me dejas entrar en tu casa?

Esa vez no, (cómo iba a hacerlo, con todo lo que había ahí dentro), pero para la siguiente quedaron en verse un poco más lejos, en un entrante del pinar donde podía esconder el camioncito.

Y ahí ocurrió la segunda y la tercera vez.

Y qué le vamos a hacer, al menos cuando cerraba los ojos y el otro le hurgaba el cuerpo, podía plantearse un ¿y por qué no?, o al menos soñar con ello.

Y en su mente la imagen de esa Mercedes:

—Tú lo que debes hacer es procurar que te haga un hijo.

54

Ojos Negros

Andrés la vio nada más entrar en el departamento del tren y antes de que su percepción se hubiese convertido en aceptación intelectual, su imagen ya había revolucionado el rincón donde se guardan los recuerdos sin esperanzas, resucitando historias y sentimientos. No necesitó volver a mirarla para saberla sentada en actitud elegante, gesto ausente y ojos de mirada violeta.

Hermosa, hermosa hasta decir basta.

¡Madre mía! Siete años. Ayer.

De forma refleja colocó su equipaje sobre la repisa del asiento situado al lado de ella y al acercarse le invadió el sutil aroma que emanaba de esa melena encendida, ondulada elegantemente sobre sus hombros.

Saludó someramente a los presentes que, inmersos en su conversación, se limitaron a devolverle los mismos buenos días que él les había deseado, y se sentó frente por frente, codo a codo con un viajero que vestía uniforme de oficial de la Guardia Civil. Y ahora sí, ahora ya quiso verla y al levantar la vista se encontró con la palidez de su rostro y un gesto contenido que delataba que le había reconocido. Por un instante se mantuvieron las miradas, hasta que ella la retiró para dirigírsela al militar y mostrar un súbito interés por la conversación que mantenía con otro caballero presente en el departamento.

Discretamente y aparentando la misma indiferencia, sacrificando esos siete años de vida que llevaba esperado un momento como este, se levantó y, poniéndose un cigarrillo a la boca, gesto con el que quiso exculpar su presencia, salió del departamento.

Pasado el momento emocional ya pudo preguntarse si tal encuentro

no era casual y pensando en el asunto que le traía aquí, culminar el tema «Socorro Extremo». Se preguntó si ella podría ser su contacto en esta ciudad, al fin y al cabo, era la cuarta persona implicada, pero enseguida desechó la idea, nadie del PCE, excepto Ramón, conocía su existencia, y en todo caso este le habría avisado.

—Entonces es cierto que la casualidad nos ha reunido.

Se mantuvo el resto del viaje paseando el pasillo y conteniendo el impulso de mirarla cada vez que pasaba por delante de la puerta del departamento.

Cuando llegaron a Teruel dejó que los viajeros abandonaran el departamento antes de volver a recoger su maleta.

Al salir al vestíbulo los vio detenidos en la acera de afuera de la estación, donde la familia que los acompañaba, un matrimonio con tres niños pequeños, tomó un taxi, mientras que su acompañante, el oficial de la Guardia Civil, le ofrecía un coche, un Citroën 11 L aparcado en la puerta, que ella rechazó por preferir ir caminando. Tras dejar los equipajes en el vehículo, se fueron juntos sin dirigirse la palabra, adentrándose en un espacio ajardinado de parterres cuadrados contorneados por un ralo aligustre, antesala de uno de los monumentos más emblemáticos de la ciudad, la Escalinata de los Amantes, por la que ascendieron, desapareciendo en su bella arquitectura modernista de ladrillo de barro cocido y orfebrería turolense de baldosines y esferas azules y verdes, obra del arquitecto local José Torán, que se le antojó el castillo de la princesa encantada.

Dejó pasar un tiempo prudencial y siguió sus pasos por la Escalinata. Tras ascender siete tramos de peldaños, flanqueados por una barandilla de pasamanos de piedra y columnas geométricas de ladrillo, desembocó en una plazoleta mirador, donde la escalera se abre en dos rampas para abrazar a una gran fuente, al pie de un alto relieve dedicado a los Amantes, orlado por el escudo de la ciudad, una explosión mudéjar de ladrillo y orfebrería. Y ahí se detuvo, frente a la escena donde Isabel se muere de amor abrazada al cadáver de Diego, tras darle ese beso que el día anterior le negó.

«Un beso, que me muero».

Y aquí se confesó a la mujer de piedra.

—Ahora sé que te he amado siempre.

Llenándose de ella, de su presencia, sentado frente a frente, se dejó invadir de una sensibilidad que le embargaba los sentidos y le estrangulaba la garganta.

—Y cómo dueles, amor.

Y cómo el dolor acelera el corazón.

Y cómo se borran los años, dando por bueno todo lo sucedido, ahora que el deseo de ella te invita a creer que el destino os está dando la oportunidad de recuperar el ayer, así lo leíste en sus ojos al cruzaros las miradas.

Cuando retomó la subida estaba convencido de que ella rechazó ese coche buscando la oportunidad de reencontrarse.

Al culminar el ascenso desembarcó en el paseo del Óvalo, entre las dos pequeñas torres mudéjares que flanquean su salida. Ahí enfrente, la torre del Salvador; a su izquierda, el convento de las Carmelitas, reconvertido en cuartel de la Guardia Civil, la bajante de la cuesta de San Francisco y el hotel Victoria.

—¡El cuartel de la Guardia Civil!

Ahora es cuando racionalizó el uniforme de la persona que le acompañaba.

—¿Es posible?

Ya está, ya ha pasado. Ahora toca centrarse en el momento presente y lo que priorizaba era contactar con Ramón Celada y comunicarle que ya había llegado a la ciudad y que se dirigía al hotel Oriente donde, tal y como habían convenido, esperaría cada fin de semana a sus antiguos compañeros.

Antes de emprender el viaje le habían confirmado que Valentín había conseguido un pasaporte mexicano y estaba a punto de emprender viaje a España.

—¿Y el Practicante?

—También hemos contactado con él —le respondió Ramón—. Está cumpliendo condena en una colonia penitenciaria, donde la vigilancia es muy laxa, ya que la única opción que hay en caso de fuga es «echarse al monte», que es lo que ha decidido. Así que paciencia, solo es cuestión de un poco de tiempo y coordinación.

Con estas previsiones, a principios de enero emprendió viaje a Teruel para hacer efectiva su beca e incorporarse al Complejo Minero de la Sierra Menera. Abandonó el tren al llegar a Santa Eulalia, a unos 32 kilómetros de la capital, y aquí el ferrocarril minero le llevó hasta los tres barrios que formaban las instalaciones mineras de Ojos Negros, el del Hospital, donde estaban la enfermería, dos naves destinadas a talleres y un almacén para las muestras y testigos de las catas del terreno; un poco más allá el del Centro, un pequeño pueblo destinado a los trabajadores, y a un kilómetro de este, el tercero, la Casa de la Gerencia, tres chalés de dos pisos, en uno de los cuales vivía el director, un bilbaíno de pro que le recibió sin demasiado protocolo y, tras los saludos de rigor, dado que era la hora de comer, sin más ceremonial, le invitó a compartir la mesa junto a su familia, pasando a un espacioso comedor presidido por una hermosa chimenea revestida de cerámica azul turolense, donde ardía alegremente el fuego.

—¿Por mucho tiempo? —le preguntó.

—Ustedes me han ofrecido seis meses.

—Entonces, más o menos hasta entrado el otoño. Tiempo habrá para que podamos sopesar otras posibilidades, incluso para aburrirse en estas soledades, aunque no tiene que estar perennemente aquí, puede irse los fines de semana a Teruel. No es ningún Biarritz, pero al menos se respiran otros aires.

Después ya hablaron de la mina, de su trabajo, del ambiente que se iba a encontrar, incluso del personal.

—Mucho vasco, como yo, en todos los niveles profesionales. Y no es porque la casa matriz sea Altos Hornos de Vizcaya, es que el peonaje está formado por campesinos mineros de las localidades

cercanas, que compatibilizan este trabajo con las labores agrícolas, lo que les ha impedido especializarse, obligándonos a traer a los que necesitamos de las cuencas del norte.

Y también de su historia, de los tiempos de expansión y los de recesión, con un pico de producción de 597.000 toneladas de hierro entre 1920 y 30 y la ulterior caída de la demanda tras la crisis del 29, haciendo que la explotación fuese inviable, obligando al cierre en 1932, lo que dejó sin trabajo a 400 mineros de Ojos Negros, 100 en Setiles, y otros muchos del resto de la comarca.

—Puede hacerse una idea si le digo que la población de Ojos Negros pasó de 2.845 habitantes en 1930, a 1.763 en la siguiente década.

—Y eso sin contar con los desastres de la guerra.

—Los materiales los vamos superando. Ya lo verá. Las consecuencias humanas son más sutiles. Aunque esta comarca fue ocupada por los nacionales, las simpatías de los mineros estaban con la UGT y los socialistas, el partido dominante durante las huelgas de la minería de los años 20 y 30, duramente reprimidas tras el triunfo del Movimiento —le expuso sin tapujos el director sin bajar la voz o cerrar puertas y ventanas para evitar oídos indiscretos. Todo lo contrario—. Prefiero que me oigan.

—Ah, ¿sí?

—Sí. —Ahora sí bajó la voz—. Aquí hay mucha gente de izquierdas, socialistas y comunistas, y cuando digo esto quiero decir maquis, y conviene que, al menos, te vean neutral.

—¿Maquis en estas planicies de arcilla, cereal y coscoja?

—Peor. Familiares y simpatizantes que les prestan cobertura e información sobre gente de derechas y empresarios a los que se pueden extorsionar. Se sorprendería usted de la cantidad de masías y casas aisladas que les cobijan las noches de invierno.

—Ya imagino. Y eso sin entrar a hablar del robo de material explosivo por parte del personal, que acaba en mano de los maquis —le contestó Andrés.

—Sí, es cierto. —Y haciendo, exprofeso, una pausa antes de plantear la siguiente cuestión—: ¿Cuál cree que es la actitud inteligente en estos casos?

Andrés también se tomó su tiempo antes de contestar.

—Esta empresa es muy grande.

—Muy grande y además cuenta con un ferrocarril minero con 204 kilómetros de vía, 18 túneles, el mayor de 424 metros, puentes y acueductos, ya conocerá usted el de Albentosa, de 106 metros de longitud sobre 7 arcos de 45 metros de altura. Todavía estamos intentando superar los desastres que sufrió durante la guerra. Kilómetros de raíles arrancados, traviesas utilizadas para construir trincheras, puentes destruidos, etc.

—Sí, y muy difícil de proteger.

—Ya he visto que me ha entendido.

No era difícil. El director, con su filosofía de vive y deja vivir, le estaba expresando la misma impotencia e inseguridad que debían tener las gentes de las pequeñas comunidades rurales que, sin pertenecer al núcleo familiar que les apoyaba, les daba cobertura, amedrentados por sus demostraciones de fuerza, de las ocupaciones impunes de los pueblos donde daban mítines, repartían propaganda, se abastecían de alimentos e impartían justicia sobre los que sus delatores habían señalado como falangistas o simpatizantes del régimen.

Cuando abandonó la casa del ingeniero jefe ya estaba oscureciendo y aunque apenas había medio kilómetro campo a través hasta el barrio del Centro, donde le habían asignado un alojamiento, el director pidió un vehículo para trasladarle.

—No me van a raptar los maquis. —Bromeó.

—Ya me lo imagino. Pero usted es un ingeniero y debe aparentarlo.

El barrio Centro, el mejor dotado de los tres, era un conjunto de edificios destinados a oficinas y a las viviendas de trabajadores de distintas categorías, como delataba la variedad de su arquitectura,

aunque la mayoría eran casitas rectangulares de una sola planta, tejado a dos aguas y corral, dispuestas en bloques paralelos, en uno de cuyos extremos se abría el espacio, a manera de plaza, donde estaba el economato- casino, la escuela, un lavadero y la iglesia, un edificio de planta rectangular, paredes de ladrillo visto y mampostería, medio ábside hexagonal y una espadaña donde dos campanas contaban las horas y los acontecimientos locales.

A la mañana siguiente, un ayudante de ingenieros vino a buscarle en un vehículo para enseñarle el complejo minero, una explotación a cielo abierto que, a base de voladuras y perforaciones, había penetrado en la profundidad de la tierra y fragmentado la montaña, mostrando ahora sus laderas labradas de bancales y escombreras recorridas de chorreras, terminando su viaje en una profunda hondonada delante de la boca de un túnel revestido de cemento.

—Es el túnel de Montiel —le informó el ayudante—. Se ha necesitado perforar 2,5 km en la profundidad de la sierra Menera para unir las cuencas de Ojos Negros, en Teruel, con la de Setiles, en Guadalajara, permitiéndonos así atacar la construcción de una cinta trasportadora para acarrear el material producido en el otro lado y llevarlo a una planta de selección y trituración para cargarlo finalmente en vagonetas.

Aquí bajó del vehículo y se acercó a una de las cuadrillas de escombreros que estaban vaciando el material de las vagonetas, acarreadas por los vagoneros desde el interior del túnel.

Unos buenos días y poco más. No hizo falta presentarse como ingeniero, lo delataban sus manos y sus ropas limpias. Se estuvo a interesarse por su trabajo y por las condiciones en las que lo realizaban y bien pronto pudo oír sus quejas, o sus demandas disfrazadas de sugerencias.

Jornada de sol a sol, trabajo a destajo con el que ganaban casi el doble del jornal normal, compensando así el parón obligatorio del tiempo de las cosechas.

Le hubiese gustado indagar más, saber cuáles habían sido sus reivindicaciones en los años de plomo, durante las huelgas de los 30, sus demandas de contratos laborales contrarias al destajo,

sueldos iguales entre iguales, cajas de jubilación, orfanatos, etc., peticiones que en el año 36, tras el triunfo de los nacionales en Teruel, fueron duramente reprimidas y archivadas.

Pero era mucho para ser el primer día y tuvo que esperar a que se las fuese contando después la Gisela, otro que para venir a trabajar tenía que levantarse al amanecer y recorrer 6 kilómetros para llegar a la bocamina antes del toque de campana.

—Qué frío, don Andrés —le diría, mostrándole sus calcetines de lana húmedos y sus abarcas de esparto, con las que desafiaba las nevadas de los caminos.

La Gisela tenía unos hermosos ojos claros de mirada líquida (¿se echaba algo?), cuerpo muy fino y proporcionado y un inequívoco contoneo de caderas que no podía (o no quería) evitar, incluso en los momentos duros de su jornada laboral, y para colmo le gustaba cantar por Miguel de Molina.

Bien Pagá,

que tú eres la bien pagá

porque tus besos compré…

Con su misma voz, copiando sus gestos, ¡su ricito caracoleando sobre la frente! e incluso su pañuelito de lunares anudado al cuello. Y esas cosas, en esta España de Franco (y en la de después) tenían su precio, como le ocurrió al otro, al de verdad, que unos «desconocidos» (el conde de Mayalde, futuro alcalde Madrid, Sancho Dávila, jefe del Frente de Juventudes, más un tercero), en salvaguardia de la varonilidad mancillada, tras desfigurarle la cara de una paliza, le obligaron a salir de España por rojo, maricón y amigo de Federico García Lorca. Pero no creo que en esa homofobia hubiese diferencias entre tirios y troyanos.

Se decía que su padre, un viejo minero del lugar, se había fugado de casa comido de vergüenza y harto de contarle las costillas a

zurriagazos, sin lograr reconducir esas tendencias que se descararon definitivamente cuando empezaron a alborotársele las hormonas. Pero ni siquiera de esto se quejaba Gisela, ni nunca aclaró si era verdad lo de su padre.

Entró en la mina a los 16 años y todavía no había logrado superar la categoría de zagal, aprendiz, aguador o ayudante de todos y para todo. Nadie le aceptaba en su cuadrilla —no sea que—, esas cosas de la hombría, a pesar de que él cumplía con celo y soportaba sus bromas recurriendo a Miguel de Molina.

…Son las cosas de la vida,

son las cosas del querer.

No tien fin ni principio,

ni tien cómo ni por qué…

Conforme fueron pasando los días, Andrés pudo ver cómo las bromas, de mayor o peor gusto, se convertían en faltas de respeto, en groseras alusiones a su condición con movimientos de caderas que simulaban ofertas sexuales ofensivas y obscenas y, por parte de algunos, amenazas y maltrato físico. Afortunadamente supo estar atento y discretamente le expuso el caso al director.

—Y qué quiere que le haga, ¿que lo eche? No es el único homosexual que en estas latitudes ha tenido que aprender a defenderse. Además, él es el único soporte que tiene su madre.

—Podríamos asignarle otro puesto de trabajo donde fuese más útil.

—¿Dónde me sugiere?

—En el economato. Lo alejamos de sus agresores y encima le damos una cierta fuerza, ya que es él quien debe aceptar los vales del racionamiento y sabe perfectamente cuáles y cuántos corresponden a cada trabajador.

—¿Sabe, Andrés? Usted me gusta, entiende los problemas y busca soluciones.

A finales de febrero recibió su primer sueldo. No era exactamente el de un ingeniero, pero sí el primero que recibía como trabajador.

—¡A mi edad!

Y junto a ello la propuesta de prolongar el contrato hasta noviembre.

—Hasta entrado el invierno —corroboró el ingeniero jefe—. Y ahora váyase a celebrarlo a Teruel. Ya le dije que no es Biarritz, pero tampoco la bocamina.

—Que se divierta —le deseó Gisela, para algunos, ahora, «Simón, hijo, mira que…», desde que había pasado a desempeñar su nuevo puesto de trabajo.

Tomó el ferrocarril minero en el barrio del Hospital, un tendido de 204 kilómetros hasta la ciudad de Sagunto, con un recorrido muchas veces paralelo al del viejo Central de Aragón que, hasta 1941, fecha que se integró en la RENFE, explotaba la vía férrea Zaragoza-Teruel, compartiendo desde la localidad de Santa Eulalia muchas estaciones comunes. En esta estación trasbordó para tomar el «Chispas» hasta Teruel.

Y cuando entró en el departamento…

¡La vio!

55

Avelina y Andrés

Cuando bajó a cenar lo hizo valorando emociones hasta ahora inéditas, como la sensación de libertad, la de decidir lo que quiero hacer, en este caso pasar un fin de semana en Teruel (que desde luego no era Biarritz), la de mirar a lo lejos sin que le perturbe su futuro laboral (tiene un trabajo hasta noviembre, pero con perspectivas de alargarse sine die), su posición (desde luego no era la de un ingeniero, pero ya se podía ver subiendo escalones), sin necesidad de echar cuentas antes de elegir este hotel, de pedir al camarero la comanda, en este caso, a una camarera, la de…

(¿Cómo se llama, señorita? —Avelina, para servirle).

¿Y mañana?

Aquí o en cualquier otra ciudad o cualquier otro complejo minero. Porque de esto se trata, de que todo esto viene al caso porque siente que se ha apoderado de su vida y que él es el que elige.

¿Cómo ha dicho la camarera que se llama? Ah, sí, Avelina. Bien, pues eso es lo que le está gritando esa mujer con su andar cansino, sus tobillos hinchados y el barrigón de su embarazo desplazando el punto de equilibrio de su cuerpo: «Amigo, ya es hora de que los dos nos vayamos a casa».

—¿A qué casa?

Esto es lo que se le escapa de su nuevo yo. Su punto de partida, el hogar, la familia. Todo se lo llevó la vorágine de la guerra, convirtiéndolo en un hombre que camina sin dejar huellas de sus pasos, un barco sin puerto donde anclarse.

Eso ha sido durante todos estos años, Mercedes. El amparo que prestan los recuerdos y el bálsamo de las heridas que deja el tiempo

sucedido.

(Existes, existimos).

Hoy se ha desvanecido la ilusión para dar paso a la realidad, a ti, a esa mujer del tren con la que al cruzarse las miradas se han reconocido.

(Tú también me recordabas).

—¿Qué habrá sentido al verme?

¿Vivirá aquí?... ¿En Teruel?… ¿Y si preguntase a Avelina por ella?… Y ahora, recordando a ese hombre que le acompañaba, ¿estará casada?

Necesitaba solucionar el tema.

(Señorita, bueno, señora, se corrigió, ¿conoce usted a Mercedes Sierra?, es una mujer de 25 años, muy hermosa, con una melena ondulada color caldera e inmensos ojos…)

Afortunadamente supo ver antes que su pregunta era inadecuada y hasta comprometedora.

Quizás el teléfono. Su nombre figurará en la guía.

Si está casada, no. En ese caso el que figurará será el de su marido.

Pero se impuso la curiosidad y al final pidió a Avelina la guía y, aunque encontró varias personas que respondían a M. Sierra, sin desanimarse descolgó el teléfono.

—¿Con qué número quiere hablar? —le respondió al otro lado la telefonista.

Le dijo el primero, y después el segundo y, cuando iba a pedir el tercero:

—¿Pero con qué Sierra quiere hablar, señor? —le recriminó la operadora.

Ya no podía echarse atrás.

—Con la señora Mercedes Sierra.

—Será con la señorita Mercedes, la enfermera.

—¿Señorita?

Tardó un siglo en descolgar el teléfono.

—¿Dígame?

56

Las elucubraciones de Constancio

Cuando Andrés terminó de subir la Escalinata, iba tan abstraído que no advirtió aparcado en la acera de enfrente el Citroën que había rehusado Mercedes, ni tampoco reconoció a Constancio, su conductor. Pero el otro sí lo hizo, en cuanto lo vio aparecer por la puerta de la estación, y como tenía buena memoria, inmediatamente recordó toda la historia: Alicante, Valentín, «Socorro Extremo» y esa cartera que se quedó Mercedes con el beneplácito de don Ángel.

—¿Será posible? —De momento ese fue su comentario a propósito de tal encuentro.

Después.

—¿Pero y sí…?

Y no lo pensó más, así que cargó rápidamente los bultos de don Ángel y Mercedes, arrancó el coche y lo esperó en el paseo del Óvalo, frente a la desembocadura de la Escalinata, por donde emergió Andrés, que cruzó la calzada para dirigirse a Óscar, un popular guardia municipal bajito y sonrisa simpática perenne, al que le preguntó por la oficina de telégrafos.

—¿Ve usted la torre del Salvador?, pues suba esa calle y…

Lo siguió discretamente y, una vez ahí, esperó a que entregara su mensaje al telegrafista. Después, cuando salió, se dirigió al funcionario y, tras mostrarle su chapa, le pidió que le entregase el albarán, a lo que se negó, pero pudo leer los datos del destinatario, Ramón Celada. No recordaba ese nombre, pero se propuso

consultarlo en los archivos. Al salir de la oficina algo si tenía claro.

—Aquí tenemos a Roldán. —Rondándole el tema por la cabeza.

No le costó saber el hotel donde se había alojado ni acceder a su ficha.

—Andrés Favard, pasaporte francés, ingeniero de minas, última residencia en poblado del Centro, Compañía de la Sierra Menera, Ojos Negros, Teruel.

—¿Y a qué vendrá aquí Roldán?

El tema «Socorro Extremo» degeneró por lisis tras la huida de Valentín a Orán y la decisión de don Ángel de que «aquí no ha pasado nada», liberando a su amante de cualquier investigación. ¿Pero y si…? Planteándose la primera hipótesis:

—¿Y si al huir tan precipitadamente no hubiesen podido activar «Socorro Extremo» y sacar ese dinero del país y ahora se propusiera recuperarlo? —Para concluir con que, en tal caso, pronto vería por aquí a Capitán y a Gúdar.

El siguiente movimiento exigía conformar que los tres personajes imbricados en el tema habían contactado entre sí, posiblemente intercambiando mensajes a través de las ondas de Radio España Independiente. En los archivos se guardaban todos lo que diariamente emitía esta emisora para la resistencia interior, los maquis, exiliados, etc. y ahí dirigió su investigación, empleando, como no podía ser de otra forma, los nombres claves que en su momento utilizaron en Alicante.

«Capitán, Gúdar, Roldán».

Mientras le llegaba el informe, lo único que podía hacer era tener vigilado a Andrés, buscar una excusa para interrogarlo y, por supuesto, poner en antecedentes a don Ángel, no sea que él descubriese su presencia.

¿A que no adivina usted con quién han estado viajado?

Así, sin entrar en más detalles.

Y el comandante que, efectivamente, no había advertido quién era ese viajero fugaz, ahora empezó a entender la caprichosa actitud de Mercedes en la estación de Teruel, su mutismo mientras subía la Escalinata y su seca despedida al llegar a su casa. Y aunque estaba acostumbrado a sus súbitos cambios de humor, hoy, ahora, sin dar vueltas a ninguna otra cuestión, empezó a rondarle el demonio de los celos y la humillación que suponía que Constancio estuviese al tanto de la situación. Así que, evitando que adivinase sus sentimientos, aparentando un desinterés que no sentía, le preguntó:

—¿Qué me estás sugiriendo?

Tras aclararle de quién se trataba, le preguntó:

—¿Quiere que me entere de la causa que le ha traído a Teruel?

—Es un ciudadano francés y la precaria situación internacional de España no nos permite añadir más leña al fuego sin tener una acusación firme —dijo recordándole después que España y Francia, a raíz del fusilamiento de Cristino García Granda, habían roto relaciones.

—Es cierto que no hay nada oficial, don Ángel, pero usted guarda su expediente y podría prestarnos la excusa.

—¿Qué expediente? —Señalándole amenazadoramente con el dedo, recordándole, sin palabras, que en su momento le exigió que olvidase cualquier cosa relativa al pasado de Mercedes.

No insistió, ya habría tiempo para ello y aún quedaba una segunda cuestión, y esta era delicada. Nunca le había aclarado al comandante lo que significaba «Socorro Extremo», más allá de que tenía que ver con un desfalco de Valentín al SERE que al final terminó en la cuenta corriente de Mercedes.

—Y aquí se acabó todo, ¿verdad, don Ángel? —Se dijo, añadiendo a continuación, amenazadoramente—: Quién sabe la de vueltas que da el mundo. Y qué casualidad la de que hayan decidido reunirse de

nuevo los tres protagonistas de «Socorro Extremo», …los cuatro, si incluimos a ella.

Esa noche, Ángel volvió a darle vueltas al tema Passapoga y a los momentos de frenesí que le siguieron.

(O no ocurrió lo que creo que pasó y ella me lo hizo sentir).

Se niega a tener pensamientos derrotistas y a dar un paso atrás.

—¡Ocurrió!

(Y si no fue así, no me lo aclares, Mercedes).

Tras esta dosis de moral, se atrevió a plantearse la cuestión que nunca se hubiese atrevido a hacerse si no hubiese sucedido lo de Passapoga.

¿Habría ocurrido con otra mujer?

¡Imposible! Su soberbia no le permitía mostrar su mutilación a nadie que no fuese un profesional de la salud. La casualidad quiso que fuese ella y que resultase la mejor, y ya llevaban tanto tiempo juntos (al menos encontrándonos cuando nos necesitamos) que había llegado a convencerse de que compartían una forma sui géneris de amor. La únicamente válida, dadas las circunstancias.

—Ya sé que no empezamos con un «érase una vez» ni nunca hemos flotado en un campo de estrellas, pero creo que en esa noche algo cambió, y quiero creer que también para ti.

(Si no es así, no me lo digas, Mercedes, ya he reconocido que te necesito).

—Entonces ¿por qué has vuelto a huir de mí?

¿De qué otra forma podía describir el cambio súbito que experimentó al salir de la estación de Teruel?

—Es ese hombre, ¿verdad?

(Y fíjate que las otras veces siempre he entendido que necesitabas

respirar y nunca te he preguntado qué ha ocurrido en el entreacto).

Conocía la historia de ambos en Alicante. Hoy mismo, ese maldito Constancio había intentado recordárselo y esto le disparaba el temor de que ella pudiese compararles. Con tan solo pensarlo le tiembla la tímida fe que intentaba depositar en sus posibilidades amatorias.

Y aquí, de nuevo, el tema de los celos, ese fantasma que tergiversa el abrazo de una mujer con el de una serpiente pitón que te aprieta hasta la asfixia.

E inmediatamente el temor a perderla y ya, sin pausa, el inicio de ese círculo vicioso donde el miedo lleva a la inseguridad y esta a la disminución de sus posibilidades amatorias, disparando su complejo de castración, retroalimentándose el circuito que augura la catástrofe.

Y ya no quiere ni pensar en todo lo que puede aceptar con tal de no perderla.

Días después, Constancio recibió respuesta a sus cuestiones. Había al menos dos notas que barajaban esas palabras, «Roldán, Gúdar, Capitán», con la particularidad de que la segunda parecía dar la réplica a la primera, cambiando el orden de las palabras, apareciendo ahora como «Capitán, Gúdar, Roldán», lo que no solo confirmaba sus sospechas, sino también la mediación del PCE en la operación.

57

En la pila del agua bendita

—¡Será posible! —Exclamó Andrés al consultar el reloj—. ¡Las 9 de la mañana!

No recuerda en su vida haberse levantado a estas horas.

Y qué más da. Hoy es domingo y todavía queda mucha mañana hasta la hora de tomar el tren de vuelta a Ojos Negros y afuera el sol se ha apoderado del invierno del altiplano turolense y está gritando que algo bueno te va a suceder.

Cuando se disponía a salir oyó dos golpecitos discretos en la puerta de la habitación. Era Avelina con la bandeja del desayuno. Una jarra de leche, otra de malta, unas rebanadas de pan caliente, mantequilla y mermelada casera. Evidentemente, en este hotel se saltaban el racionamiento.

—Muchas gracias, pero casi habría preferido bajar al comedor.

Sin atender su insinuación, la mujer cerró tras de sí la puerta, colocó la bandeja encima de una mesita y con gesto serio y bajando la voz le preguntó:

—¿Es usted uno al que llaman el Francés?

La misma que le hizo hace muchos años en Alicante, cuando le llevó un recado de parte de su marido a ese hombre rubio de aspecto extranjero, el mismo que hoy tenía enfrente, advirtiéndole que si a él le ocurría algo entregase esa llave que le había confiado.

—¿Qué me está diciendo, mujer? —Más sorprendido que alarmado por que alguien pudiese reconocerle por su alias.

—Pues eso, que esta semana no va a poder ser, pero que el mexicano ya está en camino.

—Vale —aceptó. —Pero podía haber sido más discreta y menos directa. — Después ya le preguntó sobre el otro compañero.

—Sobre quién, ¿sobre el Practicante? Ese es un botarate que ha decidido echar por la borda su vida y la de su familia y se ha fugado de la colonia penitenciaria del pantano de Benagéber, donde, para más INRI, ya le faltaba poco para terminar de cumplir su condena.

No podía decir que sentía sus reproches, ya que le confirmaba que todo marchaba como estaba previsto y, aunque todavía faltaba un tiempo para que se solucionase todo, ya podía vislumbrar el final. Tenía motivos para estar alegre y, encima, hacía una buena mañana y tenía tiempo de darse una vuelta hasta la hora de salida de su tren.

Pero antes, confiando en la que parecía ser su contacto, le preguntó:

—Ayer estuve buscando en la guía de teléfonos a una persona, la señorita Mercedes Sierra. Es enfermera, ¿la conoce usted?

—Claro que sí.

—¿Qué sabe de ella?

—¿Se refiere a si está metida en esto? —Respondiéndole a continuación con un no tajante y convincente.

Le habría hecho muchas más preguntas, sobre todo acerca de ese oficial de la Guardia Civil, pero no le pareció que fuese muy discreto.

Poco tardó en recorrer la ciudad, el Viaducto, la plaza del general Varela y el teatro cine Marín, donde pasarían los domingos la burguesía turolense.

—¿Y si ella también acudiese aquí?

En ese momento… Tan, tan… las campanas de la catedral cantando en bronce el mediodía e invitando a los fieles a misa mayor.

No lo dudó. Guiándose por el tañido, con paso decidido entró en la plaza del Torico por el lado del comercio de tejidos del mismo

nombre, un bello edificio modernista de colores azules, y cruzó al otro lado, sin apenas pararse a ver la fuente central, donde dicen que se quedó plantado, bajo un lucero, el toro que condujo a las huestes aragonesas hasta el lugar donde fundaron esta ciudad. Tras desviarse por un lateral, dobló la esquina de la recién inaugurada Audiencia Provincial y desembocó en la plaza de la Catedral.

Al entrar en la iglesia se quedó junto a la puerta principal, al lado de la pila de agua bendita, y ahí, con los brazos cruzados, esperó (no sabría decir muy bien a qué), contemplando la techumbre almohade y el trascurrir de la vida diaria del medievo en sus tablas policromadas, una buena parte de las cuales estaban en fase de restauración, tras los destrozos sufridos durante la guerra civil.

Desde el lugar donde estaba intentó descubrirla entre los fieles, confiando en que el color de su pelo, por muy cubierto que estuviera por el velo, no pasaría inadvertido, y fue repasando lenta y concienzudamente cada una de las filas de bancos situados frente al altar mayor, sin dar con ella finalmente.

—¿No será mejor esperar afuera a que termine el acto y salgan los fieles?

Cuando inició la salida la vio entrar por una de las puertas laterales, acompañada por ese comandante de la Guardia Civil.

Ignorando la presencia del militar, se adelantó a ofrecerle agua bendita.

Naturalmente, se quedó con su mano al aire, pero con la sonrisa amplia, franca y hasta risueña con la que ella saludó la situación.

Y también con su larga mirada.

Tan larga que su acompañante, interponiéndose entre ambos, la tomó del brazo y, separándola de la pila bautismal, la condujo al interior del templo.

La había visto, había limpiado su imagen del pasado, no estaba implicada en «Socorro Extremo» y encima le había sonreído. ¡Qué más podía esperar!

¡Dios! A que pase pronto la semana y vuelva a Teruel la próxima.

De nuevo el ferrocarril, la estación de Santa Eulalia, la chimenea de la azucarera soltando un vapor blanco y dulce, el barrio del Hospital y, un kilómetro más allá, su casa en el barrio del Centro.

(Con qué placer saboreaba esas palabras, su casa).

Aunque ya había anochecido, distinguió dos personas esperándolo a la puerta.

—Soy yo, don Andrés. —Se apresuró Gisela a darse a conocer.

—¿Gise… Simón?

—Sí, y ella es mi madre, Asunción, que viene a mostrarle su agradecimiento.

—Usted es un señor y no está bien que haga los trabajos de su casa y que tenga que ir a que mi hijo le dé de comer en el economato —le dijo la mujer.

Y ya no hubo forma de negarse.

—Si es por el dinero, no se preocupe, que yo me apaño.

—Será por eso, mujer —protestó.

Hay cosas que al final se agradecen y refuerzan la decisión que había tomado de venir a Teruel. Tenía la sensación de que, por primera vez en su vida, había acertado. Trabajaba en lo que había estado estudiando antes de la guerra, tenía una casa y una perspectiva de futuro y vislumbraba a una mujer.

¿No te estarás pasando de impulso?

¡No!, es que ahora estaba limpiando su horizonte de nubarrones y se permitía soñar, con la esperanza de que, al despertar, su sueño se convirtiese en real, lo que le impelía a creer y a luchar.

—¿Quién será ese hombre que muestra una actitud tan dominante? ¿Un marido celoso? No, ella es señorita. No importa, pero ese

hombre…

El fin de semana siguiente volvió a Biarritz, digo a Teruel. Hotel Oriente, misa mayor en la Catedral, paseos por esa plaza del Torico estudiando cada bar, hasta por el casino, para acabar finalmente en el Óvalo, cuesta de San Francisco arriba, hasta la Glorieta y vuelta, sin perder de vista esa casa en cuya puerta había una placa donde podía leer: «Mercedes Sierra. Enfermera-Comadrona» y, a continuación, por no llamar la atención, idéntico trayecto ahora por la acera de enfrente, con parada en la desembocadura de la Escalinata (a ver si se asoma a la ventana y me ve) para volver a repasar el estado de las obras de ese edificio que se estaba construyendo ahí abajo, a la izquierda que, según le habían informado, se trataba del futuro Instituto de Enseñanza Media Ibáñez Martín, un ilustre turolense, actual ministro del ramo, acérrimo defensor de una enseñanza católica por encima de todo.

Al final se volvió a Ojos Negros sin haber logrado verla, o sin que ella se hubiese dejado ver, maldiciendo a ese petulante oficial (el caso es que me recuerda a alguien) que se arrogó el derecho de interponerse entre ambos.

—¿Pero es que no ha hablado todavía con ella? —preguntó incrédulo Gise… Simón, sin querer dar crédito a lo que estaba oyendo.

La soledad es mala consejera, sobre todo cuando estás deseando contar a todo el mundo que acababas de aterrizar a la vida y que estás pletórico, y eso es lo que había ocurrido una de esas noches que, después de cenar, Asunción (cómo cocina esta mujer) lo echó literalmente de la casa, para que se fuese a orear al casino-economato y chocarse, una vez más, con la barrera del ancestral respeto de los trabajadores (a él, que había convivido en el monte con un montón de guerrilleros carboneros), teniendo que decidirse entre hacer un monólogo con las estrellas del cielo turolense, montarse una conversación con él mismo o, la tercera opción, hablar con Simón que, muy profesional, desde su mostrador, aliviado del trabajo del día, se ofrecía complaciente a oír lo que empezó siendo un monólogo, después diálogo y finalmente un interrogatorio puro y duro, hasta que, finalmente, salió ella.

A una persona tan sensible como Simón (ahora ya identificándole únicamente por su nombre, olvidándose de su alias humillante), no le dejó impasible la historia, ese cinematográfico reencuentro en un tren, en el momento en que salía de un túnel y la luz le dejó ver su cara (no fue así, Simón), mejor todavía, en el vagón restaurante (que estamos hablando del «Chispas»), donde se cruzaron y… ella lo miró y a la semana siguiente le sonrió, aquí se arrancó:

Por una mirada, un mundo; por una sonrisa, un cielo, por un beso…

(No era el momento para hacerlo por Miguel de Molina).

—¡Hijo, para cuándo el beso!

En esas charlas a pie de mostrador salieron más cosas. También Simón y Asunción tenían su vida.

—Se dice por aquí que mi padre se escapó con otra, o algo por el estilo.

Andrés también había oído esa versión sobre la que ahora su hijo pretendía hacer justicia, negando que hubiese mediado su condición sexual.

En los años 30 hubo mucho movimiento sindical en las zonas mineras, de Teruel y del resto de España. Pero refiriéndose a aquí, el sindicato más fuerte era la UGT, que llegó a tener en esta cuenca unos 800 afiliados, muy por encima de la CNT y otros sindicatos católicos, que también los había.

El padre de Simón formaba parte de los Comités Paritarios, órgano de mediación y arbitraje formado por cinco trabajadores y otros tantos vocales de la patronal, donde se intentaban dirimir las reclamaciones de los mineros en materia de descanso dominical, horarios, salarios, etc. mediante la redacción de un contrato laboral. Reclamaciones que al no ser atendidas provocaron una serie de huelgas, la más importante la de 1933, donde a sus reivindicaciones se sumó la readmisión de los trabajadores sancionados y otras,

como la creación de las cajas de jubilación y de orfanatos mineros, que serían atendidas con la dedicación de unos céntimos por tonelada de mineral extraído.

—Nunca se firmó ese acuerdo, que exigía que el Gobierno permitiese a la patronal un alza en los precios, por temor a que terminasen repercutiendo en toda la economía de la nación. Piense que estamos hablando del hierro y de la principal fuente de energía del país, el carbón (esta última parte la puso él).

—¿Y qué pasó?

—Que en 1933 ganaron las elecciones las derechas de Gil Robles y paró la ley de Reforma Agraria, amnistió el fallido golpe de Estado del general Sanjurjo (que volvió a intentarlo encabezando el del 36, aunque tras su muerte accidental acabó dando el poder a Franco) y reprimió con dureza la huelga general, lo que desembocó en los sucesos de octubre del 34 en Asturias, la rebelión anarquista en el Bajo Aragón y en toda España un nuevo posicionamiento de la izquierda.

¿Armonía?, ¡No! Lucha de clases, odio a muerte a la burguesía criminal.

Tras el triunfo del Frente Popular en las elecciones de 36 parecía que los trabajadores iban a poder tratar de nuevo sus reivindicaciones, pero el 18 de julio estalló la rebelión militar y con ella la represión contra todo lo que significase sindicatos o partidos de izquierdas y como esta zona quedó bajo el poder de los militares, su padre tuvo que huir.

Toda una explicación susurrada casi con la luz apagada, con las ventanas cerradas y asegurándose de que no había nadie más en el local.

—Mi padre está ahí, en la Sierra de Gúdar-Javalambre, anda con la partida del Chaval. —Ahora con un expresivo (y teatral) gesto de taparse la boca con la mano—. Lo siento, se me ha calentado la boca. Olvídelo, por favor.

—Tranquilízate, Simón. Si te sirve de algo te diré que conocí al

Chaval en Francia. Fuimos compañeros en la División de Cristino García Granda.

—¿Ha peleado usted con los maquis españoles? —murmuró, o más bien susurró, haciéndole señas con las dos manos para que bajase la voz.

—No tengo por qué ocultarlo, soy un ciudadano francés orgulloso de haber peleado por su país en la Resistencia francesa, donde coincidí con luchadores españoles, como el Chaval, que nos ayudaron a liberar el sur de Francia. —Y sacó de su cartera el documento de identidad acreditativo que le entregaron en Toulouse. —Aquí puedes leerlo, 3ª Div., lo firma Cristino García Granda.

—A pesar de todo, aquí, en España, no conviene hablar de ciertas cosas.

—Y no lo hago. Ha sido una excepción.

58

Los Amantes de Teruel

Al siguiente fin de semana volvió a Teruel, al hotel Oriente, a la plaza del Torico, al paseo del Óvalo y de nuevo al hotel. Y nada. No fue un buen día.

Mercedes no estaba, o no estaba para él, y encima, cuando se sentó a cenar, vio que Avelina tenía la cara más demacrada, los ojos más hinchados y la barriga tan caída que no necesitó que le dijese que esto ya no daba más de sí y que «este» reclamaba su salida.

—¿Y qué vas a hacer, mujer?

—Irme a mi pueblo. —Le respondió, acariciándose la tripa—. De este se habrá olvidado su padre, pero va a tener siempre cerca a su madre. Por estas —dijo besando los dedos de la mano derecha en cruz.

No era este el sentido con el que había hecho su pregunta, pero comprendió que fuese el que entendiese una casi parturienta, así que decidió replantearla.

—¿Pero es que nadie te puede atender aquí el parto? —Y ahora conciliador—: En la ciudad hay más medios y tú no parece que estés en condiciones de viajar. ¿Has consultado con una comadrona si puedes hacerlo? —Y hasta se ofreció—: Si necesitas alguna cosa...

—Nada, don Andrés. Solo necesito parir tranquila y olvidarme de todo. —Lo dijo con un acento tan decidido que él no dudó que fuese así.

—¿Ha pasado algo?

—No. Viene de antes, pero siempre esperé que llegado este momento…

Y ahí lo dejó, así que casi estuvo de más su nueva pregunta.

—¿Se ha previsto a alguien para sustituirte?

Pero ella se limitó a elevar los hombros como toda respuesta.

Su decisión era tajante, tanto que a la mañana siguiente, que pidió el desayuno en la habitación para poder terminar de hablar, ya no se lo sirvió Avelina, y en la recepción le confirmaron que se había despedido la noche anterior.

—¡Hay días que…!

No solo no tenía noticias de sus compañeros, sino que, además, acababa de perder su contacto.

—Lo que digo.

Compró el Lucha y se sentó a leerlo en un bar de la plaza del Torico. Cuatro páginas de noticias locales y otra de referencia nacional, y en una de ellas, en un recuadro, el anuncio de que este sábado y mañana domingo, el Cuadro Artístico «Los Amantes», del Grupo de Empresa del Instituto Nacional de Previsión, iba a poner en escena dicha obra, Los Amantes de Teruel, con los principales papeles femeninos a cargo de los hijos de algunas de las personalidades ilustres, como la del alcalde de la ciudad, o la del presidente de la Diputación.

Un acontecimiento social de tal categoría tenía que atraer al todo Teruel, así que, sin perder más tiempo, sacó su entrada en una platea, un buen lugar para observar y ser observado. Y esperó a que se fuese llenando el teatro.

Unos minutos antes de elevarse el telón llegó ella.

¡Sola!

Y tomó asiento en la platea de enfrente.

No era ya la elegante mujer del tren (y mucho menos la dama de Passapoga). Nada había en su forma de vestir que sobresaliese del resto de las presentes, salvo que a ella las cosas le sentaban mejor,

¿verdad, Andrés?

Al poco se apagó la luz y el escenario acaparó la atención de los espectadores, incluyendo la de ella, que con gesto inexpresivo y aparente se centró en la obra que se iba a representar.

Es imposible que no me haya visto, se dijo, con la mirada fija en la mujer que, aparentemente, sin conciencia de ello, se mantenía en actitud hierática, con las manos cerradas sobre su regazo, aunque su gesto contenido y su inmovilidad de esfinge delataban su intento de autocontrol y la mella que su insistencia le estaba provocando en sus defensas.

—No disimules, ya te has dado cuenta de que estoy aquí. —Le envió con su pensamiento el mensaje—. No te resistas, devuélveme la mirada. Solo quiero hablar un instante contigo.

Vio, o quiso ver, que su respiración se hacía más agitada, que retorcía sus manos, siempre entrelazadas sobre su regazo, y que fruncía el ceño queriendo empaparse de lo que estaba sucediendo en el escenario, en los sinsabores de esos amores que obligaron a don Diego a separarse de Isabel e ir a buscar fortuna si quería aspirar a ella.

Primero fue una mirada de reojo, un parpadeo disimulado, un pequeño repaso al patio de butacas, y de pasada a él, seguido de un respingo al verse sorprendida en el pecado. Después ya pareció que quería enterarse de la gente que había en las plateas y, finalmente, se fijó en él de forma franca y sin disimulos.

Esto es lo que estaba esperando y, aprovechando que seguía mirándole, se levantó de su asiento y abandonó la sala. Confiando en que hubiese entendido su maniobra, se quedó en el vestíbulo. Al poco la vio aparecer por la puerta de acceso al pasillo de su platea y se acercó a ella.

—¿Qué quieres? —le dijo Mercedes con aspereza, dejándolo de nuevo con la mano suspendida en el aire—. ¿No has entendido que no quiero hablar contigo?

—Perdona. —Se disculpó con timidez, sin saber muy bien cómo

actuar ante una situación que no había previsto—. Lo siento, no era mi intención molestarte. Dándose media vuelta en dirección a la salida del teatro.

Fue ella la que lo detuvo:

—¡Perdona!, perdona mi brusquedad.

Ahora sí, ahora se llegó de nuevo hasta ella y, extremando la corrección, le dijo en tono de disculpa:

—Si te comprometo, me voy. Lo entendería perfectamente. —Al no obtener una respuesta negativa, continuó—. Solo decirte que, bueno, que después de tanto tiempo y de las condiciones en las que nos conocimos, me alegro de verte.

—Yo también —contestó, dulcificando su actitud.

Abandonaron el teatro y salieron a la plaza del General Varela, donde un vallado de madera ocultaba las cicatrices de la guerra y calle adelante terminaron en la plaza del Torico y ahí, a la vista de todos, se sentaron en un bar.

Ahora ya Madrid, esa ambulancia y ese viaje a Alicante, silenciando discretamente cualquier referencia a esa noche de la que nunca se olvidó Andrés.

—¿Y al llegar a Orán, qué?

La prisión de Reims, el Pirineo, La Madeleine y el Hospital Varsovia.

—No has tenido una vida fácil, Francés —le dijo, empleando con cariño su apelativo.

—Lo asumo. Pero es lo que nos ha tocado a los de nuestra generación. Ahora espero que las cosas cambien a mejor. ¿Y a ti, cómo te ha ido?

—Yo no he tenido tantos sobresaltos, pero también lo asumo todo.

Adivinando mucha amargura detrás de sus palabras, le tomó la mano derecha y, oprimiéndola con cariño, le respondió:

—Si lo prefieres, hablamos de ello otro día. Ahora es el momento en que dos amigos se reencuentran y lo que toca es saludarse con alegría.

—¿Habrá otro día? —respondió con ambigüedad.

—Habrá los que tú quieras que haya, Mercedes.

Sin contestar a su demandante insinuación, ella desvió el tema.

—Así que eres ingeniero de minas y trabajas en la Sierra Menera. Quién lo iba a decir de ese feroz guerrillero.

—¿Y cómo sabes esto de mí?

—A través de Avelina. Como llevabas tantas semanas siguiéndome y paseándome la calle —respondió con la cara arrebolada. Y, sin terminar la frase, se levantó del asiento. —Vámonos —dijo sin dejarle insistir sobre el tema.

A pesar de que había anochecido y que las normas de una sociedad mojigata aconsejaban evitar lugares poco iluminados, pasearon por la Glorieta, deteniéndose en el fondo, donde con la luz del día se podía ver la bajada a la estación, el río Turia y su puente de hierro recién reconstruido. Tras un rato de charla impersonal tomaron unas escaleras laterales y bajaron al paseo del Óvalo para terminar delante de su portal.

—¿Habrá otro día? —preguntó él, parafraseando su anterior ambigüedad.

Aquí sí, aquí ya le respondió ella con sinceridad.

—Yo no tengo una vida fácil, Andrés.

—Ya lo he advertido, pero quiero que sepas que solo me interesa lo que tú quieras que me interese, y que la próxima semana volveré. El resto ya depende de ti.

Tras un «hasta la próxima», se volvió hacia su hotel andando despacio, disfrutando del frío seco de la noche y de un cielo lleno de estrellas.

En ese momento, el hombre que estaba sentado al volante de un Citroën 11 L aparcado delante de la puerta de Mercedes, salió del coche y rumiando su rencor se dirigió hacia el hotel Victoria.

—Buenas noches, comandante. ¿Su llave?

Sin responder al saludo del recepcionista la tomó con cierta violencia.

En el tren de vuelta a Ojos Negros Andrés, lejos de disfrutar del romanticismo del reencuentro, lo que sentía era una incontenible ansiedad de solventar, de una vez por todas, su vida.

—Tengo 30 años y esto tiene que terminar —se dijo tomando la llave que llevaba colgada del cuello desde el día que llegó a Prayols.

Era perentorio contactar con los otros actores de «Socorro Extremo» y decidir entre los tres cómo hacerlo, incluso si se acordaba que el beneficiario no fuese el Hospital Varsovia. Aceptaba cualquier otro destino humanitario. Más aún, el que decidiese Valentín, que al fin y al cabo era el responsable de esta misión.

Ya no había marcha atrás, el resto, el cómo hacerlo, ya era una cuestión de operatividad, incluyendo superar el problema que suponía el que Avelina se hubiese retirado sin señalar un contacto (más allá de su particular circunstancia, no parecía menos harta que él), pero esto no era un escollo insalvable. Contaba con que iba a encontrarse aquí con Valentín, lo del Practicante era más complejo, pero ya tenía mucha historia a su espalda y había convivido con mucha gente en los Pirineos o en Toulouse, con los que su carta de identidad de la Resistencia le abriría muchas puertas.

Al día siguiente habló con Simón, recordándole la conversación en la que le había confesado que su padre estaba con la partida del Chaval.

—Necesito que me pongas en contacto con él.

Una proposición tan grave implicaba el riesgo de que pudiese ser utilizada por el otro para denunciarlo a la policía, y así se lo hizo ver.

—Pongo mi seguridad en tus manos.

—Y yo en las suyas, así que tendremos que fiarnos el uno del otro —le contestó Simón, y a continuación—: Tendrá que esperar. Esto me va a llevar tiempo.

Ahora había una segunda cuestión, sincerarse con Mercedes y reparar una injusticia, confesándole que cuando se separaron creía que era culpable de las acusaciones que le había hecho Ramón. Necesitaba hacerlo si quería recomenzar su vida sin dejar muertos a su espalda, a las de los dos, incluso si al final ella no respondía a sus ilusiones.

—Y después, tú juzgarás, Mercedes. Estás en tu derecho.

Volvieron a verse el fin de semana siguiente y en esta ocasión se encontró con una mujer joven, sonriente, que parecía feliz. Y quiso creer que él tenía algo que ver en su trasformación.

Tomaron el habitual paseo que hacía Mercedes bajo los olmos que flanquean la carretera de Sagunto, hasta la Piedra del Alemán y vuelta, ignorando las miradas maliciosas de los demás, para terminar sentados en la terraza del hotel, donde salió un camarero a servirles.

—¿Ya no está Avelina? —Quiso cerciorarse Andrés.

—No —le contesto la misma Mercedes. —Se ha marchado a su pueblo para dar a luz. Pobre mujer, en este trance y abandonada por su marido. ¿Por cierto, sabes quién es? Se trata de José Castán, más conocido como el Practicante.

—¡El Practicante! —exclamó sorprendido.

Esta fue la llave que abrió la siguiente puerta.

—No podemos seguir ignorando un tema que nos concierne a los dos, «Socorro Extremo». ¿Te acuerdas de ello?

Ella respondió con un respingo brusco, seguido de un envaramiento que indicaba que se había puesto a la defensiva.

—No, no. —Intentó tranquilizarla. —Voy a hablarte de mí y quiero que me escuches atentamente.

Sin esperar su respuesta ni a que declinase su actitud, tomó su mano y le dijo con suavidad:

—Mercedes, quiero que sepas por qué he venido a Teruel.

Mostrándole la llave que llevaba colgada al cuello empezó a decirle que el fin que perseguía «Socorro Extremo» nunca se había cumplido, habida cuenta de que no habían logrado reencontrarse en Alicante, y que ahora, por intermedio del PCE, se habían propuesto darle fin, por lo que ellos tres habían aceptado reunirse aquí, en Teruel, donde Valentín estaba a punto de llegar.

—Lo del reencuentro con el Practicante parece más complicado por la renuncia de la persona que actuaba como intermediario —tu amiga Avelina—, pero ya estoy en vías de solucionarlo.

—¿Por qué me has contado todo esto? —le preguntó Mercedes.

—Porque estoy intentando retomar mi vida y ahora tengo la oportunidad de hacer las paces contigo y con todo lo que has significado para mí, y decirte que la última vez que nos vimos, en la cubierta del Stanbrook, yo había escuchado la voz de quien te acusaba de ser desleal, y hoy quiero reparar mi culpa y afirmar mi confianza en ti haciéndote esta revelación.

—Pero si tú no sabes nada de mí. —Ahora ella, evitando que siguiese hablando, le dijo—: No quiero seguir oyéndote, porque me obligas a una sinceridad para la que todavía no estoy preparada.

—Yo no quiero saber nada de lo que tú no quieras contarme.

Ella cerró los ojos y se atrevió a decirle:

—¿Sabes quién es esa persona con la que me viste en el tren? El mismo que me acompañaba en la misa mayor de la Catedral. Es Ángel Melero, el conductor de la ambulancia en la que salimos de Madrid. Hoy es el hombre de confianza del futuro jefe de la V Región de la Guardia Civil, al que le han encargado acabar con los maquis.

Ahora el del respingo, el envaramiento y el gesto alarmado fue él.

—¿Y por qué me lo cuentas? —repitiendo la misma pregunta de ella.

—Porque también mi vida ha dado muchas vueltas.

Había tanta angustia en sus ojos y tanta amargura en su sonrisa.

Él, sin soltar su mano. que retenía con fuerza, le respondió:

—Yo sigo sintiéndome seguro a tu lado.

Ahora el silencio, cogidos ambos de las manos y la mirada ahí enfrente, en el corral de la casa de los picos donde jugaban dos niñas y un niño. La mayor, morena, con unas trenzas largas y ojos penetrantes, quería manduquear a los otros dos, una niña de pelo rizado y unos carrillos como para comérselos, «La Gordita del Ensanche», a la que todo el mundo le cantaba la canción de moda, Guapa, guapa y guapa, y un tercero, un chico tan rubio que parecía uno de esos niños alemanes que el socorro internacional había intentado salvar del hambre de la postguerra, asignándoles momentáneamente a una familia de acogida.

Viéndolos, el mundo se les llenó de paz.

En ese momento se abrió una ventana del segundo piso y se asomó una mujer que, al verlos, les saludó con la mano.

—Es la mujer del fiscal. Iba con nosotros en el mismo departamento del tren. Seguro que la próxima vez que me vea me preguntará por ti.

—¿Y tú qué le vas a contestar? —Viendo el rubor de sus mejillas, continuó—: Yo te lo voy a decir. Un hombre que en ese momento me estaba diciendo que el ayer ya ha ocurrido y el mañana empieza hoy.

Ya no volvieron a hablar hasta que llegaron a su casa. Ahí se quedaron, parados en el portal.

—¿Sabes una cosa? Me he alegrado de que me hayas confesado que

llegaste a desconfiar de mí, aunque yo ya lo sabía, me lo contó el mismo Ramón Celada. No obstante, lo que quiero que sepas es que cuando lo de Alicante yo no tenía nada que ver con Ángel Melero.

Ambos leyeron en los ojos del otro que querían seguir juntos, en la celosa intimidad de su dormitorio.

—Hoy no. Andrés. Déjame organizarme.

—¿Organizarte?

—Sí, yo también quiero dejar atrás mi pasado.

A la semana siguiente no pudieron verse. Al llegar al poblado minero, Simón le comunicó que había conseguido una cita con el Chaval.

—Él ha sugerido que sea en el campamento de Benagéber. Tenga cuidado, al estar en plena zona de maquis deberá buscarse una buena excusa para ir ahí.

No fue difícil conseguir del director una recomendación para que pudiese conocer las obras del pantano, muchas de las cuales, como las relativas a perforaciones y construcción de galerías, tenían que ver con la especialidad minera, y el viernes siguiente, al terminar su horario laboral, salió de Ojos Negros, esta vez sin la intención de parar en Teruel, llevando en su bolsillo una carta de recomendación para el director de la Portolés, la compañía constructora del pantano, y una invitación por parte de este para visitar las obras.

IX

…Y que todos me den de lado

al saber del querer desgraciado

que embrujó a la zarzamora.

(Lola Flores)

59

Por él no pasan los años

A principios de abril Ernesto volvió a Teruel, pero esta vez María Ángeles se empeñó en acompañarlo y ya se sabe.

A ver, no es que él no lo quisiera. Si algo tenía seguro a estas alturas era que le gustaba esa mujer, pero…

¿Solo eso, que te gusta?

—Vale. Creo…, sé que estoy enamorado de ella.

Pues parece que te cuesta reconocerlo.

—Es que…

Esta parte del debate, lo de que a partir de los sesenta años el único sentimiento socialmente asumible es la añoranza, ya lo conocía su sosia. Pero mira por dónde, el día de su cumpleaños se le olvidó cerrar la puerta del corazón y se le había colado el amor. ¿Y ahora qué?

Quiero decir que ahora qué hacemos con la pasión, que no basta con descararse ante una sociedad que responde con una sonrisa irónica a tu reclamación sobre el derecho a tener y a querer satisfacer tus pasiones, es que también debes responder a las perspectivas que has despertado en la segunda persona.

Y aquí llegamos al corazón del debate, porque Ernesto, fiel a su planteamiento y desestimando aquello de que el amor tiene razones que la razón no escucha, se echó «p'alante» y fracasó en su empeño, un amargo mentís que le ha obligado a corregir su anterior lema, «querer es poder», por «para querer hay que poder», y todavía un paso más, hasta entrar en bucle en este debate, porque a un joven no se le piden excusas ante un «gatillazo», a uno de mediana edad

se le aceptan, pero de alguien de su edad se espera, con lo cual, la puesta en duda de «sus posibilidades» le hacen declinar las famosas pulsiones, introduciendo un nuevo matiz al lema, quedándose ahora en que «para querer, antes hay que querer».

—¿Entiendes lo que quiero decirte?

—No seas absurdo —le contestó ella.

Y pudo ser peor. Al menos no le respondió con aquello de que «yo no lo necesito», lo que hubiese acabado echando más tierra en la fosa de la autoestima del fallido amante.

Hoy sabe que desde el momento en que María Ángeles se apuntó al viaje va a tener que enfrentarse de nuevo al tema. Por si no lo tenía claro, ella misma se encargó de hacer las reservas, naturalmente en el hotel Oriente.

—¿Una o dos camas? —preguntó amablemente el recepcionista (yo creo que un descendiente del Valenciano).

—Una, por favor —contestó, sin ni siquiera mirar la cara que se le quedó a Ernesto.

Y luego, cuando se quedaron solos en la habitación, por si no se había enterado:

—¿Pero por qué no dejamos al amor que se exprese y nos limitamos a disfrutar del momento con espontaneidad?

(¿Espontaneidad? Mucho me temo que eso es lo que he perdido).

Y aquí estaban, sentados en el comedor del hotel, frente a esa casa de «los picos» (hoy ya han desaparecido bajo una capa ¿de cemento?) donde vivió María Luz con su familia en esos años, dispuestos a dar un pequeño paseo por esos jardincillos donde el relato de los hechos sitúa la clínica donde trabajó Mercedes Sierra, mientras hacían hora para acudir a su cita con Ángel Melero.

—¿Que «nos» va a recibir el comandante?

(Adviértase ese «nos»).

Todo empezó hace un par de semanas, cuando Ernesto terminó de elaborar su informe con el material que le habían proporcionado María Luz y el padre de María Ángeles, añadiendo el resultado de sus propias investigaciones en el Hogar Comandante Aguado y en los archivos de la Guardia Civil, tras lo cual se preguntó:

—¿Qué hemos conseguido hasta ahora?

Solo datos biográficos de unos personajes, sin una prueba fehaciente de que la represión franquista los hubiese llevado a la fosa de Monroyo.

—¿Y de ese recién nacido? Qué tenemos de él, en el mejor de los casos una hipótesis optimista que parte de la idea de que fue depositado en el torno del Hogar Comandante Aguado, del que salió años después, tesis que hay que aceptar porque si no se acabó el tema de encontrarlo y obtener de él, o de sus descendientes, una muestra de ADN que nos permita identificar a los posibles ascendientes.

—Y esta es otra. Localizar a los familiares. En lo que se refiere a Mercedes Sierra, se resumen a su padre en ese pueblo perdido de la carretera de Valencia, donde la otra represión, la de la corriente revolucionaria de izquierdas, tras incendiar la iglesia parroquial y los archivos de su pueblo, ha hecho imposible rastrear su árbol familiar. Respecto a Andrés Favard, tampoco tenían datos de sus antecesores, ni en la documentación que les facilitó el abogado Quesada, ni en la lista de embarque del Stanbrook, ni en su expediente penal, o en el requerimiento que hizo la Guardia Civil a las autoridades de la prisión de Nimes. Y buscarlos en los archivos de la brigada internacional en la que peleó, o en el 300º BON. del XIV C. G. en Alcalá de Henares era absurdo, ya que habían sido destruidos para evitar las represalias del vencedor. Por lo cual, a falta de ascendientes de los que poder extraer ADN, se cierra esta vía de investigación.

—Y ahora qué? —preguntó María Ángeles.

—Queda otra posibilidad, la de admitir que no hemos seguido el procedimiento correcto y plantearnos una segunda vía.

¿?

»Por lo que sabemos, Mercedes y Andrés se reencontraron a principios de marzo de 1947, y ella dio a luz el 7 de noviembre, tras un embarazo de ocho meses. Es posible, pero también el que ella se hubiese quedado embarazada un mes antes, durante ese viaje que hizo en febrero a Madrid.

—Salvo que Ángel Melero padecía de impotencia coeundi, es decir, incapacidad para el coito por disfunción eréctil. —Contraargumentó ella.

—Eso es lo que hemos asumido de la lectura profana de su historial clínico. Pero tras el relato de María Luz quise asegurarme de ello y consulté con un especialista. Lo primero que salta a la vista en las fotografías que tenemos es que no se advierte en Ángel ningún signo externo de hipogonadismo, es decir, que conservaba la función testicular, por tanto, la capacidad de engendrar. El resto, tras la corrección quirúrgica y el tratamiento del Dr. Morales, según sus anotaciones, estaba centrado en curas locales de la herida y en el manejo de una disfunción eréctil, una secuela que pudo ser de causa traumática o psíquica y, a tenor de los acontecimientos, su médico se inclinó por esta última, por un complejo de castración que intentó tratar con una medicina singular, una atractiva enfermera capaz de despertar su pasión.

—¡Será posible! —Exclamó ella—. El prejuicio asumido ante la descripción de la naturaleza de su herida nos ha evitado ver la realidad, la que nos mostraba esa fotografía del desfile de la Victoria a la que te refieres, y la que se puede sospechar en unas relaciones tan largas como las que mantuvieron ellos. ¡Bueno! Esto nos exige el paso siguiente, ir a ver al mismo Melero y plantearle la cuestión.

—Cuando llegué a esta misma conclusión me puse al habla con el abogado Quesada para que consiguiera una entrevista con Ángel Melero.

—¿A cuento de qué quiere verlo, profesor? —le respondió.

— Según los datos que manejamos, él es el malo en esta historia, la

persona que ordenó esas ejecuciones, haciendo después desaparecer sus restos en la vorágine del Valle de los Caídos. El problema surgió cuando Ramón Celada, al denunciar los hechos, nos puso en antecedentes de que la protagonista, Mercedes Sierra, estaba embarazada y que parió el mismo día que la mataron. ¿Me oye, abogado?

—Sí, sí, siga.

—A mí también me impactó la noticia de su embarazo. Ya cuando usted me insistió para que me ocupase de esta investigación, le anuncié que esa mujer mantenía relaciones con dos hombres, así que cabía la posibilidad de que el padre no fuese Andrés Favard, apuntando al segundo hombre, al que seguiremos llamando don Ángel Melero.

—¿Está atribuyendo a ese enteléquico comandante la responsabilidad de los hechos y la paternidad de esa criatura? Esto puede ser muy peligroso, legalmente exige demostrarlo.

—No se escude tras una actitud tan profesional, Quesada, que el caso nos repugna a todos. Pero sigamos y preguntémonos por el interés del presunto culpable para que no se aclare el tema de Monroyo. El que seguiremos llamando don Ángel Melero, durante esos años de plomo, gracias a sus relaciones profesionales y políticas, hizo los contactos que le permitieron moverse por el mundo de la construcción. Obviemos, de momento, con qué empresas se asoció, en qué conocidas urbanizaciones invirtió o con qué conocidos prohombres vestidos de camisa azul se relacionó y quedémonos en que sus muchas actividades le permitieron su actual retiro dorado, lleno de un prestigio y una consideración que no se puede permitir que nadie la venga a amenazar.

—¿Se propone ensuciar su buen nombre? Se va a meter en un avispero legal que le puede suponer su ruina, profesor.

—No creo que don Ángel piense igual. —A él lo que le importa, a estas alturas de su vida, son las consecuencias sociales y no va a poder evitarlas si todo esto sale a la luz, incluso entre los que, como él, están en contra de los planteamientos de la Memoria Histórica. Pero aquí no se está hablando solo de una tumba anónima en una

cuneta, aquí se señala a su autor y las causas que le llevaron a su intervención. Aquí el asunto tiene el agravante de que Mercedes en esa época era su amante y es muy posible que ese expósito que buscamos sea su propio hijo. Imagínese el escándalo.

—¿Pretende chantajearle?

—No. Intento cumplir con lo que se me ha encargado, y eso pasa por obtener ADN del que supongo que es el padre de alguno de esos infantes que he localizado recorriendo orfanatos y hospicios.

—No se va a prestar a ello.

—¿Usted cree? La jurisprudencia reconoce que, si bien en el ordenamiento español ninguna persona está obligada a someterse a esta prueba, la negativa suele ser injustificada y puede ir en su contra, ya que al extraerse la prueba de la saliva no hay ningún riesgo para su salud.

Tenía razón. Pocos días después, don Ángel Melero contestaba al abogado Quesada citando a Ernesto en su propia casa. Imposible evitar la presencia de María Ángeles, aunque nadie la hubiese invitado.

—¿La señora? —preguntó Quesada con gesto de reproche.

—No importa, abogado —le respondió don Ángel, saludando a sus visitantes con una leve inclinación de cabeza, tras lo cual, y sin levantarse del sillón que ocupaba detrás de su escritorio, les señaló un lugar donde tomar asiento.

Era tal y como se lo esperaban, un hombre alrededor de los noventa, aunque lejos de la preconcebida imagen de senilidad. Mantenía una gran pinta, delgado, figura erguida, cuidadosamente peinado a raya y rigurosamente afeitado, excepto un fino bigotillo, ahora absolutamente blanco (efectivamente, no mostraba signos de hipogonadismo) y, eso sí, vivía solo.

La historia de su vida (supongo que la que se podía contar) reinaba en ese despacho, en la panoplia de armas con el escudo de la Guardia Civil, en la vitrina donde exhibía sus medallas y honores,

en la multitud de fotografías donde aparecía en compañía de personalidades del ejército y de la política.

¿Y?

Sí. También estaba ella, en una gran fotografía enmarcada, colgada en la pared, frente por frente a su escritorio, en su campo visual con tan solo levantar la mirada.

María Ángeles inmediatamente adivinó que era Mercedes.

¡Todavía la amaba!

(Crimen y castigo, don Ángel).

Por un momento se cruzaron la mirada. La de él, analítica y sin alma, haciéndole sentir la sensación de que estaba siendo revisada minuciosamente por una cámara para guardar su imagen en un disco de seguridad. La de ella… Siempre se arrepentirá de haber sido incapaz de sostenérsela.

Ahora, a Ernesto:

—Hace tiempo que esperaba su visita, profesor, desde que se interesó en el tema de Monroyo. Supongo que usted sabrá que también estoy interesado en ello y tengo mis cauces de información.

—Apostaba por ello.

Pero había tanta ironía en el gesto de don Ángel que podía adivinarse la satisfacción que le estaba produciendo el momento.

¿Era una actitud esperable en alguien que iba a oír las graves acusaciones que le iban a hacer? ¿Tan por encima de todo se sentía?

—¿No cree, profesor, que antes de entrar en materia podría presentarme a su acompañante? —Ahora sí que le dedicó a ella una sonrisa que pretendía ser amable.

—La señora es doña María Ángeles Filipovic. Colabora en esta investigación.

—¿Por casualidad es usted hija de don José Filipovic? ¿Sí? Qué curiosa sociedad.

Y ahora, a él:

—Permítame —le dijo. Tomando de encima de su mesa una carpeta conteniendo documentación—. Tómelo como un inesperado regalo. Es una copia (en papel no sellado ni firmado, por supuesto) de los informes que hizo la Guardia Civil en la operación que supuso la captura y muerte de ese bandolero cuya tumba ha estado buscando inútilmente, me refiero a Antonio Gan Vargas, el Cubano. Léalo, va a encontrar algún otro nombre interesante y hasta diría que conocido.

—Se lo acepto. Demuestra lo bien que conocía el tema que nos ocupa.

—Ese era mi oficio. Pero ciñéndonos al caso, usted hace tiempo que estaba buscando la tumba del Cubano y había fracasado por no disponer de la documentación precisa.

A pesar de la repulsa que le causaba a María Ángeles ese hombre sentado frente a ella, volvió a encontrarse con sus ojos, aunque en esta ocasión resistió su mirada hasta que él la retiró para dirigirla a la gran fotografía de Mercedes (¿estaba pretendiendo conducir la suya al mismo objetivo?) y, con la vista fija en ella, siguió hablando con Ernesto, al que le mostró ahora una segunda carpeta.

—Contiene datos de Mercedes y de Andrés. Pero no se emocione. No están todos los que busca, eso tiene que ganárselo. —Y acentuando más su gesto irónico—: ¿Sabe jugar al mus?, ¿sí? Entonces, ahí va mi envite.

Mirando a María Ángeles, se remangó el brazo derecho y lo extendió.

—Aquí está mi sangre y esta es mi apuesta. Los datos que faltan se los daré si logran demostrar que ese hijo de Mercedes era también mío. Si no es así, me entregará todo el dosier que tienen del caso y abandonarán para siempre esta investigación.

—No es necesaria una muestra sanguínea, es suficiente con su saliva, pero acepto el lance —le respondió Ernesto, procediendo a tomarle una muestra y guardarla en un tubo de ensayo del que se había provisto para la ocasión.

Aquí terminó el encuentro. Cuando ya se marchaban, María Ángeles se paró delante del cuadro y, tras observar unos segundos a la modelo, preguntó:

—¿Ese uniforme que viste es el de Auxilio Social?

—¿Conoce usted la Obra, señora?

—Sé que la fundó Mercedes Bachiller, viuda del sindicalista Onésimo Redondo, el fundador de las JONS, encargándose de las funciones benéficas y político sociales[45] en la primera época del franquismo.

—No sé si sabe que se preocupó particularmente de los niños, fundando diversas obras dedicadas a la infancia. Por ejemplo, los Hogares Cuna, donde ingresaban los niños de cero a tres años, huérfanos de padre o hijos de madres indigentes o solteras, proporcionando a ambos alimento y residencia, además de formación política, religiosa y moral. Mercedes colaboró con la Obra cuando vivimos en Madrid. Después, en Teruel, prefirió dedicarse a su profesión de enfermera.

Estaba cabreada, le dolía ese hombre, su gesto de superioridad, su arrogancia, todo él, su catadura moral. Las miradas que intercambiaron, el estudio al que la sometió. Incluso el sufrimiento que le adivinaba cuando miraba ese cuadro.

(Crimen y castigo. Melero, le gritaban todas sus neuronas).

Esa noche se bebió dos gin-tonics y hubiese deseado hacer el amor durante horas y horas, hasta caer reventada y dejar sobre las sábanas toda la carga negativa que había almacenado a lo largo de esa entrevista.

Se desnudó y se tumbó encima de la cama esperando su pasión, sus caricias, sus besos encontrando rincones recónditos, el temblor de

sus músculos, su respiración agitada y la saliva inundando su boca.

Y él, olvidándose de sus miedos, se entregó a su arrebato queriendo hacerla sentir la juventud que su vigor perdido era incapaz de proporcionar, dejando que sus manos y sus mucosas se desbordasen de amor.

—Te amo, Ernesto.

—Nos amamos, María Ángeles.

Notándose. Viéndose grandes, grandes y colmados.

A la mañana siguiente ya pudieron echar juntos un vistazo a esa documentación que versaba sobre la lucha contra los maquis en los años 45 al 47, que tanto podría valorar un historiador, aunque lo más importante era la que hacía referencia a los personajes que habían ido conociendo a lo largo de su investigación, ese Valentín Méndez al que creían perdido en México, de su vuelta a España, de su detención e interrogatorio por ese Constancio y de las averiguaciones que había hecho este sobre Mercedes y Andrés Favard, tras su reencuentro en Teruel.

—El muy ca… Ha tenido buen cuidado de tachar cualquier referencia sobre sus padres, domicilio, etc., que pudiesen facilitar la localización de algún familiar —exclamó tras echar un primer vistazo—. Sabía lo que hacía al apostar. Pero ¡está bien! Sigamos jugando, yo también tengo mis bazas.

Seleccionaron la documentación y eligieron, en primer lugar, la que hacía referencia a la lucha contra los maquis y a Antonio Gan Vargas, el Cubano.

Leyendo los papeles se encontró con un nombre:

—¡Practicante!

---

[45] La Obra Nacionalsindicalista de Protección a la Madre y al Niño tenía tres ramas asistenciales. El Servicio de Protección a la Madre, que contaba con Hogares de Embarazadas, Hogares de Madres, Policlínicas, Centro de Maternología, incluso con Colonias de

Recuperación y Descanso para Madres Trabajadoras; el Departamento de Protección al Niño con Familia, con Centros de Alimentación Infantil, Guarderías, Jardines Maternales y Colonias, y la del Niño Huérfano y Abandonado, con Hogares específicos.

60

La ofensiva de primavera

El Maestro Agüero reorganizó el maltrecho 5º sector, muy diezmado tras la caída de su jefe, y con ese exceso de gente que el Practicante había visto en el campamento de Benagéber, creó el Sector 23º, asignándole las zonas limítrofes entre Teruel, Castellón y Tarragona, poniéndolo bajo la responsabilidad de un miembro del PCE veterano de los Pirineos, y en marzo comenzó la «Ofensiva de Primavera».

Salieron del campamento divididos en tres grupos, el primero a cargo de Ibáñez, donde estaban incluidos los Maños, para dirigir sus operaciones sobre la vía férrea a la altura de Montesa; un segundo a cargo del Grande, donde iba el Cubano, para actuar sobre la carretera de Valencia, y al tercero, mandado por el Chaval, le asignaron el ferrocarril Valencia-Tarragona.

La noche anterior a la partida, el Practicante se acercó al Chaval para protestar por la decisión que se había tomado de dejarlo en el campamento.

—Yo soy un veterano y me he unido a la guerrilla para luchar.

—En esta ocasión te debes a otra misión, contactar en Teruel con ese Roldán y con Capitán, que debe estar ya en camino desde Valencia.

Sus quejas llegaron hasta el propio Maestro Agüero, que finalmente tuvo que decidir en pro del Practicante.

—Es un viejo veterano de XIV C. G. y sabe que en el ejército un servicio de armas es prioritario sobre cualquier otro. Esa cita con los otros dos puede esperar.

Y partió con el grupo del Chaval en dirección sureste. Al llegar a la

altura de Puzol se dividieron en dos para actuar simultáneamente sobre los dos ramales del ferrocarril, disponiendo sus cargas con un dispositivo eléctrico de retardo para que la explosión atrajese a las fuerzas del orden cuando este primer grupo estuviese lejos del segundo. Y así fue. Cuando oyeron su deflagración ya se habían internado por los vericuetos del campo en dirección a Torrijas, dejando tras de sí interrumpido el tráfico ferroviario.

Antes de llegar a esta última localidad se desviaron, tomando el camino de bajada al río hasta llegar al molino del Peinado, que regentaba Antonio Delgado, el viejo camarada anarquista que les acogió por primera vez en 1945, cuando llegaron del Pirineo, ayudándolos después a contactar con las partidas dispersas por la sierra de Gúdar. Hoy era un importante punto de aprovisionamiento para la guerrilla, e incluso su hijo mayor, un chico de 17 años, actuaba como enlace con el campamento de los maquis.

Aquí los recibió su mujer, María Lina que, a pesar de su embarazo, ayudada por sus tres hijas (la mayor, Carmen, de 15 años), les ofrecieron unas buenas brasas junto a la chimenea, al abrigo del relente de esa primavera de mañanas de sol, frutales en flor y noches de pelliza de piel.

—Cuéntale al Peinado lo de los Isidros, le pidió uno de sus hombres con la barriga llena y sus carrillos tintados de rojo.

—Cuéntanoslo, Chaval. —Insistieron a la vez la María Lina, su hijo y el Practicante, que le miraban embobados, esperando disfrutar del relato.

—¿Cuántas veces lo he hecho ya?

(Nunca es bastante si sirve para justificarte por el camino que has elegido).

—Pues eso —empezó diciendo, provocando la expectación incluso entre los propios protagonistas— ocurrió el septiembre pasado y fue una operación de castigo contra el cuartel de la Guardia Civil de los Isidros, para vengar las detenciones y torturas que sufrieron unos paisanos acusados de colaborar con nosotros.

Y continuó relatando que a eso de la medianoche se parapetaron detrás de la tapia del patio del cuartel y lanzaron unas piedras contra las ventanas para que abriesen la puerta y disparar entonces contra ellos. Pasados unos minutos sin haber obtenido respuesta, lanzaron una granada de mano que lamentable o afortunadamente, según quien cuente la historia, no explosionó, por lo que siguieron apedreando las ventanas con el mismo resultado, decidiendo finalmente disparar un par de tiros por fusilero y una ráfaga corta con un subfusil ametrallador, para no malgastar munición.

—¿Y qué pasó? —insistieron los propios actores entre risotadas, para mayor atención y admiración de la mujer y el hijo del molinero.

—En los cuarteles de la Guardia Civil, sobre la puerta principal hay un cartel con los colores de la bandera de España y el lema «Todo por la Patria» y resultó que nuestros disparos acertaron a borrar la parte posterior del trazo trasversal de la letra «T», de manera que ahora se podía leer «Jodo por la Patria»—. Terminó de narrar.

—No, la cosa no acaba aquí. —Protestó jovialmente otro de los actores, aprestándose a continuar la historia:

—Cuando dejamos el cuartel nos dirigimos a la pensión del lugar, propiedad de un conocido miembro del somatén, y tampoco aquí respondieron a nuestra llamada. Cómo iban a hacerlo si, según supimos después, el dueño y el jefe local de Falange se habían escondido dentro de unas tinajas de vino, permaneciendo allí hasta que se aseguraron de que habíamos abandonado el lugar.

—Eso es lo que se cuenta en El Guerrillero —respondió el Chaval —, pero yo creo que se quedaron ahí por la «trompa». —Terminó comentado con ojillos chispeantes.

Tres días después llegaron al campamento de Benagéber, donde alguien le comunicó al Chaval que había un francés, un ingeniero de las minas de Ojos Negros, que quería hablar con él.

—Tiene un carné que le acredita como veterano de la Resistencia en Francia y dice que te conoció en los Pirineos.

—¿A mí? —con extrañeza— ¿Y cómo se llama ese ingeniero?

—Andrés Favard.

—¡El Francés! —exclamo con alegría. Es un viejo camarada que luchó en las Brigadas Internacionales y en el XIV C. G. Claro que quiero hablar con él.

—A ese Francés yo también lo conozco —intervino ahora el Practicante. Fuimos compañeros de armas y es una de las personas con las que tengo que contactar.

—Entonces no se hable más. Cítalo en Nieva y que Santiago lo traiga aquí.

61

La bienvenida a Valentín

Mientras tanto en Teruel, la marea de detenciones que siguió a la captura del jefe del Estado Mayor del AGLA llevó a la caída del comité local del PCE, aunque aplicar tal calificativo a las tres personas que lo formaban quizás fuera un poco pretencioso. La realidad era que el Partido tenía poca influencia fuera de las áreas mineras o de la comarca de los Serranos y que lo que predominaba en esta provincia era el anarcosindicalismo, especialmente en la zona de Gúdar-Javalambre o el Bajo Aragón.

—Y qué más da, si todos son rojos. —Resumía el aparato de seguridad del Estado en boca de Constancio, incluyendo en el mismo saco a cualquier forma de oposición a Franco, a la que había que erradicar como fuera y en un todo vale.

(Qué lejos quedaban aquellos años mozos de la dialéctica de las pistolas con los falangistas y ese 1936, cuando encarcelaba en la checa de Bellas Artes a los curas y a cualquier sospechoso de ser de derechas).

Entre los documentos incautados encontró uno informando de la inminente llegada de un camarada procedente de México y, dado que este país no había reconocido al Gobierno de Franco, supuso que habría muy pocas personas con pasaporte de tal nacionalidad que hubiesen pasado la frontera recientemente. Hizo sus averiguaciones y… ¡Bingo!

Acababa de llegar a Valencia una misión comercial francesa y uno de sus componentes, que tenía pasaporte mexicano, era un tal ¡Valentín Méndez!

—¡Ya estás aquí, Capitán! —dijo citándole por su nombre en clave.

La presencia de ambos, Andrés y Valentín, confirmaba su hipótesis

sobre una operación mediada por el PCE para recuperar «Socorro Extremo» y, dado que la Brigada de Investigación le había facilitado la información relativa a «Capitán, Gúdar y Roldán» sin ningún impedimento y sin requerir más detalles, confirmaba la ignorancia que la policía tenía sobre este tema.

—Tentador, ¿verdad? Todo el campo para él.

(Y no digas que lo he hecho a tus espaldas, comandante, que incluso me amenazaste si intentaba averiguar algo).

A la espera de que Gúdar diese la cara, lo prioritario era tenerlos controlados, al primero ya lo tenía desde que llegó a Teruel y en lo que respecta al otro no le fue difícil localizarlo en un hotel valenciano y obtener la colaboración de la recepción. Su siguiente paso debía ser detenerlos y mantenerlos aislados hasta obtener la información que buscaba.

¿Y luego qué?

—¡Qué tentador!

Pero mejor ahuyentar a los demonios. Cualquier planteamiento en este sentido exigía contar con la complicidad de alguien con capacidad de mover los hilos, pero esta caución no le impedía maquinar.

—Ya veremos hasta dónde puedo llegar solo.

Detener a Valentín era fácil. Dadas sus responsabilidades en el Gobierno de la República estaría fichado por la policial, pero lo de Andrés era otro cantar, al igual que mantenerlos detenidos el tiempo suficiente para obtener una acusación clara. Aquí es donde necesitaba a don Ángel, pero el problema era que antes tendría que contarle todo lo que en su momento le ocultó, diferenciando ese desfalco del Banco de España, del que al final se benefició Mercedes, de esa otra operación, «Socorro Extremo», y se le hacía muy difícil.

—Salvo que Valentín confesase y acusara a Mercedes de haberse apoderado de ese dinero, que después se guardó con el beneplácito

de don Ángel y, ante la amenaza de poner el tema en manos del juez, seguro que te avendrías a un trato, comandante.

(Jugoso, ¿eh?, jugoso y gratificante. Pero también muy peligroso).

—Queda otra cuestión, el tercer amante, el Francés. Ese es un hombre de principios, dispuesto a llevar a buen fin una operación con la que se comprometió hace años. Estos idealistas son peligrosos, hay que desactivarlos cuanto antes y, aunque el comandante se opuso en su momento a que lo detuviera, nada se pierde con intentarlo de nuevo.

Y esto es lo que le expuso a don Ángel, aunque en esta ocasión apelando al tema de la competencia amorosa.

—El próximo viernes ese ingeniero vendrá de nuevo a Teruel, y como ya va siendo habitual, se reencontrará con Mercedes. Con su novia, mi comandante, ¿cree usted que debo darle un toque?

Pero él se mantuvo en sus trece.

—Déjalo tranquilo, ya me ocuparé de él en su momento.

Ese viernes se conjugaron los astros y concurrieron varios acontecimientos. Recibió la información de que Valentín, tras abandonar el hotel, había sacado billete de tren para Teruel, justo cuando el comandante Melero tuvo que trasladarse a la zona de Requena-Utiel, donde los maquis se estaban mostrando muy activos con diversas operaciones sobre las vías férreas y las carreteras.

Esperó a Andrés en la estación, asumiendo que vendría a encontrarse con Mercedes este fin de semana, pero para su sorpresa, cuando llegó, en lugar de ir al hotel, se dirigió a la parada del autobús que hacía la ruta hacia Utiel.

Fue un momento de desconcierto.

¿Acaso iba a reunirse ahí con Valentín?

El trayecto ferroviario desde Valencia no pasaba por esa localidad, así que optó por lo más operativo, esperar a este último y detenerlo al bajar del tren. Al otro siempre podría encontrarlo en Ojos Negros.

A media tarde llegó su presa. Apenas era reconocible. Más gordo, más viejo y más calvo. Se acercó a él en el hall de la estación.

—Valentín Méndez, quedas detenido.

A esas horas el autobús de Andrés seguía su ruta hacia Utiel, donde hizo noche, tomando a la mañana siguiente el que hacía la ruta a Chelva, para coger aquí la «Juanita», el mismo que había utilizado Avelina para ir a Benagéber y pasar unas horas con el Practicante, dejarse hacer un hijo y llevar y traer mensajes de los maquis a casa de Paquita.

Al llegar al poblado del pantano se presentó en la dirección de la Portolés con la carta de recomendación de su jefe, el ingeniero de Ojos Negros y aquí, tras darle la bienvenida y entregarle el programa previsto para su visita, lo acompañaron hasta la residencia de solteros, un lugar reservado para los trabajadores de una determinada jerarquía que vivían sin sus familias, y aquí lo alojaron.

No, no era un mal lugar, una habitación conventual, pero un amplio comedor donde servían una buena comida. Por lo demás, ambiente relajado y hasta jovial, donde era fácil contactar con la clientela. Antes, en la recepción, el encargado le entregó un recado de parte de Santiago, el de Niebla.

—Que mañana por la tarde, tras acabar usted su jornada, vendrá a buscarlo.

En esos momentos, en los sótanos de comisaría de Teruel, Constancio contemplaba a su ratoncito, un pequeño roedor asustado que intentaba diluirse por los rincones de su celda, sin sentir cómo se iba extendiendo por la pernera de sus pantalones una mancha de humedad.

—Así que don Valentín Méndez. Vaya, Vaya.

Encogido, meado y ocultando su cara en sus palmas, como si al no ver desapareciese el mundo, pero, lamentablemente, dejando un resquicio en esa frontera del diluirse su oído, por donde se colaba su atormentador.

—¿No sabes por qué estás aquí, ¿verdad? Pues por rojo, por comunista. En la España del Caudillo esto es un delito muy grave, hasta el punto de que —haciendo un signo de apretar el gatillo de un arma—, ya sabes a lo que refiero, de eso ya os pone al tanto Radio España Independiente cada noche.

…

—Tú te estarás diciendo que ya será por algo más, y tienes razón, te lo voy a decir. Tú no sabes quién es el comandante, pero él sí sabe quién eres tú, y ya te aviso de que es un ser soberbio que no puede soportar que hayas tenido en tu cama a la que hoy es su amante. Cuántas cosas habrá contado de ti para congraciarse con él.

…

—Ya ves de quién estamos hablando, de una mujer que en poco tiempo fue saltando de cama en cama hasta ser de tres hombres… ¿Merece la pena?… Y lo tienes mal, porque estás en sus manos.

…

—Mal, muy mal.

Constancio también se gustaba y disfrutaba con ese juego de sentir en su mano el destino de sus víctimas, y hoy estaba particularmente inspirado. Más que eso, entreviendo la oportunidad de devolverle al comandante las humillaciones sufridas.

—Y lo que yo me digo, qué maravillas os hace esa mujer para que tú estés dispuesto a ocultar su pasado y aguantar lo que te va a suceder.

(Ahora ya sí, ahora Valentín fue capaz de mirar de frente a su atormentador, intuyendo por dónde iban los tiros).

—¿Sabes quién es el tercer hombre? El Francés. ¿Te acuerdas de él? No me respondes, pero sabes perfectamente de quién hablo. Más joven que tú y con el que se puede disfrutar de… ¿De qué te diría?… ¿De…? Tú sabes de qué pueden disfrutar ambos… ¿Del contenido de cierta cartera que te quitó una mala mujer?

(Caliente, caliente, el ratoncito ha dado un pequeño respingo).

—Claro que tú dirás que eso es un delito civil que se puede solucionar con unos pocos años de cárcel. Pero…

(Un nuevo respiro).

—Tú crees que no me conoces, pero yo he estado muy cerca de ti desde 1939, cuando eras una persona importante en el Banco de España, diseñaste una cierta operación para el SERE y a mí me encargaron tu vigilancia, por eso te seguí hasta Alicante, hasta las oficinas de ese organismo, de donde saliste tan desilusionado y decidiste que una cosa era tu cartera y otra «Socorro Extremo»… Y hasta aquí puedo hablar, Valentín. Ahora te toca a ti, pero piensa bien lo que vas a decirme.

(Puede ver claramente cómo se le ha iluminado al ratoncito su cara con una pequeña luz de esperanza).

—Piénsalo, Valentín, y busquemos una historia que nos convenga a los dos. La disyuntiva es saldar la cuestión con un delito de desfalco o estar inmerso en una operación de mayor envergadura, y ya sabes cómo se las gasta Franco.

Dicho lo cual, y como indicativo pronóstico, entró en la celda llevando en una mano papel y tintero y en la otra su cinturón.

—Ya lo tendría claro, me acusaría del desfalco y a cambio te proporcionaría información sobre «Socorro Extremo» si me hubieses prometido que quedaba libre de esta segunda acusación.

(Su capacidad de resistencia frente a la codicia del corrupto era su única posibilidad).

¿Se puede aguantar la mirada de superioridad que se le puso al ratoncito?

Eso ocurre por no «ablandarlo» antes.

Y ahora empezó a hablar el cinturón y con cada golpe se ofuscaba más y más, llegando a olvidarse del fin último, «Socorro Extremo», con tal de conseguir la información que pudiese comprometer al

comandante.

62

Asalto a Benagéber

Más lejos de ahí, por la zona del Barranco del Rubio, a unos ocho kilómetros de Requena, el Grande había dispuesto un control en la carretera de Madrid-Valencia y sobre las cuatro de la tarde detuvieron a un camión que, por llevar la lona echada, no advirtieron que en la caja viajaban dos guardias civiles, que al ver a los maquis se lanzaron a la cuneta y al abrigo del terreno se dispusieron a repeler el ataque.

Antonio Gan, el Cubano, que estaba situado sobre una roca, encima del punto donde paró el vehículo, tenía debajo de él al cabo de la pareja que, como buen veterano, se mantenía tumbado en la cuneta, economizando la munición de su «naranjero», disparando ráfagas cortas cuando algún maqui osaba descubrirse, mientras que el segundo, más joven y bisoño, parecía dedicarse a asustar a las torpes palomas que se atrevían a posarse en los naranjos.

Ahí está «mi medalla», se dijo, con el pensamiento dirigido a ese presuntuoso del Practicante y contando los disparos que salían del arma enemiga.

Y ya.

En el momento que oyó el ruido metálico del cerrojo reclamando un nuevo cargador, se levantó y de un solo disparo lo abatió.

El segundo guardia no esperó a que el Cubano se anotase otra víctima y escapó campo a través, y aunque en su huida le alcanzó un disparo, no le impidió su propósito y desapareció de su vista.

—¡Retirada! —ordenó el Grande, temiendo que el herido pudiese alertar a las fuerzas de seguridad.

Ni se molestó en acusar recibo de la orden recibida, estando, como

estaba, sopesando su arma y alimentándola con un nuevo cargador procedente de las cartucheras del muerto.

Hoy era su día.

—¿Me oís? —insistió el Grande.

Ahora sí, ahora ya contestó.

—Pero si tiene que recorrer ocho kilómetros y está herido, que yo lo he visto — protestó el Cubano, partidario de seguir manteniendo el control.

—Ten en cuenta el tiempo —le recomendó el Grande al retirarse.

Ese día Antonio Gan, el Cubano, se apuntó un segundo tanto cuando, al parar un coche, vio en su interior nada menos que a Pepe Dominguín, el hermano de Luis Miguel, que iba a torear en la feria de San José de Valencia y, como buen taurino, no pudo evitar enfrascarse en una conversación de toros, olvidándose de medir el tiempo.

Mientras tanto, el guardia herido debió volar o alguien lo ayudó a llegar a Requena, donde dio la alarma y se montó una patrulla que llegó al lugar de los hechos justo cuando el otro, tras estrechar la mano del torero y desearle la suerte que a él le volvió la espalda, lo dejó partir, naturalmente sin pedirle su contribución para la causa, y ahí les atacaron, matando a uno de los guerrilleros e hiriéndolo a él en los mismísimos testículos.

(¡Ah!)

El resto de la partida, escudándose tras una barrera de disparos, lograron sacarlo del lugar y escapar, yendo a buscar refugio unos cinco kilómetros más allá, en la casa de un punto de apoyo de la zona, donde intentaron curarle la herida.

—Este es un mal sitio para esconderte, Cubano. Está muy cerca del escenario de los hechos y ten por seguro que de un momento a otro nos visitará la Guardia Civil.

Le trasladaron en parihuelas unos cuatro kilómetros más allá, donde

los renteros, una pareja de ancianos, poco pudieron hacer por esa herida, pero sí proporcionarle un sitio donde esconderse por los alrededores de la casa. Al día siguiente, un mozo de unos 14 años que trabajaba en el rento les llevó la comida y les contó que la Guardia Civil, tras haber estado en la primera casa donde le atendieron, había venido aquí a preguntar por él. Así que decidieron dejar el lugar y dirigirse a casa del Valiente, donde llegaron de madrugada, y ahí se encontraron con la cuadrilla del Chaval.

—Afortunadamente estás aquí, Practicante —exclamó el herido al verle, borrando de su cara, por primera vez, su gesto de dolor.

Y aquí fue donde, también por primera vez, José Castán, alias el Practicante, lamentó su mote y el uso ventajoso del que se había valido.

Era una mala herida.

—Y dolorosa —pontificó, sintiendo cómo un escalofrió le encogía el estómago al ver los esfacelos de un testículo destrozado e informe, herniándose por una herida del escroto, a su vez morado y sangrante.

Afortunadamente, en la enfermería de Benagéber había aprendido a hacer un pesario, una venda con la que envolver y sostener la bolsa testicular, evitándole el dolor causado por el peso de una zona tan inflamada, y una vez terminada la cura le dijo al Chaval que habría que trasladar al herido a un lugar más adecuado.

—Estamos a unos veinte kilómetros del pantano de Benagéber y ahí tenemos puntos de apoyo seguros y ayuda médica. Yo iré con él, y de paso me reuniré ahí con el visitante que estamos esperando, Chaval.

—Esta casa, con la Guardia Civil tras nuestros talones, no es segura para nadie, así que seguiremos tu consejo —le respondió él—. Márchate con el herido mientras nosotros intentamos desviar la atención de posibles perseguidores.

—¿Estáis seguros de que es la mejor decisión? —intervino el

Cubano con gesto sombrío—. No es lo que se recomienda en el manual del guerrillero —insistiendo en que cuando un luchador resulte herido de consideración y no pueda valerse de sus propias fuerzas para escapar de sus perseguidores, deberá suicidarse o pedir a un compañero que le alivie con un tiro de gracia, evitando así retrasar la retirada de los demás o caer en manos de sus captores, que siempre contarán con formas de sacarle información.

Sin querer oír sus argumentos, le acomodaron en un mulo y esa misma noche llegaron a casa de Santiago y Paquita, donde tantas veces se había refugiado Avelina.

—¿Qué ha pasado, Practicante? —le preguntaron.

—Ya ves. Que os traigo un herido —dijo, rogándole que lo escondiera hasta que pudiese verlo el médico.

Como era de esperar, en todo este trasiego el Cubano siempre mantuvo a su lado su naranjero.

Esa tarde, a Ángel Melero, que llevaba días patrullando por los alrededores del pantano de Benagéber donde, según sus informes, debía haberse refugiado el Chaval tras su última operación contra el ferrocarril, un guardia forestal le vino a comunicar que había visto un pequeño grupo de maquis llevando a un herido en un mulo a la aldea de Nieva.

—A casa de Santiago y Paquita. Y no es la primera vez que se acoge aquí a los maquis —insistió.

Esa misma noche montó un fuerte dispositivo en la aldea de Nieva, cortando todas las posibilidades de huida, y se dispuso a esperar el amanecer.

Y qué lento pasaba el tiempo. Con qué gusto se fumaría un cigarro si no temiese que las brasas lo delatasen. También tenía sed y una enorme necesidad de moverse, incluso de cambiar el pie en el que apoyaba el cuerpo, pero ni siquiera se atrevía a eso.

Esperar, esperar el momento. Inmóviles. Confundidos con el paisaje.

—Siguen ahí, mi comandante —le insistió un guardia.

Cuando ya empezaba a clarear, José, el hijo mayor de la casa, salió al corral a recoger unos troncos de leña para alimentar el fuego de la cocina, donde Paquita estaba poniendo sobre la mesa unos tazones para el desayuno y se oía la tos tozuda de Santiago, mientras que aquí fuera ni siquiera se atrevía a cantar el gallo.

Melero sentía que se anunciaba un bonito día de finales de marzo. Y tenía razón, los rayos de sol empezaron a clarear en rojo oscuro el amanecer y a lo lejos empezaba a insinuarse entre llamaradas anaranjadas el fino azul de la mañana.

Y ¡ya!

Hizo sonar su silbato y al instante la casa se vio rodeada de siluetas verdes tocadas de charol.

—¡Madre, madre!, que ya están aquí los guardias.

Todavía le dio tiempo a Paquita, con la ayuda del Practicante, a levantar al herido y a esconderlo en el corral, donde los asaltantes se lo encontraron medio incorporado en el colchón, y ahí mismo, sin darle tiempo a estrenar su naranjero, lo cosieron a balazos.

Después le tocó el turno al otro que, cuando estaba escalando la tapia para escapar campo a través, le alcanzó una ráfaga de ametralladora.

—¿No hay nadie más? —preguntó el comandante a los temblorosos dueños, a los que ya habían esposado los guardias.

Desentendiéndose de todo lo que no fuese la misión que se había marcado, no prestó atención a ese José Castán que figuraba como baja en esta acción, ni tampoco creo que hubiese reconocido a ese silencioso guerrillero al que le marcó la cara hace muchos años en Alicante.

Una vez que el juzgado procedió al levantamiento de los cadáveres, ordenó el traslado a Benagéber. Antes avisaron para que cuando llegasen estuviesen las calles vacías, pero ya había corrido la voz y numerosos visillos se descorrieron, morbosos, para ver pasar la patética procesión que encabezaba una pareja de la Guardia Civil,

seguida de una cuerda de presos donde marchaban esposados Paquita Montes y su marido, Santiago Martín, flanqueados por un guardia a cada lado, y a retaguardia dos mulos que trasportaban sobre sus lomos los cadáveres de los maquis abatidos, tras los cuales iban otros dos guardias cerrando el cortejo, fumando impasibles al sol y al vientecillo que se había levantado.

(A don Ángel el coche del juzgado lo trasladó directamente al cuartelillo).

En la hospedería, que estaba calle por calle con el cuartel, también vieron la cuerda de presos y, a pesar de que habían cubierto con mantas los cadáveres, el movimiento de los mulos había descubierto sus cabezas y todo el mundo reconoció al Practicante al pasar por delante, camino del depósito del lugar.

Así es como Andrés, con la espina dorsal recorrida por una cuchillada de hielo, se volvió a encontrar con su compañero de armas.

—«Descansa en paz» —murmuró a su paso, recordando que, a pesar de que se decía ateo, creía en el más allá.

¿Y?

—Aquí se acabó «Socorro Extremo» —se dijo, poniendo el colofón a esta historia.

(¿Lo sintió?)

En su mente, la imagen de ese chalé de Elda y de ellos tres, los cuatro, si incluía a Ramón Celada, adquiriendo un compromiso que les había mediado la vida.

(¿Pero lo sentiste?)

Y la del hospital Varsovia, la del Dr. Moméñez y la de los lisiados, los enfermos y los exiliados que esperaban esos recursos.

Y… Nunca se le había ocurrido… la de tantas mujeres que por fidelidad a sus hombres había sacrificado sus vidas.

Y sí, sintió el final del Practicante y el que hubiese muerto sin conocer a ese hijo que Avelina llevaba en su ser. Pero nada más.

—Se acabó «Socorro Extremo» —insistió—. Ahora me espera la vida… Mercedes.

¿Alguien podría censurarle que en ese momento el sentimiento dominante fuese el de liberación?

Pero ahora estaba sucediendo el ahora y la mirada de los presentes, la de todos los que lo vieron anoche hablando con Santiago, adivinando lo que iba a suceder a continuación, que tan solo un par de horas después vino la pareja de la Benemérita para pedirle que los acompañara hasta el cuartelillo.

Lo encerraron directamente, sin declaración previa, en una celda enfrente de la que ocupaba el matrimonio y, en silencio, sin siquiera atreverse a entrecruzarse las miradas, fueron pasando las horas hasta la anochecida, cuando se llevaron a Santiago para interrogarlo.

Ahora sí que empezaron a tener sentido la carrera de las saetas del reloj y la cara de angustia y terror de Paquita, más o menos la que debía reflejar la suya, intentando no oír, ni adivinar la naturaleza de esos sonidos que les llegaban a los oídos, si eran lamentos, algo golpeando a un saco o un cuerpo que al caer al suelo había arrastrado algún mueble.

Cuando toda su cabeza repasaba el diccionario de la crueldad recitando la lista de calificativos de todo lo que estaba adivinando y la ignominia de estar detenido sin saber de qué delito se te acusaba, vino un guardia a preguntarle, todo lo amablemente que se puede esperar de un carcelero:

—¿Quiere que le pida algo de cenar en la hospedería?

¿?

Desorientado y cuando el otro ya empezaba a impacientarse por su falta de respuesta:

—¡Un momento, por favor! Dígame —casi asombrándose con su

torpeza—, ¿por qué estoy aquí?

—Ya se lo dirá don Ángel —fue su lacónica respuesta.

—¿Don Ángel, qué don Ángel?

Don Ángel hacía rato que había visto la documentación que le habían retenido, su pasaporte francés, la carta de recomendación de la Compañía de la Sierra Menera a la Portolés y Cía., y la respuesta de esta invitándolo a visitar las obras.

—¿Qué hacemos con él, mi comandante? Es un súbdito francés y habría que ponerse en contacto con quien ostente la representación de su país.

—¿Mucho jaleo, ¿no?

Así que el tema era ya cosa del comandante.

Pero este tenía mucha labor pendiente esta noche. Santiago Martín había aguantado poco el interrogatorio. Quizás si hubiese estado solo. Pero ahí, en el sótano, estaba su mujer, Paquita, y en la casa sus hijos solos y, eso sí, al mayor, José, de diecisiete años, no lo habían detenido, así que solo lo justo, lo suficiente como para que le asegurasen que su Paquita estaría libre por la mañana.

Eso fue lo que salvó a Andrés, que su extensa declaración permitió que su problema pasase a ocupar otro nivel e invertir todo el esfuerzo en desarticular el aparato de soporte que tenían los maquis en el pantano, implicando hasta a treinta personas, aunque a don Ángel solo le importaron cuatro trabajadores «del otro lado», de la Colonia Penitenciaria, de donde hacía poco se había escapado el preso que acababan de abatir en la casa de Nieva, todos ellos confesos de robar dinamita en el polvorín del pantano para proporcionársela a los maquis, así que prestó escasa atención a lo que pudiese contar Santiago del ingeniero francés.

Qué aspecto tenía, madre mía. No estaba muy castigado, un hematoma en el pómulo derecho (lo había interrogado un zurdo) y unos cuantos zurriagazos para medirle la resistencia de las costillas, pero estaba absolutamente abatido, tanto que al volver a su celda se

abrazó a su mujer y así, escondido en su regazo, en un hosco silencio, permaneció ausente del mundo, sin ni siquiera enterarse de cómo iban ingresando en la celda los cuatro trabajadores que había delatado, que también en silencio y con el gesto sombrío, esperaban con fatalidad la luz de la mañana.

Todavía tuvieron que aguantar 24 horas más de tensión, de angustia y de ver el color ceniciento en la cara de los de enfrente que, como corderos se arremolinaban en un rincón de la celda, saltando alarmados ante cualquier ruido que se produjese en la puerta de entrada, conscientes de que todo dependía de…

—¿De qué?

De lo que decidiese ese comandante.

—Dios quiera que sea legal.

—Que así sea —contestaba uno de ellos, dudando incluso de que los fuesen a someter a un juicio sumarísimo.

—Mañana lo sabremos. Los juicios sumarísimos se celebran en 24-48 horas.

Y a todo esto, Santiago, acurrucado, en postura fetal, sollozando su vergüenza, mientras que Andrés, extrañado de estar solo en su celda, sin que todavía hubiese hecho una declaración, o conociese su acusación, temiéndose que, tras el interrogatorio, hubiesen concluido que era un colaborador de los maquis y le esperase un destino similar a los de ahí enfrente.

Y venga a darle vueltas a su acusación, si es que la había, y si habrían contactado con los representantes de su país y estaban esperando a tomarle declaración en presencia de un abogado.

—Y mira tú que…

Jurando contra la oportunidad de que Francia hubiese roto relaciones con España a causa de la muerte de Cristino García Granda.

¿Y los otros?

Los otros eran la ONU y las potencias ganadoras de la Segunda Guerra Mundial, que mucho amenazar a Franco, pero todavía no habían invadido este país.

A mediodía trajeron a las celdas un rancho cuartelero proveniente de la cocina de ese destacamento de soldados acampado en el campo de fútbol, junto a la oficina de la dirección, aunque para su sorpresa, de nuevo el guardia le preguntó:

—¿Quiere que le traigamos algo de la hospedería?

Animado con tal deferencia, se atrevió a repetir su pregunta:

—¿Por qué causa se me ha detenido? —Y ahora, con gesto digno, de pie, como se deben pedir las cosas—: Soy un ciudadano francés y exijo hablar con la Nunciatura, que es la que representa a Francia en España.

—Ya ha tomado nota de ello el comandante.

—¿En ese caso, cuándo me van a tomar declaración?

Pero aquí no obtuvo respuesta.

A la mañana siguiente, una escolta armada vino a buscar a Santiago y a los cuatro detenidos.

—¿Dónde lo llevan? Gritó aterrorizada Paquita.

—Supongo que al juzgado de Teruel —contestó, por piedad, Andrés, ante el silencio de los guardias.

—Se lo llevan para matarlo —gritó con todas sus fuerzas, queriendo que su denuncia llegase al mundo y hasta a la Virgen de la Misericordia, a cuya advocación habían construido la iglesia, ahí cerca, al lado del campo de fútbol.

Pero nadie atendió ni sus gritos ni el consiguiente ataque de impotencia.

Ni siquiera Andrés, al que a poco también vinieron a buscar.

—¿Dónde me llevan? —preguntó aterrorizado.

—El comandante ha dispuesto que, mientras consultamos su situación, pase a su domicilio en calidad de detenido. En este caso, a la hospedería.

Y ahí le llevaron. No hizo falta ponerle vigilancia, nadie en su buen juicio se atrevería a socorrerlo.

Pero los muy comprometidos, los maquis del campamento de Valdesierra, en el Alto de la Bandera, a unos dos o tres kilómetros de Benagéber, a estas horas de la noche bastante tenían con intentar escapar de los hombres del comandante Melero que, conducidos y escudados tras Santiago Martínez, Clemente Alcorisa, José Martínez, Juan Luján y Salvador Garrido, los cuatro detenidos, iniciaron el asalto del campamento.

Solo veinticuatro horas antes, el Chaval había decidido trasladarse unos trescientos metros más arriba, por lo que pudieron advertir a tiempo el ataque y huir, dejando en el campo de combate el cadáver de un compañero, pero esto no deslució los éxitos obtenidos por el comandante durante la «Ofensiva de Primavera» y, al llegar a Benagéber, lleno de moral de victoria, en ese estado de ánimo en el que sentía que el mundo se movía ahí abajo, a sus pies, mandó que le trajesen al ingeniero.

—¿Nos conocemos? —le preguntó al verle entrar en su despacho, poniendo gesto de estar intentando hacerlo. Pero no le dejó opción para la respuesta, ni tampoco él iba a hacerlo, de sobra sabían ambos quién era el otro.

—Bien, señor Favard. No hemos logrado contactar con el Nuncio. No obstante, tampoco tenemos necesidad de ello, legalmente puede estar retenido 72 horas antes de pasar su caso al juez.

Ahora ya sí, ahora, creyendo que le estaba dando explicaciones, se atrevió a protestar por el menosprecio de sus derechos.

—Sin ni siquiera haberme permitido la asistencia de un letrado.

—Tampoco ha habido ninguna denuncia —respondió con

serenidad.

—¿Cómo? ¿Qué me ha tenido retenido ahí abajo sin causa aparente?

—Si quiere puedo abrir diligencias, pero no lo creo. Es más, usted sabe que estoy intentando evitarlo, pero si me lo pide.

Abrió una carpeta que tenía encima de la mesa y le mostró su contenido.

—Aquí dice que es usted ingeniero de minas y que está disfrutando de una beca en el Complejo Minero de la Sierra Menera, al parecer hasta noviembre, ¿no es así? Pues atengámonos a ello. Vuelva a Ojos Negros, cumpla con su compromiso y vuélvase a su tierra.

Mostrando todo su poder, fuerte, dominante, dejando bien claro que le estaba perdonando la vida, añadió finalmente:

—Por supuesto, sin pasar nuevos fines de semana en Teruel.

—¿Me está chantajeando? —respondió con la única arma del débil, su desprecio.

Pero el otro, imperturbable, añadió:

—Sería así si le estuviese cobrando un beneficio a cambio de silenciar un delito cometido. Por ejemplo, el de colaboración con los maquis, o ignorando sus antecedentes penales, luchando con los comunistas en nuestra guerra, o después en el Pirineo, contra los alemanes. Pero como no figuran tales antecedentes ni hay denuncia alguna, y como ya hemos visto que ni usted ni yo sabemos nada del otro, no puedo chantajearle. ¿No es así?

Y dio por terminada la conversación. Aunque antes:

—Le voy a retener el pasaporte hasta que acabe su contrato y se vuelva a Francia. En Ojos Negros no lo va a necesitar. —Y tras un corto silencio, añadió—: Ese día no se moleste en despedirse de ella, ya lo haré yo por usted.

Al día siguiente, Ángel abandonó Benagéber, reclamado por los

sucesos de Mora de Rubielos, con nuevas explosiones en la vía férrea y lo acaecido en un control a la altura de Mosqueruela, donde habían detenido e incendiado tres camiones del alcalde falangista Antonio Monferrer, al que habían fusilado después, o la entrada de los maquis en Rubielos de Mora donde, presididos por la bandera republicana y los compases del himno de Riego, habían dado un mitin.

Qué duro se le empezaba a hacer todo y qué cambio tan violento se estaba produciendo en esta guerra.

Pero este era su oficio, este era el destino que había elegido y esto era lo que daba proyección a su carrera y le promocionaba hacia cotas más altas.

—Sí, pero estoy deseando volver a Teruel.

Y mientras tanto, nuevas actuaciones, una redada por los pueblos de Manzanera, Nogueruelas y Rubielos de Mora y la delación de un vecino de Torrijas, acusando a los habitantes del Molino del Valiente de dar cobertura a la partida del Chaval (esa familia que escuchó tan atentamente su aventura en cuartel de los Isidros). En total, nueve detenidos, incluyendo a Antonio Delgado y a su hijo,[46] para acabar todos en una nueva fosa en el cementerio parroquial de Albalat Dels Tarongers. En el certificado de defunción de las víctimas figura como causa inmediata de la muerte un impacto en la nuca producido por una bala calibre 9 mm, la munición de la Guardia Civil.

Pero así era esta guerra y a las fuerzas del orden se les exige disciplina y diligencia en el servicio.

Estaba deseando acabar y volverse a Teruel.

Una vez que Ángel se fue de Benagéber, autorizaron a Andrés a abandonar su reclusión y volverse a Teruel. Lo primero que hizo fue ir al camposanto para dedicarle un adiós a su viejo compañero.

—Ahí está —le dijeron, señalándole cuatro túmulos de tierra. —Los hemos enterrado por parejas. No puedo decirle en cuál de ellos está el que busca.

[46] Antonio Delgado, su hijo de 17 años y otros siete miembros del aparato de soporte de los maquis fueron capturados, fusilados y enterrados en Abalat dels Torongers (Valencia). La investigación de esa fosa la inició La Gavilla Verde, gracias al empeño personal y a los informes que proporcionó el Chaval cuando vino a España en el año 2000, en ocasión de la celebración de las Primeras Jornadas del Maquis en Santa Cruz de Moya. El guerrillero nunca se olvidó de sus amigos.

63

Merceditas

Muchos años después, a finales de 2007, Ernesto Martín depositaba en la Gavilla Verde la documentación que Ángel le había entregado sobre lo ocurrido en Benagéber. Lo hizo sin guardar rencor a los que le habían apartado de la investigación y con la generosidad del que sabe lo que estos documentos van a aportar a la persona que haya cogido el relevo.

Aunque se permitió una cierta sonrisa. Y es que hay veces que la vida ¡te concede unas satisfacciones!

Ahora tocaba hacer justicia al Practicante y, a pesar de que a María Ángeles no le gustaba ese personaje tan hosco, que implicó a su mujer en su guerra personal, de la que no dimitió a pesar de sus súplicas (aguanta, que ya te queda poco, le pedía en Benagéber) y de la promesa de su vientre. Una actitud en la que no participaba Ernesto, que después de tantas horas dedicadas a esclarecer la vida de esos personajes había acabado por comprenderlos.

(Incluido al comandante Melero, al que acababan de conocer).

—Así fue esa Europa del siglo XX. Cainita y llena de ideología y de líderes que cargaron sobre la religión, la clase social dominante o un grupo étnico, haciéndolos culpables de los males históricos de la sociedad a la que pretendían redimir.

No les fue difícil dar con Avelina, a la que localizaron en Gúdar, pero antes, al preguntar por la mujer del Practicante, les advirtieron que en este pueblo había habido mucha sangre a raíz de que la República resolviese el litigio que mantenían por las tierras de la riera en favor del paisanaje más débil, que al final tuvieron que ocuparlas por negarse a abandonarlas sus antiguos explotadores. Luego ya vino lo de la Guardia Civil y el que fuera desarmada y expulsada por los del pueblo y que esto fue que le obligó al

Practicante a exilarse.

(Todo esto ya lo tenemos reportado en nuestros informes, María Ángeles).

Después ya lo de los ocho labradores que fueron a aclarar lo sucedido a ese Teruel que acababa de pronunciarse por Franco y les hicieron sufrir la suerte del toro de lidia, seguida de la respuesta del bando republicano, cobrándose la de cuatro labradores de derechas, las posteriores represalias de los triunfadores y la de los maquis sobre los sospechosos de ser de Falange o pertenecer al somatén.

—Y eso sin contar con los muertos del frente.

(Una macabra carrera de muertes que comenzó con un conflicto de tierras).

Los hechos que culminaron con uno de los episodios más destacados de la historia del AGLA, la detención en 1946 de Felisa Montoliu, su sospechosa muerte en la cárcel de Mora de Rubielos y, al año siguiente, en el 47, el día de su aniversario, la respuesta de su marido, el Pinchol, de su hijo, de los maquis y la del general Pizarro, que esa es otra.

Demasiados muertos para una población de uno cuatrocientos habitantes en los años 40, y actualmente reducida a ochenta y seis empadronados, terminó diciendo a la pareja de forasteros la persona que les estaba sirviendo en ese bar frente a la iglesia de Santa Bárbara, volviendo a repetirles eso de que aquí ha habido mucha sangre y el que más o el que menos ha tenido que guardar algún luto.

—A nosotros no nos interesan esas historias de odios, nosotros estamos aquí por José Castán, uno al que llamaban el Practicante, que se marchó al comenzar la guerra.

—¿El Practicante? —exclamó un silencioso cliente de cara arrugada y la sempiterna colilla colgada del labio inferior—. ¿Y qué quieren de él?

—Es algo personal que solo le interesa a su familia —respondió

María Ángeles,

pero Ernesto, viendo la cara de aparente desinterés con la que le contestó el paisano, enseguida rectificó:

—Tenemos documentos históricos que hacen referencia a él y queremos entregárselos a sus familiares.

—¡Niña! —respondió su interlocutor, cortando la conversación para llamar la atención de una chica joven, de unos dieciséis años, bien vestida y evidente aire extranjero, que compartía mesa con un círculo de clientes de ambos sexos y edad similar, matando horas mascando pipas y consumiendo entre todos un par de refrescos al día—. Estos señores quieren hablar con tu abuela.

¿Su abuela? Se dijeron sorprendidos ellos dos.

—¿Qué desean de ella? —les respondió la joven con un gracioso acento francés.

—Quieren hablarle de la guerra —insistió el otro, retirándose la colilla de la boca.

—No, no es exactamente así, señorita —rectificó Ernesto—, lo que queremos es darle unos documentos sobre su marido y hablar sobre Mercedes Sierra y Andrés Favard, a los que conoció en Teruel. —Entregándole la fotografía que Ramón Celada hizo de la pareja en la enfermería del puerto de Alicante.

La niña se fue del local para dirigirse a una casa vecina.

—Qué maja, la Merceditas—. Aclaró el de la colilla, por si no se habían dado cuenta, tras deshacerse de ella para aceptar un cigarro que le ofreció Ernesto—. Dudo que Avelina quiera recibirles. Nunca habla de esos tiempos.

Pero se equivocó el augur y al poco volvió Merceditas invitándoles a ir a casa de su abuela, una vivienda unifamiliar, similar a las de su entorno, visiblemente reformada, al igual que su interior, aunque los detalles, los de la decoración, los pasaron por alto, a excepción de las muchas fotografías familiares expuestas en sus paredes, presididas por la de un hombre joven luciendo toga y la banda de

una universidad y las muchas de Merceditas, incluyendo una en una sillita de ruedas que empujaba ¿Avelina? por las calles de una gran ciudad.

—París —aclaró la señora, invitándoles a sentarse alrededor de una mesa camilla.

Nuca la habrían identificado si se hubiesen basado en la imagen preconcebida que tenían de ella a través de su documentación.

Ni aspecto de efebo, por descartado, pero tampoco el esperable en una persona que trabajaba como camarera en un hotel de una ciudad pequeña, o la de la viuda joven de un maqui tratando de sobrevivir con su hijo en esa España de Franco y de su victoria sobre el comunismo y otras pérfidas fuerzas, envidiosas de nuestro pasado imperial.

¿Y eso, Avelina?

Eso, lo aclaró a continuación esa inesperada mujer con el aspecto cosmopolita que da el haber vivido socialmente activa en una gran ciudad, explayándose en hablar de ese París donde emigró en 1947, de su hijo, catedrático de universidad (como usted/tú, Ernesto), y de su nieta Merceditas, que se pasaba largas temporadas aquí, con ella, desde que decidió venirse a vivir sus últimos años al pueblo.

—¡Dónde se quedan esos tiempos! —exclamó, haciendo una pausa que aprovechó Ernesto para entregarle una carpeta con los datos de su marido, que pareció aceptar con cierta displicencia, a no ser por la suave sonrisa que le dedicó al depositarla encima de la mesa camilla, manteniéndola durante toda la conversación protectoramente bajo su mano derecha. Pero de estos detalles solo se daba cuenta María Ángeles.

¿Cuánto tiempo había pasado hasta que, tras pedir a su nieta que se fuese de nuevo con las amigas, decidió preguntarles?:

—¿Qué queréis contarme de Mercedes y Andrés? —Señalándoles en la fotografía que había entregado Ernesto a Merceditas, como tarjeta de presentación.

—Más bien somos nosotros los que esperamos que nos cuentes algo de ellos. — Pasando, a continuación, a hacer un resumen del tema de la fosa de Monroyo y lo que estaban persiguiendo con sus investigaciones.

—Lo siento, profesor (restableciendo la barrera de los títulos y el usted), no estoy preparada para hablar de historias que, como ustedes suponen, significan recordar lo que aquí todos pretendemos olvidar.

Afortunadamente, María Ángeles supo estar al quite,

—La quisiste mucho, ¿verdad? Quizás por eso lleva su nombre tu nieta. —Y antes de que le contestase—. Ernesto no le ha aclarado que su misión es buscar a ese recién nacido que ella tuvo que dejar en el cuartel de la Guardia Civil la noche de los hechos.

—Estáis buscando a una criatura que de ser por ella nunca habría nacido.

Ahora sí que se hizo un nuevo y largo silencio, tanto que ya amenazaba con un ¿nos vamos? como única salida.

Esta vez fue Avelina la que, tras dedicar una detenida mirada a María Ángeles, rompió el silencio.

—Ella estaba embarazada cuando huyó de Teruel por temor a las represalias del comandante Melero y vino a refugiarse aquí, en mi casa. Y cómo iba yo a negárselo, después de todo lo que había hecho por mí. —Y tras un emocionado silencio, dedicado al recuerdo—. Fue todo tan dramático —insistió a María Ángeles, mirándole los ojos, que habían tomado un tono violeta—. Tú, en su situación, tampoco hubieses querido tener ese hijo. —Y tras una nueva pausa—: Aunque sé que, con el paso del tiempo, cuando se te hubiese serenado el corazón, te habrías arrepentido.

Ahora, señalando la fotografía de su hijo, el profesor.

—Yo tampoco quería que naciese este y fíjate, se llama José. Afortunadamente no es «practicante», es catedrático de Cirugía por la Universidad de la Sorbona. —Y sin retirar de ella su mirada—:

Hacía mucho que no hablaba de esos tiempos, pero cuando has dicho que estáis buscando a la criatura de la mujer en cuya memoria mi nieta lleva su nombre, no puedo negaros mi colaboración.

Se recostó en el sillón y empezó a contar.

—Todo empezó el día en que se sintió embarazada.

64

Mercedes y Valentín

—¡Madre mía! —exclamó Mercedes, despertándose súbitamente de un sueño para nada reparador, llevándose las manos a la cabeza. —¡No puede ser!

Saltó de la cama y se dirigió rápidamente a su consulta, donde había un calendario colgado en la pared, justo encima de la mesita donde tenía el alcohol y la cajita de metal donde hervía las jeringuillas para desinfectarlas, y empezó a contar días, obteniendo un dato diferente cada vez por su nerviosismo.

—A ver, fue en enero, sí, recuerdo que… —contando los siguientes veintiocho días— ¿Y en febrero? En febrero ya no..., tampoco en marzo. Espera, vamos a ver. Aquí desechó el método de contar con los dedos y recurrió a datos irrefutables, las fechas de las facturas (que pagó displicente don Ángel) y la de esa invitación a la «soirée» en Passapoga y…

—¡Madre mía! —Derrumbándose sobre una silla.

Todavía tardó unos minutos en levantarse, ahora con los maxilares tan apretados que el rasgo que más destacaba en su cara era la protuberancia de los músculos maseteros, y a pesar de estar a finales de marzo y de reinar los amaneceres fríos en Teruel, se quitó el camisón y así, desnuda, se enfrentó al espejo, mirándose despacio, ahora de frente, ahora de costado y de nuevo de frente ¿Y?

Sí, tenía cargadas de color las mejillas (ayer mismo lo atribuyó al aire serrano) y se notaba los pechos más redondeados, ¿más pesados? ¡Y más morena la areola mamaria!

—¡Madre mía!

Necesitaba respirar y, a pesar de seguir desnuda, abrió la ventana de par en par y se acodó sobre el alfeizar, dejando la mirada perdida en el amanecer, adivinando entre la bruma la estación del ferrocarril y, un poco más a la derecha, las aguas del recién nacido Turia, tras unirse las aguas del Guadalaviar y el Alfambra. Encendió un cigarro y así, castigándose con el relente de la mañana, lo aceptó.

—Me he quedado embarazada de ese cabrón.

E inmediatamente, una decisión.

—¡Ah! Pero tú no te vas a enterar de que has sido capaz de hacerlo.

Ahora unas cuantas vueltas a los abortivos conocidos, a los tallos de laminaria intravaginales, al perejil, al cornezuelo del centeno y otras hierbas con las que se envenenaban el útero tantas mujeres, intentando desprenderse de tantos otros embarazos no deseados.

—Mejor un legrado.

Fue solo una ráfaga, menos que eso, un chispazo en sus neuronas. De sobra conocía los resultados de un procedimiento hecho por manos inexpertas, y pensar en un aborto reglado era un absurdo.

—Ya decidiré el cómo. Lo importante es que tú no veas la luz —dirigiéndose por primera vez a ese ser que empezaba a reclamar en su vientre su derecho a la vida y, sin concederse la menor debilidad sentimental, espetó a su abdomen—: ¡Monstruo! Qué otra cosa puede esperarse de una puta y de ese hombre.

Ahora sí que sintió frío.

Lo que menos le importaba era lo que significaba ser una madre soltera en ese Teruel de la postguerra, repoblado con gentes de orden.

—¡Puf! —Con indiferencia a sus posibles críticas.

Ni el saberse enamorada de otro hombre que no había tenido acceso a su cuerpo.

—Sí, enamorada de él —aceptó desafiante, lamentando no tenerle a su lado en unos momentos en los que tanto necesitaba de su proximidad y su comprensión.

(Seguro que los tendré).

—¿Seguro?

(Sí, pero no puedo pedírtelo, solo confesártelo y esperar tu reacción).

El problema real estaba en Ángel y en ella, en que de pronto sintió cómo se le derrumbaban todos esos argumentos que le habían servido hasta ahora para justificarse, los del engaño, la soledad, el abandono y el miedo a bajarse del lomo del tigre. Ya nada le valía.

—¿Ves por qué debemos sacrificarnos? Nunca podré olvidar de dónde vienes — Dirigiéndose a su vientre.

(Era la primera vez que se dirigía sin rencor a sus entrañas).

—Y eso sin valorar la reacción de Ángel si llega a entrarse de que me he desecho de la prueba tangible de su potencia sexual.

Decisión tomada.

Cerró la ventana y entró en el cuarto de baño, una ducha estimulante y después, oliendo a colonia, se sentó en la cocina y se sirvió un café humeante. Ahora ya pudo empezar a organizar su mente.

—Lo primero era contárselo a Andrés cuando vuelva de Benagéber, de su cita con el Practicante, confiando en que, a la espera de lo que traten con Valentín, al menos lo de «Socorro Extremo» haya quedado zanjado.

Aunque…

—¿Qué pasa ahora?

Pasa que… ¿Intuición de mujer o deducción?

Pues que a estas horas ya habrá vuelto a Ojos Negros y debería haberse puesto en contacto con ella para contarle el resultado.

¿Por teléfono?

(Nunca se sabe quién puede estar al otro lado del hilo).

¿Una carta?

(Todos sabemos que hay censura).

—Vale. —Aceptó de mala gana—. Lo más seguro es tratarlo todo directamente el próximo fin de semana. Incluyéndote a ti.

(A su vientre).

—Y, sí…

¿Si qué?

Llena de impaciencia, empezó a barajar otras soluciones, como la de ir ella misma a Ojos Negros.

—¿Cuánto tardaría Ángel en enterarse, o Constancio?

(Es absurdo. No puede ser que me tengan tan vigilada).

—Que no, que no puedo neurotizarme, la vida no es ni puede ser así.

Pero…

—Paciencia, hay que esperar hasta que nos veamos aquí.

Y a todo esto su problema, el de su vientre, sin decidir, y a cada hora que pasa se le hace más difícil hacerlo. Solamente la mantiene en su firmeza la convicción de que no puede nacer el hijo de Ángel Melero.

Esa noche se durmió contando los días que faltaban para el fin de semana. Serían sobre las doce cuando la pareja de la Guardia Civil llamó a su puerta.

—Que se venga con nosotros al hospital, que el Dr. Jimillo la necesita —le dijeron, tras excusarse por tan intempestiva llamada.

—¿A estas horas?

Inútil pregunta, a la que respondieron con un levantamiento de hombros y una inexpresiva exclamación.

—Y a ustedes qué —dijo, poniendo palabras al gesto de los visitantes, disponiéndose a acompañarles envuelta en una amplia toquilla negra de lana gruesa y largos flecos que le había regalado una paciente para compensar noches como estas, en las que tenía que abandonar el calorcillo de su cama y recorrer a paso rápido las calles vacías, ¡atravesar el Viaducto!, y llegar al Ensanche, junto al campo de fútbol, soplando su aliento en las puntas de los dedos.

Al llegar al hospital se dirigieron a la habitación reservada para los pacientes agónicos y sus familiares, ocupada hoy por un detenido procedente de la comisaría.

—¿Manda alguna cosa más? —preguntaron los guardias al Dr. Jimillo, retirándose de la puerta para ceder el paso a Mercedes, que al entrar se encontró, inesperadamente, con Constancio.

No hizo falta que el doctor le explicara el tema. Sabía que estas cosas sucedían. Incluso alguna vez había tenido que atender a algún detenido que había requerido ingreso hospitalario, pero cuando se acercó a la cabecera y se encontró con «esto»…

Era un hombre grueso, de unos 40 años, pelo ralo y cara abotargada y llena de hematomas, en coma y con una respiración oral quejumbrosa y crujiente, que dejaba escapar de sus labios tumefactos hilillos sanguinolentos y ocasionales pompas de moco y sangre por ese repliegue de la cara en el que se adivinaba la nariz.

¡Y esto en lo que se refiere a los signos externos!

—¿Quién lo habrá puesto así? —preguntó escandalizada. A lo que respondió el médico con una mirada cautelosa dirigida a Constancio, que todavía se atrevió a contestar con un tono autoritario.

—Ya saben que todo preso, aunque esté ingresado en un hospital, debe estar vigilado por la policía. —Aunque a continuación aclaró que se trataba de un peligroso comunista, no sé si en tono de aviso, de advertencia o de excusa, ignorando la mirada acusatoria del doctor.

—¿Entonces este hombre procede de la comisaría? —inquirió el médico.

—Así es —contestó, insistiendo en que era un peligroso enemigo del régimen recién llegado de México, ya se imaginará con qué intenciones, al que hemos detenido en la carretera de Teruel y, al darle el alto, intentó escapar, viéndonos obligados a disparar a las ruedas del vehículo, lo que ha provocado que se accidentara, cayendo por un barranco.

—Ya veo —respondió irónico el doctor—. Imagino que, debido a la urgencia, no ha habido tiempo de que el forense haya hecho el correspondiente informe médico legal del traumatismo que sufre el detenido.

—Así es, doctor, pero servirá para tales efectos el que usted elabore.

—Ya imagino —murmuró con desagrado. Y ahora, desentendiéndose del policía, empezó a comentar con Mercedes sus observaciones sobre el paciente.

—Tiene el pómulo derecho roto y un fuerte hematoma en el párpado del mismo lado que le impide abrirlo, aunque no parece tener ninguna lesión en el globo ocular. Se queja con los movimientos respiratorios, indicándonos la posibilidad de que haya alguna fractura costal, aunque lo más preocupante es su bajo nivel de conciencia. Veamos sus reflejos.

Al dirigir el haz luminoso de su linterna sobre el ojo del lado no lesionado, el herido hizo con su cabeza un movimiento de rechazo y abrió sus ojos, mostrando signos de intentar enterarse de dónde estaba y qué personas le rodeaban, para terminar fijándose en Mercedes.

¿Sería posible que de esa boca tan tumefacta saliese una sonrisa?

Y poco más mantuvo su estado vigil. Inmediatamente volvió a cerrar los ojos y a sumirse en el estado de sopor previo.

—Ha sido una respuesta consciente. Corta, pero consciente. Parece como si la hubiese reconocido —comentó el médico.

—Le recordaré a alguien, yo no conozco a nadie que viva en México.

—Bueno, su respuesta, en el contexto del traumatismo craneofacial que sufre, nos hace sospechar la existencia de un hematoma subdural, lo que nos obliga a su evacuación. Vamos a realizarle una trepanación (hoy diríamos craniectomía).

Ahora, bajando la voz, le dijo en tono muy serio:

—¿Se da cuenta de lo delicado de nuestra situación? Usted y yo ya no podemos evadirnos de nuestra responsabilidad, pero debemos evitar implicar a ningún otro profesional, si es posible.

—De acuerdo doctor —convino generosa.

—Bien, entonces, empecemos por un estudio radiológico.[47]

Cuando se disponía a trasportar al herido al cuarto de rayos, se ofreció Constancio.

—Puedo hacerlo yo.

—Tú ya has hecho bastante trayéndolo hasta aquí —le respondió, aunque no pudo evitar que se hiciese cargo de la camilla y la fuese empujando hasta el gabinete.

—Ten cuidado, no le vayas a hacer daño —le recomendó irónica.

Tras situarlo bajo la fuente de rayos X, se vistió un delantal de plomo y le entregó otro al doctor.

—No tengo uno para ti, así que si no quieres irradiarte —señalándole la entrepierna—, sal de la habitación y vigila desde la mirilla de cristal de la puerta. No sea que vaya a escaparse el detenido.

—Qué poco me quieres, Mercedes, con la de cosas que yo hago por ti.

Sin molestarse en contestarle, apagó las luces, excepto una pequeña bombilla roja y, tras colocarse ella y el doctor unas gafas oscuras, una vez acomodada la visión, apagó también esta, quedando el cuarto iluminado por la luz fosforescente que emanaba del tubo del aparato de rayos.

Tras hacerle una exploración torácica radiológica en la que el Dr. Jimillo fue señalando a Mercedes varias costillas rotas por el «accidente», empezó a recorrer el abdomen, el espacio subdiafragmático, el cuadrante superior derecho, epigastrio, con el fin de excluir la presencia de aire que pudiese delatar una rotura visceral, y después dirigió la fuente a la fosa pélvica.

¿Y?

Ahí, en el recto, aparecía de forma clara y precisa, sin el menor margen para la duda, una llave.

—Parece la de una caja de caudales —murmuró Mercedes.

—Lo es —respondió el doctor, seco y escueto. —No sé cómo está aquí, porque lo primero que hacen en comisaría a cualquier sospechoso es explorarle el recto.

—Estaría en el colon y con los golpes ha bajado hasta ahí.

—Lo que sea, pero habrá que intentar extraerla con un enema.

Terminada la exploración, mientras el doctor iba a pedir a la monja (la omnipresente y abnegada monja de la Caridad de los antiguos hospitales) que preparase el quirófano y ayudase en la anestesia, lo que requería cierta destreza en el manejo del cloroformo, que se administraba a través de una mascarilla y vigilar el estado de la respiración, Mercedes le pidió a Constancio que le ayudase a trasportar al paciente al quirófano.

En el antequirófano, mientras llegaba el doctor, empezó a limpiar las heridas de ese rostro borrado por la tumefacción, de esos labios abultados, de esos párpados que impedían la apertura de esos ojos,

hasta que, finalmente…

—¡Valentín!

Y su mente ya fue capaz de evocar imágenes, instantes y recuerdos, hasta reconstruir la historia que daba sentido a lo que estaban viviendo y a esa llave que llevaba escondida en sus vísceras.

«Socorro Extremo», le chillaron todas sus neuronas, para pensar inmediatamente en Andrés y en su empeño por lograr una solución ética, en todo ese tiempo que le había robado de vida, en el final de la guerra de España, la Segunda Guerra Mundial y ahora Teruel.

—No es justo que todo haya terminado así.

¿Qué habrá logrado saber de todo esto Constancio? Se preguntó, viendo el estado de Valentín. ¿Y Ángel? Apostando por que estaría detrás de todo esto y, cuando recordó a la primera persona que pagó por esto, el Dr. Morales, su compinche en el Hospital de Madrid, empezando a temer seriamente por la vida de Andrés.

Miró con disimulo al policía, preguntándose si habría advertido la presencia de la llave. Seguramente que no, que su vista todavía no se habría adaptado a la luz de los rayos X cuando lo estaba explorando. Así que se arriesgó y con toda su sangre fría le dijo:

—Ayúdame a desnudarlo.

Después le colocó bajo las nalgas una cuña.

—Voy a ponerle una lavativa —le avisó.

El otro, haciendo un gesto de asco, salió del lugar tapándose las narices.

Rápida, la vació en su recto y esperó a que obrase.

¡Ahí estaba!

Tapó la cuña con un trapo y la depositó en el retrete, sin retirar el objeto.

Y ahora a él.

—No está permitido a ningún escolta entrar en el quirófano, de modo que tendrás que conformarte con vigilar desde afuera. Y ten cuidado, no sea que vayas a desmayarte con la sangre.

Después ya se precipitó todo. El olor a cloroformo, a carne hendida, a hueso trepanado y a esa sangre de ese extenso hematoma que le comprimía el encéfalo. Pero todo fue inútil. El paciente falleció en el quirófano.

Tras ordenar su traslado a los velatorios del hospital, Constancio le dijo:

—Yo avisaré a la comisaría para que vengan a recogerlo.

Una vez a solas, recuperó la llave.

—Descansa en paz, Valentín.

—Impresionante historia —concluyó Ernesto.

—Y qué final tan dramático —corroboró María Ángeles.

—Me queda una curiosidad, Avelina —le dijo él—. ¿Hasta dónde había avanzado en sus investigaciones ese individuo durante el interrogatorio?

—Yo creo que si previamente hubiese logrado la confesión de Valentín, la historia que estamos tratando de aclarar habría transcurrido de otra manera.

—¿Y qué pasó? —preguntó ahora María Ángeles.

La señora se recostó de nuevo en su sillón y, con voz fatigada y un poco entrecortada, empezó a contarles que cuando Constancio valoraba la opción de claudicar, recibió en la comisaría el informe forense del Dr. Jimillo, donde se describía, entre otras lesiones, la presencia de un cuerpo extraño en el colon. ¡Una llave!

Solicitó el historial clínico y cuando revisó el estudio radiológico no halló ninguna placa que la mostrase.

En algún momento la enfermera había logrado apoderarse de ella.

(Cuando le puso el enema).

El interés por parte de Valentín de ocultarla, y el de Mercedes por recuperarla, solo tenía una explicación, que Valentín, antes de salir de España, hubiese depositado «Socorro Extremo» en la caja de alguna entidad bancaria, guardándose la llave, lo que volvía a poner en primer plano a ella, con una consideración importante, que al ser ahora la poseedora, le correspondía marcar la pauta.

—¿Y? —exclamaron al unísono Ernesto y María Ángeles.

—Lo que ya les he adelantado, que después del escándalo del baile del domingo de Ferias en el Casino de Teruel, Mercedes se vino aquí, a Gúdar, huyendo de Ángel — respondió con gesto cansado y voz disfónica y entrecortada.

—¿Baile del Casino, escándalo? Usted se está guardando las mejores bazas para el final, Avelina.

Lamentablemente, en ese momento volvió Merceditas del bar y, al notar el cansancio de su abuela, con un encantador acento francés y una sonrisa no menos atractiva, cortó el tema y les pidió que la dejasen descansar.

—Abuela, ya vendrán otro día. —Y ahora a ellos—. ¿Verdad?

—De eso puede estar usted segura. En cuanto usted nos diga, Avelina.

—La próxima vez hablaremos de ese baile del Casino —dijo, dejándoles con la miel en la boca—, pero ya les adelanto que ella sabía que no bastaba con romper con Ángel, que lo que tenía que lograr era que él la repudiase, y aun así, no excluía que intentase algo contra ellos dos. Pero eso ya lo dejamos para la próxima vez. A cambio, usted me tiene que contar cómo han ido sus investigaciones en busca de ese recién nacido.

Antes de marcharse, Avelina les preguntó si tenían más fotografías.

—Solo tengo esta otra —respondió María Ángeles, mostrándole la

del desfile de la Victoria—. La otra pareja son mis padres.

— ¿Eran amigos los cuatro?

—Yo no diría tanto. Más bien compañeros del trabajo, aunque mi padre no pertenecía a la Guardia Civil. Coincidió con el comandante después de la guerra en Madrid y en Teruel, la única turolense era mi madre. Con el que tenía más afinidad era con Andrés, fueron compañeros en la resistencia francesa e intervinieron en acciones militares, como la célebre batalla de La Madeleine.

—Sí, y sabemos por nuestros informes que Andrés le salvó la vida en esa acción —respondió Ernesto.

—¡Ah, sí!, ¿eh?

—Ya está bien —cortó Merceditas, casi empujándolos hasta la puerta.

Cuando se quedó a solas, Avelina volvió a echar una mirada a la fotografía que le acababa de entregar María Ángeles y, tras ponerse las gafas, empezó a estudiar a las dos mujeres sin perderse detalle.

—¡Qué hermosos ojos color violeta tiene también esta María Ángeles.

---

[47] En los años 40 no existía la Anestesiología como ciencia, ni había técnicos en Radiología, por lo que la práctica de radiografías y la anestesia se confiaban a enfermeras y/o practicantes, supervisados por el cirujano o el radiólogo.

65

La fiesta del Casino

La impaciencia por volver a hablar con Avelina fue la culpable de que se presentasen en Gúdar antes de la hora acordada, así que, por cortesía, decidieron hacer tiempo en el mismo bar de la vez anterior. Café y unas pastitas de harina de esas que al mojarlas vampirizan el contenido de la taza, y el saludo del dueño que, considerándolos ya de la clientela, se acercó a pegar la hebra.

—Qué, ¿a ver otra vez a la señora? Quiero decir a la Avelina, que ella es de aquí. —reivindicándola como parte del patrimonio local.

Y ya no paró. Tras un breve prólogo dedicado a ella y a su marido, José Castán, el Practicante (también era de aquí, pero ese hombre ya era otro cantar), empezó a hacer su panegírico, queriendo dejar constancia de que en ese pueblo, o al menos en ese bar, era alguien muy querido.

—Aquí se le debe mucho. —Citando donaciones benéficas y personas a los que había ayudado—. Ha sido como ese pintor español que vivía en La Costa Azul.

—¿Picasso?

—Sí, ese. —Tenía su casa abierta a todos los emigrantes que llegaban a Francia, y ya no quiero decir a los de estos lares. Todos sabían que podían contar con su ayuda.

—Ya, ya. Una mujer filantrópica. Debe ser persona de medios.

—Cuando salió del pueblo, allá por finales de nuestra guerra, ni un duro. Debió hacerlo después, en Francia. Antes se vino aquí a tener a ese hijo que dicen que es una eminencia médica y, tras unos meses, a finales del 47, emigró y ya no volvió hasta principios de este año, del 2007.

Y hubiera seguido con su biografía si no hubiese sido por que se había hecho la hora de su cita y, tras excusarse, salieron del bar, cruzaron la calle y llamaron a la puerta de Avelina, sintiendo sobre sus espaldas la vigilante mirada del dueño.

Aquí los recibieron las dos mujeres, abuela y nieta, aunque en esta ocasión, Merceditas, contagiada de curiosidad (qué sorpresa, abuela, quién lo iba a decir de ti), se quedó a seguir la historia y, antes de que la anciana preguntase amablemente ¿dónde nos quedamos el último día?, saltó junto a los otros dos:

—¿Qué pasó en la fiesta del Casino?

Acaparando la expectación (y seguro que saboreando el momento), se recostó en su sillón y, con gesto delicado y casi pidiendo perdón, le dijo a su nieta:

—Niña, yo me tomaría un gin-tonic, ¿y ustedes?

(¡Abuela!)

—¡Señora! —exclamó sonriente Ernesto—, no me puedo negar a ello, es la herramienta imprescindible en cualquier investigación.

Un breve traguito burbujeante y amargo y ahora sí, ahora, a manera de introducción, recodó a sus oyentes que don Ángel se había desplazado a la raya de Valencia con Teruel, a mediados de marzo del 47, y que a primeros de junio todavía seguía por la provincia de Cuenca, sin que en todo ese tiempo Mercedes y el comandante se hubiesen visto físicamente, limitándose su comunicación a cortas y entrecortadas charlas telefónicas, y no solo a causa de los déficits tecnológicos de la época, es que ella ya había decidido cortar con él y solo esperaba encontrase cara a cara para poder decírselo.

Tal y como les estaba explicando, el día 7 de junio, Ángel le telefoneó para decirle que a iba a venir a Madrid doña Eva Duarte de Perón, sí, la esposa del presidente argentino.

—Todavía no es oficial, pero algunos tenemos información privilegiada — puntualizó con voz campanuda, y siguió—: El Gobierno tiene la intención de echar la casa por la ventana. No te

digo nada más que va a ser recibida con honores de jefe de Estado.

Pausa expectante (redoble de tambor) y ¡la bomba!

—Estamos invitados a la recepción oficial.

(Silencio… a ambos lados del hilo telefónico).

—¿Mercedes?, ¿te has enterado de lo que te acabo de decir?… ¡Señorita, señorita! —Impacientándose con el teléfono.

No era ningún problema técnico. Era eso que desde hace tiempo (desde que salió de Teruel) él venía calificando, irónicamente, como «tu languidez de Dama de las Camelias», sin querer entrar en más profundidades.

(Ya lo hablaremos cuando vuelva).

—En este tipo de recepciones de Estado, lo político ya está hablado y de lo que se trata es de que se produzca un amplio contacto entre el mundo económico de ambos países, ¿entiendes? Hay miles de toneladas de trigo, maíz, carne, etc. esperando embarcar para España. A cambio, nosotros vamos a exportar zinc, plomo, mercurio, hasta motores eléctricos. ¿Oyes lo que te estoy diciendo? Es el final de nuestro aislamiento internacional, el de la autarquía, y el comienzo de nuestra apertura al exterior. —Para remarcar—: Millones de oportunidades. Y hay que estar ahí. Tenemos que estar ahí. —Remarcando ese «tenemos», que sonaba tan inclusivo y participativo.

(¿Silencio?)

Todavía, evitando la cadena de interjecciones que le sugería su actitud, insistió con suavidad:

—Te propongo que te adelantes y que me esperes en Madrid comprándote lo mejor y lo más bonito, mi vida. Date y dame una satisfacción.

…

—¿Que se acabó Passapoga y tu exhibición y que no te interesa ese mundo donde me muevo buscando contactos y oportunidades?

¡Madre mía! Ahora ya sí, ahora ya le contestó con voz enérgica.

—Haz lo que quieras, pero yo me voy a Madrid. A mi vuelta hablaremos.

—Eso es, a tu vuelta —respondió retadora.

Y a todo esto, Constancio sin dejar de verter su veneno.

—La contempla en exceso, mi comandante, y ella no le corresponde por igual. Sepa que, aunque usted haya desterrado a ese ingeniero a Ojos Negros, no significa que no estén en comunicación. La mantienen a través de un intermediario, una tal Asunción, la mujer que trabaja en casa de Andrés. Al poco de que él volviese de Benagéber, esa mujer se presentó en casa de Mercedes. Y digo yo que no vendría desde su pueblo a ponerse aquí una inyección.

Y por aquello de que Carthago delenda est…

—Antes de soltarlo de ahí debería haberme dejado interrogarlo a fondo. O si lo que quería era evitar que contactase con Mercedes, podía habérmelo encargado.

—Escúchame, Constancio —contestó con gesto amenazante—, todo a su tiempo.

—De acuerdo, jefe. Usted dirá cuándo y cómo.

—Cuando, harto de esperar un pasaporte, que nunca le voy a devolver, decida salir de Ojos Negros valiéndose de documentación falsa o movilizando sus contactos del PCE, ese día tendremos un motivo para detenerlo. Ya me encargaré de que sea pronto.

—¿Y si no va solo?

—Tú, vigílalo. A los dos.

—Por la cuenta que me trae —le contestó.

A Mercedes, la decisión de Ángel de irse a Madrid le concedió una tregua antes de hacer efectiva su decisión de romper sus relaciones con él y de enfrentarse a otras cuestiones, como la interrupción de un embarazo no deseado, la sinceridad que le debía a Andrés, la situación creada tras el escalofriante final de Valentín y la de que era ella ahora la poseedora de una de las tres llaves de «Socorro Extremo».

—¿Os imagináis su situación? —preguntó Avelina a sus visitantes, y continuó sin esperar su contestación—: Permítanme una mera reflexión al margen, ¿se imaginaba alguien que esa «Mariposa», con la que nadie contaba, pasaba ahora a ser una pieza clave en este tema? —Y de nuevo una pausa—. Muchos habrían entendido que hubiese intentado obtener un beneficio. Al fin de cuentas, tanto ella, como yo, solo éramos una parte circunstancial, pero muy perjudicada de esta historia. Pero no, Mercedes solo pensaba en que ahora estaba más próximo su final.

—Es importante lo que nos acabas de señalar —aceptó María Ángeles—. Ninguno habíamos caído en este aspecto, en el perjuicio que os estaba causando a las dos.

—Siempre ha sido así con las mujeres, aunque en este caso el destino vino a hacer justicia.

Ahora, fijando la mirada en María Ángeles, siguió con su historia.

—Al poco se presentó Asunción, la asistenta de Andrés, en casa de Mercedes, trayendo una carta suya donde le contaba el tema de Benagéber, su reclusión, el final de mi marido y la actitud de Ángel respecto a los dos. A lo que ella le contestó con una carta, también a través de Asunción.

… Ángel, solo me dirá adiós si es él quién me expulsa de tu lado, por lo que tengo que procurar que lo haga…

Y continuó diciéndoles:

—Vosotros opinaréis que en alguna parte de esta misiva debería haberle hablado de su embarazo, un escollo que ni todo el mundo puede superar, ni nadie pedirnos que lo hagamos, pero no era el momento y prefirió hacer hincapié en el tema de la seguridad, insistiendo en que cualquier intento de verse, incluso de escribirse, era peligroso, recordándole que Ángel tenía su expediente y que podía usarlo en cuanto decidiera y, por tanto, lo más prudente era doblegarse a sus condiciones. Salvo que:

.. Solo nos queda una posibilidad. Ángel estará en Madrid durante las fiestas de la Feria de San Fernando, así que podríamos vernos en el baile del Casino, donde todo el mundo pueda vernos y se lo hagan saber (confiemos aquí en Constancio). Ahí te espero…

—¿Pero tanta capacidad de hacer daño tenía ese hombre?

—Tanta, María Ángeles —contestó con una sonrisa de amargura.

Y continuó con su narrativa:

—A media mañana del viernes 30 de mayo, el día más señalado de las fiestas, Mercedes salió a darse una vuelta por el ferial. Antes, un ligero retoque de polvos y lápiz de labios y, echándose una rebequita ligera sobre los hombros, con paso seguro y contoneando un poco las caderas, se echó a la calle.

(En realidad, aunque te empeñes en lo contrario, «eso» que tienes en la barriga no te está resultando tan molesto como esperabas, a pesar de estar en el cuarto mes de tu embarazo).

Andar sereno, cara seria y mirada inquisidora al pasar delante de cualquier escaparate.

(Y no, no se notaba todavía «al bicho». Desde luego ya no era esa barriga plana de antes, pero bueno, algo es algo).

Recorrió el ferial de arriba abajo. ¿Y? La verdad, una de tantas fiestas. Aunque quizás, si lo estuviese haciendo con otro espíritu…

(No, ni tienes las piernas hinchadas ni tampoco ganas de vomitar).

Pues estamos bien.

—¡Hay que animarse!

Tenía que hacerlo. Hoy, precisamente esta noche, era el momento clave y no podía fallar. Su puesta en escena exigía otra cara y otros ánimos.

—¡Adelante!

Respirando, sonriendo al mundo y mirando al frente con el pecho erguido. Como diría Ángel.

(¿Más voluminosos?)

Vale, entonces ayudemos a que los mirones busquen lo pecaminoso, se dijo, desabrochándose ese impertinente botón que sin llegar a… deja que…

Se sumergió entre las gentes para volver a recorrer el «ferial» que, según un orden preestablecido (¿tradición u ordenanza municipal?), se extendía a uno y otro lado de la carretera, empezando por las casetas de las baratijas y las golosinas, y de forma muy destacada por la de Amadeo Burgalet, con sus cadenas de plata, sus medallitas y sus piedras.

—¿Una para su niño, señora?

¡Puf! Afortunadamente no se dirigía a ella.

A continuación, la escandalosa tómbola con su dueño subido en un altillo que, altavoz en mano y con las mismas palabras y los mismos chistes del año anterior, animaba a las filas de espectadores que se agolpaban a sus pies a comprar ristras y más ristras de diez números, tentados con la oferta de ese cubo de fregar que el charlatán iba llenando, conforme aumentaba la compra, con los más variados objetos, la muñeca gigante, las ristras de caramelos,

perfumes y un amplio etc.

¿Y por qué no? Se animó a comprar un par de ellas y, lo esperado, que desafortunado en el juego, afortunado en amores.

(Gracias a Dios. Qué se puede hacer con esa muñeca gigante por toda la feria).

Ahora el tiro al blanco y los varones jactándose de su puntería y, finalmente, «los cacharros», los caballitos, las cadenetas, ¡la ola! (qué mareo) y los coches de choque (aquí incluso estuvo a punto de subirse a uno).

Y por todos los lados gente conocida con quien pararse un rato a responderles la misma pregunta: ¿qué hace una mujer tan guapa paseando sola?

—¿Qué sabes de don Ángel? Hace mucho tiempo que no se le ve por Teruel (una velada crítica por la ausencia que debía guardar).

Qué le importaba lo que pudieran decirle si lo que estaba buscando era eso, que le preguntasen por él. Cuando consideró que ya era bastante por hoy, decidió volverse a casa y preparase para la fiesta de esta noche.

Llegó al Casino sobre las once, en el esplendor del baile, cuando nadie estaba mirando el reloj ni se investigaba quién baila con quién y los caballeros no habían empezado a buscar excusas para saludar a no sé quién en la barra del bar.

Estaba, se sabía guapa y además se había preocupado de estarlo. Más que eso, de resultar muy atractiva y un pelín provocativa, lo suficiente como para atraer miradas inquisitoriales y estiramientos de cuello buscando la mejor perspectiva para explorar su escote. Pero a eso ya estaba acostumbrada, y en ambientes más cosmopolitas, aunque menos proclives a escandalizarse.

Se sentó sola en una mesa situada en primera fila, en mitad de la sala (esto, lo de asegurarse lo mejor, lo había aprendido de Ángel). Un whisky en vaso largo con mucho hielo y un cigarro que los caballeros de alrededor se apresuraron a encender, y glamur, mucho

glamur, mucha sonrisa de una mujer espléndida que sabía estarlo.

Un par de bailes con ese estudiante de Medicina que acababa de venir de Zaragoza y con un joven funcionario de Abastos, muy patoso e inexperto, que sonreía con complicidad a su grupito de amigos, que también quisieron, inútilmente, repetir suerte, pero ya sabía dónde tenerlos si quería recurrir a ellos.

Después, los más mayores también quisieron apuntarse en su carné de baile, para envidia de los veteranos, esos que intentan excusarse años diciendo aquello de que «en mis tiempos no se me habría escapado».

Mercedes estaba radiante, traje negro, escote triangular y torera de Pertegaz al hombro… (¿La recuerdas? Exacto, vestida como en Passapoga). Pero en esta ocasión, los que tomaban su cintura para lanzarse a la pista advirtieron, más impactados que escandalizados, que iba ligera de equipaje, lo que pronto recorrió toda la sala.

—¿Qué?

—¿Que no lleva nada debajo?

(En un mundo donde la mujer se acorazaba con faja y sujetador largo hasta la cintura).

—Mujer, «esa» prenda es de suponer que sí.

—De escándalo —preguntándose ¿qué dice la junta directiva del casino?

—Pues lo que tú. Que cuando se entere don Ángel… Con acento melodramático.

Pasada la medianoche llegó Andrés Favard.

—¿El ingeniero de Ojos Negros?

—Sí mujer, el mismo.

—¡Qué escándalo!

Se acercó a su mesa y se saludaron y en ese momento empezó a sobrar la corte masculina y ella se dedicó por entero a él.

Cuando se quiere de veras

Como te quiero yo a ti

Es imposible mi cielo

Tan separados vivir.

Y se lanzaron al centro de la pista, donde se confundieron en el abrazo lento y cadencioso del bolero.

Cuando terminó la música ellos todavía siguieron abrazados y también cuando se despejó el círculo de bailarines y cuando la gente se retiró a los lados de la pista, cuando, ya casi solos, ignorando al mundo, Mercedes, mirándole a los ojos, le acercó los labios y con la punta de la lengua le recorrió lentamente la boca.

—¿Y? —De nuevo los tres expectantes.

—Que no tuvieron que esperar a que una escandalizada junta directiva se acercase discretamente al caballero para indicarles la puerta. Antes ya se habían marchado —respondió Avelina.

Después, al amanecer, cuando ya se habían saciado de amor, el sol que penetraba por las ventanas del dormitorio descubrió a Andrés abrazado al vientre desnudo de ella, queriendo oír el latido del corazón de esa nueva vida.

—Será una niña como tú, y le diremos que vino a nosotros en una noche como la de hoy, Mercedes.

X

En los carteles han puesto un nombre que no lo quiero mirar:

¡Francisco Alegre y olé! ¡Francisco Alegre y olá!

(Juanita Reina)

66

Las vacilaciones de don Ángel

Recuerdo muy bien que cuando el general Pizarro Cenjor llegó a Teruel todavía quedaban por las paredes carteles propagandísticos del referéndum celebrado el 6 de julio del 47 para que el pueblo español se expresara sobre la ley de Sucesión a la Jefatura del Estado.[48]

OBRERO, tienes, gracias a Franco, subsidios, «puntos familiares», seguro de enfermedad…

Le contaba don José a su hija en sus memorias, en las que trabajaba todas las noches acuciado por las prisas, porque, aunque resultase paradójico decir que un hombre en la novena década de su vida se sentía al final de ella, desde lo de Neurología, que se encontró en el suelo, paralizado y con la respiración soplante, había llegado a la conclusión de que la muerte le había sacado tarjeta amarilla.

—Y hay cosas que no se me pueden quedar en el tintero.

Y seguía escribiendo.

— Cartelería barata, en la que ni se molestaban en explicar lo que íbamos a votar. ¿Para qué? Y ya no digo permitir la voz de la oposición, incluso la de derechas, la de don Juan de Borbón, que denunciaba su ilegalidad desde Estoril.

Y tal y como se auguraba, el tema se saldó con un 87% de participación y un 93% de los votos a favor de la propuesta.

Por si no había quedado claro, Carrero Blanco, redactor de la Ley, le dijo a don Juan de Borbón que le correspondía a Franco designar al sucesor, que en todo caso sería «rey de España, pero de la España

del Movimiento Nacional, católica, anticomunista y antiliberal».

Un algo así como ya sabes a qué atenerte.

Pero al general Pizarro el sentimiento monárquico no le perturbaba especialmente. Él, por encima de todo, era un militar católico, rabiosamente anticomunista y absolutamente leal al Caudillo, que le había confiado la misión de acabar con el AGLA, una lucha que en dos años arrojaba un balance de setenta y tres enfrentamientos con las fuerzas del orden, causando doce muertos y treinta heridos, a lo que había que añadir cuarenta y tres muertos en la población civil, veintisiete secuestros, cincuenta y siete actos de sabotaje y más de trescientos golpes económicos, todo ello sin contar las multas y ejecuciones a confidentes, delatores, torturadores o autoridades franquistas locales.

Y ese silenciado destino de ochocientos enlaces y puntos de apoyo de la guerrilla detenidos, además de la muerte de más de cien guerrilleros.

—¡Nunca más! ¿Me oyen?

Fue el saludo del general al entrar en la sala de oficiales donde había convocado a su plana mayor, tirando encima de la mesa la bandera republicana que los maquis habían izado en el paseo del Óvalo el día 18 de julio, fecha en la que el Régimen conmemoraba el comienzo de la Cruzada que derrotó al comunismo, a la masonería, al ateísmo y a la anti-España.

O, dicho de otra manera y en palabras del Maestro Agüero, el día en el que los fascistas celebraban con toda algarabía, un año más, su alzamiento contra el Gobierno legal de la República.

Las últimas noticias al respecto eran que los del 17 sector del AGLA, directamente a cargo del Maestro Agüero, se estaban moviendo por tierras de Caspe, volando vías de ferrocarril, minando carreteras, ocupando localidades y masías donde habían ajusticiado a varios delatores, entre ellos a un hombre de 28 años cuyo cadáver fue abandonado en la carretera, entre Mas de las Matas y Castellote.

De nuevo un ¡nunca más! y, a continuación, el bombazo:

—Se declara zona de guerra el área aragonesa-levantina, que quedará sometida a las leyes militares.

Y podía hacerlo, ya que Franco lo había revestido de plenos poderes, nombrándolo Jefe de la V Región de la Guardia Civil, gobernador civil y jefe provincial del Movimiento,. Para colmo llevaba en su cartera la recién publicada Ley de Represión del Terrorismo y Bandidaje, un traje cortado a la medida para poder responder con mano de hierro a los maquis del «llano» y de las «sierras».[49]

(O lo que es lo mismo, legalizaba lo que ya se venía haciendo al aplicar la ley de fugas).

Bueno, no lo dijo exactamente así, pero podía deducirse, ya que a continuación felicitó públicamente al comandante Melero por sus exitosas actuaciones en la raya de Valencia (obviando cualquier referencia a las fosas que había dejado atrás) y expuso a los presentes algunas sugerencias que el propio don Ángel le había hecho en sus informes: premiar a los hombres por su valor, entrega y obediencia absoluta, y no solo con citaciones o medallas, también con cosas más tangibles, permisos extra, retribuciones económicas o con su promoción, e insistió:

—Disciplina y ejemplaridad, señores. Los guardias, en sus casas cuartel y nada de confraternizar con la población. Ellos, ante todo, se deben al Cuerpo.

De lo que ocurrió a continuación yo no fui testigo, seguía narrando don José, pero en los mentideros del Cuerpo se rumoreaba que el general, tras incidir en el necesario comportamiento ejemplar que debe regir la vida de un oficial, y en especial en la Guardia Civil, dirigió a Melero una particular mirada.

Demasiado personal y larga, diría él, ya que Pizarro ere un militar sobrio y enérgico, por tanto, de pocas palabras. Y por si no le había quedado claro…

—Melero, a usted, que ha asestado un fuerte castigo a los comunistas en el suroeste, le quiero encargar el Bajo Aragón y el Matarraña, donde según los informes de José Philipovic, su

colaborador, hay una fuerte implantación anarcosindicalista muy implicada con los maquis.

Y después de la de cal, llegó la de arena.

—Para su mayor operatividad le aconsejaría que durante un tiempo fijase su residencia en Alcañiz. Esto no le supondrá un mayor problema, usted es soltero y no tiene a nadie esperándole en Teruel —y tras dirigirle de nuevo esa mirada—: espero. —Poniendo así, de forma definitiva, orden en su vida.

Las Ordenanzas Militares (o en todo caso la costumbre) exigían a todo oficial que fuese a contraer matrimonio que su futura mujer contase con el visto bueno de la superioridad o, lo que es lo mismo, que la ligereza en el comportamiento de la esposa repercute sobre el honor del Cuerpo.

Del resto, aunque tampoco fui testigo, pero por lo que sé de cómo trascurrió esta historia (así, en negritas) y de lo que ya conocía del comandante, puedo deducirlo. Aguantó sin pestañear tal humillación, pero en ese momento quedó sellado el destino de Mercedes y Andrés.

Y continuó escribiendo.

Ahora que vuestras investigaciones van tan avanzadas y que conocemos por el informe que estáis elaborando Ernesto y tú, del que nos dais cumplida cuenta a Ramón Celada, a ese anónimo cliente del abogado Quesada y a mí, podemos presumir el uso que estaría haciendo de la situación ese Constancio, consciente de que Andrés, alias Roldán, tendría la información que no había logrado de Valentín.

—Ya lo ve, mi comandante. Usted no quiso poner coto al tema y la cosa se ha desmandado.

(Una forma de decirle «ya se lo advertí», además de calificarle de consentidor, cuando no de «tonto y cornudo»).

¡A don Ángel!

—Esa mujer lo ha humillado públicamente.

Y ahora, como si estuviera dirigiéndose a alguien ajeno:

—¡Mira que lamerle los morros a ese ingeniero a la vista de todos! Bien claro nos ha dejado quién manda en su cama. Si hasta el presidente del casino, escandalizado con su comportamiento, mandó que les expulsaran.

Melero no le oía y ya podía agradecer Constancio que estuviese ocupado, lamiéndose sus heridas como un perro apaleado.

¡El general había tenido que salir a defender el honor del Cuerpo!

(Además de su propia imagen y la de otros altos jefes, que también habían besado la mano de Mercedes, como si de una dama se tratase).

Y todavía el otro…

—Déjemelos a mí, mi comandante. Si usted me lo hubiese permitido antes, no estaríamos donde estamos.

—¡Cállate, Constancio! —le espetó lleno de furia.

—Usted manda, mi comandante. —Para continuar ahora con más cautela—. ¿Qué me aconseja que haga?, ¿ que vaya a Ojos Negros y me los traiga?

—¡Déjalos! —exclamó lleno de ira. —Lo han hecho muy bien, tanto que el mismo escándalo que han protagonizado los protege contra cualquier medida que pudiese tomar contra ellos. Nadie se iba a creer que no lo hacía por despecho, y menos el general Pizarro o el Gobierno francés. De momento lo único que puedo hacer es dejar constancia pública de mi repudio, que es lo que ella andaba buscando. —Tras lo cual, y dejando claro que no hay deshonor si sabes limpiar la mancha—: Ya te diré cuándo y cómo. Hasta entonces, que no se te escapen, te va en ello la vida. ¡Y ni una palabra más!

Esta debió ser la escena que preludió el final de Andrés y Mercedes, y no me pidas que explique por qué, o en qué me baso. Ya te he dicho que lo sé.

Y continuó escribiendo.

Aunque mi prioridad no es aclarar el tema Monroyo, como mi vida no es ajena a tales acontecimientos, ahora que habéis contactado con Avelina, un testigo tan clave en la última etapa en la vida de ellos dos, necesito estar presente en vuestra próxima cita, para poder matizar entre ambos las aportaciones y aclarar las dudas que pudiesen surgir. Por ejemplo, en vuestro anterior encuentro ella os habló de esa llave que llevaba Valentín en sus vísceras, por lo que deduzco que conocía el tema «Socorro Extremo». Es posible que le hubiese puesto al tanto de ello Mercedes, en esos días que pasó en su casa, pero ¿cómo llegó a saber Avelina que Constancio había leído el informe forense y pudo deducir que Mercedes se había apoderado de ese objeto, si esta información no la tenía entonces?

Y ya nadie pudo convencerlo de que no los acompañase a Teruel.

---

[48] España, como unidad política, es un Estado católico, social y representativo que, de acuerdo con su tradición, se declara constituido en reino. La Jefatura del Estado corresponde al Caudillo de España y de la Cruzada, Generalísimo de los Ejércitos don Francisco Franco Bahamonde.

[49] DECRETO-LEY de 18 de abril de 1947 sobre represión de los delitos de bandidaje y terrorismo. Artículo primero. Los que para atentar contra la seguridad pública, atemorizar a los habitantes de una población... provocasen explosiones, incendios, naufragios, descarrilamientos, interrupción de comunicaciones, derrumbamientos, inundaciones o voladuras o empleasen cualesquiera otros medios o artificios que ocasionen grandes estragos, serán castigados con la pena de muerte, si se produjese la muerte de alguna persona. Con la de reclusión menor a muerte en los demás casos.

67

El tío Lucas, Sole y don José

A la espera de reencontrase con Avelina, don José, agobiado con la velocidad de la carrera del tiempo, siguió con su relato, rememorando sus actuaciones en el área del Matarraña, ahora bajo la dirección del comandante Melero, que nada más tomar posesión de su cargo empezó a planificar las acciones destinadas a desmontar la estructura de apoyo a los maquis.

(Tenía prisa en limpiar el impacto que el comportamiento de Mercedes había causado en el ánimo del general).

En la conversación que tuvimos, me dijo:

—En la zona de Alcañiz, la detención de unos masoveros nos ha permitido la del viajante de La Monegal, una correduría sanitaria con la que, bajo el paraguas de su movilidad, actuaba como enlace entre la guerrilla y el PC local. —Mostrándome a continuación el correspondiente informe.

…Sobre las 22 horas del día de hoy, en el término municipal de Caspe, a donde iban a ser trasladados cuatro detenidos, al bajar del vehículo e ir a esposarles se dieron a la fuga sin obedecer a la voz de alto…

—Rapidez y contundencia, don José. Para el general Pizarro erradicar el soporte de los bandoleros es básico, y no podemos sobrecargar la acción de los jueces, de por sí ya saturados, con casos como estos, con sentencias previsibles.

(Bien sabían los familiares de los enterrados en Benagéber lo que significaban estas palabras).

Pocos días después me desplacé con mi camionejo a Aguaviva, donde puede echar una parrafada con el cabo Román.

—Don José, ¿se ha enterado de lo de Alcañiz?

—¿Algo nuevo? Cuénteme.

—Y qué le voy a contar —contestó—, que las cosas son como son. Que a usted le toca hacer sus averiguaciones y a nosotros, a la fuerza local, «proceder», ahí tenemos el resultado. —Refiriéndose a lo ocurrido con los detenidos durante su traslado a Caspe— . Y cuesta hacerlo, don José, sobre todo cuando el procedimiento no se ajusta a …usted ya sabe lo que quiero decir. Al fin y al cabo, se trata de convecinos y gente que conocemos desde hace muchos años.

—Lo entiendo, Sr. Román. Pero ¿por qué me lo cuenta a mí?

—Hombre, ¿a quién si no?, ¿a Constancio, que es parte de todo esto? De menudo individuo estamos hablando. De un agente de la ley que, aprovechándose de su puesto, estraperlea con el aceite y se quita de en medio a sus competidores. Y usted sabe que no le estoy contando nada que no conozca, don José.

Una vez abierto el buzón de las quejas, el cabo Román se extendió a placer.

—Al principio pase, eran pequeñas cantidades. Pero es que ahora, coincidiendo con el traslado de don Ángel a Albarracín, se mueve con un camión Heinkel del ejército alemán y un permiso de la Comisaría de Abastos que le autoriza el traslado de mercancía decomisada. Con lo difíciles que son de conseguir esos permisos. —Dirigiendo el dedo al cielo.

—Hablemos claro, Román. Tú ya no confías en que Constancio medie ante ese que señalas con el dedo para que puedas hacer ese cursillo para conductores que te permitiría dejar los caminos y trasladarte a la unidad de automóviles de la Guardia Civil, y piensas que yo soy más de fiar. ¿No es así?

—Sí, don José, seamos claros, usted está aquí, al pie del cañón y

sabe lo que significa para cualquiera el que, tarde o temprano, tengamos que detener a un familiar o a un amigo o a alguien que conozcamos, ¡con lo que le espera!

¡El muy truhan! Sabía de lo que estaba hablando, escribía don José en sus memorias. Tu abuelo Lucas, que como ya sabes vivía con tu madre en la casa del peón caminero, era uno de los contactos de los maquis de la zona, y ahora, tras la detención del masovero y del viajante de la Monegal, estaba en el punto de mira del comandante.

Así era. El tío Lucas, dos días antes de tales hechos, había ido a esa masía a dejar unos corderos de Josefa Bayod Rivas, la carnicera de la Ginebrosa, para que se los hiciera llegar a los maquis y, a la vuelta, la tarde se le echó encima. Bien pronto se enteró de lo que significaba estar en la zona de guerra que acababa de declarar Pizarro y que el toque de queda prohibía andar por la calle (y más todavía por los caminos) después de las ocho de la tarde, salvo causa mayor, y en tal caso hacerse bien visible, llevando un farol encendido avisando su presencia a la Guardia Civil, que en caso de duda dispararía sin previo aviso.

—¡Este puñetero! —Por la luz del farol, que se empeñaba en ir languideciendo, obligándole a pararse en mitad del camino, procurando hacerse bien visible. ¡No sea que! Y venga a menar el artilugio, pero nada se puede hacer cuando lo que ha ocurrido es que se te ha olvidado alimentarlo de aceite, salvo mirar a la luna y pedir al cielo que no la tape una nube, hasta que:

—Te estás jugando la vida, Lucas.

—¡Joder, cabo! ¡Vaya susto!

—No lo sabes tú bien —le respondió el cabo Román, descansando el arma con la que le había estado apuntando—. Este, que ha acertado a distinguirte. —Señalando a su compañero, el silencioso guardia que, una vez más, permanecía a sus espaldas con el arma amartillada.

Cuando, creyéndose cumplido con las explicaciones dadas por lo de su farolillo, e iba a reemprender el camino:

—Espérate, Lucas, que me tienes que contar algo.

Desafortunadamente no supo dar, o no acertó a convencer al cabo Román de dónde venía y esas cosas que antes podían pasar por aquello del estraperlo y un «¡tira pa allá!» de condescendencia y hasta de complicidad. Ahora era un:

—«Echa p'alante».

(Más que nada, por cumplir con las órdenes del general y hacerle una advertencia que, a su juicio, podría saldarse con una multa o con un par de…)

Flanqueado por los dos guardias llegaron al cuartelillo donde, de nuevo lamentablemente, el cabo Sebastián, de Mas de las Matas, había acertado a pasar por ahí esa noche y, dada la hora, le habían acogido hasta el día siguiente.

—Eso no se puede quedar así —le reprochó al Sr. Román, disponiéndose a oír de nuevo la declaración del detenido, esta vez cinturón en mano.

—Que lo conocemos, Sebastián.

—Tú sí.

Y de nuevo la misma pregunta, esta vez por boca del cabo forastero.

—¿De dónde vienes?

Y cuando ya se cansó de esa respuesta que no le convencía e iba a preguntar ahora con el cinturón, el cabo Román le dijo discretamente:

—Escucha, Sebastián, que la hija de este es la novia de José Philipovic, la boca y los oídos del comandante Melero.

—¿Ese que recorre la zona vendiendo mercancías en un camión? —le respondió con voz alta, clara y prepotente, añadiendo a continuación—: Ese no es el novio de su hija, ese se la tira en un descampado al lado de su casa cuando el padre ha ido, como hoy, a hacer un recado para los maquis. —Y ahora al tío Lucas—: Ya sabes

lo que estaban haciendo esta tarde cuando andabas por esas masías. ¿Cuál de ellas? — Amenazante.

Ahora era la humillación la que le tapaba la boca al tío Lucas y no los dos zurriagazos que le cruzaron las espaldas, realmente para nada, para que el cabo Sebastián dejase su firma, porque sabía otra forma de llegar a la verdad.

—A ver, Sr. Román, cuántas llaves te han dejado esta noche los masoveros. La que falta es la de los que estaban hablando con este.

La orden de Pizarro era tajante. A las ocho de la noche todas las masías, estuviesen a la distancia que fuese de cualquier comunidad, tenían que ser abandonadas y sus habitantes entregar las llaves en el cuartelillo, y lo que le decían al cabo Román:

¿Sabe cuánto tengo que andar cada día para ir y venir, con toda mi familia?

Y eso sin hacer valer que, además, tenían que arreglárselas para dormir en algún lado. ¿Dónde? …¡Ah!

Así estaba planteada la lucha contra los puntos de apoyo a los maquis y su red de abastecimientos. Un caiga quien caiga que resultó en la emigración de la población rural a las fábricas de Valencia, que era lo que se buscaba.

E insistió Sebastián:

—Puede ser que la masía no pertenezca a esta zona, pero para algo sirve esa red de emisoras con la que nos acaban de dotar,[50] en algún puesto nos darán razón de dónde ha estado el «suegro de Filopovic».

Afortunadamente, a la mañana siguiente, el cabo de Mas de las Matas se volvió a su pueblo y el cuartelillo local se quedó más tranquilo.

—Anda, Lucas, márchate a casa, pero que sepas que el Sr. Sebastián no se va a olvidar de ti.

A esto se refería el cabo Román, continuaba escribiendo don José. Al día siguiente empezamos a dar clases de conducir en un lugar

apartado.

—Para que cuando convoquen plazas para la unidad de automóviles usted pueda decir que ya sabe hacerlo.

—Algo más hará usted por mí.

—Todo a su tiempo. —(Algo así como depende de), dejando las espadas en alto.

Cuando el tío Lucas, humillado, apaleado y amenazado de muerte, abandonó el cuartelillo, se dirigió a casa de Josefa, la carnicera, a contarle su desventura y alertarla de que el cabo Sebastián, de Mas de las Matas, está tras nuestra pista y que no nos salva ni el pan ni la caridad.

—Mi marido y el de Aurora Piñara,[51] José Mir, el Cona, se acaban de enterar y hasta que se aclaren las cosas se han ido al monte.

—¿Y vosotras?

—Nosotras somos mujeres, los guardias nos darán guerra, pero no nos van a hacer nada y alguien tendrá que seguir surtiendo a los del monte. Ahora preocúpate de ti. ¿Qué vas a hacer tú?

—Yo haré lo que los demás, echarme a la sierra.

—¿Y tu hija?, ¿qué hacemos con ella?

—Ella sabrá —respondió sin ocultar su rencor.

Ella sí, Sole sí sabía la salida que le quedaba a una mujer sola, sin dinero y sin que nadie se atreviese o pudiese recomendarle una casa donde ir a servir. Así que cogió esa vieja maleta de madera que se trajo de Madrid, metió su traje gris, un par de bragas y se echó a la carretera, y cuando ya llevaba andado un rato vio a lo lejos un camioncejo y le hizo señas para que parara a recogerla.

—A dónde vas, buena moza.

—¡José!

—Anda, sube.

Afortunadamente ese día llegué a tiempo para evitar muchas cosas, escribía don José en sus memorias. Pude recoger en el camino al tío Lucas y llevarlo a Zaragoza, donde tomar un tren para Barcelona. Después ya no sé lo que fue de él.

—¿Querrás creerte que, el muy soberbio, nunca me dio las gracias? Tu madre sí, ella valoró lo que había hecho por él y siempre se sintió deudora por ello.

---

[50] Pizarro, para reforzar la comunicación entre los cuartelillos locales de la Guardia Civil, les abasteció con una red de emisoras procedentes de los carros de combate del ejército alemán.

[51] Ver nota 1.

68

La ofensiva de Pizarro

Avelina no se opuso a la propuesta de don José, todo lo contrario, estaba de acuerdo en que sus aportaciones contribuirían a aclarar los puntos que pudiesen quedar oscuros en esta historia (aunque a ella le restase protagonismo) y ese mismo fin de semana volvieron a reunirse, ahora los cuatro, en su casa que, para disgusto de su vecino, el del bar de enfrente, en esta ocasión fueron puntuales.

—Así que usted es el padre de María Ángeles —mirándolo detenidamente y comparándolo, sin disimulo, con la imagen de la fotografía del día del desfile de la Victoria.

—Así es. Pero entonces no tenía esta cicatriz que me deforma la cara.

—Tampoco parece que su hija haya heredado de usted esos ojos tan hermosos.

(¿No se caían bien?)

—Afortunadamente sale a su madre —sonrió con condescendencia.

—El caso es que su cara me parece conocida.

—Yo también creo recodarla. Será porque trabajaba en el hotel Oriente.

Tras un corto intercambio de nombres, lugares y fechas y de llegar a la conclusión de que en lo único que coincidían era en que ambos conocían a los protagonistas de esta historia, entraron a hablar del tema, centrándose en el tiempo en el que Mercedes se vino a vivir aquí, a Gúdar, a esta casa, poco después de lo de la fiesta del Casino.

Según Avelina, primero vivieron unos días en Ojos Negros, donde

Mercedes contó a Andrés lo que le había ocurrido a Valentín y que, afortunadamente, se había apoderado de su llave sin que Constancio lo hubiese advertido. Por su parte él le relató su aventura en Benagéber y el final del Practicante.

—Ha muerto sin revelarnos donde está la suya, con lo que el tema «Socorro Extremo» se ha acabado.

Es cierto, sí, pero a Andrés, que ya había llegado a esa conclusión en Benagéber, el final de sus compañeros le produjo una gran desolación, y el desenlace de esta historia una enorme sensación de vacío, además de una intensa frustración. Tuvieron que dejar pasar muchos días hasta terminar de aceptar que, al igual que la guerra civil y la Segunda Guerra Mundial, todo esto ya formaba parte del ayer, del tiempo sucedido, esa parte de nuestra biografía que debe quedarse almacenada en una zona de nebulosa de la memoria, porque su recuerdo siempre trae dolor. Ahí depositó la imagen del hospital Varsovia, del Dr. Moméñez y de los que siempre pierden en cualquier guerra, los lisiados, los desplazados y a los que les han robado su patria, a los que hubiese querido que hubiesen llegado esos medios económicos que iban a quedarse para siempre en la caja de un banco suizo. Ahí, en el mismo rincón donde ahora deben pasar sus compañeros, Valentín y José Castán, el Practicante, dos hombres destinados a quedarse sin nombre porque ahora yacían bajo tierra anónima.

—¡Para qué habrá servido todo esto!

—Al menos para que nos encontrásemos, mi amor. —Se dijeron abrazados.

Después…, después la vida sigue y llega el momento de replantearse cosas, como esa promesa que llevaba Mercedes en sus entrañas que debía nacer en un mundo sin culpables y…

—¿Y nosotros, Andrés?

—Es cierto, nosotros también hemos nacido, no solo ese mundo que hasta ahora ha venido tirando de los dos.

Tras aceptar que ese «nosotros también hemos nacido» significaba

que tenían derecho a planear sus propias vidas y a vivirlas, le tocó hablar de su situación y a analizar las amenazas que les rodeaban, concluyendo que, una vez muerto «Socorro Extremo» nada podían temer, ni de Constancio, que no había logrado relacionarla con Valentín ni había advertido lo de su llave, ni de Ángel, que tampoco había reconocido al Practicante, ya que de lo contrario lo de Benagéber habría acabado de otra forma para Andrés. Así que lo único que podían temer es que Melero, en un ataque de celos, hiciese valer los antecedentes de él, lo que, en el peor de los casos, podría suponer que lo declarasen persona non grata y expulsarlo de España.

—Lo mejor es esperar a terminar mi contrato en Ojos Negros y que el comandante, espontáneamente o a requerimiento de la Nunciatura, me devuelva el pasaporte y podamos marcharnos juntos a Francia. Mientras tanto, para evitar imprevistos, lo aconsejable es separarse y mantener oculto tu embarazo. Fue entonces cuando ella decidió venir a mi casa.

Aquí cortó el relato don José, para preguntar a la narradora:

—¿Por qué no le dijo usted a Mercedes que tenía la tercera llave?

—Lo único que valoré en ese momento es que me estaba pidiendo ayuda la persona a la que tanto debía. Mi esposo nunca me contó lo que significaba esa llave que me confió en Alicante, tan solo que, si un día le ocurría algo, se la entregase al Francés, que acabó siendo el hombre al que amaba mi amiga. Y añadiré que cuando me vine a Gúdar mi marido todavía vivía.

—¿Entonces, cuándo supo qué era «Socorro Extremo» y el significado de esas llaves?

—Déjeme referir los acontecimientos por orden, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Siga usted, Avelina.

—Antes tengo que insistir en que cuando ella vino a mi casa éramos dos mujeres muy solas, con mucho dolor y muy deseosas de olvidar.

Y dirigiéndose a su nieta:

—Con tanto dolor que todavía no habíamos caído en que al final solo éramos las víctimas de los pecados cometidos por nuestros hombres. No lo olvides, criatura, y nunca permitas que te utilicen.

Y siguió.

—Como decía, ella vino a esta casa después de la feria de Teruel y permaneció aquí, conmigo, hasta el aniversario de la muerte de Felisa Montoliu. A nadie en estas tierras se le olvida esta fecha ni la historia de esta mujer, madre y esposa de unos maquis locales, que murió en la cárcel de Mora de Rubielos.

Tras una corta interrupción para aclararse la garganta con un traguito de gin- tonic y comerse un par de gominolas, se recostó en su sillón y continuó:

Ese amanecer del día 27 de septiembre, Mercedes ya había perdido la cuenta del número de veces que se había tenido que levantar de la cama para ir a orinar, aunque en esta ocasión, torpona y balanceante, supo que ese desagradable dolor ciático que le saludaba por las mañanas no le iba a permitir llegar a la cuadra y tuvo que decidirse por ese gran orinal de loza de debajo de su cama.

Ya no se acostó. Para qué, si el dolor lumbar le impedía encontrar una postura cómoda en la cama y casi estaba más a gusto de pie, sujetándose los riñones con las manos y rezongando por los rincones contra un embarazo que había terminado por aceptar a duras penas.

—¿Te pasa algo? —le gritó Avelina desde su dormitorio.

—No te preocupes, estoy bien.

La verdad es que ninguna de las dos lo estaba, la una con un embarazo que, por sus cuentas, acababa de entrar en la treinta y una semana, pero parecía como si «este» (lo que fuera) estuviese llamando ya a la puerta, mientras que a la otra el Practicantico, como le llamaba bromeando Mercedes, le había salido demandante y se pasaba el día colgado de la teta o llorando.

—Yo creo que no tengo leche y se queda con hambre —se decía

desolada, lamentando lo poco generosa que había sido la naturaleza con su pechera, recordando su tiempo de «organillero» en esa casa de Alicante.

—Qué no, mujer, que son los aires. —Cogiendo al niño para colocárselo en sus brazos boca abajo y palmotearle la espalda para ayudarle a expulsarlos. —¿Lo ves?—Aplaudiendo como tontas las sonoridades del lactante.

—Mercedes, qué buena madre vas a ser.

(Que sí mujer, que en cuanto lo tengas en tus brazos te darás cuenta de que es tu hijo y no la historia de sus padres).

—No te levantes todavía, Avelina, que menuda noche te ha dado este tragón.

Con el chico en sus brazos, se sentó en la cocina, a eso, a esperar.

¿El qué?

A que se le quitase el dolor de espalda, la acidez de estómago, a decidirse a cambiarle los pañales, a encender el fuego, preparar el desayuno, y a… ¡huy!… A notarse la orina goteando por los muslos y salir a todo correr en busca de ese odioso orinal que esperaba función debajo de la cama y a tener un motivo más para elevar las cejas al cielo y exclamar:

—¡Qué harta estoy de «este»!

De este pasajero de su barriga, al que había llegado a aceptar tras la generosa actitud de Andrés, que era quien la animaba a seguir adelante.

—Es un cielo.

¿Se imaginó en algún momento que podía ser de otra forma?

—No sé, mujer —se excusaba—, pocos hombres aceptarían «esta barriga». Pero claro, es que Andrés no es cualquier hombre, es mi hombre. —Se reafirmaba, orgullosa y arrepentida de haber podido dudar de él.

Eso era la parte buena de ese «a pesar de todo».

—A él se lo vas a deber. —Refiriéndose a su barriga.

¡BOOOM!

Primero un largo silencio (en realidad, solo de unos pocos segundos). Una oleada de polvo impregnada de… ¡olor a pólvora!

Y un largo y doloroso gemido de mujer.

—¿Qué ha sido eso?

Y ahora gritos, muchos gritos, muchos ¡ay!, muchas palabras malsonantes y ese chillido desgarrador de mujer que te alborota el alma.

—Debe haber sido ahí abajo, en el cuartel de la Guardia Civil —dijo Avelina chillando y apareciendo en la cocina como una loca para arrebatar a su bebé de los brazos de Mercedes y protegerlo entre los suyos de esa lengua del miedo que estaba lamiendo las paredes de ese pueblo perdido en la sierra de Gúdar.

—¡Ha sido en el cuartel! —confirmaban las voces del vecindario, a la vez que los más arrojados corrían a prestar auxilio al lugar donde adivinaban que había ocurrido una desgracia, lo que les impidió un pequeño grupo armado.

—¡Han sido los maquis!

No se necesitó de ningún vocero para enterarse de que habían colocado una potente bomba, con la que habían volado la puerta del cuartel para entrar en el recinto en medio de una nube de humo y olor a pólvora, pudiendo reconocer entre los invasores a Florencio Guillén Montoliu, Frasquito, el hijo del Pinchol, el cocinero del campamento de los maquis en Benagéber, y de Felisa Montoliu, esa que hacía un año oficialmente se había ahorcado en una celda del cuartel de la Guardia Civil de Mora de Rubielos.

—El Frasquito ha venido a cobrarse sus deudas —concluyeron sus paisanos, sintiendo en sus papilas el sabor de la sangre.

La explosión mató al guardia que vigilaba la entrada y a la mujer y a la hija de cuatro años del cabo Beltrán, el jefe del puesto.

Tras neutralizar al resto de los guardias, los maquis, siempre encabezados por el Frasquito, se dirigieron a la plaza Mayor, izaron la bandera de la República y, a toque de arrebato, reunieron a los vecinos, incluyendo a las mujeres, entre las que estaba la propia Avelina con su hijo en brazos.

Una nueva pausa para pedirle a Merceditas que hiciese los honores a los visitantes y sacase un poquito de jamón y otras cositas para merendar.

(Ya voy, abuela, no cuentes nada).

Y siguió, repasando ahora la historia local, los enfrentamientos a causa de las lindes de la riera, el juicio a favor de los reclamantes, la ocupación pacífica de las tierras y la intervención de la Guardia Civil, con la respuesta del pueblo y la hecatombe de los ocho hombres que fueron a Teruel a intentar explicar lo sucedido, acabando asesinados en la plaza de toros el 18 de julio. Después vino el resto, los hombres que tuvieron que «echarse al monte» y la persecución de las mujeres de derechas a Felisa Montoliu, provocando su posterior detención.

Terminado el relato, los guerrilleros eligieron un nombre entre los asesinados por los fascistas para homenajear con su recuerdo al resto. Y le correspondió a José Castán, el Practicante.

Y continuó:

—Llena de dolor y pálida de temor por lo que estaba sucediendo, me dejé llevar por el Frasquito con mi hijo en brazos, hasta el centro de la plaza, donde había un grupo de maquis formados y, tras un breve relato del historial de mi marido como luchador por la libertad y su abnegada muerte, cantaron puño en alto el himno guerrillero.

(Me acabas de echar del pueblo, Frasquito).

Hasta aquí todo bien, pero todo esto debía obedecer a algo más.

Todos los del pueblo sabían que cuando el Frasquito huyó a la sierra advirtió a los del ayuntamiento que volvería a hacer justicia.

Y así fue.

Sacaron una mesa y unas sillas y en medio de la plaza se constituyó un tribunal popular que fue llamando a los que Frasquito iba señalando: dos familias a las que acusó de un rosario de agravios y actuaciones dirigidas a hacer la vida imposible a su madre, al Pinchol y a él mismo.

(¿Te acuerdas cuando asaltabais el gallinero para destruir los huevos de las gallinas y que mi madre no tuviese con qué darnos de cenar? ¿Y que le acusasteis de estar en connivencia con los maquis y de hornear su pan?

Y no hubo perdón. El tribunal popular los condenó a muerte.[52]

Cuando se marcharon del pueblo dejaron tras de sí el anonadamiento, la impotencia y la certeza de que la Guardia Civil no iba a dejar sin respuesta los hechos y que la sed sangre que provoca el odio es insaciable.

—Tras estos acontecimientos, Mercedes, que pudo evitarse el espectáculo de la plaza gracias a su estado y a no ser del pueblo, llena de temor por lo sucedido, decidió volverse a Ojos Negros buscando el amparo de Andrés.

—¿Y usted se quedó aquí, Avelina?

—¿A dónde iba a ir? ¿A Francia con ellos? En esos momentos era una mujer llena de dolor y sin ánimos para seguir viviendo. Así que, llena de fatalismo, les respondí que lo que tuviese que sucederme, que me ocurriese en mi pueblo. Pero no sospechaba hasta dónde iba a llegar su venganza.

Y ahora volvió a puntualizar:

—En todo este tiempo no llegamos a hablar ni de Valentín ni del encargo que me había dejado mi marido en caso de que le ocurriese algo, así que ahora, tras su muerte, le dije que yo tenía esa llave y que debía entregársela a Andrés.

—Puedo dársela yo —me contestó, sin poner la menor cara de extrañeza.

—No, es algo personal, así se lo prometí a mi difunto.

—Insisto. Es algo muy importante, Avelina.

Y cuando ella empezaba a contarme el porqué, yo la corté, diciéndole:

—No me interesa saber nada sobre mi marido ni su pasado.

Tras pensárselo unos segundos, me contestó:

—Quizás tengas razón. Esta más segura contigo. Guárdala, vendremos a recogerla.

Como nos temíamos, poco tiempo después vino Pizarro con su respuesta. Mejor dicho, la trajo el comandante Melero y su adlátere Constancio que, al mando de un fuerte contingente de la Guardia Civil, ocupó el pueblo y, lo mismo que habían hecho los maquis pocas fechas antes, convocó a sus habitantes a toque de campana y uno por uno fueron pasando por la escuela del pueblo, donde se seleccionaron hasta treinta personas con antecedentes de ser de izquierdas, haber peleado en el otro bando durante la guerra o ser familiar de algún maqui, lo que les hacía sospechosos de formar parte de su aparato de soporte.

—No necesito aclararos que mi caso no fue una excepción. Ese Constancio se presentó en mi casa y me llevó a rastras hasta la escuela donde el comandante Melero dirigía el proceso de selección.

—¿Qué hacemos con esta buena pieza, mi comandante? —Advirtiéndole que era la esposa de uno de los maquis abatidos en la localidad de Nieva, guardándose muy bien de relacionarle con Andrés, el Roldán y, por supuesto, con Valentín, el Capitán, y lo que esos alias significaban.

Aunque sí le dijo:

—¿Sabe quién es esta mujer? —Recordándole el episodio de la penicilina y su relación con Mercedes —Quizás pueda contarle algo

de su novia. Bueno, si es que continúa siéndolo.

Cuando Melero se fue del pueblo se llevó a once detenidos a la cárcel de Alcalá de la Selva, donde se juntaron con otros tantos, cinco provenientes de Aliaga y seis de Montoro de Mezquita. Una vez allí, se ordenó el traslado de los de Gúdar a la cárcel de Mora de Rubielos, pero al llegar a la altura de Fuen Narices, a cinco kilómetros y medio del pueblo, echaron pie a tierra y fueron fusilados. Los otros tuvieron idéntica suerte un poco más allá de Alcalá de la Selva, a unos quinientos metros de la masía del Olmo, en la margen izquierda de la comarcal 228.[53]

¿Y usted? —exclamaron los presentes al unísono, una vez recuperados del impacto que les había causado su relato.

—Yo estaba convencida de que mi destino no iba a ser distinto del de los demás, dados los antecedentes de mi marido. Pero…

—¿Pero?

—Que Constancio presentó una orden para trasladarme a la cárcel de Alcañiz.

Y a continuación, dirigiéndose a don José:

—Ahora es el momento de contarle cómo me enteré de todo por lo que usted se interesaba hace un momento. El mismo Constancio se encargó de ello.

—¿Tú no sabrás nada sobre la muerte de un tal Valentín, al que tu amiga Mercedes le extrajo de su colon una cierta llave? —Empezó su interrogatorio, para extenderse después sobre una operación denominada «Socorro Extremo», a cargo de ese Valentín, apoyado por Andrés, el Francés, en este caso Roldán, y el segundo por tu marido, el Practicante, en este caso Gúdar. Y al final su pregunta—: ¿Tú no tendrás, por casualidad, otra llave igual?

Aquí fue donde me di cuenta del significado de la que me confió mi marido y de la precaución que había tomado Mercedes, manteniéndolas separadas hasta que volvieran a buscarla.

—¿Yo? ¿Una mujer de pueblo qué puede saber de esas cosas? —

Pero él no aceptó mi aparente falta de luces ni mi ignorancia.

—Intenta convencerme —dijo mirando a mi hijo, del que no me había desprendido cuando me detuvieron—. Puede quedarse aquí, contigo o, lo que es preferible, confiárselo a sus abuelos.

—¿Y qué podía hacer yo? Si había visto en Gúdar que ni la vida de los niños se respetaba. Así que se la entregué. Del resto, qué les voy a decir. —Terminó su relato lanzando un largo suspiro.

—Para mí, Avelina, queda la parte más importante, al coincidir en la cárcel con Mercedes y Andrés, supo de ese recién nacido. —Intervino ahora Ernesto.

—Sí, es cierto.

De nuevo la vivencia del tiempo le volvió a pasar factura a don José que, lleno de palidez y temblor, amenazaba con desplomarse en la misma silla donde estaba sentado.

¿Qué te pasa, papá? —le preguntó María Ángeles alarmada, temiendo que las emociones, de nuevo, estuvieran pasando cuenta a su precaria salud.

Y cuando ya se iba a lanzar a recriminarle diciéndole lo de siempre, lo de que tú no tienes buena salud, que ya has tenido un aviso, y de arrepentirse por haberle permitido venir aquí y…

—Vámonos a casa, Ernesto.

Hasta que él, repuesto, o al menos tras recobrar el color de la cara, cortó su retahíla de forma tajante.

—Cállate, hija, ahora me toca hablar a mí.

Pero fue Avelina la que intervino:

—Ya he caído en quién es usted. —Señalándolo con el dedo acusatoriamente—Desde que lo he visto no he dejado de preguntarme de qué lo conozco. Ahora ya lo sé. Usted es el policía que detuvo a esa gente de Aguaviva que, tras su paso por la cárcel de Alcañiz, acabó en la fosa de Monroyo.

—Es cierto. Era yo —respondió don José—. Pero antes de juzgarme déjenme hablar.

Pero qué podía contar que pudiese predisponer a su favor al auditorio, salvo que la lucha en la sierra se había hecho más cruel y ahora implicaba a la población civil, incluyendo mujeres y niños, y que ambos bandos se justificaban, los unos afirmándose en su guerra contra un régimen que había traicionado a la República levantándose en armas contra su Gobierno legítimo, apoyado por las potencias del Eje, mientras que los otros evocaban el derecho de un Gobierno a reprimir a una guerrilla interna apoyada por el comunismo internacional y la anti-España, que querían hacer de la patria un país satélite de Rusia.

—En este debate, mi anticomunismo me colocó junto a los segundos y, por tanto, a aceptar esas leyes que había dictado Franco, que no por duras eran distintas a las empleadas en otros países europeos para reprimir situaciones similares. Pero mi fe se perdió al ver cómo iban acabando en las cunetas esos civiles, como los de Gúdar, a los que, si les hubiesen sometido a juicio con esas mismas leyes, no se les habría condenado a muerte. Pero entonces ya era tarde, ya había trascurrido para mí mucha historia.

Y se hizo el silencio.

—¿Y? —Expectante y acusatorio...

—Arranca ya, papá. Te lo ruego. ¿Qué sucedió?

—Bien —continuó—. Ahora os ruego que no me interrumpáis ni que me preguntéis cómo pude llegar a esta conclusión. Ya os he dicho que sabía que Ángel había decidido la muerte de Mercedes y Andrés y lo único que faltaba era ultimar dónde, cuándo y quién. Esta última respuesta se ventiló en el siguiente encuentro que tuvieron Ángel y Constancio.

---

[52] Fernando García Vicente (de 45 años); su esposa, Fe Esperanza Bayo Ferrer (de 39) y el hijo de la pareja, Juan (de 12 años). Las otras cinco víctimas fueron Víctor Bayo Ferrer, ex alcalde de Gúdar; su esposa, Piedad Ros Gargallo; sus hijos Víctor y Ana (de 10 y 7

años) y Cándida Gimeno Villarroya (de 64 años).

[53] Ambas fosas han sido exhumadas y el estudio necrótico realizado sobre los restos encontrados concluye que la muerte se debió a fusilamiento por la espalda, a corta distancia y, en algunos casos, con destrucción de centros neurológicos debidos a tiro de gracia. Los casquillos de las balas localizados in situ revelan que su calibre es el mismo que el que usaba la Guardia Civil.

69

Las explicaciones de don José

—¿Que está embarazada? —exclamó el comandante pálido de ira, intentando ocultar la afrenta que le causaba la noticia de que Andrés la hubiese dejado preñada mientras que el mensajero, Constancio, en un aparente silencio respetuoso, se resarcía de años de humillación, adivinando la tormenta que se estaba produciendo en el alma del hombre que durante tantos años lo había humillado dictando su vida a su antojo.

(¡Mequetrefe!)

Incapaz de superar el instante, la menoría de Ángel Melero se llenaba de Mercedes, de su recuerdo y de ese momento en que ella, luciendo dos gardenias en su escote, se abandonaba en sus brazos, arrullada por la música de Antonio Machín en Passapoga.

—En la magia que nos envolvió, Mercedes, en las burbujas de champagne explotando en nuestras bocas, en tus labios musitando la música…, entreabiertos…, invitadores… ¡Que hoy disfrutan otros labios!, los de ese hombre que ha hecho florecer su semilla donde yo he sido incapaz de plantar la mía.

Viéndole indefenso, como un boxeador noqueado, agarrándose a las cuerdas del ring para no caer, todavía intentó asestarle un último golpe y, dirigiéndole una mirada de consideración y con el dedo índice apuntando a su corazón, le soltó eso de:

—Ya se lo advertí, comandante.

Después de dejar unos segundos para que se empapase con su ponzoña, pasó a relatarle las últimas noticias de Mercedes.

—Ella estaba ahí el día que asaltamos Gúdar, viviendo en casa de una tal Avelina, de donde se marchó para ir a reunirse con ese

ingeniero en Ojos Negros.

Contrariamente a lo que esperaba, el comandante acogió sus palabras insinuando en sus labios una sonrisa que intentaba ser irónica.

—Qué poder tiene esa mujer, que hizo romper a ese francés el trato que mantenía conmigo, desestimando mi respuesta.

Lo que vino después fue una mirada que le heló el corazón al mismísimo Constancio que, incapaz de sostenerla, solo supo contestarle:

—¿Qué quiere hacer, mi comandante?

—¿Yo? Mi situación personal me impide hacer nada contra ellos.

—¿Entonces?

—Si yo fuera tú, les haría llegar la noticia de la detención de esa tal Avelina, eso les hará valorar lo que les podría ocurrir si hiciese valer los antecedentes de Andrés y les obligará a mover ficha, intentando marcharse de Teruel. Una vez fuera de mi zona, el tema cambiará.

—¿En qué, mi comandante?

—A eso eres tú el que tiene que darme la respuesta.

Claro que la tenía, la estaba buscando desde hace mucho tiempo, desde antes de saber todas las claves de «Socorro Extremo». De una de las llaves ya se había apoderado, las otras las tenían ellos dos y, ahora que le dejaba las manos libres para actuar sin darle explicaciones... Pero su historia con Ángel le exigía más, humillarle poniendo precio a su participación.

—¿Nunca más va a preguntar lo que haya ocurrido con ellos?

(Silencio).

—Me arriesgo mucho...

—Lo sé. También que quieres ese camión alemán y que te proporcione los contactos para seguir haciendo esos viajes cargado de aceite.

No era suficiente, él quería que se entregara con armas y bagajes, así que plantó un órdago.

—No «eres» muy generoso —tuteándolo—. Hoy te quema las manos ese negocio. Hoy has apostado por ese cemento del que solo tú eres capaz de contestar cómo has conseguido el permiso de importación, y no te van a faltar socios que quieran embarcase en el tema de la construcción, salvo que ejerzas actividades ilegales que puedan ponerlos en veremos con las autoridades, de modo que…

—¿Qué más quieres? —le respondió con esa sonrisa sardónica que tan bien conocía.

—La carpeta con mis antecedentes.

—Ah, ¿sí? —Ahora sí que sonrió de verdad el comandante—. El pájaro quiere volar solo. Me tienes que dejar muy contento. Mucho, ¿entiendes?

Poco después, en Ojos Negros, Mercedes recibía una llamada telefónica de Gúdar contándole que Avelina había sido detenida.

—Dicen que por prestar ayuda a los maquis, aunque aquí en el pueblo sabemos que la causa es otra, la misma que la de los otros once vecinos, ser la esposa o el familiar de uno de ellos.

Y luego el rosario de lamentaciones y las referencias a esos pobres padres que se habían hecho cargo de esa criatura que, conforme iban las cosas, las tenía todas para quedarse huérfano, para terminar diciéndole aquello de:

—Como usted ha sido tan amiga de ese comandante, pues quizás…

Y aquí acabó la conversación, sin poder decir si lo que requería su informante era pedir su ayuda o avisarle de algo, pero lo que sí había logrado es que ahora se preguntasen si al final Constancio había tirado de la lengua a Valentín y se había enterado de todo lo relacionado con «Socorro Extremo». Después, el cómo había llegado

a saber lo de su llave era fácil deducirlo. La falta de acomodación a la luz no le había evitado advertir su presencia en sus vísceras, corroborándolo después con el informe forense elaborado por el Dr. Jimillo, y el resto…

—Entonces ¿por qué no nos han detenido antes?

Porque hasta que adivinaron que la tenía Avelina no sabían quién era el tercer poseedor y estaban esperando a que contactase con nosotros.

—¿Y ahora qué? —se preguntaron mirando esa barriga que en estos días había empezado a descender, a la vez que lo de «ahí dentro» se movía menos.

—Este de aquí ya se cuidará de venir al mundo —sentenció ella.

Ese mismo día Andrés envió un telegrama a Ramón Celada pidiéndole que los sacara de Teruel con urgencia.

Ya estaba, ya habían dado el paso. Ahora Constancio, con una copia de ese telegrama en su mano, se sentó de nuevo en el despacho de don Ángel.

—¿Qué quieres que haga con esto? —Sugiriéndole a continuación —: De un comunista y su cómplice se ocupa la Brigada de Investigación Social. Fírmame una de esas órdenes tan especiales que conocemos tan bien.

Es cierto que la firmó sin rechistar y sin preguntar lo que iba a hacer con ella, ni cuándo o cómo iba a suceder. Se limitó a darle la espalda para que no le adivinase el dolor que le estaba devorando mientras que el otro tecleaba inmisericorde en la máquina de escribir.

Maldito, maldito, maldito.

Gritaba a no sé qué, a su soberbia herida y a su debilidad, que le incapacitaba para pararlo todo, y a las trabas que atan el honor a un hombre que ha dado su palabra a un inferior al que desprecia.

Dio su pláceme sin leer la orden y sobre todo sin mirarle a los ojos,

no fuera que leyese en los suyos su petición de clemencia.

Cuando desapareció Constancio ya rumiaba su venganza contra el asesino.

Lejos de ahí, Sole, en la soledad de esa casa a medio camino de la Ginebrosa y Aguaviva, también lo estaba pasando mal ante su incapacidad, en este caso la de responderse a una pregunta fundamental:

—¿A quién pertenezco? —Sintiéndose sola y vacía de referencias.

Se decía que la gente pertenece, antes que nada a su sangre, pero de qué sangre podía hablar ella si no tenía más familia que una madre que la dejó al poco de nacer y un padre al que solo lo recuerda en la cárcel o haciendo méritos para volver a ella en huelgas y reuniones sindicales.

—Ni siquiera se despidió de mi cuando escapó para Zaragoza.

(Tampoco le dio una bienvenida especial cuando volvió de Madrid).

Después de la sangre viene la tierra, el lugar donde vive, sus vecinos, sus historias y sus costumbres, pero tampoco aquí encuentra un motivo de identificación, ya que ella nació lejos y vinieron aquí por ser el único lugar donde le ofrecieron trabajo a su padre al salir de la cárcel.

Tú perteneces a la clase trabajadora, le dijo un día Josefa Bayod, la carnicera de La Ginebrosa, y las gentes de las que se rodeó su padre. Formas parte de la fraternidad universal que predicamos los que creemos en el comunismo libertario, que un día logramos implantar en esta tierra y por el que estamos luchando ahora contra Franco y su Falange. Palabras que no llega a comprender, porque sus principios morales le dicen que ella ni mata, ni roba, ni desea el mal a nadie, y que todos tienen derecho al pan y la sal.

¿Tampoco pertenece a un hombre?

Ese ya tiene lo que buscaba. Se apoderó de ello en Madrid y hoy se siente con el derecho a tomarme cada vez que se ven ahí cerca, en la foresta, se responde, reprochándose por la rapidez con la que se

presta a satisfacer sus ansias y la falta de amor que nota en ellas.

Pero ha liberado a su padre de la cárcel, está comiendo su pan y gracias a él sigue viviendo en esta casa, sin que la haya reclamado el peón caminero que debería estar haciendo el trabajo que abandonó su padre.

—Por eso sé que te pertenezco, pero no siento que tengo a mi hombre.

«Tú lo que debes procurar es que te haga un hijo», recuerda que le dijo un día esa mujer, Mercedes, y aunque no le escandalizó la propuesta, no le gusta esa idea, porque un hijo solo debe venir al mundo cuando lo pida el amor y no cuando lo manda la naturaleza.

¿Entonces?

—Yo qué sé —suspiró dejándose llevar por la marea del mundo.

Hoy había venido el cuñado de la carnicera para dejarle en el corral una carga de provisiones, que luego vendría a recoger alguien para llevársela a los maquis al campamento de Aguaviva.

Y lo que se decía: ¿Y qué debo hacer ahora? Nadie le había preguntado si mantenía el compromiso de su padre con esta tierra y con estas gentes, ni siquiera si sentía su sangre.

¿Y él?

Él es la única maroma que le permite estar amarrada al mundo.

Y sabe lo que esto supone, él ya se lo ha dicho varias veces, ellos son sus enemigos.

Y por eso está nerviosa y no cesa de mirar por esa ventana, temiendo que alguno de esos coches que pasa por la carretera termine parando a su puerta e, incapaz de sentirse de nadie, acabe por decir de dónde vienen y a quién pertenecen esos sacos escondidos en el corral.

Esa noche, don José esperó emboscado entre los árboles a que llegase a la casa un paisano para cargar en un mulo los

abastecimientos destinados al campamento y lo siguió.

Pocos días después, Melero asaltó el campamento de Aguaviva. El general Pizarro le prestó la cobertura y prepararon un fuerte contingente, en el que se sumaron a la Guardia Civil dos compañías del Ejército, las fuerzas paramilitares, falangistas locales y somatén, con el que cercó la zona. Tras incendiar el pinar y formar con las llamas una barrera, abrasándolos por los flancos y la retaguardia, sometió a fuego de morteros el campamento, sacando al enemigo de sus refugios y obligándoles a buscar salida por el frente, por donde avanzaba él, protegido tras dos paisanos acusados de colaborar con los maquis.

Lamentablemente para Melero, el monte cuenta con cortantes y barrancos relativamente protegidos de las llamas, o al menos por donde se rompe cualquier frente homogéneo de las mismas, lo que aprovecharon los maquis para escapar, dejando tras ellos un muerto, además de los dos guías de los que se sirvió el comandante, que cayeron bajo el fuego de sus propios compañeros.

El resultado para nada dejó satisfecho a don Ángel, aunque pudo justificarse ante el general al presentarle el botín capturado a los maquis, algunas armas, la intendencia que tan bien administraba el Pinchol, el marido de Felisa Montoliu, pero sobre todo, la máquina de escribir, la impresora Minerva, papel, tinta y el resto del material con el que se servía Pepito el Gafas para editar El Guerrillero, una pérdida de la que nunca se recuperó el aparato de propaganda.

No fue suficiente la felicitación de Pizarro, necesitaba más. Y dio la orden de proceder contra la gente que daba soporte a los maquis de la zona.

—Don José, ahora. —Le ordenó.

Cuando apareció por esos pueblos que antes había recorrido con su camioncejo ya no era el mercero, ahora lo hizo dirigiendo el destacamento de la Guardia Civil de Mas de las Matas y para detener a todos los que había ido fichando en este tiempo, empezando por el cuñado de Josefa, Aurelio Boj, precisamente cuando se disponía a acercarse a Alcañiz para comprar betún rojo para unas botas recién compradas con las que iba presumiendo por

la Ginebrosa. Después le siguieron el resto, hasta siete personas en este y otros pueblos de los alrededores, que fueron conducidos a la cárcel de esa ciudad.

El propio cabo Sebastián, de Mas de las Matas, ese que le tenía echado el ojo al tío Lucas, vino a por la carnicera y a por Aurora, la esposa de José Mir, el Cona, que dirigía el aparato local y se escapó por poco, ya que al ver lo que le había ocurrido a Aurelio se tiró al monte.

Pero el Cona no echó al olvido lo que estaba sucediendo en su pueblo, ni tampoco al cabo Sebastián ni a los que habían contribuido a detener a su mujer.

Ese día se levantó Mercedes con dolores que parecían periódicos y repetitivos, pero nada dijo a Andrés. Todo lo contrario, como solía hacer todas las mañanas desde que vino a Ojos Negros, se acercó al economato, donde el amigo Simón le atendió el pedido.

—Ya te lo llevaré a casa, Mercedes. No vayas cargada.

Después, siguiendo su rutina diaria, balanceándose, con la mano derecha sujeta en la cintura y sacrificando unas ganas incontenibles de orinar, inició su habitual paseo matutino, hoy en dirección al barrio del hospital.

(Naturalmente, en tal estado).

Esa misma mañana, Andrés visitaba esa zona, donde tenían previsto instalar el proyectado cargadero del mineral que iba a llegar por la cinta trasportadora que atravesaba el túnel entre Setiles y Ojos Negros, por lo que la vio venir. ¡Qué casualidad!

Ahí cerca había aparcado su coche un visitante, un hombre con un gran bigote a lo Stalin y la cara salpicada de acné, que había aparecido por aquí a Dios sabe qué, pero que al ver a Mercedes se ofreció a llevarla a su casa.

—Qué a casa, a que la vean cuanto antes en Teruel. ¿No ves cómo está? —le dijo a un inexpresivo Andrés que se aprestó a subir al coche para acompañarla.

Cuando parecía que el coche iba a tomar la ruta hacia la ciudad, dio un pequeño rodeo y siguió por la de Alcañiz. Si había suerte, en un par de horas estarían lejos de aquí, incluso podrían haber avanzado hasta Zaragoza y ahí podría dar a luz.

—Aguanta, Mercedes.

(Respira, mi amor).

Buena era ella, nadie pudo evitar que hiciese lo que estaba haciendo. Huir de allí con Andrés. Ni Simón, ni su madre, ni por supuesto el propio Ramón Celada.

(Si lo llego a saber habría esperado un par de días).

—«Este» ya se guardará muy mucho de esperar unas horas. ¡Vámonos!

(Respira, Mercedes, respira, mi amor).

—¡Ay! Dejadme. Y tú, Ramón, vete pendiente de la carretera, solo nos faltaba eso —le chilló, sintiendo cómo el agua corría piernas abajo y cómo ese desgraciado apretaba y apretaba, sordo a las advertencias de su madre.

Y así hasta llegar a las proximidades de ese pueblo (nadie se acuerda de su nombre) en el que al de ahí dentro le dio por asomar la coronilla, provocando el grito de Andrés, que al oír el doloroso gemido de la madre le levantó las faldas y lo vio coronando.

—¡Que está naciendo!

¡Joder! Y cómo apretó Ramón.

Al poco paraba en casa del médico que, afortunadamente, acababa de volver de hacer su visita diaria.

No le dio tiempo ni a lavarse las manos.

Trasportada a la sillita la reina por Andrés y Ramón, con la mano del médico protegiendo el periné de la madre y de paso evitando que saliese el feto, la pasaron a la casa y la depositaron, miento, la

tiraron encima de una camilla y casi sin quitarle las bragas, la niña vino a este mundo.

—¿La niña? —exclamaron los presentes.

—Sí, la niña —corroboró Avelina.

—¿Y? —Mirando todos, incluida Merceditas, al pobre don José, cuyo aspecto no debía diferir mucho del que debió presentar Mercedes en el momento que expulsó a su «bicho».

—Pero cuéntenos, don José o tú, abuela, o Avelina, o papá.

—¿Qué queréis que os cuente? Todos conocemos el final. Que lograron burlar la vigilancia a la que les había sometido Constancio en Ojos Negros, pero no al destino, y acabaron detenidos y trasladados a la cárcel de Alcañiz. El resto, lo que ocurrió ahí, es cosa de Avelina.

—¿Pero, y esa niña? —insistió ella.

Aquí volvió a derrumbarse el anciano que, lleno de vacilaciones y con un idioma balbuceante, luchaba por encontrar las palabras apropiadas y armar un discurso con el que poder explicar a su hija lo que los demás le estaban reclamando, hasta que María Ángeles, incapaz de verlo sufrir, lo cortó.

—¡Basta ya, papá! No sigas. No necesitas sincerarte conmigo. Yo ya estoy satisfecha con saber que querías hacerlo. Todos estamos en paz.

—Necesito contártelo —insistió don José con gesto suplicante.

—¿Aunque te diga que Ernesto y yo lo sabemos todo? —Abrazándose con cariño a su padre.

—Insisto, hija, es el momento de cerrar un capítulo de mi historia. —Y ya más tranquilo, continuó contando:

—Como ya ha dicho usted antes, Avelina, sabe quién soy. Me ha reconocido a pesar de esta cicatriz que después me deformó la cara, y me ha señalado como el policía que llevó a la cárcel de Alcañiz a

la gente que detuvimos en Aguaviva y alrededores y, efectivamente, soy ese hombre, y le diré, os diré a todos, que a pesar de que no era agradable ese cometido, sentía que estaba cumpliendo con mi deber, contribuir a derrotar al AGLA y limpiar de comunistas la sierra. ¿A alguien le parece esto impropio de un miembro de las fuerzas del orden? A mí no. Es más, empapado de responsabilidad, me aseguré de que todo se cumpliera a rajatabla, hasta el punto de que no me sentí satisfecho hasta verlos encerrados en una celda.

Detuvo su relato tratando de descubrir en los presentes algún gesto de desaprobación, pero al verlos más pendientes de su narración que de hacer ningún juicio, continuó:

—Fue entonces cuando los vi. Ahí estaban los tres, los cuatro, si incluimos un bebé recién nacido, una niña.

XI

Retoñarán aladas de savia sin otoño/Reliquias de mi cuerpo que pierdo en cada herida/Porque soy como el árbol talado/Que retoño.

(Para la Libertad, Miguel Hernández)

70

La cicatriz de don José

El caso fue que Mercedes, nada más de dar a luz a su niña, y casi cuando el médico le estaba cosiendo la episiotomía, se empeñó en seguir el viaje.

—Usted está loca —intentó razonar el facultativo—. Así, en este estado.

—Haz caso al médico, Mercedes. Necesitas descansar, al menos, una semana.

Pero no lograron convencerla y su tozudez los perdió.

—Al menos tendrán que esperar las 24 horas preceptivas para poder inscribir en el registro al recién nacido, sin esa documentación no pueden viajar.

Este argumento fue el único que logró convencerla, ya que sin él no podrían cruzar la frontera. Pero esa misma noche, el facultativo, sospechando o, mejor, adivinado que tal actitud solo era propia en alguien que intentaba huir de la justicia, dio parte a las autoridades y, a la mañana siguiente, Constancio en persona se presentó en su hotel con una orden de detención.

Después, don José trató, inútilmente, ponerse en contacto con el comandante Melero que, casualmente, «ayer mismo se marchó de Alcañiz».

¿A Teruel?

Ni aquí, ni en cualquier otro punto le dieron razón de él. Simplemente, había desaparecido. Se había esfumado.

—Pero Constancio, tú sabes muy bien quién es ella.

Tampoco este argumento fue válido, ni sus gestiones en el juzgado, donde le dijeron que todavía nadie les había comunicado nada y que podían estar detenidos preventivamente hasta 72 horas antes de hacerlo. Lo mismo que le contestó el cabo Román cuando logró hablar con él en la cárcel.

—Todavía no hemos terminado el papeleo, don José.

—¿Pero por qué les han detenido?

—No lo sé, pero si los han traído aquí, por algo será. —Rotulando sus palabras con un gesto que nada bueno auguraba.

No hacía falta su comentario final para saber que estaban recorriendo ese proceloso trayecto donde nunca hay nada, pero al final las gentes se pierden en las cunetas.

¿Será posible?

La angustia no le dejaba recapacitar, ni siquiera para sentir tan flagrante injusticia, solo para elevar la mirada al cielo y preguntarse de nuevo:

¿Será posible?

—Román —le dijo, clavándole su mirada angustiada. Avíseme de cualquier cosa. Sepa que le debo la vida a ese hombre.

Y qué otra cosa podía hacer más que apelar a la misericordia y confiar en la intimidad que le unía con el carcelero.

(Bueno, ni siquiera eso, don José, que yo soy un mandado).

Al menos le dejaron bajar a los sótanos y, a través de las rejas, llevar su solidaridad a Andrés, a esa mujer que dijo llamarse Avelina y a Mercedes, aunque ella, ajena a todos, permanecía en un rincón de la celda, intentando calmar el llanto insaciable de ese recién nacido, preguntándose angustiada si sería porque todavía no le había bajado la leche o porque la falta de higiene le tenía escocido.

—Te debo la vida, amigo.

Es cierto, hasta él mismo se asombró de haber llegado a esa conclusión, precisamente hoy —¡así es la vida!— y tratar de excusarse diciéndose que en su momento, el fragor del combate y el saberse inmersos en una experiencia colectiva extrema, expuestos a que en cualquier momento pudiese cambiar de signo, no le permitió pararse a pensar en ello.

—Pero a pesar de ello y de mi silencio, hasta ahora lo sé y no se me ha borrado de la cabeza cuando en La Madeleine, una vez abatida la vanguardia enemiga, estábamos retirando los vehículos que acabábamos de destruir, un soldado alemán me sorprendió y cuando ya veía salir de su arma la muerte, tú lo evitaste.

—Se la debo —remacho como un borracho cada frase y, tras cualquier silencio, a él, a Mercedes y a esa Avelina que compartía celda con ellos.

—A mí no, a mi hija— le respondió finalmente Andrés, empeñándole en una promesa. —A ti te la confío.

—Que no, amigo, que de peores hemos salido.

—Cuídalas, cuídalas —le insistió esa tarde, cuando volvió trayendo unos pañales, ropa limpia y unas compresas para Mercedes.

Eso mismo le repitió al cabo Román al salir.

—Cuídelos, Román, que yo no me olvidaré de usted.

Al salir de la cárcel no pude evitar los arpones acusatorios de los ojos de las mujeres que habían montado guardia a la puerta de la cárcel, a la espera o, mejor todavía, esperando acontecimientos y llorando sus angustias. Entre ellas María, la hija mayor de Josefa, a la que el conductor del autobús de Aguaviva le había puesto al tanto de lo que le ocurría a su familia por medio de un telegrama.

«Vente rápido, que ha ocurrido lo peor».

Llegó a tiempo para ver su madre y a otra mujer, Aurora Piñara, la esposa del Cona, conducidas por el cabo Sebastián, de Mas de las Matas, que le permitió acercarse para abrazarla.

(Era un buen hombre, comentó después).

—¿Puedo venir a verla mañana? —le preguntó.

—¿Mañana? Mañana solo Dios sabe dónde estará. —Para aconsejarle a continuación que cuando acabase todo esto lo mejor sería que se fuese lejos de aquí, a Barcelona.

Yo no supe, o mi anticomunismo militante, ya en pleno declive, no quiso aceptar su agorero pronóstico, y preferí seguir creyendo que todavía no se habían finalizado las diligencias y que, de momento, se trataba de detenciones preventivas. Esa noche me fui a buscar refugio en los brazos de Sole, que se dejó hacer sin ni siquiera mirarme a los ojos.

Ella, al igual que los familiares de los detenidos, sí sabían lo que yo me empeñaba en negar y que mi intervención había sido determinante. Peor todavía, que la había utilizado y que, mientras se dejaba abrazar entre los pinos, él tomaba nota de todo aquel que rondaba su casa.

(Esa noche Sole sintió que se soltaba la última amarra que le permitía sentirse viva).

A las dos de la mañana del día 7 de noviembre de 1947, a los siete detenidos de Aguaviva y alrededores los montaron en un furgón de la Guardia Civil y se los llevaron, dijeron que a Morella, pero en el camino, antes de llegar a Monroyo, valiéndose de no sé qué excusa, les mandaron bajar y los asesinaron, dejando los cadáveres tirados en el camino, para que sirviera de escarmiento. El resto ya lo conocemos. Tuvo que venir un carretero del pueblo para recogerlos y conducir los cadáveres al cementerio parroquial cubiertos por unas mantas.

—¿Y ellos? Andrés y Mercedes —le preguntaron a don José los presentes.

—No llegue a tiempo para salvarles. Ni siquiera para darles mi adiós. Cuando volví a Alcañiz ya se los habían llevado, el propio Román me contó que Constancio se presentó de madrugada con una orden especial, de esas que vienen con el destino sellado y con ello

el olvido, y le entregaron a los detenidos rompiendo cualquier documentación levantada al respecto y que oficialmente nunca habían estado allí.

—Algo así les dijeron a los familiares de los detenidos, que ya no estaban en Alcañiz, que habían salido a las 11 de la noche de ahí. En mi caso no se atrevieron a darme esa respuesta.

—¿Que dónde están?… Usted ya lo sabe, don José.

—No tuve ánimos para blasfemar contra tanta injusticia, tan solo para recordar la promesa que le hice a Andrés y preguntar: ¿y la niña?

—Ahí está, esperando a que la lleven al hospicio. Dios quiera que venga antes un familiar a reclamarla.

—Déjeme, cabo, yo me encargaré de ella.

¿?

Me debía muchas cosas, entre otras, esas clases de conducir y el papeleo que le había hecho para presentarse al correspondiente examen, así que…

—Cabo, ¿si no hay documentación en la que conste que sus padres han pasado por aquí, cómo piensan hacer para justificar la presencia de este recién nacido en la cárcel? ¿Nos lo hemos encontrado por los caminos? ¿A la puerta de una iglesia? Déjeme ocuparme del asunto, sabe que le debo la vida a su padre y ninguno de los dos tenía familiares, que eran unas de tantas víctimas de este mundo de guerras. Yo la llevaré a una institución para que permanezca ahí hasta que arregle sus papeles y pueda darle un futuro mejor.

Y ahora hizo una pausa. Necesitaba respirar hondo para poder seguir.

—Esto es lo que pasó, María Ángeles, hija mía. —Aunque en esta última frase no pudo evitar que se le quebrara la voz —. Ya lo sabes todo. Esto es lo que siempre te he estado ocultando. Cuando eras niña, porque temía que la verdad te doliese; después, porque al que

le dolía era a mí y me sentía culpable por habértelo ocultado.

—Déjalo, «papá» —le respondió ella con dulzura, poniendo un especial acento en la última palabra. —Ya te he dicho que hace tiempo que sé la verdad y para mí sigues siendo mi padre y Sole mi madre. —Abrazándolo con ternura, tras lo cual continuó—. Ahora déjame contarte cómo llegamos a esa conclusión. Me lo debes.

E inició su relato partiendo del día en que ella y Ernesto fueron a casa de Ángel y vieron el retrato de Mercedes luciendo el uniforme de enfermera de Auxilio Social.

—La obra benéfica del franquismo con la que se intentaba cubrir las necesidades de tanto huérfano y tanta madre indefensa producidos por la guerra. —Enfatizó.

«Crimen y Castigo».

Llegando a la conclusión de que seguía enamorado de la mujer a la que había mandado matar.

«Qué curioso».

Comentó don Ángel cuando supo que María Ángeles era la hija de don José Filipovic, de la que permaneció pendiente durante toda la entrevista.

Y al salir de la casa tuvieron una corazonada.

¿Y sí?

Así fue. Ahí estaba la clave, en los archivos que se conservan en Teruel del Auxilio Social. En ellos figuraba que el 8 de noviembre de 1947 se había procedido a dar acogida a una mujer soltera y a su hija recién nacida, permaneciendo ambas al amparo de la institución, hasta que unos meses después contrajo matrimonio con un funcionario, caballero mutilado por la patria.

—Tan sencillo como eso —concluyó ella—. Ahí figuraba la fotocopia del libro de familia y en la fotografía Sole, «mi madre», todavía soltera, sosteniendo a una niña entre sus brazos. Tú debiste destruir ese documento, pero conservaste la fotografía, donde

todavía se advierten las huellas de un matasellos oficial, ¿verdad, papá? ¿Me olvido de algo?

—Sí, de la generosidad de tu madre. En mi egoísmo solo pensaba en la deuda que había contraído con ellos y que la única solución para su hija era hacerla pasar como mía. Así se lo propuse a Sole, que se prestó a ejercer de madre soltera mientras arreglábamos nuestra situación legal, y así quedó inscrita en el juzgado.

—Pero ¿por qué tardaste tanto tiempo en ir a reclamarlas?

Porque el azar, o la deuda de sangre, o a lo que queramos recurrir, hizo justicia en esta historia. La noticia de las muertes de Monroyo, y con ellas la de Aurora Piñara, llegó al monte y su marido, José Ciprés, el Cona, quiso vengarla.

Pero este hombre era más inteligente o más retorcido que sus compañeros, y supo preparar la respuesta. Esos días los maquis capturaron a un delator al que, además, se le acusaba de haberse quedado con todo el material de impresión requisado a la guerrilla en el asalto del campamento de Aguaviva, y tras ser juzgado por un tribunal popular y condenado a muerte, fue ejecutado, dejando su cadáver abandonado en las proximidades de Mas de las Matas, con una bomba trampa preparada por el Cona, para que explosionase cuando fuesen a levantar el cadáver el cabo Sebastián y el resto de los que habían intervenido en la detención de su mujer. Y así fue. Resultó muerto este, el forense y el secretario del juzgado, y heridos un par de guardias y don José, que había sido requerido para tal acto.

—¿Esa es la historia de tu cicatriz?

—De mi cicatriz, de mi situación de caballero mutilado y, sobre todo, de mi estancia en un hospital, que me impidió estar con Sole desde el principio.

Tras estas palabras se hizo un largo silencio, que finalmente rompió Avelina para decir:

—Aquí termina esta historia.

—¿De verdad se acaba aquí, Avelina? —preguntó Ernesto. —Yo creo que no, todavía tiene usted que contarnos más cosas.

—No sé a lo que se refiere.

—Yo creo que sí. Sepa que nunca me engañó el abogado Quesada cuando, en nombre de un cliente anónimo, contrató mis servicios para que buscara a ese recién nacido. Se delató cuando me entregó el dosier conteniendo, entre otros, los antecedentes de Andrés Favard. Todos hemos oído a lo largo de esta historia que estaban en poder de Ángel Melero y que había destruido todas las copias, excepto la que le entregó a la propia Mercedes Sierra. ¿Dónde cree usted que puedo encontrar una explicación factible? ¿Quizás en Francia? ¿Quizás me la puede dar esa persona tan querida para usted que le dio su nombre a su nieta Merceditas?

71

Solos tú y yo, Ángel Melero

Este año el otoño había tardado en entrar y todavía revoloteaban por el jardín las hojas secas, caídas, del viejo roble que hacía cincuenta años había mandado plantar don Ángel Melero.

—En 1947, qué coincidencia, ¿verdad?

—No, en su vida había pocas coincidencias. Todo obedecía a un motivo prestablecido. En este caso a guardar su memoria.

—Crimen y Castigo, don Ángel.

Es posible, pero en todo este tiempo habían aprendido a convivir los recuerdos con las frustraciones, se decía, dejándose atrapar la mirada en la espléndida cúpula del árbol, donde anidaban mirlos y palomas.

Incluso invasivas urracas. Para todos amanece el día, también para sus pensamientos y sus soledades.

(Nadie en su vida, ni un amigo y, mucho menos, una mujer).

Su casa, esta casa donde rebotaba el eco por las cuatro paredes, esas habitaciones cerradas, ese garaje donde dormitaban unos coches que ya no conduce, esa cuenta corriente de la que se ocupa no sé qué empresa contable, y esos, ese hombre que desde hace tantos años está esperando la voz que le diga «Lázaro, levántate y anda».

—Incluso ni esto, para poder oír cualquier voz hay que estar vivo.

Hoy solo le permiten permanecer en este mundo los recuerdos, ese cuadro desde donde le mira Mercedes, a la que cada día le declara su amor.

Nunca pudo pensar que podría amarla tanto.

(O acaso que él se amaba tanto).

Se levanta del sillón y se asoma a la ventana.

—¿Se están retrasando?

No, lo que se adelanta es su ansiedad.

(No quiere reconocerse que los años no le han concedido ni el aplomo, ni el olvido, a pesar de lo que se decía antes).

—Ese abogado —se dice recriminándole.

El abogado Quesada lo llamó la semana pasada para anunciarle que había perdido la partida de mus que mantenía con el profesor Ernesto Martín y que tenía pruebas irrefutables de la existencia de su hija.

—¡Mi hija! Borrándolo del mundo con una mirada soberbia…, recriminatoria…, dubitativa…, mentalizante…, ansiosa…, reclamante…, ¡lastimosa!

¿Mi hija?

Sintiendo frente a él la presencia del Dr. Morales, asfixiándose mientras reclamaba implorante la fuente de oxígeno que él le negaba, o la cara de tantos otros que a lo largo de su vida le han ido alimentando la fuente de poder necesaria para poder enfrentarse al demonio que tenía entre sus piernas, la de ese horrible Constancio cuando le entregó la orden que condenaba a la mujer que amaba… Y la de Mercedes.

—¿Qué me he perdido, mi amor, qué me he perdido?

¿Qué habría sido de ellos en otras circunstancias?

—¿Pero por qué no me lo dijiste? Ni siquiera eso. Incluso en esos momentos en los que creía que ese Andrés te había dejado embarazada yo lo habría aceptado. A todo me habría enfrentado, a mi soberbia humillada, a las recriminaciones del general Pizarro, a todo esto que tengo a mi alrededor, con tal de que me lo hubieses pedido.

¿Y ahora qué?

Ahora tocaba esperar a que ese profesor de Paleopatología le trajese el resultado de las pruebas de paternidad y cumplir su apuesta, entregándole la carpeta que tenía encima de su mesa con todos los datos de Monroyo, incluyendo los del final de esas tres personas, Avelina, Andrés y Mercedes.

Ahora, mirando al cuadro de Mercedes, le dice:

—¿Así que esa mujer que tuve frente a mí era nuestra hija? Ella dijo que era hija de Filipovic, pero no me engañaron esos ojos, que inmediatamente me recordaron los tuyos.

¿Y?

Nueva vuelta por ese despacho, nueva visita al jardín y a la atalaya de su ventana, desde donde podía ver pasar los coches, ese coche que se paró a su puerta, al abogado Quesada y…

No hizo falta que nadie le explicara tantas y tantas cosas.

Era ella. Sin lugar a duda.

Era esa elegante mujer que se bajó del coche con el profesor, junto a esa otra que hoy ya sabía que era su hija. Los años habían sido incapaces de marcar su piel, de nublar su mirada violeta y de hacer perder el color de su cabello, que ahora lucía con un corte más moderno.

¿Y?

No, no estaba dispuesto a pasar otra vez por el tormento de perderla.

Se sentó en su sillón y sacó una pistola que guardaba en el cajón de su mesa.

—Espera, un momento —se exigió.

Es cierto, un caballero no olvida sus promesas. Tomó una pluma y escribió sobre la carpeta que contenía el dosier prometido:

«Profesor Ernesto Martín», dejándola bien a la vista.

—No, aquí no.

Se levantó y la puso sobre el cristal del cuadro de Mercedes, encajada en una esquina del marco.

—Eres tú la que se lo entregas.

Amartillo el arma y esperó a que entrasen en la casa, a que llegasen a su despacho. A que llamasen a la puerta.

A que la abriesen.

Y cuando ya iniciaba la presión sobre el gatillo…

(Le perdió el deseo de volver a verla).

Apareció Mercedes, ella sola.

Este momento se lo debía desde 1947, desde antes, desde 1939. Era solo de ella, ni siquiera su hija, a la que acababa de conocer y a la que le debía una larga explicación.

—Solos tú y yo, Ángel Melero —le dijo, sin dejarse intimidar por esa pistola que le apuntaba directamente al corazón.

Y se sentó frente a él sin perderle los ojos.

Y nada más.

Solo el silencio.

Cuando se disponía a salir del despacho vio el sobre con el nombre de Ernesto, soportado por el marco de su cuadro colgado en la pared. Ahí lo dejó, sin molestarse en decirle que las cosas no habían ocurrido así.

A ellos, a los de afuera, sí. Ya lo había hecho el día que se encontró con su hija.

72

En la fosa de Monroyo

En la medianoche del 7 de septiembre, a la vez que la Guardia Civil se llevaba a los detenidos en Aguaviva y alrededores, llegó Constancio con una orden firmada por el comandante Melero para que le entregaran a los tres presos que había traído el día anterior. Esposó a Andrés a la puerta del copiloto de su Citroën 11 ligero y mandó a las dos mujeres que se tumbasen en el suelo en la parte de atrás. —Y cuidado con que asoméis la cabeza—, les advirtió señalándolas con su pistola, tras lo cual arrancó, siguiendo la estela del furgón que les precedía.

Esperaron hasta que se oyó la descarga que segaba la vida a los familiares de los maquis y, una vez que vio pasar el furgón de vuelta a Alcañiz, les mandó salir y, manteniendo a Andrés siempre esposado (el miedo ya las tenía a las dos mujeres), se acercaron al lugar de la ejecución.

Todavía se permitió decir a Mercedes:

—Qué lástima, con lo que me gustas, que te haya dejado inútil el parto.

Y qué iba a decir o hacer ella ante tamaña vesania, con su episiotomía, el dolor de sus pechos, ahora repletos de leche, la dilatación de su útero en regresión y su columna vertebral intentando recuperar el punto de equilibrio. Pues desplomarse sobre el suelo, incapaz de revolverse, esperando que todo esto acabase cuanto antes.

Ahora él cogió del brazo a Avelina y la empujó, junto a Andrés, hasta el lugar donde habían ejecutado a los que les habían precedido. Aquí derribó de un culatazo al varón.

—¿Y ahora qué hacemos, Mercedes? —Apuntando con su pistola a

la cabeza del hombre— ¿Me das la llave de Valentín?

—No le hagáis caso. El final va a ser el mismo —chilló desde el suelo Andrés.

—¿Tú crees? —le respondió—. Anda, ve a por ella —mandó a Avelina.

Mercedes, sin rechistar, se la entregó y ahora Constancio, apuntándola a ella con su pistola, le dijo a Andrés:

—¿Me vas a entregar la tuya?

—Yo no tengo nada que darte —le respondió, retador.

—Qué más da.

Y sin más prolegómenos, le disparó un tiro en la cabeza. Después se agachó sobre el cuerpo del caído y empezó a rebuscar entre sus ropas—. Aquí está. ¿Lo ves?, ya sabía yo que no ibas a emprender este viaje sin llevártela.

Cuando ya se iba a incorporar, sabiéndose dueño de «Socorro Extremo»:

¡Crack!

Sintió un fuerte impacto sobre su cabeza que le hizo estallar la tapadera del cráneo. Mientras caía al suelo pudo ver a Avelina que, sujetando a dos manos una gran piedra, se preparaba para rematar su obra.

(Debería haber esposado a las dos mujeres).

Superando el dolor, los flases multicolores que se encendían en su retina, nublándole la mente, y la sangre cayendo en su cuello, logró levantarse.

Y esquivar el segundo intento de Avelina.

Y, sin perderla de vista, buscar la pistola que había perdido tras el ataque, pero en contra de lo esperado, ella ya no parecía dispuesta a

intentarlo de nuevo, es más, había abandonado su actitud y le miraba con sorna, burlándose de su incapacidad para prever un nuevo peligro.

—¡Mercedes!

Ya era tarde. La mujer, en un último intento de supervivencia, sorbiéndose las lágrimas y el dolor por la muerte de Andrés, había aprovechado que toda su atención estaba centrada en su amiga y se había hecho con la pistola con la que ahora le estaba apuntando.

Levantó su mano derecha como queriendo detener su intención, pero…

¡Bang!

Ni siquiera notó el dolor del proyectil impactando en su pecho.

Todavía Mercedes se aseguró su resultado vaciando el cargador del arma, mientras pronunciaba el nombre de Andrés con cada fogonazo.

—Ya está, Mercedes. Ya ha terminado todo.

Se mantuvieron abrazadas durante un largo tiempo, hasta que, ante el temor de que la Guardia Civil pudiese volver, decidieron marcharse.

—Ve arrancando tú el coche —le dijo Avelina, agachándose sobre el cadáver para recoger las tres llaves.

—No, esto lo tenemos que hacer las dos —respondió Mercedes, desabrochándole la ropa y, una vez que se hicieron con ellas, lo dejaron así, desnudo a la intemperie y ojalá que a la voracidad de las bestias.

Y así, abrazadas, terminó de contar esta historia a María Ángeles, a Ernesto, a su ahijada Merceditas y a un repuesto don José.

—Y así hemos permanecido toda nuestra vida, juntas.

Y así, juntas, acudieron ese día al banco de Suiza y abrieron esa caja

que contenía un capital que nadie podía reclamar.

—Nos lo merecíamos, niña. Le dijo Avelina a su nieta—. Ya te dije que en todo este negocio las que siempre habíamos resultado perdedoras éramos las mujeres, a las que nuestros hombres nos habían manejado a su capricho.

73

Sí, a esta edad

Como ya hemos dicho, ese otoño se estaba prolongando y los chopos de los paseos de Aranjuez todavía llovían hojas muertas, provocando el chasquido de los viandantes al pisarlas.

Ernesto Y María Ángeles se habían detenido a disfrutar del anochecer, que encendía el cielo de naranjas y color fuego la ribera del Tajo, y hacía rato que sus besos habían dejado de serlo para convertirse en caricias demandantes.

—¿Estás seguro?—le preguntó ella.

—Lo estoy. —Y como adolescentes, ignorando todo lo que no fuese su demanda, se escondieron en las sombras.

Y no se avergonzaron de ello.

—Quién nos lo iba a decir. A nuestra edad —se dijeron cuando volvían a Madrid.

Madrid, noviembre de 2020. Primer año de la Covid.

Glosario

AGE. Agrupación de Guerrilleros Españoles. Organización guerrillera de voluntarios españoles, creada por el PCE en Francia para luchar contra los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. Su origen se remonta a las Compañías de Trabajo creadas por las autoridades francesas en 1939 con los exilados españoles, muchos de ellos procedentes de los campos de concentración. Se desarrolló en el marco de la UNE y, en abril de 1942, se constituyó en el XIV Cuerpo Guerrillero, tomando el nombre de su antecesor en la guerra de España, integrándose en los Franc-Tireurs et Partisans controlados por el PCF, aunque siguieron actuando de facto como el brazo armado de la UNE, siendo reconocido con la denominación AGE en 1944, gracias a su intervención en la liberación de numerosas localidades del sur de Francia.

AGLA. Agrupación Guerrillera de Levante Aragón. Nombre oficial de la estructura organizativa de los maquis que actuaron en dicha área geográfica.

Alfonso Boj Guasch. La Ginebrosa (Teruel), 24 de septiembre de 1893. Esposo de Josefa Bayod Ribas y miembro del 17º sector del AGLA. Fue presidente del Centro Republicano y dirigente del comité local durante la guerra civil, por lo que fue condenado a pena de cárcel, donde conoció a José Mir, el Cona, que le convenció para formar parte del aparato de apoyo a los maquis. Para algunos autores es uno de los cuerpos anónimos de la Fosa de Monroyo, aunque, según otros, abandonó la guerrilla en 1948 y se marchó a Toulouse (Francia).

Andrés Favard, el Francés. Sargento del XIV Cuerpo Guerrillero y escolta de Valentín al salir de Madrid en 1939. Es el depositario de una de las tres llaves de la operación «Socorro Extremo». Es uno de los cuerpos anónimos enterrados en la fosa de Monroyo junto con Mercedes Sierra, la mujer que ama, y otros siete civiles.

Ángel Melero. Capitán falangista y miembro de la quinta columna madrileña, está ingresado en el Hospital Provincial de Madrid por heridas de guerra, donde conoce a Mercedes, su enfermera y futura amante.

Antonio Herrero. Secretario de La Gavilla Verde, asociación sin ánimo de lucro dedicada, entre otros fines, a la investigación de las fosas anónimas que se produjeron durante la represión franquista.

Aquilino Laguía. Médico y presidente del Colegio de Médicos de Teruel.

Atilano Quintero Morales, Tomás. Sargento del ejército republicano durante la guerra civil. Logró exilarse a Francia, donde se unió a la Resistencia. Tras su regreso a España se integró en el AGLA, llegando a ser jefe del 5º sector. Detenido en enero del 47 y fusilado el 1 de agosto en Paterna.

Aurelio Boj Guasch. La Ginebrosa (Teruel). Víctima de la fosa de Monroyo, hermano de Alfonso y tío de la denunciante, al que los testigos identificaban como el hombre de las botas rojas.

Aurora Piñara Clemente. De Aguaviva (Teruel), víctima de la fosa de Monroyo y esposa de José Mir, el Cona, miembro del AGLA.

Bárbara García Lapardina. De la Fresneda (Teruel), víctima de la fosa de Monroyo.

Carrenque, Francisco Esteban. Terrorista comunista, miembro del grupo que formó Cristino García Granda en Madrid. Tras su captura fue juzgado con este y condenado a muerte.

José Manuel Montorio Gonzalvo, Chaval. Mítico guerrillero anarquista, natural de Borja y exiliado a Francia al terminar la guerra de España. Luchó en la Resistencia, en la zona del Pirineo, y en 1945 pasó la frontera con el grupo de «Los Maños» para unirse a los maquis en el área aragonesa levantina. Miembro fundador del AGLA en la cueva del Regajo, permaneció en la guerrilla hasta que, en 1952, el PCE decidió la retirada de España, instalándose en Praga para trabajar en una fundición y posteriormente en la embajada de Cuba. En los años 80 fue recibido por el rey Juan Carlos, en ocasión de una visita a Rumanía, y 1973 publicó sus memorias, Cordillera Ibérica, recuerdos y olvidos de un guerrillero. En 1997 obtuvo pasaporte español y en 2004 volvió a España, tras requerimiento de la Asociación de La Gavilla Verde, que le dedicó, junto a otros supervivientes, un sentido homenaje. En 2006 se instaló en su Borja, su tierra natal, donde permaneció hasta su muerte, el 27 de abril de 2009.

Chon. Tía de Sole y patrona de don José Philipovic.

José Mir Ciprés, el Cona. Aguaviva (Teruel), 1911. Militante del

PCE desde antes de la guerra, organizó las Juventudes Comunistas y fue miembro del Servicio de Información Especial, creado por el Gobierno republicano en 1936 con el impulso del Consejo de Aragón. Al acabar la guerra fue detenido, coincidiendo en la cárcel con su paisano Alfonso Boj Guasch, con el que congenió y organizó después una red de suministro a la guerrilla, hasta que al ser descubierto se incorporó al 17º sector del AGLA. Abandonó la guerrilla en septiembre de 1948 y se marchó a Francia.

Constancio Perales. Pistolero comunista y miembro de la seguridad del Banco de España durante la República. Tenía a su cargo la vigilancia de Valentín Méndez. Por sus antecedentes políticos estaba inmerso en la ley de Responsabilidades Políticas dictada por Franco y para evitar sus consecuencias pactó su protección con Ángel Melero.

José Antonio Alonso Alcalde, Comandante Robert. Jefe del Estado Mayor de la 3ª Brigada de la 3ª División de la Resistencia Española en el Pirineo. Intervino en la liberación de Foix.

Cristino García Granda. Miembro del XIV Cuerpo Guerrillero y héroe de la Resistencia en Francia. Vino a España en 1945, encabezando la acción comunista en Madrid y en la zona centro. Fue capturado en la plaza Mayor de la capital y juzgado por el tribunal especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo, presidido por el coronel Enrique Eymar González, que le condenó a muerte. El 21 de febrero de 1946 se ejecutó la sentencia, siendo fusilado junto a otros once antifranquistas en el campo de tiro de Campamento y enterrado en el nicho 147 del Cementerio Sur de Carabanchel.

Doroteo Ibáñez, Ibáñez. Guerrillero perteneciente al grupo de «Los Maños». Durante la Segunda Guerra Mundial formó parte del «aparato de pasos» del Pirineo.

Dr. Jimillo. Cirujano de Teruel, jefe de Mercedes Sierra.

Dr. Morales. Cirujano del Hospital General de Madrid, jefe de Mercedes Sierra y médico de Ángel Melero.

Enrique Eymar González. Caballero Mutilado de Guerra por la Patria a causa de una herida recibida en África y subdirector del Museo del Ejército de Madrid. Tras adherirse al Movimiento fue ascendido a coronel, nombrándole juez instructor en el Juzgado Militar Especial para los Delitos del Espionaje, Masonería y Comunismo. Durante su vida recibió numerosas distinciones, incluida la medalla de oro al Mérito Social Penitenciario y la de plata al Mérito Policial.

Eleuterio Simó. De la Fresneda (Teruel). Víctima de la fosa de Monroyo.

Ernesto Martín. Paleopatólogo interesado en el estudio de la fosa de Monroyo, donde están enterrados Andrés y Mercedes. Recibe de Quesada el encargo de buscar al hijo de ambos.

Florencio Guillem Montoliu, el Frasquito. Hijo de el Pinchol y Felisa Montoliu, miembro del 17º sector del AGLA, fue asistente del secretario general del Comité Regional de Levante del PCE durante de la reorganización de la AGL. Inductor del asalto de los maquis al cuartel de la Guardia Civil de la

localidad de Gúdar, en venganza por la muerte de su madre. Murió tras un enfrentamiento con la Guardia Civil. Tras ser herido en las piernas, según su padre, al sentir que su fuerza disminuía, se suicidó.

Genaro Fuster. De Más del Labrador (Teruel). Víctima de la fosa de Monroyo.

Florián García Velasco, Grande. Aldealcorbo, Segovia, 1916. Afiliado a las Juventudes Comunistas en 1933 y miembro del PCE desde 1936. Durante la guerra civil sirvió en la 50 Brigada Mixta y en la 5ª Brigada de Carabineros, alcanzando el grado de capitán. Al finalizar la guerra fue detenido en el Puerto de Alicante, internando en el campo de concentración de Albatera y, posteriormente, en la prisión de Porta Coeli. Tras su liberación se incorporó a la lucha clandestina en Madrid y en 1944 a Valencia, donde desempeñó el cargo de secretario de propaganda del Comité Provincial del PCE. En 1946 se incorporó a la guerrilla de Levante y Aragón, hasta que, en 1952, tras la disolución del AGLA, fue evacuado a Francia. En 1954 se instaló en Praga, donde trabajó como tornero, reencontrándose allí con su compañera, Remedios Montero «Celia», miembro del AGLA del 5º Sector. En 1978, a los tres años de la muerte de Franco, regresó a España.

JARE. Junta de Asistencia a los Republicanos Españoles. Fue creada el julio de 1939, a propuesta de Indalecio Prieto, para administrar los fondos destinados a los exiliados españoles, tras acusar de mala gestión al SERE que crease Negrín, otorgándose a sí mismo este derecho, para administrar, entre otros bienes, el tesoro del Vita.

Jerónimo Carranza. Negociante del cemento retenido en el

Campo de los Almendros, Alicante.

Joaquín Boj Bayod, Joaquín. Hermano de la denunciante de la fosa de Monroyo. Nació el 21 de septiembre de 1921 en La Ginebrosa (Teruel). Miembro de las Juventudes Socialistas Unificadas, sufrió cárcel al terminar la guerra y al salir se unió a la guerrilla como enlace, para incorporarse después al 17º Sector del AGLA, donde llegó a ser profesor itinerante de la Escuela de Capacitación Guerrillera. Mundo Obrero le sitúa, junto a su padre y otros detenidos, entre las víctimas de la Fosa de Monroyo, pero se le cita en otras acciones guerrilleras: en 1948 junto a Pelegrín Pérez, formando parte del 23º Sector, incluso en 1949, en una reunión en París mantenida con Carrillo donde, a causa de sus «críticas destructivas», fue condenado a muerte. Finalmente, en un informe del Servicio de Información de la Guardia Civil, se le señala como vivo en diciembre de 1950.

José Casín Almansa. Miembro del PCE implicado en el caso del asesinato de dos falangistas en Cuatro Caminos (Madrid).

José Filipovic. Josip Philipovic, el Boris. Judío sefardita, padre de María Ángeles y compañero de Andrés desde la prisión de Nimes.

José Vitini Flores. Profesor de la Escuela de Terrorismo de Toulouse, veterano de la Resistencia, donde alcanzó el grado de comandante y comisario político de la 4ª Brigada de la 3ª División, que mandaba el teniente coronel Cristino García. Jefe de la 102 División de la AGE, iniciando la operación «Reconquista de España» en la zona del Pirineo Aragonés y Navarro. Responsable del grupo terrorista «Los Cazadores de la Ciudad», que preparó el atentado del local de Falange en

Cuatro Caminos de Madrid, siendo apresado y fusilado después de ser juzgado.

Josefa Bayod Ribas. Carnicera de la Ginebrosa. Esposa de Alfonso Boj y madre de Joaquín, miembros del AGLA. Víctima de la fosa de Monroyo.

Juan Delicado, Delicado. Antiguo combatiente en el maquis francés. Llegó a la Sierra de Javalambre en 1945, donde estableció contacto con los guerrilleros de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), especialmente con Josep Borrás, el Cinctorrá, que más tarde se unirá a la guerrilla comunista, y con el Petrol, que siguió funcionando autónomamente. El PCE nunca tuvo muy clara su adscripción ideológica y su lealtad, por lo que, tras ser detenido y liberado en Valencia, se le acusó de ser un confidente de la policía y ejecutado por sus propios compañeros. Otras fuentes le dan Por muerto en una refriega, a fines de 1947, y otras como huido a Francia en 1948.

Lucas Cañete, tío Lucas. Padre de Sole.

Luis. Guardián de la prisión de Nimes.

Luis González Vicén. Médico y miembro destacado de la Falange de Valladolid. Fue gobernador de Alicante y posteriormente miembro de la Guardia de Franco.

Ángel Fuentes Vidiosa, Maestro Agüero, Antonio. Miembro de la FETE-UGT (Federación Española de Trabajadores de la Enseñanza). En 1936 se unió al «Batallón de la Pluma», creado

en Barbastro con los maestros de izquierdas de las tres provincias aragonesas. Formó parte de la 43 División, junto a otros tres batallones del Pirineo y las Cinco Villas. Tras sufrir su bautismo de fuego en la Bolsa de Bielsa y después de lo del Ebro, se exilió a Francia, donde se unió a la resistencia española, llegando a ser comisario político de la 4ª DIV., recibiendo de manos del Gobierno francés la condecoración de la Orden de Liberación. Aprovechando la invasión del Valle de Arán se internó en España para colaborar en la reconstrucción del PC en Zaragoza y en la lucha guerrillera en el Alto Aragón. Fue jefe de la Agrupación, miembro de su Estado Mayor y firmante en 1945 del acta de constitución del AGLA, en la que también estuvieron presentes Pepito el Gafas, el Grande, Vicente Galarza Santana y el Chaval, siendo nombrado jefe del Estado Mayor del AGLA y del 17º Sector en el acto fundacional, en la Cueva del Regajo. Falleció en 1948, junto a otros tres compañeros, en un enfrentamiento con la Guardia Civil en la masía de Guimerans, en Portell, y enterrado en una fosa común en esa localidad. Su exhumación ha sido reclamada hoy por la Agrupación de Familiares de la Fosa Común de Portell de Morella.

Germán Amarratu, Manso. Guerrillero del AGLA, estuvo presente en el acto fundacional de esta agrupación en la cueva del Regajo. Formó parte del aparato de apoyo a la guerrilla, incorporándose al AGLA en 1947, al grupo dirigido por Josep Borrás, Cinctorrá, en el 23º Sector, del que desertaría en 1948 para pasar a Francia por la zona de Huesca.

Los Maños. El grupo histórico de «los Maños» estaba formado por Doroteo Ibáñez, Ibáñez; León Quiles, Perico; Antonio Ardanuy, Julio; Luciano Mamilo Muñoz, Bernardino, y por José Manuel Montorio Gonzalvo, el Chaval. En 1945 abandonaron los Pirineos para integrase, inicialmente, en el 11º Batallón del AGLA.

Manuel Piñana Clemente, el Cuñado. Cenetista, nació en Aguaviva, hermano de Aurora y cuñado del Cona.

María Ángeles Philipovic. Hija de don José.

Mercedes Sierra. Enfermera del Hospital General de Madrid, a cuyo cargo está el cuidado de Ángel Melero. Ama a Andrés Favard y es uno de los cuerpos anónimos enterrados en la Fosa de Monroyo.

Molino del Peinado. Lugar de Manzanera, en la sierra de Gúdar-Javalambre (Teruel), junto al río Torrijas, donde alojaron al grupo de los Maños al llegar a la zona. Aquí vivían Antonio Delgado Viadera, que regentaba el molino, su mujer, Marialina Mir Izquierdo, y sus hijos Carmen, Antonio, Cándida y Francisco; en la época en que acontecen los hechos, Marialina estaba embarazada de otra hija. A principios del verano del 1947 un grupo de guardias civiles asaltaron el molino, deteniendo al molinero y a su hijo mayor, de 17 años, que fueron fusilados junto a otros detenidos de la zona, en la cuneta de la carretera entre Torres y Estivella, siendo enterrados en la fosa de Albalat del Tarongers, de donde han sido exhumados por La Gavilla Verde, gracias a las aportaciones que sobre este caso hizo el Chaval, cuando en el año 2000 volvió a España.

Juan Negrín. Miembro del PSOE y catedrático de Fisiología en la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid. Ministro de Hacienda durante la etapa de Largo Caballero, se ocupó de organizar la economía de guerra del bando republicano y de la ayuda económica y armamentística de la Unión Soviética, para lo cual entregó a la URSS las reservas de oro del Banco de España. En 1937, siendo

presidente de la República Alcalá Zamora, presidió el Consejo de Ministros hasta el exilio del Gobierno y de las Cortes en 1939, en Francia y, tras una corta etapa de quince días, regresó a España, instalando su sede en Elda, en la «Posición Yuste». Hasta que el «Golpe de Casado» le obligó a exilarse, primero a México y después a París, donde siguió ostentando su cargo hasta 1946.

Francisco Corredor Serrano, Pepito el Gafas. Estudiante de Ingeniería, llegó a ser capitán del Servicio de Información Militar en el ejército de la República. Compañero inseparable de Florián García Velasco, el Grande, sufriendo su misma suerte, acabando ambos en la guerrilla del área aragonesa levantina, en el sector 11 y, al igual que él, ser fundador del AGLA en la cueva del Requejo. Fue jefe del Estado Mayor y encargado de la Escuela de Guerrilleros de Aguaviva. Su final no está claro. Para algunos autores fue eliminado por sus propios compañeros, en 1950, por oponerse a abandonar la guerrilla tras decretarse su disolución.

Petrol o Petrov. Anarquista, natural de Aguaviva (Teruel). Al terminar la guerra fue detenido y condenado a muerte, siendo trasladado al depósito municipal de Mas de las Matas, de donde se fugó en 1940 con su convecino Fernando Castel, el Rabós, formando una partida con otros confederados del lugar, que se movió con relativa seguridad por los alrededores de Aguaviva.

Pili, la Rubia. Joven prostituta que paseaba las aceras de la plaza de Tirso de Molina, en Madrid.

Florencio Guillén García, Pinchol. Miembro de la CNT antes de la guerra, padre del guerrillero Florencio Guillén Montoliu,

Frasquito, y esposo de Felisa Montoliu. Ambos eran miembros del 17º Sector del AGLA. En 1952 abandonó España, junto al Chaval, una vez que el PCE ordenó la retirada.

José Castán, Practicante. Miembro del XIV Cuerpo Guerrillero y compañero de Andrés Favard, el Francés. Está comprometido como él en la custodia de Valentín Méndez, y es el depositario de la tercera llave de la operación «Socorro Extremo».

Quesada. Abogado del patrocinador anónimo que contrata a Ernesto Martín para que busque al hijo de Mercedes.

Raimundo. Alicantino que ofreció su casa a Andrés.

Ramón Celada. Miembro del Partido Comunista y de la Secretaría del presidente Negrín. Denuncia en la asociación La Gavilla que en la fosa de Monroyo están inhumados Andrés y Mercedes.

Rogelio Cuartilla. De Valdetormo (Teruel). Víctima de la fosa de Monroyo.

Santiago Martínez. Vecino de la aldea de Nieva y marido de Paquita.

SERE. Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles. Creado en 1939, en París, por Negrín, para auxiliar a los refugiados españoles exiliados en Francia. Sus servicios fueron

fuertemente contestados por Indalecio Prieto, que le acusó de dirigir su ayuda a los comunistas y a los partidarios de Negrín.

UNE. Organización antifranquista creada por el PCE y Jesús Monzón en Francia, con la pretensión de agrupar a todas las fuerzas antifascistas en el exilio francés.

Valentín Méndez. Miembro del Partido Comunista y alto ejecutivo del Banco de España y del SERE. Recae sobre él la responsabilidad de la operación «Socorro Extremo». Tiene a su cargo una de las tres llaves.

José Antonio Vallador. Jefe de la XV Brigada Internacional, la Abraham Lincoln. Fundador de la Empresa Vallador en los Pirineos franceses, tapadera que servía para dar cobertura a las acciones guerrilleras de la Resistencia Española contra los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial.

Vicente Galarza, Andrés. Comandante de la 31ª Brigada de guerrilleros en Francia. Al llegar a España fue nombrado secretario del Comité Provincial de Valencia y en 1946 participó en la reunión de la cueva del Requejo, donde tuvo lugar la fundación del AGL, siendo nombrado jefe del Estado Mayor. Fue detenido y ejecutado en julio de 1947 en Paterna.

Vicente López Tovar, Coronel Albert, el Barbas. Miembro del PCE , al empezar la guerra luchó en el célebre 5º Regimiento, donde llegó a ser el capitán del Batallón Thälman, interviniendo en numerosas acciones, como el cerco del Alcázar de Toledo o la batalla del Ebro como jefe de la 46 División. Tras su exilio en Francia conoció a Vallador, participando con él en la fundación de varias empresas

carboníferas. Se unió a las MOI (Mano de Obra Inmigrante), en las que se integraba el maquis extranjero en la Resistencia, llegando a ser el jefe del XIV Cuerpo Guerrillero, cuerpo armado de la UNE. Tras la reorganización de los guerrilleros españoles, en 1944 obtuvo el mando de la 204 División, con la que emprendió la operación Reconquista de España, invadiendo el Valle de Arán, una operación fallida de la que el PCE le acusó a él y a Monzón. Acabó sus días en Toulouse como fotógrafo de bodas y bautizos.

XIV Cuerpo Guerrillero. Unidad militar de la República creada para realizar actos de sabotaje y guerra de guerrillas en la zona nacional. Durante el exilio, en 1942, se reorganizó como brazo armado de la UNE, agrupando a exiliados españoles voluntarios para luchar contra el ejército alemán de ocupación.

Bibliografía

Agudelo Blanco, J. Mª. (15 diciembre de 2012) Atentado comunista de Cuatro Caminos. Madrid, 1945: cohesión interna y propaganda externa para el régimen de Franco. Algunas discrepancias entre las fuentes. Revista de Clases Historia. Artículo Nº 335 ISSN 1989-4988.

Alcalde J. J. Los servicios secretos en España (La represión contra el movimiento libertario español 1936-1995) 1996. Sindicato de oficios varios en Madrid (SOV) de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT).

Aldecoa Calvo, J. S. (2016) Los Primeros sindicatos mineros de Teruel (1928- 1938) ED. Comuniter, Zaragoza Col. Casa del Pueblo ISBN 978-84-16565-08-5.

Aldecoa Calvo, J. S. (2012) Los «sacados» del seminario del Teruel a través del testimonio de Idelfonso Manuel Gil Rolde: Revista de cultura aragonesa, Nº 141-142, 2012 págs. 52-67 ISSN 1133-6676.

Arribas, D. Minas de Ojos Negros. 1999 Un filón por explotar. Teruel. Centro de Estudios del Jiloca 1999 Calamocha (Teruel).

Cava, S. F., Serrano, O. (2011) El Maquis en los Isidros (Requena) Un año de guerrillas (los Montes Universales y el Maquis). Entremontes. Revista Digital de Estudios del Maquis. Nº 1.

Cava, S. F. Los 14 maquis de San Martín de Boniches (Memorias de Melitón Ruiz Pérez (a) «Alfaro» Revista Olcades, Segunda época, nº 3, páginas 29/39.

Cava, S. F. (2007) Los Guerrilleros de Levante y Aragón. 2 vols. Cuenca Tomebamba ISBN 978-84-923939-7-8.

Cava, F. S. (2012) 42 Un año de guerrillas. Los Montes Universales y el maquis. Entremontes Revista digital de Estudio del Maquis.

Domingo Alfonso. (2002) El canto del Búho. La vida en el monte de los guerrilleros antifranquistas. Oberon. Grupo Anaya ISBN 84-96052-03-6.

Ferrer Benimeli, J. A. (1977) Historia de la República española en el exilio (1939- 1947) Tiempo de Historia nº 32. SBHAC Sociedad Benéfica de Historiadores y Creadores.

Gallega Ortega, T. La guerrilla antifranquista en la comarca Requena-Utiel. Desde sus orígenes hasta la creación del 5º Sector de la Agrupación Guerrillera de Levante (Agosto de 1946). Olana 25: Centro de Estudios Requenenses ISBN: 84-505-1917-9.

Gallega Ortega, T. El asalto a la oficina de recaudación de contribuciones por los guerrilleros de Levante. Olana 27-207: Centro de Estudios Requenenses ISSN 1139-4943.

Gallego Ortega, T. El asalto al cuartel de los Isidros por la guerrilla de Levante y la dialéctica de la violencia. 2015 Olana 29 Cuadernos de Cultura Comarcal.

García Olgado, I. (2009) La Gavilla Verde. Exhumación de nuestra última fosa de dels Tarongers (Valencia), donde hemos encontrado nueve colaboradores de la guerrilla, desaparecidos desde abril de 1947. Desaparecidos de La Gavilla Verde Tierra y Libertad.

Garrido Martín, A., Amalvi, Ch. Universidad de Cantabria-Universidad Paul Valéry Montpellier (curso 2012-2013) Chaussec Damien. Master valorisation et médiation du patrimonie (Montpellier) M953 Trabajo de fin de Master.

Grupo de estudios CMSM La Compañía Minera de la Sierra Menera. Breve historia de una gran empresa.

Jiménez López, A. R. Vida y muerte en la inclusa de Madrid en el primer año de postguerra UNED. Espacio, Tiempo y Forma 373 Serie V, Historia Contemporánea, t. 25, 2013 págs. 369-386.

Marquina, A. (2014) La España de Franco y los judíos. UNISCI Discussion Papers, nº 36 ISSN 1696-2206.

Martínez Leal. J. (2005) El Stanbrook, un barco mítico en la memoria de los exiliados españoles. Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea, 4 pp. 65- 81.

Montorio Gonzalvo, J. M. «Chaval» 2007 Cordillera Ibérica (recuerdos y olvidos de un guerrillero) Gobierno de Aragón 2007 ISBN 978-84-8380-073-7.

Gobierno de Aragón. Departamento de Educación, Cultura y Deporte.

Moreno Sáez, F. La represión franquista en la provincia de Alicante. 3 Campos de concentración, cárceles y batallones de castigo. Universidad de Alicante. Nuestra bandera: revista de debate político ISSN 1133-567X.

Ortiz, J. Sobre la gesta de los guerrilleros españoles en Francia Atlántica-Séguier (www.atlantica.fr) ISBN: 978-2-7588-0366-9.

Polo Cerdá, M., Cruz Rico, E. y García Próper. Grupo Paleolab (2011) Arqueología y Antropología forense de la represión franquista en el territorio de la agrupación Guerrillera de Levante Aragón (1947-1948) Ebre 38, Núm. 4: 203-230 ISSN 1696-2672.

Romeu Alfaro, F. (2002) Más allá de la utopía: Agrupación Guerrillera de Levante. Cuenca: Colección Almud ISBN 84-8427-230-3.

Rújula López, P. La historia susurrada: el maquis en la Sierra de Gúdar. Isidro Aguilera Aragón. María Victoria Lozano Tena. Comarca Gúdar-Javalambre. Territorio 134 colección Diputación General de Aragón págs. 117-131 I.S.B.N.: 84-96223-54-X.

Teruel en el siglo XX. Teruel, Ayuntamiento. Gobierno de Aragón.

Sánchez Blanco, L., Hernández Huera, J. L. Universidad Pontificia de Salamanca (2009) La educación política de los hogares de Auxilio Social en el franquismo, págs. 427-438. El largo camino hacia una educación inclusiva: la educación especial y social. Del siglo XIX a nuestros días: XV Coloquio de Historia de la Educación, Pamplona-Iruñea.

Sánchez Cervelló, J. y VV. AA. (2003), Maquis: El Puño que Golpeó al Franquismo.

Barcelona: Flor del Viento ISBN 84-89644-83-7.

Sanchís Alfonso, J. R. (2007), Maquis: Una Historia Falseada. La Agrupación

Guerrillera de Levante. (Desde los orígenes hasta 1947). 2 vols. Gobierno de Aragón ISBN 978-84-8380-081-2.

Sanchís Alfonso. J. R. (2007) Maquis: Una Historia Falseada. La Agrupación

Guerrillera de Levante. (Desde los orígenes hasta 1947). 2 vols. Gobierno de Aragón ISBN 978-84-8380-081-2.

Sanchís Alfonso, J. R. (2007) Nuevas aportaciones sobre la guerra

civil en la provincia de Teruel a través de la prensa valenciana (julio-agosto de 1936) Actas de las VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en archivos. Guadalajara, 15-18 noviembre, Vol. 2, ISBN 978-84-930901-5-9, págs. 853-884.

Santos Félix. Españoles en la liberación de Francia: 1939-1945. Cuadernos de la fundación «Españoles por el mundo». Biblioteca virtual Miguel de Cervantes 2003 URI: http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcks6m4

Serrano, S. (2001) Maquis. Historia de la guerrilla antifranquista Ediciones Temas de Hoy SA, 2002 ISBN 84-8460-155-2.

Sorel, A. La guerrilla antifranquista: (2002) la historia del Maquis contada por sus protagonistas (ed. Txalaparta SL) ISBN 84-8136-229-8 págs. 73-105.

Yusta Rodríguez. M. (2003) Guerrilla y resistencia campesina. La resistencia armada contra el franquismo (1939-1952). Prensas universitarias de Zaragoza. Versión electrónica (Digitalia) ISBN 84-7733-630-X.

Zaragoza Fernández, L. Radio Toulouse y la invasión del Valle de Arán. Redes.com Nº 55 págs. 123-144. ISSN 1696-2079.

Wikipedia, la enciclopedia libre. Oposición al franquismo de 1939 a 1945. 16 de agosto 2017 a las 15:52 https://es.wikipedia.org/w/index.php?&oldid=134806078.

Wikipedia, la enciclopedia libre. Antonio Gan Vargas, 22 de diciembre 2012 a las 16:30. Obtenido de «http://es.wikipedia.org/w/index.php?title

Índice

Prólogo 9

I

1. La Fosa de Monroyo 15

II

2. Mercedes y Ángel Melero 27

3. Valentín Méndez 35

4. Andrés y el Practicante 47

5. Posición Yuste 57

6. Lilith 67

7. El amigo Constancio 71

8. Roldán ya está en el puerto 83

9. Capitán ha abandonado el puerto 91

III

10. Avelina 103

11. Gúdar ya está en el puerto 109

12. La enfermería del puerto 117

13. Qué poco duró el amor 123

14. El Stanbrook 129

15. ¡Por fin, Orán! 137

16. «Cautivo y desarmado el ejército rojo»… 143

17. Ahí la tienes, camarada 151

18. Ernesto toma el mando 163

IV

19. Maison Centrale de Détention de Nimes 171

20. Cristino García Granda 187

21. Prayols 1944 193

22. La empresa Valledor 201

23. ¡Ils sont arrivé! 211

24. La Madeleine 217

25 María Ángeles Filipovic 225

26. Toulouse 233

27. ¿A nuestra edad? 247

28. Hospital Varsovia 249

29. La escuela terrorista 257

30. La invasión 265

31. Más que colaboradores 271

32. El hospital Varsovia 277

V

33. Los cazadores de la ciudad 289

34. Sole 301

35. El Desfile de la Victoria 317

36. Sole vuelve a Teruel 323

37. Andrés en Madrid 327

38. México, agosto de 1946 335

39. Hogar Comandante Aguado 339

40. De las Coplas de Juan Panadero 345

VI

41. La cueva del Regajo 359

42. En la aldea de Nieva 375

VII

43. Mari Luz Sanz 387

44. La neumonía de Avelina 397

45. Por el Bajo Aragón turolense y el Matarraña 407

46. La Fuga del Practicante 417

47. La penicilina 433

48. Por La Ginebrosa, Teruel 437

VIII

49. Don Ángel en Teruel 445

50. «Montañas nevadas, banderas al viento» 451

51. Passapoga 457

52. El Cubano 461

53. No era la Monegal 467

54. Ojos Negros 471

55. Avelina y Andrés 481

56. Las elucubraciones de Constancio 485

57. En la pila del agua bendita 491

58. Los Amantes de Teruel 499

IX

59. Por él no pasan los años 511

60. La ofensiva de primavera 521

61. La bienvenida a Valentín 525

62. Asalto a Benagéber 531

63. Merceditas 545

64. Mercedes y Valentín 551

65. La fiesta del Casino 563

X

66. Las vacilaciones de don Ángel 575

67. El tío Lucas, Sole y don José 581

68. La ofensiva de Pizarro 589

69. Las explicaciones de don José 601

XI

70. La cicatriz de don José 613

71. Solos tú y yo, Ángel Melero 621

72. En la fosa de Monroyo 625

73. Sí, a esta edad 629

Glosario 631

Bibliografía 641